

colección Beta Coqueta

ANA CANTARERO

Miss

Zapatos
y de
Lujo

Prólogo de **Elisabet Benay**

Lectulandia

Si la vida fuera una novela chick-lit, la redactora de moda Marta García habría ascendido en la revista femenina para la que trabaja y no tendría que abandonar su puesto para convertirse en la esclava de un cantante egocéntrico. Su novio y compañero de trabajo tampoco se habría acostado con la jefa de ambos. O al menos habría conocido a un espectacular millonario. Nada que ver con lo que el destino le tiene reservado. Es una de las novelas que la escritora Elísabet Benavent, famosa por el gran éxito de sus libros dirigidos al público femenino, se llevaría a la cama.

Lectulandia

Ana Cantarero

Mis zapatos de lujo

ePub r1.0

Titivillus 16.08.16

Título original: *Mis zapatos de lujo*

Ana Cantarero, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«Nadie muere virgen...
La vida nos jode a todos».
KURT OBAIN (1967-1994)

PRÓLOGO

Querida coqueta:

Lo que tienes entre manos no es un libro cualquiera: es el billete de ida para un viaje apasionante. Te esperan el *glamour* de un trabajo fascinante, la moda, el lujo, el *rock*, las fiestas, la pasión, pero también un pasado sin superar y una relación peligrosa. ¿Preparada? Porque es muy posible que te pierdas durante horas entre estas páginas y que no puedas salir hasta haberlas terminado.

Marta es redactora de una revista de moda, decidida, cabezota, resuelta y «Miss Zapatos de Lujo», pero además es una perfecta compañera de viaje que, durante un tiempo, me llevó de la mano a través de su vida. Reí con ella, pisé con sus zapatos, sufrí sus decepciones y aprendí de su entereza. Ay, qué envidia me das, coqueta, aún te queda todo su universo por descubrir.

Entrar en esta historia es, como te decía, un viaje en sí mismo. Como esas vacaciones que casi no planeaste pero que te dejaron un recuerdo hasta en la piel. Como esas fotos con las que sonríes nostálgica y alegre por haber sido capaz de sentir tanto.

Siempre he pensado que leer es como probarse durante unas horas la vida de otras personas o hacer amigos que, a pesar de que nunca podrán darte un abrazo, no se irán jamás de tu lado. Como lectora valoro que me hagan reír, que me roben un suspiro; adoro sentir que quiero ser como la protagonista, intentar aprender de sus contestaciones para ser tan ocurrente como ella; me enamora sentir mariposas en el estómago por la historia de amor que vivo a través de las palabras que la dibujan en el papel. Por eso *Miss Zapatos de Lujo* llegó para quedarse y formar parte de esta familia coqueta. Porque es un pedazo de realidad tejido entre los hilos de una historia soñada. Y que hace soñar.

¿Qué tendrán los chicos malos, que nos atraen tanto? Quizá sintamos que pueden cambiar nuestra vida o que somos la llave para que lo haga la suya. Quizá es esa parte más intrigante y conspiradora de nosotras mismas, que busca nudos entre los que quedarse enganchada. Quizá solo es la adolescente que llevamos dentro y que nunca dejará de creer en los cuentos, sin hadas, pero de amor. Lo que está claro es que Ana Cantarero conoce bien nuestros suspiros y con ellos construye a Nick Mendoza, uno de esos personajes de los que te costará reponerte. Cuidado, coqueta, porque estas páginas contienen a uno de esos canallas capaces de robarnos el sueño y hasta la lucidez; un granuja encantador, tan despeinado como atractivo, que puede enamorarte.

No voy a entrar en detalles sobre lo que estás a punto de leer, porque prefiero que seas tú misma la que descubra cada matiz de la historia; solo déjame que te ayude a preparar tu maleta. Necesitarás un lugar tranquilo, donde zambullirte de lleno en el libro y olvidar la rutina. Hazte con un reproductor de música que acompañe la lectura con las canciones que vaya evocando la historia. Sírrete una copa de vino o un refresco y brinda con Marta por cada buena decisión, o solo por el valor de arriesgarse. Ponte cómoda. Disfruta. Poco más necesitas.

Cuando termines este viaje no quedarán fotografías a las que volver para recordar las sensaciones vividas, pero tendrás un puñado de canciones y una sonrisa en los labios.

Buen viaje, coqueta.

ELÍSA B E T B E N A V E N T

PRELUDIO

El suelo del cuarto de baño estaba helado. El frío cortante traspasó la planta de mi pie izquierdo y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, erizando la piel a su paso. Me agarré con fuerza al lavabo. Me sentía débil, mareada. ¡No! Me había costado tanto esfuerzo llegar hasta allí...

Apoyé con cuidado la punta de mi pie derecho, pero en cuanto este tocó la baldosa una punzada de dolor aguijoneó mi rodilla lesionada. Apreté los dientes y cerré los ojos con fuerza. Un, dos, tres... En unos segundos se pasaría el dolor... Siete, ocho, nueve...

Abrí los ojos. ¿Quién era esa chica que estaba frente a mí? Parpadeé varias veces hasta que mi cerebro dio con la respuesta: «Eso eres tú, Marta». ¿Cuánto tiempo hacía que no me acercaba a un espejo? ¿Un mes? ¿Dos meses? Dios... Estaba pálida, ojerosa, y bajo la piel se marcaban mis frágiles huesos: las clavículas, los hombros, cada una de mis costillas... De nuevo, dolor. Ahí estaba otra vez, desgarrándome por dentro y cortándome la respiración. Pero no era el mismo, no procedía de mi rodilla: este dolor era otro. Uno que conocía a la perfección. Me acompañaba día y noche y, por más que contara hasta diez, no desaparecería.

¿Cómo era posible que de un día para otro hubiera decepcionado a todos los que me querían? Era un desastre. Un fracaso como mujer, como persona y, sobre todo, como hija. Estaba rota. No valía nada. No servía para nada. Ya nada tendría sentido. Ya nada volvería a ser lo mismo.

NADA. Esa era la palabra que me definía.

Relajé los dedos de mi mano y observé lo que escondía. Era la opción más cobarde, pero pondría fin a mi sufrimiento y al de mi familia. Y para ella... Oh, Dios. Para ella, mi decisión sería su castigo y su penitencia.

—Marta, ¿qué haces tanto tiempo ahí dentro? ¿Estás bien? —Otra vez ella. No me dejaba respirar. Esa mujer me asfixiaba. No respondí—. Marta, ¿te has caído? ¡Marta, contesta! —Aporreó de nuevo la puerta.

Sonreí con tristeza a la desconocida del espejo. Sería la última vez que la vería.

Por fin nos liberaríamos la una de la otra. Cogí la cuchilla con las yemas de los dedos y respiré profundamente. El metal era suave y frío. Como el suelo bajo mis pies. Extendí mi antebrazo derecho sobre el lavabo para no manchar la perfecta decoración del cuarto de baño. Qué absurda podía llegar a ser. Hasta en esos momentos me preocupaba disgustar a mi madre.

—Marta, ¿qué estás haciendo? ¡Contéstame!

Los golpes de sus puños sobre la madera se me hicieron insoportables. Cada vez más fuertes, más violentos... ¡Qué curioso! Seguía el mismo compás que marcaban

los latidos de mi corazón, como si fuera una canción. Cerré los ojos, inspiré con fuerza y ahí estaba otra vez mi amigo el dolor: agujoneándome, desgarrando mi piel...

—MARTA, MARTA... ¡ABRE O TIRO LA PUERTA! ¡ALFREDO VEN CORRIENDO! ¡ALGO LE SUCEDE A LA NIÑA!

«Tengo frío, mamá. Mucho frío. Me congeló...». De repente, todo se volvió negro.

—¡¡¡NOOOOO, NOOOOO, NOOOOOOOO!!!

Marta García Plaudiño

Expediente: 084

Sesión de hipnosis realizada el 02/06/2007

Doctora Patricia Angulo

Y DE REPENTE, TÚ

Bien, señorita García. Por lo que he visto en estas páginas, ha estudiado Periodismo, tiene un máster en Comunicación y moda y actualmente trabaja en la revista *VeryCool* —comentó el señor Aguado, director de Comunicación de la discográfica Sound Music, mientras releía por encima mi currículum.

—Así es. Después de seis meses como becaria, la directora me contrató de redactora de moda y belleza.

—¿Y qué motivos la mueven para querer trabajar en una discográfica?

«¿Qué he enviado mi currículum a todas las revistas del país y no he recibido ni una respuesta? ¿Que la bruja de mi jefa me hace la vida imposible desde que descubrió que tenía un lío con mi compañero de trabajo? ¿Qué me va a echar y no le quiero dar ese gusto?».

—Me gustaría ampliar mi experiencia laboral en comunicación trabajando en nuevos sectores. Soy joven y no quiero anquilosarme tan pronto. —Había sonado superconvinciente. El resultado de horas ensayando frente al espejo...

—Ya veo —asintió el señor Aguado, aunque no parecía muy convencido. Después de pensarse muy bien qué iba a decir, añadió—: Le seré sincero, señorita García. Su perfil no encaja en ninguna de las vacantes de las que disponemos; no tiene experiencia en el mundo de la música, pero veré qué puedo hacer. Le debo un gran favor a mi amigo Jaime...

«Nota mental: invitar a Félix al mejor restaurante de Madrid y pagarle un año de copas por conseguir que su padre moviera sus hilos».

—Señor Aguado, no quiero que esto sea un problema para usted, pero le aseguro que no le defraudaré. Soy trabajadora y, como puede ver por mi trayectoria y mis calificaciones, aprendo rápido. —Esperaba que no hubiera detectado la desesperación que escondían mis palabras, aunque dudaba mucho que pudiera engañar a un perro viejo como él.

Según me comentó el padre de Félix cuando me avisó de que me llamarían de Sound Music para una entrevista, Daniel Aguado y él habían estudiado juntos la carrera de Periodismo y eran grandes amigos. «Ese hombre lleva toda la vida dedicado al negocio de la música: ha tratado con grandes productores y periodistas, ha llevado las relaciones públicas de artistas famosos..., pero también se ha relacionado con la peor basura, así que muéstrate honesta porque ese viejo pirata se las sabe todas», me aconsejó don Jaime, y tengo que decir que muy sabiamente. Aunque también me podría haber advertido de que su amigo parecía recién salido del

festival de Woodstock del 69.

Realmente la apariencia del señor Aguado podía confundir a cualquiera. Con su barriguita incipiente, su melena canosa y desaliñada hasta los hombros, una camisa floreada y unas gafas de pasta negra, parecía más un músico trasnochado de los sesenta que el director de Comunicación de una gran multinacional. Entonces me percaté de que quizá no debí vestirme tan monacal para aquella reunión. ¿En qué había estado pensando cuando elegí mi vestuario? ¿En que me iba a entrevistar Anna Wintour? Si iba a trabajar en el mundillo de la música tendría que haber optado por un estilo más atrevido, un rollo Kate Moss, ¿no? Sin embargo, allí estaba, con mi minivestido camisero negro de cuello Peter Pan y puños blancos, unas sandalias retro de ante con cuña y pulsera al tobillo, y mi bien máspreciado: mi amado bolso Chanel 2.55.

En fin... Parecía sacada de un capítulo de *Gossip Girl*. Solo me faltaba la tiara y mi novio con pajarita y babuchas agarrado a mi brazo. Seguro que el señor Aguado estaba pensando que era una de esas niñas que lloraban cuando se les rompía una uña y que trabajaban por pasar el rato. Bueno, para ser sincera, provenía de buena familia, pero no había pedido ni un céntimo a mis padres desde hacía años. De hecho, ser la dueña y señora de aquel bolso fue todo un sacrificio para mí. Mi trabajo me exigía llevar marcas de lujo, así que tuve que pedir un préstamo al banco y ahorrar; es decir, usar transporte público, nada de manicuras ni gimnasio y no volver a pisar en la vida una peluquería. De ahí que mi melena rizada me llegara hasta la rabadilla y tuviera la suavidad y el brillo de un estropajo.

Me retiré un mechón de pelo de la cara y me concentré de nuevo en la entrevista.

—Lo que no puedo asegurarle es un sueldo muy alto —añadió aquel viejo *hippy* mientras evaluaba mi aspecto de arriba abajo.

Lo sabía. Tendría que haberme puesto esa camiseta ecológica que utilizaba para dormir y en la que ponía: «Ahorra agua, dúchate con un amigo». Pero ya era tarde, y además odiaba que la gente me tachara de pija por tener un padre empresario. Yo trabajaba como la que más. Volví a centrarme en el señor que tenía enfrente y que no paraba de hablar.

—Como bien sabrá, la crisis y la piratería también han golpeado el negocio de la música y los salarios ya no son lo que eran hace diez años.

—Señor Aguado, no se preocupe por mis honorarios. Necesito cambiar de trabajo y, aunque no lo crea, no me puedo permitir dejar el actual porque tengo una hipoteca que pagar. —Solo me faltó decirle: «Y todo lo que llevo lo compré en eBay de segunda mano», aunque no fuese el caso—. Le prometo que no le decepcionaré. Como ya le he dicho, soy trabajadora, tenaz y perfeccionista, y esta es la primera vez que pido... ser recomendada. Pero si no confía en mí y simplemente me va a dar el trabajo por devolver un favor a un amigo, no tiene sentido que sigamos con esta entrevista.

En cuanto terminé de hablar fui consciente del tono que había utilizado. Había

sonado prepotente, altiva e impertinente: como nunca había que mostrarse en una entrevista de selección de personal. Dios, últimamente no hacía nada a derechas...

Para mi sorpresa, el señor Aguado se dejó caer en el respaldo de su sillón de piel y, después de unos segundos, comenzó a carcajearse como un psicópata. Mi cara era un poema. ¿Por qué se reía? ¿Se había fumado algo?

Miré incómoda las fotos de grupos que decoraban su despacho mientras al señor se le pasaba la risa. Una vez más calmado, se disculpó.

—Lo siento, señorita García. Es que mientras hablaba he caído en algo... Tengo un puesto que nos urge cubrir y, aunque usted no se corresponde con el perfil, quizá sea una persona con su carácter lo que estamos buscando. No sé si servirá para este trabajo, pero puede intentarlo. Tendría que comunicárselo a mis superiores y mostrarles su currículum, pero estarán de acuerdo, así que mi secretaria se pondrá en contacto con usted la semana que viene para darle todos los detalles y firmar el contrato.

—¿Y de qué puesto se trataría? —No podía dar crédito a lo que estaban oyendo mis oídos.

—Hasta que no tenga el OK de los jefes no puedo decirle nada. Ahora, si me disculpa, señorita, tengo cosas que hacer.

Me quedé estupefacta. Hacía unos minutos aquel hombre no daba un duro por mí. Yo había sido displicente con él y de pronto, ¡zas!, ¿me ofrecía un puesto?

—Eeeh..., ¿y ya está? ¿Me va a contratar? —Aquí había trampa.

—Sí, está contratada. No tengo muy claro que le vaya a gustar su nuevo puesto, pero... eso ya es problema suyo, señorita.

Recompuse mi cara tras la sorpresa y sonreí triunfal. Todavía no me lo podía creer. Hice un corte de mangas mental a mi actual jefa y le grité: «¡Que te den!». Luego me percaté de que el señor Aguado llevaba un buen rato con el brazo extendido hacia mí.

—Muchísimas gracias, señor Aguado. Ha sido un placer. —Sacudí su mano con, posiblemente, demasiado entusiasmo y me volví hacia la puerta de su despacho.

Justo cuando sujetaba el pomo, escuché cómo mi nuevo jefe me llamaba.

—Una cosa más, Marta. Puedo tutearte, ¿verdad? —Asentí—. ¿Tienes conocimientos en música *rock*?

—¡Por supuesto que sí! ¡Es mi género favorito!

Salí de su despacho escopetada antes de que el viejo pirata descubriera que sabía tanto de música como de física cuántica.

Mientras bajaba en el ascensor de aquellas oficinas, me sentía más contenta que Penélope Cruz en su primera gala de los Oscar. Yo en aquel momento habría gritado: «¡Féeeelix!» (aunque jamás me habría sujetado los pechos, básicamente porque no tengo). Gracias a mi amigo y a su padre había conseguido aquel trabajo, que no tenía ni idea de qué trataba pero que era el salvavidas para escapar de mi actual calvario. De hecho, ese mismo viernes había quedado con él a las ocho de la tarde en mi casa

para salir a tomar unas cañas y contarle mi entrevista.

Comprobé mi reloj. Mierda: eran las siete y media. Con el tráfico que había en Madrid un viernes a esas horas llegaría tarde. Se abrieron las puertas y salí como una exhalación por el *hall* del edificio. Tenía que avisar a mi amigo de que me retrasaría o me montarían el pollo del siglo por hacerle esperar. Dije un rápido adiós a la recepcionista y saqué mi móvil del bolso. Mientras buscaba su número en la lista de contactos, empujé la puerta de salida a la calle y... me arrastró un ciclón.

Literalmente.

El chico que estaba al otro lado de la puerta tiró de ella a la vez que lo hacía yo, pero con tanta fuerza que me llevó por delante. Como era de esperar, me fue imposible mantener el equilibrio sobre mis tacones de doce centímetros. Se me dobló el tobillo y fui cayendo a cámara lenta hacia la escalinata del edificio. En un acto reflejo me agarré a la sudadera de aquel individuo y le pillé completamente desprevenido. Le hice trastabillar y caímos los dos... Mentira: el chico fue bajándola de culo y yo, encima de él. En algún momento pudo sujetarse a la barandilla y, al frenar su cuerpo de golpe, estrellé mi cara contra sus costillas, o su hombro... ¡Yo qué sé! El caso es que un horrible dolor punzante me atravesó la nariz y me taladró el cráneo.

—Joder, tía, mira por dónde vas, ¡casi me matas! —me espetó aquella bestia inmundada mientras trataba de desenredarse de mí.

—Ha zido tu *cumpa*, *pruto*...

Tal y como sonó mi voz, me dije que me había roto el tabique nasal, como los boxeadores. Traté de enfocar la vista, pero todo estaba borroso. ¿Cuántos tipos había debajo de mí? ¿Dos?, ¿tres? Mi cabeza empezó a dar vueltas y el suelo también...

Respiré profundamente para tranquilizarme y me cubrí el rostro con las manos. Del golpazo, los ojos se me habían inundado de agua y ahora tenía un corazón latiendo en la punta de mi nariz.

—¿Quieres colaborar un poquito, guapa? ¡Me estás aplastando las pelotas! —Le oí quejarse, pero parecía estar muy lejos: en la Cochinchina, diría yo.

A pesar del mareo, pude responder al cafre aquel.

—¿No ves que me encuentro fatal, imbécil? —Al menos mi voz ya sonaba normal. Ahora solo tenía que recuperar la visión y volvería a ser una persona.

—Vale, pues no te muevas. Voy a intentar levantarnos a los dos. —Colocó mis brazos en torno a su cuello y, por instinto, me agarré con fuerza a él.

Su cuerpo se removió debajo de mí y se incorporó sin soltarme. Emitió un quejido de dolor mientras se elevaba conmigo rodeándome por la cintura. Menos mal que estaba mareada y no veía un pimiento, porque aquella situación no podía ser más humillante.

—Si te apetece puedes seguir estrangulándome, aunque permíteme tomar un poco de oxígeno antes. —Bufé y aflojé mis brazos de su cuello—. Y si desenredas tus piernas de mis caderas, quizá también pueda caminar.

El tipo era un idiota de tomo y lomo, y, por cierto, un aprovechado también.

—¡Deja de tocarme el trasero! —le reprendí llena de furia.

—Lo que me faltaba por oír —masculló, y retiró sus manos justo al tiempo que me dejaba caer sobre un escalón.

—¡Ay, bestia! —le chillé en la oreja.

Por su culpa, al día siguiente tendría la nariz rota y un bonito moratón en el culo. Y no quería pensar en mis piernas... Seguro que me había raspado la piel contra el cemento. De repente, sentí unos dedos ásperos que retiraban el cabello de mi cara. Asustada, levanté el rostro hacia él y me encontré con los dos ojos más grandes y más azules que había visto en mi vida.

Pestañee un par de veces y volví a enfocar la vista en él. Su cara era angulosa, sus pómulos elegantes y su nariz del tamaño perfecto. Era moreno, tenía unos labios carnosos y dos hoyuelos muy graciosos en las comisuras de su boca. Era el tipo de hombre que si fuera mujer también resultaría guapo.

—Creo que no te has roto la tocha, pero deberías ponerte hielo si no quieres parecer un elefante. —En sus palabras había un deje de burla.

—Genial —respondí con ironía. Luego me toqué con cuidado la nariz.

—¿Te has hecho daño en otra parte?

Fui a responder que estaba bien y me encontré de nuevo con sus ojos a un palmo de mí. Madre de Dios, ¡qué pestañacas! Eran largas, curvadas y negras, a juego con su cabello. Lo llevaba cubierto con una gorra de béisbol, pero se le había escapado un mechón ondulado bajo la visera. Se alejó de mí para recoger sus gafas de sol Ray-Ban negras y se escondió tras sus cristales. Cuando se puso de pie, me di cuenta de que era altísimo. Podría medir casi un metro noventa. Además, era delgado y tenía un culo estupendo, pero por desgracia... iba hecho un auténtico adefesio. Llevaba unos pantalones vaqueros que no habían visto una lavadora en días y una sudadera gris con más bolas que un árbol de Navidad. Y esa estúpida gorra de algún equipo americano... ¡Puaj!

«Vaya, qué chasco», pensé en aquel momento. En los libros románticos que suelo leer, las protas chocan con tíos buenos, educados, supermillonarios y vestidos con traje de chaqueta de Armani color marengo. Ni gris ni azul: marengo. Pero ninguna se tropezaba con un vagabundo.

—¿Qué sucede, rubia? ¿Por qué no hablas? —dijo mientras se ponía en cuclillas y me observaba de nuevo—. ¿Te ha afectado a la cabeza el golpetazo?

Indigente y tonto de nacimiento.

—¿Por qué en lugar de gafas de sol no llevas una mordaza en la boca? —Yo también sabía ser borde.

—Muy graciosa, rubita. Como ya veo que te estás recuperando, ahí te quedas.

Sacudió el polvo de sus pantalones con las manos y se incorporó. Con aquel movimiento pude observar que los músculos debajo de sus pantalones se tensaban y que bajo la sudadera probablemente había un buen par de pectorales. Al final no era

tan flaco como yo pensaba. Resultaba que tenía un cuerpazo. «Y las maneras de un macarra».

Él se reajustó la gorra y, antes de dar un paso, me miró con chulería y desdén.

Juro que me entraron unas ganas enormes de hacerle la zancadilla, pero no me atreví.

Fue entonces cuando frenó en seco. Sus cejas se elevaron lentamente por encima de las gafas de sol y vi cómo se mordía el labio inferior tratando de contener la risa. ¿De qué leches se reía?

Bajé la vista hacia donde él dirigía la suya y... ¡mátame, camión! Se me había subido el vestido hasta la cintura.

—No sé a qué esperas para marcharte —le gruñí mientras tiraba de mi vestido para cubrirme las piernas—. Ya has hecho suficiente atropellándome, así que *vais, vais...* Desaparece.

—¿Me estás tratando como a un chuchó, perra?

Uuuuhhhh. Ahora sí que se había pasado tres pueblos y medio. ¡Aquel cretino me había insultado! Casi me mata y luego me llamaba perra. ¡A mí! Pero ¿qué se creía ese pordiosero? Me puse de pie lentamente (para evitar caerme otra vez) y le planté cara:

—Eres un impertinente. Lo mínimo que deberías hacer es disculparte por hacerme caer en lugar de insultarme. —Silbó como si le importara un comino lo que yo decía—. Y deja de hacer silbiditos, ¡niñato absurdo! —El imbécil se carcajeó de nuevo en mi cara—. Pero ¿de qué narices te ríes ahora?

—¿Impertinente? —me parodió poniendo voz de fefa y añadió con arrogancia—: Eres ridícula, tía.

Uf, se estaba ganando que le arreara un bolsazo.

—Por cierto, ¡¡¡¿DÓNDE ESTÁ MI BEBÉ?!!!

El chico dio un respingo y yo me puse a buscar como una loca mi Chanel. Cuando por fin lo localicé, estaba el pobre mío tirado al final de la escalera, completamente desparramado y manchado de polvo. Salí corriendo para rescatarlo, pero el tobillo se me fue hacia un lado. Miré horrorizada al suelo y... ¡joooooder! Se me había roto también un zapato. ¡Qué maldita suerte la mía! Sin pensarlo dos veces, volví a sentarme y bajé las escalerillas arrastrando el trasero. Tenía que llegar antes de que un ladrón me robara lo único valioso que tenía en la vida.

Después de limpiar el suelo con mis nalgas, me arrodillé y abracé a mi pequeñín entre mis brazos. Se había ensuciado pero no parecía sufrir daños letales: nada de contusiones, su cadena dorada no tenía fisuras y las dos C cruzadas, aparentemente sin señales de fractura. Mis pertenencias, por el contrario, no habían tenido tanta suerte. Estaban desperdigadas por toda la calle. Todavía agachada, fui recogiénolas una a una y metiéndolas en el bolso.

Oí bufar al indigente pero al parecer me iba a ayudar a recoger mis cosas. Un pintalabios, mi monedero, mis llaves... Él me las iba dando y yo las iba guardando.

Mi antirroaduras Compeed, un tampón y... ¿un preservativo? ¿Desde cuándo estaba eso allí? Pero si yo tomaba la píldora... De un tirón, se lo quité de la mano y lo guardé en mi bolso. Él no dijo nada, pero se echó a reír. De verdad, aquel chico tenía el cociente intelectual de un alumno de parvulario. Ignoré su sonrisa de suficiencia, cerré mi bolso de golpe y me levanté. Perdí un poco el equilibrio por el dichoso tacón, pero con toda la dignidad que se puede tener cuando caminas cojeando, me alejé de él. Necesitaba perderlo de vista cuanto antes...

—¡Al menos podías dar las gracias! —me gritó. «Habla, chucho, que no te escucho»—. ¡Con ese carácter se te va a apolillar el condón!

Frené en seco. ¿Le cruzaba la cara? No. Nunca he sido una mujer violenta.

Respiré hondo, conté hasta diez y, sin mirar atrás, levanté el brazo derecho para decirle adiós con mi dedo corazón. Era la primera vez que hacía un gesto tan vulgar.

Solo faltaba que me diera un tirón en la falange.

El taxista me miró de arriba abajo cuando bajé del taxi con el vestido arrugado, cubierto de polvo y el zapato roto en la mano. Tal y como me miró la nariz, supuse que debía de tenerla del tamaño de un calabacín. Me acerqué al portal tratando de apoyar lo menos posible mi pie desnudo en el suelo y saqué las llaves de mi bolso maltratado.

—¿Qué te ha pasado, reina? —Escuché decir a mi amigo Félix. Estaba sentado en un banco frente a mi edificio y, por su cara, llevaba un buen rato esperando.

—Es una historia muy larga —respondí agotada. Ahora ya sabía cómo se sentía una superviviente de un desastre apocalíptico.

Félix me miró horrorizado cuando se acercó.

—¿Y a tu nariz? ¿Te has metido en una refriega callejera?

Se me escapó una sonrisa y una punzada de dolor atravesó mis fosas nasales. Me acordé de que debía ponerme una bolsa de guisantes congelados para bajar la hinchazón.

Mientras subíamos por las escaleras le hablé de la entrevista y de cómo minutos después fui arrasada por un tsunami disfrazado de macarra.

—Tendrías que verte. Estás horrible. Me recuerdas a Lindsay Lohan volviendo de *after* —me hizo saber mi amigo Félix, que tenía el tacto de un erizo de mar.

—Gracias por tus palabras, ya me siento mucho mejor. —Y le saqué el dedo corazón.

Vaya... Le estaba cogiendo el gustillo a eso de sacar el dedito.

Aunque nadie lo creyera, Félix y yo éramos uña y carne. O como diría él, que es muy fino, «pedo y culo». Nos conocimos en la redacción de *VeryCool* hacía ya dos años. Él trabajaba de estilista *freelance* para la revista y, por lo tanto, se encargaba de vestir a las modelos para los editoriales de moda que yo le encargaba mes tras mes. Al principio no encajamos muy bien: él era excéntrico, alocado y muy desorganizado. Yo, por el contrario, era seria, perfeccionista y muy exigente conmigo y con todo el que trabajaba a mi lado. Mi afán de controlarlo todo ponía de los nervios a Félix, y a

mí me sacaba de mis casillas su costumbre de improvisar a última hora en las sesiones de fotos. Así que nuestros primeros meses laborales los recuerdo como una bronca continua. Menos mal que con el tiempo conseguimos llegar a un ten con ten y, como si fuéramos un matrimonio de ancianos, nos hicimos el uno al otro. Yo dejé de estar alerta porque descubrí que bajo esa imagen de loca de las coles, Félix era un buen compañero y un gran profesional. Por su parte, él derrochó una cantidad ingente de paciencia conmigo, especialmente cuando tenía uno de mis ataques de pánico ante cualquier contratiempo que surgiera durante la producción fotográfica.

Sorprendentemente, esta especie de empatía también se extrapoló al terreno personal. Poco a poco fuimos confiando el uno en el otro y terminamos quedando fuera del horario laboral. Salíamos juntos al cine, de cañas... y nos contábamos nuestra vida y obra cada vez que teníamos oportunidad. Por supuesto, el primero que dio el paso y abrió las puertas de su vida privada fue Félix. Recuerdo que llevaba unas semanas muy alicaído y su lengua viperina sobrepasaba los niveles de normalidad. Al final, harta de escucharle blasfemar por cualquier tontería, le pregunté qué le ocurría.

—Llevo acostándome con mi mejor amigo más de un mes.

Me sorprendió aquella confesión. No porque no supiera que Félix era gay (su orientación saltaba a la vista), sino por la tristeza que emanaba de su rostro.

—Y eso ¿qué tiene de malo?

—Nada..., si no fuera porque está casado. Somos colegas desde la universidad los tres: Rubén, su mujer y yo.

Me quedé en *shock*. Eso sí que era un problemón. Según me contó Félix, siempre había estado enamorado de su compañero de facultad, pero cuando este empezó a salir con la tal Nuria, no le quedó otra que aceptar que Rubén y él no compartían los mismos gustos sexuales. El caso es que Rubén y Nuria, después de cinco años de noviazgo, se casaron, y cuando Félix ya lo había dado por perdido sucedió lo impensable. Una tarde quedaron para tomar unas copas, se emborracharon y terminaron acostándose en la casa de mi amigo. Al principio le echaron las culpas al alcohol, pero cuando el fin de semana siguiente volvió a suceder, y al otro, y al otro..., ya no había excusa tras la que esconderse. «Al tipo le gustan los nabos tanto como a mí, o más», me aclaró Félix en un bar cerca de la oficina mientras me relataba el infierno que estaba viviendo. Y digo infierno porque su amigo-amante no tenía intención alguna de dejar a su mujer. Tampoco era capaz de reconocer que era bisexual, y esta relación cada día hacía más daño a Félix.

Después de aquella tarde de confesiones donde cayó una botella (o dos) de vino blanco de Rueda, me aseguré de que Félix me mantuviera al día de todas las novedades de aquella extraña relación. Me convertí de alguna manera en su paño de lágrimas y era la única con la que podía compartir su sucio secreto. Después de hablar horas y horas a diario con él, conseguí convencerlo para que escapara de aquel triángulo amoroso, donde claramente mi amigo tenía todas las de perder. No sé por

qué siguió mi consejo (Félix jamás escucha a nadie excepto a su pene), pero rompió con el amor de su vida. Sentí que mi deber era acompañarlo durante esas semanas de duelo. Así que salimos al cine, nos emborrachamos juntos, nos fuimos de tiendas, a un balneario... Y fue así como, poco a poco, nos convertimos en... «pedo y culo».

De repente, Félix interrumpió aquellos recuerdos.

—¿Le has dicho a Xavi que tienes intención de dejar *VeryCool*? —me preguntó mientras cogía la tercera cerveza de mi nevera.

—No, todavía no se lo he dicho. No he encontrado el momento —respondí al tiempo que me metía un trozo de lechuga de mi ensalada en la boca.

—Es cierto. Podrías habérselo comentado la semana pasada, cuando estuvimos trabajando en Ciudad del Cabo; pero preferiste acostarte con él. ¿Por qué ibas a perder el tiempo diciéndole que abandonabas tu carrera profesional por su culpa, eh? —ironizó el muy desgraciado.

—No lo hicimos —mentí.

—Sí que lo hicisteis, trolera. Se escuchaban vuestros gemidos en toda la planta del hotel. Tú parecías la canción del verano: «Oh, Xavi, sigue, sigue, oh, Xavi, sigue, sigue... El tiburón se la llevó». —Le tiré una bola de servilleta de papel a la cara. Félix la esquivó y se metió un trozo de su *pizza* en la boca.

—¿Y no nos oíste discutir después, reina cotilla?

—También. —Me lanzó una mirada apenada y cogió aire como midiendo sus palabras. Lo conocía: me iba a echar la charla—. Marta, escúchame, y esta vez hablo en serio. OLVÍDALO. Te ha traicionado, y ni más ni menos que con tu jefa. Estás deprimida, has adelgazado y vas a renunciar a tu trabajo por su culpa. Xavier no te merece, ¿o no lo ves? Es el típico guaperas que solo se quiere a sí mismo, y a ti, como palmera. ¿No te has dado cuenta de que lo único que le importa es su carrera? Te está haciendo daño.

—No es cierto, Félix. Su carrera le importa, pero no es tan ambicioso como crees.

—Ya... Por eso se cree un artista de la fotografía tocado por la varita de Dios. —Era innegable la tirria que mi amigo sentía por mi ex.

Suspiré resignada. Félix tenía más razón que un santo. Mi relación con Xavi me estaba destrozando poco a poco. Él era el fotógrafo de la revista, formaba parte del equipo de producción de moda y, por desgracia, fue mi novio durante un año. Después de pillarlo en la cama con Erica, la directora de la revista y mi jefa, hacía ya dos meses, tres días y siete horas, me dije que entre nosotros todo había terminado. ¡Ojalá hubiera sido así de fácil! Rompí con él, dejamos de vernos fuera del trabajo pero empezamos a acostarnos dentro de él: cada vez que viajábamos para hacer una sesión de moda, terminábamos compartiendo cama en el hotel donde nos alojásemos. Después del sexo me invadían los remordimientos, me enfadaba conmigo misma y lo pagaba con él: discutíamos, dejábamos de hablarnos y semanas después, sin saber cómo ni por qué, estaba gimiendo entre sus brazos. Y así, vuelta a empezar otra vez. Mi mejor amigo estaba en lo cierto. Liarme con Xavier no era saludable para mí.

—Te prometo que no volveré a estar con él —afirmé totalmente convencida (o casi)—. Ahora que voy a cambiar de trabajo, seguro que es más fácil olvidarlo.

—¿Dónde he escuchado esas mismas palabras? Ah, claro, fue lo mismo que dijiste la última vez que os acostasteis, y la penúltima, y la antepenúltima... Estás demasiado colada por ese cretino. Volverás a caer.

No podía reprocharle su falta de fe en mí. Ni siquiera yo me creía mis palabras. Y mucho menos teniendo en cuenta que trabajaba con nosotros dos y había vivido mi relación en la primera fila de butacas. En la revista, Félix era el único que conocía nuestra historia hasta que, por desgracia, mi jefa lo descubrió también. Erica no tenía pruebas, pero no era tonta y lo sospechaba. Si no, ¿por qué la iba a tomar conmigo? Antes de «la gran catástrofe», Erica me apreciaba como redactora y nuestra relación era cordial. Y después de aquel día me hacía repetir los textos una y otra vez, rechazaba cada una de mis propuestas para mejorar la revista y se había vuelto excesivamente crítica con mi modo de llevar a cabo las producciones fotográficas. Yo agachaba las orejas aun sabiendo que era injusta, me mordía la lengua para no mandarla a freír espárragos y aguantaba jornadas laborales de doce horas sin rechistar. Para colmo, no podía desahogarme con Xavi. Unas veces me tachaba de exagerada; otras, me insistía en que estaba obsesionada con Erica. Pero nunca reconocía su parte de culpa: que Erica la tenía tomada conmigo porque sentía algo por él. Sin embargo, el cobarde de mi ex juraba y juraba que aquella mañana que lo pillé con ella («la gran catástrofe») fue la única y última vez que estuvieron juntos; que nosotros habíamos roto, que estaba enfadado, que si fue un desliz, que se arrepentía..., que si bla, bla, bla... El caso es que él se acostó con ella, yo llegué sin avisar, me comporté como una idiota delante de ellos y Erica sumó dos más dos, aunque en esta ecuación fuéramos tres.

Después de aquello, me pasé días torturándome con la idea de que entre ellos hubo más que un revolcón. Y en ese momento en que hablaba con Félix en mi casa, todavía lo creía. Sin embargo, mi cerebro no mantenía esta línea de pensamiento cuando me encontraba a solas con mi ex. Diez minutos en la misma habitación y olvidaba todo el daño que me había hecho. Solo me acordaba de lo dulce, cariñoso y maravilloso que había sido conmigo. Ya se sabe lo que dicen: una solo ve lo que quiere ver, sobre todo cuando está enamorada. Y yo solo veía la perfección en Xavier.

Yo y muchas otras mujeres, porque mi ex era como la miel para las abejas. Cruzaba dos palabras con una chica y allí la tenías, zumbando con sus alas y deseando clavarle el agujón. Desesperante...

Me dije que había sido un día muy largo como para torturarme de nuevo con la historia de mi ex y me acurruqué junto a Félix en el sofá para ver la segunda temporada de *Orange is the New Black*. Me encantaba el personaje de Piper, la protagonista, porque me hacía sentir que había una mujer en el mundo todavía más pava que yo.

ALMA DEMONIACA

Llevaba más de una hora con la vista clavada en su vieja Martin acústica.

Esperaba que aquel instrumento le devolviera la inspiración, aunque fuese por ciencia infusa; o que, como mínimo, le dijera la maldita verdad: que no era capaz de componer una canción que no sonara a la mierda de siempre. Quizá el éxito de su primer disco había sido un simple golpe de suerte y, justo cuando despegaba su carrera profesional, ya estaba acabado. No sería el primer caso. A fin de cuentas, en la industria de la música existían miles de grupos que sacaban un disco, llegaban a la cima y no se los volvía a escuchar jamás. Ojalá no fuera ese el destino de Demonic Souls, pero si seguía así no tardaría en volver a trabajar de cajero en algún supermercado.

Nick estaba seco de ideas. Esa era la realidad.

Cada día que pasaba se sentía más presionado. La compañía discográfica lo agobiaba exigiéndole un adelanto del nuevo disco y sus compañeros, por más que trataban de disimularlo, se lanzaban miradas de alarma cuando Nick aparecía por el local de ensayo con las manos vacías. Y la medicación... Joder. Las malditas pastillas que el loquero aquel le había recetado le habían entumecido el cerebro. Ya no recordaba la última vez que había escuchado en su mente una nota musical. Pero esto iba a dejar de ser un problema. No se lo iba a contar a Charlie, pero había decidido dejar de tomarlas definitivamente. Se encontraba mejor, más calmado, y, después de una semana sin meterse esa mierda en el cuerpo, se empezaba a sentir vivo otra vez.

Despierto.

Con las pilas cargadas.

Se incorporó de la cama y se acercó al rincón donde descansaba su niña.

Se sentó en el suelo cerca de ella, con las piernas cruzadas, y la apoyó con delicadeza en su regazo. Acarició sus cuerdas como si fueran el cabello de una mujer, inhaló el aroma de la madera lacada y cerró los ojos dejándose llevar... Buscaba ese algo que te hace escuchar tu alma y plasmarla en una melodía auténtica, única y especial. Evocó recuerdos que pudieran inspirarlo, por muy absurdos que fueran: aquella vez que contrató a una prostituta que luego resultó ser un transexual, o la fiesta que se montó con las dos alemanas en el baño del We Rock, o el puñetazo que le dio a un *paparazzi* por fotografiarlo borracho en la puerta de un bar.

El resultado fue el de siempre: silencio. En su mente no se dibujó ni un acorde. Nada.

Volvió a intentarlo. Quizá si recurría a su penosa infancia...

Sacudió su cabeza negándose a caer en la trampa. Ese capítulo de su vida estaba vetado. Haría cualquier cosa por volver a componer excepto permitirse vivir aquel infierno de nuevo. Esa pesadilla debía quedar enterrada en lo más profundo de su cerebro. Especialmente ahora, que había dejado la medicación y a los demonios les podía dar por resucitar.

Respiró hondo tratando de borrar esa línea de pensamiento y comenzó a tocar su guitarra. Puesto que tampoco ese día parecía estar muy inspirado, al menos podría hacer una nueva versión de alguno de sus éxitos para la próxima gira. Justo cuando comenzaba a improvisar un estribillo nuevo, notó un zumbido en el bolsillo trasero de su pantalón. Era el móvil de aquella rubia con la que había chocado en la entrada del edificio de Sound Music. La muy tonta se había largado de allí toda cabreada sin darse cuenta de que en la caída había perdido su teléfono. Menos mal que él lo había encontrado en la puerta de la recepción. Había intentado encenderlo para informar a alguno de sus contactos de que lo tenía él, pero el móvil estaba bloqueado.

Solo tenía que esperar a que ella o alguien de su entorno marcara su número para reclamarlo. Sin embargo, se notaba que a la pija le sobraba el dinero, porque no había dado señales de vida en toda la mañana. El que sí estaba dando la tabarra era el pesado de su novio, que no dejaba de enviarle wasaps a cual más ñoño. Nick solo podía leer las primeras líneas de los mensajes que aparecían en pantalla: «Marta, te echo de menos», «Necesito hablar contigo, cariño» o «Para mí eres especial», pero fue suficiente para que le entraran ganas de vomitar, fotografiar la pota y enviarle la instantánea. ¡Qué lástima que no pudiera desbloquear el teléfono de la rubia!

A los cinco minutos el «puto móvil» volvió a sonar. Nick miró la pantalla y leyó el nuevo mensaje del calzonazos aquel.

«Marta, no puedes seguir ignorándome. Nuestra última noche juntos fue especial, ¿o no te lo pareció a ti? Amor, yo...».

Nick frunció el labio superior en una mueca de asco. Aquel memo era la vergüenza de su género. ¿Cómo se podía rebajar así? O bien la rubita se lo montaba muy bien o ese idiota había metido la pata con ella. Pero... esa tía... ¿merecía tanto la pena? Era pequeña, flaca, y tenía demasiada mala leche comprimida en un cuerpo tan canijo. Lo único salvable que tenía la chica eran las piernas. Eran una pasada.

Y el pelo. A Nick le fascinó todo ese cabello ondulado y salvaje del color del trigo. Cuando le retiró un par de mechones de la cara para inspeccionar su nariz también le sorprendió la delicadeza de sus rasgos. Parecía una muñeca manga. Sus pómulos eran suaves; su nariz, diminuta (a pesar de que se le había hinchado); tenía los ojos de color verde grisáceo, unos labios carnosos... «¡Y era una estirada!», recordó Nick. Lo llevaba tatuado en la frente y en su trasero, aunque..., según decían, cuanto más pija era una tía, más le iba la marcha. ¡A saber! Él no tenía intención de descubrirlo. Seguro que era la hija de algún pez gordo de la discográfica y, por no pensar con la cabeza, terminaría metiéndose en algún lío. Además, a él no le iban las bragas de lujo. Estaba más que abastecido con *groupies* y fans que se le lanzaban al

cuello con solo sonreírlas.

Justo cuando estaba a punto de guardar el móvil de la rubia en el fondo de un cajón o estrellarlo contra la pared, el cacharro empezó a sonar. Reconoció la canción: «Marry You», de Bruno Mars. Dooooos, encima la tipa tenía un gusto musical penoso. Asqueado por la sobredosis de cursiladas que estaba sufriendo aquella mañana, miró la pantalla del móvil. Si era el memo de su novio, que se preparase. Iba a fingir que se lo estaba montando con la tal Martita y que ella no podía atenderlo en ese momento.

—Sí, mmmm... ¿Quién es? —dijo en modo poscoito nada más descolgar el teléfono.

—Esto... Perdona, pero me parece que estás hablando por mi móvil. —Nick reconoció ese tonito de marisabidilla al instante. La *Zapatitos* de tacón. La rubita del novio plasta. La dueña de aquellas dos piernas de escándalo.

—Sí, lo sé. Soy con el que chocaste ayer por la tarde. Te dejaste el móvil tirado en el suelo y...

Marta no lo dejó terminar.

—Me acuerdo perfectamente de quién eres. Todavía tengo pesadillas. En fin, ¿cuándo me lo puedes devolver? —preguntó.

—Cuando me salga de la punta de la... —Nick frenó a tiempo antes de soltar aquella barbaridad. El tonito de suficiencia de la pija le sacaba de sus casillas.

—Mira, no quiero discutir. —La oyó suspirar—. ¿Qué te parece si me lo envías por mensajero? Yo me hago cargo de los gastos si no te lo puedes permitir. Aunque deberías pagar el porte, porque fuiste la causa de que se me perdiera el móvil, pero no me importa, de verdad que no...

Bla, bla, bla... Además de pija, era una charlatana. Durante aquella perorata que parecía interminable, a Nick se le encendió la bombilla. Le apetecía un poco de diversión con *Miss Zapatitos*, aunque fuera la mujer más borde del planeta.

—¿Qué te parece si quedamos esta tarde en algún bar del centro y te lo devuelvo? —No escuchó más que silencio al otro lado del teléfono—. ¿Has oído lo que te acabo de decir? ¡Oye! ¿Sigues ahí? —Nick volvió a insistir.

—Sí, sí... Es que... —La chica pareció estar haciendo un análisis pormenorizado de todo lo que suponía aquella proposición antes de darle una respuesta—. Lo siento, pero no creo que sea buena idea.

Por el tono de su voz, era evidente que le apetecía tanto el encuentro como que la abrieran en canal para sacarle las tripas. Nick sonrió para sus adentros: por primera vez, una tía no enloquecía por quedar con él. La *Zapatitos* no debía de haberle reconocido; o puede que sí supiera quién era pero, conocedora de los escándalos del músico, prefiriera no verse envuelta en uno de ellos.

—¿Por qué no es buena idea? ¿Es que a la princesita le da miedo quedar con un desconocido en pleno centro de Madrid? —Su intención era tocarle el orgullo y, de paso, burlarse de ella.

Marta volvió a quedarse en silencio y al final se resignó.

—De acuerdo, idiota. Dime dónde y allí estaré.

Touché. Nick, orgulloso de haberse salido con la suya, comenzó a vacilarle un poco. Quería jugar con ella y sacarla de sus casillas antes de darle la dirección del Irish Bar, una cervecería irlandesa que frecuentaba desde hacía años y que estaba a un par de calles de su casa. Después de discutir otro tanto sobre la hora a la que podrían verse, llegaron a un acuerdo:

—Ni para ti ni para mí. A las siete y media y se acaba la discusión —sentenció ella.

—OK —aceptó él, pero antes de colgar se aseguraría de volver a tocarle las narices a la rubia—: Eh, Marta, no cuelgues. Dile de mi parte a Xavier... Es así como se llama tu novio, ¿no? —Ella no respondió—. Pues eso, que le digas que me lo estoy pasando chachi leyendo sus cursiladas. ¡Ja, ja, ja, ja! Eso sí, avísale de que no me mande *selfies* guarros.

La rubia soltó un grito de indignación de lo más ridículo y colgó.

Las carcajadas de Nick resonaron por toda la habitación de su ático de la Gran Vía de Madrid. Después de unos minutos, y con una sonrisa de satisfacción en los labios, dejó caer el móvil en la cama para centrarse de nuevo en su guitarra. No hizo más que colocar los dedos sobre las cuerdas y lo sintió.

Era más que un deseo irrefrenable. Era una pulsión que se despertaba con un hormigueo extraño en su estómago, que aceleraba los latidos de su corazón y fragmentaba su mente para luego fundirse en una secuencia de sonidos y acordes que perseguían un ritmo claro. Hacía tanto tiempo que la música no interrumpía sus pensamientos, tantos meses sin saborear la necesidad de tocar, que Nick agarró su cuadernillo de composición y comenzó a escribir y borrar notas como un poseso. No podía permitirse el lujo de olvidar aquella canción. Debía relajarse o perdería ese momento de inspiración. Alguna vez le había sucedido, y era terriblemente frustrante.

Mientras tocaba una y otra vez parte de la melodía que acababa de componer, por fin llegó la recompensa: disfrutar de una sensación de paz que rara vez experimentaba en el día a día. Nick jamás se relajaba. Desde que era niño siempre le acompañaba una angustia mortificante. Con los años, se había acostumbrado a vivir en ese estado de ansiedad perpetuo, e incluso había aprendido a esconder aquella zozobra o desasosiego ante los ojos de los demás. Por fin podía estar rodeado de una multitud de personas o a solas con su mejor amigo, Charlie, y parecer sereno, calmado o distante. Lo que sentía por dentro era una historia completamente diferente.

Ese era el motivo real por el que Nick amaba la música. El *rock* era su heroína: la válvula para escapar de su pasado y de su ruinosa vida. Tenía doce años cuando descubrió que rasgando las cuerdas de su guitarra podía olvidar durante unas horas a la mujer que le había criado y al regimiento de sus amantes. A través de las notas musicales podía catalizar toda la rabia y la ira que le carcomía las entrañas. Creando letras oscuras, melodías desgarradoras y ritmos violentos y cargantes había

encontrado la manera de gritarle al mundo que la vida era una mierda y que estaba llena de bastardos.

Después de dos horas anotando, tachando y volviendo a anotar, probó cómo sonaba en su guitarra aquella canción en estado embrionario. Hasta el propio Nick se sorprendió del resultado. Tenía poco que ver con las canciones que había compuesto en su pasado: esta era vibrante, llena de energía, sexi incluso; se podría decir que... ¿divertida?

Uf, no sabía muy bien si no estaría arriesgando demasiado al romper con el sonido que definía a Demonic Souls. Pero después de meses de sequía musical es lo que había y... «¡qué coño!», a Nick le gustó cómo sonaba. Además el grupo tenía que evolucionar, y su ruido tenía que hacerlo con ellos.

Colgó la guitarra en la pared, entre el póster de los Ramones y el de los Who, y se puso un pantalón de baloncesto para salir a correr. Odiaba hacer deporte, pero uno de sus médicos insistió en que era la mejor manera de quemar su excedente de energía. También el sexo le ayudaba a canalizar la adrenalina y, la verdad sea dicha, Nick tardaría menos en conseguir una mujer que en anudarse los cordones de sus zapatillas. Podría llamar a aquella morena con la que se enrolló el fin de semana anterior, aunque era tan cortita que se haría ilusiones. Se pasó toda la noche mirándolo como un cervatillo perdido y babeándole la camiseta. Nick sabía que a ese tipo de tías las llamabas dos veces y se creían que debías guardarles fidelidad para toda la vida. Luego te veían con otra chica y, en venganza, subían a Internet alguna foto que te habían hecho con el móvil mientras estabas dormido en su cama. «A estas alturas me sobran problemas», recordó Nick. Y era cierto: si volvía a cagarla como aquella vez que pegó a un periodista, ya podía buscarse otra discográfica y, de paso, otro guitarrista, porque Charlie lo mandaría definitivamente a la mierda.

Charlie. Tenía que avisar a su colega de que no iría a los ensayos esa tarde. Se rebotaría con él, pero le daba igual. Había quedado con la rubia y, después de devolverle el móvil, se pasaría por la fiesta que el guitarrista había montado en su casa. Podía arriesgarse a tomarse unas copas y desfasar un poco: ambos vivían en el mismo edificio, así que no había riesgo alguno de que lo fotografiaran borracho otra vez.

Mandó un mensaje a su amigo, encendió la lista del Spotify y se puso los cascos. Antes de salir por la puerta del edificio se escondió bajo la capucha de su sudadera y las gafas de sol. Llenó de aire sus pulmones y se puso a trotar «como uno de esos *yuppies* imbéciles» que hacen *running* por la ciudad. Uf, cada día odiaba más el deporte.

Una hora después, atravesó la puerta de su casa arrastrando la lengua por el suelo. Tenía que dejar los canutos o echaría un pulmón por la boca. Incongruencias de la vida. Tenía veintisiete años y últimamente hacía más ejercicio que cuando iba al instituto. De hecho, solía saltarse la clase de Educación Física para tomarse unas cervezas con los colegas o abrir algún coche. Menos mal que tenía la suerte de gozar

de una buena genética: era delgado, nervudo y nunca había necesitado matarse en un gimnasio. Además, Nick odiaba a esos tíos que pretendían parecer un Madelman porque eran conscientes de que su cerebro era del mismo tamaño que una canica. Sin embargo, el jefe de producción de la gira le había insistido en que necesitaba cierta forma física para estar al cien por cien durante los conciertos. Hasta trató de convencerlo para que contratara a un entrenador personal. «Tú alucinas», le contestó Nick. Ni que él fuera Madonna. Luego llegó el loquero, aquel catalán con sus consejos de que le haría bien hacer deporte para soltar la ira y la dichosa adrenalina y, bueno..., no le quedó otra que hacer ejercicio. Y allí estaba, muerto de dolor por el simple golpeteo del agua de la ducha sobre sus músculos.

Cuando salió del baño, Nick comprobó que faltaba una hora para su cita en el Irish Bar. Se secó el pelo con una toalla, o más bien se lo revolvió aún más, y se echó el potingue que le recomendó aquella maquilladora que lo preparó para la grabación del clip de «Bajo las sábanas».

«Le gusta atarme, arrancarme el alma, paladear mi sangre...».

Mientras tarareaba aquel tema que les dio el éxito, se puso sus *jeans* negros favoritos, una camiseta de Led Zeppelin gris y una sudadera andrajosa que andaba por la habitación hecha una bola. Se quedó de piedra. Por primera vez estaba cantando aquella canción fuera del escenario. Nick nunca entonaba sus temas si no estaba trabajando, y menos aún la letra de «*Bajo las sábanas*». Era buena, pero no su favorita. Sonrió con ironía: los fans y los críticos creían que las letras hablaban de una mujer a la que le gustaba el sexo sádico, pero nada más lejos de la realidad. Nunca descubrirían el mensaje que encerraba cada rima. Nadie sabría jamás qué escondía Nick Mendoza bajo sus sábanas.

Deliberadamente, llegó un cuarto de hora antes a la cervecería donde había quedado con la pija. Quería observar el panorama antes de encontrarse con ella. Estaba casi seguro de que la tal Marta no tenía ni idea de quién era él. Tampoco es que fuera archifamoso, pero desde hacía cosa de un año la gente empezaba a reconocerlo por la calle, especialmente los más jóvenes. Y desde aquel altercado con ese *paparazzi*, los medios habían publicado alguna que otra foto de él. El caso es que tenía que cerciorarse de que no lo había seguido ningún fotógrafo. Además, si la rubia acudía con algún amigo o el baboso de su novio, podrían reconocerlo y se acabaría la diversión para él. No era tan raro que «por una maldita vez en la vida» le apeteciera pasar el rato con una chica normal y corriente, que lo tratara como un tipo normal y corriente y que no se muriera de ganas por llevárselo a la cama porque «soy medio famoso», se justificó a sí mismo. Claro que si la rubia se ofrecía...

Frente al Irish Bar había una taberna donde Nick había desayunado miles de veces. Desde allí podría vigilar la entrada del otro bar mientras tomaba una caña. Entró en la tasca, que olía a fritanga, y se fijó en los cuatro borrachos de la barra.

Saludó al camarero dominicano y se situó estratégicamente junto a la ventana. Pidió una cerveza recordando que no debía tocar la barra si no quería quedarse pegado. No hizo más que dar un trago a su copa cuando la vio aparecer al otro lado de la calle, caminando de la mano de un chico. Sin duda era ella: aquella larga melena rubia que caía por su espalda de un modo salvaje la delataba a kilómetros de distancia. ¿Cómo una mujer tan pequeña podía sostener el peso de tanto pelo?, bromeó Nick para sí mismo.

Después, cuando se fijó en su acompañante, no pudo más que reír. Menuda foto tenían. Parecían dos duendecillos cogidos de la mano: ella, con la melena de una leona, y el tipo a su lado, con la cabeza como una bola de billar. «Podría ser su novio», meditó; pero por la forma de caminar y de gesticular del chico resultaba evidente que era homosexual.

Marta y su amigo se quedaron parados en la terraza de la cervecería irlandesa mirando de un lado a otro. Estaban comprobando si Nick había llegado. Segundos después, ella entró resuelta a la cervecería mientras su amigo la esperaba en la puerta.

Cuando salió, negó con la cabeza y comenzaron a parlotear. La rubia parecía convencerlo de algo porque cuanto más insistía, más fruncía el ceño su acompañante. Al final, su amigo asintió poco convencido y le dio un pico en los labios antes de alejarse de ella.

Cuando Nick comprobó que el duende calvo se alejaba de Marta, sacó dos euros, los dejó en la barra y salió del bar. El camarero le gritó «gracias» desde el extremo opuesto y Nick se marchó sin contestar. Cruzó la calle sorteando los coches y miró la puerta del Irish Bar: en cuestión de un minuto, la rubia había desaparecido. Volvió a pasar la vista por la multitud de la calle y suspiró aliviado: Marta no se había marchado. Simplemente caminaba entre las mesas de la terraza buscando una libre para esperarlo sentada.

A Nick no se le pasó por alto la elegancia y la delicadeza de cada movimiento de la chica cuando esquivaba sillas ocupadas y a los camareros al pasar. Tampoco pudo obviar las fabulosas piernas que lucía bajo su minifalda de cuadros. Eran estilizadas, tonificadas y, probablemente, muy suaves. «Del 1 al 10 —pensó Nick—, les daría un 11». Para colmo, llevaba unas botas altas y las tablas de la falda se balanceaban bajo el trasero realzando aún más esos muslos torneados.

«Cualquier perverso la confundiría con una de esas quinceañeras que van pidiendo guerra».

Y solo aquel último pensamiento le revolvió las entrañas.

PERDÓNAME

Sentí un rayo de sol taladrándome el párpado del ojo derecho. Me maldije por no haber bajado completamente la persiana de mi habitación la noche anterior. Lo reconozco: soy una maniática a la hora de dormir. Necesito absoluto silencio, oscuridad, las sábanas perfectamente lisas y una temperatura ambiente de veinticuatro grados. Manías estúpidas derivadas de mis largas rachas de insomnio.

Miré el despertador de la mesilla: las ocho y media de la mañana. A sabiendas de que no sería capaz de caer de nuevo en los brazos de Morfeo, me levanté para hacerme el desayuno. Arrastré los pies hasta la cocina, devoré una barrita de cereales y me preparé un café muy cargado. Cuando sonó la alarma del microondas avisándome de que mi dosis diaria de cafeína estaba lista, busqué mi móvil por la encimera. Me gustaba cotillear el Facebook de mis amigos mientras desayunaba. Pero el aparatejo dichoso no aparecía por ningún lado. Como no me apetecía ponerme a buscar, me dirigí a mi habitación, donde tenía el portátil. Me senté en el escritorio con mi taza de café humeante, abrí el ordenador y comprobé que tenía un mensaje nuevo en mi correo electrónico.

Era de Xavier, mi exnovio o, como lo llamaría mi hermana Cristina, mi amigovio. Según ella, «ese es el término que hay que utilizar cuando te pica la castaña, no tienes semental y te conformas con echar un polvo con un colega, que sabes que nunca te va a fallar». En fin, si Cris lo decía, debía de ser verdad, porque a sus diecinueve años era toda una experta en cultura pop. Además, su vida social y sexual le daba mil vueltas a la mía, y se había visto todos los programas de *Gran Hermano*. Vamos, que sabía lo que decía y, aunque yo no sufriera prurito en ningún fruto seco, mi ex era «solo un amigo que te quita las telarañas» (otra frasecita de mi hermana).

A mí me resultaba deprimente que definiera así mi relación con el hombre del que estaba enamorada. Pero ella tenía razón. Mis últimos encuentros con mi ex habían sido un aquí te pillo, aquí te mato. Ni una cena romántica, ni palabras bonitas, ni tocar las estrellas, ni nada de nada. Había sido puro sexo. Y el sexo por el sexo para mí no era suficiente. Jamás me había ido a la cama con un hombre con el que no hubiera compartido algún sentimiento. Y no lo digo porque me parezca mal que una mujer se acueste por un calentón con un amigo o incluso un desconocido. No, en absoluto: lo respetaba. Pero yo no era así. Mis inseguridades no me permitían intimar con un hombre a esos niveles. Cristina decía que, a mis veinticinco años y en el siglo en el que vivimos, me comportaba como una retrógrada y que toda aquella represión un día explotaría por algún lado. Según su teoría terminaría siendo más puta que las

gallinas o la típica pesada que se pasa la vida haciendo galletitas con formas estúpidas para los hijos de sus amigas. Nunca le pregunté en qué fundamentaba su teoría, pero supongo que en algún *reality show* del canal Divinity. En mi defensa tengo que decir que yo intentaba conocer chicos cuando salía, mostrarme abierta y liberal como el resto de mis amigas, pero cuando alguno me proponía irme a su casa, me hacía pequeña, pequeña... Diminuta. Me saltaban las alarmas, me ponía a la defensiva y los espantaba con algún desaire.

Xavier fue una excepción en mi *modus operandi*. Todavía no entendía cómo había sido capaz de involucrarme con él, un compañero de trabajo. Supongo que al trabajar juntos, relajé mis defensas y comencé a confiar en él, aunque mentiría si dijera que no sabía desde un principio que aquella relación podría poner en peligro mi carrera. Por esa época apenas podía dormir pensando en todos los problemas que me podía acarrear. Sin embargo, era incapaz de resistirme a aquel hombre. La atracción que me despertaba mi compañero fotógrafo era tan fuerte que, poco a poco, yo solita me fui convenciendo de que lo nuestro podría resultar. Me decía que era imposible que alguien nos descubriera; al fin y al cabo nos veíamos en mi casa o en la suya, y rara vez salíamos juntos por el centro de la ciudad, donde sería más fácil encontrarnos con algún conocido. Y, efectivamente, nadie descubrió nuestro pequeño secreto... hasta que él la CAGÓ, con mayúsculas.

Me quedé mirando fijamente la pantalla de mi ordenador. ¿Abría el correo de Xavier o apretaba el botón de suprimir? La semana anterior habíamos viajado a Ciudad del Cabo para un editorial de moda de baño para *VeryCool* y habíamos acabado como el rosario de la aurora. Leí el asunto («Perdóname») e hice doble clic. No debía abrir su correo; me iba a arrepentir, pero..., en el fondo, mi orgullo necesitaba saber que sufría por mí. En mi caso, ¿quién se podría resistir?

De: xavier.azcona@hotmail.com

Para: marta.g.plaudiño@gmail.com

Asunto: Perdóname

Hola, Marta

Si no has mandado a la papelera este correo, te doy las gracias. No merezco que me escuches después de nuestra última discusión, pero nunca quise que termináramos así. Soy consciente de que la cagué contigo hace meses y no confías en mí, pero quiero que sepas que tú sigues siendo la persona más importante en mi vida.

Amor, tratemos de intentarlo de nuevo. Te lo he jurado muchas veces y te lo vuelvo a repetir: entre Erica y yo nunca hubo nada más que sexo y no volverá a suceder. Fue un error, un desliz, y lo estoy pagando con creces. La otra noche, antes de que discutiéramos, fue maravilloso tenerte en mis brazos, sentirte de nuevo, y no soporto ver que día tras día te alejas de mí. No podemos vivir el uno sin el otro, ¿no te das cuenta?

Yo nunca he dejado de quererte, y estoy dispuesto a luchar por ti. Sé que lo estás pasando mal y Erica está contribuyendo a ello, pero se le pasará. Trata de ser fuerte, princesa, y, por favor, perdóname. No quise gritarte la otra noche. No quise hacerte llorar, pero me exiges demasiado y siento que, haga lo que haga, jamás me perdonarás. Por favor, déjame demostrarte que eres lo más importante para mí y no te arrepentirás.

Te quiere.

X

Después de leer varias veces el *e-mail*, no sabía qué pensar. Una parte de mí se moría de ganas por creerlo, pero el poco orgullo que me quedaba me decía que le diera una lección. Xavier y yo habíamos estado saliendo un año y, aunque vivimos momentos inolvidables, durante los últimos meses de relación discutíamos un día sí y otro también.

Nos conocimos unos meses antes de empezar a salir juntos. Yo ya estaba trabajando como redactora de moda en *VeryCool* cuando él fue contratado como fotógrafo *freelance* en la revista. Jamás olvidaré la primera vez que lo vi. Me pareció el hombre más guapo del planeta. Con su metro noventa de estatura, sus ojos color musgo y su cabello rubio y largo, anudado en una coleta, me recordó a Travis Fimmel en el anuncio de ropa interior de Calvin Klein. Era tan impresionante que di por hecho que era modelo y acudía a la redacción para algún *casting* fotográfico. Cuando pasó a mi lado, caminando con esa seguridad que tienen los hombres que saben que son guapos, se me paró el corazón por unos segundos. Mis dedos también dejaron de teclear en el ordenador y me obligué a fijar la vista en la pantalla para no comérmelo con la mirada. No fui la única que alucinó con Xavier: mis compañeras se daban codazos unas a otras para no perder detalle de aquel pedazo de monumento que se pavoneaba por la oficina.

Por mi parte, me esforcé por seguir el hilo del texto que estaba redactando sobre las faldas *midi* de la temporada, pero fue imposible cuando escuché su voz. Era tan masculina como cada parte de él. En un primer momento supuse que no se dirigía a mí, así que seguí fingiendo que estaba muy concentrada en mi artículo, pero como no respondía, puso su mano en mi mesa, acercó su cara a un palmo de la mía y volvió a repetir la pregunta:

—Perdona, ¿me puedes indicar dónde está el despacho de Erica Ruiz? Tengo una entrevista con ella. —Sonrió no sé si por parecer amable o porque me había puesto roja como un tomate. Daba igual el motivo. Me había sonreído a mí.

—Sí, claro. Aquel es su despacho. —Le señalé la puerta que estaba justo a mi espalda.

Me dio las gracias y yo seguí fingiendo que estaba superconcentrada en el apasionante mundo de las faldas. En cuanto la puerta del despacho de mi jefa se cerró, un coro de suspiros de amor invadió la redacción. Xavier nos había encandilado a todas las mujeres de *VeryCool*. Sin embargo, meses después descubrí que la elegida había sido yo.

Según me confesó Xavier, nunca le había costado tanto esfuerzo seducir a una chica. Y era cierto. Aunque era consciente de que flirteaba conmigo, nunca creí que yo fuera distinta al resto. Así que, de una manera inconsciente, no se lo puse fácil. Además, él me tenía muy despistada. Xavier coqueteaba hasta con la señora de la limpieza del edificio, así que ¿por qué iba a pensar que aquel hombre espectacular sentía algo especial por mí? Además de parecer un modelo, era el fotógrafo estrella de la revista y tenía mucha más experiencia en el mundo editorial que yo. Su familia,

dueña de dos galerías de arte en Barcelona, le había pagado sus estudios de Bellas Artes en Milán y después lo había matriculado en el Instituto de Fotografía de Nueva York. Cuando terminó su formación, se tomó un año sabático para recorrer el mundo con su cámara y poder exponer sus trabajos. A sus veintiocho años, tan solo tres más que yo, conocía medio mundo y había vivido el equivalente a una docena de vidas. Xavier también exponía sus trabajos en galerías de los amigos de sus padres y había vendido varias obras a muy buen precio, pero necesitaba un empleo más estable para pagar las facturas y sus costosos viajes. Ese fue el motivo que lo llevó a *VeryCool*.

A Erica, la directora, no le pasó inadvertido el talento de Xavier ni, como más tarde descubrí, sus otros atractivos. Nunca me había considerado una mujer celosa, pero admito que incluso antes de acostarse con la directora, yo desconfiaba ya de él. Cada vez que le veía hablar con una compañera o con una modelo en plena sesión de trabajo, se me disparaban las alarmas. La ira se iba apoderando de mí, me subía la bilis a la garganta y me transformaba en la mismísima niña del exorcista. ¡Ojo! No siempre me comporté de aquella manera con Xavi. Los primeros meses de relación me hacía sentir segura, única y especial. Pero a medida que pasaba el tiempo y yo notaba que su amor era cada vez más importante para mí, más me aterrorizaba la idea de perderlo.

Siempre era yo la que insistía en que nos viéramos; la que cambiaba sus vacaciones para adaptarme a las suyas o quien dejaba colgadas a sus amigas porque Xavier me había llamado a última hora para invitarme a cenar. Él, por su parte, jamás truncaba sus planes por mí. Si le surgía una reunión de trabajo imprevista, me avisaba un minuto antes para decirme que no podía quedar conmigo, y en tres ocasiones canceló un viaje de fin de semana que teníamos programado porque le había surgido una sesión fotográfica en el último momento.

Cuando le contaba todo esto a Félix y a mi hermana, me reprochaban que era demasiado dependiente de él; y probablemente tenían razón. No entendían que Xavier era brillante en su trabajo. Poseía un talento y un futuro prometedor en el arte de la fotografía. Además, su situación laboral era más inestable que la mía. No podía permitirse el lujo de rechazar ninguna oferta o sus clientes no lo volverían a contratar. Por lo tanto, era más fácil que yo me adaptara a su estilo de vida a que él se ajustara a mi idea de vivir en pareja.

Hasta ahí, perfecto. El problema es que vivir a expensas de otros tarde o temprano pasa factura. Cuando no sabía nada de él durante una semana, excepto por un par de wasaps enviados a toda prisa, no podía evitar pensar que yo solo era un mero entretenimiento en su glamurosa vida. De repente, me encontré un buen día echándole en cara si había sonreído demasiado a una modelo o si se tomaba demasiadas confianzas con la maquilladora encargada de la sesión. Me sentía tan insegura en nuestra relación que me convertí en Glenn Close en *Atracción fatal*. Una sola mirada de él a una mujer era motivo de discusión, y no hay que olvidar que Xavi es fotógrafo. No podía hacer su trabajo si se vendaba los ojos.

Por su parte, él trataba de tranquilizarme y hacerme entrar en razón. Me aseguraba que no había nadie más en su vida excepto yo; que jamás me traicionaría, que era su niña, su corazón... Y le creía, por supuesto que sí.

A veces pienso que mis pataletas eran una llamada de atención para escuchar de sus labios que me quería tanto como yo a él. De hecho, después de cada trifulca, me carcomían los remordimientos por habérselo hecho pasar mal y trataba de compensarle. Me mostraba cariñosa y comprensiva; aceptaba que saliera ese fin de semana con sus amigos aunque lleváramos días sin vernos o que cancelara nuestro viaje porque tenía una urgencia familiar en Barcelona.

Y justo cuando me estaba planteando que quizá el problema no era él sino mis celos, ¡zas!, descubro a Xavier en la cama con la directora de la revista para la que trabajábamos los dos.

La imagen de Erica Ruiz durmiendo abrazada a Xavier surgió en mi mente como un relámpago aquella mañana de sábado, mientras leía por tercera vez el correo de mi ex. Las náuseas se agolparon en mi garganta y salí corriendo al baño. En cuanto abrí la tapa del retrete, vomité lo poco que había desayunado. Con manos temblorosas me lavé la cara, me enjuagué la boca y decidí que todavía no estaba preparada para perdonar a Xavier. Lo amaba, pero necesitaba más tiempo. Todavía guardaba demasiado rencor.

De: marta.g.plaudiño@gmail.com

Para: xavier.azcona@hotmail.com

Asunto: Re: Perdóname

Hola, Xavier

Esto no puede seguir así. Aunque nos hayamos acostado varias veces desde que rompimos (YA hace dos meses), siempre terminamos discutiendo. Este no es el tipo de relación que quiero. Hemos entrado en una dinámica dañina para ambos y no nos está llevando a ningún lado. Te ruego que a partir de ahora no te dirijas a mí para ningún tema que no sea estrictamente laboral.

Por favor, no me lo pongas más difícil.

Marta

Hice clic en el botón de enviar y cerré el portátil de un golpe. Me tumbé en mi sofá Chester hasta que se me pasara aquel malestar que me provocaba recordar nuestro pasado. Y mi presente. Porque desde hacía dos meses mi vida se había convertido en un caos. Había sufrido varios ataques de ansiedad y me había pasado noches en vela, dando vueltas a la cabeza sobre mi situación laboral, mi relación con mi jefa y mis sentimientos hacia Xavier. Lo quería como no había querido jamás a ningún otro hombre, pero me había decepcionado. Deseaba confiar en él, pero no sabía cómo hacerlo. Además, una parte de mí sentía ganas de hacerle el mismo daño que él me había hecho. Y en ese estado no era posible que lo pudiera perdonar.

Probablemente lo mejor que podía hacer era pedir cita con mi antigua psicóloga, la doctora Angulo, pero me avergonzaba acudir a una terapeuta por un simple desengaño amoroso. Tenía veinticinco años y lo más lógico era superarlo por mí misma. Y eso estaba haciendo: cambiar de trabajo y alejarme de aquella pesadilla.

A mi hermana y a Félix les parecía una locura que renunciara a un puesto como el mío, especialmente con la crisis del mundo editorial. Muchas periodistas matarían por mi trabajo, pero yo no estaba capacitada para vivir bajo la presión a la que me tenía sometida Erica Ruiz. Podría denunciarla por acoso laboral, sí; ¿y de qué me serviría? Era su palabra contra la mía y ninguno de mis compañeros pondría su puesto en juego por apoyarme en un posible juicio laboral. Además, la directora de *VeryCool* era toda una eminencia en el mundo editorial español. Tenía contactos hasta en el infierno, así que no me interesaba enemistarme con ella o nunca volvería a trabajar en prensa escrita.

Erica Ruiz era una mujer de cuarenta años, soltera, sin hijos, ambiciosa, dura y bastante despiadada. Por lo general, en sus días buenos solía tratarnos a todo el equipo como esclavos y en los malos pasábamos a la categoría de escoria-a-la-que-puedo-pisotear. Yo había visto cómo vapuleaba psicológicamente a un director de arte de cincuenta años porque a ella le parecía mayor para ese puesto. Al final, mi compañero se cogió una baja por depresión y ansiedad.

Con sus congéneres, Erica todavía era mucho peor. Más exigente. Cuando una redactora se quedaba embarazada y luego pedía una reducción de jornada, le hacía la vida imposible hasta que dimitía. La directora también nos obligaba a estar disponibles las veinticuatro horas del día, a trabajar jornadas interminables y, por supuesto, a hacer su trabajo sin rechistar. Erica no daba palo al agua. Hacía acto de presencia en la redacción, echaba broncas y se remangaba exclusivamente tres días al mes, en general los previos al cierre del número. Jamás entenderé cómo consiguió el puesto de directora de *VeryCool*. Corrían rumores por la editorial de que podía estar horas y horas de rodillas aguantando la moqueta áspera de los despachos de los directivos. Pero yo no daba fe a las habladurías. Aquella mujer nunca se rebajaría de esa manera. La directora de *VeryCool* era atractiva, con un estilo y elegancia envidiables: una Anna Wintour a la española. Si alguien caía de rodillas sobre una moqueta eran los hombres ante ella. En varias ocasiones había asistido a algún evento de moda junto a Erica y había visto con mis propios ojos la atracción que ejercía en cada hombre con el que interactuaba. Supongo que ese halo de poder, *glamour* y seguridad que la envolvía les hacía desearla. Eran exactamente los mismos motivos por los que Xavier despertaba interés en las mujeres.

Quizá esa fue la razón por la que mi ex se sintió atraído por mi jefa: porque eran iguales. O, simplemente, porque Erica era una mujer y no se comportaba como una niña insegura.

Después de regodearme en mi desgracia durante una larga hora, decidí que era momento de darle un repaso a mi casa. No estaba sucia, pero tengo que admitir que soy una obsesa de la limpieza y el orden. Puedo llegar a convulsionar con solo ver marcas de lluvia en el cristal de una ventana o un poco de mantequilla pegada en la encimera de la cocina. Ese defecto también se lo debo a la generosa herencia de mi queridísima madre, *Doña Perfecta*. Tampoco me iba a llevar demasiado tiempo

aspirar y pasar un trapo a un piso que parecía de las Barriguitas. Mi casa constaba de veinticinco metros cuadrados repartidos en un salón, una habitación, un cuarto de baño, una minicocina y un espejismo de balcón. Sin embargo, pagaba un dineral al banco por aquella caja de cerillas en pleno centro de Madrid. Podría haberme mudado al extrarradio, donde los pisos son más económicos, pero a mi madre le habría dado una angina de pecho. Para ella, todo lo que se alejara cinco kilómetros de la capital eran suburbios y, claro, una chica como yo, criada en la zona más lujosa de Madrid, «se echaría a perder en un barrio así». Al final no le quedó más remedio a mi señora madre que pagarme la entrada del piso en Puerta de Toledo. Y a mí aceptarlo, para no matarla de un disgusto.

Después de terminar las tareas del hogar pensé en llamar a Félix. Me negaba a quedarme en casa otro sábado por la noche. Esa era otra consecuencia de haber roto con Xavier: apenas tenía con quién salir los fines de semana. Mi pandilla antes de conocer a mi ex eran mis compañeras de trabajo. Muchas nos conocíamos de la facultad y trabajar en *VeryCool* nos había unido mucho más. Pero como Xavi y yo decidimos mantener en secreto nuestra relación para no poner en peligro nuestros respectivos trabajos, poco a poco me fui distanciando de ellas.

Menos mal que no perdí a mi querido amigo Félix. Él se había convertido en mi mayor apoyo cuando mi relación con Xavier empezó a dar algún que otro traspié. De hecho, cuando le conté que había pillado a mi novio con nuestra jefa en la cama, ni siquiera se sorprendió. Él siempre me había dado la razón cuando yo me rayaba con la idea de que Xavi flirteaba con otras. Pensé que mi amigo lo hacía por su fe ciega en mí o por la manía que le tenía a mi ex, pero parece ser que Félix veía más allá de lo que contemplaban mis ojos. Ahora el pobre tenía que cargar conmigo no solo en el trabajo, sino también fuera de él.

Decidida a llamarlo, busqué mi móvil. Después de mirar por toda la casa, debajo de la cama, del sofá y de cada uno de los muebles, llegué a la conclusión de que lo había perdido o me lo habían robado. Hice memoria de cuándo había sido la última vez que lo había utilizado y a la única conclusión que podía llegar era que se me había tenido que caer cuando choqué en las escaleras con el indigente.

Mosqueada como una mona, me cagué en todos sus santos. Sin mi iPhone yo no era nadie. Allí guardaba todos mis contactos, mi agenda de trabajo, mis *e-mails*... Incluso las claves de acceso a mis cuentas del banco.

Con el corazón en la garganta, cogí el teléfono fijo para llamar a mi número de móvil. Quizá alguien de la discográfica se lo había encontrado y lo tenían guardado en recepción esperando a su dueño.

Sonó un pitido. Bien: eso significaba que tenía batería. Sonó un segundo pitido y al tercero alguien descolgó.

—Sí, mmmm... Aaaah... ¿Quién es? —contestó un hombre, y... prefiero no pensar qué estaba haciendo.

—Esto... Perdona, pero me parece que estás hablando por mi móvil —respondí

un poco cortada.

—Sí, lo sé. Soy con el que chocaste ayer por la tarde. Te dejaste el móvil tirado en el suelo y...

Para mi desgracia, mi flamante iPhone estaba en manos de un indigente. Vaya suerte la mía, leñe.

—No hace falta que me digas quién eres. Todavía tengo pesadillas contigo. En fin, ¿cuándo me lo puedes devolver? —pregunté con sequedad.

—Cuando me salga de la punta de la... —Menos mal que el tipo se frenó a tiempo antes de soltar una ordinariez. Odiaba a los hombres a los que se les llenaba la boca con la palabra que empieza por «p» y termina por «a».

—Mira, no quiero discutir. —Tratar con aquel imbécil me agotaba—. ¿Qué te parece si me lo envías por mensajero? Yo me hago cargo de los gastos si no te lo puedes permitir. Aunque deberías pagar el porte, porque fuiste la causa de que se me perdiera el móvil, pero no me importa, de verdad que no. Solo quiero que esto se resuelva de la manera más rápida y más cómoda para ambos. ¿Qué te parece? Oye... ¿Me escuchas?

El idiota no me estaba haciendo ni puñetero caso. A lo mejor seguía con aquello que estuviera haciendo cuando le interrumpí con el teléfono. Prefería no pensar en eso.

—¿Qué te parece si quedamos esta tarde en algún bar del centro y te lo devuelvo? ¿Cómooooo? ¿Quería quedar conmigo? Eso sí que no. Con esa pinta, a saber si era un loco, un ladrón... Bueno, ladrón quizá no, porque quería devolverme el móvil.

—¿Me has oído? ¿Sigues ahí? —volvió a insistir.

—Sí, sí... Es que... —Hice un análisis pormenorizado de la situación y llegué a una clara conclusión—: No, no creo que sea buena idea.

—Y ¿por qué? ¿A la princesita le da miedo quedar con un desconocido en pleno centro de Madrid?

Me estaba picando para que entrara en su juego. Aquel idiota se pensaba que estaba tratando con una tonta como él. Grrrr...

—De acuerdo, idiota. Dime dónde y allí estaré.

En mi casa, borde.

—Ni lo sueñes, caradura. Has dicho antes que quedaríamos en un bar.

—En el Irish Bar que está cerca de la plaza de Ópera a las nueve de la noche, cortarrollos.

—A las siete, con la luz del día, caraculo.

—¿Me has llamado «caraculo»? ¿Caraculo? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Pero ¿qué clase de insulto es ese? ¿Vas al insti?

—JA JA JA.

—A las ocho y no hay más que hablar.

—Ni para ti ni para mí: a las siete y media y se acaba la discusión —sentenció.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Pareció pensárselo y al final dio su brazo

a torcer. Cuando estaba a punto de colgar el teléfono le escuché decir:

—Ey, Marta, no cuelgues. Dile de mi parte a Xavier... Es así como se llama tu novio, ¿no? Pues eso, que le digas que me lo estoy pasando chachi leyendo sus cursiladas. ¡Ja, ja, ja, ja!

Antes de que siguiera hablando, estrellé el auricular contra el supletorio. Si ese memo se aburría, no iba a ser yo la que le amenizara la vida permitiéndole que se burlara de mí. Quedaría con él, recogería mi móvil, pero no pensaba ni escucharle ni dirigirle una sola palabra.

OPORTUNIDADES

Después de colgar al cretino en cuestión, marqué el teléfono de Félix. Quería avisarle de que había perdido mi iPhone y preguntarle qué planes tenía para ese sábado. Necesitaba salir, airearme y olvidarme por una noche de Xavier y sus malditos *e-mails*. Quizá me podía apuntar a salir con él y sus amigos y así no tendría que quedarme en casa toda la noche. Además, sería la excusa perfecta para darle boleto rápidamente al macarra.

—¿Quién osa despertar a la bestia? —respondió con voz de ogro.

—Ups, perdona. —Me eché a reír—. Si quieres te llamo en un rato.

—Tú dame cháchara y verás cómo me vuelvo a sobar.

—Tengo poco que contarte; solo quería saber qué ibas a hacer esta noche.

—Probablemente tirarle los tejos al chulazo del que te hablé.

—¿Cuál de los doce? ¿El bombero que conociste cuando prendiste fuego a tu cocina? ¿Tu monitor de *spinning*? ¿El charcutero...?

—No, idiota, he quedado con el tío del Grindr.

Grindr, según me explicó, es una red social gay para ligar, y desde que Félix se descargó la aplicación no pasaba más de quince días sin mojar (palabras textuales). A mí me parecía muy arriesgado tener encuentros sexuales con desconocidos cada fin de semana, pero según él las citas por Internet estaban muy de moda. De hecho, cuando rompí con Xavier me hizo un perfil en Badoo argumentando que era una red social tipo Facebook. No entiendo cómo pude aceptar algo así. Supongo que se aprovechó de mi estado comatoso posruptura. El caso es que a la mañana siguiente, cuando entré en mi cuenta y descubrí que tenía más de ochenta solicitudes de amistad (entre ellas, una de un antiguo profesor mío de la facultad ya jubilado), me di de baja automáticamente. El libertino de Félix no solo me había dado de alta en una web de contactos, sino que había publicado en mi perfil algunas de mis fotos en traje de baño.

Pero volviendo a mi conversación telefónica con Félix: no comprendía cómo podía acostarse con un tío distinto cada fin de semana y con el que había intercambiado dos palabras por Internet. Yo en su lugar me habría muerto de vergüenza, aunque después de las charlas con mi hermana me estaba autosugestionando para tratar de ser más liberal y conocer a otros hombres. Tal vez así dejaba de estar enganchada a Xavier y no caía en el deprimente mundo de las galletitas de té. Además, Félix coincidía con ella en que yo no era normal.

Un día, bajo la influencia de dos mojitos (ya serían cuatro), le confesé que una de

las cosas que más me aterrorizaban en el mundo era desnudarme delante de un desconocido. Puso el grito en el cielo y se lo tomó tan a pecho que planificó un fin de semana en una playa nudista de Almería. Por supuesto no me dijo dónde iríamos y me presenté en el hotel con una maleta cargada de bikinis, caftanes y pareos que no me servirían para nada. Cuando llegué a la playa y me encontré rodeada de «bien armados» a mis doce en punto, a mis tres y cuarto y a mis nueve menos cuarto (no sabía dónde mirar sin cruzarme con un ejemplar), me largué de allí haciendo fu como el gato.

Al recordar aquella encerrona, tuve la necesidad imperiosa de jugar un poco con su sensibilidad.

—Jo, qué lástima. Para una vez que me había animado a salir a tomar algo, tú tienes una cita con el gran amor de tu vida, pero no pasa nada... Me pondré a cocinar *cookies* y el lunes te las llevaré a la oficina. —El factor galletas y mi voz de dar mucha penita eran infalibles.

—Eh, Marta. No seas petarda. Si quieres, cancelo mi cita y salimos juntos.

—¿Harías eso por mí? —pregunté con incredulidad.

—No, por tus compañeros. No quiero que les intoxiques con tus pastas.

Satisfecha por haber conseguido mi propósito, me eché a reír.

—Anda, tonto. Te estaba tomando el pelo. No hace falta que canceles tus planes. Yo tengo cosas que hacer.

—¿El qué? ¿Hacer *crochet*?

—JA JA JA. —Reí con ironía. Mi amigo no me perdonaría jamás que me pasara los fines de semana tejiendo cuellos de lana para mis amigas—. Estás equivocado. Hoy tengo algo sumamente importante que hacer. ¿Te acuerdas del chico con el que choqué ayer y me hizo caer?

—Sí, claro, el *homeless* buenorro.

—Pues en la caída se me perdió el móvil y ni me enteré. Al parecer, lo encontré y hoy hemos quedado para que me lo devuelva.

Félix se quedó en silencio unos segundos y luego, a regañadientes, se ofreció a acompañarme.

—Tal y como se comportó ese gilipollas, no me va a quedar otra que ir contigo.

Sonreí para mí. Félix medía dos centímetros más que yo. Si aquel macarra se ponía chulito, la hormiga atómica poco podría hacer para defenderme.

—No hace falta que vengas, en serio. Además hemos quedado en un bar del centro y estaré rodeada de gente.

—No insistas. He dicho que te acompaño y lo voy a hacer. Cuando te devuelva el móvil me largo a mi cita, y se acabó la discusión.

Al final, el cabezota de mi amigo me convenció.

Puesto que faltaban más de tres horas para ir al Irish Bar decidí mimarme un poco. Me di un baño de espuma y me puse una mascarilla de oro líquido para el cabello y otra de papaya en la cara mientras escuchaba a Bruno Mars. Al principio

traté de relajarme y disfrutar del momento, pero reconozco que a la cuarta canción romántica estaba lista para clavarme un tenedor en cada tímpano. Si seguía escuchando más letras melosas y sensibleras, terminaría metiéndome en la cama rodeada de bolas de papel higiénico y viendo las fotos de Xavier y yo en mi móvil. Y como no tenía teléfono, sufriría un brote psicótico, porque no puedo vivir sin ellos. Sin Xavier y sin mi móvil.

Después del baño (nada relajante), me embadurné de crema y me miré al espejo. Tocaba la parte más dura de mi existencia: desenredar mi pelo. Lo odiaba. Era de un rubio pajizo rizado con desorden y se encrespaba con mirarlo. Habría matado por tener una melena lisa y brillante como la de mi hermana y mi madre, pero nací con un nido de urracas. Lo llevaba por la cintura porque, el muy traidor, cuanto más lo cortaba, más se rizaba y, con aquel exceso de volumen y mi metro sesenta y cinco, no quería parecerme a la duquesa de Alba.

Mientras trataba eliminar los nudos por mechones alguien llamó a la puerta. Apagué el secador y agucé el oído. Efectivamente, el timbre no paraba de sonar. Me envolví en mi albornoz y salí a comprobar quién era. Al asomarme a la mirilla, vi a Xavier. Debería abrirle... o también podría dejarlo allí plantado hasta que se cansara. No lo había invitado, y encontrarme con él a solas significaba dos cosas: acostarnos juntos o tirarnos los platos a la cabeza. Y, sinceramente, ninguna de las dos opciones me ilusionaba.

—¡Marta, sé que estás ahí! ¡Abre de una vez la maldita puerta! —Elevó el tono de voz, para que se le escuchara sobre los timbrazos.

Puse los ojos en blanco y abrí el cerrojo. Mis vecinos eran muy mayores y si montaba escándalo los tendría en mi puerta quejándose.

—¿Qué quieres, Xavi? —le pregunté sosteniendo la puerta.

—Marta, me tenías preocupado. ¿Por qué no has contestado a ninguno de mis wasaps? —Me echó a un lado y entró en mi casa hecho una fiera.

Perfecto. Hoy nos tiraríamos los platos a la cabeza.

—Tú y yo no tenemos nada más que hablar. Te lo he explicado esta mañana en un *e-mail*.

—Sí, por eso te he llamado mil veces. Marta, por favor, tenemos que intentarlo de nuevo. Sé que cometí un error, pero ella no significa nada para mí. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Además, tampoco te traicioné porque habías roto conmigo...

—Y no habían pasado ni veinticuatro horas cuando decidiste aprovechar tu estrenada soltería. Eso demuestra lo mucho que me querías.

Xavier se levantó del sofá donde se había acomodado sin que yo lo hubiera invitado y en dos zancadas lo tenía frente a mí. Su rostro reflejaba indignación. Me agarró los hombros con fuerza y bajó su mirada buscando mis ojos. Yo retiré la mirada automáticamente.

—Mírame, Marta. ¡Joder, mírame!

—¿Qué quieres de mí, Xavier? —le pregunté resignada.

—Estar juntos. ¿Tanto te cuesta creerlo? —dijo, ahora más calmado.

—Xavi, tú no me quieres y yo no puedo perdonarte. Estamos metidos en un círculo vicioso que no somos capaces de romper. Cuando dejemos de trabajar juntos y no nos volvamos a ver, será más fácil para ambos rehacer nuestras vidas.

—Si estás dispuesta a tirar tu trabajo por la borda, de acuerdo: lo aceptaré. Es tu decisión y no la comparto, aunque tengo que respetarte. Pero quizá podamos seguir viéndonos. Piénsalo. Podemos llevar una relación normal sin ocultarnos.

Una relación normal. Él y yo paseando por la calle agarrados de la mano. Xavier yendo a buscarme al trabajo para llevarme a cenar. Si fuera tan sencillo...

Apoyé mi cabeza en su hombro y él relajó la fuerza de su mano. No podía más. Discutir con él día sí y día también me estaba chupando la energía. Su mano descendió por mi espalda acariciándola por encima de mi albornoz. Oh, oh. Estaba desnuda, él abrazándome en mi apartamento y sabía cómo terminaría aquello si no le paraba los pies.

Me aparté de él.

—Lo pensaré, pero dame tiempo. Necesito espacio. Necesito olvidar aquello —le respondí, aunque no estaba muy convencida de que consiguiera olvidar «la gran catástrofe» sin hacerme antes una lobotomía.

Xavier suspiró aliviado. A su manera, me quería y también lo estaba pasando mal. O yo quería creerlo.

—De acuerdo, pero no me hagas sufrir demasiado. Te echo de menos, cielo. ¿Recuerdas? Tú eres mi chica...

—Sí, pero te repito que necesito tiempo. Por favor, vete y prometo llamarte en unos días.

Xavier entonces se acercó a mí y me abrazó con fuerza. Pensé que insistiría en quedarse conmigo, pero para mi sorpresa me dio un beso en la mejilla y se despidió. Era la primera vez en aquellos meses que abría una puerta para que volviéramos juntos, y supongo que no quiso forzar más la situación entre nosotros.

—Espero tu llamada. —Se fue hacia el pasillo y al instante oí cómo cerraba la puerta.

Me senté en el suelo sujetándome las rodillas. ¿Qué narices había hecho? ¿Le estaba dando esperanzas a Xavier? No me lo podía creer. Estaba planteándome darle una oportunidad y esa misma mañana le había dicho por *e-mail* que no lo quería volver a ver. Había prometido a Félix que sacaría a Xavier de mi vida. ¿Me había vuelto imbécil? ¡Si habían pasado dos meses y no podía quitarme la imagen de Erica y él dale que te pego! ¿A quién quería engañar?

Además, tampoco nuestra relación era perfecta antes de la aparición estelar de Erica. Más bien era una montaña rusa: una semana nos queríamos y a la siguiente nos odiábamos. Es verdad que las reconciliaciones eran memorables, pero el problema real seguía ahí: mis celos. Recuerdo también que las sesiones de fotos en las que trabajábamos juntos se habían convertido en un infierno para mí. No podía centrarme

en mi trabajo porque estaba más obsesionada con si Xavier le daba su teléfono a la maquilladora por trabajo o para tener una cita. Con las modelos era aún peor. Me volvía loca pensando que Xavi podría estar mirándolas con los ojos de un hombre y no con los de un fotógrafo. Me repetía una y otra vez, como si fuera mi nuevo mantra, que coquetear y ser amable formaba parte de la personalidad de mi novio y que no había segundas intenciones en aquel simple flirteo. Pero no sirvió de nada. Llegados a ese punto, yo ya me sentía pequeña e insignificante para Xavier en comparación con el resto de las mujeres que le rodeaban.

Con aquellos sentimientos macerándose dentro de mí, era de esperar que un día perdiera los papeles. Y los perdí.

Sucedió tras una agotadora sesión de moda con tres modelos en ropa interior. Si hubieran posado con vestidos de Agatha Ruiz de la Prada (con sus nubes, sus corazones y margaritas), estoy segura de que mi humor habría sido muy distinto. Sin embargo, contemplar a tres mujeres impresionantes en satén y encajes sonriendo a mi novio con sus caras angelicales y sus cuerpos perfectos me puso del revés. Al final de la jornada no me aguantaba ni yo. Charlaba con Félix sobre los estilismos que incluiríamos en el siguiente editorial cuando vi de reojo cómo una de ellas, curiosamente la más discreta, se despedía de Xavier con un pico en los labios. En ese momento me habría gustado ahorcarla con la cadena de mi Chanel 2.55, pero la jirafa aquella no se merecía una muerte tan glamurosa. Traté de calmarme diciéndome que entre las modelos y el fotógrafo es normal ese tipo de complicidad y que había sido un beso insignificante, pero no sirvió de nada. A los pocos minutos todo el mundo se había marchado del estudio y yo me sentía como un toro a punto de salir al ruedo. Xavier recogía en silencio sus cámaras y focos y se mostraba particularmente esquivo. Ese comportamiento tampoco era normal en él. La ansiedad y la ira se arremolinaron en lo más profundo de mi ser y al final estallé:

—¿Qué demonios pasa entre tú y esa modelo?! —Sí. Le grité y le maldije. Y mucho. Paró de cerrar la mochila donde guardaba su cámara y se volvió mirándome como si yo estuviera loca—. ¡No me mires así y dime la maldita verdad! —insistí. Estaba fuera de mis cabales.

—No sé de lo que estás hablando. —Su voz rezumaba hastío y cansancio; su gesto, desdén.

Me lancé hacia él llena de furia y, frente a su cara, le repetí no sé cuántas veces que me daba asco. Xavier me apartó de un empujón llamándome loca desquiciada.

—¡Eres tú el que me está haciendo perder la razón! ¡Eres tú el que juega conmigo y con todas las mujeres que se te cruzan! Si de verdad me amaras, ¡me respetarías y no se te ocurriría hacer carantoñas a una cualquiera delante de mis narices!

—¿Y qué prefieres? ¿Que lo haga a tus espaldas? ¿Que deje de ser como soy porque tú eres una egocéntrica insegura? —exclamó irritado.

—No, mierda. Solo quiero que me demuestres que soy importante para ti. —Al decir aquello mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Pues compórtate como una mujer y no como una niña. Estoy harto de tus frustraciones y de ese pasado del que no hablas. Estoy harto de tu sensibilidad y de que un día te rompas porque hago o digo algo que te ofende. Joder, ¡estoy harto de ti!

Me quedé en silencio. Su falta de consideración y su desprecio me rompieron el corazón. Me llevó unos minutos recuperar la respiración y la voz, pero al final, con el poco orgullo que me quedaba, pronuncié las dos palabras que más me atormentaban.

—Hemos terminado. ¿Me escuchas? ¡TÚ Y YO HEMOS TERMINADO!

Y tras girarme hacia la puerta me marché con la determinación de que no quería volver a ver a Xavier jamás.

Sin embargo, el rencor se fue disipando con las horas y dio lugar a un miedo atroz a perder definitivamente a la persona a la que quería. Ese día comprobé el móvil y mi correo electrónico cincuenta veces con la esperanza de que Xavier, como siempre hacía, se pusiera en contacto conmigo para hacer las paces. Sin embargo, pasó la tarde, llegó la noche, la madrugada y no dio señales de vida. A la mañana siguiente, con la certeza de que lo había perdido, me tragué mi orgullo y cogí las llaves de su apartamento.

Necesitaba reconciliarme con el hombre más importante de mi vida.

Llámalo sexto sentido o no, pero en cuanto abrí la puerta de su casa detecté algo extraño. Algo inusual, pero no sabría decir el qué. Quizá la casa olía diferente o era la falta de luz: las persianas estaban casi bajadas y yo sabía que Xavier siempre las dejaba subidas para despertarse con la luz del sol. Sin detenerme en aquellas pequeñeces, crucé el salón y fui directa a su habitación encendiendo la luz del pasillo. Estaba convencida de que se había marchado a Barcelona con su familia para perderme de vista. Cuando abrí la puerta y escuché el sonido de su respiración, me sentí aliviada. Volví a sentirme segura. Muy despacio me acerqué a la cama y susurré su nombre. Xavier se incorporó de la cama sobresaltado y en sus ojos pude ver primero la duda, luego la sorpresa y después el horror.

De inmediato me arrepentí de haberme presentado allí sin llamar. Mientras me debatía entre largarme o no, noté que algo a su lado se movía.

—Vete de aquí —me susurró Xavier con un toque de pánico en su voz.

Miré espantada hacia el otro extremo de la cama, aun a sabiendas de que no me iba a gustar lo que me encontraría allí. Y no me equivocaba: una mujer con el torso desnudo yacía de espaldas a Xavier. Sofoqué un grito de horror, pero no lo suficiente como para que aquella extraña no se revoliera, molesta, entre las sábanas. Con ojos somnolientos y desorientada levantó la cara para mirarme. El tiempo se congeló por unos segundos para que yo pudiera procesar el rostro que tenía delante. Aunque me hubieran proyectado esa escena cien veces en una pantalla gigante, hoy por hoy seguiría sin creerlo. Mi novio se estaba follando a Erica Ruiz. Mi jefa. Su jefa. ¡La tirana y retorcida de nuestra jefa!

Como si me hubiera trasladado a la oficina y simplemente hubiera irrumpido en su despacho sin llamar a la puerta, pedí disculpas a Erica con voz servil y salí

corriendo de la habitación. Ni siquiera escuché a Xavier detrás de mí cuando consiguió frenarme en el salón. Me agarró del codo y me obligó a que lo mirara.

—Marta... Puedo explicártelo, pero no ahora. —Estaba tan alterado como yo.

Me solté con todas mis fuerzas y di un paso hacia atrás. No soportaba que pusiera un dedo sobre mí. Me repugnaba y cuando iba a decírselo en su cara, oímos la puerta de su habitación. Ambos nos volvimos hacia el pasillo y allí estaba ella: en la puerta de la sala envuelta en una sábana.

—Marta García, ¿qué haces aquí? —Su tono severo me recordó al de mi madre cuando me pillaba husmeando en el frigorífico: «¿Qué haces comiendo a estas horas? Luego llorarás porque estás gorda...». Pero Erica no era mi madre y yo no tenía diez años. Tenía veinticinco y había pillado a mi jefa con mi novio en la cama.

Céntrate, Marta...

Erica me miraba desafiante esperando mi respuesta. ¿Qué iba a decirle? Me volví hacia Xavier para que me echara un cable. Él también me observaba, petrificado y blanco como un fantasma.

—He venido a devolverle las llaves a Xavi. —Solté lo primero que se me ocurrió—. Me las dejó un fin de semana que estaba de viaje para regarle las plantas y como pasaba por aquí...

Hice un gesto con las cejas a mi novio para que me siguiera la bola, aunque hasta yo sabía que no había por dónde cogerla: ni Xavier tenía plantas ni nadie en su sano juicio irrumpiría en el piso de un compañero.

—¡Tienes razón, Marta! Te había invitado a desayunar para que me devolvieras las llaves. ¡Vaya cabeza que tengo! —exclamó Xavier, y se golpeó la frente de un modo teatral. Para mi gusto, su interpretación fue un poco sobreactuada.

Erica nos miró y comprendió que entre su fotógrafo y su redactora ocurría algo, y por mi parte decidí que era el momento de desertar. Con un rápido adiós, lancé las llaves de la casa de Xavi a la mesa y salí de allí tan rápido que podría haberle quitado la medalla de oro al mismísimo Usain Bolt.

Durante todo aquel fin de semana estuve convenciéndome de que presentarte en el piso de tu compañero no era motivo suficiente para que Erica sospechara de Xavier y de mí. Así de estúpida era yo. Pero en cuanto entré el lunes por la puerta de la oficina, cualquier duda sobre si la directora se había tragado nuestra mentira se disipó. En menos de veinticuatro horas, Marta García había «ascendido» a la categoría de redactora maldita de *VeryCool*. La directora dedicó la jornada completa a hacerme repetir todos los artículos que había escrito la semana anterior.

Su ojeriza hacia mi persona no pasó inadvertida entre mis compañeros, que no pararon de preguntarme si habíamos tenido algún problema Erica y yo. Fingí que no tenía ni idea y aguanté la venganza de mi jefa todo lo estoicamente que pude, siempre con la esperanza de que algún día se le pasara. Pero ni de lejos fue así. ¿Por qué? Probablemente porque le gustaba Xavier tanto como a mí. Y la pregunta del millón: ¿a qué esperaba para echarme de la revista? Solo había una explicación razonable: si

lo hacía, se arriesgaba a que yo le contara a toda la empresa que se acostaba con un empleado. Era más inteligente por su parte hacerme la vida imposible: yo no aguantaría la presión y me marcharía de la editorial.

Y lo admito: su plan estaba funcionando. Cada día que pasaba, mi vida como redactora de *VeryCool* daba más asco. Tampoco me ayudaba mucho tener que seguir trabajando con mi ex, del que estaba enamorada, durante las sesiones de moda. Siempre había pensado que la manera más fácil de dejar de querer a alguien es descubrir que te ha sido infiel, pero ¡estaba equivocada! Si realmente amas a una persona, no puedes dejar de quererla de la noche a la mañana, por mucho que mida la cornamenta. Si no, ¿por qué después de romper me enrollé con Xavier durante el viaje a Nueva York? Porque estaba loca por él y tenía la dignidad en la uña del dedo gordo del pie.

Habían pasado unos veinte días desde nuestra ruptura. Me gustaría decir que lo estaba superando, pero no estaría siendo honesta. Me sentía una mierda: me levantaba y me acostaba llorando por él, me torturaba mirando sus fotos en mi móvil y me pasaba los fines de semana metida en la cama. Tal y como estaba previsto desde hacía meses, Xavier y yo estábamos acreditados para la Semana de la Moda en la ciudad de los rascacielos. Debíamos cubrir los desfiles y hacer una sesión con la modelo de Louis Vuitton. Conclusión: pasaríamos demasiado tiempo juntos y a solas. Durante los primeros días estuvimos evitándonos en las pocas horas libres que teníamos, hasta que una noche no nos quedó otra que salir a cenar y a tomarnos unas copas con el equipo de la firma francesa. Estábamos haciendo muy bien eso de ignorarnos mutuamente, pero terminamos compartiendo un taxi para volver al hotel. ¡Error! Fue entonces cuando mi ex me sorprendió pidiéndome disculpas y queriendo darme una explicación. Nunca había visto a Xavi tan hundido y desolado mientras confesaba que me echaba de menos. Me habría gustado ser capaz de mandarle a paseo, pero preferí hacerle la pregunta que me estaba carcomiendo:

—¿Me has estado engañando con ella durante todo el tiempo que estuvimos juntos?

Él me miró a los ojos y negó con la cabeza, arrepentido.

—Te juro por mi vida que solo sucedió esa vez y fue el error más grande que he cometido.

—¿Y por qué? ¿Por qué ella?

Entonces me lo explicó todo. Aquella tarde que discutimos en el estudio y yo terminé con él, estaba furioso conmigo. Como necesitaba despejarse, decidió asistir a una fiesta a la que le había invitado una marca de cosméticos con la que había colaborado tiempo atrás. Allí coincidió con nuestra jefa. Estuvieron charlando, él bebió demasiado y, sin saber cómo ni por qué, terminaron en su casa.

—No es excusa, pero debes entender que estaba dolido contigo por lo injusta que habías sido. Me sentía solo y había bebido demasiado. No fui capaz de pensar con claridad y no me vas a creer, pero... hubo momentos con Erica en los que solo tú

estabas en mi mente.

Ahora lo recuerdo y me doy cuenta de que aquel argumento se lo debían de haber recomendado los usuarios de Forocoches, porque no había un dios que se creyera aquello. Excepto yo. Y con aquella última confesión, mi muro de contención se desplomó de golpe y porrazo. Xavier detectó mi vulnerabilidad como si tuviera un sensor y, con todas mis defensas caídas, comenzó a besarme. A la mañana siguiente amanecí en su habitación del hotel. Solo con verlo abrazado a mí, recordé la imagen de Erica y él en la cama. Salí corriendo al váter para vomitar la cena y el vino de la noche anterior, y si hubiera podido, los besos y caricias de Xavier. Cuando abrí la puerta del cuarto de baño, no hizo falta aclararle nada. Con ver mi cara fue más que suficiente. Entre nosotros nada había cambiado. Habíamos hecho el amor, pero yo no era capaz de perdonar su traición.

Después de Nueva York seguimos sin hablarnos, excepto lo justo y necesario y por motivos de trabajo. Aunque hubo una mínima pero maldita variante en nuestra historia: cada vez que viajábamos terminábamos acostándonos, y al día siguiente yo volvía a reconstruir mi muro de contención.

«Y ahora ¿sería diferente?», me cuestionaba a mí misma mientras terminaba de arreglarme frente al espejo antes de que llegara Félix. Si cambiaba de trabajo y me alejaba de Erica, tal vez Xavier y yo pudiéramos empezar de cero. Solo tal vez...

Félix me acompañó a mi no-cita en el Irish Bar. Mientras caminábamos hacia allí, aproveché que estábamos rodeados de gente y que no se atrevería a asesinarme para contarle que me estaba planteando dar una oportunidad a Xavier.

—¿Estás segura, Marta? —preguntó, alucinado. Estaba tan shockeado que se paró de sopetón y una señora que cruzaba por nuestro lado chocó con él.

Le quise decir que sí, pero no podía mentir a mi mejor amigo. Era absurdo. Él me conocía muy bien.

—No, claro que no lo estoy. Pero lo echo tanto de menos... Jo, Félix, tú no lo entiendes; estoy enamorada de él. Es inteligente, tranquilo, cariñoso, atento... Me hace sentir especial...

Félix me interrumpió.

—Y también te hace sentir insegura: que si no le llegas a la suela del zapato, que si no eres suficiente mujer para él... ¿Por qué no lo ves, Marta?

—Félix, no seas injusto. La culpa de sentirme así es solo mía —aseguré. Mi baja autoestima siempre había sido una constante en mi vida.

—No, querida. Cualquiera persona al lado de *Don Perfecto* se sentiría como una bayeta sucia: él sabe de todo, sus fotos son inmejorables, nadie puede quitarle la razón, tiene que ser el centro de atención, si la foto sale mal es culpa de la modelo, si el editorial de moda queda bien es porque su trabajo es excepcional...

Odiaba que se pusiera en plan papagayo y odiaba sentirme entre la espada y la pared con Xavier y él.

—Si se lo tiene subido es porque es muy bueno en su trabajo. Todo el mundo

alaba su talento —defendí a mi ex.

—¡Y un rábano! Ese caradura es un niño mono que tiene buen gusto para hacer fotos y punto. Si fuera Mario Testino como él se cree, estaría trabajando en el *Vogue* americano.

Dios, aquella conversación la habíamos tenido doscientas veces y, dijera lo que dijera Félix, nunca cambiaría de opinión sobre Xavier. Lo ignoré y seguí caminando.

Llegamos algo tarde a la terraza del Irish Bar y un poco mosqueados. Miré entre las mesas buscando a mi asaltante y, como no daba señales, fui a comprobar si estaba dentro del local. Tampoco estaba allí.

—Nada, no está dentro. Ni en la barra ni en las mesas —comenté a Félix cuando salí del bar.

—Si quieres nos tomamos algo aquí mientras esperamos.

—Vete a tu cita o llegarás tarde. Lo más probable es que ni se presente. Hoy en día ¿quién devuelve un teléfono que se ha encontrado?

—Marta, no seas pesada. Me voy a quedar contigo esperando...

—Por favor, Félix, que tengo una edad. No me va a sacar una navaja y secuestrarme.

—Y si lo hace se arrepentiría al segundo, porque eres inaguantable —comentó mientras me guiñaba un ojo para que me diera cuenta de que estaba de vuelta el Félix majo.

Me eché a reír. Lo bueno de mi amigo es que le duraban poco los enfados.

—Anda, canalla, dame un beso y lárgate. Me sentaré en una mesa aquí fuera y esperaré un rato. Si no aparece me iré a El Corte Inglés y me compraré el *smartphone* más barato del mercado.

Félix pareció pensárselo y, con mala cara, accedió a dejarme sola. Antes de irse me dio un pico en los labios y me deseó suerte.

Hacía una tarde estupenda. Me encantaba Madrid en primavera porque no hacía demasiado calor y podías disfrutar de las terrazas. Divisé una mesa libre, coloqué mi americana negra en el respaldo de la silla y eché un vistazo a la carta. Había tantos tipos de cervezas que no sabía cuál elegir: negra, rubia, con sabor a plátano... Cuando ya me había decidido por una Kriek Lindemans de cereza e iba a llamar al camarero, me llevé un susto de muerte. Un tipo gigante con vaqueros negros roídos, botas militares y unas gafas de sol negras me observaba detenidamente. Llevaba puesta la capucha de su sudadera sobre una gorra de béisbol. «Va a atracarme», fue lo primero que pensé. El ladrón sacó las manos de los bolsillos del pantalón (manos completamente tatuadas y llenas de anillos) y agarré mi bolso con fuerza. Lo último que me faltaba para terminar el día era que, además de perder el móvil, aquel quinqui me robara mi Michael Kors recién estrenado.

Entonces el caco me sonrió durante unos segundos y luego habló:

—Tú eres Marta, ¿verdad?

Me quedé congelada. Era él. El indigente. Mi no-cita.

LA NO-CITA

«Me ha reconocido», pensó Nick al ver la expresión de sorpresa de la chica. En ese punto podrían suceder tres cosas:

1. Que gritara como una loca y se le tirara al cuello.

2. Que se volviese muda al comprobar que estaba frente al líder de los Demonic Souls y comenzara a llorar como una histérica.

3. Que sufriera una lipotimia y se cayera al suelo redonda.

—¡Imbécil! ¡Me has dado un susto de muerte! —Marta se llevó la mano al pecho—. ¿Te crees muy gracioso quedándote ahí parado, observando a una desconocida con esas pintas de atracador de bancos?

Nick dejó de sonreír al instante. La rubia tenía el don de irritarle con solo abrir la boca y, con los antecedentes del cantante, aquello no podía llevarle a nada bueno.

—Con lo guapa que estás con el pico cerrado —le contestó con desgana.

—¡No sigas! En cuanto me devuelvas mi móvil, me voy de aquí y no tendrás que oír mi voz en tu vida.

—De eso nada: al menos deberías invitarme a una cerveza por encontrar tu móvil. Pero aquí no: dentro del bar.

Marta abrió la boca de par en par y luego murmuró algo así como «Qué cara más dura». Fingió toser y con gesto de disgusto se puso de pie, se echó el bolso al hombro y se cruzó de brazos antes de hablar.

—De acuerdo, una cerveza rápida. —Y se alejó con la cabeza bien alta hacia la puerta del local.

Nick chasqueó la lengua contra el paladar. Se había salido con la suya.

Una vez dentro de la cervecería la echó a un lado, para adelantarse a ella. Quería elegir la mesa del fondo, donde la luz era todavía más tenue y una columna bloqueaba las posibles miradas de los clientes. No podía arriesgarse a ser descubierto por algún grupo de fans y que le echaran a perder lo que prometía ser una tarde divertida.

Por suerte para Nick, el bar no estaba muy lleno y la mesa que tenía en mente se encontraba vacía esa tarde. Al girarse para comprobar que ella no se había ido, se topó con su mirada. No entendía cómo no se había dado cuenta antes: aquella remilgada tenía los ojos más impresionantes y extraños que había visto en toda su vida. Eran una mezcla de gris y pardo enmarcados en unas pestañas largas y rizadas no demasiado oscuras, pero lo suficientemente espesas como para resaltar esa tonalidad tan poco habitual. Ella lo escudriñaba nerviosa, de la misma manera que lo

había hecho en la terraza del bar. Entonces lo comprendió todo: la princesita no estaba acostumbrada a relacionarse con hombres como él. Estaba asustada.

—Princesa, puede ocupar su trono. —La invitó a sentarse haciendo una reverencia y con una sonrisa burlona dibujada en la cara.

Marta murmuró algo parecido a «payaso» y retiró la silla. Él no pudo evitar observar cada uno de sus movimientos. La rubia pasó su mano suave y delicada sobre el asiento para retirar un par de migas de la silla; con la punta de sus finos dedos cogió su chaqueta y, con muchísimo cuidado, la dejó caer sobre el respaldo. Después se sentó despacio y cruzó sus piernas de forma elegante y sinuosa. Marta parecía dudar de si colgar el bolso o no, y al final lo colocó sobre su regazo. Se retiró los rizos que caían sobre su pecho y al ver que él la observaba, carraspeó y miró hacia otro lado, con aires de superioridad.

Cuando volvió la vista hacia él, Nick seguía hipnotizado.

—¿Qué miras? —preguntó desafiante.

Gracias a su tonito impertinente, Nick volvió a la realidad. O mejor dicho: se estrelló contra ella.

—Lo repipi que eres. Ahora dime: ¿qué quieres tomar?

—Una cerveza con sabor a cereza. Y no me llames repipi —respondió molesta. Luego añadió—: Y por favor, quítate las gafas de sol cuando te dirijas a mí, que es una falta de educación hablar con ellas puestas.

Nick hizo caso omiso y se fue directo a la barra, clamando al cielo un poco de paciencia. El Irish Bar era el otro bar de la zona donde Nick podía acudir sin montar revuelo entre los clientes y empleados. Llevaba años frecuentándolo y se había hecho amigo de los dueños: Tomás y su hermana pequeña, Nuria. De hecho, había sido uno de los locales donde los Demonic Souls, su banda, habían dado sus primeros conciertos cuando no eran más que un grupo de chavales que tocaban para pasarlo bien y sacarse un dinero extra.

Mientras hacía el pedido a Nuria, Nick comprobó que Marta no le quitaba la vista de encima, por mucho que fingiera mirar la pantalla de plasma colgada en la pared de enfrente. O a lo mejor a aquella finolis le gustaban los combates de *pressing catch* que echaban en la tele.

Cuando volvió a la mesa con la bebida, intencionadamente le sirvió su cerveza golpeando un poco la mesa. Marta se sobresaltó y le lanzó una mirada perdonándole la vida.

—Bueno, ¿me vas a dar mi móvil o vas a pedir rescate? —preguntó en cuanto Nick se sentó a su lado.

—Joder, qué buena idea has tenido. —Y tras mostrarle el teléfono como a un niño cuando le enseñas un caramelo, se lo volvió a guardar en el bolsillo delantero de la sudadera.

Marta no reaccionó a tiempo para quitárselo y se quedó con la mano suspendida en el aire. Resopló como un caballo y bajó la mirada a su cerveza. Echaba humo por

las orejas.

El músico, con toda la chulería del mundo, se retiró entonces las gafas de sol y las apoyó en la mesa. Después se quitó la gorra y la sudadera por la cabeza, casi llevándose la camiseta de debajo con ella. No le importó mostrarle gran parte de sus abdominales ni el elástico de su ropa interior; pero sospechaba, por el color de las mejillas de Marta, que le había incomodado. Sin embargo, abochornada o no, paseó su mirada por los tatuajes que cubrían sus dos brazos, observó su torso y sus hombros hasta fijar los ojos en el rostro de él. Nick se hinchió de orgullo: ni las mujeres con clase eran capaces de resistirse a sus encantos. Sin embargo, la expresión de Marta cambió de admiración a disgusto en cuestión de segundos. ¿Disgusto? Más bien parecía que se había tragado una docena de cardos.

—¿Qué miras? —le preguntó él con el mismo tono insolente que ella había utilizado momentos antes.

—Nada.

—Después de darme un buen repaso, has visto algo que no te ha gustado. Venga, suéltalo.

—Yo no te estaba mirando, pero ya que me preguntas: tú. No me gustas todo tú.

«La verdad es que tiene un par de pelotas», se dijo Nick. Por su aspecto, solía imponer respeto a la gente cuando le conocían. Pocos hombres se habían atrevido a plantarle cara y, para su sorpresa, aquel medio metro de mujer estaba siendo una broma con él. Nick apoyó las manos en la mesa e inclinó su cuerpo para acercarse su rostro al de Marta.

—Ya... Por eso me comías con los ojos, mirona —le susurró en la oreja en un tono algo... inquietante.

Ella contuvo por unos segundos la respiración y al final se atrevió a responderle.

—Eso es lo que tú querrías, chulito.

«¿Chulito?». Nick estalló en una carcajada. Aquella chica, por más que intentara ir de dura, era más repipi que *Mary Poppins*. Muerto de risa, se fue a sentar y, sin querer, se le escapó un quejido de dolor.

—Auch, ¡mierda! —espetó, casi cayéndose de la silla.

Marta rápidamente se incorporó para ayudarlo a sentarse. A Nick le gustó el gesto; sin embargo, cuando ella fue a sujetarlo del brazo, miró horrorizada sus tatuajes y retiró su mano como si él tuviera la lepra.

—¿Qué te sucede? —preguntó algo perpleja.

—Esto... Nada... He salido a correr... Ya sabes, agujetas.

Al instante se avergonzó por haber soltado aquella estupidez. Ahora pensaría que era un blandengue.

Marta levantó las cejas sorprendida y, tras unos segundos, rompió a reír, atragantándose con la cerveza.

—¿Tú? ¿Haces *jogging*? ¡Ja, ja, ja, ja! —No podía parar de reírse mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—¿Qué coño *jogging*? Corro y punto, *Mary Poppins*.

Marta siguió tronchándose de la risa. No podía parar. Aquella reacción pilló a Nick completamente desprevenido. También lo preciosa que era. Cuando reía, sus pómulos se sonrosaban y arrugaba la naricilla de una forma tan graciosa que parecía un dibujo animado. Marta trataba de calmarse, pero cuanto más la miraba Nick, más risa le entraba. Al final, él también se contagió y terminó riéndose con ella, aunque no tuviera ni la más mínima idea de por qué. Después de unos minutos, Marta se limpió las lágrimas de los ojos y trató de hablar entre carcajada y carcajada.

—Lo siento, te he imaginado corriendo con los brazos tatuados, *leggings* de leopardo y con todos esos anillos y creía que me iba a morir de la risa... ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!

—¿Por quién me tomas? —Nick refunfuñó ofendido—. En mi vida me pondría unas mallas de chica.

—Lo siento, no quería ofenderte... Es que..., ja, ja, ja..., con tus pintas no te pega nada ser un deportista.

—Ya... Me va más ir asaltando a viejecitas.

Marta volvió a sonreír y pareció caer en la cuenta de algo.

—Por cierto, ¿cómo te llamas, *runner*? —le preguntó más relajada y con un deje de guasa.

—Nic... —se corrigió a tiempo—: Nicolás. Pero me puedes llamar Nico.

—Y, Nico, ¿cuándo me vas a dar el móvil?

«Ah, vaya, la rubia estaba cambiando de estrategia para salirse con la suya».

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?

—No es eso... Es solo que..., que puede que alguien quiera localizarme y... —tartamudeó un poco. Se le daba fatal mentir.

—Estás preocupada por si te llama ese tal Xavier, ¿no? —Marta asintió abochornada—. ¿Qué te ha hecho ese tío que no deja de pedirte perdón?

Marta evitó su mirada y respondió que era una historia muy larga y demasiado personal para contársela a un desconocido. A él le sorprendió que no le soltara una fresca de las suyas. Podría haberle dicho que se metiera en sus propios asuntos y tendría razón. Algo había cambiado en ella en cuestión de minutos. Había pasado de ser una borde para esforzarse por ser amable. Nick decidió no insistir sobre su vida privada, porque ni la conocía ni le importaba. Tan solo se lo había preguntado por hablar de algo con ella. Sin más, cogió la sudadera, metió la mano en el bolsillo y le devolvió el móvil. Marta miró el aparato una y otra vez, comprobando que estaba en perfecto estado, y lo guardó en el bolso.

—¿Qué hacías en la puerta de la discográfica? ¿Trabajas allí o ibas a buscar a alguien? —le preguntó él, sacando de nuevo un tema de conversación.

Ella dio un trago a su cerveza y le explicó que había ido a una entrevista de trabajo.

A Nick le alegró saber que no era la hija de un pez gordo y que podrían conocerse

a fondo... Si ella estaba por la labor, claro. Entonces se acordó de algo.

—Tengo una curiosidad. ¿Por qué antes me has puesto esa cara de asco?

—El pendiente. —Ella señaló su oreja—. No te ofendas, pero es una horterada llevar una pluma en la oreja.

—No es ninguna horterada. Lo llevaba Martin Gore y me da suerte.

—Y mi canario también lo lleva —farfulló muy seria.

Lejos de molestarle el comentario de Marta, Nick soltó una carcajada. Además de tener unas piernas de infarto y unos ojos preciosos, también parecía tener sentido del humor. Aderezado con una buena dosis de carácter.

Ahora que ella había cambiado de talante, Nick aprovechó para sacarle más información. Le preguntó a qué se dedicaba y ella comenzó a relatarle en qué consistía su trabajo con todo lujo de detalles. Era redactora en una revista femenina, escribía sobre moda, sobre lo que se llevaba y lo que no, sobre pasarelas y diseñadores; hacía sesiones de fotos con modelos... «Escribe sobre chorradas», se dijo Nick. Tampoco es que le importara la profesión de Marta o cualquier otro detalle de su vida, tan solo se sentía cómodo al hablar con alguien muy diferente de la gente que solía rodearle. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos y no paraba de parlotear y parlotear, no podía dejar de imaginarse cómo sería montárselo con ella. Hecho insólito donde los haya, porque Nick jamás dedicaba un minuto de su pensamiento a una mujer. Normalmente si una chica le atraía se lo decía a las claras. A veces, no le hacía falta articular palabra: con mirarla las tenía comiendo de su mano. O de cualquier otra parte de su anatomía.

—¿No me querrás emborrachar y aprovecharte de mí, verdad? —bromeó Marta cuando Nick le ofreció una cuarta cerveza.

—Tranquila. Si quisiera sexo contigo te lo diría directamente. Por cierto, ¿te apetece un revolcón? —Marta puso cara de espanto y rápidamente Nick rectificó—: Eh, no te lo preguntaba en serio. Estaba de broma.

Ella sonrió poco convencida, pero no respondió a su provocación. Tan solo se mantuvo en silencio, ensimismada. Al instante, dio un trago a su cerveza y su expresión se suavizó un poco. Parecía más relajada e interesada en él.

—¿Y qué hacías tú en la discográfica cuando chocamos?

Aquel cambio de tema le pilló a Nick por sorpresa. No había caído en la cuenta de que ella, lógicamente, también querría saber de él.

—Esto..., tenía una entrevista también. —No era del todo verdad, pero tampoco le estaba diciendo una mentira.

—¡Ah! Nico, ¡no me digas que tú vas a ser mi competencia para el nuevo puesto de trabajo!

Podía seguirle la bola... Pero no, no iba a colar.

—¿Me ves con pintas de querer trabajar en una oficina? —Hizo un gesto con sus manos para que lo mirara bien—. Soy músico y compositor. —«Y cantante de una banda de *rock* que ha vendido veinte mil discos», pensó, pero prefirió guardarse ese

dato en el bolsillo.

—Aaaah, ya entiendo... Fuiste a llevar tu maqueta o algo así, ¿no? Quieres hacerte un músico famoso... ¡Hip! Una estrella del pop, ¡hip! Uf, perdón. Me ha entrado hipo, de repente.

—Algo así..., pero nada de pop —respondió él escondiendo la sonrisa.

—¿Y qué tipo de música compones? —Marta parecía sentir verdadera curiosidad.

—Digamos que *rock*, pero nada que ver con el *folk* que se lleva ahora. Mi música tiene un rollo más *post-punk* de los noventa. —Por la expresión de confusión de la chica, el músico sospechaba que aquello le estaba sonando a chino mandarín—. ¿Te suenan los Pearl Jam, los Sisters of Mercy?

Marta negó con la cabeza.

—¿Nirvana?

—Nop.

¿No conocía a Kurt Cobain ni su «*Smells like teen spirit*»? Nick no podía creérselo. ¿En qué mundo vivía aquella chica? Tenía que salvarla de su desconocimiento.

Y así pasaron lo que quedaba de tarde. Charlando de música, de cine e incluso de *ballet*, porque al parecer ella había sido bailarina hasta los dieciocho años. Cuando Marta miró el reloj y anunció que se tenía que ir, a Nick le supo a poco el tiempo que habían estado juntos. Decepcionado, se levantó a pagar las cervezas de ambos —después de pelearse con ella por quién pagaba la cuenta— y la acompañó a la calle.

—Nico, ha sido un placer. Y mil gracias por devolverme el móvil —le dijo con voz cantarina y los ojos brillantes debido a las cervezas.

Entonces, a Nick se le encendió la bombilla.

—¿Te vas a casa o has quedado con alguien? —preguntó.

—A casa, que estoy muerta.

—¡Venga ya! ¿Te vas a meter en la cama un sábado a las once de la noche? ¿Qué eres, una monja?

Marta le sacó la lengua y se echó a reír. Decididamente, iba algo trompa.

—A diez minutos de aquí unos amigos míos dan una fiesta en su casa. ¿Por qué no nos pasamos a tomar la penúltima? —Nick volvió a insistir.

—Mmmm... Nop —negó ella sin saber que era la primera mujer que rechazaba a Nick en los últimos... ¿diez años?

—Venga, Marta, solo es una copa y luego te vas a casa.

—No te lo tomes a mal, pero no te conozco ni a ti ni a tus amigos y...

Nick no dejó que terminara la frase.

—Vamos, no seas rajada. Mis colegas son buena gente.

—No lo dudo, pero no soy mucho de salir por la noche.

—Mira, si no confías en mí, toma mi móvil y manda un mensaje a tu madre diciéndole que estás con el tipo al que pertenece este número. Así te aseguras de que acabaré entre rejas si decido arrancarte la piel para hacerme una chaqueta.

—¿Qué llame a mi madre? —La chica primero puso cara de terror y luego estalló en carcajadas—. Muy gracioso. Pero mira, pensándomelo mejor te acompaño un rato a la fiesta y luego me marcho.

Mientras subían la calle, Nick comenzó a tararear la canción que había compuesto esa mañana. Marta le escuchaba sonriente mientras caminaba a su lado. Sus pasos eran algo torpes, así que instintivamente él le echó el brazo por su hombro. Ella le miró espantada y se liberó disimuladamente para seguir andando sola.

Aquello sí que era una novedad, se dijo Nick: existía una mujer en la Tierra capaz de hacerle la cobra.

EN TU FIESTA ME PLANTÉ

¡Qué pasa, tronco! Pensábamos que no ibas a aparecer esta noche.

Un tipo gordo, con el cabello teñido de amarillo pollo y un *piercing* en la ceja abrazó a Nico nada más abrirnos la puerta.

—Que corra el aire. —Nico lo empujó en broma. Luego se volvió hacia mí para hacer las presentaciones—: Ella es Marta, una amiga, y este salido es Tony. Te aconsejo que no te acerques mucho a él.

El tal Tony me dio un repaso rápido y luego focalizó su mirada en mis pechos.

Tuvo que ver algo raro en ellos, porque frunció las cejas hacia Nico antes de darme dos besos.

—Encantado de conocerte, pequeña. —Y riéndose de su propio chiste, el cretino retiró su barriga de la puerta para que pudiéramos pasar.

Nico me advirtió con un gesto que lo ignorara y volvió a dirigirse a su amigo.

—¿Dónde está el resto? ¿Han venido? —preguntó acerca de sus amigos, supongo.

—Claro que sí. Cuando salí a abriros los dejé liándose unos canutos.

Aquella mole caminó hacia el final del pasillo. Llevaba unos vaqueros absurdamente caídos que dejaban ver la mitad de sus calzoncillos. Mientras andaba iba rascándose el cachete del culo. Era vomitivo. Con la misma mano que había tocado su nalga, abrió unas puertas dobles y una nube de humo me abofeteó la cara.

«Arrea» fue lo único que pude decir al ver aquel salón tan grande como mi casa entera. Estaba iluminado por unos cuantos halógenos y una bola de discoteca colgaba del techo. A pesar de que el alquiler de ese piso debía de costar un dineral, la decoración no era para tirar cohetes. Probablemente los entendidos la llamarían minimalista, pero a mí me pareció escasa y sin gusto alguno. Había un sofá de cuero negro gigante que ocupaba la pared del fondo y dos biplazas a juego a ambos lados. Nada de mesa de centro ni cuadros ni lámparas. Solo una alfombra de leopardo en el suelo que pedía a gritos una buena limpieza. En la pared opuesta colgaba una tele de plasma que parecía la pantalla de unos multicines y frente a ella unos greñudos jugaban a reventar los sesos de un grupo de zombis apretando violentamente los mandos de una consola.

Caminamos hacia el interior y descubrí que en uno de los extremos también había una barra de bar con taburetes bajo una estantería repleta de cientos de botellas. Aquello, más que el salón de una casa, parecía un *pub* de carretera. O un caso claro para *Tu casa a juicio*. Y la música que sonaba... Llamar música a aquel ruido que salía por los altavoces era mucho decir. Se trataba de una mezcla de guitarras

estridentes, golpazos a una caja y una cabra dando gritos antes de ser sacrificada. Sin embargo, los invitados estaban entusiasmados con la elección del DJ. Vestidos de negro, con la tez pálida y con un kilo de Edding negro en cada ojo, simulaban que estaban tocando la guitarra y movían la cabeza de un lado a otro de forma exagerada. Al lado de aquella fauna, me sentí la rubia tonta a la que se cargan primero en las películas de terror.

Un grupo de chicas llamó rápidamente mi atención. Eran cuatro: dos de ellas iban vestidas con una especie de bragas de cuero y la mínima expresión de lo que podría llamarse top; las otras dos parecían haber atracado el armario de Helena Bonham Carter.

No sé si Nico vio mi cara de espanto o no quería perderme entre el gentío, pero el caso es que apoyó su mano sobre el final de mi espalda y me dirigió hacia la barra. Sin consultarme, sacó dos copas de balón y preparó un *gin- tonic* para cada uno. Mientras él se peleaba con la bolsa de hielos, miré de refilón al chico que se hallaba detrás de mí. ¡Qué repelús! Nunca había estado tan cerca de un traumático pantalón vinilo negro y una camiseta de redecilla.

De redecilla, repito.

El chico, que parecía encantado de haber captado mi atención, me hizo un gesto obsceno con la boca. Se me pusieron los pelos como escarpías. Además de vestir absolutamente descatalogado, un palito metálico le atravesaba la lengua. No lo dudé y me acerqué un poco más a mi acompañante. No es que me sintiera segura con él, pero al lado de esa gente Nico era un alma cándida. Este me miró sorprendido y me ofreció la bebida.

—No te muevas de aquí. Voy a hablar con los chicos un segundo —me dijo al oído.

Miré a mi alrededor y entré en pánico.

—¡Oh, no! Ni se te ocurra dejarme sola. —Le sujeté del brazo.

—Marta, ¿qué pasa? —No contesté pero mi cara lo tuvo que decir todo, porque acertó de pleno—. ¡No me digas que te da miedo esta peña! —Seguí en silencio y Nicolás puso los ojos en blanco—. Son tan normales como tú y como yo, pero es la Semana Gótica de Madrid y por eso van vestidos así. Postureo, *Mary Poppins*.

¿Tan normales como yo? Lo dudaba. Al instante, recordé las palabras de mi hermana: que debía ser más liberal, abrirme al mundo, conocer gente nueva, relacionarme con otros hombres... y bla, bla, bla... Por eso traté de ser amable con Nico esa tarde. Por eso mismo acepté ir a la fiesta y sentarme en el *front row* de la *Zombie Fashion Week* de Madrid. Madre mía... Pero ya estaba allí y poco podía hacer. Tampoco quería parecer una esnob que juzgaba a los demás por sus pintas. Aunque si analizaba las miradas que me echaban los invitados, ellos también me estaban juzgando a mí. Al final, accedí:

—De acuerdo, lárgate. Aquí te espero. —Y añadí farfullando para mí—: Con las estacas preparadas y un pulverizador con agua bendita.

Nico sonrió divertido y giró sobre sus talones alejándose de mí. Lo seguí con la vista mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba apoyada en un taburete junto a mi bolso. A pesar de los tatuajes y esas pintas, era un chico muy sexi. Su forma de caminar era entre chulesca y desganada, pero con seguridad, como si estuviera por encima del bien y del mal. Quizá esa actitud de «estoy de vuelta de todo» era el motivo por el que las personas de aquella fiesta no paraban de lanzarle miradas. Era curioso. Lo mismo había sucedido cuando estábamos en la terraza del Irish Bar, y también cuando íbamos caminando por la calle hacia la fiesta. Me preguntaba si él era consciente de que llamaba la atención por donde pasaba. Debía saberlo. Siendo tan atractivo estaría habituado a que las chicas se lo comieran con los ojos. Porque no nos engañemos: atractivo era un rato. Nico no era mi tipo, ni mucho menos, pero tengo ojos en la cara y sí, era un cañón. Sexi al caminar, sexi al retirarse los rizos de la frente, sexi al humedecerse los labios, sexi al sonreír, al levantar una ceja, al rascarse la oreja...

—No bebas más, Marta, no bebas más —me advertí.

Nicolás cruzó la sala y saludó a tres chicos que estaban con el tal Tony. Las chicas junto a ellos debían de verlo tan fascinante como yo, porque no podían ni parpadear. Una morena de cabello muy corto y con un cuerpazo impresionante le echó el brazo por los hombros. Él ni se inmutó con aquel contacto. Siguió conversando con sus amigos, pero me percaté de que pasaba la mano por el trasero de la chica. Tampoco le dedicó más atención que ese gesto. Él parecía más interesado en charlar con sus amigos, que por cierto no abrían la boca mientras Nick les contaba algo, supongo, muy interesante. De pronto, todos miraron hacia donde yo estaba y se echaron a reír. Fue extraño, porque al observar a los cuatro hombres juntos tuve una especie de *déjà vu*. Pero no podía ser. Era la primera vez que me relacionaba con gente de aquella guisa y si me hubiera cruzado con alguno de ellos en algún momento de mi vida lo recordaría.

Abstraída en mis pensamientos, le di un buen trago a mi copa. En cuanto el alcohol cayó en mi estómago tosió con fuerza. Aquel *gin-tonic* estaba tan cargado que sabía a alcohol de quemar. Maldito Nico. ¿Quería dejarme en coma etílico? Seguí maldiciendo hasta que el chico con el clavo en la lengua decidió ligar conmigo:

—Hola, ¿cómo te llamas?

Lo miré aterrorizada: cabeza rapada y cubierta de tatuajes, perforaciones en las orejas del tamaño de mi dedo anular, iris de distinto color... «Noooo, Marta, no le mires a los ojos y muéstrate relajada», me pareció oír al encantador de perros en mi mente.

—Eeee..., stooo... Soy Marta —respondí más a mi axila derecha que a él.

—Yo soy Manolo.

¿Con esas pintas se llamaba... Manolo? Escupí el trago de ginebra que tenía en la boca.

—¡Oh, perdona! —me disculpé conteniendo la risa, y le limpié su espantosa

camiseta con el dorso de mi mano.

—¿Te parezco gracioso? —me preguntó con chulería.

—Sí. ¡No! —rectifiqué—. Simplemente, no me esperaba que te llamaras así.

—¿Y cómo debería llamarme?

¿Lestat, Blade..., Satán?

—Eehhhh..., Edward. —Sonaba menos ofensivo..., creo.

Manolo, el vampiro, se quedó pensativo unos segundos y después rompió a reír.

—Odio a ese tío, pero tú puedes llamarme como quieras —dijo coqueto, y me guiñó un ojo.

Forcé una sonrisa y asentí. O Nico volvía pronto o en medio segundo me largaba de allí.

—¿Te apetece tomar algo? —Manolo Cullen volvía al ataque.

—No, gracias. —Señalé mi copa, todavía prácticamente entera.

Bajó la mirada hacia su mano y comprendí a qué se refería con «tomar algo». De su bolsillo había sacado una bolsita con polvos blancos. Y no eran los HD de Make Up For Ever. Abrí los ojos como platos.

—Yo conozco un juego que te va a gustar —susurró en mi oreja, y a continuación me pasó la lengua perforada por ella. Argggg...

Fui a apartarle, pero alguien se adelantó por mí.

—Colega, déjala en paz. Ella está conmigo. —Nico le empujó con cara de pocos amigos.

Manolo, el vampiro, perdió la arrogancia y el descaro que había mostrado conmigo hacía unos momentos. Pidió disculpas a Nicolás y se marchó de nuestro lado sin enseñar los colmillos. Curioso...

—¿Qué eres? ¿El jefe del clan de los no muertos? —me dirigí a Nico una vez que nos quedamos a solas de nuevo.

—Algo así —afirmó con chulería, y dio una calada al canuto que estaba fumando.

Bufé. Yo no necesitaba que ningún machito me quitara los moscones de encima.

Luego, con altanería, apoyó un codo en la barra y levantó su mano ofreciéndome el canuto. Respondí con un «no» rotundo, aunque sinceramente me habría hecho bien. De nuevo, me sentía incómoda y no entendía qué pintaba yo en aquella fiesta.

—¿Te gusta la música que está sonando?

—No está mal... —contesté con diplomacia. En realidad aquella canción me estaba provocando una fuerte migraña. Y repito: me quería marchar de allí.

Él me lanzó una mirada de «no me creo nada» y me explicó que ese ruido que salía por los altavoces era un tema muy famoso de los Prodigy, un grupo de música electro punk de los noventa. Las teclas de mi móvil sonaban mejor, pensé yo.

Después de aquella canción, Nico, que parecía estar interesado en que no me aburriera, comenzó su *master class* en música electrónica. Me anunció que el DJ estaba pinchando un éxito de otro grupo llamado Chemical Brothers o algo parecido. Según creí entender, también eran muy conocidos por ser los pioneros del *big beat*. El

nombre era muy acertado, me dije, porque escuchar aquello era como recibir golpazos con un bate de béisbol en la cabeza. Nicolás era una especie de *nerd* musical o el discípulo de Tony Aguilar, y aunque me importaba un pimiento qué hit sonaba, a qué disco pertenecía o qué lugar ocupó en la listas del *Billboard*, era interesante escucharle hablar con tanta pasión de la música. Yo lo miraba embobada, y juro que no tuvieron nada que ver sus maravillosos ojos azules, que tuviera la sonrisa más sensual que había visto en un hombre o que su boca me pareciera tremendamente erótica.

Cuando estaba a punto de finalizar mi *gin-tonic* y de dar por terminada la *master class* musical para largarme a casa, tres chicas rodearon a Nicolás. Se las veía desesperadas por hablar con él, pero no se atrevían. Por su parte, Nico tampoco se lo puso fácil. De hecho, simuló que no se había percatado de su presencia y noté que poco a poco se acercaba más a mí. Cuando una de ellas hizo acopio de valor para presentarse, él me agarró de la cintura y nos alejó de la barra. Aunque estuviera algo borracha y un poco dispersa, a mí no me la daba. Me estaba utilizando para darles esquinazo.

—Vamos a bailar —me sugirió al oído.

Miré a las chicas. Las pobres parecían decepcionadas.

—Olvídalo; yo no sé bailar este *big beat*, punk, *rock*, rap o como narices se llame.

—Si te sirve de algo, yo tampoco, y, si mal no recuerdo, tú fuiste bailarina.

—Ya, listillo, pero esta música se parece bien poco a *El lago de los cisnes*. —
Traté de zafarme de su brazo, pero me atrapó antes de que saliera huyendo.

Nico hizo un gesto con los hombros como diciendo que le daba igual y me apretó con más fuerza:

—Vamos, Marta, relájate y disfruta de la noche. —Miró a su alrededor y añadió —: Fíjate, la peña va tan puesta de todo que si estuviéramos bailando en pelotas tampoco se darían cuenta.

Él tenía razón. Por la expresión de la cara de los que nos rodeaban podríamos bailar zumba y pensarían que éramos los más molones de la fiesta. Sin previo aviso, Nico me agarró la mano, me dio un giro y tiró de mí para pegar mi cuerpo al suyo. Con el otro brazo, me rodeó la cintura y empezó a mover las caderas en un vaivén completamente arrítmico. Me empecé a reír. Efectivamente, era un bailarín desastroso. Él llevó mis manos a su cuello y empezó a mover su torso hacia delante y hacia atrás arrastrándome con él. Cuando me dio un pisotón, vi las estrellas.

—Cuidado, no me amputes el pie —bromeé.

Nick soltó una carcajada.

—¿Prefieres bailar *ballet*?

Me levantó un palmo del suelo y giró una, dos y tres veces. Cuando se paró de golpe dimos un traspié completamente mareados y fuimos incapaces de mantener el equilibrio.

—Joder, ¡qué pedo llevamos! —dijimos los dos a la vez descuajaringados de la

risa cuando tropezamos el uno con los pies del otro.

A los pocos minutos, el DJ cambió el estilo de música. Lo agradecí porque mi cabeza no estaba para más piruetas. Aprovechando que el tema que sonaba era más lento, me di la vuelta y descansé mi espalda sobre su torso. Me sentía a gusto, relajada, y lo estaba pasando bien. Probablemente era el alcohol, que estaba haciendo su efecto. Nico pasó de nuevo sus brazos por mi cintura y me acercó a su cuerpo por completo. Estaba tan borracha que tampoco me importó demasiado que pegara su bragueta a mi trasero. «Tienes que ser más abierta», dijo en mi mente un coro de voces. Sin embargo, al balancearnos juntos, se despertó algo en él y comenzó a frotar sus caderas sensualmente contra mí. ¡Ups! Eso ya no me hacía tanta gracia. Traté de alejar mi espalda, pero el suelo estaba mojado y resbalé. Por un instante me veía clavando los dientes en la tarima flotante de aquel salón. Maldije que cada vez que estaba con ese chico tuviera todas las papeletas para acabar en el suelo. Nico, que probablemente no iba tan borracho como yo, tuvo los suficientes reflejos para sujetarme, pero no controló la fuerza y al acercarme me di un cabezazo contra su pecho. Mi cabello se desparramó por su cara y cuando me volví hacia él, luchaba con los mechones que se le habían pegado a la boca.

—Lo siento —me disculpé entre risas—, mi cabello es un *hogoor*, digooo... horror. —Me sonrojé al darme cuenta de que se me trababa la lengua.

—Tranquila, me gusta tu pelo... Es una locura y tú... —Se detuvo buscando las palabras—. Tú pareces un ángel cuando te ríes.

Me arrastró hacia su pecho y me envolvió en sus brazos completamente. Estábamos frente a frente. Borrachos (al menos yo). Sentía que me costaba respirar: no sé si por la fuerza de su abrazo o por lo que posiblemente iba a hacer. Me miró a los ojos, a la boca, me levantó la barbilla y me preparé para lo que iba a venir después.

—Tengo hambre, ¿y tú?

Abrí los ojos de par en par. ¿Hambre? Pensé que me iba a besar. No es que me muriera de ganas de que lo hiciera, pero todo apuntaba a que él sí lo deseaba. Abochornada, le hice un gesto afirmativo y lo seguí por aquella casa.

Nico abrió la puerta de una cocina y ahogué un grito de emoción: era casi tan inmensa como el salón e infinitamente mejor decorada. De verdad: yo quería vivir en aquella cocina. Comparada con el metro cuadrado que era la mía, parecía sacada de un reportaje de mansiones de famosos de la revista *Hola*. Era rectangular, de plaqueta color ceniza y con muebles en amarillo y negro lacados. Al fondo, bajo la ventana, había una mesa cuadrada con varias sillas y una pareja comiéndose a besos sobre ella. Con aquella pasión que derrochaban, al segundo comenzarían a arrancarse la ropa. Nico me giró la cara para que dejara de mirarlos y me señaló una caja abierta de *pizza*. Levantó la tapa de cartón, arrancó un trozo reseco y me lo ofreció. Luego llenó dos vasos de agua y los colocó a nuestro lado. Me quedé mirando aquella suela de zapato adornada con *pepperoni*:

—Supongo que eres consciente de que después de comer esto moriremos por intoxicación. ¿Cuánto tiempo lleva hecha esta *pizza*? ¿Dos?, ¿tres años?

—No seas exagerada, *Mary Poppins*. La han comprado esta noche y es totalmente comestible. —Me hizo gracia que me llamara así. Si supiera qué dulzura me gustaba recién levantada por las mañanas...

Poco convencida, olí aquella alpargata a la que él llamaba comida.

—Dámela, que me la como yo. —Nico agarró mi mano y se llevó mi *pizza* a la boca. De un bocado, me arrancó media porción.

—¡Eh, caradura! —le espeté en broma.

Tal y como él había hecho conmigo, agarré su mano y acerqué mi boca a su *pizza*. Él se resistió con fuerza. Con el otro brazo, rodeó mi cintura y de un tirón me sentó en la encimera. Por arte de magia separó una de mis piernas y se coló entre ellas. Con sonrisa lobuna, acercó su *pizza* a mi boca y yo no pude evitar tensarme de los pies a la cabeza. Odiaba que intentaran darme de comer. Me recordaba a cuando estuve enferma y mi madre y las enfermeras del hospital me obligaban a ingerir alimentos. No lo soportaba. Mi expresión no le pasó por alto, porque frunció el ceño y apoyó de nuevo la *pizza* en mi boca. Respiré profundamente con los labios apretados y su mirada se suavizó dando lugar a una sonrisa tan sexi que me olvidé de todo. Me fijé en sus ojos azul profundo, con sus pestañas negras, en la forma de sus cejas, y cuando volvió a empujar la punta de la *pizza*, aquel acto me resultó terriblemente erótico.

Pero ¿qué me estaba pasando? «Ah, sí, que estoy borracha», recordé. Entonces, abrí un poco los labios y mordí. Sin dejar de mirarlo, mastiqué despacio. Su sonrisa se amplió mucho más: se relamió los labios y posó su mano justo encima de mi muslo.

Sentir su piel sobre la mía me calentó (eso o que a dos palmos de mi culo se encontraba el horno). Aquello era extraño. Yo siempre he odiado que la gente invadiera mi espacio íntimo y, sin embargo, allí estaba: con el cuerpo de aquel chico entre mis piernas y su cara a un palmo de la mía. A Xavier le costó meses conseguir robarme un beso y después varias semanas de intentos fallidos hasta que me acosté con él. Si mal no recordaba, fue en la quinta cita cuando al final accedí. Sé que en los tiempos que corren no es normal que una chica quiera ir despacio en sus relaciones, pero en mi caso todo tiene una explicación: intimar con un hombre me hace sentir demasiado vulnerable. Sé que es ridículo, pero no puedo evitarlo. Para dar ese paso tengo que derribar tantas barreras que no disfruto del sexo al cien por cien. Necesito la confianza y la seguridad que solamente me puede dar el tiempo. Aunque, para ser honesta, con Xavier estuve cerca de un año y el pudor nunca desapareció por completo. Cristina tenía razón: mi represión iba a explotar por algún lado.

Y allí estaba, con un extraño invadiendo mi espacio personal y yo sin decir ni una palabra. Sin apartarlo.

Como dos tontos, Nico y yo seguimos comiendo los restos de *pizza* absortos en nuestros propios pensamientos. Sus ojos seguían fijos en los míos y yo, como no

quería ser menos, tampoco desvié mi mirada. Sin embargo, me hizo gracia la situación: si alguien entraba en la cocina podía pensar que jugábamos a ver quién aguantaba más sin reírse o que éramos telepáticos.

Me reí mentalmente de mi propia estupidez.

Cuando terminé la segunda porción de aquella *pizza* mohosa, busqué el agua. Nico se me adelantó y me acercó el vaso a los labios. Di un gran trago y levanté la vista de nuevo a su rostro. Me observaba con tanta intensidad y concentración que empecé a sentirme incómoda. Si seguía escudriñándome de esa manera acabaría poniéndome nerviosa, y cuando me pongo muy pero que muy nerviosa, me entra la risa floja. Fue dicho y hecho. De pronto, sentí que un cosquilleo me subía por el pecho y, en un intento de bloquearlo, me mordí el labio inferior. Entonces sucedió todo tan de repente que tuve que sujetarme al borde de la encimera para no caerme de espaldas.

Nicolás me estaba besando. Así, de sopetón. En un abrir y cerrar de ojos. Sin permiso, sin previo aviso y sin palabras susurrantes. Nada. Ni siquiera a cámara lenta, como en las pelis románticas.

Me retiré un poco hacia atrás. Él, como si intuyera que iba a escaparme (o a partirme la crisma con la campana extractora), me sujetó con fuerza la nuca. Pasó su lengua por mis labios, saboreándome o torturándome para que le invitara de una vez por todas a entrar en mi boca. Perdí toda la voluntad y le di la bienvenida o, para más detalle, le hice la ola con la lengua. De verdad que si mi hermana me hubiera visto en ese momento, se habría sentido orgullosa.

Nico, todavía más entusiasmado, siguió jugando con ella y yo, que debía de haber perdido la chaveta, me dejé llevar por el momento. Durante unos segundos de cordura, abrí los ojos tratando de procesar la situación. Al parecer, estábamos solos: con tanta miradita no me había dado cuenta de que la pareja que estaba morreándose minutos antes había desaparecido de allí. Tenía que parar a Nico. Yo no era así. Yo no me enrollaba con desconocidos. Yo no me morreaba como una posesa despatarrada en una encimera, por muy molona que fuera la cocina. Leñe, hasta prácticamente ayer estaba llorando por Xavier y ahora estaba dándome el palo con otro. ¿Quién era yo y qué me había poseído? «O te vuelves más puta que las gallinas...». Otra vez escuché la voz de Cristina en lugar de mi conciencia.

Sentí un cosquilleo que me subía desde la rodilla hasta la parte superior de mi muslo derecho. Era placentero, pero no podía permitirlo. Efectivamente, Nico me estaba metiendo mano. Saltaron todas mis alarmas. Debía parar aquello, ya. Él era guapísimo, espectacular, estaba cañón..., pero esto no podía suceder. No le conocía de nada. Cuando ya estaba decidida a quitarme a aquel chico de encima, el muy canalla hizo un movimiento magistral: acarició con la punta de su lengua mi paladar justo al tiempo que rozaba con la yema de sus dedos el elástico de mis braguitas. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal de arriba abajo, arqueé la espalda aguantando la respiración y mi excitación se disparó. Lo agarré por los hombros y me acerqué más a

él. Mis piernas rodearon su cintura y profundicé mi beso como si no hubiera estado con un hombre en una docena de años. Estaba tan excitada que le succioné con fuerza el labio inferior. No fui demasiado brusca, o eso quiero pensar. Él tampoco se quejó. Al contrario, su respiración se aceleró y comenzó a jadear. O... ¿era yo? Imposible. Yo siempre había sido muy discreta y silenciosa en mis actos íntimos. Aunque esa noche y en aquella cocina de cine estaba claro que no era yo. «Más puta que las gallinas. Co-co-co-co...». Ahora escuchaba a mi hermana cacarear en mi mente. (Que venga el lobo feroz y se coma las puñeteras gallinas).

Al rato me pareció escuchar otra voz. Era alguien que entraba en la cocina. No tengo muy claro cuándo apareció allí, si mientras Nico me mordisqueaba el lóbulo de la oreja y yo colaba mis dedos bajo su camiseta o cuando desabrochaba el botón superior de mi camisa y yo le sujetaba la cabeza entre mis pechos. El caso es que sentí que sus labios se apartaban de mi piel y hablaba con ese alguien. Yo estaba tan abochornada que no quise ni mirar. Luego Nico volvió a acercarse a mi oído y me susurró algo así como: «Agárrate fuerte, que nos mudamos». Entrelacé mis brazos a su cuello sin desenroscar las piernas de él y, posando sus manos bajo mi trasero, me elevó unos centímetros para apoyarme en sus caderas. Me sentí como Aladdín en su alfombra mágica. Me dio mucha pena abandonar la cocina. Era tan bonita y tan chic que le había cogido cariño. No la olvidaría jamás. Al parecer dije aquello en voz alta, porque Nico soltó una carcajada. Conmigo en brazos, siguió caminando. Cruzamos el salón, todavía lleno de gente bailando, y pasamos a otro largo pasillo. Cuando llegamos al final, acercó sus manos (y junto con ellas, mi culo) al pomo de una puerta y la abrió. De un puntapié, la cerró y siguió caminando a oscuras. Nico debía de estar un poco borracho porque tropezó varias veces. La última colisión debió de ser con la cama: caímos los dos y rebotamos sobre el colchón.

Me mareé con aquel brusco movimiento. Cerré los ojos y la cabeza comenzó a darme vueltas y vueltas. Cuando los abrí, Nicolás había encendido una lamparita de noche. Era impresionante y no me había fijado hasta ese momento, pero le había revuelto su maravilloso pelo y estaba todavía más guapo que antes. ¡Qué envidia! El mío parecería una fregona, seguro. Además, el chico tenía un tono de piel dorado estupendo, y aquella iluminación tan cálida le hacía parecer todavía más espectacular de lo que era. Sus ojos brillaban y en su cara tenía pintada una sonrisa de niño travieso muy sexi. Nico podría ser actor o modelo.

Ese fue el último recuerdo o pensamiento claro que tengo de aquella noche. El único. Sé que después me preguntó algo y yo respondí. Del resto, solo puedo evocar una secuencia de escenas inconexas de las que, por supuesto, al día siguiente me iba a avergonzar y arrepentir de todas, todas.

BAJO LAS SÁBANAS

Se le cortó la respiración cuando miró a Marta yaciendo con el cabello desordenado sobre la cama. No era exótica ni de rasgos exuberantes como las mujeres que solían atraerlo, pero la belleza de ese rostro le tenía hechizado.

«¿Cómo me pude comportar como un imbécil la primera vez que la vi?», se preguntó Nick.

Marta era bonita. No, se corrigió: era preciosa. Realmente preciosa. Allí, tumbada, le recordó más que nunca a las muñecas manga que dibujaba de niño. Su largo cabello rubio ondulado se extendía a lo largo de su cabeza como si estuviera llena de corriente eléctrica. Cuando le dijo, mientras bailaban, que parecía un ángel, no mentía. Aquel rostro en forma de corazón, esos ojos grandes y grisáceos, las pequitas que bañaban su nariz respingona... Esa pequeñaja le estaba volviendo medio majareta. Y su cuerpo... Su cuerpo era perfecto y armónico, exactamente igual que la melodía de una canción cuando está completamente terminada. Un poco delgada para su gusto, pero tenía curvas, aunque, como todo en ella, eran sutiles, delicadas y elegantes. Marta se incorporó de la cama apoyándose en los codos. Parecía desorientada o mareada, probablemente debido al alcohol. Solo habían tomado varias cervezas y un *gin-tonic*, pero, claro, él estaba más que acostumbrado; y *Mary Poppins* no tenía pinta de correrse muchas juergas. ¡Por Dios, si hasta se había asustado al entrar en la fiesta y ver a aquella panda de pirados! O el pobre angelito no había vivido mucho o interpretaba el papel de niña buena a la perfección. Ojo, que no sería la primera vez que una mujer fingía no haber roto un plato en su vida y luego Nick descubriría que Courtney Love era una santa a su lado.

Se acordó de la última asistente que tuvieron los Demonic Souls. Parecía una mosquita muerta y una noche, antes de un concierto, se lo montó con él y el resto del grupo para relajarlos antes de subir al escenario. Pero Nick sospechaba que la chica que yacía frente a él no tenía nada que ver con su exasistente. Diría que Marta estaba algo chapada a la antigua. Él conocía a las mujeres. Había estado con cientos y sabía que, por mucho que la hubiera puesto caliente en la cocina, sin la ayuda de la ginebra la rubia no le habría permitido ponerle un dedo encima.

Los ojos grises de Marta brillaron al contemplar a Nick dar un paso hacia la cama. Cuando este le devolvió la mirada, ella sonrió con las mejillas sonrojadas. Él, tratando de ignorar lo mucho que aquel gesto le había excitado, se mordió los labios y comenzó a dudar de cuál debía ser su próximo movimiento. Si fuera un tipo legal no habría llevado a una chica como ella, medio borracha, al dormitorio de su colega. La

habría acompañado en un taxi a su casa hasta comprobar que abría la puerta del portal sana y salva.

Así habría actuado un hombre decente.

Pero Nick estaba echado a perder. Podrido. Además, desde que bailó con ella, tenía toda la sangre del cuerpo concentrada en una sola zona. Y ella llevaba toda la tarde flirteando con él, por mucho que quisiera disimularlo.

Dando de lado a su conciencia, Nick se quitó la camiseta de un tirón. Luego se deshizo de las botas pisándose el talón y después de los calcetines. Cuando volvió a mirarla, Marta se había alejado hacia el centro de la cama y le observaba los tatuajes, que cubrían por completo su torso, absolutamente alucinada.

O asustada.

—Si no quieres que sigamos adelante, dilo ya. —Ahora el que estaba alucinando era Nick. ¿Él había dicho eso?

—¿Por qué te lo piensas ahora? —preguntó ella mirándole con desconfianza.

—No sé, parece que te asusto —respondió con chulería.

—A lo mejor eres tú el que se asusta de mí.

Nick la miró desconcertado y se echó a reír. Sin más, la cogió por los tobillos y la deslizó de nuevo hacia el borde de la cama. Le quitó las botas de dos tirones y las lanzó por detrás de su espalda.

—Vamos a ver cuánto miedo me das. —Y nada más decirlo, se arrodilló, colocó las piernas de Marta sobre sus hombros y comenzó a pasar sus labios por ellas. Recorrió con sus manos los suaves muslos hasta llegar al elástico de sus bragas.

—No, espera... —Marta le sujetó por las muñecas. Como Nick no quiso oírla, le clavó con fuerza el talón en el pectoral.

—Auch, ¿quieres romperme una costilla? —le preguntó con guasa.

—No, pero... —Ella señaló la lamparita.

—¿Tan feo soy que no quieres verme?

—No es por ti. Es que yo... me sentiría más cómoda si... apagaras la luz.

El cantante no se lo podía creer.

—Si yo tuviera tu cara y tu cuerpo estaría todo el día desnudo frente al espejo tocándome —le soltó él de repente.

Marta se sonrojó de pies a cabeza y luego rompió a reír. Era una risa un tanto histérica, probablemente de borracha, pero sin duda la hizo olvidar su incomodidad.

Nick, animado por su cambio de humor, introdujo de nuevo las manos bajo su falda para quitarle las dichas bragas, pero Marta volvió a retroceder.

—Como tú dirías, ni para mí ni para ti. —Cogió la camiseta que había tirado al suelo y la lanzó por los aires para cubrir la poca luz que emanaba de la lamparita de noche.

Una vez que la habitación se quedó en penumbra, se subió en la cama con decisión. Se colocó de rodillas frente a Marta y, acercándose a ella, le dijo con voz melosa:

—Marta, créeme, eres preciosa. —Y a un palmo de su boca le susurró—: Superas la media.

Ella sonrió y elevó su cabeza hasta besarle en los labios. Mientras seguían besándose, Nick comenzó a desabrocharle la falda y los botones de su camisa blanca. Sintió que los dedos de Marta jugaban con los rizos de su nuca y cómo poco a poco se atrevían a explorar el resto de su cuerpo.

Excitado hasta decir basta, apartó la ropa de ella y la recostó en el centro de la cama. Se colocó de rodillas entre sus piernas y con sus manos recorrió el suave abdomen hasta posarlas sobre su sujetador blanco. Al propio Nick le resultó extraño contemplar sus manos grandes y tatuadas sobre aquella pieza de satén tan elegante. Después de acariciarla, la liberó de la prenda y poco a poco fue retirándole las bragas. La contempló unos segundos desnuda y, con una sonrisa de medio lado, fijó la vista en sus ojos.

—Joder, tú no eres preciosa. Tú lo que eres es perfecta.

Sin dejarla tiempo para reaccionar, apartó sus rodillas y colocó los labios en el centro de ella. Notó cómo su cuerpo se tensaba para luego relajarse tras emitir un sonoro grito de placer:

—¡Ooooooh, Dios mío!

—Sí, ese soy yo —bromeó, el muy arrogante—. Ahora déjate llevar, cariño. ¿Cariño? ¿Desde cuándo él llamaba a sus ligues «cariño»?

—Mmmm, ¡madre mía! —La oyó chillar otra vez.

—Vas a asustar a los invitados de la fiesta, nena. —Nick se rio y a continuación introdujo un dedo en su vagina. A los pocos segundos, decidió introducir otro mientras la seguía torturando con su lengua.

Ella empezó a gemir desesperada y Nick se puso a mil. Tocarla, se dijo, era tan estimulante como tocar el «*Light my fire*» de los Doors con su guitarra. Aceleró el ritmo hasta que sintió cómo Marta se deshacía en un orgasmo.

Ella cayó sobre la almohada extasiada. Su pecho subía y descendía a un ritmo frenético y sus ojos, para deleite de Nick, seguían cargados de deseo. Tanto que se sentó en la cama, todavía con las piernas extendidas a ambos lados de él, y lo agarró del cuello para besarlo con avaricia. Nick ya no pudo contenerse más, sacó un preservativo de su cartera y se quitó el pantalón y el bóxer a toda prisa.

—¿Quieres ponérmelo tú?

Marta le miró aterrada.

No era el momento de debatir, así que se lo puso él. Nick siguió besándola y pegó sus caderas a las de ella en un sinuoso y constante movimiento hasta conseguir tentarla con el roce de su miembro. Ella, sin poder resistirse mucho más, levantó una pierna apoyándola sobre la cadera de Nick, invitándole a entrar. Sin darse cuenta de lo que hacía, él se dejó caer en el colchón y la arrastró sobre su cuerpo. Por una vez en su vida no quería ser él quien llevara la voz cantante. ¡Qué irónico!, bromeó Nick para sí. Sin detenerse en aquellos pensamientos, la sujetó con delicadeza por las

caderas y suavemente se introdujo en ella.

—No te muevas, no te muevas —dijo conteniendo la respiración.

En el estado de excitación en el que se encontraba Nick, aquello iba a ser muy complicado. A no ser que... pensara en otra cosa. Echó mano de su memoria y trató de recordar una antigua canción de los Pear Jam, «Alive»:

«*Son, she said, have I little story for you. What you thought was your daddy...*».

En ese instante, Marta respiró profundamente y ajustó sus caderas sobre él. Como un reproductor de CD, la mente de Nick saltó a una nueva pista, pero esta vez pertenecía a uno de sus grupos favoritos, The Police:

«*Every breath you take... Every move you make...*».

Tampoco llegó al estribillo. A los dos segundos, Marta inspiró de nuevo y, por fin, se dejó caer por completo sobre él. Al escucharla chillar de placer, se dio cuenta de que ni aun cantando del revés el «*Angel of death*» de los Slayer podría contenerse. Apretó los dedos en torno a sus caderas y esta comenzó a moverse.

Nick entró en trance. El ritmo que había adoptado Marta era cadencioso, erótico, delirante... Sus gemidos iban acompañados a cada movimiento y en sintonía a los de él. Cuando ella entornó los ojos clavándolos en los suyos, Nick sintió una paz extraña y reconfortante; como si la conociera de siempre. Aquellas emociones y pensamientos eran tan irracionales que se esforzó por eliminarlos, pero por más que lo intentaba estaban allí: ella le hacía sentir único o querido con solo mirarle. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Cómo era posible tener esos sentimientos con una chica que no era nadie? Indignado consigo mismo, decidió que era hora de terminar cuanto antes.

Sin embargo, Marta volvió a sorprenderlo. Sin dejar de moverse sobre él, curvó su espalda como si fuera una gata y fue reptando con sus labios por todo su torso. Pasó sus labios sobre la calaveras de un hombre y una mujer que tenía tatuadas en los pectorales; luego recorrió con ellos sus clavículas y ascendió por su cuello. Volvió a levantar las caderas un poco, sujetó el rostro de Nick y, cuando las bajó de golpe, le sonrió con ternura. Mientras seguía subiendo y bajando, continuó besándole las comisuras de los labios, los pómulos e incluso los párpados. Y entonces sucedió algo insólito.

El cerebro de Nick recreó una melodía única y diferente. Ni de los Pearl Jam ni de cualquier otro grupo conocido. El ritmo de aquella nueva canción era erótico, sugerente, pero a la vez cargado de furia y pasión. En su mente sonaba perfecta. Excelente. Nick emitió un gruñido desesperado. La besó con fuerza, como si Marta fuera su salvación. Le mordió los labios, le lamió la boca con ansia y, bajo el punteo de la guitarra eléctrica que invadía cada una de sus neuronas, la empujó con rudeza sobre el colchón y se tumbó sobre ella.

Arremetió con sus caderas una y otra y otra vez mientras seguía el ritmo frenético de su canción. En aquel frenesí melódico, notó que ella tensaba las piernas y explotaba en un orgasmo tan intenso que inevitablemente arrastró a Nick.

—Dame un momento, por favor —le rogó al oído, y Marta se quedó muy quieta abrazada a él.

Nick necesitaba seguir sintiéndola. Necesitaba seguir escuchando aquella melodía... Pero, por desgracia, a medida que la respiración de ambos se calmaba, la música también se iba disipando poco a poco hasta desaparecer.

¿Cómo era posible que de repente ella le hubiera devuelto la inspiración? Cerró los ojos y analizó todas las sensaciones que lo envolvían: el aroma dulce y afrutado de su cabello, la calidez y suavidad de su piel, el movimiento de su pecho al respirar... Diseccionó cada pequeño detalle como si allí estuviera la solución. Pero después de un rato llegó a la conclusión de que por más que buscara no había explicación. Se retiró de Marta y, exhausto, se dejó caer a un lado de la cama. Luego se dirigió a ella:

—Marta, es tarde. ¿Quieres que te pida un taxi?

La única respuesta que obtuvo de ella fue un murmullo ininteligible y otro suspiro de placer mientras se daba la vuelta en la cama abrazada a la almohada. Nick repitió la pregunta, pero nada. Solo escuchó su respiración profunda y acompasada. Estaba dormida. Lo mejor que podía hacer era marcharse cuanto antes de allí. Una vez en su casa, podría reflexionar sobre todo lo sucedido momentos antes en esa cama y plasmar en papel la canción.

Se levantó sigilosamente, recogió su ropa del suelo y se fue directamente al baño para vestirse. No era su problema si *Mary Poppins* se despertaba sola en una casa extraña. Ya era mayorcita.

Sin embargo, cuando se acercó a la cama para cubrirla con la sábana y vio la fragilidad de su rostro, se sintió el tipo más despreciable de la faz de la tierra. Todavía quedaba gente en la fiesta: ¿y si algún imbécil entraba en la habitación y la encontraba allí tumbada y desnuda? Antes de terminar de imaginar la situación, Nick ya estaba quitándose la camiseta y los pantalones de nuevo. Ahuecó la sábana y se metió en la cama. Con el movimiento del colchón, Marta emitió un leve gemido y se abrazó a él. Aquel gesto lo pilló fuera de juego y, además, le hizo sentir incómodo. No le gustaba dormir con nadie y menos que le abrazaran de esa manera. Le hacía sentir enjaulado. Sin embargo, ella se enroscó todavía más en él y, entre susurros, se quejó de que tenía frío.

—Puffff —resopló, y, resignado, envolvió con su brazo el pequeño cuerpo de Marta acercándola todavía más a él. Escondió su nariz en el frondoso cabello dorado, cerró los ojos y rememoró aquella extraña canción que momentos antes había escuchado en su cabeza.

—¡Mierda, mierda y nada más que mierda! —Nick echaba espumarajos por la boca mientras caminaba enloquecido por el piso de Charlie—. Me cago en todas las tías de este planeta.

Tras aquel exabrupto, dio un fuerte golpe en la pared y Charlie sintió moverse los cimientos del edificio. Desde que Nick Mendoza se había levantado de la cama no hacía otra cosa que blasfemar y dar puñetazos a las paredes como un estúpido.

—Tío, deja de gritar o juro que saco tu culo de mi casa a patadas —le advirtió su amigo guitarrista, a quien estaba a punto de estallarle la cabeza.

Nick lo miró enfurecido y, retirándose el cabello de la cara con saña, se le encaró:

—Tú no lo entiendes, ¿vale? —espetó apuntándole con el dedo—. La muy desagradecida se ha pirado sin decirme nada: ni un simple adiós, ni gracias por la noche tan fabulosa... ¡Nada, joder! ¡Ni me ha dejado su número de teléfono!

Desde luego que Charlie no entendía nada. Se conocían desde los diecisiete años y nunca había visto a Nick comportarse así por las tías. Siempre las trataba como si fueran mascotas. Nunca se había rebajado ni había intentado seducir a ninguna: aquel mamón suertudo no lo necesitaba porque eran ellas las que le rogaban como gatas en celo.

—Mira, Nick, te estás rayando, colega. Si querías echar otro polvo y la chica se ha largado, vete a tu casa y sírvete tu mismo o llama a una *groupie* de esas que te acosan, pero ¡cierra el pico de una maldita vez! Esta resaca y tú me estáis matando —respondió Charlie cubriéndose la cabeza con un cojín.

—Ya te lo he explicado antes. No es un capricho. La necesito, ¿cómo quieres que te lo diga? —Dio un puntapié a la pata de una silla.

Charlie imitó el gruñido de un perro rabioso y le lanzó el cojín enfadado. Estaba harto de escuchar semejante estupidez. Nick le había contado tres malditas veces ese rollo de que había vuelto a componer desde que había conocido a la tal Marta en la puerta de Sound Music. Era su mejor amigo y el líder de la banda, pero a veces le sacaba de sus casillas. Llevaba meses quejándose de que no era capaz de crear nada nuevo con su guitarra, y cada vez que le mostraban alguna melodía nueva le parecía «mierda comercial barata», literalmente. Es cierto que Nick estaba sometido a mucha más presión que el resto del grupo. Él era el compositor y en menos de cuatro meses tenía que presentar unas quince canciones para grabar un nuevo disco de, como mínimo, doce pistas. Eso podría llevar a la locura a cualquiera y más a Nick, que ya tenía el coco medio fundido. Pero ¿hasta el punto de obsesionarse con necesitar a una tía para componer? Era una idea ridícula y absurda. Nick no necesitaba a nadie. Poseía un talento innato para la música. Era excepcional tocando la guitarra, creando letras impactantes, e incluso se le daba bien la batería. Joder, era una especie de genio y simplemente estaba pasando por una etapa de sequía creativa, como le sucedía a la mayoría de los artistas. Sería temporal, pero el cabezota de Nick no le creía. Seguía erre que erre con la estúpida idea de que las pastillas que tomaba le habían frito el cerebro. Y ahora volvía a autoengañarse creyendo que aquella rubia le mandaba las partituras por telepatía.

Charlie se rascó la cabeza pensativo y trató de devolverle la cordura a su amigo:

—Mendoza, deja de comerte el coco. Tú no necesitas a nadie ni nada para hacer

música. Nunca lo has necesitado, colega. Esos rollos le pegaban más a John Lennon, que se ponía de ácido hasta las orejas y se creyó que la china feorra era su musa. Y ya sabes cómo terminó la historia: Paul y él acabaron de morros y el mejor grupo de la historia se disolvió por culpa de una tía. No lo olvides, colega: las tías y el *rock* no hacen buenas migas.

Nick lo miró indignado. Luego frunció el ceño y salió disparado de la habitación hacia el pasillo. Cuando volvió, llevaba colgada la guitarra acústica de Charlie. Se sentó en el suelo, cerró los ojos concentrándose y comenzó a tocar.

A los dos minutos, Charlie supo que aquel tema era más que bueno.

Sublime.

—Suenas que te cagas... —murmuró alucinado.

—¿Lo ves? ¿Qué te dije? Cañero con un ritmo pegadizo sin ser pastelero. ¿Quién diría que yo compondría algo así? —Los ojos de Nick brillaban de emoción—. Tronco, tiene nuestro sonido pero es completamente distinto.

—Es la caña —aseguró el otro músico—. Podemos meterle un *sample*, si nos da la vena.

—Nada de *samples*, Char. No somos un grupo de hip hop. —Nick volvió a tocar el estribillo una vez más y añadió—: Es marciano todo, porque no ha dejado de sonar esta delicia en mi cabeza desde que hablé con la rubia por teléfono. Y el estribillo cuando estábamos haciéndolo.

Charlie reconoció que aquel tema era un éxito asegurado; lo que no podía admitir es que su mejor amigo creyese que su talento dependía de una chica con la que había pasado una sola noche. Quizá esto era una nueva obsesión de Nick, producto de su cerebro trastornado. O un efecto secundario de la medicación. Cualquiera que fuera la explicación, aquello no pintaba bien. Su amigo no tenía secretos para él y sabía qué ocurría cuando este se obsesionaba con algo. Acababa perdiendo el control y entraba en modo autodestrucción. Solo que esta vez arriesgaría el trabajo y los sueños de Tony, Edu y del propio Charlie.

—De acuerdo, Nick: me has convencido. Intentaré ayudarte a encontrarla, pero cálmate.

—Gracias, hermano —respondió Nick aliviado—. Soy un imbécil, porque tuve su teléfono todo un puñetero día, pero estaba bloqueado y no se me ocurrió pedirle el número cuando se lo devolví.

—Al menos sabrás algo de ella, ¿no?

—Solo sé que vive en Madrid, que se llama Marta, que fue bailarina, que trabaja en una revista para mujeres y que tiene un rollete con un memo que se llama Xavier.

Charlie asintió con la cabeza, mientras rezaba a Kurt Cobain y Jim Morrison por que, entre las miles de Martas que habitaban el planeta, la pija de Nick tuviera al menos una cuenta en Twitter o en Facebook para localizarla antes de que a su amigo se le fuera más la olla.

ARREPENTIMIENTOS

Cuando subí al taxi el corazón me latía a tanta velocidad que se me iba a salir por la boca. Junto con el *gin- tonic*, las cervezas y la *pizza*.

No podía creérmelo. Me había ido a una fiesta con un desconocido tatuado de arriba abajo, lleno de bisutería barata y un pendiente ridículo colgando de una oreja; y por si fuera poco, me había acostado con él. Pero ¿de qué iba? La culpa de todo la tenía mi hermana Cristina, con sus charlas sobre los efectos secundarios de la represión sexual y las puñeteras galletitas. Pues ¡hala!, ya estaba hecho. Me había vuelto tan liberal de la noche a la mañana que había terminado en la cama de a saber quién y con un pordiosero que bien podría tener un largo historial de enfermedades venéreas.

Me eché las manos a la cabeza por no empezar a rascarme todo el cuerpo sin parar. A saber a cuánta gente habían dado cobijo esas sábanas (nota: acudir al médico esta semana sin falta).

Menos mal que aquel sinvergüenza dormía plácidamente cuando me desperté de madrugada. No había que ser muy lista para saber que era el típico caradura que se aprovechaba de mujeres borrachas. Cuando abrí los ojos y me vi desnuda y abrazada a él, tuve que sofocar un grito de terror. Mareada y con el estómago hecho trizas, me desembaracé de sus brazos y salí de la cama como pude. El problemilla vino cuando traté de ponerme en posición vertical. La cabeza me pesaba una tonelada y la habitación no dejaba de dar vueltas. Decidí entonces que sería mejor arrastrarme hasta el borde y bajarme de la cama a cuatro patas. Con cuidado, me dejé caer despacio, apoyando las manos y las rodillas en el suelo, y, mientras todo seguía moviéndose a mi alrededor, probé a reptar por el suelo como una triste babosa. Y digo babosa porque mi aspecto no sería mucho mejor.

A tuestas encontré mi falda, mi camisa y las botas. Por supuesto, mi conjunto de ropa interior no dio señales de vida. Qué lástima, porque era de Agent Provocateur. Una verdadera monada. Resignada, me dirigí al baño limpiando con mi cuerpo la tarima del suelo. Me vestí y, agarrándome al lavabo, me lavé la cara y las manos. Como no era capaz de dar un paso sin marearme, volví a transformarme en babosa reptante y salí de la habitación sin hacer ningún ruido. Cuando llegué al pasillo, me puse de pie y, sin separarme de la pared, entré en el salón, que seguía iluminado con la bola de discoteca. Suspiré de alivio al comprobar que mi chaqueta y mi bolso seguían intactos en el taburete junto a la barra. Agarré mis posesiones y, sorteando los cadáveres que yacían en coma etílico sobre la alfombra, hui de *Asylum*^[1].

El aire frío del amanecer me vino de lujo para espabíllame un poco. Recordé que no llevaba bragas y me sujeté la falda para que no se me levantara mientras me alejaba del edificio. Estaba furiosa y avergonzada conmigo misma. Aquella noche había perdido un par de tornillos (además de mi ropa interior) y había actuado de manera irresponsable. ¿Qué mujer de veinticinco años se va a una fiesta con un extraño con los brazos tatuados y que de tres palabras que pronuncia, dos son un taco?

«Una insensata borracha», me susurró la voz de mi conciencia, pero con el tono inquisitivo de mi madre.

Por cierto, ¡mi madre! Si doña Lucía se enteraba de que su primogénita había hecho algo así, comenzaría a convulsionar y se caería redonda al suelo. De mi hermana Cristina se lo esperaría todo, pero ¿de mí? Jamás.

De repente, el taxista dio un frenazo para evitar saltarse un semáforo y mi estómago se revolvió como la Thermomix a velocidad cuchara, giro a la izquierda. Tuve que respirar profundamente varias veces y solo así pude mantener a raya las náuseas. Cuando se me pasó algo de aquel malestar, apoyé la cabeza en el cristal del vehículo y cerré los ojos...

Mil escenas pasaron por mi mente como borrones: Nico y yo entrando a la fiesta; un pervertido mostrándome de forma obscena el *piercing* de su lengua; Nico bailando conmigo y haciéndome reír; yo rozando mis caderas con las suyas; Nico subiéndome a la encimera de una cocina alucinante; Nico besándome apasionadamente; Nico desnudándome con fuerza; Nico pasando su lengua por mi... ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo pude permitirle algo tan íntimo? ¿Me había vuelto loca? Pero ¡si tenía novio! Bueno, ya no; pero casi.

Bloqueé aquella última imagen y mi estómago comenzó a provocarme arcadas, una tras otra. Si mi memoria seguía torturándome así, acabaría vomitando dentro del taxi. Sin embargo, mi cabeza estaba fuera de sí y de nuevo me asaltó otra ristra de flashazos: primero fueron sus tatuajes bajo el tacto de mis dedos; después su boca sobre mi pecho; yo desabrochando el botón de su pantalón; él, desnudo con esa cosa gigante entre las piernas; yo encima de su cuerpo cabalgándole con desesperación... «Madre mía, ¡qué vergüenza!».

La última de las arcadas me vino con regusto a ginebra. Me tapé la boca, bajé la ventanilla y vacié mi estómago a unos cincuenta kilómetros por hora. El taxista, que debía de estar acostumbrado a ver a clientes vomitando en medio de una carrera, no dijo nada y me ofreció un par de pañuelos de papel de la guantera. Cuando paró en mi calle, le di las gracias, le pagué veinte euros sin esperar las vueltas y salí corriendo a mi portal. Vale. Estaba exagerando. Más bien iba caminando haciendo eses y sujetándome la falda por detrás. Mejor no digo nada sobre el esfuerzo que supuso subir en aquel estado cuatro pisos sin ascensor y con el estómago en la garganta. Pensé que iba a sufrir el mal de altura como los escaladores. Y ahora no exagero. Me habría gustado ver a Calleja escalando el Everest mamado como un piojo.

A la mañana siguiente, o más bien varias horas después, fui consciente de que había llegado mi día: iba a morir. Y de la forma más humillante en la que un ser humano puede diñarla: con la cabeza metida en el retrete. Si la policía pintaba mi silueta con tiza en aquella postura, iba a convertirme en viral de Internet. Pero tenía que asumir mi destino. Llevaba más de una hora arrodillada en el cuarto de baño, con las manos agarradas a la taza del váter y vomitando hasta la primera papilla que me dio mi madre hacía ya veinticinco años. Cuando me aseguré de que no me quedaba dentro del cuerpo ni el recuerdo de la ginebra, me incorporé y me fui quitando la ropa del día anterior poco a poco.

Sí. Cuando llegué de madrugada a mi casa me había quedado dormida en el sofá, completamente vestida y con el cabello lleno de trozos de *pepperoni* con vómito. Mi sofá Chester no me lo perdonaría en la vida. Y yo tampoco cuando viera la factura de la limpieza.

Necesitaba una buena ducha caliente y jabón desinfectante. Me metí en la bañera y abrí el grifo. Cuando el agua tenía la temperatura adecuada (unos cien grados), sumergí la cabeza. Me lavé el cabello a fondo y después me enjaboné el cuerpo. Nada más pasar la esponja por mi piel, imágenes borrosas de la noche anterior se reprodujeron. Era evidente: estaba sufriendo un claro caso de estrés postraumático. Abrí con fuerza el grifo de agua fría y, tiritando, maldije mil veces mi loca aventura sexual de hacía unas horas. Cerré los ojos y me concentré en frotar con fuerza mis brazos, mi pecho, mis piernas..., como si así pudiera limpiar mi memoria y, de paso, mi conciencia.

Después de aquella ducha estimulante y con la piel en carne viva, me preparé la comida. Mi estómago no era capaz de asimilar nada sólido, pero confiaba en que un buen tazón de caldo (preparado) me devolviera al mundo de los vivos. Mientras lo calentaba en el microondas, cargué mi móvil en el enchufe de la cocina. Al segundo de introducir mi clave, comenzó a sonar una sinfonía de wasaps. La mayoría eran de Félix preguntando si me encontraba bien y si había llegado sana y salva a mi casa. También adjuntó un pormenorizado documental gráfico del tío con el que había quedado: fotos picadas del culo de su amigo, otras de sus musculosos bíceps, de su escultural abdomen... Cuando llegué a la parte sin pantalones, borré las imágenes y le respondí que estaba perfectamente y que me iba a quedar toda la tarde en casa. Además de Félix, mi hermana también me había escrito. Dejé caer mi frente contra la encimera al percatarme del día que era: domingo. Había quedado con ella y mi madre en que se pasarían a tomar café por mi casa sobre las cuatro de la tarde. O sea, en una hora.

Rápidamente me bebí el tazón de caldo abrasándome la lengua y me fui directa a recoger el cuarto de baño. Olía tanto a vómito putrefacto que agarré el frasco de Chanel nº 5 y, con lágrimas en los ojos por lo que iba a hacer, rocié la casa con su perfume. Iba a ir al infierno, lo sabía. Estaba cometiendo un delito imperdonable,

pero era cuestión de vida o muerte. Mi madre no debía sospechar que me había pillado una buena curda y había terminado echando la pota como una quinceañera. Yo la conocía, y doña Lucía tenía un sensor para adivinar cualquier fechoría de sus hijas. Era como un criminalista de *CSI*. Cada vez que entraba en mi casa podía decir cuántos días había estado sin limpiar con solo echar una ojeada. Encima de que odiaba mi pequeña caja de cerillas y mi mobiliario de segunda mano (para ella, *vintage*), solo faltaba que le entraran ganas de hacer un pis, oliera a vómito y pensara que su hija había vuelto a las andadas.

Después de pedir perdón a Coco Chanel, que en paz descansa, me maquillé un poco y me estiré el pelo con los dedos. Comprobé que mi camiseta y mis pantalones estaban impolutos y preparé el café. Cuanto antes se lo tomaran, antes se largarían de mi humilde morada.

A los quince minutos sonó el telefonillo. No podían ser otras que mi madre y mi hermana, porque doña Lucía era de puntualidad británica. Amaba todo lo que fuera inglés. Incluso guardaba un álbum de recortables de *Lady Di*, lo juro. Eso sí, perdería toda la educación y la diplomacia inglesas en cuanto tuviera que subir hasta el cuarto a pie.

—De verdad, hija, a veces creo que te compraste este piso sin ascensor para que un día me mate por estas escaleras —dijo mi madre jadeando en el rellano.

—Hola, mamá, yo también te quiero —respondí con ironía, y guiñé un ojo a Cristina, que trataba de contener la risa.

Admiraba a mi hermanita por haber nacido con el don de soportar a nuestra madre todos los días de su vida y no asesinarla. Supongo que la paciencia la había heredado de su padre. Alfredo era el marido de mi madre y padre de Cristina, pero no el mío. Mi madre lo conoció cuando yo tenía cinco años, así que podríamos decir que me crié con él, aunque nunca lo sentí como mi padre. ¡Ojo! No culpo a mi padrastro. Alfredo era un buen hombre. Un santo, diría yo. Pero mi señora madre nunca le permitió participar en mi educación ni en mis cuidados. Solo económicamente. Yo era propiedad y responsabilidad exclusiva de doña Lucía. Y su penitencia por haber cometido el error de haberse quedado embarazada del hombre equivocado. Por eso nunca he guardado rencor a Alfredo. Al fin y al cabo, había hecho muchísimo por la hija bastarda de su mujer: me había dado sus apellidos y me había colmado de lujos gracias a su posición de prestigioso empresario.

—No te burles de tu madre, Marta. Esa no es la educación que te he dado —me llamó la atención doña Lucía mientras entraba en mi casa retirándose el sudor de la frente con un pañuelo bordado en vainicas.

Mi hermana y yo la ignoramos y nos dimos un fuerte abrazo. Cristina fue lo mejor que ha hecho mi madre en su vida. Mi hermana pequeña era una preciosidad y totalmente distinta a mí. Era diez centímetros más alta que yo, morena de cabello lacio hasta los hombros, ojos chocolate y cara de muñeca. Félix siempre decía que le recordaba a Penélope Cruz. Como la actriz, su cuerpo era curvilíneo, de pecho grande

y cintura estrecha. Ella siempre se quejaba de que tenía mucho culo y cadera, pero era inmensamente atractiva. Además, Cris amaba la comida y sería incapaz de ponerse a dieta. Otro rasgo que la alejaba por completo de su hermana mayor.

Cuando entramos al salón, mi madre ya se había acomodado en el sofá. Había dejado sobre una silla y perfectamente colocada su chaqueta de *tweed* rosa a juego con su falda recta. Mientras peinaba con los dedos las puntas de su melena negra para que no se le dispararan hacia fuera, escaneaba mi salón con su visión de infrarrojos. Hizo un barrido rápido y de pronto se detuvo. Frunció el ceño, aguzó la vista y me preparé para que el agente Grissom me informara, con absoluto rigor, de que en mis cortinas había encontrado un moco con ADN del asesino.

—Marta, cielo, ese visillo que compraste es de una calidad horrorosa. ¿Por qué no te acompañó un día y encargamos unas cortinas más decentes?

Vaya... Al menos estaban limpias.

—No sé... Va a ser que me gustan los visillos de calidad horrorosa, mamá.

Doña Lucía me lanzó una mirada asesina y, sin inmutarme, le di la espalda para ir a la cocina. Mientras sacaba las tazas para el café escuché a mi hermana en el salón: la estaba regañando por meterse en lo que no le concernía. A los pocos minutos, oí unos pasos detrás de mí. Suspiré aliviada: era Cristina, que venía a ayudarme, y, gracias a Dios, venía sola.

—Tranquila, he dejado a Maléfica entretenida leyendo el *Hola*. —Me guiñó un ojo de complicidad.

Al instante, me sentí culpable. Mi madre y yo vivíamos en guerra desde que tenía uso de razón y mi hermana siempre se encontraba en medio. No es que Cristina no tuviera que lidiar sus propias batallas con doña Lucía, pero por eso mismo era excesivo que padeciera también las mías. De hecho, desde que mi hermana se matriculó en Empresariales, «la vida de ambas se había convertido en un infierno», palabras textuales de la propia Cris. Todo comenzó cuando comunicó a nuestros padres que quería estudiar Bellas Artes. Ella siempre tuvo un don especial para el dibujo y, mientras yo acudía a clases de *ballet* por las tardes, mi hermana asistía a una escuela de arte en la zona donde vivíamos. Cuando mi madre escuchó cuáles eran los planes de mi hermana, puso el grito en el cielo y se negó a costearle la carrera. Tanto ella como mi padrastro tenían otros planes para la pequeña de las García. Querían que en un futuro, cuando Alfredo se jubilase, Cristina se encargara de la gestión del negocio familiar: los dos concesionarios de coches de lujo. Atrapada en aquella casa y sin manera de poder costearse sus estudios, mi hermanita al final claudicó. O eso nos hizo creer a todos, porque en realidad la astuta de Cristina decidió vengarse no dando ni chapa. Sí, iba a clase (casi siempre), pero estudiaba lo justito. Salía con sus amigos de facultad de lunes a domingo, no se perdía ninguna fiesta universitaria y coleccionaba novios semanas tras semana. Este cambio de actitud estaba enloqueciendo a nuestra madre y, como de costumbre, no encontró el apoyo de su pareja. Al fin y al cabo, Alfredo siempre había sido un cero a la izquierda en lo

tocante a nosotras y ya era tarde para que aprendiera a poner límites al comportamiento de su hija biológica.

Con menos remordimientos de conciencia, me volví a mi hermana para pedirle disculpas:

—Cris, perdona que haya sido tan borde, pero hoy no tengo el día.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó preocupada. Al recordar mi noche anterior me sentí un poco mareada—. Ey, ¡¿estás bien?! —gritó, y una punzada de dolor me atravesó el cerebro.

—Por favor, no grites. Tengo resaca. —Bajé la voz para que mi madre no me escuchara desde el salón.

Cristina, que en ese momento abría el cajón de los cubiertos, se quedó congelada. Muy despacio, me miró con cara de total asombro y soltó una sonora carcajada. Hice un gesto de dolor y se cubrió la boca con la mano muerta de risa.

—Tú, *Doña Perfecta*, ¿te has pillado una curda como está mandado?

—Si solo me hubiera emborrachado... —murmuré abochornada.

Al comprender que había más tela que cortar, sonrió con picardía. Cris amaba un buen chisme por encima de todas las cosas.

—Voy a deshacerme de Maléfica y me quedo a pasar la tarde contigo. Pero prométeme que me lo vas a contar todo. —Me puse roja como un tomate y negué impetuosamente con la cabeza—. Claro que me lo vas a contar, o si no me chivo a mamá de que eres alcohólica —me amenazó justo cuando salía con la bandeja del café directa al salón.

Increíble. Por si yo no me había fustigado bastante con los recuerdos, ahora tendría que soportar el tercer grado al que me sometería mi hermana.

—Desembucha —ordenó Cristina en cuanto nuestra madre puso un pie fuera de mi casa. La muy ladina se habría librado de ella con la excusa de que había quedado con unos amigos en el centro para ir al cine—. Quiero saberlo todo: dónde estuviste, con quién y qué hiciste para ponerte del color de una berenjena —volvió a insistir implacable. No iba a parar hasta que cantara por soleares. Encima, me conocía tan bien que mentirle sería imposible.

—Es largo de contar, y créeme: lo paso fatal solo de pensarlo... Así que preferiría no hablar de ello.

—No me vengas con chorradas. Empieza a largar, ¿o necesitas que te soborne con un alisado de queratina en Llongueras?

Qué malvada. Mi hermana sabía cuáles eran mis puntos débiles y dónde tocar. Tras chantajearme, se cruzó de brazos y se recostó en el sofá como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Suspiré resignada y, antes de que me amenazara con arrancarme alguna uña del pie, comencé a rajar como una cobarde. Le conté cómo conocí a Nicolás, nuestra no-

cita en el Irish Bar y la fiesta privada en la casa de un amigo.

—¿Te fuiste con un desconocido a la casa de otro desconocido? —preguntó alucinada—. Pero ¿en qué estabas pensando? ¿Te volviste loca o estabas borracha?

—Sí, digo... ¡no! —Mi hermana puso cara de no entender nada. Traté de explicarme mejor—: Quiero decir que había bebido pero no lo suficiente como para no saber lo que hacía. Por raro que parezca, me fui con él porque... me lo estaba pasando bien. Por una vez quise saltarme mis propias reglas, hacer algo arriesgado, diferente... —Entonces, caí en la cuenta de algo—: Mira, Cris, no sé por qué me echas la bronca cuando te has pasado semanas diciéndome que tenía que conocer a otros hombres, salir, relacionarme, no reprimirme y esas cosas.

Cristina sonrió como si las piezas del puzle comenzaran a casar.

—Te sentiste atraída por él —comentó, categórica.

—Bueno, un poco. Nico es muy guapo. —«Es increíblemente sexi», pensé—. Pero no fue eso solamente. Ese chico es tan diferente a mí, a la gente que me rodea... Tendrías que ver las pintas de tirado que lleva. Parece un delincuente peligroso con esos tatuajes y esa cara de malote... Me dio morbo. —Lo reconocí, por fin.

—Y se te calentaron las zonas bajas.

Toma ya, qué fina era mi niña.

—¡Que no, pesada! Al principio me daba un poco de yuyu, pero a medida que pasaba la tarde y mi mente nadaba en alcohol, me pareció más y más atractivo hasta el punto de...

—Acostarte con él. —Mi hermana terminó la frase por mí.

—Creo que sí —murmuré, con la cara ardiendo de vergüenza, antes de quedarme en silencio.

—¿Te acostaste o no con él? —Al no contestar, Cris se puso en lo peor—: No me digas que estabas en coma etílico y el tipo se aprovechó de ti... Habla, porque te juro que le busco por todo Madrid y se la corto con una cuchilla de afeitar oxidada.

—No, no, él no abusó de mí —respondí, horripilada—. En ningún momento me opuse, pero... ¡Dios! Cris, hicimos casi de todo. No fue un aquí te pillo, aquí te mato, algo rápido. Noooo, fue sexo muy íntimo. Y yo me comporté como si le conociera de toda la vida. A lo loba. Qué vergüenza...

Me cubrí la cara con las manos y comprobé que, efectivamente, la tenía al rojo vivo.

Mi hermana comenzó reír y, dándome una palmada en la espalda, añadió orgullosa:

—Ah, bueno, ahora entiendo por qué Sor Marta está a punto de tirar los *stiletos* y ponerse los hábitos. —Soltó otra carcajada—. No te agobies; de vez en cuando no viene mal desinhibirse, pendón desorejado.

Odiaba que mi hermana pequeña me tratara como si fuera una reprimida y ella hubiera vivido más que yo. Aunque bien mirado, era verdad: su vida amorosa era infinitamente más entretenida que la mía. Quizá porque, hasta Xavier, había sido

prácticamente inexistente. En el instituto tuve un novio que me dejó por mi mejor amiga, y en la facultad me acosté con un amigo de la pandilla. No me atraía ni un poco, pero lo hice más por dejar de ser virgen y, de paso, por jorobar a mi madre, que no lo podía ni ver.

—Y después de esa noche loca ¿vas a volver a quedar con el chico de los tatuajes? —preguntó curiosa, aunque mi hermana sabía la respuesta.

Negué con la cabeza. Le expliqué que salí tan espantada de su cama (o de quien fuera) que no le dejé ni mi teléfono ni una nota.

—¿Para qué iba a hacerlo, Cris? La chica de anoche no era yo y, por supuesto, paso de repetir la experiencia. Además, estoy pensando en darle otra oportunidad a Xavier.

Tras soltar la bomba me levanté del sofá para recoger las tazas y llevarlas a la cocina. Cristina iba a necesitar tiempo para procesar esta noticia. Al igual que Félix, tampoco soportaba a mi ex. Juraría que lo odiaba. Según me confesó hacía poco, nunca le cayó bien; y es curioso, porque yo no tenía ni idea de su repulsa hacia Xavier. Durante nuestro año de relación solo coincidieron tres o cuatro veces y la actitud de ambos fue bastante cordial. Se conocieron en mi casa, una mañana en la que Cris me visitó por sorpresa y Xavier se había quedado a pasar la noche conmigo. La segunda vez que se vieron fue durante una cena que organicé para que se conocieran más a fondo y la tercera, en mi fiesta de cumpleaños, hacía ya tres meses. Ellos siempre se habían mostrado amables el uno con el otro, aunque Cristina no era totalmente abierta con Xavier, como lo era con Félix o el resto de mis amigos. Por supuesto, mi hermana estaba al tanto de los motivos por los que habíamos roto. De hecho, al día siguiente de haber pillado a mi ex con mi jefa, vino a visitarme y cuando me encontró en la cama, con los ojos hinchados y el cabello como si lo hubiera metido en una freidora, estuvo a un paso de «ir a su piso y cortarle las pelotas con un cúter». Así de visceral era mi hermana pequeña, que tenía cierta obsesión por diseccionar gónadas. Al final, pude frenar su sed de venganza amenazándola con no volver a prestarle mi ropa.

Cuando volví al salón, a Cristina le habían salido cuernos y cola.

—¿Estás loca? ¡Ese cretino no te merece! —gritó indignada—. Te hizo daño y te lo volverá a hacer. Mírate, Marta, desde que lo dejasteis has perdido peso otra vez...

—He adelgazado por el estrés que tengo en el trabajo —me justifiqué, aun sabiendo que no era del todo cierto.

—¿Estás segura? Prométeme que comes bien. Venga, ¡promételo! —Cristina se estaba enfadando de verdad.

—¡Basta, Cris! Te juro que llevo una buena alimentación. —«Excepto los días que me da el bajón»—. Además, si volvemos va a ser diferente. Él está arrepentido y yo voy a cambiar de trabajo. Será una relación normal, sin escondernos, sin estar rodeados de modelos, lejos de Erica...

Cristina se quedó un instante pensando en mis palabras. Me miró como si lo mío

no tuviera remedio y, suspirando, se acercó a darme un abrazo. Sin dejar de agarrarme por los hombros, me dijo con el semblante más serio que jamás le había visto:

—De acuerdo, Marta. Le doy el beneficio de la duda, pero si veo que sufres y vuelves a caer enferma, te juro que se lo contaré todo al pitbull de tu madre.

Amenazarme con meter a mi madre en esto fue un golpe bajo, pero respiré aliviada. Odiaba enfadarme con Cristina, y mucho más sentir que la decepcionaba. Lo mejor que podía hacer, me dije, era mantenerla al margen de mi relación con Xavier. Todavía no sabía si volvería o no con él, pero, si era sincera conmigo misma, ni yo me atrevía a apostar que esa segunda oportunidad saliera bien.

Como ya era habitual en mi vida, el lunes fui a trabajar hecha un manojito de nervios y preguntándome qué malignidad me tendría guardada mi jefa. No esperé demasiado para averiguarlo. Nada más poner un pie en la redacción de *VeryCool*, ya tenía una notita en mi mesa donde me explicaba que mi artículo sobre las cremas faciales antiedad era una auténtica basura y que debía reescribirlo en menos de una hora. Y como era costumbre, lo volví a redactar; pero no una, sino tres veces más: cuando no fallaba el titular, era la entradilla; si no, el destacado... En fin.

La semana siguió en la misma tónica: el martes «se le olvidó» incluirme en la reunión de redactoras; el miércoles me montó un pollo por mi mal gusto al elegir las fotos de los trajes de baño para el editorial de junio; el jueves encargó la entrevista a Karl Lagerfeld a una colaboradora en lugar de ofrecérmela a mí, la experta en moda; y el viernes... Ese día fue diferente, porque dimití.

No lo hice en un alarde de valentía. ¡Qué va! Yo tenía carácter, pero no estaba tan loca como para quedarme en el paro. Además, enfrentarme a Erica sería cerrarme las puertas de revistas y editoriales. Así que me pasé toda la semana desesperada y rezando para que Sound Music me llamara, tal y como prometió el amigo del padre de Félix cuando me entrevistó. Sin embargo, no recibí noticias hasta el viernes por la mañana, mientras releía hastiada las notas de prensa sentada en mi mesa de la redacción. Cuando sonó mi móvil y comprobé que el número era desconocido, puse todas mis esperanzas en aquella llamada. Preocupada por si alguien me escuchaba, salí corriendo al cuarto de baño y allí, sentada sobre la taza del váter, con las manos temblorosas y escuchando de fondo el sonido de la cisterna, recibí la noticia de mi vida. Una de las secretarias de Sound Music me informaba de que había sido elegida para un puesto de asistente personal. Me encargaría de llevar la agenda de algún músico, redactar notas de prensa, atender a los medios, acompañarle a las entrevistas, gestionar sus redes sociales... Un sinfín de tareas que poco tenían que ver con mi profesión y por un sueldo precario, todo sea dicho; pero al menos perdería de vista a la bruja de mi jefa y Xavier y yo tendríamos otra oportunidad como pareja.

Perdí la cuenta de las veces que di las gracias a la empleada de Sound Music y

acordamos que me pasaría el lunes siguiente para firmar el contrato y ponerme al día. No sé si fue por el subidón de haber recibido una buena noticia o el resultado de haber pasado una semana muy dura, pero me fui directamente al despacho de Erica. Ni siquiera me planteé que la discográfica cambiara de opinión del viernes al lunes o que pudieran no gustarme las condiciones del contrato. Nada. No pensé en nada. Salí del cuarto de baño como una exhalación, saqué la carta de renuncia que guardaba desde hacía meses en el primer cajón de mi *book* y se la entregué a Erica.

¿Cómo se lo tomó la Bruja del Norte? Mal. Muy mal.

Por supuesto, Erica tenía tantas ganas de perderme de vista como yo a ella, pero como tenía una personalidad sádica solo habría disfrutado de la noticia si yo hubiera dimitido con lágrimas en los ojos por todo el sufrimiento que ella me había causado.

Por suerte, no le di el gustazo y mantuve la compostura durante nuestra breve despedida.

—Vaya, vaya... —Tensó las mandíbulas como una hiena después de leer mi carta de dimisión—. ¿Y se puede saber dónde vas a trabajar?

Dudé unos instantes sobre si debía decirle a qué me iba a dedicar. Al final, decidí que no le interesaba.

—No quiero desvelar nada todavía por si se gafa, pero puedo asegurarte que no tiene nada que ver con el mundo editorial.

Erica asintió poco complacida con mi respuesta y me pidió que me sentara. Nerviosa por el escrutinio al que me estaba sometiendo, esperé su próximo comentario. Ella, mirándome de arriba abajo, apretó sus labios de colágeno y volvió a dirigirse a mí:

—Muy bien, Marta. Me alegro por ti. Avisaré a Recursos Humanos para que te tengan preparados los papeles dentro de quince días.

¿Quince días? Mi idea era desaparecer cuanto antes de las garras de esa hiena.

—Erica, necesito incorporarme a mi nuevo puesto el lunes, así que esperaba poder firmar mi dimisión hoy mismo.

Erica frunció el ceño todo lo que el bótox le permitía. Luego respiró hondo para calmar a la bestia que llevaba dentro y me dijo con voz templada:

—Es muy poco profesional por tu parte que no des a la empresa un par de semanas para reemplazarte, pero tú verás lo que haces. No te lo voy a impedir, aunque dice muy poco de ti, García.

Me habría gustado contestarle que a esas alturas me traía sin cuidado lo que la empresa pensara de mí, pero no me atreví. Mi prioridad era huir de aquellas oficinas a la voz de ya. Me levanté de la silla dando por terminada nuestra conversación y le ofrecí mi mano antes de añadir:

—Gracias, Erica, por tu comprensión. Ha sido un placer trabajar contigo. —No pude disimular el retintín de mi voz.

La directora se tensó en su sillón de cuero al comprender la ironía que escondían mis palabras. Entornó los ojos como una serpiente pitón y me respondió con lo que

posiblemente sería una maldición.

—Querida, te deseo lo mejor en tu nuevo trabajo. Y me gustaría darte un consejo. —La miré preparada para recibir el bocado de la víbora—. Por desgracia, todavía trabajamos en un mundo de hombres y para ellos solo vas a ser una cara bonita. No cometas de nuevo el error de creerte todo lo que te cuentan y, mucho menos, de mezclar el trabajo con lo personal. Buena suerte.

Y tras soltar aquellas perlas por la boca, volvió su atención hacia la pantalla del ordenador y siguió con lo que estuviera haciendo antes (¿jugar al solitario?).

Me quedé congelada. Era evidente que me estaba hablando de mi relación con Xavier. ¿Cuánto sabía ella de nosotros? ¿Me estaba diciendo que él me había engañado y que se estaba aprovechando de mí? Cerré los puños hasta sentir que me clavaba las uñas en las palmas de mis manos. No debía entrarle al trapo. No merecía la pena. Suspiré y me volví hacia la puerta con el estómago hecho una bola.

Minutos después, mientras caminaba como una autómatas directa al departamento de Personal, las palabras de Erica se reproducían una y otra vez en mi cabeza a modo de disco rayado. «Para ellos solo vas a ser una cara bonita...».

—Al menos la mía no es de cartón.

HOLA Y ADIÓS

Mis compañeros se alegraron muchísimo por mí cuando les comuniqué que abandonaba el barco para enrolarme en un nuevo proyecto. Por sus muestras de cariño y sus comentarios, supuse que todos habían sido conscientes de la presión a la que había estado sometida por la directora esos últimos meses. Esperaba que ninguno supiera qué había detonado aquella situación.

Ese viernes, nada más terminar nuestra jornada laboral, invité a la redacción a tomar algo en el O'Faro, un bar que estaba justo debajo del edificio de la revista. Félix no faltó a mi despedida y, en cuanto terminó el *shopping* que estaba haciendo para una nueva sesión para *VeryCool*, se presentó allí con la intención de emborracharme hasta caer muerta. Xavier también acudió. Me extrañó muchísimo verlo: después del consejito de Erica, no me había encontrado con fuerzas ni ganas para llamarlo. Pensaba hacerlo ese fin de semana, pero necesitaba tiempo para procesar el mensaje subliminal que me había lanzado la Bruja del Norte.

Fue la buena de mi compañera May quien se encargó de contarle lo de mi pequeña fiesta improvisada. La redactora pensó que me haría ilusión verlo allí, puesto que Xavi pertenecía a mi equipo de producción. Más bien a quien le hacía ilusión era a ella, ya que cada vez que Xavier se pasaba por la redacción le plantaba las tetas en toda la boquita y le ponía ojitos golosones. Como si con aquellos pechos ingentes algún hombre pudiera mirarla a la cara.

Como de costumbre, Xavier y yo interpretamos nuestros papeles de compañeros de trabajo a la perfección. Él se acercó a darme dos besos, saludó a dos de mis compañeros que hablaban conmigo y fingió sorpresa por la noticia de mi cambio de empleo. Sumida en mi papel, le «confesé» que llevaba tiempo planteándomelo y le di las gracias cuando me deseó suerte. Luego se retiró a pedir su bebida al camarero y no volvió a acercarse a mí hasta que todos los invitados se marcharon. Cuando salimos del O'Faro, se ofreció a acompañarme a casa en su coche. Era evidente que quería hablar conmigo a solas. Aunque mi conversación con Erica todavía zumbaba en mi cerebro, pensé que sería conveniente aclarar algunos puntos con Xavier. Yo le había prometido una semana antes que reflexionaría sobre darnos una segunda oportunidad y, aunque todavía no había decidido nada, sentía que debíamos empezar a compartir tiempo.

¿Le había perdonado del todo? Ni por asomo. Pero, curiosamente, desde mi aventura con Nico el sábado anterior no albergaba tanto rencor por la traición de Xavier con Erica. De alguna manera, con mi desliz le había pagado con la misma

moneda. Él se había acostado con otra mujer nada más romper conmigo y yo con otro hombre nada más prometerle que volveríamos a estar juntos. *Fifty-fifty*.

Llegamos a mi casa a última hora de la tarde. Durante el trayecto, tanto Xavier como yo solo hablamos de *VeryCool* y de a quién contratarían para sustituirme. Nada más entrar por la puerta, me precipité a la cocina para preparar unos refrescos y aperitivos. Me estaba dando tiempo para evitar la conversación que estaba segura de que íbamos a tener.

Y así fue. En cuanto regresé al saloncito y dejé la bandeja sobre la mesa, comprobé que el gesto de Xavier se había vuelto duro y serio.

—Si vas a decir algo, dílo ya —le exigí mientras me sentaba a su lado en el sofá.

Él apretó la mandíbula y pasó las palmas de las manos por sus vaqueros antes de abrir la boca:

—¿Asistente personal, Marta? ¿Qué basura de trabajo es ese para una periodista?

¡Lo sabía! En cuanto descubriera cuál iba a ser mi nuevo puesto, el perfecto y talentoso fotógrafo me diría que había tomado la decisión incorrecta.

—Es temporal, Xavi, y nada más. Seguiré buscando trabajo de redactora. Necesitaba salir de allí y tú deberías entenderlo mejor que nadie.

—¿Me estás culpando a mí de que dejes un puesto increíble en una revista de éxito para ser la chacha de algún famosillo de tres al cuarto? Marta, si has dimitido es porque tú has querido.

—¿Qué? Xavier, mi caso es un ejemplo claro de *mobbing* y tú, te guste o no, has tenido mucho que ver. ¿Por qué no le dijiste a Erica que yo era tu novia en lugar de fingir que no había nada entre nosotros? Porque no te volvería a encargarme una sesión fotográfica. Y era mucho mejor para ti salvar tu culo y tu trabajo, mientras yo fuera la tonta que sufriera los brotes de mala leche de la directora.

—Eso no habría sido inteligente. Si le confesaba que tú y yo estábamos juntos nos habría echado a los dos.

—Y si no te hubieras acostado con ella, no habríamos llegado a esa situación. ¿O no te das cuenta?

—¡Joder, Marta! ¡Fue un puto error! ¡Tú y yo no estábamos juntos! ¿Cuántas veces me lo vas a reprochar? No puedo más... —Xavier se cubrió la cara con las manos, totalmente derrotado. Jamás lo había visto así. ¡No iría a llorar!

Me quedé en silencio. Yo tampoco podía más. No tenía sentido seguir reprochándonos esto una y otra vez. Lo quería, lo echaba de menos y no íbamos a ningún lado si seguíamos discutiendo por lo mismo. Ahora, al cambiar de trabajo, nuestra relación sería diferente. Además, yo también había estado con otro hombre justo cuando le prometí que le daría una oportunidad. Tampoco había sido honesta con él.

—De acuerdo, borremos ese episodio de nuestras vidas —dije retirando sus manos y mirándole a los ojos. Parecía tan atormentado con esta historia como yo.

Pasé mis dedos por su cabello rubio. Xavier suspiró aliviado y me estrechó entre

sus brazos.

—Cariño, yo ya lo tengo más que olvidado. No significó nada para mí —me susurró al oído mientras acariciaba mi espalda desde la nuca hasta el final de mi columna.

Apoyé mi frente en su hombro conteniendo las lágrimas. Estaba asustada por el cambio de trabajo, me aterrorizaba equivocarme con Xavier y lo necesitaba más que nunca a mi lado. ¿Cómo lo hacía él para estar tan seguro de sí mismo siempre que le encargaban un nuevo proyecto?

Me besó la cabeza con ternura. Sujetándome el rostro con sus manos, y luego acercó sus labios a los míos con dulzura. Suspiré de placer. Sentí su aliento, su aroma: era como si el tiempo no hubiera pasado. Comenzó a explorar mi cuerpo y cerré los ojos dejándome llevar por sus caricias, el sabor de su boca, su respiración. Mientras se tumbaba sobre mí en el sofá, murmuró:

—Eres preciosa...

Nada más oír aquel adjetivo, dos ojos azul oscuro irrumpieron en mi mente observando mi cuerpo desnudo. Parecía estar viéndolo sin camiseta, con su cabello negro ensortijado, sus labios carnosos, su cuerpo cubierto de tatuajes...

Nico. Mierda. ¿Estaba con mi novio y pensaba en mi error del fin de semana?

Abrí los párpados alarmada. Necesitaba asegurarme de que me encontraba en los brazos del único hombre al que quería. Y así era. Yo estaba tumbada sobre el sofá, Xavier se había colocado encima de mí y besaba suavemente mi cuello mientras su mano se colaba dentro de mis pantalones. Gemí de anhelo y me centré en todo lo que él me hacía sentir. Al macarra del sábado le podían dar viento fresco.

Cuando la suave mano de mi chico exploraba el borde de mis bragas, otra escena volvió a irrumpir en mi cabeza: Nico llevando su boca entre mis piernas, sus manos arrancándome las bragas con fuerza... Eliminé esa imagen de un plumazo pero, como si mi subconsciente se me rebelara, volvió a mostrarme a Nicolás en toda su gloria arrodillado frente a mí. Resoplé agobiada: aquella noche de lujuria me había dejado secuelas psicológicas para el resto de mi vida.

—¿Qué sucede, Marta? —Oh, oh: Xavier se había dado cuenta de que algo no funcionaba.

Mierda. No sabía qué decir. Roja como un tomate, respondí con una mentirijilla piadosa.

—Acabo de recordar que quedé con mi madre y debe de estar a punto de llegar. —Los ojos verdes de Xavier me miraron desconfiados—. Lo siento, cariño, pero... quizá sea mejor que hagamos las paces en otro momento —dije, y le mostré una sonrisa tranquilizadora.

—De acuerdo... No quiero presionarte, Marta. Iremos poco a poco, pero, por favor, no trates de engañarme.

—No te engaño. —Puse cara de inocente.

—Tu madre no va a venir: si no, estarías limpiando la casa como una loca.

Volví a sonrojarme. Sabía que la excusa de mi madre era patética; pero mejor eso que confesarle que me había excitado pensando en otro hombre, digo yo.

Antes de que se marchara Xavier, le prometí que le llamaría ese fin de semana para vernos, pero... no tuve valor para hacerlo. Necesitaba tiempo para recapacitar sobre la advertencia de Erica y del estrés postraumático sexual que sufría. Me había convertido en una especie de excombatiente del Vietnam, solo que en mi caso no tenía visiones pegándole un tiro a un hombre sino tirándomelo directamente.

Era vergonzoso, lo sé.

En cuanto a mi exjefa, cada segundo que pasaba tenía más claro cuáles habían sido sus intenciones: hacerme creer que Xavier me había utilizado y engañado todo ese tiempo.

¿Estaba Erica siendo sincera conmigo? Probablemente no. Más bien estaba celosa y había aprovechado mi despedida para dar su estocada final. Si yo solo hubiera sido un mero juguete para mi ex, lo habría notado. Y aunque nuestra relación no era todo lo formal que a mí me hubiera gustado y él flirteara con otras chicas, siempre estaba ahí, a mi lado, cuando tenía problemas. Un fin de semana que estuve enferma incluso se quedó en mi casa para cuidarme. Eso no lo hace un hombre que solo te ve como un entretenimiento, ¿no?

Sí. Esa era mi teoría. Xavier me quería y simplemente cometió un error con la persona equivocada. De la misma manera que yo lo había cometido una semana antes acostándome con un desconocido que podía esconder a Wally entre tanto tatuaje.

Otra preocupación que me roía la cabeza era si había hecho lo correcto aceptando el puesto que me ofrecía Sound Music. Xavier tenía razón. El trabajo de asistente era un paso atrás en mi trayectoria profesional. Era un empleo que podía hacer cualquiera, una mera secretaria y no necesariamente una periodista. Por las funciones que tenía que desempeñar, estaba claro que me iba a convertir en una esclava de quien fuera mi jefe o jefa. Solo esperaba que el famoso en cuestión no tuviera demasiadas excentricidades ni el ego del tamaño de Alaska. Las *celebrities* eran muy melindrosas. Había leído en *Cuore* que Jennifer Lopez exigía a los hoteles donde se alojaba sábanas de algodón egipcio de doscientos cincuenta hilos y toallas blancas de tejido ecológico, y que Julia Roberts obligaba a su asistente a llenar su bañera de agua mineral. ¿Me veía yo vaciando miles de botellitas de Solán de Cabras para satisfacer los caprichos de una loca? Noooooooo. Dudaba mucho de que tuviera la suficiente paciencia. Además, ¿qué pintaba yo en una discográfica? Mi cultura musical era nula. Nunca había sido una mitómana, ni había pertenecido a un club de fans, ni seguía a los famosos en Instagram. Por favor, ¡si no era capaz de entender a Shakira cuando cantaba!

Conclusión: mi nuevo trabajo estaba abocado al fracaso, pero ya era tarde para dar marcha atrás.

Mi vida era desastrosa. Cacafuti pura.

Siguiendo mi línea habitual de obsesionarme con los problemas con la única intención de flagelarme, llegué al sábado por la tarde en un estado de estrés alarmante. Me subía por las paredes de mi casa pensando en el error que había cometido aceptando el puesto en Sound Music. No dejaba de repetirme una y otra vez que había cambiado mi trabajo glamuroso en una revista de moda por ser la niñera de algún cantante de medio pelo cuyo único mérito había sido ganar un concurso televisivo. No sabía para quién trabajaría, pero ya me había montado mi propia película. No estaba siendo negativa, sino realista: sin tener experiencia en el mundo musical, dudaba de que fuese yo la próxima asistente de Alejandro Sanz o de Bisbal, y mira que con este último podría intercambiar productos para el cabello o quedar para alisarnos la melena juntos. Harta de estar encerrada, decidí quemar la tarjeta. Salir de compras era la mejor terapia para olvidarme de los problemas. Además, tenía que adaptar mi armario a mi nuevo puesto de asistente de una superestrella del pop (nada más pensar en salir de tiendas ya estaba siendo más positiva).

Pero la positividad no me iba a durar mucho. Había quedado al día siguiente para comer en casa de mis padres y, de paso, darles la noticia de mi nuevo empleo. Sabía que mi madre no lo encajaría bien, pero no me imaginé que tuviera una reacción tan desmesurada. Claro que solo a mí se me pudo ocurrir abordar el tema con una absurda imitación de Molly Ringwald en *¡La que hemos armado!*

—Mamá, ¿me pasas la mantequilla? Por cierto, he dejado mi trabajo.

—Perdona, ¿qué has dicho? —respondió doña Lucía con la cara desencajada.

—Que si me puedes pasar la...

—Lo segundo, jovencita.

Me aclaré la voz, me limpié la boca en la servilleta y, muy despacio, vocalicé:

—El. Viernes. Deje. Mi. Trabajo. —Vi cómo a mi madre se le caía la mandíbula a la altura del ombligo—. Pero tranquila, que el lunes empiezo en otro sitio.

Respiró aliviada y, con una sonrisa, me dio la enhorabuena.

—¿Y dónde vas a empezar a trabajar? —preguntó mi padrastro mientras masticaba el cordero a dos carrillos.

—En una discográfica —murmuré mientras contaba las pulseras de mi mano derecha.

«Una, dos, tres, cuatro y cinco. Por Dios, que no me pregunten a qué me voy a dedicar. Una, dos, tres, cuatro, cinco. Por la Virgen, que no pregunten... Una, dos, tres, cuatro, cinco...».

No tuve esa suerte.

—¿Y de qué? Dime que vas a estar rodeada de celebridades. Oh, Dios, ¡eso sería alucinante! —exclamó mi hermana, emocionada.

—Sí. —Tragué un buen trozo de carne para ganar tiempo y lancé la bomba—. Voy a ser la asistente de un cantante, pero no sé todavía de quién.

—¡¿QUÉ?!

Los tres me gritaron con los ojos desorbitados. Mi hermana daba palmitas de alegría, mi padrastro se atragantó con un trozo de pan y mi señora madre dejó caer los cubiertos sobre el plato salpicando su maravilloso mantel de lino. Esta última arrastró la silla para levantarse y de pie, apoyando las manos sobre la mesa, se encaró a mí llena de furia:

—¡Marta! ¡Has perdido la cordura! —Dio un golpe en la mesa—. ¿Para eso te he costeado una carrera? ¿Para ser la sirviente de un personajillo? ¡Explícate, por favor!

«¿Porque me enrollé con mi compañero de trabajo, que meses después se tiró a nuestra jefa y ella empezó a tratarme como escoria? Pero tranquila, que he vuelto con mi ex, aunque el sábado pasado me acosté con un desconocido con tatuajes de calaveras».

Me habría encantado matarla de un infarto con aquel breve resumen de mi vida, pero aquella mujer me dio la vida y mi obligación como hija era tranquilizarla.

—Mamá, cálmate. Necesitaba un cambio y este trabajo solo es temporal. Seguro que en unos meses consigo un ascenso...

—No me lo puedo creer, hija. Ya tenías encauzada una profesión y la tiras por la borda. Desde que naciste no has dejado de darme problemas, pero esto ha sido la gota que colma el vaso. ¿Por qué lo has hecho? Es otra de tus locuras para llamar mi atención, ¡para castigarme!

Me habría dolido menos que me echara de su casa a que me humillara llamándome loca que busca la atención de mami. No estaba siendo justa. Aunque era obvio que le había salido del alma hacerme sentir la causante de sus desgracias. Y lo peor es que tenía razón. Yo siempre fui un problema para ella: la culpable de destrozar su vida, la causa de que mi padre biológico nos abandonara, la responsable de arruinar su salud mental porque la mía ya venía defectuosa de serie.

—No quiero saber más de ti hasta que empieces a comportarte como una mujer adulta —siguió gritándome—. ¡Estoy harta de tu insensatez! ¡No puedo más, Marta! ¡Se acabó!

—¿El qué se ha acabado? ¿Nuestra relación madre-hija? Porque es tan penosa que no voy a notar ninguna diferencia con lo que tenemos ahora —respondí con el mismo veneno que ella había utilizado conmigo tantas veces. Me levanté de la mesa y recogí mi bolso y mi chaqueta, dispuesta a irme de allí.

Mi madre siguió gritando en el salón como una psicótica, mientras Alfredo trataba de calmarla. Cuando estaba a punto de cruzar la puerta del jardín, mi hermana Cristina me interceptó. Su rostro era una mezcla de pena y disculpa.

—Marta, ya sabes cómo es. No le hagas caso —trató de consolarme.

—La conozco perfectamente, y por eso sé que está hablando de corazón.

Cris me abrazó en un intento de calmarme, pero precisamente ese gesto hizo que mi control se aflojara y rompiera a llorar.

—Ay, Marta. No llores, por favor. Lo paso fatal cuando os peleáis.

—No te preocupes, se me pasará. Siempre se nos pasa —le dije entre hipidos y

abrazándola con fuerza.

Un par de minutos después, me sequé las lágrimas con las mangas de mi bléiser negra, le sonreí con ternura y salí de casa de mis padres con la única intención de pasarme el resto del domingo en la cama.

Cuando me presenté el lunes a media mañana en las oficinas de Sound Music era una piltrafa humana. Había dormido tan poco la noche anterior que tuve que aplicarme el corrector de ojeras con espátula. Para colmo, me había pasado más de una hora contemplando mi fondo de armario. ¿Cómo debía vestir una asistente personal? Recordé el dicho: «En casa del herrero, cuchillo de palo». El protocolo diría que un traje formal y anodino, pero no era en absoluto mi estilo. Así que arriesgué y me decanté por unos pitillos *denim* negros, un top suelto con un gran cuello barco que dejaba ver mi hombro derecho y unos botines Louboutin de estampado de leopardo que compré en un *showroom* a mitad de precio. Me sentía cómoda con aquel estilo, pero cuando vi mi reflejo en la puerta acristalada de la recepción de Sound Music me asaltaron las dudas. ¿Y si en lugar de trabajar para una cantante de pop mi jefe era un compositor de música clásica de sesenta años? O peor: ¿y si iba a convertirme en la asistente de una folclórica? ¿O de su hijo? Me eché a temblar.

Mientras me traumatizaba con aquellos posibles escenarios, apareció la secretaria del señor Aguado. Era una mujer de unos cincuenta años, tan menuda como yo, pero con una envidiable melena larga, lisa y de color azabache. Lo reconozco: le habría arrancado la cabellera a esa señora tan maja y me la habría pegado a la cabeza con Super Glue. Envidiaba a las mujeres con pelo Pantene. Eran mi perdición.

Cuando entramos en el despacho de mi futuro jefe, este me esperaba en el escritorio supervisando mi contrato. Ese lunes llevaba una camisa con estampado de botellas de cerveza de diferentes marcas y el cabello recogido en una coleta baja. Me moría de curiosidad por saber dónde compraba aquellas prendas tan bizarras. En cuanto me vio, levantó la vista hacia mí y me pidió que me sentara.

Una vez que su secretaria cerró la puerta, el jefe de Comunicación de Sound Music me explicó cuáles serían mis cometidos como asistente de artistas y que sería recompensada con un mísero sueldo que no superaría los diecisiete mil euros brutos anuales, con tres pagas extras y un mes de vacaciones incluidos. En resumen: volvía a ser mileurista. Adiós, zapatos de lujo; adiós, alisado de queratina; adiós, *glamour*. También hizo hincapié en que dentro de mi contrato quedaba constancia de que debía estar disponible los siete días de la semana y las veinticuatro horas del día y para viajar en cualquier momento del año. «Fabuloso: mileurista y explotada», pensé. Entonces caí en la cuenta de que el señor Aguado había pronunciado «artistas» en plural.

—Perdón, señor Aguado. Pensé que trabajaría para una sola cantante.

—Lo siento, quizá mi secretaria no se explicó bien. Llevarás la asistencia de

Demonic Souls. Seguro que los conoces. Es uno de nuestros grupos de música *rock* más prometedores.

No me sonaban de nada, pero cómo decírselo al hombre de la camisa de birras. Y el que iba a firmar mis nóminas cada mes.

—¡Qué bien! He oído alguna de sus canciones y son muy buenos. —O eso esperaba.

—Lo son. Y después de la gira de este verano, a la que tú los acompañarás, grabarán el segundo disco, que esperamos que sea un pelotazo como el primero.

—Ajá, seguro que sí. —Nota mental: escuchar el primer disco y aprenderme las canciones de memorieta.

El señor Aguado se levantó de su sillón de cuero y me indicó que lo acompañara para mostrarme mi lugar de trabajo. Para ser un jefe, tenía que reconocer que se estaba tomando muchas molestias conmigo. O Daniel Aguado era todo un caballero o debía mucho al padre de Félix, la persona que me había recomendado.

Caminamos por un largo pasillo y al final llegamos a una sala con tres escritorios. Allí trabajaban la secretaria del pelo alucinante y dos asistentes de *marketing* y comunicación. Con ellas compartiría cafetera, una pequeña nevera y la impresora con fax. Al fondo había una puerta que daba a mi cubículo. Este era diminuto, sin ventanas al exterior, con paneles grises churretosos y una moqueta azul llena de lamparones. El escritorio no era más grande que una mesa de *camping* y sobre él descansaba un PC que debía de ser el primero que inventaron. El sillón, el *book* y la estantería parecían haber sido rescatados de un contenedor. Me habría apostado mi Chanel 2.55 a que aquella caja de zapatos fue en su día el cuarto de la limpieza del edificio. Tendría que echarle mucha imaginación si quería darle un toque chic y acogedor a mi nueva cueva.

La única sorpresa positiva hasta el momento fue descubrir que dispondría de un portátil para viajar y un iPad para gestionar más cómodamente las redes sociales del grupo, y que me pagarían mi factura mensual de móvil.

Una vez que me acomodé en mi nuevo lugar de trabajo y me pasé a un *pendrive* la agenda del grupo (sus teléfonos personales, el de su estilista, el de su agente, contactos de prensa, contraseñas de Facebook, Twitter...), decidí que era momento de ponerles cara. Esperaba con toda mi alma que entre los miembros hubiera alguna mujer.

Traté de googlearlos, pero la conexión a Internet de aquella empresa iba tan rápida como el ordenador prehistórico que estaba utilizando. La elegancia y la modernidad de Sound Music se reducían a la recepción y a la planta donde trabajaban los peces gordos. Si chocábamos contra un iceberg, estaba claro que los curritos moriríamos ahogados.

Mientras me peleaba con aquel cascajo de ordenador, recibí una llamada del señor Aguado. Quería que fuera a su despacho de nuevo para que nos reuniéramos con Demonic Souls. El grupo estaba en la sala de conferencias esperando para conocer a

su nueva asistente personal. Con aquel nombre tan espeluznante ya me hacía una idea de lo que me iba a encontrar: tipos vestidos de negro con el rostro pálido, ojeras, labios negros y que solían echar la siesta en ataúdes de color marfil. Ya había hecho una pequeña incursión en ese mundillo hacía una semana.

Cuando llegué al despacho del señor Aguado, o de Daniel, como me exigió llamarle, este me esperaba con dos cafés en la mano. Estaba tan poco acostumbrada a que un jefe fuera amable conmigo que no me atreví a rechazarlo, aún sabedora de que en mi estado de nervios una sobredosis de cafeína me provocaría una arritmia casi seguro. Durante el trayecto en ascensor y hasta la sala de conferencias me estuvo haciendo preguntas sobre mi anterior trabajo y contándome cómo comenzó a trabajar en el negocio de la música. Por lo que se veía, el señor Aguado (perdón, Daniel) fue redactor en sus tiempos mozos de la revista *Rolling Stone* y entrevistó a personalidades tan importantes como Mick Jagger, Paul McCartney o los U2. Mientras me contaba algunas anécdotas de su etapa de periodista musical, llegamos a la sala de reuniones donde nos estaban esperando.

—Ya hemos llegado —me informó sujetando el pomo de una doble puerta de color wengué.

Hinché mi escasa talla ochenta y cinco, cuadré los hombros y me preparé para encontrarme con una pandilla de niños góticos que adoraban a Satán. Sin embargo, Daniel dio un paso hacia atrás y, pensativo, se dirigió de nuevo a mí:

—Antes de que entremos, quiero comentarte una cosa —me advirtió.

El semblante del señor Aguado era tan serio que sentí miedo. Aquello no pintaba nada bien.

—¿Qué ocurre? —pregunté temerosa.

—No es nada de lo que debas asustarte, solo que... Me siento en la obligación moral de darte algunos consejos si vas a trabajar en este mundillo y especialmente con ellos. —Lo miré con ojos expectantes. Él prosiguió—: Los Demonic Souls son buenos chicos y... jóvenes. Pero no son jóvenes como tú. Me refiero a que no proceden de un ambiente económico y social favorable; por lo tanto, no están acostumbrados a seguir normas ni obedecer a nadie. Están un poco..., digamos que asilvestrados.

—Asilvestrados —repetí.

¿Procedían de un ambiente rupestre o se refería a que eran unos salvajes? Me imaginé a los satánicos, que me esperaban al otro lado de la sala de conferencias, peleándose con navajas y puños de acero. O con azadas. Buf.

—Perdona, me he pasado. Lo que quiero decir es que estos chicos son un poco rebeldes. Tienen problemas con la autoridad, y si le sumas que el éxito los ha pillado casi por sorpresa, puedes imaginarte el resultado. Pero son buenos muchachos y muy profesionales, ya verás. Solo intenta que te respeten.

—¿Y no habría sido mejor contratar un asistente mayor que yo y con experiencia? —le pregunté, consciente de que estaba tirando piedras sobre mi tejado. Pero,

sinceramente, me estaba asustando tanto que prefería que me despidiera a morir en un ritual satánico de mano de unos psicópatas.

—Eres la cuarta asistente que tienen. Créeme: hemos probado con todo tipo de perfiles, pero ninguno ha funcionado. Todos se terminaron despidiendo. Por eso, cuando hablé contigo pensé que podrían conectar mejor con alguien joven como ellos. Además, eres disciplinada, responsable, seria y tienes carácter suficiente para frenarlos. Incluso no les vendría nada mal pasar tiempo con una persona educada y con algo de clase.

Ahora encajaba todo. Yo era el último recurso desesperado para adiestrar a una pandilla de macarras sin modales. De repente mi trabajo se parecía más al de *Hermano mayor*.

Me quedé en silencio sin saber qué decir. Mi instinto de supervivencia me gritaba que saliera de allí por patas, mientras mi lado razonable me recordaba la ristra de ceros de mi hipoteca. No podía quedarme en el paro. Y si renunciaba, dejaría en mal lugar al padre de Félix, que me había recomendado. Al menos debía intentarlo.

—Gracias por el consejo, Daniel. Trataré de cumplir con mis funciones lo mejor que pueda.

—Estoy seguro de ello. De todos modos, cualquier problema que tengas con los chicos, coméntamelo y te echaré una mano, ¿trato hecho?

—Trato hecho. —Le sonreí agradecida por su apoyo.

Daniel parecía sentirse más aliviado tras nuestra breve charla. Por fin abrió la puerta y me cedió el paso para que entrara. Era una sala gigante de grandes ventanales, con una moqueta bastante más mullida y limpia que la de mi cubículo. En el centro había una mesa larga de cristal biselado y estaba rodeada de sillones de piel blanca con ruedas. Al final de la habitación se encontraban cuatro chicos. Dos de ellos estaban reclinados en sus sillas, con los pies apoyados en el cristal immaculado; un tercero daba vueltas y vueltas girando la silla y el cuarto miraba por la ventana de espaldas a sus compañeros. Desde luego, tenían pinta de rockeros pero, gracias a Dios, no iban con crucifijos ni se maquillaban con delineador.

—Chicos, ¿podéis sentaros bien? —les reprendió Daniel con gesto adusto—. Os voy a presentar a vuestra asistente.

Los dos músicos que tenían los pies sobre la mesa farfullaron molestos por tener que retirar sus mugrientas botas. Ambos eran altos y corpulentos. Uno de ellos llevaba la cabeza rapada, tenía unos ojos azul pálido como los de un lobo blanco y un *piercing* en el labio inferior. Si me lo encontraba de noche caminando por la calle estaba segura de que me cruzaría de acera. Su amigo de la izquierda, aunque llevaba rastas hasta los hombros, no parecía tan amenazante: era mulato, de ojos negros y rasgos suaves.

El hombre-peonza hizo caso omiso a Daniel Aguado y siguió dando vueltas con el sillón. Solo paró de girar cuando su compañero de la cabeza rapada y cara de asesino le arreó una colleja y señaló con la vista hacia nosotros. Al instante, reconocí

ese cabello amarillo pollo, el *piercing* en la ceja y su cuerpo serrano. Perteneían al gordito que nos abrió la puerta a Nico y a mí en aquella horrible fiesta. Llámalo intuición, llámalo sexto sentido, pero algo me dijo que el cuarto componente de Demonic Souls no iba a ser santo de mi devoción. Tragué saliva y, con los nervios a flor de piel, miré al chico que observaba la calle a través de la ventana.

La gorra. Llevaba la misma maldita gorra.

El rockero, ajeno a lo que el destino le tenía preparado, se giró con desgana hacia sus compañeros y se acomodó en la silla. Con gesto hastiado, levantó la cabeza y posó sus ojos sobre mí. En cuanto me encontré con su rostro, mi estómago se hizo un ocho, mi corazón dio un doble salto mortal y comenzó a bombear sangre con más fuerza.

Definitivamente, yo era un claro caso de estrés postraumático sexual.

PON UN ROCKERO EN TU VIDA (O MÁTALE)

NO. NO. ¡¡¡NO!!! ¡¡¡ESTO NO PODÍA ESTAR PASÁNDOME A MÍ!!!

El destino la había tomado conmigo.

El destino me tenía manía. ¡Qué narices! El destino me tenía una tirria espantosa. ¿Qué había hecho yo para merecerme algo así?

Había dejado mi maravilloso puesto de redactora de moda porque me había liado con mi compañero y ahora iba a trabajar con otro hombre con el que me había acostado.

NO. NO. ¡¡¡NO!!! ¡¡¡ESTO NO PODÍA ESTAR PASÁNDOME A MÍ!!!

El sonido de mi taza estrellándose contra el suelo me sacó de aquel trance. Escuché algunas risillas malévolas de fondo y, todavía abochornada, me agaché para recoger los trozos de cerámica. El señor Aguado, que para mí había ascendido a la categoría de santo, me ofreció su pañuelo para que limpiara el desaguisado. Me pidió que me sentara y comenzó con las presentaciones.

—Chicos, ella es Marta García, vuestra nueva asistente personal y la encargada de llevar vuestras agendas, redes sociales, relaciones con la prensa, etcétera, etcétera. A partir de hoy mismo podéis molestarla a ella para cualquier cosa que necesitéis y dejar de tocarme las narices a mí —bromeó con el grupo. Los chicos no dejaban de observarme y yo me esforzaba por no encontrarme con la mirada de ya sabéis quién —. Marta no lleva mucho tiempo en el mundo de la música —siguió hablando Daniel —; por lo tanto, tened paciencia con ella y ayudadla a ponerse al día.

—Por nosotros, como si quiere que la pongamos mirando a Cuenca —respondió el psicópata de la cabeza rapada.

Los demás se echaron a reír, excepto Nico. Este le propinó un codazo en las costillas mientras le pedía que cerrara el pico. El señor Aguado, mostrándose muy molesto por aquel comentario, también salió en mi defensa:

—Os pediría que fuerais respetuosos con ella puesto que será una parte importante en el equipo o, por el contrario, tendré que hablar con los jefes para que revisen vuestro contrato, ¿entendido? —los amenazó con voz grave y firme. Mi nuevo jefe podía ser muy amable, pero todo apuntaba a que no le faltaba carácter. Ni un par de... para haber elegido esa camisa tan espantosa.

Aproveché que los chicos murmuraban algo entre sí para echar un vistazo a Nicolás. Él parecía estar en *shock*, igual que yo. Por su forma de mirarme y el gesto de su cara, obviamente tampoco se esperaba encontrarme allí.

Daniel Aguado volvió a intervenir.

—Bueno, procedamos a las presentaciones. Este idiota es Charlie, el guitarra principal —dijo señalando al bocazas que decía que me iba a poner mirando a no sé qué provincia—, y el rastafari es Edu, el batería.

—Encantado —me dijo el último ofreciéndome la mano.

Charlie, por el contrario, solo me guiñó un ojo.

—Ese cabeza hueca es Tony y, aunque no lo aparente, es el mejor bajista que hay en este país —dijo refiriéndose al chico con el pelo decolorado.

—Perdona, ¿yo a ti no te conozco? —comentó sorprendido justo cuando se levantaba de la silla para saludarme.

—La estás confundiendo con aquella putilla que te tiraste en el concierto de Málaga —le interrumpió Nico.

Le lancé una mirada indignada. No sabía cómo tomarme ese comentario. ¿Quería que su amigo no nos delatara o estaba insinuando que yo me parecía a una prostituta?

El bajista trató de hacer memoria y, no muy convencido, finalmente me estampó dos sonoros besos en las mejillas. Sus amigos de nuevo estallaron en risas.

Daniel aprovechó la intervención de Nicolás para presentarle.

—Y este canalla malhablado es Nick Mendoza, el cantante y guitarra de la banda.

Él ni hizo intención de saludarme con dos besos ni de estrecharme la mano. Yo tampoco. Recorrió con la vista mi rostro y, como si recordara algo, sonrió de forma burlona y mezquina. En respuesta, le lancé una mirada asesina y centré mi atención de nuevo en Daniel. No me considero una persona violenta, pero me habría gustado borrarle aquella sonrisilla de un tortazo en la cara. Nico, Nick o como se llamara era un capullo integral. Me había tomado el pelo dejándome creer que era el típico don nadie que trataba de abrirse camino en el mundo de la música. Luego había resultado ser el cantante de un grupo de *rock* muy prometedor. Aquel caradura se lo había pasado en grande a mi costa. Grr...

La reunión se alargó al menos una hora. Durante ese tiempo no me relajé ni un instante. Nick tampoco me lo puso fácil. El cretino *Dios del rock* no dejaba de lanzarme miradas intermitentes y, cada vez que yo intervenía con alguna cuestión, adoptaba un gesto chulesco y socarrón. Traté de centrarme en Daniel y el resto de los chicos cuando me explicaban cómo era el día a día de la banda.

Excepto que tuvieran alguna entrevista o la grabación de un programa de televisión, durante el próximo mes los Demonic Souls estaban dedicados exclusivamente a preparar la gira veraniega y trabajar en el nuevo álbum. Me hizo gracia que hicieran tanto hincapié en que «ellos no estaban operativos antes de las doce de la mañana si no era por un asunto de vida o muerte». Solían levantarse cerca del mediodía, comían algo y después acudían al local de ensayos. Practicaban como mínimo seis horas diarias y, cuando terminaban, salían «a cenar y a tomar unas birras». Imaginé por qué me advertían de que no los molestara antes de las nueve de

la mañana: se acostaban a altas horas de la madrugada y probablemente en un estado bastante precario. En resumen: vivían como dioses y hacían lo que les daba la gana.

Además de aprenderme su *timing*, aquella reunión también me ayudó a hacerme una idea de la dinámica de los componentes y de algún que otro rasgo de su personalidad. A pesar de que Nick no intervino mucho en la conversación, sus compañeros, siempre que hacían algún comentario, buscaban su aprobación con la mirada. Se veía a tres leguas que era el líder de la banda. Charlie, el chico de la cabeza rapada y los ojos de husky, parecía ser el más cercano a él o su mano derecha. Quizá se debía a que también tocaba la guitarra y pasaban más horas ensayando juntos que con el resto, pero me daba la sensación de que había algo más. En varias ocasiones tuve la completa convicción de que eran capaces de hablarse con solo mirarse a los ojos.

El tal Tony era un payaso integral. No parecía tomarse nada en serio, siempre hacía un comentario grosero con la intención de escandalizarme y tenía los modales de un troglodita. Intuía que el bajista iba a ser mi piedra en el zapato.

El más diferente de todos, sin lugar a dudas, era Edu, el chico de las rastas. El batería parecía mucho más tranquilo y serio que el resto. Incluso más calmado que su líder, que bajo su pose distante y casi invisible no dejaba de jugar con la gorra o de dar golpecitos con los dedos sobre la mesa. Edu parecía incómodo cuando hablaba y medía cada una de sus palabras. En dos ocasiones, nuestras miradas se cruzaron y desvió la suya, notablemente incómodo. Me chocaba que un músico profesional acostumbrado a subirse a un escenario fuera tan tímido. De todos modos, era de agradecer que el batería no fuera tan apabullante y descarado como sus compañeros. Lidar con tanta testosterona no me iba a resultar fácil... Eso si decidía continuar en aquel trabajo.

Vi el cielo abierto cuando Daniel dio por finalizada la reunión. Mi vida se había puesto todavía más patas arriba y necesitaba procesar todo aquello. Informé a los chicos de que en cuanto me pusiera al día contactaría con ellos y me fui corriendo como un perrillo faldero tras mi jefe: no quería quedarme con Nick a solas ni muerta. Una vez en mi mesa, me desplomé en la silla y expulsé todo el aire retenido durante una larga hora.

Me pregunté mil veces si debía abandonar mi nuevo trabajo con alguna excusa antes de acabar en prisión por haber matado a un cantante famoso. Si renunciaba a mi puesto de asistente, me quedaría en el paro, dejaría en mal lugar al hombre que me había recomendado y terminaría volviendo a casa de mis padres porque me embargarían. O podría aceptar aquel puesto y fingir que entre aquel necio y yo nunca hubo nada. La verdad es que no me veía muy capaz de aguantar su cara de cretino; claro que solo nos habíamos acostado una vez y podía establecer unas bases con él para trabajar juntos sin problemas. Entonces caí en algo que no había pensado: ¿y si Nick era un bocazas y le contaba a Daniel Aguado que nos habíamos enrollado? Me despedirían y quedaría ante el padre de Félix como una buscona.

—La que has *liaaaaao, polliiito...* —murmuré sola en mi triste zulo.

Estaba metida en un buen embrollo y yo me iba de cabeza a la cola del paro. Necesitaba confeccionarme una lista de pros y contras urgentemente. Guardé lápiz y papel en mi bolso, cogí mi chaqueta y me fui a comer a alguna cafetería solitaria para poner en orden mi ruinoso vida.

—¡Marta! ¡Marta! ¡Espera! —vociferó alguien nada más atravesar las puertas de Sound Music. Me giré y, al ver quién me llamaba, aceleré el paso en sentido contrario —. Ey, ¿quieres parar? —Nick me agarró del brazo, molesto por haberlo ignorado.

—No tenemos nada de qué hablar y tengo prisa —repliqué, tirando de mi codo para que me soltara.

Me adelantó por la derecha y se colocó frente a mí impidiéndome el paso. Me eché a un lado para rebasarlo y él se movió y me bloqueó. Traté de escabullirme por el lado contrario y volvió a obstruirme el acceso.

—Habla conmigo o podemos estar toda la tarde haciendo el idiota en la calle. — El muy mamón lo decía completamente en serio. Me entraron ganas de limarme las uñas en su cara.

—Por si no lo sabes, esto que estás haciendo se llama acoso y está penado — contesté a medida que me iba cabreando más y más.

Nick puso los ojos en blanco como si fuera lo más absurdo que había oído.

—No te estoy acosando. Solo quiero invitarte a comer para que hablemos de esta nueva situación. Así que tú decides. ¿Por las buenas o por las malas? —Volvió a amenazarme mientras lanzaba una mirada a alguien detrás de mí.

Cuando volví la cara me encontré, a menos de dos palmos, a un mazas de dos metros de alto y dos de ancho con cara de asesino en serie.

—¿Quién es ese? ¿Lo conoces? —pregunté, alarmada.

—Sí: es el tipo que me va a ayudar a raptarte y a llevarte a un restaurante si sigues resistiéndote. —Lo miré espantada y él se echó a reír—. Joder, es broma. Es Héctor, uno de seguridad que nos acompaña a los chicos y a mí. Es un buen tipo: un poco tímido, pero buena gente.

Dudaba mucho de que aquella masa de doscientos kilos con la cara llena de marcas y el cabello hasta los hombros fuera totalmente inofensivo.

—Venga, solo te robaré una hora de tu tiempo. Si vamos a trabajar juntos es necesario que aclaremos algunas cosas después de lo ocurrido entre nosotros.

Me habría gustado decirle que no iba a seguir en aquel trabajo, pero todavía no lo había decidido. Quizá no era tan mala idea comer con él. Me ayudaría a aclarar mi cabeza y descubrir sus intenciones conmigo.

—Está bien. Pero te concedo una hora y en algún sitio cercano.

Nick sonrió triunfal y me propuso un restaurante a quince minutos en coche. Hizo un gesto al gorila Maguila y este se marchó calle arriba. A los dos minutos apareció conduciendo un Audi Q7 gris metalizado y con cristales tintados. Cuando revisé el interior del coche, calculé que el precio de aquella maravilla no bajaría de los cien

mil euros. ¡Caray! Y eso que el mercado de la música estaba en crisis.

Tal y como dijo Nick, llegamos a nuestro destino a los pocos minutos. Conocía perfectamente aquel restaurante: llevaba un par de años abierto y estaba muy de moda entre actores y futbolistas. No era demasiado ostentoso ni su carta resultaba impagable, pero la calidad de los platos, según decían los críticos, era excepcional. Además, la cocina estaba acristalada y era apasionante contemplar el trabajo de los cocineros, como si fueran una maquinaria de engranaje.

Nada más entrar, Nick dio su nombre y el camarero nos acompañó a nuestra mesa asignada: al parecer, comeríamos en la terraza que tenían habilitada en el jardín. El lugar era tranquilo y elegante. Me hizo gracia lo mucho que desentonaba mi acompañante en aquel entorno, aunque, todo sea dicho, él parecía sentirse la mar de cómodo bajo su gorra de béisbol, con sus vaqueros roídos, su cinturón de tachuelas y una camisa a cuadros negros y rojos. Los clientes debieron de pensar lo mismo que yo, porque lo miraban con asombro. No era muy común ver en restaurantes de lujo a un chico de brazos tatuados y con aquellos pendientes tan horteras colgando de sus orejas. Eso me recordó que si decidía trabajar para él debía hablar seriamente con su estilista.

Una vez sentados, cada uno abrimos nuestra carta sin dirigirnos la palabra. Curiosamente, tampoco habíamos hablado durante el trayecto en coche. De hecho, se sentó junto al conductor, el tal Héctor, y me dejó que viajara en la parte de atrás sola.

Una vez que llegaron nuestras bebidas (una cerveza para él y una Coca-Cola *Light* para mí), se dignó dirigirme la palabra.

—¿Por qué te fuiste sin despedirte?

—¿Perdón? —Esa pregunta no me la esperaba.

—Repito: ¿por qué te fuiste de mi cama sin un adiós ni un educado «gracias, Nick, me lo he pasado de muerte»? —Bufé al oír aquello. ¿Se podía ser más engreído?—. No, en serio. ¿Por qué te fuiste sin decirme nada? —insistió.

—Te advierto que no he venido a hablar de eso —contesté malhumorada—. Si sigues por ese camino, me largo ahora mismo.

—Vale, vale, perdona —se disculpó, todo digno.

—¿Que te perdone? ¿El qué? ¿Que no me dijeras quién eras en realidad y dejaras que pensase que eras un pobre músico como esos del metro, que me emborracharas y me llevaras al huerto o que me hayas amenazado para comer contigo?

Un grupo de ejecutivos que comían en la mesa de al lado se volvieron hacia mí, alarmados.

—¿Creías que pasaba la gorra en el metro? —Se cubrió la boca muerto de risa.

—No es gracioso, idiota.

—Ya, ya... Lo siento. —Dio un trago a su bebida antes de seguir hablando—. Yo no te engañé sobre mí. Omití que era conocido porque no voy por la vida diciendo: «Ey, soy cantante de un grupo, tengo un disco de oro colgando en mi habitación y un club de fans». A ver si estás molesta porque te habría hecho ilusión saber que te

estabas tirando a un tío famoso...

Le chisté para que bajara la voz y, cuando la mesa de al lado volvió a prestar atención a sus platos, retomé la conversación:

—¡Pues te equivocas, listillo! Si lo llego a saber no habría permitido que me tocaras ni un pelo. Pero ¡qué digo! Si no hubiera bebido alcohol no te habría dejado ni acercarte a cincuenta metros de mi persona.

—Pues te habrías arrepentido porque, haz memoria, cada vez que te tocaba gemías como una...

—Cierra el pico, cretino. Te van a oír. Y para que lo sepas, te acabas de pasar tres pueblos y..., y..., ¡y me largo de aquí!

Arrastré mi silla para marcharme, pero justo llegó el camarero con los platos. Me quedé a medio camino de levantarme. Los caballeros de la mesa de al lado me miraban expectantes y sentí tanta vergüenza por dar tal espectáculo que volví a ocupar mi sitio. Nick sonrió satisfecho. Con ganas de arrancarle esa expresión de suficiencia de la cara, me dispuse a degustar mi tartar de atún. Si no se me agriaba...

—¿Qué te parece si cambiamos de tema? —me propuso mientras embadurnaba de ketchup su hamburguesa.

Afirmé con la cabeza mientras me preguntaba quién era tan tonto como para elegir ese tipo de comida en un restaurante de lujo como aquel. «Un idiota», sentencié para mis adentros. Y un jeta que me había invitado a comer para preguntarme por qué no le dejé mi teléfono después de pasar la noche juntos. ¿Qué pretendía? ¿Hacerme creer que yo le importaba algo para volver a llevarme a la cama otra vez? Aquello era ridículo. Ese chico llevaba escrito «soy un picaflor» en la frente. De hecho, podría tatuárselo también. Era guapo, qué digo guapo: impresionante. Tenía un cuerpo fabuloso. Un pelo alucinante: negro, brillante, medio ensortijado, perfectamente despeinado, delicioso... Solo con mirarlo le daban ganas a una de jugar con sus rizos.

—¿Me ha cagado un pájaro en la cabeza? —preguntó sorprendido.

—Ojalá —murmuré mientras me llevaba el tenedor a la boca. Debía ser más discreta cuando lo mirara. O mejor: no debía mirarlo.

—Te he oído —me informó, y siguió comiendo como si tal cosa.

Era suficiente. Me limpié la boca con la servilleta dispuesta a descubrir qué quería de mí.

—Me estaba preguntando de qué querías hablar conmigo. ¿O me has traído aquí para echarme en cara que me marché sin desearte las buenas noches?

Nick terminó de saborear su hamburguesa y se mordió el labio inferior mientras me observaba detenidamente.

—No, en absoluto. No eres la única que se larga sin decir ni media palabra después de echar un polvo. Aunque reconozco que es la primera vez que me pasa. —Sonrió con alguna broma privada y luego confesó el verdadero motivo de que estuviéramos allí—: No quiero que seas la asistente de mi grupo.

Vaya. Eso tampoco me lo esperaba.

—¿Y me puedes explicar por qué? —respondí, molesta.

—No es nada personal; solo que... nos hemos acostado y no mola que trabajemos juntos. Pero me gustaría seguir viéndote, ya sabes, podíamos vernos de vez en cuando, follar...

Ahora sí me había dejado muerta.

—Espera. A ver si lo he entendido bien. ¿Quieres que deje mi trabajo y me quede en paro para poder seguir acostándote conmigo? ¿Es esa tu propuesta?

—Sí. Bueno, no. Quiero decir... No me hace feliz dejarte sin curro, Marta. De hecho, hasta que encuentres algo puedo pagarte lo mismo que te ha ofrecido Daniel.

Aquello era la gota que colmaba el vaso. ¿Quién se pensaba que era?

—Me estás diciendo que quieres pagarme por irme a la cama contigo. Pero... ¿¿te has oído?! ¿Me has visto cara de puta?

Nada más pronunciar aquella palabra, la mesa de nuestros fervientes seguidores volvió a quedarse en silencio.

—Marta, estás exagerando. No pretendo ofenderte. Al contrario, sería una pena que no volviéramos a estar juntos. Nena, entre nosotros hubo...

—¡Nada! —espeté, indignada—. Entre nosotros no hubo nada y no lo va a haber nunca. Recuerda esto: yo no me acuesto con hombres como tú. Lo de aquella noche fue un error. Pasó porque estaba borracha. Además, he vuelto con mi novio, así que podemos trabajar juntos porque no va a pasar nada de nada. NADA. ¡NADA!

Cuando terminé de hablar cogí aire, porque se me había olvidado respirar. El *team* Marta de la mesa de al lado susurró un «¡bien dicho, chica!», y solo se centraron en sus postres cuando Nick los miró amenazante. Luego, con el mismo semblante serio, se dirigió hacia mí.

—Solo pretendía hacerte un favor. Una finolis como tú no puede soportar un mundo como el mío. Vas a tener que viajar con nosotros y estar rodeada de sexo, orgías, drogas, prostitutas, fans, *paparazzi*...

—Estás equivocado. No soy ninguna niñita. Y si aguanto o no, es cosa mía.

—¿Crees que vas a poder enfrentarte a Charlie cuando aparezca borracho como una cuba media hora antes de un concierto? ¿Te ves capaz de sacar a Tony de un baño público mientras se lo está montando con una fan porque lo están esperando para hacerle una entrevista?

Me quedé en silencio. Esos gamberros no necesitaban una asistente, pedían a gritos un correccional.

—¿Qué vas a hacer cuando un grupo de fans enloquecidas te insulten porque no les dejas hacerse fotos con nosotros? ¿O cuando entre la poli en una de nuestras fiestas porque alguien está pasando coca?

«Llorar como una magdalena», pensé. Ya me veía en una cárcel, con un *total look* naranja y evitando a una esquizofrénica que querría orinarme encima porque se habría enamorado de mí.

Espera...

Sabía lo que estaba haciéndome: pretendía asustarme para que dimitiera. No se iba a salir con la suya. No podía decepcionar al *team* Marta de la mesa de al lado: ellos tenían todas sus esperanzas puestas en mí.

—Ya me las idearé para hacer bien mi trabajo —contesté, ofuscada—. Eso es cosa mía, así que deja de asustarme contándome películas.

Nick me miró con cara de lástima y comenzó a reír.

—Bueno, tú verás. Quedas advertida. Y mi proposición sigue en pie por si cambias de idea.

Antes de que pudiera replicarle, apareció el camarero para retirarnos los platos.

—Me tengo que ir, se me ha hecho tarde —dije tras comprobar que era hora de volver a la oficina.

—¿No quieres tomarte el postre conmigo? Mmm... Te aseguro que va a gustarte, y mucho. —Por su tonito no estaba hablando de tartas de queso ni de *brownies*.

—No, gracias. Tengo mucho trabajo. Cómetelo tú solito. —Yo también sabía hablar con doble sentido.

Nick me sonrió de medio lado y, justo cuando me colgaba el bolso, pareció caer en la cuenta de algo.

—Solo una última pregunta, Marta.

—Dime.

—¿Cómo se va a tomar tu novio que trabajes para un hombre con el que has tenido sexo?

Al oír aquello, la sangre abandonó mi rostro. Eso sí sería un problema... y de los gordos. Sin saber qué contestar y decepcionando claramente al *team* Marta, salí apresuradamente del restaurante.

En cuanto llegué a la oficina, llamé a Xavier para quedar con él esa tarde. Nos vimos en su casa, cenamos juntos y me acosté con él.

LA REINA COTILLA

Estuvo bien... Más que bien.

No al nivel de un sobresaliente, pero Xavier no tuvo la culpa de que no tocara el cielo y sobrevolara la tierra con el mejor de los orgasmos. Con el día que yo había tenido, tampoco estaba muy receptiva que digamos. Al menos, el sexo aplacó todas las tensiones del día. Hacer el amor con Xavier siempre fue muy reconfortante. Ninguno de los dos nos comportábamos en la cama como dos salvajes (y que conste: no estaba comparándolo con nadie), pero me hizo sentir segura y querida. Además, si íbamos a intentar que lo nuestro funcionase no tenía sentido posponer más tiempo lo inevitable. Tampoco es que hubiéramos dejado de tener sexo cuando rompimos, pero era impulsivo; incluso despechado. Esta vez había sido distinto: yo lo había meditado (aunque solo unas horas antes). Lo único desconcertante fue el sentimiento de culpa que tuve nada más terminar de hacerlo; justo cuando Xavi me besó en los labios y se levantó directo al cuarto de baño. Ni yo misma podía encontrarle un significado a la desazón de mi cuerpo.

Menos mal que en cuanto volvió a tumbarse a mi lado aquella extraña sensación fue desapareciendo. Xavier y yo estuvimos charlando sobre mi primer día en Sound Music. Por supuesto, obvié algunos episodios; especialmente los relacionados con Nick Mendoza. Alucinó por completo cuando comenté que iba a ser la asistente de Demonic Souls, y no porque creyera que mi trabajo iba a ser apasionante (de hecho, seguía opinando lo mismo): Xavi estaba encantado porque era un profundo admirador de aquel grupo de *rock*. Surrealista, ¿no? Mi novio era fan de mi peor pesadilla hecha realidad y con el que había intercambiado fluidos hacía unos días. Para colmo, el ingenuo de Xavier me confesó que dos de las canciones del primer disco le recordaban a nosotros. Al oír aquello, casi sufrí un trombo cerebral. Quería ponerme el disco, cosa a la que me negué rotundamente. Solo me faltaba hacer el amor con mi chico y escuchar de fondo la voz del mentecato de Nick Mendoza. Lo digo y lo diré: el destino la había tomado conmigo y no hacía otra cosa que reírse a mi costa.

Además, ya lo había escuchado una vez en la oficina y para mí era más que suficiente. Rosa, la secretaria del departamento de Comunicación, me había pasado el primer disco de Demonic Souls, junto con su *bio* y el *clipping* de prensa. La carátula del LP era bastante siniestra. Parecía un fotograma sacado de una peli de terror: habitación en color sepia, desvencijada y con las paredes descascarilladas. Al fondo de la imagen se atisbaba una cama de hierro forjado antigua y mugrienta, cubierta por sábanas negras arrugadas y una gran mancha de color púrpura que debía de ser

sangre. No sé por qué me sorprendía: con el nombre de aquel grupo de *rock* («almas demoniacas»), ¿qué me esperaba? ¿Una portada de osos amorosos jugando sobre nubes de algodón? El título del disco también era para mear y no echar gota: *Dirty Sheets*. En español significaba «sábanas sucias», supongo que haciendo referencia a la mancha roja de la cama. En fin, el genio al que se le ocurrió aquella brillantez no se estrujó demasiado el cerebro... o tenía una edad mental de dos años y medio.

A pesar del mal gusto y la falta de originalidad del *packaging*, tengo que admitir que el disco sonaba muy bien. Las melodías eran algo rudas y estridentes para mis delicados oídos, pero muy pegadizas: más de una vez me encontré siguiendo el ritmo de algunos temas con los pies. Las letras, como era de esperar para un grupo de *rock*, hablaban de sexo, orgías, alcohol... Temas un tanto manidos. Sin embargo, oír cantar a Nick fue... impactante. Lo reconozco: en algunas canciones se me pusieron los pelos de punta. El chico tenía una voz intimidante, sexi, peligrosa... Un cóctel de ingredientes que lo hacía bastante diferente de los cantantes a los que yo estaba acostumbrada a escuchar. Fue asombroso descubrir que su voz no parecía pertenecer al chico con el que había hablado horas antes. A través de los auriculares sonaba distinta: más ronca y masculina, tremendamente sexual. Si Nick cantara para un convento de monjas, podría haberlas hipnotizado para que colgaran los hábitos definitivamente.

Su inglés, curiosamente, también era perfecto. La mayoría de las canciones, al igual que el nombre del grupo y el título ridículo del LP, eran en este idioma. Los españoles no nos caracterizamos por ser bilingües (incluyéndome a mí, que hablo inglés como si tuviera una patata en la boca) y era chocante que él tuviera una pronunciación tan correcta. Poco después, cuando leía el dossier de prensa, encontré la explicación: el cantante era americano. Según decía su *bio*, Nick Mendoza (27) tenía raíces españolas por parte de madre, pero había nacido y crecido en Estados Unidos, concretamente en Nueva York. Empezó a tocar la guitarra en la adolescencia y a los veinte años fundó, junto a su amigo Carlos Molina (Charlie), los *Demonic Souls*. Además de ser el vocalista de la banda, también había compuesto cada uno de los temas publicados en *Dirty Sheets*, el álbum debut de la banda.

Según los artículos y entrevistas que Rosa me había pasado junto con la *bio*, Nick abandonó a los diecisiete años la ciudad de los rascacielos para vivir en el país de origen de su madre, España. Al poco tiempo de residir en Madrid, conoció a Charlie en el instituto donde su abuelo lo había matriculado. Los dos guitarristas se hicieron grandes amigos, no solo porque ambos amaban el *rock* y tocaban la guitarra; también por la cantidad de horas que compartieron en el despacho del director del centro educativo. Según contó el cantante a un diario nacional, una noche de juerga salvaje, tras asistir a un festival de música independiente, se les encendió la bombilla y decidieron formar un grupo de música. «Estábamos hartos de ir por la vida sin un pavo en el bolsillo y se nos ocurrió que si tocábamos en bares los fines de semana, podríamos ganar algo de dinero extra y, de paso, ligar con tías», declaró Nick en

aquella entrevista. Cuando pusieron en marcha aquel plan y corrieron la voz de que buscaban músicos, un compañero del instituto les presentó a su primo, Antonio Crespo (Tony). Nick y Charlie aseguraban que cuando el bajista hizo la prueba, se dieron cuenta de dos aspectos que lo hacían único: «Era un genio loco y tenía un talento impresionante para tocar el bajo». Al parecer, conseguir un batería fue algo más complicado. Después de poner un anuncio en Internet, en bares del centro y en varias escuelas de música, no encontraron a nadie que encajara con su estilo. Estaban a punto de tirar la toalla cuando un día Nick coincidió con Eduardo Reyes en el metro. Este, con sus pintas de rastafari, estaba tocando a los bongos «Sympathy for the Devil», de los Rolling Stones, y al cantante le pareció que era «especialmente bueno». Nick, decidido, se levantó de su asiento y le propuso que hiciera una prueba para entrar como batería en la banda que estaba montando con unos colegas. Cuando vio la montaña de dinero que los viajeros habían depositado en la gorra de lana del chico, perdió toda la ilusión de que el rastas aceptara tocar con su grupo. Sin embargo, dos días después, Edu se puso en contacto con él. Según el batería, después de ver cómo «esos tres tocaban endiabladamente bien», decidió convertirse en la cuarta alma demoniaca.

Mientras recordaba toda la información que había recopilado sobre la banda, Xavier yacía desnudo en su cama mirando la tele de plasma que colgaba de la pared. Empecé a vestirme. Al día siguiente tenía un día duro de trabajo y no quería llegar muy tarde a casa. Recordé entonces que no había mencionado a Xavier nada sobre la gira del grupo. Se lo diría si al final aceptaba continuar en aquel trabajo. Aunque, pensándolo mejor, debería consultarle mis dudas e incluso avisarle con antelación de que quizá no podríamos irnos de vacaciones juntos... Al fin y al cabo, ya éramos de nuevo una pareja oficial.

—¿En qué piensas, cariño? —me sorprendió Xavier. Había leído la preocupación en mi gesto.

—Nada importante —respondí en un tono casual mientras me calzaba las botas.

—Estás jugueteando con tus pulseras como siempre haces cuando estás nerviosa, así que empieza a hablar o no te dejas salir de esta habitación —bromeó.

Suspiré resignada. Xavier me conocía demasiado bien y este sería tan mal momento como otro para decirle que no pasaríamos el verano juntos.

—¿Y hasta cuándo vas a estar fuera de Madrid? —me preguntó tras informarle de que posiblemente me iría de gira con la banda.

—No lo sé con exactitud. Las fechas de los conciertos aún no están completamente cerradas.

—No te agobies, sobreviviremos. Sabes que yo hasta finales de julio estoy a tope de trabajo con las producciones de moda de invierno y tampoco nos íbamos a ver mucho aunque te quedaras en Madrid.

Me dolió que aceptara la noticia con tanta naturalidad. No me esperaba aquella reacción. Pensé que se iba a molestar o, al menos, a entristecerse un poco. Llevábamos meses sin estar juntos, exceptuando algún que otro encuentro casual. Lo lógico era que se sintiera fatal por no verme en una temporada, ¿no?

—Me alegro de que lo comprendas —añadí, molesta—. Otro hombre pondría la voz en grito si supiera que su chica iba a convivir con cuatro rockeros famosos durante varios meses. —«Sobre todo si supiera que había mantenido relaciones sexuales con uno de ellos», pensé.

—Marta, cielo: te conozco perfectamente y sé que no tengo que preocuparme de nada. No eres el tipo de mujer que busca un rockero famoso, y si alguno de ellos intentara algo contigo te saldría un sarpullido en todo el cuerpo. —Y, tras soltar aquello, rompió a reír.

Yo sabía que confiaba en mí, pero la parte de que no era el tipo de mujer que le gustaba a un rockero me había molestado un poco. Yo no soy sexi, exuberante ni espectacular, pero no me hizo gracia oírlo de él.

—De todos modos, si algún fin de semana libras y me echas de menos, no te va a pasar nada si coges un avión y vienes a visitarme a la ciudad en la que esté —le propuse con cierto retintín.

—Por supuesto, cariño. Lo daba por hecho. ¿Crees que sería capaz de soportar meses sin verte? —Al no responder nada, se levantó y me estrechó entre sus brazos—. Marta, cariño. ¿De verdad piensas que no me importa que te marches? —me susurró al oído mientras me besaba el cuello—. Solo trato de ponerte las cosas más fáciles. Sé que te tortura pensar que vamos a estar separados. Si lo prefieres, te monto un pollo porque no me gusta tu trabajo —bromeó.

—No, por supuesto que no. Perdóname, estoy demasiado susceptible —admití, y dejé caer mi cabeza en su hombro.

Sabía que Xavier trataba de tranquilizarme, pero algo me decía que no le importaba demasiado que estuviéramos separados. O de nuevo me estaba dejando llevar por mis inseguridades. ¿No era extraño que no me hubiera preguntado si podíamos irnos de vacaciones, aunque fueran unos pocos días? Quizá era una paranoia mía. Si le diera exactamente igual estar conmigo, no me habría insistido en que volviéramos juntos. Además, aquella actitud era muy de Xavi: siempre había sido el más independiente y despegado de la pareja. Si no nos veíamos durante toda una semana por motivos de trabajo o porque habíamos quedado con amigos por separado, no parecía molestarle. Siempre era yo la que se enfadaba por no compartir más momentos juntos; también era yo la que lo llamaba a diario para preguntarle qué tal había ido su día... No puedo negarlo: pensaba que tras nuestra reconciliación sería distinto y que Xavi estaría al cien por cien volcado en mí por miedo a volver a perderme. Es lo lógico cuando una pareja rompe, ¿no? El que ha metido la pata trata de enmendar su error. Pero me equivocaba: las personas no cambian de la noche a la mañana. Él me lo había dicho muchas veces: no estaba en su naturaleza rendir

cuentas a nadie porque sus padres le habían dado siempre toda la libertad que él había deseado, pero eso no significaba que no me quisiera o no se tomara nuestra relación en serio.

Quizá este trabajo no fuera tan malo para mí como pensaba. Quizá me ayudaría a no ser tan dependiente emocionalmente de Xavier. Quizá él comenzara a valorarme más cuando se diera cuenta de que me echaba de menos. Pasar tres meses fuera de Madrid podría ayudar a consolidar nuestra relación.

O eso fue lo que me dije para tratar de convencerme.

Llegué a casa cerca de las once de la noche. Estaba exhausta y con la cabeza hecha un lío. Como suele sucederme siempre que tengo un día de mucho estrés, me fue imposible conciliar el sueño. Después de analizar por activa y por pasiva la conversación que había tenido con Xavier en su casa, seguí dándole vueltas a mi comida con Nick en la terraza de aquel restaurante. El muy canalla me había pedido que dejara mi trabajo para poder acostarse conmigo libremente. Incluso había tenido el descaro de ofrecerme dinero. Podía entender que no me quisiera como asistente. A mí tampoco me ilusionaba trabajar con alguien al que había visto en toda su gloria. Lo que no era capaz de descifrar era el motivo por el que quería seguir viéndome. No se necesitaba ser un lumbreras para darse cuenta de que yo no era en absoluto su tipo (como bien había recalcado Xavier), y ni mucho menos él era el mío. Los tipos como Nick se fijaban en mujeres espectaculares y provocativas, por las que cualquier hombre babea cuando pasan a su lado, no en una mujer que no supera el metro sesenta y cinco y que no tiene grandes pechos ni el culo de Jennifer Lopez. Exceptuando mis ojos, que eran de un color extraño, el resto de mis rasgos pasaban absolutamente inadvertidos. El porqué se acostó conmigo cuando podría haberse llevado a cualquier chica de aquella fiesta a la cama era un misterio sin resolver. Tuve que resultarle muy entretenida: la primera idiota que no lo había reconocido y de la que podría reírse un rato. Cuando tienes dinero, fama y cualquier mujer a tus pies, uno se acaba aburriendo de todo, y tomar el pelo a una pobre chica puede hacer tu día diferente.

De repente, sentí la necesidad imperiosa de saberlo todo sobre Nick Mendoza. Quien tiene la información, tiene el poder, y si iba a trabajar con alguien tan complejo, cuanto más supiera sobre su vida y su personalidad, más fácil sería para mí pillarle el punto.

Me acomodé en la silla y escribí en la barra de búsqueda: «Nick Mendoza Demonic Souls». Mi primer descubrimiento fue que aquella pandilla de macarras era bastante popular en nuestro país y parte de Latinoamérica: tenían cerca de cien mil seguidores en Twitter y unos seis mil en Facebook. Para los expertos, Demonic Souls era toda una promesa del *rock* alternativo nacional, y algunos aseguraban que poco a poco se convertirían en los Héroes del Silencio del siglo XXI. Y yo me había burlado

de su pendiente...

Los fans tampoco escatimaban en halagos y alabanzas hacia su grupo favorito, pero la gran mayoría iban destinados a una sola persona: al cantante. Y como ya me imaginaba, los piropos estaban escritos por chicas... Chicas, por cierto, bastante soeces. Las más tímidas tan solo se atrevían a declarar abiertamente su amor eterno a la estrella; las descaradas, sin embargo, no tenían ningún pudor en contar con pelos y señales todo lo que le harían para su uso y disfrute. Me pregunté qué opinaría Nick de que lo trataran como a un simple objeto sexual. Al instante de pensar aquello, me di una colleja mental por idiota: era un hombre y, como tal, debía de sentirse en el paraíso leyendo esa sarta de ordinarieces.

Me dejé llevar por la cotilla que llevo dentro y seguí husmeando en la vida y obra de NM, la abreviatura que utilizaban sus fans para hablar de él. Busqué por «imágenes recientes de Nick Mendoza» y, para mi sorpresa, aparecieron en la pantalla docenas de fotos del cantante en situaciones muy comprometedoras. En la primera de ellas, el rockero caminaba casualmente por una calle céntrica de Madrid. Aquella instantánea no tendría nada de especial si no fuera porque parecía más un sin techo vagabundeando por la ciudad que un cantante respetado. Tenía un aspecto horrible... ¡Qué digo! Esperpéntico. Llevaba unos pantalones de boxeador, unas botas de montaña roñosas y una camiseta desteñida en la que se podía leer «Chúpamela»; sobre ella, un anorak militar tres tallas más grandes que la suya y un gorro de lana gris cubriendo su cabeza. Ni el mismísimo Mickey Rourke estaba tan horrible en sus peores días. Cuando pinché sobre la foto, descubrí que estaba integrada en un reportaje de la revista *Cuore*, donde también aparecían otras estrellas como Jared Leto, Leonardo DiCaprio, Johnny Depp o Matthew McConaughey. El titular decía: «¿Por qué se empeñan en parecer feos?». Me eché a reír: el redactor me había leído el pensamiento. Yo también tenía la sospecha de que Nick trataba de arruinar su atractivo físico adrede. En la noche de marras, cuando lo tuve arrodillado frente a mí completamente desnudo, observé ese cabello perfectamente desordenado y aquel galimatías de horribles tatuajes que cubrían sus brazos, su pecho y su espalda y juro que pensé: «Es tan guapo que se avergüenza de ello». ¿Por qué ocultaba su belleza? No tenía ni idea. Quizá los niños monos no encajaban con la imagen de rockero rebelde. O simplemente quería cerciorarse de que su éxito vendría por su trabajo y no por su físico. Una cosa estaba clara. Por mucho que se disfrazara de mamarracho, sus fans tenían toda la razón: Nick Mendoza seguía estando como un queso.

Seguí paseándome por el resto de imágenes capturadas del cantante. Las siguientes no eran menos controvertidas: Nick, borracho como una cuba, transportado por dos amigos a la salida de una fiesta; Nick firmando un autógrafo en el pecho descubierto de una fan; Nick besando en los labios a una rubia despampanante en el reservado de

algún local mientras metía mano a la morena que estaba sentada al otro lado, y la más escalofriante de todas: Nick lleno de furia arremetiendo contra un fotógrafo en medio de la vía pública. Ansiosa por descubrir qué le llevó a actuar así, hice doble clic sobre la foto. Aquellas instantáneas pertenecían a chist-chist.com, un blog de chismes chistosos (de ahí, la abreviatura chist-chist) sobre personajes famosos y del que había oído hablar a mi amigo Félix infinitas veces. La creadora del *site* había crecido en popularidad los últimos años por mantener al corriente a los lectores de los rumores más escabrosos de sus celebridades favoritas y ofrecía primicias, incluso antes de que salieran publicadas en las revistas y los programas de televisión. Nadie sabía quién era o a qué se dedicaba, pero se había convertido en el terror de los famosos.

En cuanto leí el titular de la noticia sobre Nick Mendoza, «Crónica de una muerte anunciada», me imaginé a lo que me enfrentaba. El clásico artículo sensacionalista, manido y cruel. Debí abstenerme de consumir aquella basura, pero soy humana y me gusta más un cotilleo que a un tonto los palotes. Así que me dejé llevar por el morbo y empecé a leer:

NICK MENDOZA CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA

Alguien debería decirle al señor Mendoza que el clásico mito del rockero atormentado con una vida de excesos ya está pasado de moda. Y ese alguien voy a tener que ser yo: Nick, bonito, si quieres acabar bajo la tumba y convertirte en un mito, primero asegúrate de que vendes suficientes discos.

El nuevo ídolo de quinceañeras es todo un modelo a seguir: se pasa la vida de fiesta en fiesta, emborrachándose con su séquito de macarras y groupies siliconadas y acostándose con cualquier jovencita que se le pone a tiro o... con vari@s. En estas imágenes tenéis la prueba de cómo se las gasta el chico-calcomanía.

¡Caray! Aquella víbora si se mordía, se envenenaba. En ocho líneas se había burlado de sus tatuajes, lo había llamado alcohólico, obsceno y asaltacunas. Seguí leyendo, temiendo que aquella bruja no hubiera hecho más que empezar:

De todos es sabida la vida promiscua del rockero, aunque hasta ahora no teníamos ninguna pista sobre sus gustos y debilidades en la cama. Según una fuente cercana al cantante, Nick Mendoza tiene inclinaciones muy peculiares en el terreno erótico. Es un gran aficionado al sexo en grupo y en lugares públicos. Mi informadora también asegura que en alguna de sus orgías sexuales han participado caballeros y que, tanto fuera como dentro de la alcoba, tiene un carácter voluble y algo violento. ¿Le irá también el rollo sado, tan de moda en nuestro tiempo? Un ejemplo de ese temperamento fue lo sucedido el pasado 20 de febrero, cuando el rockero rebelde se enfrentó con los puños a un *paparazzi* en la puerta de una fiesta privada que había organizado su discográfica. Al parecer, el fotógrafo le preguntó qué tenía que decir respecto a las acusaciones que un padre le había hecho en Twitter por acostarse con su hija menor de edad. El artista, nada más oír aquello, lo amenazó de muerte y se lanzó a propinarle una paliza. El *paparazzi* sufrió varias contusiones en el rostro debido a los golpes del cantante y un esguince en un antebrazo cuando cayó contra el suelo. Mi confidente afirma que si no hubieran llegado los dos de seguridad de la puerta a tiempo para detener al músico, Nick Mendoza estaría ahora mismo metido entre rejas.

Chismosos y chismosas: este es el señor que poco a poco ha ido conquistando el corazón de las jovencitas y que muchos consideran uno de los mejores artistas que tenemos en nuestro país. En mi humilde opinión, no es más que un niño pasado de rosca que trata de cumplir el estereotipo de los grandes dioses del *rock* y, sin apenas haber empezado a cosechar éxitos en su carrera, está cavando su propia fosa.

No sé qué pensaréis, pero me pregunto: ¿es Nick Mendoza otro claro ejemplo de un artista al que se le sube el éxito a la cabeza y comienza a desfasar? ¿O su comportamiento no es más que una pantomima para

vender discos? Pero lo más importante: ¿qué será lo próximo que haga para escandalizarnos a todos?
¿Fingir un suicidio? ¿Grabarse un vídeo porno en un cementerio?
¿Tú qué opinas?

Me quedé mirando al ordenador petrificada. Después de unos segundos volví a leerlo y releerlo una y otra vez, sin dar crédito a todo lo que aquella mujer contaba. Prácticamente lo estaba acusando de adicto al sexo. ¿Sería cierto que había estado con una menor de edad? ¿Participaba Nick en orgías? No me lo podía creer: para una vez que me soltaba la coleta, me había acostado con un perverso. Con una versión *underground* de Christian Grey. ¡Mi madre! Lo había dejado pasar pero debería pedir cita con mi ginecólogo.

Con el paso de las horas, traté de controlar mis instintos hipocondriacos y no dejarme influir por la mala baba de aquel artículo. Yo había mantenido relaciones sexuales con aquel hombre y no había detectado rarezas. Al contrario, se mostró lo suficientemente atento como para procurarme los dos mejores orgasmos de mi vida. Tampoco recibimos invitados sorpresa. Hasta donde yo sabía, en aquella cama solo estábamos dos, aunque viera doble debido al alcohol. En fin: aquella mujer posiblemente estaba exagerando. Es verdad que Nick era desinhibido y utilizaba un lenguaje bastante descarado, pero nada que ver con el perfil de hombre que aquella bloguera describía. De hecho, no recordaba haber disfrutado del sexo tanto en mi vida.

¡Ostras! ¿Estaba reconociendo que el sexo con aquel idiota había sido estupendo? Estaba perdiendo la cabeza. Era evidente que necesitaba dormir...

Encendí la impresora para imprimir el artículo del blog de cotilleos y, bostezando, me metí en la cama. Ahora era la asistente de Demonic Souls y debía velar por su imagen. Me pondría en contacto con la dueña de aquel blog y la convencería por las buenas o por las malas de que retirara aquel artículo sobre Nick. Me daba igual que todo lo que contase fuera verdad o no: se trataba de mi trabajo y no permitiría que una deslenguada desprestigiara al líder de la banda.

Si en este mundo había alguien que pudiera insultar a Nick Mendoza esa era solo yo, y me había ganado el derecho.

ÁNGELES DEL INFIERNO

Segundo día de trabajo y segundo día de reconstrucción facial antes de salir de casa. Con apenas cuatro horas de sueño, me presenté en las oficinas de Sound Music. Todavía no me sentía cómoda ni segura en aquel trabajo, pero estaba decidida a poner todo mi empeño y mis esfuerzos para aprender rápido y dejar en buen lugar al padre de Félix. Y, de paso, a no darle el capricho al *Dios del rock* de dejar mi puesto por él. Ya lo había hecho una vez por un hombre y no lo iba a hacer otra.

Después de responder a algunos correos electrónicos y conseguir la lista de conciertos de la gira con sus fechas cerradas, recordé que tenía un asunto pendiente que resolver. Descolgué el teléfono totalmente consciente de la hora (las diez y media de la mañana) y presioné las teclas a gran velocidad. A cierto cretino tatuado le iba a sentar a cuerno quemado que le despertaran.

Sonó un tono, dos, tres... No respondió. Volví a insistir. Nada. No hubo respuesta. Maldiciendo, me levanté a prepararme un café. A la vuelta, me senté en mi mesa y marqué de nuevo su número. Justo cuando estaba a punto de colgar, Nick respondió la llamada:

—¿Qué parte de no-me-llames-antes-del-mediódía no entendiste, *Mary Poppins*?
—Su voz sonaba ronca y adormecida, pero la mala leche le brotaba con fluidez.

—No te molestaría si no fuera urgente, Bella Durmiente.

—¿Se te ha roto el paraguas y no puedes levitar, bonita? ¿O has decidido dejar el trabajo tal y como te dije?

—Ninguna de las dos cosas, palurdo. —En cuanto dije aquello me arrepentí. Tenía que recordarme que Nick ahora era más o menos mi jefe y no debía machacarlo, por mucho que me apeteciera hacerlo.

—Entonces, adiós. No me vuelvas a molestar.

—Eh, eh, Nick, ¡no cuelgues!... Por favor.

La línea se quedó en silencio y luego lo oí suspirar.

—Dime, ¿qué quieres?

—¿Conoces un blog de cotilleos sobre celebridades que se llama chist-chist.com?

—Ni idea. No leo esa mierda y tú tampoco deberías hacerlo.

«Paciencia, Marta, paciencia...».

—Para tu información, el blog cuenta, con fotos ilustradas, tus últimas hazañas y no te va a gustar nada lo que dice de ti.

—*Mary Poppins*, ¿por qué pierdes el tiempo buscando fotos mías en Internet? Si querías una, solo tenías que pedírmela y te la habría dado firmada y dedicada.

—Muy gracioso. A lo mejor pierdes la chispa cuando te lea el artículo. Espera y escucha.

Y sin darle ocasión a que rechistara, comencé a leer el *post* de chist-chist. Cuando terminé, no dijo nada hasta unos segundos después.

—¿Y? ¿Qué pasa? Estoy al tanto de lo que dicen de mí, pero me importa una mierda —comentó con petulancia.

—¿Tienes que pronunciar la palabra «mierda» a todas horas?

—Solo si me despiertan a primera hora de la mañana, *Mary Poppins*.

Bufé a punto de explotar. Aquel individuo tenía respuesta para todo. Me estaba llevando al límite y terminaría por perder la compostura. Respiré profundamente para calmarme y luego le informé de cuáles eran mis planes.

—Siento si te he molestado, pero como tu asistente pensé que querías estar informado de que voy a amenazarla con denunciarla si no retira el artículo de la Red. Tienes abogados, ¿verdad?

—Sí, la discográfica tiene contratado un equipo para estos rollos y los temas de derechos, ya sabes. Esa mierda.

Y dale con la mierda.

—¿Y representante?

—No, Charlie siempre ha sido una especie de *mánager* para el grupo.

—¿Charlie? ¿Tu Charlie?

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada, nada...

Era increíble. El guitarrista con cara de exconvicto ¿era también el *mánager*? ¿Cómo habían llegado tan lejos sin un profesional cualificado que los asesorara y cuidara de sus intereses? Aficionados...

—Marta, ¿querías decirme algo más? —me preguntó entre bostezos. Era evidente que a Nick Mendoza le preocupaba más meterse en la cama y dormir a que hablaran pestes de él en Internet.

—Sí, solo una cosa más. Me da igual si te gusta hacer tríos o cuartetos, pero antes de tener sexo con una chica pídele el carnet de identidad y asegúrate de que ha cumplido los dieciocho porque si no la que te va a denunciar soy yo, y no va a ser con un mensaje en Twitter. ¿De acuerdo?

—Oye, esa chica me engañó. No dijo nada de que tenía diecisiete años y parecía mucho mayor.

—La historia que haya detrás me importa, ¿cómo dirías tú?, ¡ah, sí!, me importa una mierda. Adiós, Nick.

Y después de dejarle con la palabra en la boca, me colgué mi primera medallita imaginaria en el pecho.

Convencer a la administradora de chist-chist.com para que retirara el artículo no fue

pan comido. Después de docenas de correos de ida y vuelta, le adjunté un documento que me había pasado el departamento legal de la discográfica con todos los casos en los que un juez había dictaminado la retirada de un artículo en Internet por calumniar a un personaje público y hacer juicios de valor sobre él sin pruebas. Al parecer, aquel documento y la cantidad de euros que tuvieron que pagar los demandados a las víctimas hizo entrar en razón al «terror de los famosos». Al día siguiente no había ni rastro de Demonic Souls en su web. Me impuse como tarea extra que en mi tiempo libre seguiría rastreando por la Red noticias y reportajes de esta índole para aplacar los rumores. Me dije que lo hacía por mi propio bien, no por Nick: si atentaban contra el trabajo del grupo y este se veía perjudicado en las ventas de sus discos, yo acabaría en las filas del INEM. Y eso no podía suceder nunca.

Aunque aquella pequeña victoria me hizo pensar que había empezado en Sound Music con buen pie, con el paso de las semanas descubrí que mi trabajo era el propio infierno en vida. Nick Mendoza contribuyó bastante para que llegara a esa conclusión. Mientras yo pasaba horas y horas en la oficina reservando hoteles en cada ciudad donde iba a actuar la banda, cerrando entrevistas, programas de radio y de televisiones locales, eligiendo *catering* para los conciertos, concretando encuentros con las fans, firmas de discos y mil detalles tan absurdos como saber a cuánta distancia estaba el recinto donde actuaban del hotel donde se alojarían, *el Dios del rock* se dedicaba a complicarme la vida.

La primera semana se pasaba a verme al despacho casi a diario simplemente para hacerme un listado absurdo de chorradas que necesitaba para la gira: una funda nueva para cada una de sus guitarras; que me asegurara de que su habitación siempre tuviera la orientación de mañana y cervezas suficientes en el mueble bar; que contratara a alguien para hacerle y deshacerle las maletas; que me encargara de llevar siempre conmigo sus pastillas para la garganta; que evitara los desplazamientos en avión porque «no me molan una mierda»... De verdad, por aquellos días quise matar con mis propias manos al egocéntrico, excéntrico y gilipollicéntrico rockero.

La segunda semana se empeñó en que tenía que asistir a parte de los ensayos y sacar fotos del grupo para colgarlas en las redes sociales e ir caldeando el ambiente antes de los conciertos. Su petición habría tenido sentido si no fuera porque no le gustaba ninguna de las fotos que les hacía y me obligaba a repetir las una y otra vez. Llegué a pensar que era un teatrillo que se montaba para hacerme entender que mi vida a partir de ese momento giraba alrededor de él y su grupo. Y básicamente era así. Terminé pasando horas y horas trabajando con mi portátil en aquella habitación cerrada de una nave de un polígono industrial desangelado, mientras los cuatro músicos tocaban las mismas canciones a un volumen mortificante. Tomé tanto ibuprofeno para el dolor de cabeza que ya me estaba haciendo inmune a él. Eso, por no hablar del olor a chotuno de los músicos cuando llevaban más de tres horas sudando la gota gorda y aporreando sus instrumentos. En fin, puedo asegurar que los rockeros tenían tanto *glamour* como un granjero.

Lo peor no era aguantar la música; de hecho, casi todos los temas que tocaban me habían terminado por gustar. Mi cruz fue soportar a una pandilla de bárbaros sin domesticar. Edu solía intercambiar pocas palabras conmigo, pero en las breves charlas que teníamos se mostraba amable y correcto. Tony y Charlie, por el contrario, me ponían de los nervios. Especialmente el primero. Aquel chico tenía la libido de un chimpancé y los modales de un orangután. Todos los días nos relataba cuántos «polvos seguidos» había echado la noche anterior, y luego salía corriendo hacia el cuarto de baño a masturbarse porque decía que se había vuelto a poner cachondo al recordarlos. A mí, escucharlo me resultaba vomitivo, y a sus amigos les resultaba la mar de divertido ver mi cara de horror. En una ocasión se presentó al ensayo con una amiguita «para entretenerme durante los descansos», nos dijo. La chica, que parecía haber salido del bar Coyote, cumplió su cometido con total entrega: cada vez que el grupo dejaba de tocar, se lanzaba a los brazos del bajista y delante de todos se magreaban como dos salvajes en celo. Nick y el resto debían de estar acostumbrados a presenciar las escenitas porno de bajo presupuesto, porque seguían discutiendo sobre si tal canción debía llevar un *riff* de guitarra o no sin inmutarse. Por mi parte, era incapaz de escuchar cómo se sorbían las babas Tony y su amiguita. Me revolvía el estómago. Hería mi sensibilidad. Al final, para escapar de allí ponía cualquier excusa, como que tenía que llamar por teléfono. En cuanto cerraba la puerta tras de mí, los escuchaba reír a carcajadas. Me había convertido en la mascota de unos trogloditas.

Mi relación con Nick tampoco mejoró, por muchas horas que compartiéramos juntos en aquella habitación apestosa mientras el grupo practicaba. Su comportamiento había dado un giro de ciento ochenta grados: se mostraba más frío conmigo, menos cercano y solo me hablaba para tratar temas profesionales. Cuando terminaban los ensayos, normalmente a eso de las siete de la tarde, Nick y yo nos quedábamos cerca de una hora más contestando los mensajes que las fans le hacían llegar a través del correo electrónico y las redes sociales. Él seguía tocando su guitarra mientras yo le planteaba la pregunta y tecleaba en mi portátil su respuesta. Normalmente se mostraba cooperativo y respondía a cada una de ellas, aunque tuvieran poco que ver con el grupo y su música. En una ocasión una chica le preguntó a través de Twitter a qué edad perdió la virginidad. Yo jamás habría hablado sobre un tema tan íntimo, pero Nick contestó «a los trece» con la misma naturalidad que si le estuvieran preguntando cuándo aprendió a hacer raíces cuadradas.

—¿A los trece?! —repetí sorprendida.

—Sí. Era un niño muy espabilado. ¿Y tú, *Mary Poppins*? ¿Cuándo dejaste de ser virgen, sexualmente hablando?

—A ti no te interesa.

Sonrió satisfecho por haberme sacado los colores otra vez y siguió tocando.

Como decía, Nick no tenía reparos en responder a prácticamente cualquier cuestión de sus seguidores, pero aquel viernes no parecía el mismo. Se veía a diez leguas que estaba de mal humor; su gesto era hastiado y hosco, y no parecía tener

mucho interés en hacerme más fácil mi trabajo.

—A ver, Nick, céntrate —llamé su atención para que dejara de escribir notas en su libreta de composición y me hiciera un poco de caso—. Una tal Demoniaca666 te pregunta si podrías dedicarle el tema «Suck Me Now» en el concierto de Valladolid.

—Respóndele que si se piensa que soy Bustamante o algo así.
Ignorándolo, tecleé:

Nick Mendoza @nickmendozaDS
@Demoniaca666 Por si me falla la memoria debido a los nervios del directo, de antemano te dedico todo el concierto.

—SandraDC quiere saber si asistirás a la fiesta que os va a organizar el club de fans de Barcelona.

—Depende de si estoy lo suficientemente borracho para aguantar a un grupo de adolescentes salidas.

Nick Mendoza @nickmendozaDS
@SandraDC Estaría encantado, pero asegúrate de que haya suficiente cerveza para mí y los chicos.

Seguí relejendo mensajes de las fans, rezando para terminar cuanto antes y perderlo de vista. De repente, uno de ellos llamó mi atención. En otro momento lo habría obviado, pero me apetecía tocar las narices a Nick Mendoza un rato.

—Lucía94 se pregunta si no la has llamado porque no te gustó la mamada que te hizo en el cuarto de baño del bar Mala Fe. —Sí, la fan había escrito «mamada». Muy romántico todo.

Cuando levanté la cabeza del monitor, Nick me miraba con una expresión extraña. Me conocía lo suficiente para saber que solía ignorar todos los mensajes subditos de tono de sus admiradoras y que me irritaba el vocabulario vulgar que utilizaban. Se detuvo unos segundos tratando de hacer memoria y luego respondió con esa desgana que lo caracterizaba:

—Pregúntale si era la rubia de pelo corto que llevaba *brackets* de colores.

—Puaj, Nick, ¡eso es repugnante! —exclamé.

El cantante estalló en carcajadas ante mi reacción. Mi cara debía de ser una mezcla de asco y asombro, porque cada vez que levantaba la vista hacia mí, se agarraba la barriga muerto de la risa.

—¿Qué te parece si le respondo que no la has llamado porque hace poco te detectaron ladillas?

Nick se levantó de su silla dispuesto a interceptar mi mensaje. Abracé mi portátil con fuerza y le di una patada en la espinilla.

—Idiota, aléjate de mi ordenador, ¡que estoy de broma! —le grité riéndome.

—No te pases, *Mary Poppins* —me advirtió escondiendo una sonrisa.

—Mira, esta pregunta es buena —dije señalando a mi monitor—: ¿qué significan las dos calaveras que llevas tatuadas en tus pectorales?

Reconozco que a mí también me intrigaba saber si aquellos tatuajes que cubrían el cincuenta por ciento de su anatomía los había elegido por una cuestión de estética o escondían algún mensaje oculto. Nick se mordió el labio inferior con fuerza y me respondió con semblante serio:

—A nadie le importa una mierda lo que signifiquen, ¿entiendes, *Mary Poppins*?
—Su tono cargado de rabia me asustó.

Fue una reacción tan desmesurada que supuse que encerraba una historia dolorosa y que, por desgracia, no era la primera vez que se lo preguntaban.

—Perdona, no pensé que fuera a molestarte —me disculpé—. Si quieres respondo que no tienen un significado especial.

Nick se quedó callado mientras jugaba con los anillos de sus manos. Luego asintió. Justo cuando terminaba de responder a la fan, pronunció en voz baja:

—Representan a mi madre y al bastardo de su amante.

Su voz sonaba más serena, pero con una frialdad que me puso los pelos de punta. Sospeché entonces que la vida de Nick no tuvo que ser un camino de rosas. La mía tampoco lo fue. Así que no dije nada y me dispuse a recoger mis cosas. Era tarde y Xavier me esperaba.

Cuando Nick me vio guardando el portátil, cerró su cuaderno de composición de un golpe y enfundó su guitarra.

—¿Quieres que te acerque a casa? —me preguntó mientras se colocaba su cazadora de cuero.

—No, gracias. A quince minutos andando tengo un autobús que me deja casi en el centro.

—Ni de coña te voy a dejar que camines prácticamente de noche en un polígono industrial. Te voy a llevar a casa.

—No.

—Sí. Joder, ¿prefieres ponerte en peligro que venir conmigo?

Me lo pensé durante unos breves segundos. En transporte público tardaba cerca de una hora y en coche probablemente estaría en la mitad de tiempo.

—De acuerdo.

Cuando salimos de los locales miré hacia todos lados buscando su todoterreno.

—¿Dónde has aparcado el maravilloso Q7 con asientos climatizados de cuero negro, ocho velocidades, motor de ocho cilindros y trescientos treinta y tres caballos? —le pregunté emocionada. Mi padrastro era dueño de varios concesionarios de lujo y desde niña me apasionaban los coches, aunque no tuviera ninguno porque no disponía de plaza de garaje en mi edificio. Ni ahorros.

Nick me miró divertido antes de responder mi pregunta.

—Si te refieres al todoterreno con el que fuimos al restaurante a comer, es de la discográfica. Siento decepcionar a la princesa, pero hoy tendrás que viajar en mi *Muñequita*. Y siguió caminando hacia una moto aparcada en el callejón contiguo a la nave. Era la típica Harley Davidson Street Glide de los rockeros. Aquel chico era tan

obvio... Parecía que lo habían sacado de un episodio de *Sons of Anarchy*.

—¿*Muñequita*? Por favor, dime que no le has puesto nombre a tu moto y que no tienes una chupa que pone «Ángeles del infierno».

—Anda, cierra el pico y ponte el casco.

—Ni hablar del peluquín. Yo no monto en una máquina de matar personas.

Nick se apoyó sobre la moto con los brazos cruzados y me miró exasperado.

—Hablas de coches como si fueras una experta en *tunning* ¿y te da miedo subir a una moto?

—Los coches son seguros y las motos no. —«Y no son recomendables para mujeres con cabello rebelde y con tendencia al encrespamiento».

—Diossssssss, eres más blanda que la mierda de pavo. Si te prometo no pasar de ochenta, ¿vas a subir de una jodida vez?

Molesta por utilizar aquellos modales conmigo, se lo quité de las manos y me lo coloqué en la cabeza. A tomar por saco mi pelo. Cuando me lo quitara sería la versión femenina de un Jackson Five.

Nick ya se había subido a la Harley y la había encendido cuando me acerqué. Se aseguró de que tuviera el casco bien colocado y me explicó dónde debía poner los pies.

—Agárrate a mi cintura y no te cimbrees cuando cojamos una curva. Tú solo déjate llevar y disfruta.

Me acomodé en el sillín y me agarré a su chaqueta de cuero manteniendo una distancia prudencial entre su torso y mi pecho. Hizo rugir a su *Muñequita* un par de veces y, sin previo aviso, aceleró. Por inercia, mi cabeza se fue hacia atrás y luego chocó contra su casco. La moto cogió velocidad. No sabría decir cuándo, pero estaba segura de que aquella noche moriría estrellada contra un camión o en la cuneta. Me abracé a su cintura e igual que un avestruz asustada, escondí mi cara en su espalda. Sentí cómo el viento se colaba bajo mi cazadora vaquera y por el nacimiento de mi trasero. Seguro que estaba mostrando el tanga a todos los conductores que iban detrás de nosotros. Cuando paramos en un semáforo, Nick acarició mi pierna sobre el vaquero, como si quisiera calmar mis nervios o quitarme el frío del cuerpo.

—¿Estás bien? —me preguntó girando su cabeza hacia mí.

—Lo estaré si miras hacia delante y no sueltas el manillar.

El rockero soltó una risilla, la moto rugió como si fuera a explotar entre mis piernas y Nick aceleró con fuerza. Esta vez no choqué con su cuerpo porque estaba prácticamente fundida a él. Poco a poco fui adaptándome al aire frío y, en un alarde de valentía, abrí los ojos. Nick zigzagueaba entre los coches con soltura y seguridad mientras que los edificios y las farolas a nuestro paso quedaban desdibujados por la velocidad. Me jugaba mi colección de zapatos a que nuestra velocidad de crucero rondaba los ciento veinte como mínimo. Era una experiencia aterradora y a la vez emocionante: la misma que sientes cuando subes por primera vez a una montaña rusa. No sé en qué momento dejé de pensar que iba a terminar en una silla de ruedas y

bebiendo en pajita para encontrarme saboreando una maravillosa sensación de libertad.

—Esto es alucinante —solté sin pensar en cuanto paramos en un semáforo cercano a mi casa.

Nick me sonrió de medio lado y acarició mi muslo de arriba abajo. La imagen de él recorriendo mis piernas con su lengua y sus labios se instaló en mi mente con tanta intensidad que tuve que reprimir un gemido. Aquel acto era demasiado íntimo y no debía permitírselo. Me separé un poco de su cuerpo y, como si hubiera entendido mi mensaje, retiró su mano para sujetar de nuevo el manillar de su moto.

En menos de media hora estábamos parados frente a la puerta de mi portal. Miré hacia arriba y vi luz encendida, por lo que supuse que Xavier me estaba esperando para cenar. Habíamos vuelto a intercambiar las llaves de nuestros pisos justo para este tipo de situaciones: si uno se retrasaba en su trabajo, podía ir a casa del otro a esperarlo. Así podríamos aprovechar más el tiempo juntos antes de que yo abandonara la ciudad para irme de gira con los Demonic Souls.

Me bajé de la moto saboreando aún la adrenalina e intenté quitarme el casco. Después de pelearme un rato con él, Nick apagó el motor y se apeó para ayudarme.

—Levanta la barbilla.

Hice lo que me pidió. Oí el clic de la hebilla y me lo sacó de la cabeza con suavidad. Sacudí mi cabello y me retiré algunos mechones de la cara. Nick me observaba sin pestañear.

—Gracias por... traerme, y por el casco.

—De nada —respondió él, sin retirar la vista de mis ojos.

—Bueno, pues... supongo que nos vemos el lunes.

Se mordió el labio inferior conteniendo la risa y levantó la mano para colocarme el cabello.

—Ainssss, ya sabía yo que mi pelo no estaba hecho para viajar en moto —me quejé mientras con los dedos trataba de alisar mi maraña de rizos.

—Me gusta tu pelo revuelto, sobre todo cuando tienes las mejillas sonrojadas como ahora. Me recuerda a...

Sabía qué recuerdos le estaban evocando y preferí poner punto y final a la conversación.

—No sigas, Nick, por favor. Me tengo que ir, de verdad.

—¿Por qué no vienes a mi casa a cenar?

Aquello se me había ido de las manos. No sabía qué había hecho mal o si le había mandado señales equívocas aceptando viajar en su moto, pero sin duda la había pifiado con él. Ahora me tocaba rechazar al que iba a ser prácticamente mi jefe durante meses, y veríamos cómo se lo iba a tomar.

—Sabes que no puedo... No podemos... Trabajamos juntos —titubeé. No quería hacerle enfadar.

—Solo te estoy invitando a cenar.

—Ya, pero...

—Pero ¿qué? ¿Crees que es una excusa para meterte mano? —bromeó.

—No es eso, es que... —Miré hacia la ventana de mi edificio y opté por ser sincera con Nick—. No puedo, mi novio me está esperando.

El rockero miró hacia mi ventana como yo había hecho segundos antes. Sin decir media palabra, asintió con un leve movimiento de cabeza y se puso el casco. Me quedé allí parada, observando cómo se subía de nuevo en la moto, la arrancaba y de un acelerón desaparecía calle abajo.

VENGANZA

El lunes siguiente, cuando llegué al local de ensayos, sentía la necesidad imperiosa de asesinar a Nick Mendoza a sangre fría. Como no estoy a favor de la violencia, probablemente habría sido suficiente con torturarlo hasta que rogara por su vida. De hecho, había barajado varias posibilidades:

a. Untarle cera depilatoria ardiendo y dejarla secar durante una hora para luego arrancarla lentamente hasta dejarlo en carne viva.

b. Colocarle unos electrodos de alto voltaje en el escroto y procurarle una sesión magistral de gimnasia pasiva.

c. Echarle un poco de bromuro en la cerveza para que no supiera lo que es tener una erección durante toda la gira.

Votaba por el bromuro: así se obsesionaría con su pito y me dejaría en paz de una maldita vez. Porque aquel egocéntrico deshumanizado me había dado el peor fin de semana de toda mi vida.

El viernes anterior, el muy mezquino decidió telefonarme completamente alcoholizado a las dos de la madrugada. No habían pasado ni seis horas desde que nos habíamos despedido pero le dio tiempo para beberse el río Manzanares.

—Mmmmm..., ¿diga? —respondí medio dormida. A través de mi teléfono solo podía oír gritos y música de fondo.

—Marta, necesito tu ayuda. Estoy fatal...

—¿Qué? ¿Quién eres?

—Joder, Marta, soy Nick. ¡Despierta de una puñetera vez! —Sus modales eran equivalentes a los de primera hora de la mañana.

Sin poder creerme que aquel majadero me estuviera llamando a esas horas, encendí la lamparita y me quedé mirando la pantalla de mi teléfono. Horror. No estaba soñando: era Nick.

—¿Qué te pasa? —inquirí, asustada, mientras me incorporaba en la cama.

—Lo siento, tía... Voy piojo perdido y no sé ni cómo voy a volver a casa.

—¿Y los del grupo?

—Los he perdido. Si no, ¿por qué te llamaría?

Xavier se revolvió en la cama y, abriendo un ojo hacia mí, me preguntó qué pasaba. Le hice un gesto para que no hablara y seguí atendiendo la llamada.

—Mira, coge ese aparatito que ahora mismo tienes pegado al oído y telefona a un taxi para que vaya a recogerte. Es muy fácil: solo tienes que presionar las teclitas como has hecho para llamarme a mí.

—¿Y qué pasa con mi *Muñequita*?

Al principio no sabía a quién se refería: luego caí en la cuenta de que hablaba de su moto.

—¿Dónde está *ella*?

—En la calle.

—Joé, Nick, pues déjala ahí y mañana pasas a recogerla.

—Ahh, claaaaaro, no te dejé a ti en la calle esta tarde y te llevé a casa ¿y voy a abandonarla a ella? Para ser una tía eres muy insensible, *Mary Poppins*.

Bufé por la sarta de tonterías que tenía que aguantar de madrugada. De muy mala leche (repito: de muy mala leche), me levanté de la cama y comencé a quitarme el pijama con rabia.

—Dime dónde estás y espérame ahí.

—Ey, no te voy a dejar conducir a mi *Muñequita*.

—Cierra la boca y ¡dime dónde coño estás!

Xavier levantó la cabeza asombrado. Creo que era la primera vez que me oía decir un taco.

—Uh, a *Mary Poppins* hay que lavarle la boca con agua y jabón... —canturreó el rockero.

—Por favor, deja de comportarte como un niño y dame la dirección para que vaya a buscarte —gimoteé, desesperada.

—Vale, espera. Eh, tío, ¿dónde estoy? —escuché que le preguntaba a alguien de aquel bar—. Gracias, colega. Marta, ¿sigues ahí?

—Sí, dime —respondí, resignada, mientras me vestía sin prestar atención a lo que hacía. Mi cerebro adormecido buscaba la manera de llevar la dichosa motito a casa de Nick.

—Estoy en un garito que se llama algo así como El Muñeco que Cuelgas en el Coche. No, no... El Perro que Mueve la Cabeza en el Maletero... ¿O no es así?

—¿Puede que el bar al que te refieres sea El Perro de la Parte de Atrás del Coche?

—Exacto. ¡Qué lista eres! Cómo se nota que has estudiado una carrera.

—Ya... Pues quédate ahí y no te muevas, ¿entendido? NO TE MUEVAS, que en unos minutos estoy allí.

—A sus órdenes, *Mary Poppins*.

Nada más colgar llamé a un taxi para que fuera a recogerme. Me abroché mis deportivas, me cerré la sudadera y cogí mi bolso. Cuando salía por la puerta me percaté de que Xavier estaba sentado en la cama con cara de no enterarse de nada.

No tenía tiempo para explicaciones, así que simplemente le dije que no me esperara, que tenía que resolver un asunto de trabajo y que en un rato volvería a casa.

Mientras bajaba las escaleras de mi edificio, llamé a una grúa y le di la dirección del bar en el que estaba Nick. Le pedí que me esperara allí para indicarle la moto que debía recoger y dónde tenía que llevarla.

En quince minutos estaba plantada en la puerta de El Perro de la Parte de Atrás

del Coche. Estaban cerrando porque multitud de personas salían por la puerta a la vez. Los esquivé como pude rezando para que Nick no se hubiera marchado ya.

—Estamos cerrando, señorita —me dijo, interceptándome, el gorila de la puerta.

—Perdone, solo va a ser un segundo. Estoy buscando a alguien.

—Lo siento, pero no puedo dejarte entrar.

Saqué un billete de cincuenta euros y se lo ofrecí. Llevaba años soñando con untar a alguien, como en las pelis de gánsteres. El tipo me miró sorprendido y con una sonrisa de oreja a oreja me respondió:

—Anda, flipada, guárdate el billete y entra. Pero tienes cinco minutos para salir o entraré a por ti.

Sorprendida por haber topado con la única persona en este país que no cobraba bajo cuerda, me dirigí al interior del club. Nick se encontraba en una esquina, con la cabeza apoyada en la barra. Llevaba puesta la capucha de su sudadera y dos chicas lo flanqueaban. Llené mis pulmones de aire, cuadré mis hombros y caminé hacia donde estaba.

Me acerqué al cantante y le di unos golpecitos con los dedos en la espalda para que se espabilara. Las chicas me miraron de arriba abajo con cara de desprecio y se inclinaron hacia él como si estuviera tratando de robárselo. Patéticas.

—Perdonad, chicas, pero este paquetito me lo tengo que llevar de aquí —les dije con retintín.

Y, retirándolas de mi camino, agarré a Nick por los hombros y lo sacudí. Este me miró sorprendido. Pestañeó varias veces y luego, sonriente, pronunció:

—Uau, *Mary Poppins*, ¿has visto qué pelos llevas? Parece que has metido los dedos en un enchufe.

Le lancé una mirada asesina y, echándome su brazo a los hombros, lo incorporé de la silla.

—Trata de mantener el equilibrio o acabaremos los dos en el suelo —le advertí.

Nick se separó de mí como si quisiera demostrar que podía andar solo y dio un traspie. Lo agarré de nuevo por la cintura y lo llevé haciendo eses hacia la calle. El gorila de la puerta me miró asombrado y se apiadó de mí. Sujetó a Nick por debajo de las axilas y me preguntó:

—¿Dónde está tu coche, guapa?

—Llévalo a ese taxi, por favor —le indiqué con la mano. Le había pedido al taxista que me esperara en la esquina el tiempo que fuera necesario.

Cuando el gorila lanzó a Nick en el asiento trasero como el que tira un saco de patatas, me sonrió.

—Si me hubieras dicho que eras la chica de Nick Mendoza te habría ayudado a recogerlo.

—Soy su asistente, pero gracias. Has sido muy amable.

Abrí mi bolso y le di una tarjeta para que me llamara si necesitaba entradas para el concierto de *Demonic Souls* en Madrid.

El tipo se alejó sonriendo y, entonces, a continuación intenté localizar a la grúa. Estaba aparcada al principio de la calle. Me acerqué al conductor y le indiqué dónde se hallaba la moto que debía cargar. Le anoté la dirección donde vivía Nick y volví hacia el taxi.

Nick estaba tumbado en la parte de atrás durmiendo plácidamente, así que me senté junto al taxista y le dije que siguiera a la grúa. No quería perder de vista la moto. Lo último que me faltaba era que se la robaran, con el amor que el rockero profesaba a semejante elefante con ruedas.

Sacar a Nick Mendoza del asiento fue mucho más complicado que convencer al conductor de la grúa de que metiera la Harley en el aparcamiento del edificio. Al final fue el propio conserje el que se atrevió a hacerlo y el que después me ayudó a transportar a Nick hasta la puerta de su casa.

Vivía en el mismo edificio en el que se había celebrado aquella fiesta en la que terminamos acostándonos, pero una planta más arriba, en el ático. Cuando entré, con él colgado sobre mí, esperaba una casa más al estilo de Pete Doherty, con latas de cerveza por el suelo, montañas de discos, colillas y botellas por todas partes... Pero nada que ver. El piso, que era tan espacioso como el de su amigo, estaba decorado en un estilo moderno y sobrio, como en las revistas de diseño, y asombrosamente ordenado. Y limpio. Tanto o más que el mío. Debía de tener a alguien contratado, porque no me imaginaba al rockero en plan Freddie Mercury pasando la aspiradora.

—Llévame a la cama, por favor. Me estoy mareando —murmuró Nick en mi oído, escupiéndome sus miasmas.

Caminé a su lado por el pasillo hasta la puerta de su habitación por si se caía de espaldas. Lo ayudé a recostarse en la cama y tiré de sus botas con fuerza. En el armario encontré una manta y lo tapé. Su camiseta olía a *whisky*, sudor y a algo agrio. Probablemente habría vomitado en algún momento de la noche. «No es mi problema», pensé en un principio, pero justo cuando me marchaba me entraron remordimientos de conciencia. Maldiciéndome una y otra vez, me acerqué a su cama y comencé a desnudarlo.

—Nick, incorpórate un poco, que voy a quitarte esa apestosa camiseta.

Hizo lo que le pedí y, justo cuando se la había sacado por la cabeza, sentí un líquido caliente con olor ácido putrefacto deslizándose por mi sudadera.

—¡Qué ascazo! ¡Me has vomitado! —exclamé observando cómo aquella masa repugnante cubría gran parte de mi sudadera y también su pecho y pantalones—. ¡Nooooo, esto no puede estar pasándome a mí! —(Nota: incluir esta frase en mi epitafio).

Resoplando como un toro, me la quité con mucho cuidado de no mancharme el cabello. Me quedé en sujetador, pero a esas alturas la última de mis preocupaciones era si el chuzo aquel me veía en ropa interior. Comencé a abrir cajones en el armario de su habitación hasta que localicé una camiseta suya y me cubrí con ella.

—¿Nadie te ha dicho que esas mallas te hacen un culito estupendo, *Mary*

Poppins? —susurró mientras intentaba ponerse de pie y quitarse los pantalones manchados de vómito.

—Cierra la boca, Nick —le contesté de malas maneras, y lo ayudé a quitarse los vaqueros.

Una vez que pude liberarlo de ellos, limpié con mi sudadera sucia su abdomen y me lo llevé directo a la ducha. Llené la bañera hasta la mitad, mientras él dormitaba sobre la taza del váter. Comprobé que el agua estaba a buena temperatura y lo incorporé para que entrara. Nick, que tenía cara de no saber ni dónde estaba, vio el agua e hizo el amago de quitarse los calzoncillos.

—Ah, no, campeón. A mí no me enseñes tus trofeos o me largo de aquí.

Nick soltó una risilla y entró en la bañera. Lo froté con la esponja mientras con la otra mano me tapaba la nariz. Lo aclaré bien y lo ayudé a salir. Una vez envuelto en el albornoz, lo llevé a la cama y lo acosté. Cogí mi bolso y, justo cuando salía por la puerta de su habitación, oí que me susurraba:

—Gracias, *Mary Poppins*. Te debo una.

Ni le contesté.

No tuve noticias de Nick Mendoza durante todo el sábado. No me llamó y tampoco lo hice yo para preguntarle qué tal se encontraba. Le deseaba la peor de las resacas y que uno de sus vecinos se dedicara a colgar cuadros durante toda la mañana. Yo me levanté cerca de las once de bastante mal humor y, por la cara de Xavier, él tampoco tenía el mejor de sus días. Cuando le conté el motivo por el que había salido de casa a deshoras, no dijo nada: simplemente me puso mala cara y siguió leyendo el periódico mientras se tomaba su café. Estaba molesto, pero por alguna razón no quería discutir conmigo.

Al cabo de las horas se le fue pasando el enfado y me propuso que saliéramos a cenar fuera. Reservamos en mi restaurante japonés favorito; después fuimos a ver una película y por último volvimos a casa con la intención de compartir un baño calentito y hacer el amor hasta quedarnos dormidos. El plan sonaba estupendamente incluso la parte de hacer el amor. ¿Qué sucedió para que se echara a perder por completo? En dos palabras: Nick Mendoza.

Aquel desgraciado volvió a llamar a mi móvil a las doce de la noche, justo cuando yacía desnuda sobre mi cama y Xavier examinaba mi pecho exhaustivamente. Hice caso omiso a la llamada y le insistí a mi novio para que siguiera con su análisis profundo. A los dos minutos, el maldito aparato sonó de nuevo. Abrí el cajón de mi mesilla y lo dejé caer dentro. Durante unos minutos se quedó en silencio y, aliviada, me concentré en cómo la lengua de Xavier hacía círculos perfectos sobre mi ombligo. Lo necesitaba con urgencia, así que arrastré mis caderas a la altura de las suyas hasta que encajaran perfectamente. Rodeé su cintura con mis piernas y... el móvil sonó otra vez. Xavier se retiró de mí claramente enfadado y se dejó caer a mi lado de la

cama. Se cubrió la cara con su antebrazo y por fin dijo algo:

—Venga, contesta a quien esté llamando y así podremos seguir sin más interrupciones.

Temiéndome lo peor, abrí el cajón y saqué el móvil. Casi lloré al ver el nombre de Nick en la pantalla, pero no tuve más remedio que descolgar:

—Hola, Nick, ¿qué sucede?

—Tengo una urgencia y necesito que vengas a mi casa.

Aquel cretino se estaba pasando de la raya.

—¿Qué quieres?

—Necesito que vayas a la farmacia.

—¿Te sigues encontrando mal?

—Ha sido una resaca mítica, la verdad.

—Y no tienes medicinas en tu casa...

—Demonios, Marta, eres mi asistente. Ya sabes lo que decía el contrato respecto a tus horarios.

—De acuerdo. Dame media hora.

—Quince minutos. Recuerda que es una urgencia y voy a explotar como tardes demasiado.

Me levanté de la cama echando humo por las orejas y comencé a ponerme la ropa.

—¿Qué estás haciendo? —Xavier me miraba con los ojos fuera de las órbitas.

—Lo siento, cielo. Es otra urgencia.

—Pero ese pringado ¿de qué va? —exclamó, indignado.

Pobre Xavier. Entendía que estuviera enfadado. Era nuestro último fin de semana juntos y por culpa de mi trabajo no habíamos podido disfrutar el uno del otro.

—No te enfades conmigo, por favor. Bastante me joroba a mí tener que irme a mitad de la noche y dejarte solo. Pero te recompensaré, te lo prometo.

Y tras decir aquello, le di un beso y salí de mi casa intempestivamente por segunda vez en menos de cuarenta y ocho horas.

Cuando Nick abrió la puerta no tenía cara de estar vomitando por los rincones o con una colitis de campeonato. Al contrario, parecía demasiado contento. Me recibió en vaqueros, sin camiseta y con una sonrisa de oreja a oreja. Mi primer pensamiento fue que se lo había inventado todo para llevarme al huerto...

—¿Qué necesitas de la farmacia? —pregunté sin andarme con rodeos. Quería terminar con aquella pantomima cuanto antes y volver a la cama con Xavier.

—Necesito condones.

—¿Condomes? ¿Me has levantado de la cama para que te compre condones? Pero ¿qué tipo de explotador eres tú?

—Chsst, joder. No hables tan alto, que te van a escuchar las chicas.

—¿Las chicas?

De repente, como si las hubiéramos conjurado, las amigas de Nick aparecieron al

fondo del pasillo en bragas y sujetador. Las dos pelirrojas se parecían tanto que me pregunté si eran gemelas. Durante los pocos segundos que las miré me di cuenta de que eran bastante guapas y exuberantes, aunque su cabello no resultaba mejor que el mío. Ellas se acercaron al cantante y comenzaron a sobarle la espalda mientras este buscaba algo en el estrecho bolsillo de sus vaqueros.

—Toma, ya sabes lo que tienes que pedir —me indicó, y me dio un billete de cien euros.

Se lo arrebaté de la mano y me largué de allí como un petardo al que acaban de encender la mecha. Mientras el taxista buscaba una farmacia cercana, no podía dejar de imaginarme a Nick liado en su cama con aquellas dos pelirrojas. La bloguera tenía razón: era un sátiro. Un lascivo. Y yo me había acostado con él. Parecía haber pasado un siglo desde aquello, pero había sucedido hacía poco más de un mes. Me pregunté si las mujeres no éramos para él más que un trozo de carne con el que pasar un buen rato. Si tanto le gustaba montarse orgías, seguramente el sexo conmigo le había resultado tan aburrido como jugar al Apalabrados. ¿Y por qué me preocupaba que él hubiera disfrutado o no durante nuestro encuentro sexual? La falta de sueño me estaba afectando al cerebro. Esa era la explicación.

Por suerte no tuve que dar muchas vueltas hasta encontrar una farmacia de guardia. En cuanto vi el letrero luminoso, hice parar al taxista y me acerqué a la puerta. El establecimiento estaba desierto, algo que me alegró profundamente: no me sentía cómoda comprando profilácticos a deshoras y con público incluido. Lo había hecho un par de veces, pero de eso hacía ya años. Desde que estaba con Xavier tomaba la píldora, así que no tenía que pasar por aquel mal trago.

—¿Qué deseas? —interrumpió mis cavilaciones la farmacéutica. Era una chica joven, de más o menos mi edad, con el cabello rubio y cara de haber estado dando unas cabezadas en la rebotica.

—Quería una caja de preservativos.

—¿Marca?

Miré el mostrador sin saber qué responder...

—Durex, por ejemplo. Me da igual.

—¿Talla? ¿Natural? ¿Estriados? ¿Fuego? ¿Tropical?

Al oír todas las clases y tipos de condones se me ocurrió una maravillosa idea.

—¿Los tienes de talla pequeña?

—No, los hay de talla normal, grande y extragrande.

—Entonces, me quedo con los naturales de la talla normal.

Con un poquito de suerte, a Nick le cabrían en una oreja.

—¿De cuántas unidades?

—De doce, pero dame todas las que pueda comprar con cien euros. ¡Ah, se me olvidaba! También me pones una pomada de esas para los herpes, picores en zonas íntimas... Ya sabes...

La chica me miró como si yo estuviera loca. Luego volvió a su cara de

profesional y me preguntó muy seria:

—¿Podría especificar un pelín más?

—No recuerdo ningún nombre, pero cualquiera me vale. Es para una broma que quiero gastar a un amigo.

—¿Te serviría una genérica para las candidas?

—Sí, ¡suenan genial!

Y salí tan feliz con mi bolsa cargada de condones y pomadas para zonas delicadas. Cuando llamé a la puerta de Nick, este me abrió en calzoncillos y con una sonrisilla ladina.

—Toma. Te he comprado los suficientes para que no tengas que llamarme a medianoche hasta dentro de diez años.

Muerto de risa, me dio las buenas noches y me cerró la puerta en las narices.

Quien ríe el último ríe mejor.

Cuando llegué a casa, Xavier no estaba. Me había dejado una nota diciéndome que al día siguiente me llamaría. Me acosté angustiada sabedora de que estaría tremendamente enfadado conmigo y me desperté el domingo con la misma angustia. Lo telefoneé varias veces pero, tal y como esperaba, no me respondió. Me dije que no debía preocuparme, que estaría dormido y por eso no me contestaba, pero en el fondo sabía que estaba castigándome. A Xavier no le gustaba que le dejaran a medias en pleno acto sexual. Recuerdo una vez que lo rechacé en la cama porque no me encontraba bien y se pasó varios días sin dar señales de vida.

Al cabo de una hora, mientras me arreglaba en el cuarto de baño, mi teléfono me avisó de que tenía un mensaje. Miré la pantalla con la esperanza de que fuera Xavier, pero al abrir el wasap descubrí que no era de él, sino del tostón de Nick.

«Me parece que anoche te equivocaste y me compraste la talla de condones que utiliza tu novio».

Orgullosa de haberle estropeado la noche, le respondí:

«Siento tener que decírtelo yo, pero debes de ser un poco hipermétrope cuando se trata de tus genitales».

«Chúpate esa, mamón». A los pocos segundos recibí su respuesta:

«Si mal no recuerdo, cuando te presenté a mi *Martillo de Thor* casi sales corriendo».

¿Llamaba a su pene *Martillo de Thor*? Aquel tipo podía ser una estrella del *rock* prometedor, pero no cabía duda de que también era el hombre más ridículo de la especie humana.

«Eres un grosero y, puesto que trabajo para ti, deberías cuidar tus formas cuando hables conmigo».

Y esta vez mi mensaje iba en serio.

«Soy un cerdo pero te gusto, reconócelo».

¿Reconocérselo? Podía estar cañón, pero no me gustaba en absoluto. ¡Claro que no! Sin responderle, bloqueé mi móvil y seguí peinándome como si nada.

Xavier, sin embargo, no se puso en contacto conmigo hasta última hora de la tarde. Su humor no había mejorado nada desde que lo había dejado plantado la noche anterior para ir a atender la «urgencia» de Nick. No se le notaba tenso a través del teléfono; más bien, cabreado. Harta de que solo respondiera con monosílabos, decidí abordar el tema que nos había llevado a aquella situación.

—Xavi, deja de comportarte como si me estuvieras perdonando la vida y vamos a aclarar lo que sucedió anoche.

—No hay nada que aclarar. El poco tiempo que teníamos para pasar juntos lo tiraste por la taza del váter por un macarra que ha vendido dos discos y medio.

—Pensé que eras fan de Demonic Souls.

—Era. Desde anoche no quiero verlos ni en pintura.

—Te pedí disculpas. Sabes que habría preferido mil veces quedarme contigo retozando en la cama, pero en mi contrato pone muy clarito que debo estar disponible las veinticuatro horas del día...

—Lo sé, Marta, pero no comprendo por qué aceptaste esa basura de trabajo. Entiende que no me hace especial ilusión que mi novia sea la chacha de una panda de gamberros. Te has rebajado...

—¡No sigas por ahí, Xavier! —le espeté, ofendida—. No soy la criada de nadie. Soy su asistente y sabes perfectamente que cogí este empleo por nosotros, así que lo mínimo que podías hacer es ser más comprensivo y...

—¿Vas a restregármelo de nuevo por la cara, Marta?

Me quedé callada un segundo, reflexionando. Tenía razón. Había prometido que entre nosotros no debía haber más reproches. Estábamos dándonos una segunda oportunidad y no volviendo a las andadas.

—Lo siento, cariño. Tú no tienes la culpa. Escúchame. Me voy a dar de plazo hasta que termine la gira. Seguiré buscando trabajo y echando currículos y, si no encuentro nada, siempre puedo pedir que me cambien de departamento en la discográfica. Pero tengo que demostrar que soy buena profesional.

—No, si en el fondo lo entiendo. —Xavier se quedó unos segundos en silencio y luego volvió a hablar—. Vamos a olvidar este fin de semana, pero pon límites a ese tal Nick o al final tendremos un problema por su culpa.

Por fin, respiré aliviada.

—No te preocupes, lo haré —prometí.

Después de hablar con Xavier me sentía muchísimo más tranquila, aunque mi enfado hacia Nick se había multiplicado exponencialmente. Si seguía interrumpiendo mi vida personal con sus extravagancias, acabaría poniendo en peligro mi relación de pareja. Eso, confiando en que Xavier jamás se enterara de que el cantante y yo habíamos pasado una noche juntos antes de saber que estábamos ligados profesionalmente. Si mi chico alguna vez lo descubría, pondría punto final a lo

nuestro. Esperaba que Nick y el resto del grupo mantuvieran la boca cerrada. No debía preocuparme demasiado porque no tenía ninguna intención de presentarles a mi novio; y si coincidían en algún momento, ya me encargaría de no dejarle solo con ellos.

Después de que mi fin de semana hubiera sido boicoteado por una estrella del *rock*, tenía todo el derecho del mundo a desearle una muerte lenta y dolorosa. Al final desestimé el bromuro, la cera ardiendo y las descargas eléctricas y opté por no dirigirle la palabra. Y eso hice durante toda esa semana. Solo me comunicaba con Nick para temas estrictamente profesionales y me aseguraba de marcharme de los ensayos para evitar quedarnos a solas. La tensión entre nosotros se podía mascar, y el resto de los miembros del grupo no eran ajenos a ella. Cada vez que intercambiábamos algunas palabras nos observaban como si estuvieran esperando a que nos engancháramos de los pelos.

No fue una semana fácil para mí. Desde luego que no. El viernes a primera hora viajaríamos a Valladolid para inaugurar la gira y mi madre no se había dignado cogerme el teléfono, aun sabiendo que no me vería por una larga temporada. A ese hecho debía sumarle otros dos dilemas: que estaba aterrorizada por si había cometido algún error al cerrar la agenda de los chicos con la prensa y que Xavier tampoco se podría despedir de mí.

A mi novio le había salido un viaje de trabajo a última hora y estaría fuera toda la semana. Cuando me lo dijo, hasta yo misma me sorprendí de mi reacción. No me sentí dolida por su ausencia; tampoco hubo quejas ni reproches por mi parte. Simplemente acepté que él no estaría para decirme adiós.

Después de todo, quizá estuviera madurando.

CONFESIONES DE CARRETERA

¡Repítelo otra vez!

—Tuve-sexo-con-Nick-Mendoza.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—¡Jodó! Mi hermana la mojigata se ha apretado a una estrella del *rock*... No me lo creo. ¡U AUUUUUUU! —Cristina se levantó del sofá y se puso a aplaudir como una descosida por todo mi salón.

—Di lo que tengas que decir, Fe —comenté dirigiéndome a mi amigo, que no había articulado palabra desde que había confesado mi sucio secreto. Tan solo me miraba con las cejas levantadas y la boca claramente desencajada.

—Dios, tío, ¿no te parece fuerte? Sor Marta se ha dado un meneo con el auténtico, el genuino, el buenorro de... ¡NIIIIICK MENDOOOZA! —Cristina gritaba aquello como si estuviera retransmitiendo un combate de boxeo a todos mis vecinos.

—El tío con el que te chocaste en la calle, te tomaste unas cervezas y con el que te acostaste era Nick Mendoza ¿y tú no lo reconociste? —me preguntó Félix completamente alucinado.

—No tenía ni idea de quién era, te lo juro. Imagina la cara que puse cuando descubrí en Sound Music que iba a trabajar para él...

—Dios, Martuca... Si no te hubieran seleccionado para ese puesto, ¡ahora no sabrías que eres la tía con más suerte de este país! ¡Te has acostado con Nick Mendoza, el tío más morbosos, sexi y salvaje que ha parido madre! Joder, sigo sin creérmelo. Y cuenta, cuenta... —Cristina estaba desatada—. ¿Cómo la tiene?

La miré espantada.

—Eso, eso, queremos carnaza. ¿Está bien dotado? —intervino de nuevo Félix, que ya había salido del *shock*.

—No pienso responder a ese tipo de cuestiones. Os lo he contado porque lo odio, trabajo con él y estoy viviendo una pesadilla, pero si llego a saber que mi casa se iba a convertir en el *Sálvame*, habría cerrado el pico hasta el día de mi muerte.

—Joooo, soy tu hermana y me merezco todos los detalles: ropa interior, postura favorita, qué tal calza...

Al oír a mi hermana, me eché reír. Me estaba acordando de los mensajes que habíamos intercambiado Nick y yo el fin de semana anterior.

—¿Sabéis cómo llama a su cosa? —Señalé mi ingle con el dedo—: *Martillo de Thor*, ¡ja, ja, ja!

—¿En serio? —preguntaron los dos a la vez.

—¡Sí!

Los tres estallamos en carcajadas.

—Por favor, por favor, por favor —les rogué conteniendo la risa—, no podéis contar nada a nadie. He firmado un contrato de confidencialidad y si me lo salto la compañía me sacará las entrañas.

—Tranquila, somos como tumbas —me tranquilizó Félix. Cris, sin embargo, no prometió nada.

—Hermanita, ni se te ocurra decirle nada a nadie —la advertí. Estaba segura de que se moría de ganas de publicar mi noticia en su muro de Facebook—. Os recuerdo que Xavi tampoco sabe que Nick y yo tuvimos un desliz y no puede enterarse.

En menudo lío me había metido. Esperaba no arrepentirme por haberles confesado mi historia con la dichosa estrella del *rock*. Me había prometido a mí misma no contárselo a nadie, pero después de la semana que había tenido necesitaba desahogarme con alguien. Habían sido unos días difíciles y muy tensos en el trabajo. Tuve que cerrar los últimos flecos de la gira que me habían quedado pendientes: cambiar citas con radios y revistas en la agenda del grupo, organizar una prueba de vestuario con los chicos y la estilista... y discutir en cantidades ingentes con Nick Mendoza. Nuestras broncas no solo me agotaban psicológicamente, sino que también me robaban demasiado tiempo para poder hacer mi trabajo. La última discusión fue la peor de todas. Todo estalló cuando Sara, la estilista de Demonic Souls, me preguntó qué me parecía la ropa que había elegido para la gira. En ese justo momento miré hacia Nick, que se estaba probando unos pitillos negros que le sentaban de muerte y una camiseta ajustada del mismo color que resaltaba aún más su cuerpo fibroso y sus brazos tatuados. Era como el pecado convertido en hombre: espectacular. Pero no me atreví a decirlo; simplemente apunté con el dedo el único detalle que me producía verdadero repeluco:

—No soporto ese pendiente. Solo verlo me da dolor de cabeza.

Fui un poco borde, pero de verdad me espantaba aquella horrerada colgando de su oreja. Era una patada a la moda en toda regla. Y todo sea dicho: estaba molesta conmigo misma por no ser capaz de controlar mis ojos cuando él se probaba la ropa que le había elegido la estilista.

Sara, al oír mi comentario, me dijo que estaba de acuerdo conmigo y entonces, ¡bum!, Nick explotó como si llevara una bomba de relojería guardada para mí.

—A mí también me da dolor de cabeza verte todos los días —lo dijo suficientemente alto para que yo lo oyera.

—Eso tiene fácil solución: no me mires —le contesté airada.

—Imposible: siempre estás revoloteando a nuestro alrededor como la mosca cojonera que eres.

Charlie emitió un silbido advirtiéndole de que se había pasado. Sin embargo, yo no me moderé.

—Te recuerdo que estoy haciendo mi trabajo, y si tanto te molesta verme, no entiendo por qué me pides que vaya a asistirte durante mi tiempo libre.

Los chicos, que fingían ver las prendas que había traído Sara, se giraron hacia Nick con expresión interrogante. Este los ignoró y dio un paso amenazante hacia mí.

—Tú lo has dicho: es tu trabajo. Pero creo que no está dentro de tus cometidos dar tu opinión sobre si llevo un pendiente o un palillo de los oídos.

—Estarías mucho más atractivo con otro tipo de pendiente, pero si no admites consejos, allá tú —añadí muy digna.

—¿Debo admitir consejos de una fefa a la que le gustan los tipos sacados de un anuncio de Tommy Hilfiger? Porque cuando tenías mi polla dentro no parecía importarte mucho el horrible pendiente...

La bofetada que le solté al instante resonó por todo el edificio. Todos los allí presentes se sorprendieron de mi reacción tanto como yo. Sin embargo, Nick me observaba con una mueca de burla.

—¡Para que te enteres! —le grité llena de furia—. ¡Ni me gustan los chicos de anuncio ni tú, Nick Mendoza! ¡Me gustaba más el chico amable y divertido con el que me tomé unas cervezas en el Irish Bar!

Mis palabras borraron toda expresión del rostro de Nick. Se quedó de pie frente a mí, congelado y con un bonito manchurrón rojo en la mejilla, donde le había golpeado. Hizo amago de contestar, pero rápidamente recogí mi portátil y mi abrigo y salí de allí directa a la oficina. Estaba malditamente enfadada. Y dolida. Muy dolida por su trato. En el taxi que me llevaba a Sound Music se me escaparon las lágrimas. No podía abandonar por segunda vez un trabajo por un problema personal. Yo no era ninguna cobarde y tenía que ser lo suficientemente madura y profesional para sobrellevar mis diferencias con la gente que trabajaba. Eso sí, no iba a permitir que ni el propio Nick ni los miembros de la banda me faltaran al respeto.

Con aquella determinación, me fui a mi casa tras terminar la jornada de trabajo. Al poco tiempo llegó un mensajero y llamó a mi telefonillo avisándome de que traía una carta para mí. No tenía ni idea de quién me la enviaba y el sobre venía sin remitente. Muerta de curiosidad, lo abrí y me encontré dentro el pendiente de Nick Mendoza. Junto a él había una nota que decía así:

Lo siento, Mary Poppins. Soy un bestia, pero estoy pasando por momentos tensos. Los nervios de la gira, el nuevo disco... Perdóname. No debí decirte aquello. Ahora no vas a querer tomarte más birras conmigo y lo entendería.

Firmado: Nick Mendoza (el chico del Irish Bar).

Su disculpa me pilló por sorpresa. Nunca imaginé que un hombre con aquel ego y esas maneras fuera capaz de pedir perdón a alguien. Sin meditarlo, saqué mi móvil del bolso y marqué su número de teléfono.

—¿Marta? —respondió Nick bastante sorprendido.

—Sí. Soy yo. He recibido la nota y el... pendiente. No era necesario que te lo quitaras.

—Tía, lo siento. Me he comportado como un idiota. Solo era un simple pendiente y lo llevaba por inercia. No sé qué me pasó...

—Estás disculpado, pero quiero decirte una cosa, Nick: mientras trabajemos juntos, no utilices aquello que pasó entre nosotros como arma arrojadiza contra mí. No me faltes al respeto, y menos delante de nadie. Me da igual quién eres, cómo vistes, tus tatuajes o tus pintas. Puedes comportarte como un caballero y tú lo sabes.

Esperó unos segundos y luego volvió a hablar:

—De acuerdo. ¿Te apetece que empecemos desde cero? Estoy seguro de que tú y yo podríamos ser amigos.

—Podemos intentarlo, pero nada de hablar sobre lo nuestro, recuérdalo.

—Trato hecho.

—Hasta mañana, Nick Mendoza.

—Hasta mañana, Marta García.

Durante el tiempo que llevábamos trabajando juntos esa fue la única conversación civilizada que había tenido con él. Tal vez gracias a nuestra discusión nos habíamos tomado la medida y sabíamos dónde estaban los límites de cada uno. Quizá, solo quizá, consiguiéramos llevarnos bien y mantener una relación estrictamente profesional.

Después de confesar mi noche con *el Dios del rock*, Cristina y Félix se quedaron a cenar ese jueves en mi casa. Preparé unas ensaladas de rúcula con queso de cabra y pasas, *crostini* y *carpaccio*. Entre risas y confidencias, fui consciente de lo mucho que iba a extrañarlos: casi tanto como a Xavier. En menos de doce horas estaría en un autobús con cuatro rockeros con los que tendría que pasar las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Además, estaría rodeada de técnicos de sonido, de iluminación, montadores de escenarios, producción... En fin, me adentraba en un mundo completamente desconocido para mí y estaba asustada. Aunque mi anterior trabajo también requería que estuviera fuera de casa durante días, este nuevo reto era completamente diferente. El mundo de la moda lo controlaba a la perfección, pero no tenía ni la más remota idea de cómo funcionaba una gira ni de cómo lidiar con periodistas y fans, a la vez que organizaba los tiempos y la agenda de la banda. Mi madre tenía razón en algo: ¿qué pintaba yo en el mundillo de la farándula?

Esto mismo les pregunté a mis dos invitados de aquella noche. Me había pasado toda la semana repitiéndome a mí misma que cumpliría correctamente con mi trabajo y justo esa noche, a pocas horas de comenzar mi aventura, me habían atropellado todos mis miedos e inseguridades. Como era de esperar, Félix y Cristina pusieron todo su empeño en levantarme la moral: «Tú siempre lo haces todo bien» (*boing*,

boing, peloteo); «eres trabajadora, intuitiva, perfeccionista ¿qué puedes temer?» (más peloteo)... A pesar de sus palabras, nuestra conversación tomó tal cariz que sospechaba que no era la única que dudaba de mi capacidad de sobrevivir a cuatro rockeros.

La primera duda salió de la boca de mi hermana. Debía de llevar horas preguntándose pero no sabía cómo abordar el tema, así que lo soltó a bocajarro:

—Oye, Marta, y ¿crees que existe una mínima probabilidad de que el rockero y tú de nuevo tengáis *rock and roll* del bueno? —La miré indignada. ¿Cómo osaba pensar que yo podría ser infiel a Xavier? Ella automáticamente reuló—. No digo que te guste, pero pasaréis mucho tiempo juntos; tú estarás sin Xavi y quizá te entren deseos incontrolables de ya sabes qué...

—Trabajo para él, ¿recuerdas? Aquella noche estaba bebida y no tenía ni idea de quién era. Además, tiene un carácter insufrible, es un maleducado y un... mujeriego.

Para mí, la promiscuidad de Nick encabezaba el primer puesto en su lista de defectos.

—¿Mujeriego? Sé razonable, Marta. Es un tío famoso, sexi, con mucho morbo y un cuerpo espectacular. Lo raro sería que se diera al celibato —añadió Félix.

—Ese chico no sabe el significado de esa palabra. El sábado pasado estaba enrollado con dos pelirrojas que parecían haber salido de una peli porno. —Para haber firmado un contrato de confidencialidad se me estaba disparando la lengua.

—No olvides lo que suelen decir: sexo, drogas y *rock and roll*.

Reflexioné sobre las palabras de Félix.

—¿Vosotros creéis que tomarán drogas? —pregunté, preocupada.

Había pasado mucho tiempo con el grupo y nunca me pareció que estuvieran drogados. Sí había visto a Nick fumar un porro en la fiesta, pero no le di ninguna importancia. Mis amigos de la facultad solían fumar hierba todos los fines de semana cuando salíamos, e incluso una vez probé la marihuana con mi primer novio; si sus intenciones eran que accediera a acostarme con él, se llevó el chasco de su vida: me quedé dormida en el asiento de atrás de su coche. A lo mejor fue por eso por lo que dejó de llamarme. Vaya...

—Yo creo que sí —apuntó Cristina—. El mundillo de la música siempre ha estado ligado a la coca y al caballo. De hecho, dicen que son los propios mánagers quienes se la pasan a los artistas para que puedan estar por todo lo alto en los conciertos...

—¿Quéeee? ¡Bajo ningún concepto pienso convertirme en el camello de nadie! —gimoteé como una niña asustada—. Solo me faltaba eso: ser arrestada por tráfico de drogas... Ay... Este trabajo no está hecho para mí. ¿Y si me meten droga en la maleta y acabo en una cárcel de mujeres con la cabeza afeitada? Ainssss...

—Marta, respira, respira... —Félix fingió abanicarme con una servilleta como si estuviera a punto de darme un soponcio—. Ahora escucha: tú límitate a hacer tu trabajo. Si se van de fiesta, se lo montan con cinco tías o se meten un camión de

farlopa por la nariz es su problema, no el tuyo. Repito: Es-su-problema. Mantente alejada de ellos y si crees que pueden meterte en algún lío, les mandas a paseo y te vuelves a Madrid. Pero antes dales una oportunidad, nena. Si están donde están es porque se lo han currado y no creo que una panda de yonquis hayan cosechado tanto éxito.

—Félix tiene razón. Déjate de prejuicios, que pareces tu madre.

Eso me hizo recordar que me iría al día siguiente y doña Lucía seguía sin dirigirme la palabra. Necesitaba hablarlo con mi hermana.

—Y hablando de mamá, ¿cuándo se le va a pasar el cabreo? He cambiado de trabajo, no me he hecho de la Cienciología. —«Aunque posiblemente me convierta en la *dealer* de una banda de *rock*», medité.

—Dale tiempo, Marta. Ya sabes cómo es. Se le pasará —respondió ella. Mi hermana no quería tocar aquel tema. Pero para mí era importante.

—¿Tú crees? ¿Es que le da igual no volver a ver a su hija? ¿Ella no piensa que puedo tener un accidente de autobús mañana mismo y morirme con la tristeza de que mi propia madre no me habla?

—¿Lo ves? También eres melodramática como ella. Marta, ¿a mí qué me cuentas? Sabes que es muy orgullosa, pero al final, cuando la necesitamos, está ahí. Insiste y verás como terminará cediendo, pero te digo lo mismo que a ella: no me metas en medio de vuestra guerra.

Asentí dolida. Mis discusiones con mi madre siempre salpicaban a mi hermana, pero no podía evitar desahogarme con Cristina. Al menos mi hermanita tenía a su padre para pedir auxilio cuando doña Lucía la tomaba con ella. ¿Y yo? ¿A quién tenía? A nadie. Cristina tuvo que ver mi pena reflejada, porque terminó ofreciéndome su ayuda.

—De acuerdo. Trataré de calmar a mamá y convencerla para hacer las paces —me prometió—. Ya te iré contando, pero sigue insistiendo, aunque no te coja el teléfono. En el fondo está deseando arreglar los problemas contigo, lo sabes. Son su rencor y su orgullo los que no le permiten dar su brazo a torcer.

Mi hermana tenía razón: hasta que no me hubiera humillado y arrastrado lo suficiente, mi querida madre no cedería ni un ápice.

Eran las nueve de la mañana cuando me bajé del taxi frente al microbús de la gira. Tal y como había acordado con la empresa de transporte, estaba estacionado justo en la puerta del hotel contiguo al edificio en el que vivía Nick. El conductor tenía las puertas cerradas, por lo que supuse que los miembros de la banda todavía no habían llegado. Con su falta de costumbre para madrugar, la alarma del despertador les habría causado como mínimo un derrame cerebral.

Pagué al taxista y le pedí que me ayudara a sacar mi equipaje. El pobre hombre rondaba casi los sesenta y emitió un quejido de dolor cuando extrajo mis dos maletas

tamaño elefante del maletero. Frotándose los lumbares, cogió mi propina por los daños y perjuicios ocasionados y se marchó doblado, como una garrota vieja.

—Ya no hay vuelta atrás, Marta —susurré para mis adentros.

Tiré de mi equipaje y, a un pelo de perder mi extremidad superior, fui arrastrándolo hacia el autobús. Héctor, el encargado de la seguridad de Demonic Souls, salió de la nada y vino corriendo para echarme una mano. Sin inmutarse, levantó las maletas por las asas y las lanzó al portaequipajes como si estuvieran llenas de plumas. Si no me hubiera sentido como una liliputiense a su lado le habría amenazado con darle una patada en la ingle: ese chico no sabía que mis zapatos y mis bolsos valían mucho más que su sueldo de un año y sus gónadas juntos.

Mientras me decidía si esperar a los músicos dentro del autobús o en una cafetería tomando un café calentito, unas manos cubrieron mis ojos. Di un respingo, aunque por el tacto algo rasposo supuse quién era mi asaltante.

—Nick, llegas tarde.

—¿Nick? —respondió una voz que poco tenía que ver con la del cantante de Demonic Souls y mucho con la de mi novio.

Acababa de meter la pata hasta el fondo.

—¡Oh! ¡Xavier! Pensé que eras... Da igual. ¿Qué haces aquí? ¿No decías que no llegarías a Madrid hasta mañana?

Xavi relajó su semblante y me dio un beso en los labios.

—Anoche terminamos el trabajo y he cogido el puente aéreo para poder despedirme de ti.

Sentí cómo el pecho se me hinchaba de amor por el detalle tan romántico que había tenido. No pude evitarlo: le lancé los brazos al cuello y le estampé un beso.

—Eres un amor. Un cielo. Un encanto...

—Dios, Marta, te voy a echar de menos —susurró Xavi como si hasta ese momento no hubiera sido consciente de que estaríamos separados demasiados meses.

—Y yo a ti, pero prométeme que vamos a hablar a diario y me visitarás algún fin de semana.

—Te lo prometo. —Y, tras darme su palabra, selló su promesa con un dulce beso en mis labios.

Me abracé a él con fuerza. No quería irme. No quería separarme de él. La distancia podría fortalecer nuestra relación, pero ¿y si nos alejaba?

Mientras Xavier y yo seguíamos abrazados, escuché a los chicos saludarnos. Me separé de mi novio algo abochornada y miré hacia ellos. Edu, Charlie y Tony subían al autobús, pero de su líder no había señales de vida.

—Y Nick ¿dónde está? —les pregunté, preocupada por si se había dormido. Debíamos llegar pronto a Valladolid porque a las cuatro de la tarde tenían que estar listos para una ronda de entrevistas sobre el arranque de la gira.

—Aquí estoy, *Mary Poppins*.

Xavier y yo miramos hacia atrás sorprendidos. Nick se encontraba a unos pasos

de nosotros, con sus gafas de sol puestas, un gorro de lana y su chupa de cuero negra. En una de sus manos sujetaba una maleta y en el hombro contrario llevaba colgada su guitarra. Por la postura de su cuerpo, se podría pensar que llevaba un rato allí parado, observándonos.

—¿No nos vas a presentar, Marta? —me preguntó con una media sonrisa, al mismo tiempo que Héctor apresuradamente le recogía el equipaje.

La saliva dejó de pasarme por la garganta. Sabía que tarde o temprano Nick y Xavier se conocerían pero no me esperaba que fuera tan de repente. Disimulé mi incomodidad por la situación y respondí algo atropellada.

—Sí, disculpadme. Xavier, él es Nick Mendoza; y Nick, este es mi novio, Xavier Azcona. Él es un gran fotógrafo.

—Encantado —contestó mi novio tendiéndole la mano—. Felicidades por el éxito de vuestro disco.

Nick le dio un repaso evaluativo y luego sacudió su mano con su típica pose desganada. Era un grosero.

—En un segundo estoy con vosotros —le informé, para que fuera subiendo al autobús y nos dejara a solas.

—OK, pero no te entretengas demasiado, *Mary Poppins*.

Xavier no dejó de observarlo mientras se alejaba de nosotros. Una vez que desapareció dentro del vehículo, se dirigió de nuevo a mí:

—¿Por qué te llama *Mary Poppins*?

—Ni idea. Le gusta poner nombres a la gente y a las cosas, supongo. —Fingí que aquello no tenía importancia. No quería que Xavier pensara que Nick y yo teníamos suficiente confianza para bromear el uno con el otro. Y no la teníamos.

—Ese tío no me gusta, Marta —apuntó.

—A mí tampoco, amor.

—Lo digo en serio: es un tipo raro, ten cuidado.

Sonreí a mi novio con ternura. Estaba preocupado por mí y no era para menos. Había sido una tonta al pensar que no le molestaba que viajara con cuatro hombres durante meses. Estaba completamente equivocada. Al final, Xavier también era de carne y hueso.

—Anda, dame un beso, tontín. —Le solté un pellizco cariñoso en el trasero y luego tiré del cuello de su cazadora para que acercara su boca a la mía.

Pasaría mucho tiempo sin sentir sus labios, oler su perfume, pasar mis dedos por su cabello rubio cobrizo. Volvimos a besarnos durante unos minutos y, con todo el dolor de mi corazón, puse fin a nuestro beso. Cuando Xavi notó que alejaba mi cara tan solo un milímetro, presionó mi espalda hacia su cuerpo y profundizó más el beso. Su lengua buscó la mía y se enlazó con ella con ímpetu y posesión. Estaba descolocada: no era típico de Xavi mostrar sus sentimientos en medio de la calle. Encima los chicos nos estarían viendo a través de las ventanillas y me harían después algún comentario grosero. Apoyé mis manos en su pecho y le avisé de que había

llegado el momento de separarnos. Mi novio me miró a los ojos y, suspirando, me susurró un adiós.

—Hasta pronto —respondí, también en voz baja—. Te echaré de menos.

Al decir aquello me entraron unas ganas locas de echarme a llorar. Pero me contuve como pude: si los salvajes del autobús me veían soltar una lágrima tendría que aguantar sus burlas todo el viaje.

—¡Marta! ¡Te llamaré a diario! —gritó Xavier a lo lejos.

Alcé mi pulgar hacia él desde las escaleras y le sonreí con dulzura.

Xavier no me respondió con la misma calidez. Su rostro reflejaba desconfianza y preocupación. Solo esperaba que no hubiera notado algo raro entre Nick y yo.

Abrí los ojos y miré mi reloj. No había pasado media hora desde que abandonamos Madrid y los chicos habían caído muertos en los asientos traseros del autobús. Yo también había intentado echar una cabezadita, pero con aquella coral de ronquidos era imposible conciliar el sueño.

Saqué el móvil del bolso y marqué el número de mi madre. A esas horas ya se habría levantado y posiblemente estuviera desayunando con sus amigas en la cafetería del barrio. Era una costumbre que conservaba desde que Cris y yo íbamos al colegio. Después de varios tonos, saltó el contestador:

—Hola, mamá. Soy Marta. Hoy salgo de viaje y... quería despedirme. Ya veo que no te interesa qué hago o dónde estoy. En fin, cuando te acuerdes de que tienes otra hija, me llamas. Adiós.

Miré entristecida mi teléfono. Estaba segura de que Cristina no consideraría mi mensaje la mejor manera para hacer las paces con mi madre, pero es lo que había. Estaba cansada de sus chantajes emocionales. Mi madre no medía sus palabras con nadie, ni con sus hijas. Nos juzgaba, nos hería en lo más profundo y luego, si te revolvías, abandonaba su papel de verdugo y asumía el de damnificada. Lloraba sin consuelo, se encerraba en su habitación con la excusa de una jaqueca, te retiraba la palabra y si no hacías intención de disculparte, enviaba a mi padrastro con mensajes lastimeros: «Tu madre no se merece el trato que le dais tu hermana y tú»; «Habla con ella, Marta, no come ni duerme...». Cuando te ablandaba el corazón, ibas a verla y ¿cómo se mostraba? Resentida y orgullosa. No era capaz de poner un granito de arena para solventar el problema. Solo si te rebajabas lo suficiente hasta besar el suelo por el que pisaba, volvía a comportarse como siempre: altanera, esnob y crítica. Pero al menos se dignaba dirigirte la palabra. Lo que me parecía raro era que mi padrastro no me hubiera llamado todavía para hacer de intermediario entre mi madre y yo.

—Eh, y esa cara ¿a qué viene?

Levanté la cabeza y me encontré con la mirada escrutadora de Nick. Luego retiró mi bolso y lo dejó en el asiento de delante para sentarse a mi lado.

—No me pasa nada. ¿Necesitas algo? —pregunté sorprendida al ver que se estaba

acomodando en el asiento contiguo al mío.

—No, simplemente me aburría y quería charlar contigo un rato.

Vaya, parecía haberse tomado en serio nuestra tregua. Nos quedamos unos minutos callados mirando al frente. Era una situación rara e incómoda. Después de estar días sin hablarnos excepto para discutir, no sabía muy bien de qué podíamos conversar aquel chico y yo. Entonces fue él quien rompió el silencio:

—¿Se lo has contado a tu novio?

—¿El qué?

—Ya sabes, que tú y yo hicimos... —Y movió sus caderas de arriba abajo. Era un gesto asqueroso.

—Eres un ordinario. Y habíamos quedado en que dejarías de sacar el tema una y otra vez.

—Sooo, no te enfades. Te estaba gastando una broma —dijo riéndose. Luego volvió a mirar al frente del autobús como si reflexionara sobre algo.

—No. No se lo he dicho y espero que no se entere nunca —aclaré.

—Aquella tarde en el Irish Bar me dijiste que no era tu novio.

—Y en aquel momento no lo era, pero, de verdad, ¿tenemos que hablar de esto?

—No si no quieres; aunque si vamos a ser amigos y a pasar muchas horas juntos deberíamos conocer nuestras vidas y poder hablar de todo.

—De acuerdo —acepté molesta. Saciaría su curiosidad y cambiaríamos de tema—. Xavier y yo estuvimos saliendo un año más o menos. Cuando tú y yo nos conocimos llevábamos dos meses sin estar juntos. Es evidente que él quería volver conmigo, de ahí los mensajes que me envió y que tú no deberías haber leído. Al final me lo pensé y le di una segunda oportunidad. Fin de la historia.

—¿Por qué rompisteis?

—He dicho «fin de la historia».

—Joder, no me dejes así.

—Nick, no pienso compartir mi vida privada contigo.

—Te ofrezco un trato.

Lo miré arqueando la ceja. Después de su propuesta en aquel restaurante para que dejara el trabajo y me convirtiera en su amante con nómina, no me fiaba nada de él.

—Ni tratos ni leches. ¿Te pregunto yo acaso quiénes eran las dos pelirrojas de aquella noche?

—Hazlo y te responderé que no tengo ni idea. No me entretuve en preguntarles el nombre, pero en esto mismo consiste mi trato: tú respondes a una de mis preguntas y yo respondo a una de las tuyas.

—¿Puedo hacer cualquier tipo de pregunta?

—Sí, pero si es demasiado privada atente a las consecuencias.

—¿Y cómo sé que no mientes?

—*Mary Poppins*, si vamos a ser amigos, ¿por qué engañarnos? Basta con no responder: claro que entonces se acaba el juego.

Dudé unos instantes. Aquella mente sucia podría hacerme preguntas indiscretas que me pusieran demasiado incómoda. Por otra parte, me moría de ganas por saber qué había de verdad sobre los rumores que corrían sobre Nick Mendoza.

—Trato hecho, pero no pienso responder a cuestiones de tipo sexual o anatómicas —le advertí.

—No te preocupes, curiosamente en esos dos aspectos te conozco lo suficiente. —Lo miré roja como un tomate. Él soltó una risilla traviesa y añadió—: ¿Qué?, *Mary Poppins*, ¡me lo has puesto a huevo!

Resoplé ofuscada. No sé qué me pasaba con aquel hombre, pero siempre que estaba con él me comportaba como una estúpida.

—Empecemos entonces. ¿Por qué lo dejasteis tu novio y tú? Y no me cuentes que discutíais o algo así, porque por los mensajes que te mandaba tuve la sensación de que el tío la había cagado contigo.

Miré a través de la ventanilla del autobús. No sabía cómo darle la mínima información posible.

—Yo no confiaba en él, tuvimos una fuerte discusión, lo dejé y él se acostó con otra.

—Pero lo habías dejado...

—Sí: doce horas antes de acostarse con ella.

—Quizá estaba despechado.

—Ella era mi jefa. Los pillé juntos.

Nick se quedó unos segundos en silencio, luego emitió un silbido.

—Vaya tela... ¿Y por eso cambiaste de trabajo?

—Efectivamente, Albert Einstein.

—Te toca —dijo con una sonrisa, y cruzó los brazos mientras se volvía a poner cómodo en su asiento.

Reflexioné unos segundos. No sabía qué preguntar... Pero si escuchaba a mi lado cotilla, podría decir que mi curiosidad principal tenía que ver con la imagen de perverso de la que hablaban en aquel blog de cotilleos. Claro que tampoco era plan que le preguntara algo tan íntimo...

—¿Tomas drogas?

—Fumo porros, pero trato de no pasarme. He probado de todo, pero no me he enganchado nunca a nada. No me gusta depender de nadie, y menos de una sustancia. Sé en lo que esa mierda puede convertir a las personas. ¿Por qué lo preguntas?

Aquella parrafada que me soltó parecía que la tenía ensayada. Quizá los periodistas le habían preguntado algo así repetidas veces.

—Te lo he preguntado por el dicho famoso de «sexo, drogas y *rock and roll*»...

—Recordé el comentario de mi hermana de la noche anterior.

—Piensas que mis colegas y yo somos unos viciosos... Pues te equivocas. Nos gusta beber hasta caer muertos, pero pasamos de lo demás. ¿Satisfecha? —Asentí y volvió a recaer sobre él el turno de preguntas.

—Si se enrolló con tu jefa, ¿por qué has vuelto con él?

Dios santo, Nick seguía erre que erre con el tema de mi relación. No sé adónde quería ir a parar, pero tanto interés me estaba poniendo nerviosa.

—Porque estoy enamorada de él.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que lo estoy, ¿qué insinúas? —respondí a la defensiva.

Se quedó pensativo unos instantes y luego trató de explicarse.

—Yo nunca he estado enamorado, pero me suena que la gente enamorada no se acuesta con otras personas, y tú lo hiciste.

—Nick, estaba bebida...

—Ya, pero tu forma de comportarte conmigo...

—¿Qué? ¿Cómo me comporté? —Al instante de hacer la pregunta, me arrepentí de ello.

—He estado con miles de mujeres... —«Gracias por la info», pensé—. Y no fuiste la típica que busca un revolcón y saciar sus necesidades. Tú te mostraste... — Dudó unos instantes antes de seguir hablando, como si estuviera buscando las palabras correctas. Luego prosiguió—: dulce, tierna, cariñosa. Parecía que nos conocíamos de siempre. Tuvimos conexión... cósmica.

«Sí... Una conexión vía satélite de Marte a Venus, no te digo».

—No lo recuerdo bien —asegué.

—Una lástima, porque lo pasamos bien. Por cierto, y perdona si me tomo demasiadas confianzas, pero tu novio no me da buena espina: ten cuidado —dijo de repente, cambiando de tema.

—Qué curioso: lo mismo me dijo él sobre ti —contraataqué.

—Será porque nos parecemos.

Se equivocaba de principio a fin. Xavier y él no eran ni remotamente parecidos. Mi novio era educado, amable, encantador y de buena familia; poco que ver con un rockero rebelde, deslenguado y libertino.

—¿Y qué podéis tener tú y él en común? —Sonreí con falsedad.

—Además de lo obvio —dijo, y me señaló—, supongo que buscamos lo mismo en una mujer.

Ni entendí el comentario ni me interesaba descifrarlo y cabrearme mucho más, así que hice uso de mi turno de preguntas.

—Y tú ¿sales con alguien?

Me miró de reojo y sonrió.

—No creo en las relaciones ni en el rollo ese de enamorarse.

—Eso lo dices porque no has conocido a nadie especial.

—Bobadas. El amor es una fantasía de los que no saben vivir por sí mismos, chica. —Y comenzó a canturrear en inglés algo así como «yo necesito una amiga fácil que me preste atención...».

—Suenas deprimente.

—Porque el que compuso esta canción se suicidó. Cobain en 1994; era el cantante de Nirvana —me aclaró con una sonrisa de oreja a oreja que no me gustó nada.

—No me refiero a lo que cantas, sino a tu teoría —contesté, molesta—. El amor no es una fantasía, Nick. El amor es real pero tiene diferentes formas y tonalidades.

—¿Eso crees? Analiza a alguna pareja que conozcas y que lleven años juntos: por ejemplo, tus padres. Sé sincera y dime si están enamorados como el primer día o si nunca te has planteado qué hacen ellos dos juntos.

—Probablemente mis padres no sienten mariposas en el estómago cuando se ven y probablemente nunca las hayan sentido, si es a lo que te refieres cuando hablas de «estar enamorados como el primer día». Pero te aseguro que no pueden vivir el uno sin el otro.

Mi madre y su marido se tenían cariño y respeto, pero no eran personas que mostraran sus afectos abiertamente. De hecho, no recuerdo haberles sorprendido besándose o acurrucados en el sofá viendo la tele. Nada. Tampoco los he visto pelearse, todo sea dicho. Su relación podría decirse que era sosegada, más funcional que pasional. Doña Lucía era la mujer perfecta para un hombre de negocios: tenía educación, elegancia y era una excelente anfitriona cuando organizaba una cena con amigos en casa o con los socios de su marido. Y Alfredo era un hombre con clase, bien posicionado, tranquilo, discreto y un buen salvavidas para una mujer que tenía que criar a su hija sola. Ellos estaban hechos el uno para el otro y, a su manera, se amaban.

—Tú lo has dicho: dependencia. —Y continuó rebatiéndome—: Una persona que cree estar enamorada no es más que alguien que tiene pánico a estar sola y necesita cobijarse en otro. Es el salvavidas de los débiles.

—Yo no dependo de Xavier ni salgo con él porque sea débil. Y te aseguro que él tampoco lo es —dije a la defensiva, y él me sonrió con suspicacia.

—¿Estás segura? ¿Cómo te sentiste cuando descubriste que te había engañado? ¿Abandonada? ¿Un juguete roto? ¿No pensaste que no serías capaz de vivir sin él y todas esas cursilerías de las que habláis las tías?

Por un momento me hizo dudar. Gran parte de mis celos se debían a mi fobia por perderlo. Siempre había sido una chica solitaria, incluso en la adolescencia; y al salir con Xavier dejé de sentirme sola. Lo que no entendía era cómo aquel rockero que solo vivía para la música, acostarse con tías y emborracharse tenía las ideas tan claras sobre las relaciones. Aquello era de locos. Por favor, si tenía la sensibilidad de un calamar... ¡Si hasta había titulado una de sus canciones *Chúpame ya* y era una clara apología del sexo oral!

Aprovechando mi ronda de preguntas, decidí no desperdiciar esta oportunidad.

—¿No crees en el amor porque te han roto el corazón alguna vez, chico duro? —dije con sorna.

Soltó una carcajada.

—Si nunca me he enamorado, difícilmente han podido romperme el corazón,

Mary Poppins, pero he visto lo que puede hacerte creer que amas a alguien, confiar en él y que luego te destroce la vida. Mi madre se enamoró del bastardo que la dejó embarazada de mí. Él estaba casado, la utilizó todo lo que quiso y cuando se encontró con el pastel, se deshizo de ella. La pagó para que desapareciera de su vida y no le diera problemas. Desde entonces, mi madre no solo no aprendió la lección, sino que fue de cabrón en cabrón. Supongo que la aterrorizaba vivir sola o que necesitaba siempre a un hombre para que le calentara la cama.

Nick se calló de repente, como si se arrepintiera de compartir conmigo esa parte de su vida privada. Aquella historia escondía mucho más dolor y sufrimiento del que trataba de aparentar. El tono en el que me lo había contado había sido neutral, incluso con una nota de desprecio hacia la mujer que le había dado la vida. Sin embargo, mientras hablaba tenía los puños cerrados con fuerza y no estableció contacto visual conmigo en ningún momento. Sabía que no era fácil crecer con una madre resentida. Lo sabía porque a la mía también la había abandonado mi padre biológico. La mía al menos encontró con el tiempo otro hombre que la quiso y le dio una buena vida, pero ¿qué habría sido de mí si doña Lucía no hubiera rehecho nunca su vida? Sentí un escalofrío recorriéndome el pecho. Miré hacia Nick, que en aquel momento fruncía el ceño hacia el reposacabezas del asiento delantero. Estaba casi segura de que no quería oírme decir lo mucho que sentía que su padre los abandonara a él y a su madre. Yo tampoco soportaba que la gente me tuviera pena. Tampoco podía decirle que lo comprendía, porque era evidente que él y yo no nos habíamos criado en el mismo ambiente. Así que dije en voz alta la única verdad que podía compartir con él:

—No te lo vas a creer, pero mi padre biológico también nos dejó tiradas a mí y a mi madre.

Sorprendido, volvió su cabeza hacia mí. Nuestras miradas se encontraron y de alguna forma comprendimos que ninguno había tenido una vida fácil. Él apartó la vista para dirigirla a su regazo. Fui consciente entonces de que había entrelazado mi mano a la suya. Repentinamente la retiré y Nick, sin pronunciar palabra, se levantó para volver a su asiento.

EL COMEBABAS

En el instante en el que abrió la boca, Nick se arrepintió de haberlo hecho. No sabía qué le había movido a contarle la historia de su madre. Apenas conocía lo suficiente a Marta para saber si aprovecharía aquella información para venderla a alguna revista. Sospechaba que era honrada y buena persona, pero por un buen fajo de billetes uno podría vender a su madre. Él era un ejemplo de ello.

«Tenía solo diez años y llevaba días sin comer», se justificó a sí mismo tras recordar aquel episodio en el que ofreció los servicios de su madre al desgraciado de su vecino. Aquel borracho seboso vivía en el mismo bloque de apartamentos de protección oficial que su madre y él, en la peor zona del sur del Bronx. Se rumoreaba por el barrio que el tipo había sido policía, pero que lo habían expulsado del cuerpo por haber matado al amante de su mujer a sangre fría veinte años atrás. El caso es que aquel cincuentón calvo de cien kilos solía manejar dinero; probablemente, porque colaboraba con la poli dando algún que otro chivatazo sobre lo que se cocía en el vecindario. Una mañana en la que Nick salía de su casa directo al colegio, se sorprendió al ver la puerta de su vecino entreabierta. Por un momento, pensó que aquel soplón estaría muerto en su cama y con el cuello rebanado por algún ajuste de cuentas, así que no se lo pensó dos veces y entró en el apartamento. Solo pretendía robar algo de pasta (si el asaltante no se lo había llevado todo) y, de paso, vaciar la nevera del viejo. Llevaba más de tres días a base de KitKats que había trincado en la máquina expendedora del colegio. El encargado de mantenimiento de la escuela no se había dado cuenta de que, con dos puñetazos sobre el cristal y una patada en el lateral, aquel trasto viejo soltaba la chocolatina sin miramientos.

Nick se puso la mochila en la espalda y se adentró en la vivienda con paso sigiloso. No se oía ningún ruido; tan solo a la dominicana del apartamento de enfrente discutiendo, como siempre, con su chulo. Abrió un cajón detrás de otro con cuidado. Facturas, fotos viejas, revistas porno..., pero ni un mísero dólar. Con el corazón desbocado y el estómago rugiendo, caminó hacia la cocina. Buscó en la nevera algo de comida. Allí solo había botes de cerveza y botellas de *whisky* vacías. Entonces, se vio sorprendido por un dolor fuerte y punzante en la cabeza: el gordo aquel lo tenía agarrado del cabello y tiraba de él con tanta fuerza que casi lo levantaba un palmo del suelo.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, mocoso? —gritó el expolicía con la cara enrojecida y un manojo de venas moradas marcadas sobre los pómulos.

Nick lo miró aterrorizado y, acto seguido, comenzó a propinarle una buena serie

de patadas. El vecino, que para ir borracho como una cuba tenía bastantes reflejos, lo agarró del cuello y le metió la cabeza en la nevera. Aunque no pudiera cerrar la puerta, el frío que salía de allí comenzó a quemarle la piel. «Este loco va a matarme», pensó en aquel momento Nick. Con apenas un hilo de voz debido a la presión que sentía en el cuello, el muchacho le ofreció lo único que tenía para negociar con el borracho:

—Si me sueltas y no llamas a la policía, mi madre te compensará... gratis.

Aquel cerdo sabía perfectamente a qué se dedicaba *la Española* y, tratando de disimular su satisfacción, contestó:

—¿Qué puede ofrecerme esa yonqui? —preguntó con una sonrisa sardónica pintada en la boca. Quería oírsele decir de su propia boca.

—Está en su cama esperándole, señor. Ayer hizo un buen negocio y está muy contenta. No opondrá resistencia —le aseguró Nick, que sabía el estado en el que la encontraría tras el atracón de caballo que se había metido la noche anterior.

—Muy bien, mierdecilla. Ábreme la puerta de tu casa y lárgate donde tengas que ir. Eso sí: como te vea otra vez tratando de robarme te cortaré cada uno de tus deditos y los guardaré en esta nevera. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor.

Una hora después, Nick llegó por fin a la escuela. Era tarde, así que daba igual si se retrasaba unos minutos más: el profesor de Literatura le pondría un parte de todos modos. Caminó por el pasillo con calma y se acercó a la máquina expendedora. Miró hacia un lado y hacia otro para cerciorarse de que nadie le veía; dio dos puñetazos al cristal, una patada al lateral y esperó su recompensa. Nada. La chocolatina no cayó de su bandeja. El chico sintió una explosión de ira propagarse como el fuego a través de sus entrañas y, con la vista nublada de furia, la emprendió a golpes con aquel trasto viejo. Cuando salió del trance se encontraba tumbado en la camilla de la enfermería de la escuela, con la vista perdida, el rostro inalterable y los nudillos chorreando sangre.

—¡Auch! —gruñó el cantante al ver que se había cortado con la cuchilla de afeitar. Siempre que rememoraba algún episodio desagradable de su vida perdía la noción del tiempo y de lo que estaba haciendo en ese momento. Por eso nunca se permitía pensar en su niñez, y mucho menos hablar de ella con alguien. Cuando lo hacía, era como abrir la compuerta para que toda la basura que guardaba infectara su cabeza. Y esa mañana en el autobús se había saltado la única norma que seguía a rajatabla. «¿Por qué me comporto como un tonto con esta chica?», pensó. Desde que la vio despidiéndose de su novio, una sensación extraña le invadió el cuerpo. Una especie de instinto de posesión: como si la rubia le perteneciera y aquel capullo no tuviera derecho a tocar lo que era solo de él. Se rio con ironía. Con Marta le sucedía lo mismo que con su guitarra: no soportaba que nadie pusiera los dedos sobre sus

cuerdas. Ni su mejor amigo, Charlie, ni el técnico de sonido, aunque su trabajo fuera afinarla.

Decididamente, Nick se había quedado con ganas de partirle la cara al guaperas del novio de Marta. Solo comenzó a calmarse una vez que el autobús había salido de Madrid y había sido consciente de que durante semanas los dos estarían solos. Y no iba a desaprovechar la oportunidad de tenerla de nuevo en su cama. Ese fue el motivo que le hizo sentarse a su lado durante el viaje y tratar de confraternizar con ella. Solo con verla moverse, oler su aroma a madreSelva o mirar sus ojos sentía una quietud y un sosiego que no eran típicos en él. Su cuerpo, por el contrario, no reaccionaba de la misma manera. De hecho, nada más sentir el roce de la mano de Marta sobre la suya tan cerca de la bragueta, estuvo a punto de estallarle la cremallera. No le pasó tampoco inadvertida la mirada de tristeza de la chica cuando confesó que también había sido abandonada por su padre. Sin embargo, no había que ser muy listo para darse cuenta de que la madre de Marta le había dado una buena vida; no como la suya, que fue tan débil y cobarde que no luchó por su propio hijo.

Estuvo a punto de soltarle aquella verdad a la rubia, pero ya le había dado demasiadas pistas de su vida, así que prefirió volver a su asiento, coger su guitarra y componer un rato. Mientras trabajaba en su nueva canción, cruzaron la mirada varias veces. Por la sonrisa de la chica y el brillo de su ojos, Nick pensaba que a ella la melodía le gustaba. Tenía lógica. Aquellos acordes habían salido de lo más profundo de ella: de sus gemidos, sus ronroneos, del aliento de su boca... Y de cada envite de sus caderas mientras lo cabalgaba.

Nick bufó mirando su imagen en el espejo del baño de su habitación de hotel. Colocó un trocito de papel higiénico sobre el pequeño corte en su barbilla y lanzó al suelo la minúscula toalla que llevaba anudada a las caderas. Con una mano inspeccionó su pene, que sin duda estaba duro como una piedra. Luego miró el reloj. En quince minutos debía bajar al *hall* para la rueda de prensa. Tenía tiempo suficiente para liberarse de toda aquella tensión sexual o si no iría a la habitación de Marta y echaría abajo la puerta.

La sala de conferencias del hotel Vincci de Valladolid estaba repleta de periodistas locales y algunos reporteros de periódicos de ámbito nacional. Vanesa, una de las chicas del departamento de Comunicación de la discográfica, había llegado tan solo dos horas antes de la rueda de prensa para dar la bienvenida a los medios y presentar la gira. Después de comunicar el éxito en ventas del grupo y los veinte conciertos que por ahora tenían contratados por todo el país, dio paso a cada uno de los miembros para que respondieran a las cuestiones de los periodistas. Los chicos se sentaron frente a los micrófonos y, como papagayos, fueron contestando una a una: «¿Os esperabais el éxito?». «Por supuesto que no». «¿Qué es lo que peor lleváis de ser famosos?». «Nada, porque llevamos una vida normal». «¿Os molesta que os

reconozcan en la calle?». «No, amamos a nuestros fans». «¿Cuándo tenéis programado publicar el segundo disco?». «Finales de octubre, principios de noviembre...».

Tras un año en el mercado de la música, los rockeros habían llegado a la conclusión de que los periodistas eran poco originales y las ruedas de prensa, un auténtico tostón. Si accedían a conceder entrevistas y posar para los fotógrafos era por órdenes de la discográfica y por sus fans. Eran conscientes de que los Demonic Souls se habían convertido en los pioneros del nuevo *rock* alternativo nacional, género que llevaba años prácticamente muerto. Nick y los chicos eran la esperanza de todos aquellos grupos que no encajaban con el pop ni con la «basura comercial» que se había puesto de moda.

Una vez que terminó la rueda de prensa, Vanesa llamó a la banda para que entraran en un pequeño salón aparte, donde el presentador de un programa de música de radio pudiera entrevistarlos. Fue el único momento en el que Nick pudo concentrarse. Durante las entrevistas anteriores apenas había escuchado ninguna de las cuestiones que iban dirigidas a él. Ni siquiera prestó atención a los gritos que las fans le dedicaban desde el fondo de la sala. Él solo estaba atento a aquella cabecita rubia de rizos salvajes que los observaba sin pestañear. También se dio cuenta de cómo algunos periodistas de la primera fila la miraban y aprovechaban cualquier oportunidad para realizar algún comentario y hacerla sonreír. Una vez terminado el turno de preguntas, tres de ellos recogieron sus grabadoras y no perdieron el tiempo para acercarse y presentarse a su asistente personal. Nick vio de reojo cómo esta se mostró amable y, para su gusto, demasiado coqueta. Se despidió de cada uno con dos besos y les ofreció su tarjeta. Nick se repitió a sí mismo que *Mary Poppins* no les estaba dejando su teléfono para ligar y que solo lo hacía para negociar algún tipo de entrevista personal con la banda.

Cuando terminaron de grabar para la radio, el cantante y el resto del grupo se montaron en una furgoneta que conducía Héctor, camino de la prueba de sonido. Al salir del hotel, varios grupos de fans estaban agolpadas en la entrada y tuvo que pararse a firmar autógrafos y a hacerse fotos con ellas. Miró a su alrededor en busca de Marta, pero no la vio por ninguna parte. Dentro del vehículo, fue Vanesa quien le informó de que su asistente iría directamente al estadio una hora antes del concierto. Necesitaba quedarse en el hotel haciendo algunas gestiones para la discográfica y para la fiesta a la que asistiría el grupo aquella noche. Aunque sintió un ápice de decepción, en el fondo se alegraba de que no los acompañara a la prueba de sonido: así podría concentrarse en hacer bien su trabajo. El primer concierto de una gira era el más importante junto con el último: si recibían buenas críticas, venderían más entradas y acudiría más prensa a los próximos conciertos. Además, ella jamás los había visto sobre el escenario y se moría de ganas por ver su reacción cuando les escuchara tocar en directo. Necesitaba analizar la carita que ponía cuando descubriera que Demonic Souls era lo mejor que había escuchado en su vida.

Como era de suponer, todo el equipo los esperaba para que los cuatro chicos subieran al escenario y probaran sus instrumentos. Aquel recinto no tenía buena acústica y tuvieron que repetir y repetir al menos tres veces el primer tema para que el técnico de la mesa de sonido consiguiera el efecto deseado. Una vez ajustados, tocaron el comienzo y el estribillo de cada canción del repertorio. No sonaban mal, pero para Nick y los chicos no fue suficiente. Aunque eran una panda de descerebrados, habían trabajado mucho durante años para no querer cagarla en su primera gira profesional. Tenían los nervios a flor de piel, y esa adrenalina solo se quemaría si tocaban una y otra vez hasta que todos los temas sonaran a la perfección.

Después de una hora ensayando, el jefe de sonido les dio el OK y se dirigieron en fila al *backstage*. Los empleados de seguridad y de la organización de la gira caminaban atropelladamente por los pasillos. Cuando llegaron al camerino que compartiría toda la banda, reconocieron a la chica que estaba esperando junto a la puerta: era Blanca, una fan y amiga de los Demonic Souls desde sus comienzos. Se podía decir que era íntima del grupo; tanto que se había acostado con cada uno de ellos hasta que consiguió meterse en la cama de Nick. Desde entonces, la *groupie* había desarrollado una especie de obsesión: se presentaba en los locales madrileños que ellos frecuentaban y en cada concierto, siempre y cuando cayera en fin de semana. Al cantante le gustaba la chica y se lo pasaban bien juntos; esa era la única razón por la que Nick se había acostado con ella en dos ocasiones. No le gustaba repetir con las tías, pero aquella morena era divertida, sexi y no tenía reparos en hacer cualquier cosa que se le pidiera en la cama. Además, sin ser especialmente guapa, Blanca era muy llamativa: casi tan alta como Nick, tenía un escote generoso, un culo tremendo y una sonrisa muy sensual. Solo le ponía dos pegas: se volvía muy pesada con él cuando se pasaba con la coca y siempre iba acompañada de su mejor amigo, Óscar, un tío insufrible que iba diciendo que era amigo de Demonic Souls para conseguir copas gratis y ligarse a las tías que los músicos desechaban.

—Ahí tienes al polvo seguro de la noche y al comebabas —comentó Tony a Nick al oído cuando se acercaban a Blanca y a su amigo. Este se echó a reír: la forma en que el bajista se había referido a Óscar lo describía a la perfección.

—¡AAAAH MIS CHICOS! —gritó Blanca, y se lanzó al cuello de Nick. Después de darle dos besos, saludó al resto de la banda.

—Ya veo que también ha venido nuestro gran amigo de festejos —la interrumpió Charlie señalando al colega de la chica.

Óscar los saludó con un apretón de manos y esa sonrisa de crápula que lo caracterizaba. Era un tío más bien alto; no tanto como Nick, pero rondaría el metro ochenta y cinco. Llevaba la cabeza rapada y una camiseta verde militar sin mangas para demostrar a la humanidad que pasaba todas sus tardes en el gimnasio. En cuanto Nick vio el pendiente en forma de aro que llevaba, se acordó de Marta. Probablemente le arrancaría la oreja al comebabas aquel.

—¿Qué pasa, Nick? ¿Es que no te alegras de verme? —le susurró la morena

agarrándose del brazo del cantante.

—Sí, claro; sabía que no faltarías a nuestro concierto —respondió Nick con desgana. Sospechaba que Blanca ya llevaba alguna que otra raya—. Entrad al camerino y tomaos algo mientras nos preparamos.

El cantante no tuvo tiempo de liberarse de Blanca cuando Marta abrió la puerta del camerino. La asistente había llegado una hora antes para controlar el *catering* de los chicos y comprobar que estaba lista toda la ropa que llevarían en el escenario.

—Uy, no sabía que estabais ya aquí —explicó sorprendida al ver a tanta gente agolpada en la puerta.

Luego detuvo su mirada en Blanca y en su forma de adherirse al cuerpo de Nick. Este, sin embargo, no reparó en que la morena había colado su mano bajo su camiseta de los Guns N' Roses y acariciaba su estómago. Le podría haber pellizcado con fuerza y no se habría inmutado: su cabeza solo se preguntaba una y otra vez quién era la chica que tenía enfrente y qué habían hecho con la verdadera Marta. La rubia había abandonado esos vestidos de niña bien con cuellos de muñeca y se había puesto una camiseta negra ajustada de tirantes y una minifalda de cuero negra que dudaba mucho que le cubriera todo el trasero. «Dios, que se dé la vuelta», suplicó Nick para sí, perplejo.

Como si el Señor hubiera oído sus plegarias, Marta se giró hacia el fondo de la habitación para que ellos pasaran. Sus zapatos de tacón de aguja negros repiquetearon en el suelo, pero ni ese sonido despertó al cantante de su ensimismamiento. Aquel trozo de tela se ajustaba perfectamente a sus pequeñas caderas y terminaba casi al inicio de sus muslos, como si lo estuviera invitando a colar su mano por debajo.

—¿Y quién es esta? —preguntó de forma descarada Blanca a los chicos. Nick pestañeó por primera vez.

Marta se volvió hacia la morena y respondió a su pregunta con un tono displicente, que le indicó a Nick que a *Mary Poppins* no le habían gustado nada las maneras de su amiga:

—«Esta» es Marta, la asistente del grupo. Encantada de conocerte —se presentó con cierto retintín, y le tendió la mano a Blanca con una sonrisa demasiado forzada—. ¿Y vosotros sois...?

—Ella es Blanca y él es Óscar, unos amigos nuestros —le aclaró Nick mientras abría una cerveza. Necesitaba espabilarse.

—Uau, Marta, ¿qué te has hecho? ¡Estás buenísima! —Al parecer, Tony también se había quedado embobado al verla.

Marta frunció el ceño algo molesta y, con sus manos, tiró del bajo de su falda.

—Nada. Me he maquillado diferente —respondió en un falso tono casual. Se sentía incómoda.

Cuando todos se acercaron al *catering*, la asistente se alejó a comprobar su móvil y, como si se hubiera acordado de algo, se acercó de nuevo a Nick.

—Al final he conseguido que los encargados del *catering* te trajeran la cerveza

Infinium, tal y como me pediste.

—¿Qué cerveza? —No tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—La Infinium, ¿no se llamaba así? Me dijiste que eras incapaz de dar un concierto si no te tomabas al menos dos de ellas...

Entonces, el rockero cayó en la cuenta. Hacía unas semanas se había inventado la excusa de la cerveza para acercarse a Sound Music y hablar con ella. Le apetecía divertirse un rato y se le ocurrió hacerse pasar por una de esas estrellas que tienen caprichos extravagantes y que tanto molestan a sus asistentes. Solo esperaba que no hubiera tenido que remover cielo y tierra para conseguirla. Nunca había probado aquella cerveza: simplemente había encontrado el nombre de esa marca en Internet, lo había memorizado y se la había pedido a Marta.

—Gracias, gracias. Me has hecho un hombre muy feliz. Me tomaré una.

Se acercó a la nevera aguantando la risa. Cuando le dio un trago, se percató de que Charlie lo miraba como si Nick fuera un marciano.

—¿De qué va esto, tío? Pero si a ti no te pueden sacar de la Mahou de toda la vida...

El cantante hizo un gesto con las cejas advirtiéndole de que cerrara la boca. Le gustaba la sonrisa orgullosa que lucía Marta mientras les entregaba las perchas con la ropa que debían llevar para el directo.

—¡Chicos! En diez minutos os quiero ver en el escenario —gritó alguien del equipo de producción cuando abrió la puerta. Dijo algo a través de un *walkie* y se largó corriendo tras cerrar de un portazo.

Todos en aquella habitación se levantaron de sus asientos y se prepararon para salir. Parecían algo tensos, aunque no dejaban de bromear unos con otros. La *groupie* y su amigo se habían ido hacía ya un rato y Marta recogía los restos de prendas que habían tirado los chicos por el suelo cuando se habían cambiado.

—Estoy atacado de los nervios —intervino de repente Tony, que llevaba un rato sin hablar y solo fingía tocar un bajo imaginario, concentrado.

—Venga, no empieces, tío. Lo tenemos más que ensayado —protestó Charlie, y le dio un golpe en la espalda al bajista: o bien para animarlo o bien para romperle una costilla.

—Tronco, estoy tan nervioso que necesito hacerme un tema.

Un «no» quejoso y una sarta de carcajadas inundaron la habitación.

—Tony, ¿no puedes esperarte al final del concierto? —le preguntó Edu algo indignado.

—Que no puedo, tíos. Estoy demasiado nervioso.

Nick y Charlie se morían de la risa mientras observaban a su amigo dirigirse a la esquina opuesta de la habitación. Este pareció percatarse de que Marta seguía en el camerino con ellos.

—Oye, Marta, ¿a ti no te apetecerá acompañarme a hacer mis ejercicios de relajación?

—¿El qué? —preguntó ella, obsesionada con no dejar nada extraviado por el suelo.

—Ven y te lo enseño.

—Ey, tío, déjala en paz —le avisó Edu, molesto con su compañero.

—¿Qué va a hacer? —Marta los miraba sin saber qué tontería se le había ocurrido al bajista.

Nick se aclaró la garganta y resolvió las dudas de la chica.

—Se va a hacer una gayola.

—¿Una qué?

—Una paja, *Mary Poppins*. Se la va a cascar... ¿Lo pillas?

—No puede ser cierto. —La cara de Marta era un poema.

Al darse cuenta de que hablaban en serio, abrió los ojos como platos y salió despavorida del camerino como si hubiera visto al mismísimo diablo. En cuanto la puerta se cerró, Nick, sonriendo, se dirigió al bajista:

—Tony, haz el favor de ser limpio esta vez.

Hacía años que un grupo nacional de *rock* no llenaba el estadio José Zorrilla de Valladolid hasta reventarlo. Los fans agitaban sus pancartas y coreaban el nombre de la banda, impacientes por ver a sus ídolos prender fuego a la ciudad con sus decibelios. Cuando el grupo telonero terminó su actuación, el escenario quedó a oscuras y un millón de silbidos y abucheos hicieron temblar las paredes de los edificios que rodeaban el estadio. Cinco minutos después, la pantalla de plasma del fondo del escenario comenzó a reproducir una secuencia de imágenes sobre diversos asesinatos realizados en una casa destartalada y abandonada en mitad del campo. De repente, la cámara recorrió la pared del fondo de la casa hasta enfocar un letrero de sangre donde perfectamente se leía «Demonic Souls».

Cuando la cámara se congeló, Edu comenzó a marcar el ritmo de la primera canción. Un torbellino de luces estroboscópicas parpadearon y Tony y Charlie comenzaron a tocar el bajo y la guitarra respectivamente sin perder el compás que marcaba la batería. Los seguidores de las primeras filas empezaron a bailar frenéticamente; saltaban, se empujaban unos a otros e incluso algunos amenazaron con subir al escenario. Las fans, por su parte, no paraban de aclamar la presencia del cantante. Entonces los músicos dejaron de tocar durante unos segundos y Nick entró en escena, con su guitarra colgando de la cinta y la seguridad y la chulería de alguien que parece estar por encima de todo. Se posicionó en el centro de las tablas, frente al micrófono, y con un solo movimiento rasgó su guitarra. El sonido metálico de esta fue el pistoletazo de salida para que el resto de la banda reanudara la canción que estaba tocando.

Durante las casi dos horas que duró el concierto, el público no dejó de bailar y alabar a su grupo por su entrega. Nick se dejó llevar por la adrenalina del directo y no

paró ni un instante sobre el escenario. Se movía con energía, corría de un extremo a otro e incluso, para no gustarle bailar, sus movimientos en muchas ocasiones resultaban eróticos, especialmente para las fans de las primeras filas, que cada vez que este sacudía la cadera se desgañitaban en piropos y obscenidades. Nick les guiñaba el ojo, se agachaba para darles la mano y estas tiraban de él como si quisieran raptarlo y llevárselo a su casa. Hacia la mitad del concierto, el ambiente en el estadio subió todavía más de temperatura. Entre una canción y otra, Nick se mojó la cabeza con una botella de agua y se arrancó la camiseta. Los encargados de seguridad parecían estar esperando el momento, porque automáticamente se dirigieron hacia el foso para sacar a las víctimas de lipotimia de entre aquella multitud que bailaba y gritaba enfebrecida.

El cantante, ajeno a todo lo que sucedía apenas a un metro de él, siguió entonando la canción, con el micrófono pegado a su boca y la mirada perdida. Tan solo la fijó en dos ocasiones hacia el extremo opuesto del escenario. Cualquiera habría pensado que, con aquel gesto, Nick estaba ofreciendo todo el protagonismo al solo de guitarra que se marcaba Charlie. Cualquiera lo hubiera creído, excepto su amigo. El guitarrista sabía a quién iba dirigida aquella mirada: a la chica menuda de melena rubia y salvaje que observaba atónita el concierto entre bambalinas. Marta no despegó la vista del líder de la banda desde que este puso un pie en el escenario. Su rostro reflejaba, canción tras canción, una secuencia de emociones a cual más dispar. La mayoría de las veces lo contemplaba con admiración y asombro; en otras, se mostraba incómoda o abochornada. Pero a Charlie no le cabía duda de que en el momento en que Nick se quedó con el torso al descubierto, los ojos de la chica lo examinaron con auténtico deseo. Tan solo esperaba que el cantante no hubiera hecho aquel numerito de la camiseta por captar la atención de ella. «Si es así, se está comportando como un verdadero mendrugo», pensó su mejor amigo. Y es que Nick no tenía costumbre de quedarse en cueros en el escenario: para él, mostrar públicamente sus tatuajes era como desnudar su alma a una panda de extraños. Y Mendoza odiaba su propia alma. Tan solo se quitó la camisa (o más bien se la rompió a tirones) en un concierto en Alicante, y únicamente porque iba borracho como una cuba. Estuvo semanas arrepintiéndose y cabreado con las redes sociales, porque descubrió que de lo único que hablaba la gente era de la tinta que cubría su cuerpo, en lugar de valorar el trabajo de su banda. Aquella actitud no era típica de Nick. No. No lo era y Charlie tendría que darle la charla a su amigo. «A Nick se le están fundiendo los plomos con esta tía», pensó.

Tres horas después del concierto, el líder de Demonic Souls estaba sentado en la zona vip de la discoteca Fired de Valladolid tomándose una cerveza. Esta vez, una auténtica Mahou en botella de 33 centilitros prácticamente helada. Uno de los patrocinadores de la gira había organizado una fiesta en aquella sala para celebrar el

comienzo de la misma. Nada más terminar el concierto, habían picado algo del *catering* y Héctor los había llevado directos allí. Marta también había acudido, aunque no se había acercado a él desde que había salido del escenario. Sin embargo, la pesada de Blanca se había convertido en su sombra toda la noche. En ese momento estaba sentada a horcajadas sobre él contándole no sé qué de su último viaje a Londres. Estaba claro que la fan no pararía de ponerle las domingas en la cara hasta que Nick se la llevara al hotel. Pero el cantante esa noche no estaba de humor. Habían dado un concierto increíble, probablemente el mejor de sus vidas, y debería estar celebrándolo con sus colegas de la banda. Sin embargo, no tenía ni el humor ni las ganas. Estaba allí, sentado, con el trasero cocido en aquel sillón de imitación a cuero, esperando desde hacía más de media hora a que su asistente se dignara hablar con él y le diera la enhorabuena por el directo. Pero nada. Ella no se había despegado de la barra y charlaba animadamente con el comebabas, el amigo de Blanca.

Nick no entendía cómo aquel imbécil de Óscar había conseguido conectar con ella, con pendiente en la oreja y todo. Desde que se la había presentado en el camerino, Nick se había dado cuenta de que el tipo se la comía con los ojos. Al principio no le dio importancia, porque Marta le devolvía la mirada con desconfianza. Sin embargo, en la discoteca la actitud de ella cambió. Cuando se alejó de los reservados, donde estaban charlando él y los chicos con un grupo de fans, Óscar había aprovechado el momento para cazarla. Nick no sabía qué le habría dicho aquel comebabas mientras pedía su bebida al camarero, pero vio que Marta rompía a reír. A partir de ese momento siguieron hablando y, por la sonrisa de ella, parecía sentirse a gusto y relajada en su compañía.

Los pensamientos de Nick fueron interrumpidos cuando Blanca hizo un movimiento exagerado con su trasero sobre la bragueta de este. La chica le sonrió y le dio un pico en los labios que él respondió de forma automática. Entonces recordó lo que le había dicho Charlie después del concierto, que en lugar de andar como un perrito detrás de la falda de Marta debería pasar de ella hasta que esta le rogara atención. «Al fin y al cabo, yo soy la estrella», reflexionó el cantante.

Alargó el brazo para dejar la botella encima de la mesa y luego agarró a Blanca por las caderas. Tiró de ella hacia él y besó los labios de la morena con fuerza. Introdujo la lengua en su boca con la determinación de olvidarse de todo lo que le rodeaba. La chica gimió y Nick le agarró un pecho sobre su fina camiseta. Esta abrió más su boca y profundizó en el beso. Nick miró por el rabillo del ojo hacia la barra y Marta, en ese momento, giró su cabeza hacia el lado opuesto adonde él estaba. Alejó un poco a Blanca para comprobar si *Mary Poppins* volvía a mirarlo. Ella no giraba su cabeza: seguía escuchando a Óscar mientras tomaba un sorbo de su copa. El chico le sonrió y sujetó un mechón rubio y rizado de Marta entre sus dedos, como si estuviera comentándole algo sobre su pelo. Ella le retiró la mano, algo incómoda, y entonces el baboso aprovechó para agarrarla y hacerla girar como si estuviera invitándola a bailar. Aquella escena se parecía tanto a la que vivió Nick con Marta en la fiesta que

le sacó por completo de sus casillas. Para colmo, *Mary Poppins* se estaba riendo y le seguía el juego «como una auténtica caliente...». Se frenó de pensar aquello y dio un trago largo a su cerveza.

—Me parece que tu asistente esta noche va a darle una asistencia muy especial a mi amigo Óscar —comentó Blanca mirando claramente hacia la barra.

Nick resopló, molesto ante aquel comentario.

—Ni en sueños ese pringado podría estar con una chica como Marta. Como mucho puede aspirar a tías como tú, que se acuestan con cualquiera.

—¿Qué mosca te ha picado? —Blanca lo miró ofendida—. Solo digo lo que veo. Están coqueteando, y cuando a Óscar se le mete una tía entre ceja y ceja, es capaz de hacer de todo por conseguirla. —El comentario «es capaz de hacer de todo» le cayó como un jarro de agua fría—. A ti mi colega te puede parecer un mierda —siguió hablando la morena—, pero Osquitar es un encanto con las tías. Además, ha traído éxtasis del mejor, y cuando tu asistente lo pruebe no olvidará esta noche jamás —dijo Blanca riendo con picardía.

A Nick le entraron ganas de borrarle la sonrisa de la cara. La miró con repulsión y, de un solo movimiento, se la quitó de encima. Esta, totalmente desprevenida, cayó al sofá panza arriba y le soltó una serie de improperios que Nick prefirió ignorar. El rockero decidió que estaba harto de aguantar las chorradas de aquella ladilla y de la garrapata de su amigo y con paso decidido se dirigió a la barra del bar. Marta, que en aquel momento estaba tratando de desenredarse de los tentáculos de Óscar, sintió que alguien le daba unos golpecitos en la espalda. Se giró para ver quién la reclamaba y descubrió que era Nick. Un Nick que, por la expresión de su cara, estaba muy cabreado.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó, realmente preocupada.

—Nos tenemos que ir. —Nick clavó la vista en la mano que el tipo apoyaba sobre el hombro de Marta.

Esta, que parecía incómoda por las confianzas que se estaba tomando el amigo de Blanca, retiró sutilmente el brazo del chico y dio un paso hacia Nick.

—Espera un segundo y llamo a Héctor para que nos traiga el coche a la puerta. —Marta abrió su bolso en busca del móvil.

—No hace falta. El resto del grupo se queda aquí y tendrá que llevarlos de vuelta al hotel. Nos iremos solo tú y yo, así que basta con que llames a un taxi.

—Marta, si quieres os acompaño al hotel y luego nos volvemos juntos —le propuso Óscar, que no había hablado hasta el momento.

—Amigo, me temo que no va a poder ser —respondió Nick por ella—. Necesito hablar con mi asistente para resolver unos asuntos relacionados con la banda. —Chasqueó la lengua de forma exagerada y añadió—: Otra vez será.

A Marta la pilló fuera de juego aquella respuesta. Ella pensaba que los chicos se habían quedado contentos con el hotel que les había conseguido, la disposición del camerino y el *catering*.

—Venga, Nick, no seas cortarrollos. Marta merece divertirse un rato. —Le guiñó un ojo a Nick y agregó—: La pobre lleva todo el día trabajando para ti.

A Nick le bastó aquella insinuación para saber cuáles eran las intenciones del imbécil. Agarró la muñeca de Óscar, le retorció el brazo hacia atrás y con la otra mano le sujetó del cuello contra la barra del bar. Sucedió tan rápido que Marta solo pudo dar un brinco hacia atrás para no ser atropellada por Nick cuando arremetió contra el chico. Al ser consciente de que iban a pegarse, tiró del brazo del cantante en un intento de que aflojara la fuerza con que lo asía. Óscar, con la cara enrojecida y pegada al mármol, miraba a su atacante con los ojos desorbitados.

—Dios, Nick, suéltalo. ¡Vas a ahogarlo! —le gritó Marta, sorprendida por lo fácil que había sido para el rockero inmovilizar a aquella mole de músculos.

Este la ignoró por completo y no aflojó ni un milímetro los dedos de su mano. Tan solo acercó su rostro al de Óscar con gesto amenazante.

—Si te acercas a ella, te arranco la cabeza. ¿Entiendes eso, Osquitar?

A Marta se le heló la sangre. Nick no había alzado la voz al pronunciar su advertencia. Al contrario, su tono había sido tan sumamente frío que no le cabía duda de que si el rockero se volvía a enfrentar al chico, cumpliría su promesa.

Óscar hizo un ligero movimiento con la cabeza y Nick automáticamente se separó de él como si hubiera tocado un bicho repugnante. Sin perderlo de vista, buscó a tientas la mano de Marta, que todavía seguía tirando de él, y la sacó de allí entre la docena de curiosos que habían observado toda la escena.

—¿A qué ha venido eso, Nick? —le preguntó Marta mientras esperaban el taxi que los recogería en la puerta del Fired.

—¿Tú estás bien? ¿Qué has bebido?

—Una Coca-Cola. Y déjame decirte, pedazo de bruto, que tendría que ser yo la que te preguntara a ti qué has tomado.

Nick no respondió. Le sujetó la cara entre sus manos y la miró detenidamente a los ojos. Cuando comprobó que sus pupilas no estaban demasiado dilatadas, pareció relajarse.

—Ese imbécil quería llevarte a la cama.

Marta alzó los hombros como si no tuviera importancia.

—Y yo le habría mandado a freír monas.

—Pues no lo parecía.

—Vamos, Nick, que una mujer hable con un hombre no significa que quiera sexo con él. Además, ¿a ti qué te importa lo que yo haga o deje de hacer?

El comentario de su asistente lo pilló desprevenido. En el fondo, tampoco él sabía por qué le había molestado tanto.

—Me da igual, pero ese comebabas se acuesta con una mujer detrás de otra. —Ella levantó las cejas hacia él—. Vale, yo tampoco soy un santo, pero no me compares con ese cerdo. Llevaba MDMA, y ¿quién te dice que no lo utiliza para aprovecharse de las tías?

—Perdón, ¿eme-de-qué?

—Joder, *Mary Poppins*. Éxtasis, adán, rula, la droga del amor... ¿Te suena? — Marta palideció de repente—. ¿Lo captas ahora?

—Sí, sí... ¡Madre de Dios! —Se llevó las manos a la cabeza—. Y parecía tonto de capirote.

Nick, al escuchar aquel comentario que no le pegaba absolutamente nada y ver su cara de incredulidad, estalló en carcajadas. Marta lo miró sorprendida y, contagiándose de él, también se echó a reír.

—Te juro que le estaba siguiendo el rollo porque me daba pena: pensé que le faltaba un hervor —apuntó ella, todavía perpleja.

El portero de la discoteca entró a avisarles de que el taxi ya había llegado a recogerlos. Nick y Marta salieron entre risas a la calle y solo se calmaron cuando se acomodaron en la parte de atrás del vehículo.

—Gracias, Nick, por querer... protegerme. Pero la próxima vez no hace falta que amenazas a nadie. Con avisarme es suficiente.

—Bah, en el fondo llevaba tiempo con ganas de partirle la cara.

Marta se giró hacia él. Esta vez adoptó un tono más serio:

—Recapacita sobre lo que has dicho. Eres un músico reconocido; piensa que este tipo de publicidad no es buena para ti ni para tu grupo.

Nick asintió con la cabeza y se dedicó a mirar durante todo el trayecto las calles vacías de la ciudad a través de la ventanilla del taxi.

Cuando llegaron al hotel eran cerca de las tres de la madrugada. Nick acompañó a Marta a su habitación con la intención de que lo invitara. Esta se despidió con un «hasta mañana» mientras sacaba la tarjeta de la puerta.

—Me gustaría que vinieras un momento a mi habitación. Quiero enseñarte algo —improvisó de repente.

Marta lo miró con desconfianza.

—¿Qué tendría que ver yo en tu habitación? De verdad, Nick, tengo sueño...

—No seas malpensada. He terminado la primera canción del próximo disco y necesito tu opinión.

—¿Mi opinión? Si yo no tengo ni idea de *rock*... Si hasta ayer no sabía ni diferenciar una guitarra de un bajo...

—¡Qué exagerada! Ven, te robaré menos de cinco minutos, te lo prometo.

La rubia reflexionó unos segundos y luego aceptó. Caminaron hacia la última habitación de la planta, donde se alojaba Nick, y en cuanto entró se sentó en un sillón a la vez que se quitaba los zapatos de tacón.

—Cinco minutos —le advirtió cuando vio que el cantante abría el minibar.

—¿Quieres tomar algo?

—No. Y date prisa o me quedo dormida.

Sonriendo, Nick abrió una cerveza, le dio un trago largo y agarró su guitarra. Se sentó frente a ella en el otro butacón y comenzó a tocar la canción que había estado componiendo las últimas semanas. Marta reconoció la melodía: era la misma que había escuchado en el autobús esa mañana. Parecía que había pasado una eternidad y tan solo habían transcurrido unas horas. Su primer día con Demonic Souls había sido demasiado intenso.

La música la envolvió. Sintió que se relajaba a la vez que despertaba en ella una especie de vitalidad y de emociones encontradas. Nick no la miraba. Estaba absolutamente concentrado en las cuerdas de su guitarra y, aunque no entonaba ninguna letra, tarareaba palabras sueltas susurradas. Cuando terminó, levantó la mirada hacia Marta con un gesto interrogante. Al ver que ella no decía nada se atrevió a preguntarle:

—¿Qué te ha parecido? ¿Te gusta?

—Sí. Es buena... Muy buena. Es diferente a los temas que has interpretado hoy en el concierto.

—¿No te han gustado mis canciones del primer disco?

—Sí, por supuesto que sí, pero... no sé cómo explicarlo. —Frunció los labios pensativa antes de dar su opinión—. Tu música suele ser pegadiza, con ritmo y las letras algo... perversas. Esconden demasiada furia o sufrimiento. O así lo interpreto yo.

A Nick le sorprendió que hubiera captado con tanta precisión la esencia de sus letras.

—Y esta nueva canción ¿qué te transmite entonces?

Marta miró hacia el techo buscando las palabras y segundos después trató de explicarse lo mejor que pudo sin parecer una estúpida.

—Es sexi, picante, pero también divertida, con chispa... Es difícil explicar con palabras las emociones, y mucho menos una melodía.

—Sigue. Lo estás haciendo bien.

—Pues me ha recordado a esa sensación que tuve de adolescente cuando por fin me besó el chico que me gustaba. Ya sabes, notas que el mundo se tambalea, que tienes miedo, pero a la vez nunca te has sentido más feliz. Ya sé que no crees en el amor y esas cursiladas, pero yo soy cursi y lo he sentido así. —Marta se sonrojó—. Bah, tampoco me hagas mucho caso.

—No te avergüences. Una canción puede despertar una serie de emociones muy diferentes según la persona que la esté escuchando.

—Y, por curiosidad, ¿en qué te inspiraste cuando la estabas escribiendo?

Nick se armó de valor y decidió decirle la verdad. No era ningún cobarde y no había nada de malo en confesarle de dónde procedían aquellos acordes y melodías. Dejó a un lado la guitarra en el suelo y, recostado sobre el butacón, le contestó:

—En ti.

Lo último que se esperaba Nick era que Marta rompiera a reír.

—Espera, espera... ¿Este es tu truco para llevarte a una chica a la cama? ¿Tocas una canción y le dices que está inspirada en ella? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué fuerte!

—Ey, no necesito inventarme chorradas para tener sexo —aclaró él, malhumorado.

Marta detectó que *el Dios del rock* se había ofendido y trató de controlar la risa. Al ver que él se revolvió incómodo en el sillón, se preguntó si realmente Nick estaba siendo honesto. Lo miró atentamente...

—No me lo puedo creer. ¡Estás hablando en serio!

—Veamos —carraspeó él, y se dio un minuto para poder explicárselo—. Antes de conocerte llevaba meses sin componer. No se me ocurría nada nuevo. No «escuchaba» la música. La noche que pasamos juntos fue diferente. En cuanto estuve contigo, ¡plas! —Juntó sus manos en una palmada—. Esta melodía apareció en mi mente. Cuanto más te sentía moverte, más nítida la oía; incluso cuando te tengo cerca me llegan nuevas ideas, nuevos sonidos...

—Eso suena un poquito raro... ¿Lo sabes?

—Por supuesto. Tenía claro que si te lo contaba ibas a pensar que estaba mal de la cabeza, y lo estoy, la verdad, pero ¿por qué te iba a engañar contándote esto? Habría sido mejor no decírtelo y así no pensarías que me falta un tornillo.

—O dos.

—O doscientos.

La habitación se quedó unos minutos en silencio. Marta recordó entonces la conversación que tuvieron en el restaurante el primer día que coincidieron en Sound Music.

—Por eso me propusiste que dejara el trabajo y siguiéramos acostándonos juntos: porque quieres comprobar si te sigue viniendo la inspiración esa rara de la que me has hablado.

—Sí, en parte es por eso, y en parte porque el sexo contigo es distinto.

Marta lo miró en silencio y se levantó. Ya no le asustaba la sinceridad del cantante, pero la incomodaba.

—Eso no va a suceder, Nick. No pienso acostarme contigo, y mucho menos para que tú puedas hacer un disco nuevo. Es absurdo y no voy a participar en tus locuras. —Se retiró el cabello de la cara y lo miró a los ojos—. No vuelvas a insinuarlo, por favor.

—Te prometo que no lo haré... Pero al menos podemos ser amigos. Necesito estar cerca de ti. Quizá tengas razón y esto sea una estupidez de las mías, pero cada día tengo más claro que algo en ti me inspira.

Marta caminó hacia la puerta de la habitación sin saber qué decirle. ¿Podría negarle ser su amiga? No sería justo. De los cuatro miembros del grupo era con el que más cómoda se sentía, siempre y cuando no le tocara las narices pidiéndole condones a deshoras...

—Podemos ser amigos —aceptó ella volviéndose hacia él, que la observaba muy

serio desde el sillón.

—Y pasar tiempo juntos a solas.

—Sin tocamientos ni insinuaciones —le advirtió.

—Lo juro: sin tocamientos ni insinuaciones. Tendremos sexo cuando yo esté en la intimidad conmigo mismo. —Marta le lanzó una mirada perdonándole la vida—. Era una broma, *Mary Poppins*.

—Eso espero.

Marta abrió la puerta y se marchó, dejándole a solas con su guitarra y el «*About a girl*» de Nirvana resonando, a todo volumen, en su mente.

«*I need an easy friend...*».

TE SIENTO

Si mi vida había cambiado bastante desde que había aceptado mi trabajo en Sound Music, durante la gira de Demonic Souls se convirtió en un auténtico sindiós. Después de las dos primeras semanas fuera de Madrid ya no sabía en qué día vivía, a qué ciudad nos dirigíamos o cuál era el nombre del hotel donde supuestamente llevábamos dos días alojados. La agenda de los chicos iba cambiando sobre la marcha; tan pronto tenía que volver a reajustarla porque una revista adolescente se interesaba en hacerles una sesión de fotos como me llamaban desde la discográfica para avisarme de que a dos fans les había tocado en un sorteo de radio cenar con la banda. Yo debía buscar el restaurante, el fotógrafo para inmortalizar el momento y, lo peor de todo, tenía que convencer a los chicos para que compartieran unas costillas americanas a la barbacoa junto a dos *teens* con la cara cubierta de granos que no pararían de lloriquear por estar sentadas con sus ídolos.

Mi única constante en aquella vida frenética de eventos, entrevistas, firmas de discos, conciertos y fans enloquecidas gritando en la puerta del *backstage*, repito, mi única constante era Nick.

Desayunaba, comía y cenaba con Nick. Viajaba en el autobús sentada con Nick. Organizaba las entrevistas y eventos a los que debía asistir la banda con Nick. Trabajaba en el ordenador en mi habitación con Nick. Fuera donde fuera, siempre estaba Nick. ¿Cómo habíamos llegado a convertirnos en dos agapornis? ¿O en «pedo y culo», como diría mi amigo Félix? Realmente no sabría decirlo. Supongo que empezamos a pasar más tiempo juntos después de nuestra conversación en Valladolid, aquella noche en la habitación del hotel, cuando me confesó que me necesitaba porque de alguna manera extraña yo era su fuente de inspiración (al recordarlo, todavía me cuesta no echarme a reír). Quizá por la forma honesta en que lo dijo o porque me sentí halagada, al final acepté ser su amiga y pasar más tiempo juntos. Así, progresivamente y de una forma bastante natural, comenzamos a compartir más momentos a solas durante la gira: hablamos sobre nuestras vidas en Madrid, sobre mi trabajo en la revista, mis años en la universidad, su trabajo de pizzero, repartidor y cajero antes de dedicarse en serio al mundo de la música... En fin, poco a poco nos fuimos conociendo mejor y siempre que teníamos un momento libre terminábamos juntos charlando en un rincón o bromeando sobre cualquier tontería. No tenía ni idea de qué pensaba el resto del grupo de nuestra relación, pero era consciente de que trataban de darnos intimidad. Ni siquiera el descarado de Tony se acercaba a soltarme una cochinada de las suyas cuando me veía conversando a

solas con su amigo.

¿Me incomodaba compartir todo mi tiempo con el cantante? No; al contrario: me divertía con él. Me hacía reír. Aligeraba mis nervios cuando me estresaba por culpa del trabajo. ¿Me preocupaba el cariz que había tomado nuestra relación? Sí.

Cada noche, en la soledad de mi habitación, me reprochaba mi falta de profesionalidad. Sentía que estaba jugando con fuego y que tarde o temprano me iba a quemar: discutiríamos y nuestra relación volvería a ser más tirante que al principio de trabajar juntos. Y también estaba Xavier: de alguna manera sentía que lo estaba traicionando. Entre Nick y yo no había más que una relación cordial, pero ¿casta y pura? Eso no lo tenía tan claro. Aunque no nos tocáramos, más de una vez me había sorprendido a mí misma repasando su cuerpo mientras se cambiaba de ropa antes del concierto. No miraba a Tony ni a Charlie; ni siquiera a Edu, con sus rasgos exóticos y su cuerpo perfecto. Pero sí a Nick. Durante los conciertos me sucedía lo mismo: memorizaba y analizaba cada uno de sus gestos. Cuando pasaba a mi lado y me rozaba o me daba la mano para atravesar un grupo de fans, mi corazón se desbocaba. A Xavier esto no le gustaría. No toleraría que trabajara con alguien con el que había mantenido relaciones sexuales, por muy borracha que estuviera, y mucho menos que ahora nos comportáramos como amigos de toda la vida. No le gustaría y no lo entendería.

Caramba, no lo entendía ni yo...

Eso sí: cada noche llamaba a mi novio antes de irme a la cama. Necesitaba oír su voz para darme cuenta de que lo seguía queriendo como siempre y que nada había cambiado entre nosotros; o más bien para recordar que mis sentimientos hacia Xavier eran los mismos de siempre. Escucharle contar sus anécdotas de trabajo era gratificante porque me hacía ser consciente de que, aparte de Demonic Souls y Nick Mendoza, yo tenía una vida esperándome. Sin embargo, cuando Xavi me preguntaba qué tal me había ido el día, apenas sabía qué contarle. Las primeras semanas de la gira sí que le había descrito cada momento con pelos y señales. Todo era una novedad, una aventura emocionante... Pero con el paso de los días, incluso mi trabajo se había convertido en rutinario. Lo único que diferenciaba un día de otro era tal comentario que había hecho Nick, el día que trató de enseñarme a tocar la guitarra o cuando me sacó al escenario en plena prueba de sonido para que bailara una de sus canciones (por supuesto, salí corriendo). Así que prefería no contarle demasiados detalles de mi trabajo por si metía la pata y descubría que entre el cantante y yo había una relación demasiado cercana. Tan solo le repetía la misma cantinela: que la banda había vendido prácticamente todas las entradas para su último concierto, que no me había sucedido nada especial, que el ritmo era frenético y que echaba de menos dormir abrazada a él cada noche. Y esto último era absolutamente cierto.

Cuando me metía en la cama era el único momento en el que añoraba estar cerca de mi chico. Tal vez no tenía ese sentimiento el resto del día por la compañía de Nick, pero dentro de las frías sábanas de la cama del hotel de turno me sentía más sola que

nunca. Si hubiera querido podría haber salido de fiesta con el grupo y su séquito de *groupies*; pero desde que descubrí las intenciones de Óscar en la primera fiesta en Valladolid tomé la decisión de no volver a mezclarme. No me sentía cómoda en el ambiente rockero en el que ellos se movían; no soportaba a la panda de fanáticas ni quería verme rodeada de gente borracha o puesta de cualquier sustancia... Además, al día siguiente yo tenía que madrugar para estar en contacto con el departamento de Comunicación de la discográfica, atender llamadas de periodistas o hablar con mi jefe, Daniel Aguado. Y esas horas de tranquilidad me daban la oportunidad de escribirme con mi hermana y con Félix, y de hablar con Xavier.

La mayoría de las noches también me costaba conciliar el sueño. Para una persona con predisposición al insomnio, cambiar de cama cada dos o tres días era como firmar su sentencia de muerte. En muchas ocasiones me mantuve despierta casi hasta el amanecer. Esas noches podía oír a los chicos llegando al hotel. Siempre nos alojábamos los cinco en la misma planta: mi habitación era la primera, normalmente cerca del ascensor, y la del cantante la última, la más grande y con las mejores vistas. Era difícil no escucharlos. Nick y sus amigos interrumpían el silencio del hotel hablando animadamente, riéndose a carcajadas y acompañados de alguna chica, o dos... o tres. Como era el caso de Nick, que rara vez volvía al hotel completamente solo. Lo sabía con toda seguridad porque cuando se alejaban por el pasillo aprovechaba para abrir una rendija de mi puerta y fisgar. Verlo luchar con la llave para abrir la puerta mientras una o varias niñas se lo comían a besos me provocaba verdadera repulsa. En aquel momento lo repudiaba. Me asqueaba pensar que yo había sido una entre tantas; un ligue que conoció una noche, se emborrachó con él y terminó con las bragas bajadas. Sin embargo, a la mañana siguiente, mientras cubría mis ojeras con litros de Touche Éclat de Yves Saint Laurent, me convencía de que era buena señal que Nick siguiera con su vida promiscua de siempre. Así no tendría de qué preocuparme. *El Dios del rock* no sentía nada especial por mí y yo jamás estaría con un hombre cuya cama recibía más visitas que el MoMA de Nueva York.

Y bajo esa falsa ilusión continué alimentando mi relación con Nick hasta que un día, de buenas a primeras, el hechizo se esfumó y la realidad me explotó en las narices.

Fue a mediados de julio. Quizá el 13 o el 14. Llegamos a Santander un día antes del concierto porque el grupo tenía que grabar esa tarde un programa para una televisión autonómica. El concierto anterior en Santiago de Compostela no había cumplido las expectativas de los chicos: no habían vendido demasiadas entradas, no sonaron especialmente bien y los músicos acusaban el cansancio. Nick parecía hastiado, cabreado con la vida y en varias ocasiones se mostró demasiado borde conmigo. Eso no era lo habitual en él. Es cierto que su carácter era un tanto voluble y a veces se dejaba llevar por la ira, pero a mí me solía mostrar su mejor cara. Era atento, divertido y hasta cariñoso, una nueva faceta que había descubierto hacía poco del *Dios del rock*: si me quejaba de la espalda por culpa del ordenador, me daba un

masaje de esos que te dejan grogui para todo el día, o jugaba con mi cabello cuando me quedaba dormida en el autobús de la gira. En uno de los viajes sufrí una de mis clásicas pesadillas y, cuando abrí los ojos, me abrazó. Lo dicho. Estaba jugando con fuego y lo sabía.

Sin embargo, el día que llegamos a Santander Nick no se aguantaba a sí mismo ni a nadie. Yo no estaba de mejor humor que él. Había intentado repetidamente hablar con mi madre y seguía sin devolverme las llamadas. Xavier no mostraba intención alguna de venir a visitarme un fin de semana y nuestras conversaciones iban siendo cada vez más frías y breves. Parecía tan ensimismado en su trabajo y en su vida de Madrid que no le importaba llevar un mes sin verme.

Después de la grabación del programa de televisión, nos fuimos a un restaurante cercano al hotel y cenamos todos juntos. A pesar de que los chicos tenían unas ojeras que les llegaban hasta los pies, decidieron salir a tomar algo a un club de *rock* muy popular en la capital cántabra. Como era habitual, yo decliné la invitación a acompañarles por mucho que Nick me insistió.

—¿No te apetece divertirse un rato, *Mary Poppins*? —me preguntó de repente, como si no estuviera acostumbrado a mis negativas a salir con la banda.

—No, Nick, estoy cansada y tengo cosas que hacer.

—Si quieres me quedo contigo en el hotel. Puedes trabajar en mi habitación mientras yo trato de componer algo. No me vendría mal. Voy fatal de tiempo. — Suspiró.

—Mejor no —dije con desgana y, estúpida de mí, añadí—: he quedado en llamar a Xavier en menos de dos horas y me apetece darme un baño relajante.

Nick chasqueó la lengua algo molesto y luego, encogiéndose de hombros, contestó:

—Tú te lo pierdes.

Sin despedirse de mí, avisó a Héctor y a los chicos para que se fueran cuanto antes. Pagué la cuenta con la tarjeta de la discográfica, recogí el tiquet y me fui paseando de vuelta al hotel. Estaba tan cansada que no me veía con fuerzas para esperar dos horas y llamar a Xavier, así que decidí probar suerte y marcar su número. Xavier no respondió. A la hora, volví a llamar. Tampoco respondió. Cada media hora lo intenté y tampoco obtuve respuesta. Ni siquiera descolgó cuando se suponía que debía llamarlo. En ese momento, de hecho, lo tenía apagado o fuera de cobertura. Molesta con él y conmigo por ser siempre la que más interés ponía en esa relación, apagué el móvil y lo tiré contra la cama. Me retoqué el maquillaje y cogí mi bolso para tomar algo en el bar del *lobby* del hotel. Desde mi habitación se oía la música de un piano, así que di por hecho que habría más clientes tomando una copa. Tampoco quería hacer amigos allí, pero me negaba a parecer una perdedora que bebía sola en la barra de un bar y le contaba sus penas al camarero de turno.

Efectivamente, una docena de clientes charlaban animados en las pequeñas mesas mientras un pianista animaba la velada. Cogí la carta de cócteles y le pedí un mojito

al barman. Mientras lo saboreaba, no podía dejar de dar vueltas a mi relación con Xavier. ¿Por qué no había contestado a mis llamadas? Eran las once de la noche; ¿qué estaba haciendo para no poder hablar conmigo ni un minuto? ¿No podía haberme mandado un mensaje diciéndome que más tarde me llamaría? Todo tipo de teorías pasaron por mi mente. La primera de todas, que estaba con mi exjefa pasándosele pipa en su casa y había apagado el móvil al darse cuenta de que era yo la que no dejaba de llamarlo. La segunda, que le podría haber pasado algo: un accidente en carretera o un ingreso de urgencias en algún hospital. Pero en ese caso alguien me habría llamado para avisarme, ¿no? La tercera y más absurda, consecuencia del tercer mojito que me estaba bebiendo, era que había descubierto que yo había mantenido relaciones con Nick. «Pero eso es imposible», rectifiqué. Lo que había pasado entre nosotros solo lo sabíamos los chicos del grupo, Nick y yo. A menos que Félix y mi hermana se hubieran ido de la lengua, pero eso no podía ser. Ellos jamás me traicionarían, por más que odiaran a Xavier. Más molesta de lo que estaba antes de beber, pagué mi tres mojitos y me levanté del taburete de la barra.

—¿Qué haces aquí sola?

Di un respingo al escuchar la voz de Nick a dos dedos de mi nuca. Me giré hacia él y miré sorprendida el reloj. No era normal verlo de vuelta antes del amanecer.

—He bajado a tomar algo. ¿Y tú? ¿Por qué has vuelto tan pronto?

—Hoy no tengo el día —dijo mirándose los pies—. ¿Quieres tomarte otra de esa cosa con hojas de laurel que estás bebiendo?

—Es un mojito, y no: pensaba subirme ya a dormir.

—Entonces, te acompaño.

En silencio, caminamos hacia el ascensor. Nick parecía pensativo. Caminaba cabizbajo, con las manos en los bolsillos, sin percatarse de cómo los clientes que cruzaban el *lobby* se quedaban mirando los tatuajes de sus brazos, sus pantalones de cuero ajustados y su cinturón de tachuelas. Cuando se abrieron las puertas, salió una pareja de unos cincuenta años dispensándose arrumacos. Nos saludaron avergonzados y les di las buenas noches sonriendo. Me habría gustado saber cómo eran las vidas de aquellas personas. Descubrir que llevaban veinte o treinta años casados, que tenían tres o cuatro hijos ya independizados y que a pesar del estrés del trabajo seguían amándose con la misma pasión que al conocerse. Ya en el ascensor, suspiré y luego miré de nuevo a Nick. El cantante no dejaba de observarme.

—¿Hoy no te traes a nadie a tu harén? —En cuanto dije aquello me arrepentí. Había sonado a celos, había sonado a reproche... Y no venía a cuento.

—Si te acostaras conmigo, no tendrías que espiarme a escondidas para comprobar si subo tías a mi habitación o no.

Oh, oh. Adiós, doctor Jekyll; hola, míster Hyde...

—Déjalo, Nick, y perdona. No es de mi incumbencia con quién mantienes relaciones.

—No, perdóname tú. No debí contestarte así: es que llevo días sin poder

componer y eso suele irritarme...

Por su forma de mirarme, me lo estaba diciendo todo sin decirme nada.

—Ya... —Di un paso hacia atrás para guardar algo más de distancia entre nosotros.

—Tranquila: no voy a asaltarte ni a subirte ese vestido que lleva todo el día volviéndome loco, romperte las bragas y abalanzarme sobre ti. Si tú no quieres que lo haga, claro está. Pero si cambias de opinión, solo tienes que silbar. —Y en lugar de reírse de su propia broma, como acostumbraba, su expresión se tornó todavía más seria.

Me quedé muda tras oír la pequeña y detallada narración de todo lo que estaría dispuesto a hacerme e involuntariamente reproduje en mi mente cómo sería aquella escena. Cuando sonó el timbre del ascensor y me dispuse a salir, tuve que recordarme que era imposible caminar apretando las piernas. Primero tenía que dar un paso y luego otro...

—¿Sales o te lo estás pensando? —La sonrisa con la que lo dijo estaba cargada de picardía pero sus ojos seguían fríos.

Crucé a su lado y me dirigí respirando agitadamente hacia mi habitación. Él me adelantó a paso apresurado y se colocó frente a mí.

—Ey, olvida lo que he dicho en el ascensor y cuéntame qué te está pasando. — Me acarició la mejilla—. Ahí, en el bar, tenías cara de echarte a llorar en cualquier momento.

—No quiero hablar de ello, Nick. —Suspiré y me cubrí la cara absolutamente agobiada por el ciclón de emociones que estaba viviendo. Hacía una hora odiaba a Xavier, después me sentía destrozada por la idea de perderlo y hacía un minuto me había excitado imaginándome entre los brazos de Nick.

—¿Qué te parece si jugamos a un PR mientras yo trato de componer algo decente?

Me eché a reír. De vez en cuando nos echábamos un «yo pregunto-tú respondes» como el primer día que charlamos de camino a Valladolid. Desde entonces lo habíamos bautizado como PR.

—De acuerdo, pero cinco PR como máximo, que necesito dormir.

Sin necesidad de hablar, nos dirigimos a su habitación. Me quité los zapatos de tacón, como siempre hacía, y me senté en uno de los sofás con las piernas cruzadas. Nick sacó una botella de agua para mí y él se sirvió una cerveza.

—Con los mejunjes que te has tomado, lo mejor es que no mezcles —me aconsejó mientras me servía el agua en un vaso.

—Tienes razón, no tolero muy bien el alcohol —reconocí algo abochornada. Todavía recordaba la resaca que tuve el día después de haberme acostado con él en la fiesta de Charlie.

—Venga, si te parece empiezo yo con el turno de preguntas. —Siempre era él quien comenzaba, pero no me quejé—. ¿Qué te ha pasado para tener esa cara de

funeral?

Respiré hondo y le conté todas mis dudas sobre Xavier. Le expliqué que estaba molesta porque no había sacado el tema de venir a verme, que a veces sentía como si hablara por teléfono con un extraño y que esa noche no se había dignado cogerme el teléfono. Una vez que abrí la caja de los truenos no pude callarme, así que le confesé también mis problemas de celos incluso antes de saber que se había acostado con otra y mi sensación de que siempre era yo la que parecía tener más interés en la relación.

—Eso es todo. ¿Qué te parece? —dije al finalizar mi discurso.

—Uauuuu, pues sí que estás jodida. —Abrió los ojos de par en par y se pasó los dedos para retirarse el pelo de la cara. No sé si fue el gesto o ver su rostro despejado de rizos, pero me recordó la cara de un niño bueno. Y él de bueno tenía bien poco.

—Sé sincero. ¿Tú qué opinas? —le insistí, porque necesitaba la visión de un hombre con experiencia en aquellos terrenos.

—Ángel, al último que deberías pedir su opinión es a mí. No voy a ser objetivo, pero ya te lo dije: tu novio no me gusta un pelo.

En cuanto escuché cómo me llamaba, ignoré todo lo que había dicho después. Ángel. Me había llamado «ángel». Así me había llamado una y otra vez la noche que pasamos juntos. Algo se despertó de repente en mí. Una especie de hormigueo en el estómago, un calor sofocante, y de nuevo sentí cómo mi ropa interior se estaba achicharrando. Tratando de obviar todas aquellas sensaciones que solo me llevarían por el mal camino, pensé en cuál sería mi pregunta. De repente, decidí jugármelo todo y le pregunté por algo que llevaba intrigándome desde que lo había visto por primera vez.

—¿Qué significan cada uno de tus tatuajes?

—Son demasiados como para explicártelos todos. Nos llevaría dos noches.

—Nick, no te escaquees. Yo te he contado que soy paranoica, celosa e insegura. Me debes una respuesta jugosa.

Se levantó del sillón donde estaba sentado y, retirándose el cabello de la frente por segunda vez, me pidió que le siguiera al baño. Hice lo que me pidió sin saber muy bien qué pretendía y entonces se colocó frente al espejo, que ocupaba toda la pared sobre el lavabo. Yo lo observaba desde detrás. Se quitó la camiseta en un solo movimiento y, mirándome a través del espejo, me animó a que empezara.

—Estos son tu madre y su amante —dije señalando a la calavera de mujer y de hombre sobre sus dos pectorales. No me había olvidado de aquella confesión que me hizo en el local de ensayos. Nick asintió con la cabeza—. ¿Y la calavera gigante que cubre toda tu espalda? —Pasé mis manos sobre la tinta. Era la primera vez que me atrevía a tocar de forma consciente aquella imagen tan espeluznante.

—El cobarde de mi padre. Ocupa tanta piel porque al abandonarnos a mi madre y a mí ha marcado mi vida para siempre. Probablemente, todo el daño que él le hizo lo llevaré cargado a mi espalda hasta el día de mi muerte.

Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar el dolor y el rencor que le

guardaba. Sabía perfectamente qué quería decir, cómo se sentía, pero no era capaz de admitírselo. El hecho de que mi padre dejara a mi madre ha sido una losa con la que yo también he cargado. No sabía si Nick había sufrido más que yo; suponía que era así, pero los dos habíamos sido las víctimas de la falta de responsabilidad de nuestros progenitores.

Recorrí con la punta de mis uñas los símbolos tribales de sus brazos y me detuve en el dibujo de un corazón apuñalado por un cuchillo. Este tenía a su vez una serpiente enroscada con un ojo brillante que parecía observarme.

—La maldad siempre asesina el alma —contestó sin darme tiempo a preguntarle. Cogió mi mano y se la llevó al dragón alado que cubría su abdomen perfectamente tonificado—. El demonio se alimenta del alma —añadió con la respiración agitada.

La expresión de aquel animal mitológico era aterradora. Sin embargo, sentirlo bajo mi piel me excitó tanto que, sin ser consciente, di un paso hacia él. Ambos nos mirábamos a través del espejo: él delante y yo detrás, con mi brazo rodeándole la cintura y su mano apoyada sobre la mía justo en el borde de sus pantalones de cuero. Sin saber por qué lo hacía, me coloqué entre el lavabo y él, de espaldas al espejo, y uní sus manos bajo las mías. Las dos mitades del águila que llevaba tatuadas sobre ellas se unieron y solo así pude ver el tatuaje completo.

—Y el águila ¿qué significa?

—Mi liberación de la pesadilla que viví durante más de diecisiete años. Cuando comencé a tocar la guitarra, mis dedos me dieron la misma libertad que le dan las alas a un pájaro.

—Este me gusta. —Y levanté la cabeza para mirarle a esos ojos azules que aquella noche brillaban como nunca antes lo habían hecho.

Nick colocó sus manos en mis caderas. Sin retirar sus ojos de los míos, se apretó contra mí encajándose entre su cuerpo y el lavabo. Un jadeo se escapó de mis labios en cuanto sentí su erección a la altura de mi bajo vientre. Sin previo aviso, me levantó y en dos zancadas me metió dentro de la bañera junto a él. Los dos estábamos vestidos; bueno, él al menos no llevaba camiseta. Sin saber qué iba a hacer, abrió el grifo y el agua, primero helada y al segundo caliente, cayó sobre nosotros. Vio la sorpresa y la confusión en mi mirada y, con una sonrisa en los labios, me susurró al oído:

—Necesitamos limpiarnos del dolor de esta noche, ángel.

Y bajo el chorro del agua se desabrochó los pantalones empapados y se los fue quitando. Yo no podía moverme. Estaba hipnotizada viendo cómo las gotas resbalaban por su cuerpo completamente desnudo, lo salvaje y sexi que estaba con todo el cabello adherido a su cara y su cuello. De pronto, sujetó el borde de mi vestido y me miró pidiéndome permiso. Mis neuronas habían dejado de funcionar, o eran mis hormonas, ¡no sé! El caso es que, sin pararme a pensar, levanté los brazos y Nick sacó la prenda de mi cuerpo empapado. Después me desabrochó el sujetador y, de rodillas frente a mí, me fue quitando poco a poco el tanga. Sacó toda nuestra ropa

de la bañera, lanzándola al suelo, y cogió el bote de gel dejando caer su líquido sobre mis brazos, mis pechos, mi abdomen... Con sus manos, me enjabonó poco a poco. En sus ojos había tanta admiración y deseo que podía haberme excitado sin tocarme: con su mirada habría sido suficiente. Cuando terminó conmigo, comenzó a lavarse él. Sin pensarlo, sujeté sus muñecas para que me dejara hacerlo a mí. Derramé un poco de jabón sobre mis palmas y fui extendiéndolo por cada parte de su cuerpo. Jamás había experimentado un acto tan íntimo con ningún hombre, ni siquiera con Xavier. Una parte de mí se sentía tremendamente avergonzada; la otra disfrutaba explorando su cuerpo sexi y masculino. Una vez terminé de enjabonarlo, me rodeó la cintura y me acercó a él para aclararnos juntos bajo el chorro de la ducha. El agua caliente caía con fuerza sobre nosotros. Coló sus dedos entre mi cabello, acercó mi boca a la suya y se detuvo justo a un milímetro de mí. Lo miré confundida. ¿Por qué no me besaba? Sus pupilas estaban dilatadas por el deseo. Su iris azul brillaba con intensidad. Entonces supe cuál era el motivo por el que se había detenido. Quería que le demostrara que yo lo deseaba tanto como él. Un leve gemido se escapó de su garganta cuando mi lengua acarició su labio inferior. Nick entreabrió su boca y, sin más dilación, se lanzó a devorarme. No existía otra palabra en el diccionario que definiera mejor la forma que tuvo de hacerme el amor aquella noche. Me presionó contra la pared de la ducha y, sin dejar de besarme, comenzó a masajear mis pechos con lujuria. Cuando mis jadeos resonaban por todo el cuarto de baño, alejó una de sus manos y la posó entre mis muslos. Mi cuerpo reaccionó a su tacto permitiéndole mejor acceso y, sin demorarse demasiado, introdujo uno de sus dedos dentro de mí. Mis caderas reaccionaron al instante, apremiándolo. Comenzó a estimularme una, dos, tres veces y, sin previo aviso, coló otro dedo en mi interior. La sensación fue tan intensa que tuve que agarrarme a sus hombros para no perder el equilibrio.

—Sigue, por favor. —Al oírme decir aquello escondí avergonzada mi cara en su cuello.

A Nick mis palabras le tuvieron que resultar la mar de eróticas, porque respondió con un gemido de placer y comenzó a torturarme de nuevo con sus dedos. Cuando mi respiración se hizo más espesa, más acelerada y yo estaba a punto de tocar el cielo, retiró sus manos de mí y me colocó de espaldas a él.

—Apoya las manos en los azulejos, nena.

No dudé en hacer lo que me pedía. Lo necesitaba en ese momento. No podía esperar ni un segundo más. Me di cuenta entonces de que llevaba semanas reprimiendo mi deseo. Sin embargo, Nick se detuvo en cerrar el grifo de la ducha. Recogió mi cabello y lo retiró hacia un lado, apoyándolo en mi hombro derecho. Mi piel se erizó cuando me mordió con fuerza la nuca. Solté un pequeño grito de deseo y con la punta de su lengua lamió esa zona para luego recorrer con ella mi columna. La presión en mi abdomen se hacía cada vez más insoportable y por segunda vez en esa noche me escuché rogar.

—Por favor, Nick... Te necesito ya...

—Y yo a ti...

Sin perder más tiempo, separó mis piernas, agarró mis caderas y acercó la punta de su miembro a mi vagina. Presionó con fuerza pero algo le hizo retroceder.

—Si te hago daño, dímelo.

—Estoy bien —jadeé, sin querer demorar ni un segundo más lo que tanto deseaba de él.

Entonces volvió a empujar. Un dolor punzante me golpeó con fuerza. Sentí el torso de Nick sobre mi espalda y sus labios besando mi cuello. A los pocos segundos volvió a invadirme esa sensación de anhelo y placer y me relajé. Como si pudiera sentir cada reacción de mi cuerpo, comenzó a moverse con fuerza. Mis caderas no dudaron en seguir el compás que él marcaba. Nuestros jadeos también se acompañaron y nuestras respiraciones se volvieron prácticamente una, al igual que nuestros cuerpos. La intensidad de sus embestidas era enloquecedora. Colocó sus manos sobre las mías, que estaban apoyadas en la pared de azulejos, y entrelazó sus dedos con los míos.

—Así, ángel, no dejes de gritar, no dejes de moverte... Dios, me pones a cien...

¿Gritar? No me había dado cuenta de que mis jadeos se habían convertido en pequeños gritos hasta que él no me lo dijo. Escucharme a mí misma y los gruñidos que Nick emitía cerca de mi oído me excitó mucho más. Los dedos de mis pies se encogieron sobre la loza de la bañera. Mis piernas se tensaron. Mi espalda se arqueó. Empujé mi trasero hacia sus caderas y, contrayendo los músculos de mi vagina alrededor de su miembro, los dos nos vimos arrastrados por una ola de placer tan potente que sentí cómo mi interior se rompía en una loca secuencia de espasmos.

Durante unos minutos nos quedamos en aquella postura. Era agradable saborear los últimos retazos de placer junto al calor que desprendía el torso de Nick, que seguía pegado a mi espalda, y el frío de los azulejos de la ducha sobre mi pecho.

—¡Hostias! —se quejó Nick al separarse de mí. Aquel impropio me sacó de golpe del estado nebuloso en el que me encontraba—. Nos hemos olvidado de utilizar un condón. ¡Mierda!

Sorprendida por que yo tampoco había caído en ponerme protección, volví mi cara hacia él.

—Lo siento, Marta. Se me ha ido la olla —se disculpó como si solo él fuera el responsable.

—A mí también se me podía haber ocurrido. —Guardé silencio unos segundos procesando aquello. No debíamos agobiarnos (creía) y así se lo hice saber—. Además, tomo anticonceptivos, así que no tenemos que preocuparnos, a menos que tú...

—Estoy limpio y sano como una manzana. Me hago pruebas cada tres meses y siempre utilizo preservativos. O mejor dicho: siempre los utilizaba... hasta hoy. No sé qué me ha pasado.

Le tapé la boca con la mano para que no chafara el momento. Aquello le hizo

sonreír de nuevo. Al ver que comenzaba a tiritar, cogió una toalla gigante de baño y me envolvió en ella. Luego se cubrió con otra y me ayudó a salir de la bañera.

—Ha sido alucinante sentirte sin barreras. No lo había probado nunca —susurró mientras me ayudaba a secarme.

Me sonrojé hasta las pestañas. Era difícil de creer viniendo de un hombre que podía cubrir por completo las paredes de la *suite* del hotel con los nombres de todas sus amantes.

Nick lanzó nuestras toallas húmedas a la bañera y se colocó frente a mí. Levanté la cara para poder mirarlo a los ojos. Era tremendamente alto. Y guapo. Y sexi. Y tenía un cuerpo espectacular.

—¿Sabes qué pienso? —interrumpió mi escrutinio con una sonrisa ladeada cargada de malas intenciones.

—¿El qué?

—Que esta —señaló hacia abajo— ya te está echando de menos.

Su descarado me hizo sonrojar de nuevo. Miré hacia abajo y efectivamente comprobé que no mentía. Mis mejillas empezaron a arder.

—¿Y sabes qué pienso también? —volvió a preguntar.

—No. —Me preparé para escuchar otra barbaridad.

—Que tú también te has quedado con ganas de más.

Con un rápido movimiento me cargó al hombro y me llevó directa a la cama. Me lanzó con cuidado sobre el colchón y se tumbó sobre mí.

—Mañana por la mañana, *Mary Poppins*, tendrás que levitar con tu paraguas porque de andar ya puedes olvidarte.

Y antes de que pudiera rechistar, tenía a la estrella prometedoramente deslumbrándome con su arte.

Dos horas después, descansaba hecha una bola a un lado de la cama. Tenía mis músculos hechos papilla, como si hubiera corrido la San Silvestre. Nick nos cubrió con las sábanas y me abrazó por la cintura pegando su cuerpo al mío haciendo la cuchara. La habitación quedó en silencio. Tan solo se oían levemente nuestras respiraciones. Aunque mi cuerpo me pedía a gritos dormir un poco, mi mente no dejaba de analizar cada instante de esa noche. No sabía si alguien podía intoxicarse de sexo, pero en mi caso casi podría decir que sí. Todo me daba vueltas y no podía pensar con lucidez.

—Nick —lo llamé en voz baja.

—Mmmm —murmuró a punto de caer dormido.

—No sigas tatuándote.

—¿Mmmmmm?

—Te lo digo porque cuando conozcas al amor de tu vida y tengas hijos no te va a quedar espacio para tatuarte sus nombres. —Definitivamente el sexo podía nublar la

mente de una y volverla tonta de capirote.

Nick no contestó, pero al minuto le oír decir:

—No sufras, ángel. Eso no va sucederme nunca. Ahora, trata de dormir un poco.

EFECTO NEBULOSA

Me encontraba en el Topshop de Oxford Circus, en Londres. No me cabía ninguna duda de que era mi tienda favorita, porque nada más entrar detecté la capa a cuadros en tonos terracota que llevaba Taylor Swift a principio de temporada. Lo que no entendía era cómo había terminado allí: en mi paraíso particular de las compras. Entonces recordé que era Black Friday y habían cerrado los grandes almacenes británicos en exclusiva para mí. ¿Habría ganado un viaje a Londres en algún concurso de radio? A lo mejor había estallado una bomba nuclear y yo me había quedado encerrada entre zapatos de plataforma, abrigos de pelo y vestidos *vintage* a lo Alexa Chung. O directamente me había muerto y estaba en el reino de los cielos. Me daba igual: no debía desperdiciar más mi tiempo. Comencé a recorrer cada *stand*, cada sección, cada planta, y a cargar y cargar de prendas, bolsos y zapatos mi *shopping bag*. Sentí un pinchazo de dolor en el brazo. Se me había dormido posiblemente por llevar tanto peso. «Habría sido más acertado que me hubiera llevado el *trolley* o un carrito de la compra», pensé en aquel momento. Cuando me acerqué a las cajas casi lloré de alegría al ver que, por una vez en la vida, no tendría que esperar colas. En ninguna de las cuatro plantas me había cruzado con ninguna clienta. Tampoco con dependientes, para mi sorpresa. Entonces caí en la cuenta: no había nadie detrás de los mostradores para cobrarme. ¿Y cómo iba a comprar toda aquella ropa? Me negaba a salir de allí con la bolsa repleta de la próxima colección otoño-invierno y que un agente de policía me detuviera en la puerta. Comencé a preguntar si había alguien atendiendo. Como nadie respondía, ansiosa por probarme aquellos modelitos estupendos en casa, elevé un poco el tono de voz. Por arte de magia apareció Nick Mendoza detrás de la caja. Tocaba su guitarra... completamente desnudo.

—¿Qué haces tú aquí y en pelota picada? —le pregunté horrorizada.

No se dignó contestarme. Sin dejar de rasgar las cuerdas, me lanzó una sonrisa socarrona mientras me repasaba de arriba abajo. Bajé la vista hacia mi cuerpo, sin saber qué narices le hacía tanta gracia, y ¡mi madre, yo también estaba en cueros! Solté el *shopping bag* en el suelo con todo el dolor de mi corazón y busqué cualquier trozo de tela lo suficientemente grande como para cubrir mis glorias. Allí solo había cinturones, calcetines y collares babero monísimos, pero que en aquel momento no satisfacían mis necesidades. Me dije que lo mejor sería esconderme en algún probador, pero al tratar de moverme de nuevo una punzada de dolor me atravesó el brazo izquierdo. Mierda, me estaba dando un ataque al corazón. Iba a morir... Y sin estrenar absolutamente nada de la nueva colección del Topshop.

—Voy a morir en el Topshop... Voy a morir...

—Marta, Marta, ¡despierta! —alguien sacudió mi hombro con fuerza.

Me encontraba tumbada boca abajo, todavía desnuda, y sobre algo blandito. Esperaba que no fuera un ataúd bien acolchado y que no me hubieran enterrado en bolas. Luego pestañeé despacio y encontré la cara de Nick a un palmo de la mía. Seguía sin llevar nada de ropa y sostenía su guitarra, pero ya no había ningún mostrador de por medio, ni caja registradora, ni el Topshop en exclusiva para mí... Él estaba sentado en la cama a mi lado, sonriendo de oreja a oreja. Levanté la cabeza, comprobé que, efectivamente, había pasado la noche en su habitación del hotel y la dejé caer de golpe contra la almohada.

—Oh, Dios, ¿qué hemos hecho? —dije en tono lastimero.

—Hay miles de palabras que podrían definir lo que tú y yo hemos hecho: copular, fornicar...

—¡Basta, Nick! Hablo en serio. —Y volví a gemir de disgusto contra la almohada.

—Entonces lo mejor es que titules esta noche como «He tenido el sexo más alucinante, asombroso e inolvidable de toda mi vida».

Me giré sobre mi espalda y, cubriéndome con la sábana, lo miré atónita.

—¿Siempre te levantas por las mañanas con un subidón de ego?

—No. Y si te sirve de algo, yo también creo que fue el sexo más alucinante, asombroso e inolvidable que he tenido nunca. —Clavó sus ojos en los míos. Dejó la guitarra a un lado, levantó la sábana y se acomodó a mi lado, abrazándome. Luego añadió—: Claro que también podemos tener la mañana de sexo más alucinante, asombrosa e inolvidable de la historia.

Mientras mi mente trataba de procesar sus palabras, mi entrepierna ya estaba calentando motores y preparándose para el segundo *round*. Uní mis muslos con fuerza y dije lo que debía decir:

—Nick, esto no puede volver a suceder.

—¿Por qué? —preguntó, cortante.

—¿Es necesario que te lo explique?

—Sí, explícate, porque no lo entiendo. Lo pasamos bien juntos, flirteamos todo el maldito día, nos entendemos, el sexo es grandioso... ¿Eso no significa nada para ti?

—No es suficiente. —Me incorporé de la cama arrastrando la sábana conmigo.

—¿Por qué no es suficiente para ti? Para mí lo es.

—Porque no va a funcionar. Mírate y mírame. Somos personas completamente diferentes. No basta con que lo pasemos bien en la cama. Trabajamos juntos y esto que hay entre nosotros puede afectar a nuestra relación profesional. Además, tu vida es el grupo y la música. Yo estoy aquí de paso. La mía está en Madrid, en un trabajo estable y con...

—Y con Xavier. Pues déjalo.

—¿Cómo dices?

—Que dejes a tu novio.

—¿Me estás pidiendo que rompa con mi vida, con la persona a la que quiero? ¿A cambio de qué?

Nick se quedó en silencio. Me miraba fijamente, pero por más que buscaba una respuesta no sabía qué decir. No la encontraba porque no la tenía. Porque no podía ofrecermela nada.

—¿Ves lo que quiero decir? Ni siquiera sabes muy bien qué sientes por mí. Pretendes que pasemos estos meses juntos acostándonos cuando nos venga en gana, ¿hasta cuándo? ¿Hasta que te aburras de mí? ¿Hasta que deje de inspirarte? ¿Hasta que aparezca otra con la que «compongas música»? —enfaticé esto último para que supiera que no me creía esa fantasía que se había montado.

—No te puedo prometer nada. Bueno, sí, que la voy a cagar contigo porque siempre jodo todo lo que toco, pero sé que me gustas, y mucho. Y yo a ti. Sentí que conectábamos la primera noche que estuvimos juntos y hoy lo he vuelto a sentir.

—Pero esto no nos va a llevar a ninguna parte, lo siento.

De espaldas a él y con lágrimas en los ojos, me levanté de la cama. No quería ver su rostro. Me haría sentir mal y yo ya me odiaba lo suficiente. Ajusté la sábana a mi cuerpo y fui al cuarto de baño sin decir nada. Comprobé que mi ropa seguía empapada, así que volví a enfundarme en la sábana y salí dispuesta a volver a mi cuarto.

Cuando crucé la habitación para dirigirme a la puerta, Nick estaba sentado en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas y su cabeza descansando en las manos. Seguí sin ver su rostro. Tampoco dijo nada. Pasé a su lado y me despedí de él. No me respondió.

Antes de salir de su habitación, miré hacia ambos lados de la planta. Iba desnuda y envuelta en una sábana, así que cuando comprobé que no había nadie por el pasillo me dirigí corriendo hacia mi habitación. Al agarrar el pomo, me di cuenta de que había dejado mi tarjeta en el bolso y que este se encontraba en la habitación de Nick. Tendría que volver, porque bajar a recepción en cueros no era una opción. Giré sobre mis talones maldiciendo y escuché cómo se abrían las puertas del ascensor.

—¡Ahí va, Marta, qué gusto verte! —resonó la voz de Tony por toda la planta—. Acabo de morir y despertarme en el cielo, ¡gracias, Señor!

Lo miré aterrorizada y, ajustando bien la sábana a mi pecho, levanté la parte que arrastraba y salí corriendo.

—No corras, pequeña, que ya viene tu papaíto para ver qué escondes bajo la sábana.

—Ni te acerques, Tony, ¡eres un cerdo! —Giré la cabeza para gritarle aquello y vi al bajista acelerando el paso—. Aaaaah, socorro, ¡abre, Nick! ¡Abre, por favor! —chillé mientras golpeaba la puerta del cantante.

Tony no paraba de reírse a mis espaldas. Por fin, Nick abrió y corrí a esconderme tras él. Miró sorprendido a su amigo, que seguía tronchándose de la risa, y entonces pareció caer en la cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Dime, Tony, ¿qué bestialidad le has dicho ahora? —le preguntó con total naturalidad.

Luego, para mi sorpresa, se alejó de la puerta para dejarle pasar. Me arrinconé a un lado de la pared y le miré boquiabierto.

—Tío, tendrías que verla. Correteaba por el pasillo como si fuera a atacarla. ¡Ja, ja, ja, ja!

—Lárgate, tronco. No tiene gracia —le espetó, y por fin parecía enfadado.

—Vale, pero necesito visitar el trono, que con tanto correr y reír... ¡Ja, ja, ja!

Mientras Tony iba al baño, Nick y yo nos quedamos en silencio cada uno mirando hacia el lado contrario.

—Marta, le gusta escandalizarte pero no iba a hacerte nada. Eso lo sabes, ¿verdad?

Asentí poco convencida.

Justo en ese instante Tony salió por la puerta sonriente y con algo negro en las manos. Cuando pasó a nuestro lado, se lo llevó a la nariz e inspiró exageradamente.

—¿Así de bien huele la rubia? —se dirigió a Nick—. Eres un tipo con suerte, mamón.

Miré horrorizada el trozo de tela negra de encaje que llevaba en las manos. Nick, con gesto irritado, se lo quitó de un tirón y agarrándolo del brazo lo arrastró hacia la puerta.

—Tony, vuelve a pasarte con ella y te parto la cara. ¿Te queda claro?

—Tranquilo, tranquilo, fiera... Solo era una apreciación. —Levantó las manos en son de paz mientras daba marcha atrás hacia el pasillo—. Mañana si quieres te hago la colada, Marta.

Nick hizo amago de salir corriendo tras él y el pervertido de Tony salió zumbando hacia su habitación muerto de la risa. Nick puso los ojos en blanco y cerró de un golpe la puerta de su habitación.

Yo seguí pegada a la pared, sin moverme y sujetando con fuerza la sábana. Me miró con ternura, se mordió los labios y caminó despacio hacia mí. Justo cuando estaba a escasos veinte centímetros de mi cuerpo, se detuvo.

—He estado pensando. Más o menos entiendo qué te sucede. —Dio un paso más hacia mí.

—Ya te lo he explicado, Nick.

—Ahora me toca hablar a mí. —Se retiró dos mechones ondulados que caían sobre sus ojos y, apoyando una mano en la pared justo al lado de mi cabeza, clavó sus ojos en los míos—. Sé que puedo asustarte porque soy directo, apabullante e impulsivo. Hasta me doy miedo a mí mismo a veces. Y todavía más cuando no puedo comprender por qué eres lo único en lo que pienso últimamente, por qué siento paz

solo con tenerte cerca o por qué desde que te conocí he imaginado que era tu cuerpo el que tocaba cada vez que he estado con otra mujer. Pero tienes algo que se convierte en música para mis oídos. Eso suena raro, pero es cierto.

Reflexioné sobre lo que había dicho. A mí me sucedía lo mismo. No oía música pero en varias ocasiones tuve que esforzarme por no pensar en Nick cuando estaba con Xavier.

Se acercó unos milímetros más a mi cuerpo y siguió hablando.

—Marta, por más que tratemos de resistirnos, sé que no va a funcionar. Yo estaré pensando en ti y tú estarás pensando en mí. —Suspiré al sentir su suave aliento tan cerca de mi boca—. No tienes que cambiar nada de tu vida —continuó hablando—. Solo te pido que vivamos el aquí y ahora. Luego, cuando termine la gira, puedes seguir con tus planes... Con él. No tiene que enterarse de nada. Aquí solo somos tú y yo. No habrá otras mujeres. No habrá compromiso. Solo te pido una oportunidad de que disfrutemos de lo que tenemos, de que nos dejemos llevar por la atracción que sentimos.

Probablemente siguió tratando de convencerme, pero yo me perdí en algún momento de su discurso. No sé si fue cuando sus labios se posaron con suavidad sobre la piel de mi cuello, cuando comenzó a mordisquear el lóbulo de mi oreja, cuando sus dedos acariciaron mi mentón y muy lentamente descendieron hasta el borde de la sábana que se apoyaba sobre mis pechos. Él sintió que aflojaba la intensidad con la que lo agarraba y aprovechó la oportunidad para retirar mis manos y dejarla caer al suelo. De nuevo desnuda junto a él, levanté mis brazos para enredarlos en torno a su nuca. Su boca buscó la mía con desesperación. La mía gimió como si llevara siglos sin probarlo. Levanté una pierna alrededor de sus caderas para acercarlo aún más a mí mientras nuestras lenguas se enroscaban con frenesí. Comprendiendo la necesidad de mi cuerpo, colocó sus manos bajo mi trasero y me elevó hasta tenerme perfectamente encajada sobre su miembro. Aproveché para entrelazar mis piernas alrededor de su cintura y entre jadeos le pedí que me llevara a la cama otra vez. Me recostó sobre ella y, sin apartar la vista de mi rostro, se quitó la ropa interior. Podía sentirlo entre mis piernas: duro y preparado para introducirse hasta lo más profundo de mi ser. Sin embargo, no se precipitó. Saboreó el momento de tenerme justo debajo de él. Entonces, nuestras miradas se encontraron. Detrás de su vehemencia y su pose de tipo duro, Nick era un amor y el hombre con los rasgos más perfectos y armónicos que jamás había visto. Sus cejas tenían el arco correcto; sus pestañas eran negras y espesas; sus ojos, azules, grandes y rasgados; sus labios, sensuales, masculinos, jugosos. Recorrí cada uno de ellos con la yema de mis dedos sin poder creerme la belleza que poseía aquel chico. Al pasar mi mano por su suave pómulosladeó la cara, como si disfrutara por primera vez del placer de las caricias. Enmarqué su cara con ambas manos y, justo cuando su boca se unió de nuevo a la mía, me embistió con tanta intensidad que creí romperme en dos. Con urgencia y desesperación, comenzó a moverse dentro de mí. Cada empuje lo sentía como una descarga eléctrica

desplazándose desde mi centro hasta cada poro de mi piel. Sí. Él era apabullante, incluso cuando hacíamos el amor.

—Ángel, estoy escuchando nuestra música —pronunció entre jadeos—. No pares porque voy a perderme dentro de ti.

Me pregunté cómo podía decir aquellas cosas tan bonitas. ¿Eran ciertas o el producto de una mente habituada a escribir letras impactantes para conquistar a sus fans? Lo fuesen o no, sus palabras me encendieron del todo y agarré con fuerza sus caderas para que acelerara todavía más el ritmo.

—¿Así te gusta, nena? Dímelo.

—Síiiii...

Y siguiendo el ritmo de sus envites, me abracé con brazos y piernas alrededor de su cuerpo y me preparé para recibir un orgasmo inmenso, arrasador, interminable... Cuando mi cuerpo se desplomó sobre la cama, Nick emitió un gruñido de placer y cayó sobre mí. Volví a abrazarlo con fuerza sin querer romper nuestra conexión.

Él tenía razón. Nosotros conectábamos. ¿En qué? No me quedaba más remedio que averiguarlo.

Así fue como me convertí en la amante de Nick Mendoza. O mejor dicho: él se convirtió en mi amante. Yo era la traidora. La infiel. Una adúltera. La zorra sin escrúpulos que estaba engañando a su novio porque no tenía el valor suficiente para romper con él. Una miserable cobarde que seguía acostándose noche tras noche con otro hombre aun sabiendo que aquello era un error. No necesitaba consultar a Sandro Rey para saber que la relación con un cantante de un grupo de *rock* no me llevaría a ninguna parte. Él seguiría cosechando éxitos, conocería a una modelo de Victoria's Secret, se enamoraría de ella y yo un día abriría la primera página de la revista *Cuore* y descubriría que la verdadera razón por la que no vino a mi fiesta de cumpleaños era porque estaba dándose el lote en una playa de Malibú con ella. Mi corazón se rompería en mil pedazos. Treinta años después, estaría sola en una casa con olor a cebolla rodeada de novelas románticas y una docena de gatos, arrepintiéndome por haber dejado a mi guapo novio fotógrafo por una aventura con un rockero.

Por eso, decidí poner fecha de caducidad a mi *affaire* con Nick. Cuando terminara la gira, llegaría inevitablemente el punto y final. No podía arriesgar mi vida y mi corazón por Nick Mendoza. Pero tampoco podía resistirme a él. Me hacía sentir viva, única, especial. A su lado me sentía segura, hermosa y deseada. Mi pasado no importaba. Mis problemas con mi madre, conmigo misma, no importaban. Todo lo que no fuéramos él y yo quedaba oculto bajo una nebulosa, un borrón. En un programa de televisión, escuché decir a una psicóloga que la atracción sexual era como la cocaína; que intervenían los mismos centros cerebrales que al consumir aquella droga. Estaba absolutamente de acuerdo. La vida a su lado era divertida, emocionante e intensa. Con Nick me sentía en lo más alto, y cuanto más tiempo

pasábamos juntos, más necesitaba de él. Era adictivo. Era mi droga.

Sin duda, como en cualquier adicción, la peor parte llegaba cuando me daba el bajón. Los remordimientos de conciencia eran puños de acero golpeando en mi cabeza. Y se multiplicaban cada vez que hablaba con Xavier. Aquella mañana, después de haber pasado la noche con Nick y haber hecho el amor no una sino tres veces, volví a mi habitación. Mi móvil seguía tirado encima de la cama. Lo encendí consciente de qué iba a encontrarme. Y no me equivoqué. Tenía más de cinco llamadas de Xavier. Por un momento me planteé volver a apagarlo y esperar a que pasaran unos días antes de hablar con él, pero eso levantaría sospechas; así que, con manos temblorosas, marqué su número y esperé. Cuando escuché su voz, mis ojos se cubrieron de lágrimas. Apreté los párpados para contenerlas y traté de hablar con total normalidad.

—Hola, Xavier.

—Cariño, anoche no pude contestar tu llamada. Estaba haciendo unas fotos en una fiesta que había organizado una editorial.

—No te preocupes, no pasa nada —dije con un hilo de voz, y mentalmente me reprimí.

—¿Seguro? Como te llamé después y esta mañana y tenías el teléfono apagado, pensé que podías estar enfadada.

—No, no, en absoluto. Estoy bien. Es que... ayer tuve un día muy duro y estaba cansada, me quedé dormida y se me olvidó cargar el móvil. Hasta ahora no me había dado cuenta de que lo tenía apagado.

—Ah, mejor. Me quedo más tranquilo. Y cuéntame, ¿qué tal todo? ¿Te dan muchos quebraderos de cabeza los famosos?

—Pueeeess... No, lo normal, supongo.

—¿Estás bien, Marta? ¿De verdad que no estás molesta conmigo?

—No, no. Solo que... tengo que dejarte. Espero una llamada importante de un periódico.

—OK, no te entretengo. Mañana hablamos.

—Perfecto. Un beso, Xavier.

—Marta, espera, no cuelgues.

—Sí, dime.

—Te echo de menos, cariño.

—Y yo a ti también.

Tras decir aquello, me embargó una fuerte sensación de angustia. El estómago se me encogió provocándome una arcada. Dejé caer el teléfono en la cama y me precipité hacia el baño. Me sujeté con fuerza al lavabo temiendo que no llegaría a tiempo para levantar la tapa del retrete. Esperé la siguiente arcada, pero no llegó. La desazón de mi cuerpo era insoportable. Necesitaba vomitar. Abrí la boca como si de aquella manera pudiera facilitar el vómito, pero no sucedió nada. La amargura y la angustia seguían carcomiéndome el estómago. Por un segundo me planteé

provocármelo. Miré mis manos. Estaban temblando. No. No podía hacer aquello otra vez. Con la respiración agitada, abrí el grifo de la ducha y me metí dentro de la bañera. Como había dicho Nick, necesitaba limpiarme del dolor.

Aunque me avergüence admitirlo, las siguientes ocasiones en las que hablé con Xavier por teléfono no fueron tan traumáticas como aquella primera vez. Es increíble cómo llega un momento en el que una se acostumbra a mentir hasta convertirse en un mero acto reflejo. Nick tenía mucho que ver en ello. Cuando me atormentaban los remordimientos me consolaba saber que en cuanto le viera, la neblina del deseo los cubriría con su manto hasta hacerlos desaparecer por completo. Xavier dejaría de existir y, por lo tanto, ya no habría traición ni arrepentimiento. Sabía que estaba viviendo bajo una falsa ilusión, pero era más cómodo para mí no pensar en ello. No era capaz de resistirme a la atracción que sentía por el cantante y, por lo tanto, era más sencillo obviar mi infidelidad y convencerme de que en unos meses mi aventura terminaría. Era infinitamente más fácil que luchar día tras día contra mis impulsos y sentimientos.

Consciente de mi debilidad por aquel hombre, tuve momentos en que me planteé contárselo todo a mi hermana y a Félix. Ellos me abrirían los ojos y me convencerían para que volviera a mi vida en Madrid. Sin embargo, no estaba preparada para aquella conversación. Me avergonzaba confesar que me había dejado arrastrar por la lujuria y el sexo, porque, seamos sinceros, entre Nick y yo solo había eso. Lo pasábamos bien juntos y nos entendíamos, pero hasta un ciego vería que éramos personas completamente diferentes y que una vez que el fuego de la pasión entre el rockero y yo se consumiera, no quedarían ni las brasas. Ya no habría nada que nos uniera.

Una tarde, justo cuando los Demonic Souls estaban haciendo la prueba de sonido en una sala de conciertos de Guipúzcoa, decidí llamar a mi hermana. Llevaba todo el día convenciéndome de que debía confesarle mi aventura, de que necesitaba un punto de vista objetivo: un maldito consejo. Sin embargo, fui evitando el tema y dando tales rodeos que nuestra conversación cambió de dirección. Tanto, que fui incapaz de confesar mi pequeño y sucio secreto. Después de charlar sobre sus estudios y sus amigas, se me ocurrió preguntar por nuestra madre. Cristina se quedó en silencio largo rato y soltó una tontería para tratar de desviarme del tema. Me dijo algo así como: «Se ha ido a vivir con los Brangelinos porque dice que alguien tiene que convencer a Shiloh para que lleve vestidos». Eso me hizo pensar que había sucedido algo grave. Muy grave. Mi hermana tiene la fea costumbre de decir memeces cuando está viviendo momentos de tensión. Recuerdo la vergüenza que pasé en el entierro de nuestra tía abuela cuando Cristina, en lugar de dar el pésame al viudo, le dio la enhorabuena. No lo hizo con mala intención: simplemente no sabe tolerar las situaciones de estrés y se pone tan nerviosa que su cerebro funciona al revés.

Bajo esa premisa, no era extraño que pensara aquella tarde, durante la prueba de sonido, que algo malo le pasaba a mi madre (por mucho que le preocupara a doña Lucía la identidad sexual de la pequeña Pitt, cosa que era cierta). Después de insistir a Cristina una y otra vez para que me contara la verdad, al final me explicó la situación que estaba viviendo en casa:

—Mamá y papá no se hablan.

—¿Quééééé? —exclamé—. Eso es imposible. Ellos nunca discuten. Mamá manda y papá obedece.

—No es broma, Marta. Llevaban semanas discutiendo todas las noches.

—¿Y sabes cuál es el motivo?

—Ni idea, pero escuché a mamá llorando y diciéndole que no se esperaba algo así de él. Papá le gritó. Cuando entré en el despacho, que es donde estaban teniendo la bronca, se callaron de sopetón y trataron de disimular.

—Es extraño, ellos no discuten nunca y tu padre jamás le ha alzado la voz.

—Por eso estoy preocupada, Marta. Algo les sucede, pero cuando les pregunto el qué, responden con evasivas: que si papá tiene mucho estrés, que si mamá está preocupada por ti...

—Mamá sigue sin contestar mis llamadas —le informé, aunque mi hermana probablemente estaba al tanto.

—Lo sé, Marta, y no es por justificarla, pero tampoco se lo tomes en cuenta. No está viviendo su mejor momento.

—¿No tendrán problemas económicos? Con la crisis, supongo que ya no se compran tantos coches de lujo.

—No tengo ni idea. Ya conoces a papá, él nunca habla del trabajo en casa. Supongo que tendrán una mala racha. —Se quedó callada unos segundos. Estaba claro que Cris estaba muy preocupada.

—Cariño, no te agobies. Se les pasará, ya verás.

—Ya, ya... Y dime: ¿tú cómo estás? ¿Va bien la gira? —Noté que prefería cambiar de tema y no seguir hablando de ello. La situación de mis padres pintaba mal.

—Sí, prácticamente llenan todos sus conciertos. Alguno ha sido flojo, pero en general la gira les está yendo muy bien.

—¿Y cómo lo llevas con Nick?

Se me cortó la respiración. Era el momento perfecto para soltar la bomba... si yo fuera una mujer con un par de ovarios en lugar de tener dos cacahuetes.

—¿Qué quieres decir? —Lo dicho. Cacahuetes.

—Nada, Marta, simplemente quería saber si tenéis buena relación o estás hasta el gorro de aguantarle. Leí en Internet que después de cada concierto sale de fiesta, se lía con alguna fan en el camerino y se emborracha hasta casi perder el conocimiento.

—No te creas todo lo que lees, Cristina. La prensa a veces cuenta mentiras con tal de vender. Él no es así. Se toma su trabajo en serio y...

—¿Te has molestado, Marta?

Me quedé perpleja. ¿Desde cuándo yo me había convertido en el abogado defensor del rockero?

—¿Yo? No. ¿Por qué me iba a molestar lo que digan de Nick?

—No sé... Pareces un poco enfadada, y recuerda que soy tu hermana: con oír tu voz puedo adivinar si estás triste, alegre, estreñida o con la regla.

Y no mentía. Mi hermana y yo no nos conoceríamos más a la perfección ni aunque fuéramos gemelas. Mentirle iba a ser complicado, así que la mejor opción era hacerle la cobra si no quería que adivinase que era una vil traidora.

—De verdad, Cris, que no me pasa nada. Simplemente estoy un poco cansada, eso es todo. Ir de gira es estresante. Y, por cierto, tengo que seguir trabajando.

—Vaaaaale. De acuerdo, no te entretengo más. Cuídate mucho, Martuca.

—Tú también... Y Cris, no te preocupes por mamá y papá. Lo que les suceda lo superarán, ya verás. Tú tranquila, que no vas a ser hija de divorciados como todas tus amigas.

—Eso espero. Te quiero, Marta.

—Yo también te quiero, hermanita.

Nada más colgar me dejé caer en una de las sillas de la sala de conciertos. En aquellos momentos estaba completamente vacía, con toda la iluminación encendida. Los chicos seguían probando sus instrumentos y dando las órdenes a los técnicos de sonido.

—¡Javi, bájame la voz, que me estoy quedando sordo! —gritaba Nick señalando el pinganillo que colgaba de su oreja—. ¡Y por el monitor solo oigo la batería!

—Vale, Mendoza, usted perdone —escuché decir por los altavoces al técnico de sonido.

Mientras seguían discutiendo sobre si un monitor del escenario se oía o no, reflexioné acerca de la conversación con mi hermana. Cristina me lo había puesto en bandeja para que le contara lo mío con Nick y yo no había tenido el valor suficiente para decirle la verdad: que odiaba aquellos chismes que circulaban sobre él porque la única que ocupaba su cama era la adúltera de su hermana mayor. Para colmo, me había mostrado demasiado vehemente cuando me había contado los rumores que circulaban sobre él. Y por mucho que me doliera admitirlo, eran completamente ciertos. Desde que comenzó la gira, Nick se había acostado con una tía diferente en cada ciudad que habíamos visitado. Tan solo rezaba para que no lo hubiera vuelto a hacer desde que él y yo teníamos... esto. ¡Leñe, no sabía qué nombre ponerle a mi relación con él!

—¿Qué sucede dentro de esa cabecita rubia?

Levanté la vista y me encontré con Nick en cuclillas frente a mí, apoyando sus manos en mis rodillas.

—Cosas de familia... —Sonreí tratando de disimular mi malestar.

—Ya hemos terminado la prueba de sonido, así que mis oídos son todo tuyos.

—No quiero hablar de ello... Mi madre y yo no tenemos muy buena relación que digamos y no la vamos a tener nunca; así que no tiene sentido darle más vueltas. — Rodeé las pulseras de mi muñeca y comencé a girarlas. Me estaban entrando unas ganas locas de llorar...

—No te agobies, conozco una manera muy eficaz de olvidar los problemas. —Me lanzó una sonrisa ladina. Sus manos ascendieron desde las rodillas hasta casi el punto de unión de mis muslos, justo donde terminaban mis *shorts* vaqueros.

—Dame una pista —respondí imitando su sonrisa. Aquel hombre podía cambiar mi humor en una décima de segundo.

—Te daré varias: camerino, sofá, tú sin bragas, mi boca ahí, tú flipando y yo deleitándome durante veinte minutos.

—¿Veinte minutos? —pregunté sonrojada.

—Sí, es el tiempo que tardarán los chicos en tomarse unas cervezas en el bar de enfrente.

—Ya veo que lo tenías perfectamente planeado —comenté entre risas.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Quieres quitarte el estrés o no?

—Oh, sí.

Nick se incorporó y, agarrándome las manos, tiró de mí para que me levantara de la silla. Colocó mi brazo para que le rodeara la cintura y echó el suyo sobre mis hombros. Me estremecí al sentir la calidez de su cuerpo y sus dedos rozando mi piel. Incluyó su cabeza hacia mí en busca de mis labios y, depositando besos suaves y muy prometedores, caminamos hacia la zona de los camerinos.

En menos de dos minutos, la conversación con mi hermana, los problemas de mis padres, los rumores de la prensa..., todo quedó oculto bajo el efecto nebuloso que ejercía Nick sobre mí. En un minuto estaba gritando de placer. En dos minutos me deleitaba con el mejor de los orgasmos.

Ese chico sabía cómo batir un récord.

POLVOS MÁGICOS

Nick estaba sentado en la cama componiendo una nueva canción tras el maratón sexual al que me había sometido aquella tarde. Todavía seguía con la idea absurda de que el sexo conmigo le despertaba la inspiración, así que componer ya era parte de la rutina poscoital. Con esa costumbre suya de ponerle nombre a todo —*Muñequita* a su moto, *Nena* a la guitarra, *Martillo de Thor* a su pene—, ahora yo había sido recién bautizada con el nombre de *Polvos mágicos*, gracias a mi don especial para inspirarle nuevas composiciones musicales. Ese chico estaba como una regadera.

—*Polvos mágicos*, ¿te apetece que salgamos con el grupo esta noche? —le escuché decir por encima de la música que emitía su guitarra.

—Si tú quieres... —respondí sin mucho interés.

Estaba tumbada en posición fetal, hipnotizada, observando cómo escribía a toda velocidad notas musicales en un cuaderno de pentagramas. Todavía me parecía sorprendente que el *rock* se pudiera traducir en corcheas, blancas y negras. Así de negada era yo para la música.

Nick dejó de tocar y se tumbó a mi lado.

—A mí me da igual salir de fiesta o no, pero lo digo por tu bien. —Arqueé las cejas. Yo no era animal nocturno. Al comprender mi expresión, añadió—: Es que tengo miedo de que tengas una sobredosis de orgasmos si nos quedamos otra noche en la habitación.

De mi boca se escapó un resoplido bastante poco femenino.

—¿No crees que eres un poco creidito?

—Nena, a las pruebas me remito.

Me eché a reír por el tono chulesco en el que lo dijo. Tenía razón: jamás había conducido un coche con tantos caballos ni con la cilindrada de Nick. Aquel hombre era insaciable. Un Ferrari. Podía llevarme al cielo una, dos y tres veces a toda velocidad. Gracias a él también había descubierto una faceta mía que desconocía: que me gustaba el sexo, y mucho. Nunca me había considerado una mujer muy fogosa, es cierto. Por lo general disfrutaba, pero no siempre llegaba al orgasmo. Ahora sabía a ciencia cierta que pertenecía al grupo de las mujeres multiorgásmicas, y que daba igual las veces que mantuviera relaciones sexuales durante una noche, que siempre alcanzaba el clímax. Incluso el exceso de «ejercicio físico» había cambiado mis hábitos alimentarios. Me pasaba el día picoteando, algo impensable en una chica como yo, que se había pasado toda una vida contando calorías y controlando su apetito.

—De acuerdo. Nos vendrá bien tomar un poco el aire —acepté—, pero con una condición: cuando termine el concierto me vuelvo al hotel, que tengo cosas que hacer. Luego te llamo y me dices dónde estáis.

Aquellas cosas que tenía que hacer no eran otras que la llamada de rigor a Xavier. No me atreví a decírselo explícitamente a Nick, aunque seguramente él estaba al tanto de que cada noche hablaba con mi novio; no obstante, jamás hizo un comentario al respecto.

—No hace falta que me llames. La fiesta se hará aquí, en el ático del hotel —me aclaró Nick.

—¿Y quién la ha organizado?

—Nadie. La vas a organizar tú.

—¿Quééééé? Son las cinco de la tarde, Nick, y el concierto es a las nueve y media. No sabemos si el hotel lo tiene reservado para algún evento; tampoco tengo una lista de invitados ni un DJ... ¿O quieres que pinche el *disc jockey* del hotel y pasarte toda la noche bailando el «*Waka Waka*»?

Nick, que se pasaba por el forro mis quejas, retiró la sábana que cubría mi cuerpo y se tumbó encima de mí. Sonriendo, me besó la punta de la nariz.

—No te agobies, *Mary Poppins*. Nuestra idea es invitar a algunos colegas que conocemos aquí en Valencia, algunas fans y poco más. Tú encárgate de la movida del hotel y nosotros nos ocupamos del resto.

—O sea, teníais planeada la fiesta. —Lo miré indignada.

—Algo así... Bueno, se nos ocurrió anoche. —Siguió plantando pequeños besos sobre mis mejillas.

—Y me lo dices ahora... ¡Y para de besarme, manipulador! —Le di un pequeño azote en el culo para que dejara de aplastarme con su cuerpo.

—Dios, ángel, no seas cascarrabias, que cuando te enfadas te vuelves toda rosa y arrugas la naricilla, lo cual me recuerda...

Le tapé la boca.

—Pasas demasiado tiempo con Tony. —Mi comentario le provocó una carcajada. Me besó la yema de los dedos y luego fue descendiendo con su boca por mi cuello, mis clavículas, mi esternón...

Suspirando, descolgué el teléfono para hablar con recepción. Tenía que organizar una fiesta en menos de cuatro horas, llegar a un acuerdo económico con el gerente del hotel y controlar que no se me escapara un gemido mientras mi granuja favorito jugaba conmigo.

Los astros se conjuraron a mi favor y no pudimos celebrar la fiesta en el ático del hotel Las Dunas de Valencia, donde estábamos alojados. Según me explicó el director, ese fin de semana celebraban una convención de medicina psiquiátrica. La empresa farmacológica organizadora tenía las instalaciones del hotel reservadas

desde hacía meses para la presentación de sus productos a los especialistas. Aquella noticia me llenó de alivio no solo porque me quitaba un peso de encima, sino también porque estaría rodeada de expertos con la capacidad de poder encerrar en un psiquiátrico al bajista del grupo. Cada día tenía más claro que Tony sufría de un grave trastorno de satiriasis. La obsesión por el sexo y las mujeres de aquel hombre rozaba la locura. Su apetito sexual superaba con creces el de Nick, y ya es mucho decir. Al bajista le daba igual que la chica fuera guapa o fea con tal de llevársela a la cama. Lo curioso era que siempre que abandonábamos un hotel y hacía el *check out*, su habitación tenía un cargo por el alquiler de una película porno. ¿Cómo era posible que con tanto ajeteo sexual tuviera ganas de ver cine X? Nick decía que Tony era un salido mental y que hablaba más que actuaba, pero yo no las tenía todas conmigo. Por si acaso, me mantenía alejada de él siempre que podía. Bastante tenía yo con aguantar sus comentarios picantes, sus gestos obscenos cuando me miraba fijamente las piernas o el escote y sus carcajadas cada vez que yo reaccionaba poniéndome colorada. El muy cretino detectaba mi bochorno y se tiraba al suelo de forma exagerada, tronchándose de risa. En serio: ese chico necesitaba un psiquiatra.

Para mi sorpresa, los chicos no se tomaron tan mal la noticia de que no habría fiesta esa noche en el ático del hotel. De hecho, decidieron improvisar un plan B sobre la marcha. Cuando terminó el concierto y me disponía a coger un taxi que me llevara al hotel, Nick me interceptó para pedirme que los acompañara. Me sabía mal no poder hablar con Xavier en la intimidad, pero siempre podía escaparme en algún momento de la noche para hacerle una llamada. Héctor condujo el todoterreno hasta las afueras de la ciudad. Se incorporó a la autovía del Mediterráneo y, a unos diez kilómetros, tomó la salida hacia un área industrial. Nos seguían dos taxis, ocupados por cuatro chicos del equipo de producción y dos montadores de escenarios, que en el último momento se habían unido a nosotros para salir esa noche. Cuando aparcamos no tenía la más remota idea de dónde nos encontrábamos. Solo esperaba que la discoteca no estuviera llena de fans de la banda. Bastante incómodo era ver a las mujeres comerse con los ojos a Nick en cada concierto como para tener que soportar a sus seguidoras ofreciéndole su número de teléfono. Tampoco podía molestarme por que las chicas trataran de seducirle descaradamente: fui yo la que insistió en mantener nuestra relación oculta cuando estuviéramos en público. Así que, de cara a la galería, él seguía siendo el líder de una banda de *rock* bastante popular, uno de los hombres más sexis del país y completamente libre.

Edu, Tony y Charlie fueron los primeros en bajarse del vehículo para reunirse con el resto de los chicos. Nick y yo caminamos unos pasos detrás de ellos charlando sobre las buenas críticas que habían recibido en las redes sociales. La calle de aquel polígono industrial estaba completamente desierta. Tan solo una veintena de coches estaban aparcados a lo largo de las aceras. No habíamos recorrido más que unos cien metros cuando Tony nos avisó de que había encontrado el local. Al parecer, unos amigos suyos valencianos se lo habían recomendado y nos esperaban dentro desde

hacía ya un rato. Sobre la fachada había un cartel con luces de neón donde se podía leer Barbie Club, con una flecha también iluminada indicando la entrada. Era un edificio decorado con un grafito que evocaba algo parecido a la ciudad de Las Vegas: hoteles de lujo rodeados de fuentes y palmeras, un casino y un Cadillac clásico pintado en rosa.

Tony se acercó a hablar con el portero. El tipo era alto y fornido, con el cabello rubio hasta los hombros y una perilla de chivo que le colgaba unos veinte centímetros. Si le ponías un casco y dos cuernos, podría haber pasado por un vikingo. Estuvo hablando unos minutos con el bajista y después este sacó un fajo de billetes de cien euros y se lo dio al portero.

—Chicos, tenemos barra libre. El tito Tony invita —dijo el bajista con orgullo, como si hubiera hecho el gran negocio de su vida.

—¿De bebida? —le preguntó uno de los técnicos de sonido que nos acompañaba.

—De bebida y... de lo que te apetezca, tronco.

Los chicos rompieron en aplausos y golpearon la espalda del bajista a modo de agradecimiento. Miré a Nick interrogante. Aquello de «barra libre de lo que te apetezca» no me daba buena espina. Este realizó un gesto con los hombros y me lanzó una sonrisa inocente que no me creí ni por asomo. Después hizo una reverencia en plan «las damas primero» y me dejó que entrara la primera en aquella discoteca.

Cuando el vikingo abrió la puerta para mí, me encontré con una macrosala ambientada con una iluminación muy tenue y puntos de luz roja estratégicamente situados. De los altavoces sonaba a todo volumen la versión del «*Lady Marmalade*» de Christina Aguilera, Lil' Kim, Mia y Pink. Alrededor de un escenario circular se distribuían sillones de terciopelo rojo en torno a pequeñas mesas de centro redondas y negras. Mientras mis ojos se esforzaban por acomodarse a aquella escasa iluminación, Nick tiró suavemente de mi mano para llevarme hacia uno de los reservados. La clientela que nos rodeaba comprendía todas las edades, pero era básicamente masculina. Tan solo la mesa contigua a la nuestra estaba ocupada por cuatro mujeres de unos cuarenta años. Iban vestidas muy sexis y elegantes. Me avergoncé un poco: esa noche no me había arreglado en exceso pensando que iría al típico bar rockero. Tan solo llevaba una blusa corta transparente en color marfil sin mangas que se abotonaba hasta el cuello y unos *shorts* vaqueros ajustados de cintura alta. Como complementos había elegido unas plataformas altísimas de rafia con tiras de cuero marrón y engarces en dorado y un *crossbody* de Michael Kors en el mismo tono.

De aquel grupo de mujeres una de ellas llamó mi atención. Para su edad tenía un cuerpo impresionante, de ahí que se hubiera enfundado un minivestido ceñido negro de tirantes y unos zapatos *peep-toe* color *nude* de al menos quince centímetros. Su cabello chocolate lo llevaba recogido en una coleta tirante y le caía hasta casi la cintura. Rápidamente mis ojos se posaron en su cuello: aquella mujer lucía un espectacular collar formado por tres hileras enroscadas de perlas realzadas con

copelas doradas. Sin duda, aquella pieza era obra de la firma Dior. Me conocía de memoria la colección de la *maison* y por el brillo de las perlas aquella joya no era ninguna imitación. Seguro que a mis pies había un charco de baba. Cuando levanté la vista hacia ella, la dueña de aquella preciosidad me observaba atentamente. Me ruboricé al instante: había sido demasiado descarada. Sin embargo, por la expresión de su cara no parecía haberse molestado por mi escrutinio. Al contrario: me estaba sonriendo con picardía. Sin ningún reparo, posó sus ojos en mi cara y lentamente fue recorriendo con su mirada mi cuerpo hasta detenerse en mis piernas. Me sentí extraña. Desnuda. Jamás una mujer me había mirado de aquella manera. La madurita sexi volvió a levantar la vista hacia mí y me guiñó un ojo de forma insinuante. Di un respingo y, con la cara encendida, me giré hacia Nick, que estaba sentado a mi izquierda.

—¿Qué sucede? —Me miró extrañado. Mi cara debía de parecer un semáforo en rojo.

—Nada —balbuceé.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza y forcé una sonrisa.

Los chicos fueron ocupando los asientos libres a nuestro alrededor. Tony vio que a mi derecha no había nadie y, frotándose las manos, se sentó a mi lado.

—Martita, qué bueno que vayamos a disfrutar del espectáculo juntos —me dijo, levantando las cejas a lo Groucho Marx.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero como la pista seguía vacía y con los focos apagados supuse que habría alguna actuación. Fingí de nuevo una sonrisa (a ese paso acabaría la noche con arrugas de expresión) y miré hacia el escenario. De repente, una camarera se acercó con una bandeja en la mano y nos preguntó qué queríamos tomar. La chica era despampanante, pero lo que me sorprendió fue su uniforme de trabajo: un *culotte* negro brillante y un top de látex rosa flúor que apenas le tapaba la delantera. De hecho, aquella prenda, dos tallas más pequeña, le apretaba tanto que parecía tener cuatro senos en lugar de dos. Miré a sus compañeras, que atendían otras mesas, y comprobé que unas lo llevaban verde, otras amarillo, otras naranja... Eso sí, todos eran de color fosforescente. Algo llamativo para mi gusto, pero al menos serían fáciles de identificar por los clientes. Mientras la camarera de los cuatro pechos tomaba nota de nuestro pedido, los chicos no dejaban de contemplar con una sonrisa traviesa la delantera de la chica. Miré de reojo a Nick, dando por hecho que él también estaría admirando el paisaje, y no fue así. Él no me quitaba la vista de encima con su sonrisa traviesa.

—¿Qué miras? —pregunté, juguetona.

—A ti.

—¿Por qué?

—Me divierte ver cómo analizas todo lo que te rodea en cuanto sales de tu ambiente «seguro». —Hizo el gesto de las comillas con sus dedos—. Me recuerda a

nuestra primera noche juntos, cuando llegamos a la fiesta de Charlie.

Fui a decirle que dejara de observarme porque me ponía más nerviosa aún, pero la camarera nos interrumpió. Cuando el rockero levantó la cabeza hacia la chica, la cara de asombro de esta quedó patente para todos los que estábamos allí sentados. Se humedeció los labios, balanceó su melena hacia un lado y echó los hombros hacia atrás con el riesgo de volarme un ojo con su pezón izquierdo. Nick le lanzó esa sonrisa canalla con efecto quemabragas y pidió un *gin-tonic* para mí y un *bourbon* para él. Pondría la mano en el fuego a que cuando él terminó de pedir nuestra bebida, la camarera había recreado en su mente mil escenas X en las que aparecía Nick desnudo en su cama. En un intento de que la idiota aquella se largara de allí, coloqué mi mano sobre el muslo de Nick. La chica captó la indirecta al instante y siguió tomando nota a Tony y a su amigo, que se sentaba a su lado.

—Me gusta que te pongas celosa, nena —me susurró al oído mi despampanante *Dios del rock*.

—No lo estoy, pero esa chica es un poco descarada, ¿no te parece?

Nick rompió a reír como si hubiera dicho la tontería más grande de la historia. Lo miré desconcertada y entonces él, frunciendo el ceño, me preguntó:

—Marta, esa tía está haciendo su trabajo.

—Servir copas no quiere decir que tengas que desnudar con la vista a tus clientes o insinuarle sacando pechera.

Nick abrió los ojos como platos y luego hizo un gesto con la frente como si de pronto todas las piezas del puzle le casaran.

—Eeeeh..., Marta, no te enfades, pero ¿sabes dónde estamos? ¿Qué es este sitio?

Miré hacia donde señalaba su dedo. Afiné la vista como los gatos y no me caí al suelo porque estaba sentada. Al fondo de la pista, una barra americana salía del suelo del escenario y ascendía hasta el techo de la discoteca.

—¿Me habéis traído a un espectáculo de *show-girls*? —espeté con los globos oculares tres palmos fuera de las cuencas.

—Tú, que eres muy fina, lo puedes llamar *show-girls*; aunque yo lo llamo puticlub de toda la vida —apuntó Tony incluyéndose libremente en nuestra conversación. Con una mueca de satisfacción, me echó el brazo por encima de los hombros.

Le di un manotazo y, riéndose, lo retiró.

—No me lo puedo creer: ¡me habéis traído a un antro de prostitución! —Los miré de uno en uno buscando al culpable.

—¿No lo sabías? —preguntó Nick en tono inocente—. Pensé que Tony te había informado.

—Y un cuerno. —Indignada, hiqué mi dedo en su pecho—. Tú sabías perfectamente que no tenía ni la más remota idea de dónde íbamos a salir y has estado haciendo este paripé absurdo desde que hemos entrado.

—Vale, lo reconozco, pero ¿qué más da? Relájate y disfruta.

—¿Qué me relaje? Yo me largo de aquí. —Hice amago de levantarme y tanto Tony como Nick tiraron de mis brazos para que volviera a sentarme.

—De aquí no se mueve nadie. Menudo pastón me ha costado que entremos todos con el dichoso «todo incluido» —se quejó Tony. Era la primera vez que lo veía malhumorado.

—Venga, *Mary Poppins* —intervino Nick—. No disgustes al chico el día de su cumpleaños.

—¿Cumpleaños? ¿Es que hoy es tu cumpleaños? —pregunté al bajista.

—Sí, y todavía estoy esperando tus besos de felicidades, rubita. —Tony acercó sus morros a los míos.

Nick le dio un empujón y se dirigió de nuevo a mí.

—La fiesta que quería que organizaras era para él, pero si te lo decía te ibas a negar rotundamente. Como el hotel estaba ocupado, a Tony le hacía ilusión invitarnos a unas chicas...

—¿Perdón? —Lo miré echando humo por las orejas.

—Ey, que yo paso de chicas —recoló Nick, consciente de su metedura de pata.

Estaba secuestrada en un burdel. Cerré los ojos por miedo a echar rayos láser y prender fuego al cumpleañosero y a todos sus invitados.

—Nena, tómatelo como una experiencia. Vemos el espectáculo y nos piramos —trató de animarme Nick.

—Yo aquí no me voy a relajar. —Estaba a punto de lloriquear como un bebé—. Solo de pensar que algún tío ha eyaculado sobre estos sillones me entran ganas de vomitar. Y no pienso ir al baño aunque me reviente la vejiga. Imagina si cojo ladillas o algo peor.

Nick se atragantó con su bebida. No me había dado cuenta hasta ese instante de que la camarera había venido a servirnos las copas. Sin más dilación, agarré la mía y le di un largo e intenso trago. La separé de mis labios, respiré profundamente y volví a darle otro.

Una vez más calmada, eché un rápido vistazo a las mesas que nos rodeaban. Efectivamente, las mujeres que acompañaban a aquellos grupos de hombres no eran precisamente sus parejas. Nadie haría esas cosas en público a su novio o marido... Una morena de cabello rizado acariciaba la entrepierna de un hombre con traje y corbata con todo el descaro. Su compañera castaña (o su competencia, ¡a saber!) se dejaba sobetear los pechos por dos treintañeros bastante borrachos.

Era asqueroso.

—Nick, te echo un PR —dije de repente. Necesitaba pensar en cualquier cosa que no fuera en mi culo apoyado en un sofá tóxico... ¡Aaagh!

Por la cara que puso, le desconcertó que en aquellos momentos quisiera jugar a pregunta-respuesta. Unos segundos después, respondió:

—No entiendo nada, pero si tú quieres... —Se retiró esos rizos tan monos de la cara y dijo todo resuelto—: Empiezo yo.

—Nada de eso. Siempre empiezas tú el turno de preguntas. Hoy me toca ser la primera.

—De acuerdo, como quieras.

Le di un gran trago a mi copa y luego la apoyé de nuevo en la mesa.

—Primera pregunta: ¿has contratado alguna vez los servicios de una prostituta?

—Sí, en varias ocasiones. —Evaluó mi expresión de «lo sabía» y bebió de su *bourbon* antes de lanzar su pregunta destinada a mí—: ¿Te molesta que lo haya hecho?

—Sí. No lo entiendo. Con tu físico no necesitas pagar a una mujer. Eso es repugnante, Nick.

—A veces uno se aburre de todo. Para mí el sexo no es más que algo divertido y me gusta disfrutar de la vida sin prejuicios, sin seguir normas ajenas... ¿A ti no?

Me negaba a decirle que yo no era partidaria del sexo sin amor y que él había sido una excepción.

—Te recuerdo que ya has hecho tu primera pregunta —respondí para salir del paso—. Ahora me toca a mí la segunda. ¿Te pone hacer tríos y cosas por el estilo?

—Define «cosas por el estilo».

Puse los ojos en blanco porque bien sabía él a lo que me refería.

—Ya sabes: orgías, fustas... Cosas raras. —Carraspeé.

—Ah, sí, cosas raras... —dijo conteniendo la risa—. He hecho de todo y no me arrepiento. Ya te lo he dicho antes: para mí el sexo es un juego. ¿Te molesta?

—¿Esa es tu segunda pregunta?

—Ajá —asintió divertido.

Reflexioné durante unos instantes. ¿Me molestaba que Nick hubiera llevado una vida promiscua? O más bien, ¿tenía yo derecho a molestarme? Él no era mi pareja.

—No, creo que en el fondo no me molesta, pero sí me preocupa. —Leí el interrogante en su ojos—. Me agobia que yo no sea suficiente para ti, que termines aburriéndote o me pidas hacer cosas raras a las que puede que me niegue... Yo no soy como esas mujeres experimentadas y liberales sin tabús, y no me he acostado con cientos de hombres...

Evitando sus ojos, volví a beber de mi *gin-tonic*, pero ya solo quedaba hielo. Nick hizo un gesto a la camarera, que pasaba cerca de nuestra mesa, señalando mi copa. Luego se acercó a mi oído y me susurró:

—Tú tienes mucho *rock and roll*, nena. No te subestimes. —Al terminar de decir aquello sentí sus dientes tirando del lóbulo de mi oreja. Un jadeo se liberó de mis labios y si no es porque recordé que era mi turno de preguntas, le habría arrancado la camisa allí mismo.

—Si alguna vez quieres probar algo nuevo conmigo, ¿me lo dirás antes de buscarlo en otra? —Señalé a las señoras de vida alegre.

Nick me sonrió con dulzura y no tardó en responder.

—Por supuesto. Además te hice una promesa: mientras estemos juntos no habrá

otras. Pero antes necesito saber una cosa...

—Aprovecha, estás en tu turno de preguntas —bromeé con él. Poco a poco me iba sintiendo más relajada.

—¿Y a ti? ¿Te apetece probar cosas nuevas? —Nick clavó sus ojos en mí esperando a que respondiera.

Un torrente de emociones explotó en mi interior: miedo, vergüenza, desconfianza, morbo, deseo, de nuevo temor y, por último, excitación. Traté sin éxito de eliminar el cosquilleo y la quemazón que me recorrían el cuerpo y, sin poder creerlo, me escuché decir:

—Sí... Llámalo curiosidad.

Aquella simple palabra despertó un brillo especial en los ojos de Nick. Me miraba con tanta intensidad que podía ahogarme en el azul profundo de aquel par de iris. *El Dios del rock* se acercó a mi rostro con su clásica sonrisa pecaminosa y devoró mis labios sin importarle un pimiento que estuviéramos en un lugar público. Para ser sincera, a mí se me había olvidado dónde nos encontrábamos... y en qué día había nacido. Enredé mis dedos entre las ondas despeinadas que caían sobre su nuca y tiré de él hacia mí. Nick, con medio cuerpo sobre el mío, no paraba de besarme. Sentí sus manos recorrer mis muslos y una tercera acariciando mi brazo. Sumé... «Dos más una no son dos, sino tres». Sorprendida, me separé de sus labios y aparté la zarpa de Tony de un manotazo. Nick, algo desorientado, miró mi cara de espanto y entonces comprendió.

—Tony, macho, deja ya la coña o te vas a ganar un puñetazo —amenazó con la mirada cargada de ira a su compañero, y a este se le borró la sonrisa al instante.

—Tranquilo, Nicky, que era una broma. Nunca la tocaría de ese modo. —Detecté algo de temor en la voz del bajista.

—Me da igual. Mantén tus manos alejadas de ella o al final te la vas a ganar.

—Vale, colega. —Después se dirigió hacia mí muy formal—. Marta, ¿me perdonas?

Hice un ligero asentimiento con la cabeza y al volverme me topé con la mirada de Charlie y Edu. Ambos nos observaban expectantes, como si se prepararan a intervenir en el caso de que los chicos terminaran peleándose. Nick se relajó un poco, pero insistió en que cambiáramos de sitio. Trataba de ser una barrera entre el bajista y yo.

El ambiente se había vuelto tenso en cuestión de segundos y agradecí que se encendieran los focos del escenario. La música comenzó a sonar y una bailarina de barra americana hizo su aparición en la pista. Había visto hacer *pole dancing* en la televisión, pero verlo en directo era mucho más alucinante. La chica tenía una agilidad y un control del equilibrio envidiables. Me pregunté cómo podía ser capaz de bailar y desnudarse con tanta sensualidad mientras su cuerpo estaba concentrado en un ejercicio tan intenso. A la bailarina de barra americana le siguió una *stripper* de *burlesque*. No era Dita Von Teese, por mucho que tratara de imitarla, pero no lo hizo nada mal. En la última actuación aparecieron dos gemelas en camisón *babydoll*.

Mientras bailaban, iban haciendo desaparecer sus prendas, que escondían una debajo de otra, hasta quedarse completamente desnudas sobre el escenario. De repente se apagaron las luces del escenario: la música se hizo más íntima y cuando un halo de luz lo iluminó, allí había una cama y las hermanitas retozaban juntas. Aquella escena me violentó sobremanera. Los chicos, sin embargo, miraban absortos la escenita lésbica sin pestañear. Nick, al igual que el resto, no retiraba la vista de ellas. Habría esperado sentir celos, ira o cualquier otra respuesta al verlo recostado en el sillón, mirando con lujuria a aquellas dos *strippers*, pero lo que fue toda una sorpresa era que mi cuerpo reaccionara de la manera que lo hizo: con deseo.

Deseo por tocarlo, besarlo y sentirlo... Solté un bufido. Si seguía con Nick terminaría en una clínica de desintoxicación de sexo, como Michael Douglas. El rockero, que escuchó mi bufido, me miró con el mismo anhelo que yo y me pegó a su costado. Cubrió mi rostro con el suyo y comenzó a besarme con fuego. Sin retirar sus labios de los míos, coló su mano por debajo de mi blusa. Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando sentí sus dedos acariciar la piel de mis costillas. Fueron ascendiendo hasta llegar al borde del aro del sujetador y, con maestría, lo levantó. Sofoqué un gemido que Nick supo interpretar a la perfección y cubrió con su mano mi pecho. Con ligeros movimientos comenzó a masajearlo mientras trataba de cubrirme con su cuerpo y el brazo libre, para que nadie pudiera adivinar lo que estaba haciendo. Sentí entre mis muslos una especie de bola en llamas avisándome de lo que me podría suceder en breve. Sin poder resistirme, tiré de la cinturilla de sus vaqueros para sentir el bulto de sus pantalones cerca de mí. Aquello era imposible tal y como estábamos sentados uno al lado del otro, por mucho que tuviera su pecho sobre el mío. Como si mi cuerpo no fuera capaz de rendirse, mi pierna se izó sobre su cadera invitándolo a que se acomodara entre mis muslos. Entonces, Nick deslizó su mano de debajo de mi blusa y separó sus labios de los míos. Apoyó su frente sobre la mía y cerró los ojos con fuerza. Los dos estábamos en silencio, con la respiración acelerada. Seguía sonando la música del escenario y los silbidos de algunos clientes alentando a las *strippers* gemelas.

—Estabas a punto de gritar —me dijo, con su boca todavía a dos milímetros de la mía.

—¿Qué dices? No iba a gritar —susurré avergonzada.

—Siempre que estás a punto empiezas haciendo esos gemiditos de gata que me ponen a mil y luego terminas gritando totalmente desatada.

Lo miré incrédula. Sabía que alguna vez se me había escapado un gritito o dos, pero ¿tanto como decía Nick? Imposible. Xavier alguna vez me había dicho, en tono de reproche, que era muy silenciosa. Borré de mi mente a Xavier.

—Estabas en la fase gemiditos —me aclaró Nick con sus ojos todavía teñidos de deseo—. Y me niego a que te oigan.

La bola de fuego entre mis piernas ahora se había instalado en las mejillas. Me iba a morir de la vergüenza.

—Ups. No tenía ni idea de que yo fuera tan...

Con una sonrisa petulante, *el Dios del rock* se puso de pie y, agarrándome de la mano, me instó a levantarme de mi asiento.

—Ángel. —Acercó sus labios a mi oreja—. Me apetece hacerlo en el baño.

—¿En el baño? ¡Ni lo sueñes! —exclamé horrorizada.

—¿No querías probar cosas nuevas? —ronroneó en mi oído.

Mi mente se debatía entre aceptar o no...

«Manipulador, más que manipulador».

«Ladillas, bacterias, sífilis culeras...».

«Tengo las bragas carbonizadas y el termostato a doscientos grados».

«Sí. No. Sí. No. En la casa de Pinocho solo cuentan hasta ocho... Siete, ocho, Pinocho».

—Vale, pero si tengo la mínima sospecha de que hay microorganismos extraños, nos vamos de allí.

¿Qué narices había dicho? ¿Había aceptado tener sexo en un baño público? Espérame, Michael Douglas...

Nick tiró de mí hacia la zona de los aseos como si fuéramos a apagar un fuego. Pensándolo bien, ese era el objetivo, porque en mi caso estaba ardiendo. Bajamos las escaleras: él de dos en dos y, si seguía tirando de mí, yo las bajaría con los piños. Solo aminoró el paso cuando llegamos a la puerta de los baños.

—¿El de tíos o el de tías? —me preguntó apresurado. Sin dudarlo, elegí el de las señoritas. En teoría somos más limpias.

Justo en ese instante, la madurita sexi del collar chupi lerendi de Dior abrió la puerta del baño. Nos miró sorprendida a los dos y, con una mirada de comprensión, nos sonrió con picardía. Volvió a darme un repaso de arriba abajo y luego se dirigió a Nick:

—¿Os apetece compañía?

Sentí que la mandíbula se me desencajaba y que mis mejillas se encendían como la placa de una vitrocerámica de inducción.

Nick, divertido al ver mi reacción, inclinó su cabeza, observándola mientras se humedecía los labios. ¿Qué leches estaba haciendo? ¡No pensaría invitarla! ¿O sí?

—Mmmmm... —Fingió que se lo pensaba y después respondió—: Me parece que no.

—Podríamos pasarlo bien juntos. —Sonrió. Después me lanzó una mirada tan lasciva que casi me meo en los pantalones.

—Lo siento, pero no la comparto. —El tono de Nick ahora se había vuelto demasiado serio.

La señora del collar de mis sueños puso cara de «tú te lo pierdes» y Nick lo que no perdió fue el tiempo. Entramos en la zona de lavabos, me agarró por debajo de los muslos y me alzó hasta apoyarme a la altura de su cintura. Enrosqué mis brazos a su alrededor y comencé a besarlo desesperadamente. En dos zancadas abrió la puerta de

uno de los aseos y de un puntapié la cerró. Apoyó mi espalda contra ella y, liberando una mano, echó el pestillo. Entreabrí un ojo para evaluar el nivel de higiene del habitáculo y, para mi sorpresa, ¡estaba limpio!

Nick comenzó a besarme en el cuello mientras colaba sus manos bajo mi blusa y me desabrochaba el sujetador. Me dejó caer con suavidad en el suelo y, levantando la tela de mi camisa y el sostén, precipitó su boca sobre uno de mis pechos. Después de lamerlo, sopló sobre él y comenzó a mordisquear el pezón. Mi cuerpo se arqueó a modo de reflejo y Nick succionó con tanta fuerza que se me escapó un grito de placer.

—¿Qué te dije, ángel? Gritas.

«Maldito granuja», pensé.

Sin querer demorar ni un minuto más aquella situación, no fuera a ser que alguien nos pillara, abalancé mis manos sobre su cinturón. Una vez que pude liberarlo, sujeté su pene con decisión y comencé a acariciarlo de arriba abajo, de arriba abajo... Nick apoyó sus manos sobre la puerta, por encima de mi cabeza, y, jadeando, no dejaba de mirar el movimiento de mis manos.

—Para nena, para, antes de que sea tarde.

Retiró mis manos de él y me desabrochó el botón de mis *shorts*. De un tirón me los bajó, junto con las bragas, hasta los tobillos. Me sacó un pie de ellos y luego otro, para que mi ropa no rozara el suelo, y los colgó del pomo. Al parecer, Nick ya me iba conociendo...

Allí, a mis pies, en cuclillas, elevó su mirada hacia mí y con voz ronca me avisó de lo que vendría después.

—Ángel, hoy vas a volar.

Colocó mi pierna izquierda sobre su hombro derecho y la otra sobre el hombro izquierdo hasta que la unión de mis muslos quedaron a la altura de su boca. Instintivamente me sujeté a su cabello para no caerme. Entonces *el Dios del rock* hizo literalmente aquello que prometió. Se incorporó, conmigo sobre los hombros, hasta ponerse completamente de pie. Pegué un chillido asustada. Me iba a tirar y acabaría con la cabeza en el retrete.

—Marta, agárrate al canto superior de la puerta —me ordenó.

Algo titubeante, liberé mi mano izquierda de su cabeza y la elevé por encima de mí para agarrarme al borde. Cerré los ojos e hice lo mismo con la izquierda. Recé por que las bisagras no cedieran ni un poco. Una vez que Nick me vio segura, presionó su boca sobre mi zona O (de «oh, qué gustoooooo») y el placer se disparó hasta la última de mis terminaciones nerviosas. Era una sensación tremendamente deliciosa y, a su vez, tremendamente dolorosa. Mis caderas necesitaban seguir el ritmo de su lengua, pero no podía moverme ni un milímetro o perdería el equilibrio. Aunque Nick soportaba todo el peso de mi cuerpo, mis bíceps me ardían por la fuerza que estaba ejerciendo. Los músculos de mi abdomen se contrajeron para mantener la estabilidad, como lo había hecho tantas veces en mis clases de *ballet* cuando uno de mis compañeros bailarines me alzaba sobre su cabeza. Claro que ellos no solían tener sus

labios posados en mi clítoris; esto era bastante más complicado. Contraje todavía más los músculos y aquello intensificó el placer en mi bajo vientre hasta que me dejé llevar a la deriva para saborear el clímax... Cuando solo quedaba un mínimo coletazo de aquel intenso orgasmo, Nick me instó a que me soltara y, con mucho cuidado, me fui deslizado sobre su cuerpo hasta que mis pies tocaron el suelo. Me sentía mareada del esfuerzo y, a su vez, viva y caliente. Estaba tan excitada que me lancé sobre sus labios con ansia. Él volvió a ajustar mi pierna a su cadera para abrirse paso y, de un golpe certero, se coló dentro de mí. Por el gruñido que salió de su garganta algo me decía que yo no era la única escandalosa. Lo miré sonriendo y, con una ternura que no venía al caso en aquellos momentos, le retiré delicadamente los mechones que cubrían su frente. Necesitaba ver ese hermoso rostro; grabarme en el cerebro sus preciosos ojos y cada uno de sus magníficos rasgos mientras me hacía el amor. Él sería mi mejor recuerdo de la gira.

Me volví loca cuando sus caderas se movieron haciendo círculos y con la justa presión. Pero necesitaba más. Lo apresuré ajustando mis manos sobre su trasero para que acelerara el ritmo de su pelvis. Siguió embistiéndome más rápido y más duro, con la mirada clavada en mí. No me besó. No lo besé. Simplemente nos contemplamos el uno al otro, diciéndonos todo con la mirada, respirándonos con nuestros gemidos, saboreándonos con nuestros suspiros...

De pronto la canción que sonaba de fondo en el club irrumpió en mi mente. Hablaba de éxtasis, de sentirse viva con un abrazo del chico al que deseaba.

La reconocí al instante. Era «*Diamonds*», de Rihanna. Me encantaba y me perdí en ella. En la música. En la letra. En Nick y en el mar de sus ojos.

«Frente a frente, tan vivos. Somos hermosos como diamantes en el cielo...».

Y justo cuando la canción llegó a su fin, mi corazón se encogió en mi pecho para luego estallar en mil haces de luz. Por primera vez en la vida, sentí que estaba tocando el cielo con los dedos.

EL AULLIDO DEL LOBO

La habitación estaba en penumbra. Solo un haz de luz se colaba a través de las cortinas dobles de la ventana. Nick miró su reloj: eran las once de la mañana. Llevaba más de una hora despierto, contemplando a Marta. Ella dormía plácidamente con una mano bajo su cara y con la otra sujetaba la sábana. Parecía una muñeca: con sus rizos enmarcando su cara, sus pómulos sonrosados y esa boca entreabierta con forma de corazón. Al ver que se apretujaba a su lado y tiraba de la sábana hasta cubrirse la barbilla, Nick sonrió. No entendía cómo aquella mujer podía ser tan friolera: el clima valenciano en pleno mes de julio era sofocante y ella dormía arropada hasta las orejas. A su lado pasaba calor de todas las maneras posibles. No solamente porque elevara su temperatura corporal con solo rozarle con su trasero cuando dormían; también porque *Mary Poppins* sufría una extraña fobia al aire acondicionado. «Nick, baja el aire, que me duele la garganta; ¿quieres que muera de hipotermia?»; «Nick, ¿sabes cuántos gérmenes habitan en los conductos del aire acondicionado?», le repetía sin cesar con ese tono repipi, que le divertía y le encendía a partes iguales.

De pronto, el móvil de Marta sonó dentro de su bolso. «Otra vez el puñetero “*Just the way you are*”», murmuró contra la almohada. Era la tercera llamada de Xavier esa mañana. Y no podía ser otra persona, porque siempre que el fotógrafo telefoneaba a su novia sonaba la misma canción moñas de Bruno Mars y que Nick tanto odiaba.

Marta se revolvió entre las sábanas. Emitió un gemido quejumbroso y unos segundos después se incorporó de la cama sobresaltada. Caminó de puntillas completamente desnuda a través de la habitación, abrió el bolso y echó un vistazo a la pantalla de su iPhone. Frunció el ceño y miró con preocupación hacia la cama. Nick, en ese instante, cerró los ojos y trató de que su respiración sonara profunda y acompasada. Luego levantó un párpado y vio cómo ella se dirigía hacia el baño todavía con el móvil en la mano. Con sumo cuidado, Marta cerró la puerta y al rato abrió el grifo de la ducha.

Nick sabía perfectamente qué pretendía: que con el ruido del agua no la oyera hablar por teléfono. Pero él tenía buen oído, como músico que era, y podía escuchar los susurros a través de la puerta. Instintivamente dio un puñetazo furioso sobre la almohada. La noche anterior había sido memorable y, sospechaba, el mejor sexo que había experimentado ella en su vida. Estaba seguro de que su novio pijo con sus camisas de rayas no la había hecho sentir así nunca. Jamás. Lo que no podía comprender era por qué no lo dejaba de una vez por todas. Tampoco él era nadie para obligarla a hacerlo ni podía comprometerse a darle la vida que ella esperaba. El

rockero sabía que en cuanto le mostrara su cara B, Marta se alejaría de él espantada. Eso no debía olvidarlo nunca. Además, ¿acaso él siempre sentiría por ella lo mismo que ahora? No. Nick se conocía muy bien y tenía una personalidad voluble y caprichosa: se obsesionaba con todo, se aburría de todo y acababa con nada. Solo existía una contaste en su vida, y esa era la música.

Cerró los ojos en cuanto oyó el clic de la puerta. Marta guardó su móvil en el bolso y cruzó de nuevo la habitación hasta llegar a la cama. Se tumbó despacio y se arropó con la sábana. Incluso sin tocarla, Nick podía sentir la tensión que emanaba de su cuerpo. La miró de reojo y comprobó que así era. Cada vez que hablaba con su novio, el gris de sus ojos se volvía ceniza por culpa de los remordimientos. Esta mañana no era diferente. Estaba tumbada boca arriba, mirando hacia el techo, y había perdido el brillo rosado de su cara. Como siempre que estaba nerviosa o preocupada, sus dedos jugueteaban con las cinco pulseras anudadas a su muñeca.

—Buenos días —le susurró él con voz adormecida.

—Buenos días, ¿te he despertado? —Marta miró hacia él sorprendida.

—No, llevaba un rato despierto.

—Lo siento —murmuró, y acarició con suavidad el rostro de él. El rockero volvió a percibir la culpa y el arrepentimiento en aquel gesto. Pero ¿por quién? ¿Por su novio o por él? Le habría gustado saberlo.

Retiró la sábana que cubría el cuerpo de Marta y se puso encima de ella apoyando los codos para que no cargara con todo su peso. Ella, al sentirlo, arqueó las cejas asombrada. Era incapaz de comprender cómo le podía apetecer sexo después de hacerlo la noche anterior en los baños de un club, sobre el escritorio de la habitación del hotel y luego en la cama. Nick le sonrió con picardía. Para ser honesto, apetecerle le apetecía; pero en aquel momento su intención no era tener sexo. Solo quería reconfortarla y hacerle olvidar su vida en Madrid.

—Te echo un PR rápido —le propuso en voz baja.

—¿Por qué rápido? —Lo miró extrañada—. No tienes ninguna entrevista hasta la tarde.

—Porque sé que no voy a poder llegar ni a dos preguntas sin ponerme tontorrón.

Marta puso los ojos en blanco y resopló de forma exagerada.

—Gracias por avisarme, pero dile a tu *Martillo de Thor* que sea cuidadoso y delicado. Tuve una noche muy movidita —bromeó.

—¿Has oído, *Thor*? Nada de truenos ni relámpagos. —Nick se dirigió a su entrepierna. Volvió a acomodarse sobre el cuerpo de Marta y lanzó su primera pregunta—: Veamos, ¿por qué jamás te quitas esas pulseras viejas?

Ella lo miró perpleja. Luego, desviando su mirada al techo, se atrevió a responder.

—Son un recordatorio. Hace años tuve una mala experiencia y es mi manera de no olvidar que si no mantengo el equilibrio, caeré al vacío... Y perderé todo lo que he conseguido.

Con aquellas palabras, Marta parecía describirle su vida. Nick había sentido

muchas veces algo parecido: que caminaba sobre la cuerda floja y si cometía el error de pisar mal todo su mundo se derrumbaría. Eso le suponía la difícil tarea de volver a reconstruirse pieza por pieza. Hubo épocas en las que era difícil sostenerse sobre ella porque la cuerda no dejaba de bambolearse bajo sus pies; otras, incluso, desaparecía o alguien la hacía desaparecer y Nick caía y caía hasta que se rompía en mil pedazos. Por eso era capaz de entender las palabras no dichas en el mensaje de Marta. Comprendía cómo se sentía. Se moría de curiosidad por saber qué había llevado a *Mary Poppins* a estar en el filo del precipicio, pero no se atrevía a preguntárselo. Si ella le desnudaba su alma, se sentiría obligado a desnudar la suya y eso nunca lo haría.

—Es mi turno —se apresuró a decir Marta—. Sé que no te gusta hablar de tu pasado, pero llevo tiempo queriendo hacerte esta pregunta.

—Puede que no te responda.

—Entonces se acaba el juego.

Nick se quedó pensativo. Él se inventó aquel estúpido juego hacía semanas para conocerla mejor y ahora se encontraba atrapado en sus propias reglas.

—Está bien, dispara —accedió.

—¿Cómo murió tu madre?

Respiró aliviado. Responder aquello no era tan complicado.

—Lo normal en su caso. Sufrió una parada respiratoria por una sobredosis de heroína. Pero no me afectó demasiado —se adelantó a decir—. Yo tenía dieciséis años y sabía que tarde o temprano iba a suceder. Así que supongo que estaba preparado...

A Marta se le encogió el corazón y, aunque era consciente de que el fuerte de Nick no quería su compasión, lo besó con dulzura en los labios. Este, fingiendo que el asunto de su madre no era tan importante, la sonrió de medio lado y reajustó la posición de sus caderas sobre las suyas.

—Ooooh —jadeó Marta—. Estate quieto.

—¿Yo? El problema eres tú, que eres de gatillo fácil —se burló el rockero, y ambos se echaron a reír.

—No te entretengas y hazme la siguiente pregunta —lo apremió ella sonriendo de oreja a oreja.

Nick tragó saliva y se preparó mentalmente para lo que iba a decir.

—Cuando termine la gira tendré algunos días libres antes de grabar el segundo disco. ¿Te apetece que nos hagamos una escapada tú y yo solos a Londres, Los Ángeles o a una playa que tú elijas, eh? ¿Qué dices?

—¿Esa es tu segunda pregunta?

—Sí.

Marta se removió incómoda debajo de él antes de contestar.

—Nick... No creo que sea buena idea. Lo siento. —Le miró con tristeza—. Tengo que retomar mi vida cuando llegue a Madrid. Necesito pensar en mi futuro

profesional, poner en orden mi cabeza...

—Y seguir viendo a tu novio. —Marta se quedó pálida y Nick se apresuró a decir —: No te agobies. Solo era una sugerencia. No pasa nada. Entiendo que tienes tu propia vida y tus planes.

—Si te soy sincera, ahora mismo no sé qué voy a hacer con mi vida ni... con Xavier.

A Nick aquello lo pilló por sorpresa. Era una puerta abierta.

—Rompe con él. Cuanto antes lo hagas, más fácil será para ti.

—Cariño, no es tan sencillo.

—Sí que lo es. Descuelgas, marcas su número y le dices el clásico: «Fue bonito mientras duró»...

—No bromees sobre algo tan serio, Nick. ¿Cómo voy a romper por teléfono con el hombre con el que he mantenido una relación durante un año? Eso sería rastrero. Quizá cuando vuelva a Madrid y lo tenga cara a cara.

—Reconócelo, Marta. No te atreves a dejarle. Sigues creyendo que le quieres...

—¿Qué más da lo que yo sienta por Xavier? Ahora estoy contigo, ¿no? Además, no quiero hablar de ello. No sabemos siquiera qué hay entre nosotros, y lo que haga o no con mi relación no es problema tuyo —le reprendió molesta.

Marta se equivocaba. Para Nick, su novio era como un fantasma que pululaba entre los dos, aunque estuviera a cientos de kilómetros. Mientras Xavier siguiera en su vida, existía la posibilidad de que ella lo dejase y volviera con su novio a Madrid. Y esa posibilidad le ponía de los nervios. No estaba enamorado de ella, porque Nick no creía en esas bobadas, pero estaba convencido de que cada día la necesitaba más. Desde que Marta había entrado en su vida no solo había vuelto a componer: tampoco tenía sus arranques de furia y sobrellevaba mejor el estrés de la gira. Ella le hacía sentir completo. Por lo tanto, se dijo Nick, debía hacer algo, y rápido, para que Marta mandara a paseo a su novio «perfecto».

—Tienes razón, Marta. Él no es mi problema —dijo Nick con falso orgullo.

Antes de que Marta pudiera responder, él se precipitó a besarla. La sedujo para que abriera los labios e introdujo su lengua con anhelo y verdadera ansia. Jugó con ella, la lamió, la mordisqueó y, como de costumbre, en cuestión de minutos la tenía toda deseosa entre sus brazos. Sin embargo, en esta ocasión Marta le empujó con todas sus fuerzas por los hombros hasta tumbarle sobre la cama. Se subió a horcajadas sobre él con esa gracia y agilidad que tienen las bailarinas y cuando acercó el rostro al de su amante, le susurró al oído:

—Hoy *Thor* va a recibir un regalo especial.

Él la miró perplejo. Entonces Marta, con las mejillas echando fuego, comenzó a besarle el cuello, el hueco de sus clavículas, sus fuertes pectorales mientras acariciaba cada uno de sus abdominales. Nick suspiró de placer: le excitaba verla explorando su cuerpo y su melena salvaje esparcida sobre los tatuajes de su pecho. La música no se hizo esperar. Cuando sintió su lengua húmeda y sus tiernos labios en torno a él, una

avalancha de notas musicales irrumpieron en su mente. Le apartó el cabello del rostro con ambas manos y, sin dejar de contemplarla, se dejó arrastrar por ella, por su dulce boca, por cada acorde... Se deleitó en cada nota.

Minutos después, Nick cayó extasiado sobre la almohada. Tuvo que hacer un esfuerzo mental para no soltar ninguna cursilada de la que luego se arrepintiera. Marta trepó por su cuerpo y lo observó con una sonrisa traviesa.

—Me voy a dar una ducha mientras te recuperas del *shock*. —Le guiñó un ojo y le estampó un dulce pico en los labios.

En cuanto Marta desapareció de la habitación, a Nick se le encendió la bombilla. Ya sabía cómo ayudarla para que rompiera con Xavier. Lo había sabido desde la primera vez que lo conoció. Sin vacilar, cogió el móvil del cajón de la mesilla y llamó a su colega Diego, un antiguo amigo de su instituto de Carabanchel. Aunque llevaban más de dos años sin verse, se había enterado por un conocido de que hacía más de seis meses que había salido de prisión. Supuso que algo de dinero le vendría bien, así que Diego no pondría pegas al trabajo que tenía planeado para él.

—¿Que has hecho quééééé? —Charlie dio tal berrido que a Nick se le levantó hasta el flequillo. Estaba furioso con su mejor amigo como nunca antes lo había estado. En cuanto le quitaba la vista de encima, Nick terminaba metiéndose en algún problema él solito.

—No es para tanto, tío. Solo pagué a Diego para que vigilase a su novio y le hiciera algunas fotos y... *voilà!* Fíjate lo que me ha enviado —se apresuró a decir el cantante.

Charlie echó un vistazo a las imágenes del móvil y luego le lanzó una mirada de «no tienes remedio». Siguió pasando las fotografías con el dedo y negó con la cabeza. A continuación, con una mueca de disgusto, le devolvió el teléfono. Nick esperaba que diera su opinión al respecto, pero el guitarra no se pronunció. Se encogió de hombros resignado y se sentó en el capó del Land Rover a esperar.

Pasaba de las tres de la madrugada y Nick, Edu y el guitarra estaban en un aparcamiento desierto de Alicante, aguardando a que Tony terminara lo que estuviera haciendo dentro del todoterreno.

—¿Te queda mucho, tío? —gritó furioso Charlie hacia el interior del coche.

La única respuesta que obtuvo fue el gruñido de un jabalí. Cualquiera que pasara por allí en ese momento, pensó Nick, creería que guardaban una piara de cerdos en el maletero. Riéndose de su propio chiste, miró de nuevo a Charlie. El guitarra echaba humo por las orejas.

—Charlie, relájate. Deja a Tony que se desestrese, hombre —bromeó Nick.

—¿Qué me relaje, colega? Lleva una hora ahí dale que te pego con una fulana, me muero de sueño y tú, mientras, me cuentas que has contratado un sicario, ¿y para qué? Para acosar a un pobre desgraciado porque te gusta tirarte a su novia. ¿Cómo

quieres que me relaje? Si el malnacido de Diego abre la boca, no solo puedes ir a la cárcel, tronco: vamos a salir en todos los malditos periódicos.

—No lo está acosando. Solo lo ha investigado un poco. Por el mismo precio le habría dado una paliza; y al final me lo pensé mejor y le dije que no hacía falta.

—Jooooder, ¿te planteaste que le diera una manta de palos al cornudo?

—Mendoza, Charlie tiene razón. Se te está pirando la olla pero mucho —le advirtió Edu.

El cantante resopló malhumorado. Ellos no entendían su situación. Si no conseguía quitarse al pringado del novio de encima, en la primera ocasión que discutiera con Marta ella lo dejaría. Si no había Marta, no había nuevas canciones; sin nuevas canciones, no habría disco; sin disco, adiós contrato con la discográfica, y sin discográfica, muerte para Demonic Souls.

—Bueno, ¿qué hago? ¿Le muestro las fotos a ella o no?

—Haz lo que te salga de los huevos; pero si se las enseñas, nunca sabrás si le deja porque él no le interesa o por despecho —sentenció Charlie.

—O puede que te deje a ti por psicópata acosador —añadió Edu totalmente convencido.

Nick se quedó callado un rato, sopesando la opinión de sus amigos. Ellos tenían razón. Quería a Marta para él, pero se negaba a ser el premio de consolación. Y tampoco se había planteado qué opinaría ella de que hubiera espiado a su novio. De nuevo, había actuado de manera absurda e impulsiva.

—¡Me cago en todo! —Lanzó una patada al neumático del todoterreno—. Joder, no puedo arriesgarme...

De pronto, oyeron un aullido salvaje procedente del interior del todoterreno. Edu, Charlie y Nick se miraron los unos a los otros y rompieron a reír.

—Parece ser que en breve nos podemos ir al hotel a dormir —comentó el cantante entre carcajadas.

Se alejaron un metro y esperaron de brazos cruzados.

Cinco minutos después, la pareja seguía dentro del Land Rover.

—¿No se habrán quedado sobados? —preguntó Edu verdaderamente angustiado.

Nick acercó la oreja a la ventanilla y, tras unos segundos, giró la cara hacia sus amigos para darles las malas noticias:

—El hombre lobo vuelve a atacar.

—¡No! ¡Venga ya! —espetó Charlie levantando las manos—. Tío, haz algo. Lo que sea, pero sácalo de ahí antes de que entre yo y lo deje eunuco para el resto de sus días.

—Cuenta con mi ayuda, macho —se ofreció Edu, que, para ser el más calmado, parecía enfadarse por minutos.

El cantante les lanzó una mirada diabólica y abrió de golpe y porrazo la puerta del Land Rover. Al instante se arrepintió. La escenita que tenía ante sus ojos no la olvidaría jamás, y el culo peludo de Tony le dejaría secuelas psicológicas de por vida.

—¿Qué haces, tío? —exclamó el bajista, ofuscado.

Una morena sonriente asomó la cabeza por un lado del cuerpo de Tony y levantó la mano a modo de saludo. Nick le guiñó un ojo de vuelta y después se dirigió a su amigo:

—Solo queríamos saber si estabas bien —comentó con toda naturalidad.

NO TE OLVIDO

Mi novio sospechaba de mí. Lo supe en el instante en que nuestras miradas se cruzaron en el bar del Hard Rock Hotel de Ibiza. Su visita no me la esperaba. Tampoco el beso que me dio. Xavier jamás había demostrado tanta pasión conmigo en público, a excepción de nuestra despedida frente al autocar de la gira. Jamás. Y luego estaba aquel gesto arrogante que dirigió a Nick...

Así que hice lo único que podía hacer: fingir que no sucedía nada. Por eso, respondí a su saludo con la misma efusividad, aunque mi mente estuviera ocupada pensando en otro hombre. Otro hombre que a un paso de mí observaba cómo me besuqueaba con mi novio cuando cinco minutos antes lo había besado a él.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos Xavier y yo. Para mí fue una eternidad y en cuanto sentí que me liberaba de sus brazos, me volví a buscar a Nick. Él ya se había marchado. Xavier hizo algún comentario sobre la falta de educación del cantante, pero fingí no escucharlo. Me sentía tan sumamente culpable por Nick, por Xavier, ¡por ambos!, que era incapaz de pronunciar palabra: tan solo mi mente podía reproducir una y otra vez los ojos azules de Nick cargados de ira cuando vio a Xavier acercarse a mí por el bar del hotel.

—Cuéntame, cariño. ¿Cómo te va todo? —Xavi me cogió de la mano y me llevó al final de la barra, donde esperaba su cerveza.

—Pues... normal. Como siempre. —Miré de nuevo hacia la puerta del bar.

—¿Te sucede algo? No parece que estés muy contenta de verme aquí. —Fruncía el ceño y sus ojos me miraban con preocupación.

—No es eso. Es solo que... Tenerte aquí a mi lado, después de dos meses, se me ha hecho raro. —Sin pedir permiso, di un trago a su cerveza y me aclaré la voz. Tenía que seguir actuando—. Y dime: ¿a qué se debe esta visita?

—Ya te lo he dicho. Quería darte una sorpresa —contestó algo molesto—. Además, estaba preocupado por si te sucedía algo, así que llamé a tu hermana y me dijo en qué hotel estabas. Cogí un avión y aquí estoy.

—¿Preocupado? ¿Por qué? —pregunté algo asustada.

—Marta... Llevas cuatro días sin cogerme el teléfono ni contestar mis llamadas. —Me quedé perpleja.

¡Dios! Tenía razón. Me había llamado varias veces aquella semana y, casualmente, Nick estaba cerca, así que preferí no contestar y llamarle yo cuando estuviera a solas. Pero no recordaba haberlo hecho nunca.

—Perdóname, he estado muy liada y cuando llegaba al hotel o bien el móvil no

tenía batería o me quedaba dormida viendo la tele. —Me sorprendió la facilidad con la que le estaba mintiendo en su cara también. Eso me asustó. Ya no me reconocía...

—Lo entiendo. No pasa nada. Vamos a olvidarlo y a disfrutar de este fin de semana. —Me lanzó una sonrisa, aunque no me pareció del todo sincera. En el fondo, seguía molesto conmigo y tenía razones para estarlo.

Carraspeé y, con mi mejor cara, le pregunté cuánto tiempo se quedaría en la isla.

—Hasta el domingo por la tarde. Mi vuelo sale a las siete, así que tenemos cuarenta y ocho horas para ponernos al día.

—¿Y dónde te alojas?

Xavier me miró asombrado.

—¿Dónde quieres que me aloje? En tu habitación.

—Oh, claro. —Acababa de meter la pata—. ¿Ves como estoy en Babia? Este trabajo me está haciendo perder la cabeza. —Solté una risilla.

Xavier me sonrió con dulzura y volvió a besarme en los labios. Mis ojos se dirigieron de nuevo hacia la puerta. Nick se había marchado probablemente a la habitación, pero ¿y si decidía venir a buscarme? ¿Y si le contaba a Xavier nuestra historia? Lo mejor que podía hacer era desaparecer del hotel y alejarme de Nick durante unas horas hasta que pudiera hablar con él a solas.

—¿Has cenado? —pregunté a Xavier.

—No, ¿y tú?

—Tampoco, así que vamos a algún restaurante del centro del pueblo y picamos algo.

Traté de demorar todo lo que pude nuestra vuelta al hotel, pero eran las tres de la madrugada y los bares del casco antiguo empezaban a cerrar. Además, Xavier no dejaba de repetir que estaba muy cansado. Yo también me sentía exhausta y necesitaba dormir, pero prefería deambular por la calle antes que encontrarme con Nick. Me aterrorizaba pensar lo que podría decir o hacer a Xavier; me aterrorizaba que a uno de los chicos de la banda se le escapara algún comentario sobre nosotros, y lo peor de todo: me aterrorizaba tener que meterme esa noche en la cama con Xavier.

Al final, no me quedó otra que acceder y volver al Hard Rock Hotel. Por suerte, no había moros en la costa y en la puerta de mi habitación no me encontré a ningún rockero con medio cuerpo tatuado y con cara de malas pulgas. De lo que no me libré fue de tener que compartir cama con Xavi. Y digo compartir cama porque fue lo único que compartí con él. Nada más llegar, dejó su bolsa en mi armario y, cuando vi que se desnudaba, me atrincheré en el cuarto de baño. Me desnudé con calma, me desmaquillé a conciencia (incluso me apliqué una mascarilla) y me di una minuciosa ducha de una media hora. Los siguientes diez minutos los dediqué a desenredarme el pelo y aproveché también para retocarme el esmalte de las uñas. Luego me senté sobre la taza del váter, me hice un sudoku nivel de dificultad tres y, solo cuando dejé de oír ruido en mi habitación, me atreví a abrir la puerta. Xavier dormía profundamente..., en el lado izquierdo de la cama.

«Nick prefiere el derecho». Aquel pensamiento me partió el corazón en dos.

Buf. ¿Cómo podía en esos momentos ponerme a pensar en qué lado dormía cada uno de ellos? Sintiéndome como una imbécil, me tumbé en el extremo libre y me cubrí con la sábana. Cerré los ojos, respiré profundamente... y ¡plas! El aroma de Nick me golpeó de repente. Apreté los párpados con fuerza y contuve la respiración, como si así pudiera borrar su olor en mi almohada. Cuando ya no pude aguantar más, solté el aire y mis pulmones me obligaron de nuevo a respirar. ¡Plas! De nuevo su esencia se coló en mi nariz, pero esta vez mezclado con otro aroma: el perfume de Xavier.

—¡Mierda! —gruñí con los dientes apretados para que mi novio no se despertara. Me sentía la mujer más vil, desvergonzada y traidora de la historia. Mucho peor que Angelina Jolie cuando le robó el marido a la pobre Jennifer Aniston. Al menos Angelina era una buena persona y donaba dinero a las ONG; yo solo lo invertía en zapatos caros. Dios, ¡cuánto me odiaba!

Tiré la almohada a los pies de la cama y me levanté al armario a buscar una manta. Me tumbé en el suelo y, haciéndome un gurreño con ella, traté de dormir. A los treinta segundos, no pude más y comencé a llorar: mi almohada seguía despidiendo el aroma a la fragancia sexi y masculina de Nick.

—Buenos días, ¿por qué no me has despertado? —me preguntó Xavier cuando bajó al bufé del hotel esa mañana. Yo llevaba más de dos horas allí sentada, en una mesa cerca de la ventana, sumida en mi tormento.

—Me desperté con muchísima hambre, así que decidí bajar a desayunar y, como anoche me dijiste que estabas cansado, pensé que te gustaría dormir un rato más.

Sí. Había tenido tiempo suficiente para ensayar mentalmente la excusa que iba a ponerle.

Xavier asintió mientras se sentaba a mi lado y se servía un café. El mío ya estaba frío.

—La verdad es que ayer caí roto —se justificó por haberse quedado dormido la noche anterior.

—Sí, ya te vi... —Le sonreí.

—Pero ya me he recuperado, así que podríamos subir a la habitación y ponernos al día. —Me guiñó el ojo con picardía.

Mierda...

—Nick, tengo que trabajar. Pero puedo llevarme el iPad a la playa y...

—Xavier.

—¿Cómo dices?

—Me has llamado Nick y soy Xavier.

¡Ostras, ostras, ostras...! Menuda metedura de pata. Había cometido el clásico error de Primero de Adulterio.

—¡Ups! Perdona. Paso tanto tiempo con los chicos de la banda que llamo a todo el mundo por sus nombres. —Me eché a reír, pero mi risa sonó más falsa que los bolsos chinos.

—Mientras que no pases demasiado tiempo con ninguno de ellos a solas...

—Xavier, no te enfades. —Esta vez me aseguré de llamarlo por su nombre—. Llevo casi dos meses trabajando con esos cuatro chicos y lo raro es que no sueñe con ellos. Me paso el día gritando: «Charlie, te llama el técnico de sonido», «Tony, te quedan quince minutos para salir al escenario», «Edu, cómete el pollo». —Obvié intencionadamente al cantante... por si las moscas.

Mi novio se quedó callado unos segundos y, tras un suspiro, dio un sorbo a su taza de café.

—Marta, cielo, todavía me pregunto por qué pierdes tu tiempo con esta panda de mamarrachos.

—Por favor, no empieces otra vez con lo mismo.

—No empiezo nada, pero al menos dime qué coño te pasa. ¡Estás muy rara!

—Baja la voz, nos van a oír —susurré sonrojada—. Simplemente estoy muy estresada. Hoy la banda da un concierto y tengo que cerrar todavía invitaciones.

Durante unos breves segundos analizó mi rostro y, resignado, se disculpó:

—De acuerdo, lo siento.

Tras decir aquello, dio otro profundo suspiro (me estaba hartando de tanto suspirito) y se dirigió hacia el bufé.

El resto del desayuno transcurrió tranquilo. Hablamos sobre sus últimos trabajos, sobre mis excompañeros de la redacción y sobre lo mucho que parecía echarme de menos mi amigo Félix. Según me contó Xavier, no se llevaba muy bien con la nueva redactora de moda y cada vez le encargaban menos trabajos para la revista. Me sentí fatal al escuchar aquello. Era evidente que Félix no me lo había contado en sus correos por no disgustarme o hacerme sentir mal. Traté de recordar cuándo fue la última vez que nos escribimos y calculé que llevaba más de veinte días sin recibir noticias suyas. No podía creerlo: había estado tan absorbida por mi trabajo y por el efecto-nebulosa-Nick que me había olvidado de mi mejor amigo.

Cuando abandonamos el bufé, convencí a Xavier para que me esperara en la piscina leyendo el periódico mientras yo subía a la habitación a por mi bolsa de la playa y atendía unas llamadas de la discográfica. Era otra mentira. En realidad era una excusa para poder hablar con Nick a solas sobre la visita inesperada de Xavier. Miré el reloj y vi que eran las once de la mañana. Normalmente a esas horas estaba levantado, pero si la noche anterior había decidido salir con los chicos, probablemente seguiría durmiendo. Llamé a la puerta de su habitación y no obtuve respuesta. Volví a llamar dos veces más y esperé un rato. Era extraño. Pegué el oído a la puerta y no escuché nada. Resignada, marqué su número de móvil esperando oír la melodía al otro lado de la puerta, pero nada. Nada de nada. Nick no estaba... y tampoco contestaba.

Me pasé todo el día con el corazón en un puño. No disfruté del día de playa, del sol ni de la tumbona. Y apenas presté atención a Xavier, que trataba de hacerme reír contándome anécdotas sobre las últimas modelos rusas que le habían enviado las agencias: casi todas medían dos metros y a la mayoría les quedaban los pantalones pesqueros. Al final, se cansó de sacarme las palabras con sacacorchos y decidió seguir leyendo el periódico. Cuando la playa comenzó a llenarse de gente, justo al mediodía, decidimos aprovechar para irnos a comer. Como yo no podía llegar muy tarde a la prueba de sonido de los chicos, buscamos un chiringuito playero de comida rápida. No tenía nada de hambre, probablemente debido a mi estado de nervios, pero me pedí una ensalada César. No me la iba a comer, tenía el estómago cerrado, pero podía darle vueltas y vueltas con el tenedor y estar entretenida mientras Xavier comía.

Justo cuando pedimos la cuenta, mi teléfono sonó. Lo saqué del fondo de mi bolso frenética, por si era Nick, y sin mirar la pantalla contesté:

—Dígame.

—Hola, Marta. Soy Charlie. —Que él me llamara y el tono de su voz fueron suficiente para que me saltaran todas las alarmas. Algo no marchaba bien.

—¿Qué sucede?

—¿Está Nick contigo?

—No. —Miré a Xavier, que recogía las vueltas de la cuenta—. ¿Qué pasa? ¿Dónde está?

—Eso nos preguntamos nosotros. Desde que os dejamos anoche no ha vuelto a dar señales de vida. No está en su habitación, tiene el móvil apagado y habíamos quedado para ensayar las nuevas canciones antes de la prueba de sonido...

—¿Qué estás diciendo? ¿No lo localizáis? —Estaba empezando a fibrilar—. ¿Habéis hablado con la recepción del hotel por si lo han visto?

—No, pensábamos que estaba contigo. Por cierto, ¿y tú dónde andas?

—Es una historia muy larga, Charlie. Ya te contaré. Esperadme en el hotel, que ahora mismo voy para allá. Hasta ahora.

Colgué y marqué el teléfono de Nick. Me saltó directamente el contestador:

—Nick, soy Marta. ¿Dónde estás? Los chicos te están buscando. Recuerda que a las seis tienes que estar en el hotel haciendo la prueba de sonido para el concierto. Llámame.

De repente, mi mente pensó en lo peor: ¿y si no se presentaba para el concierto? ¿Y si le había sucedido algo? Y si..., y si... Salí corriendo a la barra en busca de Xavier.

—Xavi, tenemos que irnos al hotel. Es urgente. —Tiré de su brazo para que me acompañara hacia el coche que habíamos alquilado.

—¿Qué sucede?

—Es Nick. No está en el hotel. Nadie lo localiza y esta noche es el concierto.

—Quizá se ha ido a hacer turismo por la isla con alguna inglesa.

—No tiene gracia, Xavi. Él había quedado para ensayar antes con los chicos, y Nick no falta jamás a un ensayo.

—De acuerdo, volvamos, pero tranquilízate: no es un bebé. Es un hombre hecho y derecho.

De camino al hotel llamé una y otra vez al teléfono de Nick y en ninguna de las ocasiones obtuve respuesta. Los chicos me esperaban en recepción. En cuanto me vieron se acercaron a mí, visiblemente preocupados. Comenzaron a contarme lo que habían averiguado a través del personal del hotel. Al parecer, la noche anterior Nick había salido de madrugada y sospechaban que no había vuelto en todo el día. El servicio de habitaciones dijo que su cama estaba perfectamente hecha esa mañana y que ningún empleado del bar, de la piscina o el botones lo habían visto por las instalaciones.

—¿Desaparece con frecuencia? —preguntó Xavier. Fue entonces cuando los chicos repararon en su presencia. Los tres se llevaron las manos a la cabeza, como si ahora se dieran cuenta de que la cosa pintaba mucho peor.

—No, Xavi. Nunca ha desaparecido hasta ahora —respondí.

—Mira, Marta, tú atiende a tu novio. Por cierto, hola, tío. —Charlie saludó con gesto hosco a Xavier—. Vamos a buscarle con Héctor por los bares de la zona.

—Fijo que está borracho como una cuba tirado por ahí —aseguró Edu mirándonos alternativamente a mí y a Xavier.

Bajo aquella premisa bañada en alcohol, mi mente reprodujo todos los escenarios posibles que podrían darse: Nick atropellado por un coche, Nick inconsciente en un callejón después de haber recibido una paliza, Nick bañándose borracho en el mar, Nick ahogado...

—¿A qué estáis esperando? Id a buscarlo. Yo voy a llamar a los hospitales, los centros de salud y al cuerpo de vigilancia de cada una de las playas... Por favor, por favor, que no le haya pasado nada. —Me cubrí la cara angustiada.

—Marta, estás exagerando. Por Dios, si pareces su madre —comentó mi novio con tanto desdén que... exploté.

—¡Cállate, Xavier! No soy su madre, pero soy su asistente. ¡Estoy trabajando! ¿O no lo ves? —le grité delante de los chicos y toda la recepción del hotel.

Xavi se quedó pálido y, sin decir nada (probablemente para evitar un espectáculo), se alejó de nosotros a paso rápido.

Cuando me volví hacia Charlie, Tony y Edu, los tres me miraban boquiabiertos.

—Marta, él tiene razón. Te estás agobiando demasiado. Seguro que se pasó con la priva y se ha quedado dormido tomando el sol —me tranquilizó Tony, pasando sus dedos con dulzura por mi cabello. Sí, el mismo Tony que se bebe un bote de cerveza de un trago y canta el abecedario eructando.

Durante las dos siguientes horas no hice otra cosa que llamar por teléfono a servicios de urgencias, vigilantes, hoteles y entre una llamada y otra envié a Nick más de media docena de wasaps.

15:45. «Nick, ¿dónde estás? Nos tienes muy preocupados. Llámame, por favor».

16:15. «Por favor, Nick. Dime al menos que estás bien. Sé por el único check que no has leído mi mensaje anterior, pero si enciendes el móvil ponte en contacto conmigo o con alguno de los chicos».

16:17. «Vale. Puede que se te haya agotado la batería, pero prefiero pensar que lo tienes apagado. Llámame».

16:30. «Dios, me voy a volver loca. ¿Quieres contestar de una maldita vez? Si no has muerto, te mataré yo; eso puedes tenerlo claro. Pero, por favor, antes de asesinarte dime que te encuentras bien y que no te ha ocurrido nada malo, ¿ok?».

17:00. «Cariño, si no quieres actuar esta noche, no pasa nada. Hablaré con el director del hotel y con la discográfica y lo solucionaré. Tú no te preocupes, yo lo arreglo. Seguro que se me ocurre una excusa coherente».

17:13. «¿Por qué no enciendes el teléfono, idiota? ¿Por qué no vuelves al hotel? ¿Es por mí? Si fueras un hombre al menos vendrías a decírmelo a la cara».

17:17. «Lo siento, Nick. Perdóname. Sé que ahora mismo debes odiarme. Tampoco me tienes por qué odiar, pienso yo. Pero comprendo que estés molesto conmigo. Soy la culpable de todo lo que está pasando... Si no quieres verme más, lo entenderé. Ven, dímelo y esta misma noche me volveré a Madrid».

17:28. «Siento que me muero solo con pensar que te ha podido suceder algo horrible por mi culpa y te odio, Nick. Te odio por hacerme sentir así».

A las 17:37 de la tarde, por fin, Nick cruzó la puerta del hotel.

Venía solo. Bueno, no. Lo acompañaba el taxista que lo había llevado al hotel, porque Nick no llevaba dinero para pagarle la carrera. En cuanto le pagué, me dejó al cargo de un chico que, si no hubiera sido porque reconocí los tatuajes de sus manos y brazos, nunca diría que podía ser Nick. Llevaba el pelo sucio y pastoso, la camiseta desgarrada de una manga, los pantalones llenos de manchurroneos de a saber qué y la cara negra como el tizón. Apenas se sostenía en pie y tuve que pasarme su brazo por el cuello y sujetarlo por la cintura para que pudiera andar hasta el ascensor. Aquella situación me sonaba de algo... Unos meses antes había tenido que ir a recogerlo en mitad de la noche a un bar del centro de Madrid porque había bebido tanto que no podía conducir su moto. En esta ocasión, su borrachera era aún peor.

—Nick, intenta caminar sin caerte —le susurré. Él, que solo miraba al suelo como si hubiera perdido algo, levantó la vista hacia mí y pareció sorprenderse de verme a su lado.

Se agarró con fuerza a mi hombro y comenzó a caminar haciendo eses. Con su metro noventa y una envergadura casi el doble que la mía era inevitable que en ese zigzag no me arrastrase a mí con él. La gente que pasaba a nuestro lado volvía sus caras hacia nosotros, obviamente sorprendidos por el estado del cantante. Entonces Xavier llegó corriendo a echarme una mano.

—Déjame que te ayude, Marta.

Miré a Nick. Él tenía sus ojos clavados en los míos. Su semblante era serio y su mirada desafiante. Era la viva imagen de un loco. De alguien completamente atormentado.

—Mejor no lo hagas, Xavi. Va tan bebido que seguramente no te reconozca y si nota que un extraño lo agarra, podría ponerse violento. ¿Por qué no pides en recepción que le suban un café bien cargado a su habitación? —Miré el estado de Nick y rectificué—: Mejor un par de ibuprofenos, una cafetera y... sal.

—Me da miedo dejarte sola con él —dudó Xavier. Nick clavó la mirada en él y le sonrió con suficiencia.

—Él no me hará nada. No es la primera vez que sucede esto... Por favor, Xavi, ayúdame y haz lo que te digo —le rogué.

Mi novio pareció sopesar la situación y al final claudicó.

—De acuerdo, hablaré con recepción. Luego te espero en nuestra habitación.

—Gracias. —Le sonreí aliviada.

Seguí caminando hacia el ascensor. Nick iba prácticamente recostado sobre mí y dando trompicones. Menos mal que el botones nos vio y salió corriendo a ayudarme.

—Permítame, señorita. —Se echó el brazo libre de Nick al hombro.

—Gracias.

—*Teeeee gggusta ellaaaaa, ¿ffferdad, xico?* —balbuceó Nick debido al alcohol —. *Puesss esssse* es su novio, el melenitas.

Los mofletes del botones se encendieron como dos linternas.

—Cállate, Nick —espeté.

—¿Te hassss enfadado, *Mady Poppinnnnns?* —Se acercó a mí como si en aquel espacio reducido no pudiera oírlo... o simplemente para castigarme con su aliento a vómito y *whisky* rancio.

Lo fulminé con la mirada y, muy teatralmente, hizo como si le hubiera asustado de verdad. En cuanto llegamos a la puerta de su habitación, pedí disculpas al botones y le dejé una buena propina. Entramos por la pequeña entrada trastabillando. Nick tropezó con una silla, yo me clavé el pico del escritorio en la cadera y al final conseguí tumbarlo en la cama sin abrimos la cabeza contra la mesilla.

—¿Dónde has estado? —le pregunté mientras le desabrochaba las botas, que, al igual que él, olían a vómito putrefacto.

—Conociendo Ibiza y a lasssssss ibicencas.

—Cómo no —murmuré para mí, aunque en el fondo lo que me apetecía era chillarle cuatro cosas que jamás olvidaría (una pista: la primera empieza por «ca» y termina por «bron»).

Seguí desanudando sus botas y llamaron a la puerta. Un camarero me dio una bandeja con la medicina, un termo lleno de café, una taza y varias bolsitas de sal. Le di las gracias y llamé al móvil de Charlie para decirle que estaba con Nick. Cuando me preguntó si podría ir a la prueba de sonido, le dije que se olvidara.

—Más bien deberías rezar por que esté sobrio en el concierto.

Cuando colgué, llené la taza hasta arriba de café y le eché un sobre de sal. Lo dejé en el baño y volví a la habitación. Nick seguía tumbado en la cama, pero se había quedado dormido. Le fui dando golpecitos en la cara hasta que abrió los ojos.

—Nick, Nick... Soy yo, Marta. Trata de levantarte. Tenemos que ir al baño: estás lleno de roña y apestas.

Con los ojos entrecerrados, apoyó los codos sobre el colchón y con mi ayuda pudo incorporarse poco a poco. Otra vez dio un trompicon, pero consiguió estabilizarse lo suficiente para dar tres pasos y llegar al baño.

—Bébetelo todo. —Le ofrecí el café salado.

Nick no me preguntó qué era: se llevó la taza a la boca y dio un largo trago. Cuando el líquido cayó en su estómago, hizo una mueca de disgusto y me apartó la taza.

—¡Puaj! ¿Quiereeeeeee envenenarme? ¿Qué es eso? ¿Matarratas?

—No. Es café y necesitas bebértelo. Te recuerdo que en menos de cuatro horas tienes que cantar en directo.

Se tapó la nariz como los niños pequeños y se terminó la taza. Cuando volví a llenarla, me miró horrorizado.

—Oh, no, no... Otra mierda de esas no.

—¡Cállate y bebe!

Mi tono sonó tan categórico que ni rechistó. Tan solo murmuró algo entre dientes y se llevó de nuevo la taza a los labios. Esta vez no hizo falta que se la bebiera entera. Con dos tragos, llegaron las arcadas y al segundo estaba vomitando litros de alcohol en el inodoro. Jamás había visto algo parecido. Nick estuvo cerca de media hora arrojando ríos de alcohol y yo a su lado, sujetándole la frente y limpiándole la boca.

Cuando su estómago pareció calmarse, le cepillé los dientes y comencé a desnudarlo. Todavía seguía borracho, pero al menos era capaz de estar sentado en la taza sin estrellarse contra la cisterna.

—Nick, colabora para que pueda desnudarte —le rogué. Me dolían los brazos de sujetarlo mientras le quitaba los pantalones mugrientos.

—Nena, creo que he bebido demasiado y que esta noche *Thor* está de baja. Te tendrás que conformar con tu novio.

¿Se pensaba que le estaba quitando la ropa para tener sexo o lo había dicho para echarme en cara lo de Xavier? Tiré de su camiseta hacia arriba con rabia y, de paso, me llevé unos cuantos mechones de su cabello.

—¡Auch! Bruja.

De nuevo, tuve que morderme la lengua para no llamarle esa palabra que empieza por «ca» y termina por «bron». Le quité los calzoncillos y lo metí en la ducha. Sentí que me agarraba con fuerza para que entrara con él y, por un instante, casi acabamos estampándonos contra el grifo de la ducha.

—Nick, estate quieto y siéntate en la ducha.

—¿Tu novio sabe que ahora mismo estás en un baño con un hombre desnudo? —No sé si me hacía feliz que recuperara su capacidad de habla, la verdad.

—Por favor, deja de mencionar a Xavier. No quiero discutir —le supliqué.

Su sonrisa de borracho se borró de un plumazo. Siguió observándome con un

gesto que, sinceramente, no sabría cómo interpretar, y yo me dispuse a lavarle el cabello y el cuerpo con sumo cuidado. Cuando cerré el grifo, comenzó a tiritar. Rápidamente lo rodeé con una toalla y lo ayudé a salir de la ducha. De camino a la cama, Nick no paraba de convulsionar. Comencé a preocuparme. Quizá el café y la ducha templada le habían provocado un *shock* térmico o algo así. No sé si eso podía pasar: no era una experta en atender borracheras. Lo del café con sal lo aprendí de mi madre porque obligó a mi hermana a bebérselo cuando la pilló borracha al llegar a casa. Ella no enfermó, pero estuvo sin hablarle más de dos semanas.

Asustada, acosté a Nick y le eché la sábana y la colcha por encima. Al ver que seguía temblando, abrí un armario para sacar una manta. Le cubrí con ella y, sin pensarlo, me tumbé a su lado, abrazándolo, para que entrara en calor.

—Cierra los ojos y trata de dormir —le susurré al oído.

—No puedo —contestó sin parar de castañetearle los dientes.

Nick escondió su rostro en el hueco entre mi cuello y mi clavícula y suspiró. Acaricié su espalda para calmar sus escalofríos hasta que noté que su cuerpo se relajaba.

—Anoche me hiciste sentir como cuando era niño —murmuró sobre mi piel.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendida.

—Para mi madre yo no significaba nada. Esa puta, porque era una verdadera puta, ¿sabes?, se olvidaba de mí en cuanto aparecía por casa uno de sus clientes. Tú también te olvidaste de mí, ángel.

Sus palabras me partieron el corazón en dos. Las lágrimas empañaron mis ojos nublándome la visión. Tuve que respirar varias veces para no ponerme a llorar por el daño que me había hecho con aquella comparación y... por el dolor que tuvo que pasar Nick cuando era un niño. Su madre había sido adicta al *crack*, y al parecer también se prostituía.

—Te equivocas, Nick —dije con voz entrecortada—, desde que él apareció aquí anoche, no he hecho otra cosa que pensar en ti. Yo no te olvido.

Esperé su respuesta pero, por la forma en que respiraba, supuse que se había quedado dormido. Ya no tiritaba. Ahora la que temblaba era yo, en un esfuerzo por controlar mi llanto.

Los Demonic Souls lograron actuar esa noche en el Hard Rock Hotel con tan solo media hora de retraso. Contra todo pronóstico, Nick consiguió arrastrarse de la cama, mantenerse en vertical y subirse al escenario. No tenía muy buen aspecto, pero las fans no parecieron darse cuenta de ello. Cantaron sus canciones a la par que su ídolo, le lanzaron ristas de piropos y le declararon su amor eterno como había sucedido en cada una de las ciudades que habíamos visitado hasta el momento. Aunque Nick acostumbraba a derrochar energía y vitalidad en el escenario, esa noche mostró a su audiencia un lado más calmado. Digamos que... más íntimo. Entre canción y canción

se tomaba un breve descanso y charlaba con el público como si tratara de entablar una conexión de complicidad con ellos. Pensé que su intención no era otra que disimular su malestar y agotamiento; o simplemente que le apetecía un *show* mucho más personal aprovechando que el aforo del hotel era más reducido. Pero a medida que transcurría el concierto, descubrí que por ahí no iban los tiros. Nick había cambiado la dinámica de su directo con un claro objetivo: yo.

Cada uno de sus comentarios eran dagas lanzadas contra mí. El más evidente de todos fue justo antes de dar paso a su cuarto tema. Cogió el micro y se dirigió hacia el público de las primeras filas, donde «casualmente» estábamos situados Xavier y yo.

—Hace poco un amigo me contó esta historia —comenzó a decir—. El tipo estaba en una fiesta *destroyer* en un bar y conoció a una de esas tías refinadas que llevan bragas caras y zapatos de lujo. Mi colega pensó que sería distinta a las tías con las que había estado y no paró hasta que consiguió tirársela. Para su sorpresa, se lo hizo con ella en uno de los baños. ¿Sabéis a qué conclusión llegó mi colega? —preguntó al público. Este lo animó a que continuara—. Que da igual si una mujer lleva collares de perlas o no: todas gritan como perras cuando estás dentro de ellas.

Nick terminó de decir aquello y me lanzó una mirada fugaz. El público estallaba en risas y aplausos mientras Edu se marcaba un redoble de tambor. Solo entonces comprendí de qué iba todo aquello: quería demostrarme lo poco que significaba para él. Me estaba castigando. Quería humillarme delante de Xavier y de todos esos extraños.

Sentí cómo la ira se apoderaba de mí. Estaba furiosa con él. ¡Qué digo! Lo odiaba. Quería largarme de allí, pero me negaba a darle el placer de ver que sus palabras me afectaban. Además, Xavier podría sospechar si detectaba una reacción extraña ante los comentarios del cantante. Así que aguanté el tipo como pude y continué viendo el *show*. Durante más de hora y pico soporté estoicamente cada una de sus puñaladas traperas. Toleré sus insultos bajo cuerda. Hasta que Nick cruzó la línea.

El concierto llegaba a su final. El líder de la banda cogió su guitarra e hizo una señal a sus compañeros para que esperaran su aviso antes de empezar a tocar. Retirándose el cabello húmedo que le caía sobre los ojos, agarró el micrófono con una mano y se dispuso a dar un nuevo discurso.

—Este tema me gusta de una manera especial. —Sonrió con picardía hacia el público y, como ya era de esperar, clavó sus ojos en los míos—. La canción cuenta la historia de una mujer que decía estar muy enamorada de su novio. Lo repetía sin cesar... mientras se arrodillaba frente a la bragueta de su amante. ¿Os lo podéis creer? Yo sí. El mundo está lleno de hipócritas. ¡Esta canción va por ti, *sucker*!

APÁRTATE DE LA LUZ

Llegué al hotel cerca de las once de la noche. Después de decir adiós a Xavier en la zona de embarque estuve deambulando por aquí y por allá: paseé por el centro del pueblo de Ibiza, caminé descalza por la playa y me senté en un chiringuito a ver la caída del sol. Mientras, la gente a mi alrededor bailaba al ritmo de la música con sus trajes de baño a juego con sus pareos y sus borsalinos.

Gente guapa versus chica piltrafa.

Cuando el sueño y el cansancio comenzaron a hacer mella en mí, decidí que era hora de volver al hotel. Al día siguiente volaríamos a la península, en concreto a Málaga, donde los chicos darían su próximo concierto. De allí a Sevilla, luego a Barcelona y, por último, Madrid. En la ciudad catalana tenían varios compromisos con prensa, un par de sesiones de fotos y la grabación del primer *single* del próximo disco. Iban a ser diecisiete días de intenso trabajo y muy incómodos para Nick y para mí. Por mucho que él me odiara, no iba a abandonar mi trabajo justo cuando quedaban dos semanas para finalizar la gira. Había tropezado con la misma piedra dos veces; pero en esta ocasión no iba a salir huyendo como una cobarde ni a abandonar mis responsabilidades. Solo dejaría Sound Music y a los Demonic Souls cuando encontrara un empleo que se ajustase a mi perfil y a mis necesidades económicas.

Crucé la puerta del hotel con aquella firme determinación. Estaba dispuesta a comerme el mundo y a cualquier rockero ególatra y egoísta que se interpusiera en mi camino. Cogí el ascensor, subí a mi planta y en cuanto se abrieron las puertas... mi firme determinación se esfumó. Nick Mendoza estaba sentado en el suelo del pasillo frente a mi habitación.

Nada más verme aparecer, se puso de pie y me miró aliviado.

—Hola —le escuché decir mientras trataba de desenterrar la llave de mi habitación del fondo de mi bolso. No le contesté. Tampoco lo miré. ¿Para qué?—. Como no te hemos visto, los chicos y yo pensábamos que te habías vuelto a Madrid con él, sin decirnos nada —me dejó caer.

—Tranquilo, yo os habría avisado. No soy de las que desaparecen sin dejar una nota ni un triste mensaje de texto. —Chúpate esa.

Se quedó en silencio.

—¿Puedo pasar? —preguntó cuando por fin encontré la dichosa tarjeta y abrí la puerta.

—¿Qué necesitas? Mejor déjame adivinarlo: quieres que vaya a la farmacia a

comprarte una cajita de profilácticos para ti y tu amiguita, ¿no?

—Dios, qué rencorosas sois las tías.

—Sí, deberías escribir una canción sobre ello.

—Basta, Marta, no he venido a discutir. —Colocó un pie en la puerta para que no la pudiera cerrar—. Necesito hablar contigo.

—¿De qué? Pensé que todo lo que me tenías que decir ya me lo dijiste ayer durante el concierto, delante de cien personas. —Cada una de mis palabras iban cargadas de veneno.

Nick me miró furioso y empujó la puerta. Asustada por su reacción, di un salto hacia atrás y él no dudó en abrirse paso hasta plantarse en el centro de mi habitación. Frunció el ceño cuando vio mi cama revuelta y luego se volvió hacia mí con una mirada recriminatoria.

¿Quién leches se creía él para reprocharme que yo me hubiera acostado con mi novio? ¿Él, que se había estado restregando con una zorrupia delante de mis propias narices esa mañana? Cerré la puerta de golpe.

—Di lo que tengas que decir y lárgate, Nick. Te aseguro que hoy no estoy para aguantar tonterías de nadie.

—Sigues con él. No lo has dejado.

—Eso ya no es asunto tuyo, Nick. Dejó de serlo en el momento en que esta mañana estuviste con otra mujer. Me prometiste que no estarías con nadie mientras estuviésemos juntos.

—Estás de coña, ¿no? —saltó como el aceite—. Tú puedes comerte la boca con tu novio en mi cara ¿y yo tengo que quedarme en mi habitación, llorándote como una nenaza?

—Yo nunca te engañé, Nick. Sabías que tenía una relación con otra persona y que esto se acabaría en cuanto finalizara la gira y volviéramos a nuestras vidas.

—Dijiste que lo dejarías, que no querías hacerlo por teléfono, y este fin de semana tienes la oportunidad ¿y la tiras por la borda? —Se retiró el cabello de la cara con ira y después se enfrentó de nuevo a mí—: Tú me tomas por gilipollas, ¿verdad? En el fondo, nunca has tenido intención de cortar con él. Eres una cobarde, una hipócrita, y te da pánico dejar tu vida cuadrículada con tu novio de anuncio por miedo a equivocarte. ¡Vive, Marta! ¡Vive!

Me quedé sin palabras. Él tenía parte de razón. Hasta esa tarde en el aeropuerto no estaba completamente segura de querer romper con Xavier. Me asustaba dar aquel paso y descubrir que había cometido un error dejándolo. Pero entre todos mis miedos e inseguridades, lo que más me aterrorizaba en el mundo era enamorarme de Nick. De alguna manera, mientras siguiera vinculada a Xavier, no habría posibilidad de que me planteara tener algo serio con el cantante de un grupo de *rock*. Si volvía a mi estado de soltería, ¿quién me aseguraba que no me enamoraría de él? Y si algo tenía claro en toda aquella maraña de emociones y sentimientos era que Nick terminaría haciéndome sufrir. Él, con su vida díscola, no estaba preparado para darme la

estabilidad que yo buscaba en una relación. Eso sin contar con el hecho de que *el Dios del rock* no creía en las relaciones a largo plazo.

—¿Sabes una cosa, Nick? Tienes razón. Soy una hipócrita y una cobarde. Pero también recuerda que soy la persona que se pasó todo el sábado asustada tratando de localizarte; que dejó a su novio tirado en una habitación de un hotel solo para cuidarte porque te habías pasado todo el día de juerga y estabas tan borracho que no te tenías en pie; porque quería que cumplieras con tu trabajo y no tuvieras problemas con la discográfica, ¿y para qué? Para que luego tú me humillaras públicamente...

—Joder, ¡Marta! Estuvo mal lo que te dije, pero no soporto verte con él. ¿No lo entiendes? ¡No soporto que te toque, ni que te mire...! —De repente, sacó su móvil—. Mira, ángel, no quería hacerte daño; pero él no te merece...

Y entonces, como si estuviera loco o poseído, comenzó a teclear en su móvil. El mío comenzó a sonar con una docena de wasaps. Lo saqué del bolso y, sin entender nada, miré la pantalla. Me había enviado imágenes; concretamente, fotos de Xavier. Mi novio estaba besándose en la Plaza Mayor de Madrid con una mujer, que por su aspecto debía de ser modelo. Seguí descargándome las fotos: Xavier abrazándola mientras miraban un escaparate; Xavier besándola de nuevo dentro de un coche. Espera... Esa mujer no era la anterior. Amplié la foto con la yema de mis dedos y reconocí su cara. Era Erica, la directora de *VeryCool*. Mi exjefa. La mujer que me había hecho la vida imposible para que abandonara mi puesto. El desliz de Xavier. Su supuesto error.

Hijo... de... puta.

Mareada y confundida, levanté la mirada hacia Nick.

—¿Cuándo se hicieron estas fotos?

—Hace un par de semanas.

—¿Desde cuándo las tienes?

—Justo en el momento en que se hicieron. ¿Estás bien?

—No. Lárgate —respondí con frialdad. Me sentía confusa. Entumecida. Todavía no había sido capaz de reaccionar.

—Marta, sabía que te iba a doler, pero...

Y por fin, exploté.

—¿CÓMO TE ATREVES? —grité, furiosa—. ¿Por qué me las enseñas ahora y no antes?

—Ya te lo he dicho: no quería hacerte sufrir...

—¿Qué clase de amigo eres tú que me escondes algo así? Sabías lo mal que me sentía engañando a Xavier contigo ¿y tú no me dices que él también me está engañando a mí? ¿Te lo estabas pasando pipa viéndome sufrir? ¿Te gusta jugar con las personas? ¡MIERDA! ¡MÁRCHATE! —Le empujé con fuerza cuando me sujetó por los hombros tratando de tranquilizarme.

—Tienes razón. Perdóname, perdóname... Fui un egoísta. Solo quería tener la certeza de que si le dejabas era por mí y no por lo que él estaba haciéndote a ti.

Lo miré atónita. En el fondo me las había ocultado por puro egocentrismo: para que yo pudiera seguir alimentando su ego al dejar a mi novio por él. Porque, en el fondo, Nick Mendoza siempre tuvo la certeza de que yo lo dejaría todo por estar con el todopoderoso *Dios del rock*. Era una estúpida. Había vivido engañada durante meses: yo era el juguete de Nick. Era solo un capricho. El capricho de un tipo que se creía un dios.

—En resumen: solo te miraste el ombligo —concluí con falsa calma—. Me creías tan tonta que dabas por hecho que dejaría a Xavier por ti. Por eso te fastidió vernos juntos este fin de semana, sentiste que estabas perdiendo en tu juegucito de «a ver quién se queda a Marta». Pues te voy a decir una cosa: hasta esta tarde que te vi con esa furcia en la piscina no me acosté con él. No soportaba ni que me tocara. Tú solito has perdido, Nick. Tú me empujaste a tener sexo con él.

—¡Cállate! —gritó con la cara contraída por el dolor y apretando los puños con furia—. ¡No quiero saberlo! No soporto imaginar que te ha tocado.

—¿Y por qué esto, Nick? —Señalé la pantalla de mi móvil—. ¿Por qué te has tomado la molestia de encargarle a alguien que le hiciera estas fotos? Es obvio que has encargado a un detective que lo investigue. ¿Por qué? Contéstame.

—Porque te necesito a mi lado. Quiero que sigas conmigo, nena.

—¿Y por qué me necesitas? —Nick me miró fijamente sin responder. Continué yo—: ¿Porque te inspiro? ¿Porque el chico de los suburbios ha conseguido a la chica de las bragas de lujo y los zapatos caros? ¿Para alimentar tu ego? ¿Porque no estaba rogándote como el resto de las mujeres que has conocido? ¿POR QUÉ? —Nick seguía guardando silencio y me miraba desconcertado—. ¿Ves, Nick? Ni siquiera te atreves a reconocer por qué quieres que esté contigo. ¿Quién es el hipócrita y el cobarde?

En cuanto terminé de decir aquello, giró sobre sus talones y salió de mi habitación dando un fuerte portazo.

Mi habitación se quedó en un profundo silencio. Permanecí inmóvil de pie sujetando mi móvil con fuerza y esperé.

Esperé la sensación típica de ahogo.

Esperé a que mi garganta se cerrara y que no fuera capaz de respirar.

Esperé los reproches de mi conciencia: «Todo lo haces mal», «no sirves para nada», «eres un auténtico desastre», «estúpida»...

Esperé la ansiedad, la angustia, las náuseas, el vómito...

Pero nada. Seguí inmóvil, enfurecida, cabreada... Muy, muy cabreada.

Encendí de nuevo el teléfono y, con manos temblorosas, reenvié cada una de las fotos a Xavier. Después le escribí un breve y claro mensaje: «No quiero volver a verte jamás». Por la hora que era, supuse que ya habría aterrizado en Madrid y que tendría el móvil encendido. De hecho, fue entonces cuando caí en la cuenta de que tampoco me había llamado o escrito para decirme que había llegado. Me reí. Me reí de mí, yo sola, en mi habitación. Xavier estaría celebrando su regreso con Erica o con todo su harén. ¿Y qué más daba ya? Apagué el móvil y, sin molestarme en quitarme

la ropa y ponerme el pijama, me metí en la cama. Apagué la luz de la mesilla, me cubrí con las sábanas hasta la cabeza y entonces fue cuando me permití llorar.

La semana siguiente fue una de las más intensas de la gira, por suerte para mí. Además de gestionar las entrevistas y eventos a los que debían asistir los Demonic Souls en Málaga y Sevilla, tenía que empezar a organizar su agenda para los días próximos en Barcelona. Los chicos grabarían allí el primer *single* del nuevo disco y tenían que disponer de tiempo suficiente para encerrarse en un estudio y cumplir con el *planning* de promoción que les había diseñado la discográfica: una sesión fotográfica cuyas imágenes serían distribuidas a los medios de comunicación con el segundo disco, varias entrevistas para el número navideño de la revista *GQ*, la grabación del programa de Fin de Año de una cadena de televisión... Y la lista de compromisos iba engordando por días. Pasaba tantas horas pegada al teléfono y enviando *e-mails* que apenas tuve que esforzarme por ignorar a Nick. Él también me facilitó la tarea: ya no viajaba a mi lado, evitaba hablar conmigo y todo su tiempo libre lo dedicaba a componer. Cada día, durante tres horas, se reunía con los chicos para ensayar los nuevos temas. Cuando hablé con Edu sobre el nuevo álbum, me sorprendió descubrir que Nick había compuesto trece canciones y que a los jefes de Sound Music les habían gustado todas. «Al menos, romperme el corazón le ha servido para algo productivo», pensé.

En cuanto a Xavier, se pasó tres días dejándome mensajes de voz que automáticamente borré. Luego optó por enviarme correos electrónicos y wasaps a todas horas que, por supuesto, tampoco leí. No me interesaba en absoluto escuchar sus mentiras, así que decidí que lo mejor sería bloquearlo definitivamente de mis contactos y de mi vida. Sin embargo, Xavier no se rindió tan fácilmente y se puso a hablar con mi hermana. En cuanto le contó que habíamos roto y que no quería hablar con él, Cristina tardó medio segundo en llamarme.

—Marta, ¿estás bien? —fue lo primero que dijo cuando descolgué el teléfono.

—Sí, ¿por qué? —respondí, desconcertada.

—Me ha llamado Xavier para contarme que has roto con él. Al decirme que no le cogías el teléfono estaba preocupada...

—Estoy bien, Cris.

—¿Qué te ha hecho ese imbécil?

—¿Y cómo sabes que él ha sido el culpable?

—Porque te conozco y tú nunca le harías daño.

Rompí a llorar. Ver la fe ciega que mi hermana tenía en mí me hizo sentir todavía peor. Era cierto que Xavier me había engañado posiblemente durante todo el año que estuvimos juntos, pero yo no era mucho mejor que él. Traté de explicárselo, pero solo balbuceé una serie de frases inconexas y sin sentido.

—Yo no..., y entonces hice eso con Nick y..., con Xavier, y él y Erica

también..., Cristina, soy lo peor... —Seguí llorando como un bebé.

—Martuca, tranquilízate. No entiendo nada. —Por el tono de su voz, mi hermana se estaba empezando a asustar en serio.

Me calmé un poco y, tras sorber por la nariz, traté de expresarme un poco mejor.

—Oh, Cris, tú y Félix teníais razón en todo: en que Xavier no era de fiar y en Nick... Hasta en eso acertasteis.

—¿En Nick? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —Volví a gimotear y entonces Cris ató cabos—. ¡Uauu! ¿Te has vuelto a enrollar con el todopoderoso *Dios del rock*? ¿Con el tío más buenorro y con más morbazo de este país? —Estallé en lágrimas otra vez—. Tranquila, un error lo tiene cualquiera. Aunque tirarse a un tío tan bueno no computa como traición. Está aceptado por la RAE y seguro que Xavier te perdonará, pero, claro, no olvides que no hay dos sin tres. —Y siguió con su bla, bla, bla y sus sandeces típicas: esas flores que suele soltar por la boquita mi hermana cuando no tolera el estrés.

—¿Que no hay dos sin tres? Y cuatro y cinco y seis y todas elevadas al cubo.

—¿Me estás diciendo que no fue un desliz? ¿Qué tienes una aventura con él?

—Sí, sí... Soy una adúltera, una traidora, una mentirosa...

—Vale, lo pillo. Eres un pendón desorejado, pero piensa que miles de mujeres de este país le pondrían los toriles a sus parejas con Nick Mendoza. Al menos eso te exime de que vayas al infierno. Hasta diría yo que has hecho un bien social.

—No bromees, Cristina. Encima, él ha estado jugando conmigo y, para colmo, lo supe la misma noche en la que descubrí que Xavier también me estaba siendo infiel.

—Virgen santa, ¡esto es peor que *Mujeres y hombres y viceversa*! Mira, no entiendo nada, pero este fin de semana me voy a verte. ¿Dónde estarás alojada?

—En Barcelona, pero no hace falta que vengas.

—Sí que voy a ir, Marta. No puedes pasar esto sola. Además, tenía que hablar contigo sobre un asunto y mejor será que te lo diga cara a cara.

—¿Qué asunto?

—Es sobre mamá y papá, pero ahora no importa.

—¿No ha vuelto mamá a casa? —¡Qué desastre! Por culpa de mi culebrón lo había olvidado.

—Más o menos, pero ya te contaré cuando nos veamos. Ahora trata de estar tranquila hasta entonces.

—Lo intentaré, pero no hace falta que vengas, estoy bien —insistí, aunque me moría por verla.

—No me lo creo. Por cierto, espero que te estés cuidando.

—Sí, no te preocupes —volví a mentir.

—OK, pues nos vemos en unos días.

El avión de mi hermana aterrizó en Barcelona a las nueve y media de la noche del

viernes. Yo llevaba menos de tres horas en la Ciudad Condal, así que solo me dio tiempo a darme una ducha, deshacer la maleta y coger un taxi para ir a recogerla al aeropuerto. Cuál fue mi sorpresa cuando llegué allí y descubrí que no venía sola: Félix estaba a su lado con una sonrisa dibujada en los labios y una maleta que abultaba más que él. Di un grito de alegría y salí corriendo hacia ellos. Nos abrazamos, nos besamos, dimos saltitos, nos volvimos a abrazar y, después, más saltitos. Estaba contentísima de tener a mis dos seres favoritos conmigo, aunque solo fuera por un par de días. Su simple presencia me devolvió esa tranquilidad que uno respira cuando llega a su casa. Incluso me sentía protegida.

—¡Estás guapísima, Marta! Incluso has engordado un poco. Fíjate, Félix, ¡si por fin le han crecido los pechos a la niña! —bromeó Cristina.

Cubrí la boca a mi hermana como cuando éramos pequeñas y se le iba a escapar un secreto delante de mi madre; solo que esta vez medio aeropuerto la estaba escuchando hablar de mi delantera.

—Te dije que llevaba una buena alimentación y mucho ejercicio físico. —Le guiñé un ojo.

La verdad es que durante las semanas anteriores había comido francamente bien y había ganado un poco de peso. No sabía cuánto había engordado, porque desde hacía años tenía prohibido poner un pie en una báscula, pero por la forma en que se ajustaban mis vaqueros a mis caderas y mis pechos se salían de las copas de mi sujetador, habría ganado tres kilos como mínimo.

—Y tú ¿qué haces aquí? —Me volví hacia Félix.

—Mala amiga, ¿pues no lo ves? Venir a verte, porque si tengo que esperar a que me escribas o me llames podría estar muerto.

—Lo siento, Fe, he estado muy liada...

«Acostándome con un idiota que me nublaba el cerebro a base de orgasmos y me hizo olvidar que tenía una vida y unos amigos». No se lo dije, pero lo pensé. Era patética. Y tras llegar a esa conclusión, me lancé a sus brazos y me eché a llorar. Ellos trataron de calmarme, pero no era capaz de controlar mis lágrimas. Igual que en esas situaciones en las que te dicen que no te rías y te entran más ganas de carcajearte. A mí me pasaba lo mismo, pero en versión dramática.

—¿Ves, Félix?, te dije que estaba mal —comentó mi hermana mientras acariciaba mi espalda.

—¿Por qué lloras, Marta? Se supone que el sexo con un tío como Nick Mendoza debe quitar las penas y tú pareces estar ahogándote en ellas.

—No, Félix... Es que soy un desastre con los hombres. Todo me sale mal. Tengo que tener alguna tara, porque siempre pongo los ojos en los más cretinos.

—Aquí la única tara mental la tienen ellos por no saber apreciar lo mucho que tú vales. —Sonreí agradecida por sus palabras de consuelo, pero a los dos segundos me abracé de nuevo a él y rompí a llorar otra vez.

—¿Por qué no salimos esta noche a tomar unas copas y a mover el esqueleto?

Necesitas divertirte, Marta, olvidarte de los últimos días —sugirió Cristina.

Asentí con la cabeza, todavía escondida en el hombro de mi amigo.

—Eso, las penas con alcohol son menos —añadió Félix mientras me daba suaves palmaditas de consuelo en la espalda.

Félix y Cristina se alojaron ese fin de semana en el mismo hotel en el que estábamos instalados la banda y yo. En un principio tenía planeado que compartiéramos habitación, pero un día antes el gerente me informó de que tenía una habitación libre para ese fin de semana y mi hermana insistió para que se la reservara. Ahora entendía el motivo: con el volumen de equipaje que traía Félix, habríamos dormido en mi habitación como piojos en costura.

Sin perder el tiempo, dejamos sus maletas y salimos a cenar. En el restaurante les conté toda la historia con Nick: cómo fuimos acercándonos el uno al otro, nuestras primeras conversaciones, lo bien que nos entendíamos a pesar de nuestras diferencias de vida y personalidad, lo mucho que me hacía reír... Les confesé el trabajo de autocontrol que tuve que hacer en muchas ocasiones por no lanzarme a sus brazos y besarlo; lo halagada que me sentí cuando me dijo que gracias a mí podía componer y cómo al final me rendí y terminé en su cama.

Les hablé también de que acordamos poner fecha de caducidad a nuestra aventura y que en muchas ocasiones me estuve planteando dejar a Xavier y pedirle a Nick que nos diéramos una oportunidad. Pero cada vez que pensaba en aquello, yo misma desterraba esa idea porque en el fondo sabía que Nick no estaba preparado para el tipo de relación que yo necesitaba. En fin, no me quedó más remedio que relatarles el fin de semana en Ibiza cuando se presentó Xavier por sorpresa y los motivos por los que me acosté con él. Cuando llegué al episodio de las fotos donde Nick me mostraba la doble vida que tenía mi novio, Félix y Cristina me escuchaban completamente atónitos. Al ver que llevaban un rato sin pronunciar palabra, les pregunté, preocupada:

—¿Qué opináis? ¿No creéis que soy patética? Tengo veinticinco años y no me he dado cuenta de que he sido el juguete de dos hombres.

—No te machaques a ti misma, Marta. Todo el mundo comete errores y tú eres humana. Ya te lo he dicho mil veces: te exiges demasiado. —Cristina me dijo esto y me miró con lástima.

—Eso no es excusa. Un error se comete una vez o dos y no durante todo un mes. Eso sin contar el añito haciendo el imbécil con Xavier.

Mi hermana se quedó en silencio y luego siguió explicándose:

—Estoy tratando de decirte que dejes de lamentarte y reprocharte, y que mires el lado positivo de las cosas. Lo intentaste con Xavier y salió mal. Perfecto: mejor descubrirlo ahora que no dentro de diez años. Y respecto a Nick: ¡qué te quiten lo *bailao*! Has disfrutado, te has reído y, de alguna manera, te ha abierto los ojos

respecto a Xavier.

—Pero él sabía que yo estaba torturada por engañar a Xavier y no me enseñó esas malditas fotos hasta que se vio perdido. Además, ¿qué persona normal manda espiar a la pareja de su amante? Eso es de alguien muy retorcido.

—O de alguien que no sabe cómo manejar sus sentimientos —sentenció mi hermana.

—Pues embaucar a las mujeres se le da fantásticamente bien.

—Lo digo en serio, Marta —continuó—. Yo creo que ni el propio Nick sabe qué siente por ti.

—En ese punto, tu hermana tiene razón, reina —añadió Félix, que hasta ese momento se había mantenido callado—. Si no le importaras, ¿por qué se iba a molestar en investigar a Xavier?

—Para conseguirme, colgarse la medallita y luego dejarme tirada como un trapo viejo y usado. Nick utiliza a las mujeres: para él el sexo no es más que un juego y no cree en las relaciones. Me lo ha dicho con esas palabras. ¿Qué puedo esperar de alguien así? Además, os recuerdo que en cuanto me vio con Xavier no mostró ningún interés por hablar conmigo. Al contrario: no perdió el tiempo y salió pitando a meterse en las bragas de otra.

—Y si te hubiera mostrado esas fotos antes, ¿te habrías planteado tener una relación con Nick?

Reflexioné antes de responder.

—No, probablemente no.

—Seguirías pensando que Nick es un mujeriego y que, cuando se cansara de ti, volvería a su vida promiscua de siempre —afirmó Cristina. ¿Mi hermana podía leer la mente o qué?

—Mira, Marta, tal y como lo veo yo —intervino ahora Félix—, aquí nadie está libre de culpa. Xavier te fue infiel y tú también a él. Nick se lió en tus narices con una rubia en la piscina del hotel y tú con Xavier unas cuantas plantas más arriba.

—¿Me estás comparando con esos dos hombres? —Miré boquiabierta a mi amigo.

—No, te estoy diciendo que todos cometemos errores: ellos, tú, yo... Sigue adelante con tu vida y olvídalos. O sigue liada con el cantante sin ataduras ni remordimientos y disfruta el momento por una vez. ¿Qué sale mal? Sobrevivirás...

—Sí, Marta, has sobrevivido a cosas peores —murmuró mi hermana clavando los ojos en mis pulseras de cuero.

—Por eso mismo tengo miedo. —La miré avergonzada. Al final, mi vida siempre se reducía a lo mismo: miedo a caer...

—Entonces, lo mejor es que te des tiempo y poco a poco olvidarás todo esto. Nosotros te ayudaremos a superarlo. —Mi hermana sujetó mi mano con fuerza.

—Sí, ¿y si empezamos esta noche? Conozco un club donde sirven los mejores *gin fizz* de Barcelona —nos propuso Félix.

—¡Por supuesto! —aplaudió Cristina emocionada.

Acepté la propuesta aun sabiendo que esa noche no iba ser yo la alegría de la huerta.

No sé a qué hora exacta regresamos al hotel. Mi hermana me había quitado el reloj para que me olvidara de todo y me relajara esa noche con ellos. Por el mareo de mi cabeza y el dolor de mis pies, supuse que serían más de las tres de la madrugada.

Nada más entrar en recepción, no pude resistir más y me quité los zapatos. Mi hermana, imitándome, se los quitó también y cruzamos el vestíbulo descalzas. Nos echamos a reír a la vez. Años atrás, cuando vivíamos juntas y llegábamos tarde a casa, solíamos descalzarnos antes de entrar por la puerta para que mi madre no descubriera que nos habíamos saltado el toque de queda. La mayoría de las veces no nos servía de nada, porque doña Lucía nos estaba esperando despierta en la cocina con la cara desencajada y con su plan de castigo preparado para el día siguiente. Por ejemplo: despertarnos a las ocho de la mañana y obligarnos a limpiar de rodillas las juntas de la cocina y de los tres cuartos de baño de nuestra casa. Desde entonces tengo pesadillas con el Baldosín.

Le estábamos contando a Félix el tipo de torturas a las que nos sometía mi madre cuando nos encontramos esperando el ascensor a los Demonic Souls al completo. Por supuesto, muy bien acompañados por un grupo de seis señoritas que parecían sacadas del museo del terror. No me pasó por alto que Nick hablaba con la más alta del grupo, mientras esta le retiraba un mechón de pelo que le había caído sobre las cejas. A lo mejor era una chica maja, pero fíjate que a mí se me estaba atragantando.

—Pero ¡qué ven mis ojos! ¡Marta saliendo de juerga por la noche! —vociferó Tony de forma exagerada. Luego posó sus ojos en mi hermana y le hizo un barrido de la cabeza a los pies—. ¿No me vas a presentar a tu amiguita?

—No es mi amiga. Es Cristina, mi hermana. Hermana pequeña. —Hice hincapié en lo de pequeña para que Tony alejara sus garras de ella. Luego señalé a mi amigo—. Y él es Félix. Ellos son Edu, Charlie, Tony y Nick. —«Y sus amigas las *Monsters High*». Eso no lo dije, pero me quedé con las ganas.

Intercambiaron saludos y luego bromearon sobre el poco parecido entre Cristina y yo. Mi hermana no escatimó en halagos hacia el grupo y lo muy ilusionada que estaba por poder verlos por primera vez en concierto. Mientras ella hablaba con esa gracia y simpatía que tiene mi peque, las *Monsters High* le lanzaban miradas celosas por haber captado la atención de los chicos. Miré de refilón a Nick, que no había intervenido desde que habíamos aparecido por el *hall*, y descubrí que él también me estaba mirando a mí. Posó sus ojos en mis pies descalzos y luego en mis piernas, que debían de parecer dos tubos rectos por la hinchazón. Al contemplar los zapatos que colgaban de mi mano, se mordió los labios conteniendo la risa. Volví la cara hacia otro lado toda digna, crucé las piernas y estiré la *lycra* de mi vestido negro ajustado.

—Ey, Marta. ¿Por qué no venís a tomar la penúltima a mi habitación? —propuso Tony mientras evaluaba el trasero de Cristina. Un movimiento en falso y juro que le cortaba las manos.

Miré a *Draculaura*, que había cruzado su brazo con el de Nick, y respondí.

—No, gracias. Estamos cansados. —Félix y Cristina pusieron cara de decepción y rápidamente me corregí—: Bueno, yo me voy a la cama, pero vosotros podéis ir —dije, dirigiéndome a mi hermana y mi amigo.

Se miraron el uno al otro y al final Cris aceptó la invitación.

—La penúltima y nos vamos a dormir: te lo prometo, Marta.

Cuando llegó el ascensor, Edu, Tony, Cristina y una tanda de las chicas se subieron.

—Cuida de mi hermana, Félix —susurré en el oído a mi amigo—. El bajista es un obseso sexual.

Félix me miró divertido, pero rápidamente borró su sonrisa al ver mi cara de alarma.

—Tranquila, si tengo que transformarme en Bruce Lee, lo haré.

Se abrieron las puertas del ascensor de nuevo y entraron Charlie, Nick, Félix y tres chicas más. Al ver que no cabíamos, di un paso atrás con la intención de esperar al siguiente. Justo antes de que se cerraran las puertas, Nick las bloqueó y salió de nuevo al *hall*.

«Aléjate de la luz, Carol Anne, aléjate...»: me pareció oír la voz de la enana psíquica de *Poltergeist*.

Por un momento me planteé subir por las escaleras. Pero tan pronto como lo pensé, desestimé esa opción: tal y como me dolían los pies, al día siguiente tendrían que amputármelos.

Entonces escuché reír a Nick.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Me di una colleja mental. Se suponía que el plan era no dirigirle la palabra jamás en la vida.

—Es gracioso. Estás obsesionada con los virus y los microorganismos y siempre que volvemos de una fiesta terminas caminando descalza.

—Si no te gusta ver mis pies, no mires. —Esa era yo, toda una mujer, con la capacidad de respuesta de... una niña de cinco años.

—Al contrario. Me encanta, especialmente hoy. —Me sonrió de medio lado y añadió—: Eres preciosa.

Sentí que me sonrojaba sin poder evitarlo. Cómo odiaba que tratara de seducirme y que yo entrara al trazo con tanta facilidad...

Por fin, llegó el ascensor. En cuanto se abrieron las puertas caminé hacia una de las esquinas, pegándome todo lo posible contra el cristal. Cuanta más distancia hubiera entre nosotros, mejor.

Nick apretó el botón de nuestra planta y se colocó justo a mi lado, con la espalda recostada en el espejo y los brazos cruzados.

—No me acosté con ella.

—¿Perdón? —Levanté la mirada hacia él, sorprendida. No sabía a qué venía ese comentario ni a quién se refería.

—No tuve sexo con la tía de la piscina ni con ninguna otra mujer desde que tú y yo estamos juntos. —Bufé. No me creía ni una sola palabra—. Te lo juro. Cuando te marchaste con él a tu habitación, le pedí que se largara y me fui a dar una vuelta por la playa. Cuando volví al hotel subí a buscarte a la habitación, pero me dijeron que os habíais ido en un taxi en dirección al aeropuerto. Pensé que no te volvería a ver...

Incliné la cabeza hacia un lado tratando de ver mejor su rostro. Quizá en sus ojos descubriría si me estaba diciendo la verdad o era uno de sus trucos para llevarme a la cama. Nick no era un hombre al que le resultara fácil tragarse su orgullo. Lo había visto muchas veces durante los ensayos, cuando uno de los chicos le llamaba la atención por equivocarse en un acorde mientras ensayaban... Normalmente se ponía a la defensiva o le echaba la culpa a otro. Sin embargo, allí, plantado en el ascensor, diciéndome todo aquello, parecía realmente incómodo. Fruncía el ceño, apretaba las mandíbulas y daba golpecitos con el pie. Estaba nervioso.

¿Qué debía responderle? «¿Gracias por ser sincero?». «¿Ya es tarde para contarme todo esto?». «¿Si lo hubiera sabido probablemente no me habría ido a la cama con Xavier?». Sin darme cuenta de que habíamos llegado a nuestra planta, las puertas del ascensor se abrieron y salí de allí con el alma en los pies..., por si ya los tenía poco doloridos. Caminé dándole la espalda y sentí cómo se detenía unos segundos detrás de mí mientras abría mi puerta. Siguió andando sin decir nada y, entonces, me oí decir:

—Al verte con ella tuve un ataque de celos. Te odiaba por hacerme sentir así y por eso me acosté con él esa tarde: por despecho. Y quiero que sepas que me arrepiento.

Nick se quedó congelado al escuchar mis palabras. Se giró hacia mí asombrado y, antes de que pudiera acercármeme, entré en mi habitación y cerré la puerta por dentro con llave. A los pocos minutos, oí sus pisadas alejarse por el pasillo de la séptima planta.

SALTO AL VACÍO

Mi móvil vibró encima de la mesilla de noche. Me di media vuelta y me cubrí la cabeza con la almohada.

—Mamá, por favor, déjame dormir un ratito más —gimoteé.

Pasaron unos minutos y volvió a sonar.

Entonces recordé que era sábado y que hacía años que no iba al colegio. Aliviada por aquel descubrimiento, me hice una bolita y me acomodé entre las sábanas.

Zzzzzzzz... Zzzzzzzz... Zzzzzzzz...

¡Otra vez aquel desagradable zumbido! De muy mala leche, lancé por los aires la almohada y me incorporé en la cama. Agarré el móvil con fuerza para no estamparlo contra la pared y miré la pantalla. Número oculto. Como fuera una teleoperadora para hacerme una oferta para el plan ballena, delfín o chipirón en su tinta, le iba a gritar hasta que le sangraran los tímpanos.

—¡Dígame! —Mi voz sonó como la de Coto Matamoros. Secuelas de la juerga de la noche anterior.

—Marta, ¿eres tú?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Xavier.

—Hola y adiós.

—¡Marta, no cuelgues! —exclamó—. Al menos déjame que te explique. ¡Tengo derecho a una defensa justa!

—Y yo tengo derecho a barra libre de ibuprofeno por el peso de los cuernos, pero, por desgracia, no me lo receta el médico.

—Marta, no digas tonterías. Esas fotos se hicieron hace mucho tiempo, cuando tú y yo no estábamos juntos. Quien te las haya pasado solo quiere separarnos.

—Lo siento, no delato a mis fuentes —dije con ironía.

—¿Ha sido Erica? ¿Te las envió ella? Está dolida y celosa por lo nuestro y...

—¡Cállate! ¡Cállate! No quiero oír más mentiras. No fue ella quien hizo las fotos y son recientes. Así que, te lo pido por favor, ¡deja de inventar excusas!

—Entonces ¿quién? ¡Dime quién te las ha pasado!

Al notar su malestar, me sentí también culpable. «Aquí no había un solo traidor», me recordé. Debía ser sincera con él... Y, de paso, vengarme.

—Mira, Xavier, olvida las fotos. Nuestra relación estaba sentenciada a muerte desde hacía mucho tiempo. Yo..., yo... tampoco he sido honesta contigo.

—¿Qué quieres decir con que no has sido honesta?

—No pensaba contártelo, pero no es justo que tú cargues con todas las culpas. Yo...

—¿Tú qué?

—Yo también he mantenido relaciones con otro hombre, Xavier. —«Y soy tan mema que te lo digo, cosa que tú no has hecho conmigo».

La línea se quedó en silencio. A los pocos segundos, Xavi pareció reaccionar.

—Dime que fue un desliz de una noche y quizá podamos solucionarlo.

—Lo siento... Sucedió varias veces.

—¿Quién es él? ¿Es uno de la banda? ¿Alguien con quién trabajas? —Guardé silencio. Entonces se arriesgó a preguntar—: ¿Es él, Marta? ¿Estás enrollada con ese macarra de Nick Mendoza?

—Puede que sí o puede que no. —Lo reconozco: una parte de mí estaba gozando.

—¡Claro que es él! Juro que lo pensé en Ibiza. Estabas rara y esa forma en la que él te miraba... Pero me dije que tú jamás pondrías los ojos en alguien como él. Supuse que lo habría intentado contigo y que lo habrías rechazado. Pero al final eres igual que todas: ¡un tío famoso te dice cosas bonitas y tú te abres de piernas!

—¡No se te ocurra hablarme así! ¡No tienes derecho! —grité, indignada—. Recuerda que tú también me has engañado, y ¿sabes qué? Lo intenté. Traté de mantenerme alejada de él, pero tú me lo pusiste fácil. No venías a verme; si no te llamaba yo, no te dignabas enviarme ni un triste mensaje. Y gracias a él, ahora sé por qué no mostrabas ningún interés: porque mientras yo he estado fuera de Madrid, tú estabas muy entretenido poniéndome los cuernos con tus amiguitas.

—¿Cómo que gracias a él? —Dios, era una bocazas. Siempre me pasaba lo mismo: se me calentaba la lengua y al final terminaba metiendo la pata—. O sea, que fue él quien envió a alguien para que me espíase —insistió, y yo volví a callar—. No hace falta que me lo digas. Es un demente: lo lleva escrito en la cara.

—¿Y tú qué eres, Xavier?

—Yo no invado la intimidad de nadie para meterme bajo la falda de una mujer. No soy esa clase de gentuza. No lo necesito. Yo, si fuera tú, me preguntaría con qué tipo de perturbado estoy liada.

Podría haberle dicho que entre Nick y yo ya no había nada o... que también me había formulado esa pregunta y la respuesta me aterrorizaba. Pero no quería darle ese gustazo, ni que tuviera la mínima esperanza de que podría volver con él. Así que traté de tranquilizarme y terminar aquella conversación que no nos llevaría a ningún lado.

—No le des más vueltas, Xavi. —Mi voz sonó entonces más serena—. Tú y yo no nos hemos comportado de manera muy diferente. Lo mejor es que olvidemos todo y sigamos con nuestra vida.

—No me da la gana. No tengo intención de olvidar esto —afirmó con rotundidad.

—¿Por qué, Xavier? ¡Te juro que no te entiendo! ¿Por qué quisiste volver conmigo si siempre has llevado una doble vida? ¿Y por qué no me dejas vivir tranquila? —Estaba cansada, joder. Aquella llamada me estaba chupando la energía.

—Porque..., porque... —Le tembló la voz.

—¿Ves? ¡Otro igual! Ni tú sabes qué sientes por mí —murmuré decepcionada.

—Sí que lo sé. Tú y yo, Marta, formamos una buena pareja. Sabes escucharme, me entiendes, me quieres por lo que soy, me admiras... Y yo te quiero. Puedo darte la vida que tú necesitas. Sé que tú y yo seríamos felices.

—Tú me ofreces una vida de mentira. Gracias, pero no. Quédatela para ti. Y, por favor, no vuelvas a llamarme. ¡Hasta nunca!

Colgué antes de que pudiera argumentar algo más. Apagué el móvil y me hundi en la cama. Estaba temblando. Estaba furiosa. Herida. Me levanté de un salto y corrí hacia el armario. Me puse unos *shorts* de deporte, mi top y mis zapatillas. Necesitaba correr. Necesitaba alejarme de Xavier, de Nick, de aquella habitación, de mi vida... ¡Y de mí misma!

Una hora después regresé al hotel mucho más relajada y con la mente despejada. Después de ducharme, me vestí y llamé al teléfono de la habitación de Félix y mi hermana. Eran pasadas las diez y si no bajábamos pronto a desayunar, nos cerrarían el bufé. Por el tono de voz de Cristina (en su caso, más parecido al de Bruce Willis que al de Coto Matamoros), supuse que estaba profundamente dormida. Según me dijo, Félix y ella habían abandonado la fiesta privada de Tony «hacia un rato» y no tenían ninguna intención de sacar un pie de la cama. Después de ponerme muy pesada, logré convencerlos para que se levantaran y aprovecharan el día para ir a la playa, hacer compras... Yo no podría ir con ellos: tenía que organizar un par de entrevistas antes del concierto de esa tarde y, por eso mismo, me apetecía compartir aunque fuera un café con ellos esa mañana.

Después de veinte minutos esperando en el restaurante del hotel, aparecieron dos versiones *low cost* de Félix y Cris.

—¿Os pido un carajillo para entonar ese cuerpo? —bromeé nada más verlos.

Mi hermana hizo una mueca de asco y Félix se echó mano a su estómago.

—Madre mía, Marta, los rockeros son como esponjas. Beben como si no hubiera un mañana...

Que me lo dijeran a mí, que había atendido varias borracheras de Nick.

—Bueno, ¿y qué estuvisteis haciendo en la habitación? —pregunté con curiosidad.

—Beber, beber, beber... Y reír. La verdad es que son unos tíos muy normales.

—¿Tony, un chico normal? —Puse los ojos en blanco.

—Es un loco, pero muy divertido. Convenció a una de las chicas para que se quedara en bragas y sujetador, la tumbó en el suelo y le colocó una ristra de vasos de chupito hasta arriba de Jägermeister desde el cuello hasta la entrepierna. Se apostó beber uno a uno sin tocarla y sin derramar una gota de líquido. ¿Y sabes qué paso cuando llegó al chupito que tenía colocado encima de las braguitas?

—Prefiero no saberlo...

—Lo derramó adrede y comenzó a lamerla como un perrito. La tía salió corriendo despavorida por la habitación y Tony detrás de ella, gimiendo como un cachorro. —Cris y Félix rompieron a reír como si aquella escena fuera lo más gracioso que habían visto en su vida. Debían hacérselo mirar.

—Me alegro de que lo pasarais bien —comenté con poco entusiasmo.

—Y Nick me pareció encantador —apuntó mi hermana.

Oír aquello sí que era nuevo. Y marciano...

—¿Encantador? —Podía esperar una lista de adjetivos que podrían definir a Nick: sexi, guapo, imponente, divertido, salvaje, borde, chulo, pasota, malhablado, macarra, incluso pervertido; pero ¿encantador?

—Sí. Al principio estuvo un poco ausente, pero luego estuvimos hablando y me pareció majísimo.

—Ya... Encantador de serpientes.

—No disimules, Marta, que te conocemos y sabemos que mueres por saber de qué estuvieron hablando —intervino Félix mientras se metía en la boca un trozo de donut de chocolate.

—Me trae sin cuidado lo que hablarais, lo juro. —Crucé los dedos bajo la mesa.

—¿Estás cruzando los dedos? —dijo burlona mi hermana—. Lo sé porque siempre que lo haces pones cara de pava, monina.

—Bien, suéltalo. ¿De qué narices estuvisteis hablando? —Me rendí.

—Pues de ti, mujer. ¿De quién si no? Me preguntó cómo eras de pequeña, si nos llevábamos bien, si eras una tiquismiquis como ahora... Le enseñé fotos tuyas, de la comunión, de cuando ganaste el certamen de *ballet*...

—¿Que le enseñaste qué? —grité, espantada.

—Sí, y alucinó cuando te vio tan mona, con tus tirabuzones y con tu tutú...

—¡Oh, Dios mío! ¡Eres lo peor! —la reprendí. Si mi madre le hubiera enseñado las fotos podría perdonarla, pero... ¿Cristina? ¿Qué capítulo del reglamento de hermanas se saltó la muy mamona?

—No te agobies, Martuca, que no hizo comentarios sobre todos esos lazos de tu vestido de comunión ni de tu lorza. Es evidente que le gustas o está ciego.

Grrrr... La iba a matar.

Siguieron comentando anécdotas de la anterior noche y entonces no pude resistir más la tentación de preguntar por algo que me estaba carcomiendo desde que me fui a mi habitación:

—¿Le visteis con alguna de esas chicas?

No hizo falta que les especificara a quién me refería. Félix y mi hermana se quedaron en silencio y se miraron el uno al otro pensativos.

—Soy idiota. No sé ni por qué pregunto... —murmuré, más para mí que para ellos.

—No, Marta. Nick fue el primero que se marchó a su habitación. Y solo.

Después de desayunar, Cristina y yo estuvimos hablando un rato a solas en mi habitación. Mientras tanto, Félix se dirigió a la suya para arreglarse. Conociendo a mi amigo, no daría señales de vida antes de hora y media como mínimo. Y eso que estaba calvo y no tenía que pasarse las planchas.

Aproveché nuestro momento a solas para preguntar a Cristina por mi madre y su padre. Me extrañaba que no me hubiera sacado el tema todavía. Cuando me dijo que mi madre había dejado a Alfredo ya hacía más de una semana, me quedé completamente helada. Todavía no me había hecho a la idea. Era como si aquella historia les hubiera estado sucediendo a un par de extraños y no a mi propia familia. Jamás habría pensado que la perfecta doña Lucía fuera capaz de abandonar a su perfecto marido y su perfecta vida.

—¿Crees que hay terceras personas? —Era la única razón lógica que podría explicar aquella reacción de mi madre. Además, según las encuestas, dos de cada cuatro matrimonios se divorciaban por cuernos.

—Hasta donde yo sé, no ha habido infidelidad por parte de ninguno, pero tampoco me han dado muchos detalles.

Según me contó mi hermana, mis padres últimamente discutían mucho y un buen día nuestra madre hizo las maletas y se fue de casa. No dio señales de vida durante unos días, hasta que por fin se puso en contacto con mi padrastro. Entonces, sin decirle dónde estaba alojada, le explicó que necesitaba tiempo para estar sola, que no era feliz con su vida y que necesitaba reencontrarse consigo misma.

—¿Reencontrarse consigo misma? ¿Mamá? Pero si siempre ha sido la mujer más segura que he conocido. —Aquello no tenía pies ni cabeza—. ¿Y sabes dónde está? ¿Has hablado con ella?

—Me llama todos los días para decirme que se encuentra bien y para preguntar por ti, pero no quiere decirme dónde vive. Dice que necesita tiempo y que quiere estar sola. Luego se acongoja, se pone a llorar, se despide de mí y cuelga.

—Y papá ¿qué dice?

—Papá está desolado, pero cree que tarde o temprano volverá. Le echa la culpa a la *mesopotamia* de mamá.

—Menopausia, Cris.

—Lo que sea. El caso es que papá cree que tiene la típica crisis de la edad, pero yo no sé... Ella siempre ha sido un incordio, tú lo sabes, pero llegar a casa y no verla... se me hace raro. —Pestañeó para contener las lágrimas y luego añadió con semblante triste—: Marta, no quiero entrar en las estadísticas y convertirme en otro caso de hija de divorciados, como el resto de mis amigos.

Abracé a mi hermana. Y si hubiera podido también habría abrazado a mi madre. Por una vez sentí pena por la mujer que me dio la vida. Una vida muy difícil. No sé si mi empatía se debía a mi estado anímico de las últimas semanas, pero podía imaginarme el sufrimiento que debía de estar pasando. Mi madre había abandonado

todo por lo que había luchado: una familia, un hogar, un buen estatus social... Conocía perfectamente ese sentimiento de no ser feliz con lo que eres; el mirarte al espejo y no reconocerte, no saber por dónde vas ni dónde ir, sin saber qué has hecho con tu vida... Se me congeló la sangre en las venas. Necesitaba hablar con mamá.

—Cris, déjame tu móvil.

—¿Qué vas a hacer?

—Hablar con ella.

Me pasó su teléfono y marqué el número de mi madre. No contestaba. Volví a insistir.

—¿Cristina? —Al oír su voz respiré aliviada.

—Soy Marta, mamá. —Se quedó callada.

—¿Le ha pasado algo a tu hermana? —preguntó después. Estaba asustada.

—Tranquila, mamá. Cristina se encuentra perfectamente. Está aquí a mi lado. Ha venido a verme a Barcelona y...

—Te lo ha contado.

—Sí, mamá. ¿Estás bien? —me apresuré a preguntar—. Si todo esto de irte de casa y la crisis es por mí, vuelvo a Madrid mañana mismo.

—Marta, esto no tiene que ver contigo, hija. Siento no haberte llamado en estas semanas, pero no tenía fuerzas para hablar contigo. Estoy... No me encuentro bien. Necesito tiempo para mí.

Al escucharle decir aquello se me pusieron los pelos de punta. Mi madre siempre había sido fuerte, y por su tono de voz parecía una niña... desvalida. Eso no era posible. Las madres no se derrumban. O, al menos, la mía no lo hacía.

—Mamá, ¿no estarás deprimida? —pregunté alarmada—. No hagas una tontería. Se pasará la tristeza, ya lo verás. Yo sé que no soy la hija que tú deseabas, pero voy a cambiar.

—Marta, te lo vuelvo a repetir: esto no va contigo, y cuando me encuentre mejor tenemos que hablar. Ahora necesito estar sola, pero no te preocupes: tú no has hecho nada malo nunca... —Dejó de hablar de repente y la escuché llorar. ¿Cómo podía decir que yo no había hecho nada malo si intenté destrozarle la vida?

—Mamá, háblame, ¿qué está pasando? —insistí. Tenía que saber qué le ocurría.

—Cariño, te repito que estoy bien. Solo tengo que aclarar mis ideas. Cuando hablemos, lo entenderás. Por ahora, quédate tranquila.

—Pues mándame un mensaje todos los días diciéndome que estás bien. Promételo.

—Te lo prometo, cariño. Cuidaos tú y tu hermana.

Y tras despedirse, colgó.

Miré atónita a mi hermana. Mi madre me había llamado «cariño». Y no una vez, sino dos. Ahora sí que estaba preocupada.

Tal y como me prometió, recibí un mensaje de mi madre cada mañana diciéndome que se encontraba bien y que me echaba de menos. Esas muestras de

afecto no eran propias de ella. La doña Lucía que yo conocía me habría escrito para decirme que era una mala hija y me echaría en cara todos los disgustos que le había dado durante mis veinticinco años de vida: que fui un bebé que no paraba de llorar todas las noches, que le robé su barra de labios rojo Chanel y le decoré de amapolas el pasillo recién pintado; la vergüenza que pasó cuando me descubrió besuqueándome con el hijo de la vecina a la tierna edad de trece años; aquella noche que llegué bebida y vomité en su recién estrenada alfombra persa delante de los socios de mi padre... Me habría reprochado cada una de mis faltas de respeto, mis errores y mis defectos. Exceptuando el más grave de todos ellos: que durante dos años padecí anorexia y había tratado de poner fin a mi vida. Ese episodio jamás lo verbalizaría. Sentía tal repulsa que no era capaz de hablar de ello ni con su propia hija.

Esa noche Félix, Cristina y yo fuimos testigos de cómo los Demonic Souls se metieron en el bolsillo al público barcelonés. Estuvieron fantásticos. Perfectos. Sonaron mejor que nunca y toda la audiencia se contagió de la energía y el buen rollo que Nick derrochó sobre el escenario. La sensualidad con la que pasaba sus manos por su cuerpo mientras cantaba, su voz ronca y cálida, sus suspiros, sus gemidos, su mirada... Todo en él contribuyó a una especie de calentamiento global en el estadio. Hasta yo misma, que estaba acostumbrada a verlo actuar, sentí que mi temperatura corporal se disparaba cada vez que movía la cadera de esa forma tan sexi y casual. Y cuando se quitó la camiseta y se quedó con el torso descubierto, mostrando los músculos en V de su abdomen, perfectamente definidos, brillantes por el sudor... escuché una alarma procedente de mi ropa interior: «*Danger, danger... Bragas ON FIRE*».

(Qué penita me di a mí misma).

El grupo, como era de esperar, también terminó su directo encantado por la acogida que le había dispensado el público catalán. Se dirigieron al *backstage* con el clásico subidón de adrenalina y con unas ganas irrefrenables de celebrarlo. Me vi arrastrada por su emoción, o por mi hermana y Félix, o por mi furor uterino (¡a saber!), y al final accedí a salir esa noche con la banda. Después de mucho discutir, nos dirigimos todos hacia un club de *rock* muy popular desde los años setenta. Una vez allí, los chicos se sentaron en una zona reservada, pidieron sus bebidas y en menos de un minuto estuvieron rodeados por un tropel de chicas.

Algo agobiada por la muchedumbre que nos cercaba, me levanté de mi sillón y me dirigí a la pista de baile. En cuanto Félix y Cristina vieron mis intenciones, se unieron a mí y estuvimos bailando. O intentándolo, porque moverse entre aquella multitud sudorosa era prácticamente imposible. Después de un rato, el calor resultaba tan sofocante que les hice un gesto a Félix y a mi hermana para indicarles que me dirigía a la barra. Mientras esperaba a que me atendieran, miré hacia donde se encontraba Nick. Estaba sentado con los ojos clavados en mí mientras dos chicas

parloteaban a su lado. De vez en cuando les decía algo al oído, pero volvía a dirigir su mirada hacia donde yo estaba. Ignorándolo, recogí mi copa y me dirigí hacia un extremo de la pista menos concurrido. Con aquel gentío era imposible llegar de nuevo hasta donde estaban mi hermana y mi amigo, así que decidí esperarlos allí. El calor en aquel local seguía siendo insoportable. Apoyé la copa en una mesa cercana y me levanté el cabello para abanicarme el cuello con la mano. Al instante sentí que alguien se pegaba a mí y soplaba mi nuca con la intención de refrescarme. Me volví para ver quién era y un chico con cara simpática me sonrió.

—Perdona si te he molestado. Pero no me he podido resistir. Lo siento, de verdad.

Odiaba que un extraño me echara sus miasmas, pero fue tan educado que no me atreví a mandarlo a paseo.

—No te preocupes. No pasa nada.

—Me llamo Álex, ¿y tú?

—Marta. —Me dio dos besos y seguí bailando como si nada.

—¿Vienes mucho por aquí? —Qué horror, aquel pobre iba a seguir el protocolo de ligar al pie de la letra.

—Es la primera vez —respondí con sequedad.

—Yo también.

Asentí con la cabeza y seguí bailando.

—¿Y te gusta? No parece ser tu rollo...

—No está mal. —«Buf, qué pesado...».

De repente, unos brazos me rodearon desde atrás. Di un brinco y me giré dispuesta a abofetear al que se hubiera atrevido a tomarse esas confianzas.

Nick me miraba con cara divertida. Luego me guiñó un ojo y se dirigió al chico que estaba tratando de ligar conmigo.

—Ey, colega, gracias por cuidar de mi chica mientras estaba en la barra, pero ya no hace falta.

Aunque el mensaje sonaba inofensivo, puedo asegurar que el tono en el que lo dijo era para hacerse pis encima. Y por si no le había quedado claro al tal Álex, le dio dos palmaditas en la espalda que le desplazaron un palmo de donde estaba plantado. Al menos, el chico era inteligente y se alejó de nosotros sin decir ni una palabra.

—Ese pobre chico estaba siendo amable, Nick —aclaré, y fruncí el ceño para que supiera que su actitud no me había gustado.

—Era un baboso y tú parecías incómoda.

—Da igual, Mendoza. Déjalo. —Hice un gesto con mi mano de «no tiene importancia»—. Ya lo has espantado. Ahora puedes volver a tu sitio y seguir charlando con tus amiguitas.

—¿Con esas cotorras? Ni de coña. —Lo miré de reojo y, disimuladamente, sonreí—. No disimules, te estás riendo —me dijo al oído.

—No.

—Sí.

Ya me conocía ese juego del sí y él no y podíamos estar en esa línea toda la noche.

—Lo reconozco, me has hecho gracia. Ahora dime qué quieres.

—Básicamente, salir contigo al hombro, llevarte al hotel, arrancarte ese vestidito tan mono, meterte en mi cama y no dejarte salir en una semana. —Arqueó sus cejas hacia mí como si esperara mi respuesta. Al ver que me había quedado sin palabras, añadió—: Pero por ahora me conformo con que bailemos.

Sin esperármelo, me agarró de la cintura y me pegó a él. Traté de resistirme, pero en cuanto sentí el calor que desprendía su cuerpo se me derritieron las bragas y, posiblemente, el noventa y nueve por ciento de mis neuronas. Resignada, rodeé con mis brazos su cuello y apoyé mi cara en su pecho. Jo, qué bien olía (cuando no vomitaba).

Él comenzó a balancear sus caderas en un vaivén cadencioso y una especie de descarga eléctrica se disparó en mi vientre y recorrió de arriba abajo mi médula espinal. Y de abajo arriba. Y de arriba abajo otra vez. Estaba perdida...

—Nick, ¿qué voy a hacer contigo? —Suspiré. La pregunta iba más dirigida a mí que a él. Llevaba días furiosa con ese hombre y solo había que verme en ese momento: parecía una gatita ronroneando por ser acariciada.

Él no hizo ningún comentario. Seguimos abrazados, fundiéndonos el uno en el otro, incapaces de seguir el ritmo de la canción rockera que estaba sonando. Me empapé de su aroma, me perdí en los latidos de su corazón, en el bulto de sus vaqueros y, con los ojos nublados de deseo, levanté mi rostro hacia Nick. Él me apartó el pelo con suavidad, acercó su boca lentamente a mi cuello y mordisqueó el lóbulo de mi oreja. Se me erizó el vello de la nuca y, sin querer, ronroneé de placer. Nick siguió torturándome con sus labios; ahora repasaba con ellos mi mejilla, mi mandíbula, mientras con sus manos acariciaba mi trasero. Sentí que mi cuerpo se volvía mantequilla y que el calor de aquel club se estaba haciendo cada vez más insoportable.

—Sé que me voy a arrepentir por lo que voy a decir —gimoteé entre suspiros y jadeos.

—Mmmm... —Nick emitió un ruidito de placer mientras me lamía la clavícula.

—Dioooss, no hagas eso... —jadeé. Su mano se coló por debajo de mi vestido y noté sus dedos caminar por el borde de mis bragas. Lancé un suspiro de resignación y me lancé a decir lo que llevaba deseando desde hacía más de una semana—: Nick, vamos al hotel... Pero date prisa, no sea que me arrepienta.

Fue dicho y hecho. Nick me rodeó con un brazo y me condujo hacia la puerta de salida del club. En cuanto vio a Héctor, le hizo un gesto con la mano y este salió disparado a por su todoterreno. No sé si fueron imaginaciones mías o me pareció ver sonreír al guardaespaldas cuando nos vio juntos. No. Imposible. Los robots solo estaban programados para recibir órdenes. No expresaban emociones.

Al minuto, el Land Rover estaba en la puerta listo para llevarnos donde fuera y al

minuto y medio me encontraba sentada a horcajadas sobre Nick en el asiento trasero. Nos besábamos con tantas ganas y celeridad que no tuve tiempo de pensar en las consecuencias de lo que estaba a punto de ocurrir. Cuando llegamos al hotel salimos corriendo de la mano, directos al ascensor. Mientras lo esperábamos, seguimos devorándonos con tanto frenesí que no nos dimos cuenta de que las puertas del ascensor llevaban un rato abiertas. Entramos a trompicones y una vez que se cerraron y apreté el botón de nuestra planta, Nick se arrodilló para quitarme los zapatos. Me guiñó un ojo con complicidad y rompí a reír cuando me cargó sobre su hombro. Esa parte salvaje de Nick era mi favorita. Él era espontáneo; hacía lo que quería y como quería; no seguía normas ni reglas; tenía una lengua sucia; y le importaba un comino si la gente le miraba por sus pintas o porque caminaba por un hotel de lujo con una chica en brazos descalza y con el vestido levantado hasta la cintura. Nick vivía el aquí y ahora.

—*Dios del rock*, espera. Tenemos que hablar —pude decir tendida en la cama justo antes de que se lanzara sobre mí.

—¿Lo que sea no puede esperar hasta dentro de una hora como mínimo? —me preguntó después de quitarse la camiseta y comenzar a desabrocharse los vaqueros a toda prisa.

—En serio, Nick, es importante. Tengo que preguntarte algo.

—Mírame, Marta. —Me señaló el bulto en sus vaqueros—. Ahora mismo dudo de que tenga suficiente sangre en el cerebro como para poder conversar.

—Mendoza, hablo en serio, y ¡leñe, deja de arrancarme las bragas! —Le di un manotazo en los dedos, que ya se estaban colando en mí.

Emitió un sonido de frustración y se dejó caer como un peso muerto sobre el colchón.

—Llevo más de una semana sufriendo erecciones simultáneas cada vez que te veo y ¿justo ahora tienes ganas de parlotear? ¿Quieres también un té y unas pastas? —Cuando le oí decir aquello, me eché a reír y acaricié su pelo consolándolo—. Tú sigue tocándome así y acabaré lanzándome sobre ti en menos de un segundo.

Retiré mi mano y esperé un momento hasta que se tranquilizó.

—Necesito aclarar algunos términos sobre nosotros —le expliqué cuando parecía más calmado. — Levantó una ceja hacia mí como si no pudiera entender lo que le estaba pidiendo. —¿Qué somos? —pregunté sin irme por las ramas.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. Si me acuesto contigo esta noche, ¿qué va a ser de nosotros? ¿Qué vamos a ser mañana?

—¿Dos personas satisfechas sexualmente?

—Nick, no te lo tomes a risa. ¿Lo nuestro es solo una aventura o estás dispuesto a que intentemos algo más... serio?

Con gesto incómodo, se sentó en el centro de la cama frente a mí. Antes de responderme, se retiró esos mechones rebeldes que siempre le caían sobre los ojos y

respiró profundamente.

—No puedo asegurarte si esto será para siempre o si se acabará mañana, el mes que viene o dentro de diez años. Tampoco sé cómo etiquetarlo. Solo puedo decirte lo que siento ahora mismo y... espero que eso sea suficiente para ti.

—¿Y qué sientes? —me tembló la voz.

Nick carraspeó antes de hablar. Era evidente que le había puesto en un aprieto.

—No sé lo que siento —admitió. Fui a decirle que se fuera al cuerno pero me frenó a tiempo—. Escúchame. No me he explicado bien. Siento algo intenso por ti, pero no sé cómo definirlo. Para mí eres como una obsesión; y va más allá de que pueda componer desde que te conocí. Para ser sincero, desde que te conocí no sería justo decir que compongo. Porque realmente mi música eres tú y yo solo soy el mero instrumento para poder oírte, para plasmarlo en un pentagrama... Eso significa que dependo de ti como jamás he dependido de nadie, y lo odio. Pero al mismo tiempo me hace feliz, me siento completo. —Tragó saliva, incómodo, y me miró a los ojos—. Ahora deberías comprender por qué no te mostré esas fotos cuando las recibí. —Negué con la cabeza. Estaba demasiado alucinada para comprender. Entonces él me lo explicó—: Ponte en mi lugar, nena. Eso suponía darte demasiado poder sobre mí. Descubrirías mi debilidad, que estoy loco por ti... Que soy tu instrumento.

Miró hacia el techo como si no diera crédito a todo lo que había soltado por su boca y se pasó los dedos por el pelo visiblemente nervioso. Le sonreí con ternura y mis ojos se inundaron de lágrimas. Él a su manera estaba enamorado de mí. Que no le pusiera una etiqueta era lo de menos, pero me quería y eso para mí era suficiente.

Mil emociones se arremolinaron en mi estómago. Me llevé la mano al corazón: latía con tanta fuerza y velocidad que asustaba.

—¿Satisfecha con mi respuesta? —preguntó, preocupado. No me había dado cuenta de que todavía no había sido capaz de decirle nada.

—Más que satisfecha... Es lo más bonito que me han dicho en la vida. —Juro que me faltaba el aliento.

Así que no desperdicié más el tiempo en palabras y me lancé a sus brazos. Mi *Dios del rock* me agarró de los hombros con suavidad y, sin dejar de devorarme con sus labios, me tumbó en la cama. Siguió torturándome con ellos, jugamos con nuestras lenguas y acarició con la suya mi paladar. Fue exactamente el mismo movimiento magistral que hizo la noche en la que nos enrollamos en la cocina de Charlie. Lo estreché entre mis brazos.

—Solo una cosa más, Nick.

—Me vas a matar... Pero suelta por esa boquita. —Sonrió y aprovechó mi interrupción para tirar de mi vestido hacia arriba.

—Esta noche no quiero cosas nuevas ni raras: quiero que me hagas el amor como la primera vez que nos conocimos.

—Nena, yo siempre te he hecho el amor.

Y mientras me besaba con dulzura y dedicación, fue quitándome la ropa poco a

poco. Besó cada milímetro de mi piel, exploró cada rincón y, cuando se aseguró de tenerme preparada, se ajustó entre mis piernas y entró en mí con calma, sin su habitual vehemencia. La magnitud de sensaciones era maravillosa: el ritmo lento y seductor, mi cuerpo fundiéndose con el suyo, sus dedos entrelazados con los míos, nuestras miradas conectadas... Aquella noche fue sexo, conexión y sentimientos. Esa noche con Nick, el mundo no era un borrón, no se ocultaba bajo su efecto-nebulosa. Esa noche el mundo no existía. Éramos solo él y yo.

—¿Qué narices haces a las nueve de la mañana? —preguntó Nick sorprendido mientras se desperezaba.

—Haciendo mis ejercicios de estiramiento. Por tu culpa, tengo los músculos hechos puré —bromeé.

Soltó una ruidosa carcajada. A él le haría gracia verme allí tirada en la alfombra de la habitación del hotel en bragas y sujetador, pero después de media vida dedicada al *ballet* mis articulaciones se resentían.

—¡Uau! ¡Ten cuidado, que te vas a romper! —gritó cuando vio que me abría de piernas por completo.

—Nick, fui bailarina. Tengo mucha elasticidad y si no practico, la perderé. —Me abrí de piernas para asustarle—. Además, si no durmieras como un lirón, sabrías que estiro a diario.

—Para la próxima, despiértame y estiras conmigo. —Rompió a reír. Luego levantó sus caderas y añadió—: Justo eso mismo podrías hacerlo más cómoda aquí encima.

—Virgen santa, eres un perverso. —Me eché a reír al ver cómo subía y bajaba el trasero.

Como no hacía caso a sus insinuaciones y continué con mi rutina de ejercicios, Nick empezó a hacerme fotos con su móvil. Lo amenacé de muerte si se las mostraba a alguien, especialmente a su amigo Tony. Lo último que me apetecía era que el bajista me viera haciendo la rana y en ropa interior. Tendría que aguantar sus comentarios obscenos durante días. Por no decir que aquella posturita no era precisamente muy elegante.

Después del ejercicio, me di una ducha. Nick estaba sentado en la cama con su guitarra ensayando el tema que grabarían esa semana. En cuanto asomé por la puerta envuelta en mi albornoz, dejó de cantar. Estaba quitando la humedad a mi indomable cabellera con la toalla cuando le escuché decir:

—Nunca te lo he preguntado: ¿por qué dejaste el *ballet*?

Al oír su pregunta, me detuve en seco. Había llegado el momento que tanto había postergado. Sabía que, sintiendo lo que sentíamos el uno por el otro, no deberíamos guardarnos secretos y que, por mi parte, tendría que hablarle de mi pasado. Con Xavier intenté muchas veces dar ese paso y abrirle mi corazón, pero nunca fui lo

suficientemente valiente para mostrarle quién era la verdadera Marta: una chica débil, cargada de inseguridades y que había sufrido una gran depresión. Lo habría decepcionado, de eso estaba segura. Pero a Nick no quería mentirle. Él me había hablado de los problemas de adicciones de su madre y, de alguna manera, me sentía en la obligación de contarle el episodio más vergonzoso de mi vida. Entonces caí en la cuenta de algo: ¿cómo una persona que se ha criado con una heroinómana prostituta podría entender que yo, teniéndolo todo (una familia, dinero y comodidades), había tratado de quitarme la vida?

—Nick, es una historia muy larga y sin importancia.

—Mientes —lo dije con tal certeza que me pregunté si ya sabía lo que me había sucedido—. Lo sé porque te estás tocando tus pulseras —aclaró.

Miré atónita hacia mi mano izquierda. Esta, como siempre, giraba y contaba las cintas de cuero que llevaba anudadas sobre la muñeca derecha.

—No quiero asustarte, Nick, y créeme que es una historia espeluznante.

—Ángel, ven aquí y escúchame. —Tiró de mi albornoz para que me sentara en la cama frente a él—. Dudo mucho que algo de lo que me cuentes pueda provocarme más pesadillas de las que he vivido en mi vida. No olvides que me crié en el peor barrio de Nueva York junto a una drogadicta que subía a hombres a casa todas las noches y a la que más de una vez encontré tirada en el baño, con una jeringuilla colgando del brazo o durmiendo en su propio vómito. No, no creo que vaya a salir corriendo por lo que me puedas contar de ti.

Me cubrí la cara con las manos y llené de aire los pulmones. Tenía que ser valiente. Echarle agallas. «Qué sentido tiene amar a alguien si no eres capaz de contarle tu mayor secreto...», escuché decir a la voz de mi conciencia.

—Dejé el *ballet* porque estaba enferma.

—¿Qué enfermedad tenías?

Dudé unos segundos si responder o no a la pregunta pero al final las palabras escaparon de mi boca por sí solas.

—Anorexia. Era anoréxica. La mayor parte del tiempo apenas me alimentaba, aunque a veces los ataques de ansiedad eran tan brutales que me atiborraba de comida y luego me provocaba el vómito. Se llama trastorno de anorexia con episodios bulímicos.

Nick guardó silencio unos segundos. Sus ojos se movían de un lado a otro por encima de mi cara y se mordía nervioso el labio inferior. Después de unos segundos, se atrevió a preguntar:

—¿Debido al *ballet*?

—No exactamente. La danza no fue la causa, pero sí el desencadenante. Según mi madre, siempre fui una niña con desórdenes alimentarios; de bebé me negaba a comer y de niña, todo lo contrario: podía comerme una paquete de galletas y quejarme de que me había quedado con hambre. A partir de los ocho años comencé a engordar y engordar, y ya te puedes a imaginar: a esa edad los niños se burlaban de mí y volvía

del colegio llorando. Mi madre ya me había obligado más de una vez a ponerme a dieta, pero tan joven no era aconsejable. Así que me apuntó a *ballet* para que hiciera ejercicio y perdiera algo de peso. Cuando entré en la primera escuela de danza clásica y vi a las chicas mayores en sus *maillots*, tan delgadas y esbeltas, algo hizo clic en mi cabeza y me obsesioné por ser como ellas. Trabajé duro y, por supuesto, aprendí a controlar mi apetito... o más bien aprendí a soportar el hambre. En poco más de un año, yo era una niña diferente. Era delgada, ágil, extremadamente perfeccionista y con un talento excepcional para la edad que tenía. En ese aspecto, tengo que darle las gracias al *ballet*: me enseñó que, con esfuerzo y constancia, una puede ser lo que se proponga en la vida. El problema es que no supe parar a tiempo. Yo quería ser la mejor y mi obsesión con el peso se me fue de las manos.

—¿Y tu madre no se dio cuenta? —preguntó extrañado.

—No. Ten en cuenta que al final me convertí en una experta en calorías: sabía cuántas debía ingerir al día para no adelgazar demasiado, fingía comer en público, aprendí trucos para esconder la comida en servilletas, bolsas de plástico que guardaba en los bolsillos de mi abrigo... Todas esas estrategias me sirvieron hasta que comencé a provocarme el vómito. Al principio me costaba muchísimo vomitar por mí misma, pero con el tiempo fue cada vez más sencillo. También lo fue soportar las comidas de familia o las cenas con los socios de mis padres porque sabía que en cuanto todos se marcharan, me escondería en el baño, abriría el grifo y expulsaría hasta la última gota que tuviera en el estómago.

—No puedo entender cómo nadie sospechó de ti... ¿No se supone que tu madre te atendió y cuidó de ti? ¿Es que no le importabas? —Parecía enfurecido con mi madre y no, no era justo. Ella no era la culpable.

—A veces uno se vuelve ciego cuando no quiere ver y posiblemente eso le sucedió a ella. De todos modos me descubrí yo solita, aunque mi profesor de danza fue el primero en sospechar que algo no iba bien. Supongo que empeoré cuando el director de la escuela se reunió con mi madre con el fin de pedirle autorización para prepararme para las pruebas de acceso al conservatorio de danza. Ella se negó rotundamente. Mi madre había accedido a que siguiera tomando clases por miedo a que volviera a ser una niña gorda, pero en ningún momento se había planteado que me dedicara profesionalmente al *ballet* clásico. Para ella, la danza no era un futuro ni una profesión seria. Tuvimos una fuerte discusión y, al fin, conseguí convencerla para seguir, siempre y cuando mis calificaciones escolares no bajaran. Así que tuve que trabajar mucho más duro. Mi vida era estudiar y ensayar; ensayar y estudiar. Salía del instituto y me iba a practicar durante como mínimo seis horas, y cuando volvía de la escuela de danza, me encerraba a estudiar hasta altas horas de la madrugada. Mis notas eran excelentes; mi técnica, cada vez mejor. Pero siempre sentía que no era suficiente... Mi cuerpo comenzó a resentirse; las vitaminas ya no hacían su efecto; siempre estaba cansada, de mal humor, no tenía el periodo... Entonces mi profesor de Clásico se reunió con mi madre. Se había dado cuenta de que mi rendimiento había

empeorado considerablemente y que tenía problemas de concentración. Ella puso el grito en el cielo y me obligó a dejarlo por un tiempo, pero no podía tomarme un descanso: si lo hacía perdería todo lo que había logrado. Así que seguí ensayando y ensayando hasta que caí por el precipicio... Nick... —Con sus pulgares me limpió las lágrimas de los ojos. No me había dado cuenta de que estaba llorando. Me sorbí la nariz y continué—: Era el ensayo final de *Giselle*, un *ballet* precioso del siglo XIX. Mi favorito. Esa tarde me sentía más agotada que nunca, con los nervios a flor de piel, y estaba aterrorizada por si fracasaba delante de toda la audiencia, y especialmente delante de ella: de mi madre. Quería que se sintiera orgullosa, pero en el fondo sentía que no me encontraba bien. Al final del primer acto, de repente, el escenario comenzó a moverse. Noté que el corazón se me aceleraba, que el aire no me llegaba a los pulmones, y un fuerte dolor punzante me atravesó la cabeza. Lo siguiente que supe es que estaba en el hospital. Me había desmayado en medio del ensayo y, debido a la caída, me había lesionado el menisco de la rodilla derecha. No podría actuar. Tendría que guardar reposo durante meses y hacer rehabilitación, sin contar con la posibilidad de tener que operarme. Pero lo peor no fue eso: cuando los médicos estudiaron mis analíticas, descubrieron que algo no iba bien. Comenzaron a hacerme pruebas y no les costó mucho descubrir qué me sucedía. Hablaron con mis padres y decidieron dejarme ingresada hasta restablecer mis niveles metabólicos y tener controlada mi anemia. Nunca olvidaré la cara de horror con la que me miró mi madre tras reunirse con el médico. Yo esperaba que me gritara, que me preguntara por qué razón había dejado de comer hasta rozar la muerte; pero no se atrevió, Nick. Estaba avergonzada de mí. Yo era una humillación para ella. Así le pagaba todo el esfuerzo y el sufrimiento que tuvo que pasar por sacarme adelante cuando la abandonó mi padre con tan solo dieciocho años. Ella, que es la mujer más fuerte que jamás he conocido, había parido y criado a una niña débil, loca y desagradecida. Entonces lo hice. Decidí terminar con todo.

Nick frunció el ceño y dirigió su vista hacia lo que yo estaba haciendo. Con dedos temblorosos comencé a desabrochar una a una las cinco pulseras que rodeaban mi mano derecha. Ya no había vuelta atrás. Por mucho que odiara hablar de ello, tenía que llegar hasta el final de mi historia. No servía de nada confesar mis problemas alimentarios cuando en el fondo ese era el menor de los problemas que había tenido.

Jamás olvidaré la expresión de dolor de sus ojos cuando descubrió la cicatriz de cinco centímetros que atravesaba mi muñeca. Cerró su puño en torno a ella, como si fuera incapaz de verla. «Nick, yo también la odio; por eso la escondo», pensé en decirle. Luego sentí que tiraba de mí y me rodeaba con sus fuertes y cálidos brazos. Comencé a llorar con la misma intensidad que el día en el que desperté en el hospital con la muñeca vendada y atada a la camilla. Mi madre dormía abrazada a mí, con los ojos hinchados y la tez pálida.

—Nick, juro que estoy curada. Hice terapia y ahora sé que quiero vivir muchos años, tener hijos, verlos crecer... Jamás lo volvería a hacer —me apresuré a decir.

Necesitaba dejarle claro que no estaba loca, porque ¿qué hombre querría estar con una suicida?

—Lo sé, Marta. No te preocupes. —Cubrió de besos mi cicatriz—. Ahora me tienes a mí, así que no tienes que preocuparte. Yo nunca te dejaría caer por el precipicio otra vez.

Suspiré aliviada, aunque en el fondo lo que me preocupaba era que fuera él quien me empujara.

UN TODO Y UN SOLO UNO

Es difícil comprender cómo funcionan los sentimientos cuando uno no siente. Da igual que te cuenten que el amor por un hijo es el más puro, incondicional y desinteresado, porque no lo entenderías si no has sido padre o no lo has experimentado de tus progenitores. Puedes ver el amor en los ojos de una pareja paseando por el parque abrazados, pero no serías capaz de imaginar la intensidad de sus emociones si nunca te has enamorado.

Si no te has enamorado, tampoco puedes comprender la desolación que a uno le embarga cuando pierde a su mitad, a su otro yo, a la llama que te enciende, que te calienta; a esa persona que poco a poco le da sentido a todo lo que haces, dices o piensas...

Nick nunca había entendido que alguien pudiera despertar toda esa gama de sentimientos en otra persona: amor, locura, pasión, necesidad, tristeza, desamparo, soledad, vacío... No entendió a su madre. En su cabeza dura no cabía la posibilidad de que alguien pudiera estar tan enamorado que no pudiese imaginar la vida sin la persona a la que quiere. No lo comprendió hasta esa mañana, cuando Marta le dijo que había intentado quitarse la vida. Al oírla decir aquello, a Nick no le llegó el aire a los pulmones. Casi se ahogó por la angustia. Angustia por que Marta podría no haber existido nunca para él, y saber aquello le aterrorizó tanto como su propio pasado. Jamás habría experimentado esa sensación de orgullo y placer cuando la hacía reír, ni habría visto lo bonita que estaba al sonrojarse con uno solo de sus roces, ni cómo se estremecía cada vez que le hacía el amor... Tampoco habría descubierto que una sola caricia de su *Mary Poppins* podía transmitirle paz, amor y consuelo; que al abrazarla se sentía como en casa; que en sus ojos veía cariño y en sus besos, ternura... Porque ahora Nick lo tenía claro: sin aquella pequeña cabecita rubia en su vida, seguiría subsistiendo por simple inercia y, lo peor de todo, con esa extraña sensación de insatisfacción por todo lo que le rodeaba.

Nick retiró la melena de Marta hacia un lado y siguió escribiendo sobre su espalda. Todavía no se creía que ella le hubiera dejado coger uno de sus lápices de ojos para escribir sobre su cuerpo la letra de una nueva canción. Podría haberla plasmado en su cuaderno de notas, pero esa canción era tan ELLA que luego la fotografiaría con su móvil para deleitarse con su cuerpo cada vez que la leyera.

No era la primera vez que tomaba fotos a Marta. Lo había hecho muchas veces sin que ella lo supiera: cuando dormía desnuda sobre su cama o apoyada en su hombro en el autobús; mientras se duchaba o se extendía la crema por las piernas;

riéndose de algo que le contaba un periodista; bailando en un club; haciendo sus ejercicios de estiramientos; sacando los pies de sus zapatos de tacón cuando pensaba que nadie la veía... Y, por fin, tendría la mejor foto de todas: Marta tumbada boca abajo sobre la cama de sábanas blancas, con su cabello cayendo en cascada hacia un lado de su cuello y con su cuerpo perfecto cubierto centímetro a centímetro por su música.

—Terminé. —Nick dio un golpecito con el lápiz en la pantorrilla de ella para poner el punto y final—. Ahora quédate quieta. No te muevas.

—No podría aunque quisiera... Creo que me he quedado dormida —bostezó.

Él se retiró unos centímetros de ella para alargar el brazo y coger el móvil, que descansaba en la mesilla.

—No lo creas: te has quedado sopa. Para ser tan pequeña, roncas como Tony —bromeó Nick.

—¡Ey! Yo no ronco. —Levantó un talón para propinarle una patada donde cayera.

—Roncas, *Mary Poppins*, y mucho.

—No.

—Sí.

—¡Oh, Dios! ¡Qué vergüenza! No pienso dormir contigo ni con nadie el resto de mi vida.

Nick se echó a reír. Marta estaba roja como un tomate.

—Es broma, mujer. Te estaba tomando el pelo. —Le dio una palmadita en el trasero—. Pero cada vez que pasaba el lápiz, ronroneabas como una gata. He tenido que hacer un gran esfuerzo de autocontrol para no morderte ese culo tan bonito.

Marta bufó.

—¿Alguna vez piensas en algo que no sea sexo?

—Espera que haga memoria. Eeeeh... Déjame pensar... No. Creo que no.

—Me lo imaginaba. Eres un obseso, Nick Mendoza.

Sonó un clic en la habitación y luego hubo un destello de luz que alumbró toda la cama.

—¿Qué estás haciendo? —Marta levantó la cara de la almohada para mirar a Nick y un *flash* de luz la dejó prácticamente ciega.

—Fotografiar tu cuerpo antes de que se borre la canción. Si no, ¿cómo quieres que me aprenda la letra?

—Más te vale no perder ese móvil en tu vida o eres hombre muerto —le advirtió, escondiendo de nuevo el rostro en la almohada—, ¡y no se te ocurra dejárselo nunca a Tony!

—Tranquila, nena. Esto es nuestro... —Y siguió inmortalizando cada verso impreso en la piel.

Estaban frente al espejo del baño completamente desnudos. Nick llevaba un rato

largo tratando de eliminar el perfilador de ojos de la delicada piel de Marta con una toallita desmaquilladora. Plasmar sus sentimientos sobre cada centímetro de su cuerpo había sido una tarea mucho más sencilla que borrarlos. Nick sonrió al pensar en aquello: querer a Marta había sido pan comido en comparación con lo complicado que le resultaría tener que olvidarla algún día. Y aunque se negaba a seguir el curso de esos pensamientos, sabía que tarde o temprano él la decepcionaría y... Marta lo echaría de su vida. Cuando llegara ese momento, no podría odiarla: todo ser vivo posee un instinto de preservación y sobrevivir con él era casi un suicidio.

—¡Auch! —se quejó—. No frotes tan fuerte, que me vas a dejar la piel en carne viva.

—No seas quejicosa y dame tu brazo.

Marta lo estiró hacia él y posó sus ojos en las palabras escritas sobre su muñeca derecha: «Gracias por seguir viva». Levantó la vista hacia él y sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—No me des las gracias. Fui una cobarde. —Tragó saliva, en un esfuerzo por contener el llanto—. Tu infancia fue más terrible que la mía y no trataste de terminar con todo.

—Si te soy sincero, lo pensé muchas veces, pero el odio no me lo permitió.

—Yo me odiaba a mí misma.

—Y yo odiaba todo lo que me rodeaba: a mi madre, a sus amantes, a su camello, al malnacido de mi padre... A la vida: odiaba la vida.

Marta, en lugar de asustarse por la rudeza y la frialdad de sus palabras, lo miró con tanta ternura que a Nick se le cortó la respiración. Con delicadeza, retiró los mechones que caían por el rostro del rockero y lo besó con dulzura en los labios. Nick enredó sus brazos alrededor de su estrecha cintura y la acercó a él.

—Nick, háblame de ella. Cuéntame cómo era tu madre —le susurró sin apartar sus ojos grises de él.

Nick pareció hacer memoria y, tras unos breves segundos, se atrevió a hablar de aquella mujer. Hacía tantos años que no pronunciaba siquiera su nombre...

—Era de piel morena; pequeña, como tú, pero mucho más frágil. Tenía también el cabello largo y ondulado, pero el suyo era negro como la noche —tras decir aquello hizo una mueca extraña, como si le dolieran los recuerdos, y solo añadió un dato más—: Supongo que había sido guapa, pero la droga la tenía absolutamente consumida.

Con ver a Nick, a Marta no le cabía duda de que aquella mujer había sido un bellezón. Tan solo tenía una duda: si aquellos ojos azul marino que ella adoraba eran herencia materna o paterna. Pero no se atrevió a preguntar. Simplemente pasó sus yemas de los dedos por las cejas de él.

—¿Cuándo empezó a consumir drogas? —En cuanto formuló la pregunta se arrepintió. Marta no debía hurgar más en la herida.

—No sabría decírtelo —respondió él con la mandíbula tensa y los ojos fríos—. Supongo que a los pocos años de que yo naciera. Según me contó mi abuelo, ella

siempre había soñado «con vivir en *New York*». Sé que tomó aquella decisión para alejarse de ellos. Mi abuelo era alcohólico y la situación para mi madre resultaba insostenible. Solicitó una beca para estudiar en la Universidad de Nueva York y se buscó un trabajo de camarera por las noches. Allí conoció a mi padre. Lo único que sé es que venía de muy buena familia y que vivía en el *Upper East Side*, uno de los mejores barrios, cerca de *Central Park*.

—Conozco Nueva York —le aseguró Marta.

—Nunca lo conocí, y mejor que fuera así. Aquel niño rico la dejó preñada y, cuando mi madre se lo dijo, desapareció de su vida. Ella se pasó días y días esperando a hablar con él en la puerta de su edificio, pero ni se atrevió a asomar la nariz. A las pocas semanas, el padre de aquel bastardo apareció en su apartamento con un fajo de billetes y el número de una clínica para que abortara. Por desgracia para ella y para mí, no fue lo suficientemente valiente para dar ese paso.

—No digas eso, Nick...

—Lo digo porque es verdad. Si hubiera puesto fin a su embarazo, ella podría haber rehecho su vida y, de paso, no parir a un niño para destrozarle la suya. Pero fue una cobarde. Toda su maldita vida lo fue. Yo no era más que un bebé cuando empezó a beber, y después de una cosa vino la otra. Al final lo perdió todo, no terminó sus estudios y acabó prostituyéndose para poder costearse sus vicios. Me crié solo, Marta. Solo.

Ella lo abrazó con fuerza. No era capaz de imaginar lo duro que habría sido para aquel hombre crecer sin los cuidados y las atenciones de una madre. La suya no había sido un ejemplo de cariño y comprensión, pero al menos siempre estuvo ahí. Miró el reflejo de aquel cuerpo tenso y nervudo cubierto de tinta. Aquellos dibujos macabros eran las cicatrices de guerra de Nick, y Marta lo sabía. Después de sostenerle unos segundos, Marta giró la cabeza para inspeccionar su espalda y, en un intento de relajar el ambiente, profirió un gritito exagerado.

—Pero mírame, si parezco un dálmata. —Toda su piel estaba cubierta de manchurroneos negros.

Nick sonrió con alivio por dar por terminada aquella conversación y la cogió en volandas.

—Venga, vamos a limpiar nuestro cuerpo de toda la mierda del pasado.

Abrió el grifo de la ducha y, sin esperar, se apostó con Marta en brazos bajo el chorro de agua helada. Ella chilló y clavó las uñas sobre su espalda. Nick la sostuvo con fuerza para que no se escapara y la besó como si quisiera perderse por completo en ella.

Durante la última semana en Barcelona, Nick no hizo otra cosa que encerrarse: con su grupo en el estudio de grabación primero y después en la habitación del hotel con Marta. Se había dado cuenta de que ella había vuelto a colocar las cinco pulseras

sobre su muñeca. «Joder, ¡cómo odio esas tiras de cuero roñosas!», pensaba cada vez que detenía su atención en ellas.

Una noche le propuso que en lugar de esconder la cicatriz se tatuara algo sobre ella, como el nombre de Nick Mendoza, por ejemplo. Al fin y al cabo, aparte de su familia, él era el único que conocía su historia. Pero ella lo miró espantada y le dijo algo así como que ella no estaba tan loca como una tal Melanie Griffith. Nick no sabía de qué hablaba ni quién era esa señora, y se apresuró a decir que le estaba tomando el pelo. Pero no era cierto. En el fondo, le habría gustado ser tan importante en su vida como para llevar su nombre. Ella lo era para él. Ella siempre quedaría impresa en cada una de las letras de sus canciones. Y en su corazón.

Un jueves 13 de septiembre, los Demonic Souls y su asistente cogían el puente aéreo en dirección a Madrid. Al día siguiente actuarían en el DCODE Fest, uno de los festivales de música más importante del país y que se celebraba en el campus de la Universidad Complutense. Los chicos estaban emocionados porque desde que sacaron su primer disco soñaban con tocar en un festival de *rock*; Nick, porque Marta escucharía en primicia «*Luxury Shoes*», el primer *single* de su próximo disco; y ella estaba que no cabía en la ropa porque asistiría al concierto de The Killers y ¡en zona vip! A Nick le sorprendió que fuera una fan incondicional de Brandon Flowers: nunca antes le había mencionado que admiraba profundamente al vocalista. Se enteró de ello porque alguien de la discográfica le dijo que Demonic Souls y The Killers compartían cartel en el festival y, en cuanto colgó, se puso a dar saltitos y palmitas como una colegiala.

—¡Yupiiiiiii! ¡Soy la tía más afortunada de la faz de la tierra! ¡Voy a ver a Brandon Flowers!

—¿Y qué? —Nick fingió que estaba celoso—. ¿Me vas a decir que canta mejor que yo?

—Nooooooo, por supuesto que no. ¡Cómo iba a decir yo algo así! —Marta cruzó los dedos por detrás de su espalda. Nick levantó una ceja hacia ella y esta se sonrojó de pies a cabeza—. Vale, lo reconozco: me gusta un montón cómo canta, pero tú eres más alto, más guapo, tienes los ojos más bonitos del mundo y un culo mucho mejor puesto.

—De acuerdo, zalamera, te has ganado un regalo.

Aquello pilló a Marta por sorpresa. No era su cumpleaños ni su santo, y todavía no tenían aniversario. ¡Y ella amaba los regalos!

Nick se arrodilló bajo la cama, sacó una gran caja envuelta en papel de regalo y se la ofreció.

—¿Me has comprado unos zapatos? —preguntó sacudiendo la caja. Luego se echó a reír—. No te imagino con tus pantalones *skinny* agujereados y tu camiseta de Darth Vader en la *boutique* de Christian Louboutin.

—Si no lo abres, nunca lo sabrás.

Impaciente, Marta arrancó el papel y abrió la caja. Dentro había un par de botas Dr. Martens acharoladas de color cereza. Frunció el ceño al ver el contenido y luego levantó la mirada hacia Nick.

—¿Esto es para mí? —preguntó, sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿No te gustan?

—Ajá. Son... monas.

—¿Solo monas? ¡Son chulísimas! ¿No pensarás ir a un festival subida en tus *Alfredos*?

—*Manolos*. Se llaman *Manolos*.

—*Manolos, Jimmy Chochos...* ¡o como se llamen! —refunfuñó—. Joder, *Mary Poppins*, luego dices que soy yo el raro porque pongo nombres a todo...

Marta le sonrió con ternura y se quitó los zapatos que llevaba puestos. Se desabrochó la cremallera lateral de su vestido *lady* azul con topitos blancos y se lo sacó por la cabeza. Nick levantó las cejas con sorpresa. Se estaba calzando las botas. Luego se subió de pie en la cama con ellas puestas en bragas y sujetador.

—¡Me encantan, Nick! Te estaba tomando el pelo. —Comenzó a saltar sobre el colchón riendo—. De hecho, creo que antes del concierto deberíamos estrenarlas...

—Prepárate, nena, porque voy a ser tu bola de demolición.

Nick la miró con lujuria y en un ágil movimiento la derribó sobre la cama. Se tumbó sobre ella, haciéndose hueco entre sus piernas, y le sostuvo las muñecas a ambos lados de la almohada.

Marta lo miró con las pupilas dilatadas. Un ligero rubor cubrió sus mejillas y se mordió con fuerza el labio inferior, como si estuviera empeñada en resistirse a su propio deseo. Nick le lanzó una sonrisa cargada de promesas y comenzó a devorarle la boca hasta que la oyó resollar por la falta de aire. Recorrió con sus labios aquel cuerpo delicado y pequeño, inhalando su aroma a gel de gominola. Pasó la palma de su mano por su cuello, sus hombros, el nacimiento de su pecho y dibujó pequeños círculos con sus pulgares sobre sus pezones duros y tersos. La respiración de Marta sonaba entrecortada mientras movía las caderas, ansiosa por sentirlo en su centro. Cada vez que ella buscaba aquel roce con desesperación, él la torturaba alejándose un poco más. Desesperada, agarró con saña la cinturilla de los vaqueros de Nick y tiró con fuerza para desabrochar los cinco botones de su bragueta.

—Nena, sé lo que estás buscando, pero antes vamos a jugar un rato —la advirtió mientras se deshacía de las manos de ella.

Marta hizo un mohín con los labios y dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo de una manera muy teatral. Lo miraba de forma lastimera, aunque en su cara se dibujaba una sonrisa traviesa. Nick no solo fingió ignorarla, sino que se levantó de la cama para sorpresa de ella.

—No te voy a querer. Eres malo conmigo —se quejó ella dando pataditas al colchón.

Nick la miraba divertido mientras se despojaba de su camiseta y sus vaqueros con exagerada lentitud. Una vez desnudo, fingió que iba de nuevo hacia la cama, pero bruscamente cambió de rumbo y se dirigió al armario ropero. Una vez que encontró lo que buscaba, se giró hacia Marta y, con una sonrisa canalla en la cara, comenzó a toquetear los botones de su cámara de vídeo.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —Marta estaba desconcertada. Aquello ya no tenía ninguna gracia.

—¿Tú qué crees? —contestó riendo para sí mientras la enfocaba, buscando el encuadre perfecto. Marta, aterrorizada, tiró de la sábana para cubrirse el cuerpo.

Nick chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Nada de sábanas, *Mary Poppins* —dijo completamente serio—. No seas miedica y olvídate de la cámara.

—Pero ¿por qué quieres grabarnos? —Marta lo miraba perpleja mientras él colocaba la cámara sobre el escritorio, frente a la cama.

—Quiero que veas lo guapa que estás cuando hacemos el amor.

—No hace falta que lo grabes, me fío de tu palabra.

Nick se echó a reír y apretó uno de los botones. Una luz roja comenzó a parpadear. Ella tiró de la sábana hasta su barbilla.

El rockero recogió su camiseta del suelo y la hizo jirones. Eligió uno de los trozos de tela y, sujetando cada extremo con una mano, dio un paso hacia la cama.

—Levanta la cabeza, Marta.

—No, no, no... Ni lo sueñes. —Se alejó de él, espantada—. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué me vas a hacer?

Nick la miró exasperado.

—¿Confías en mí? —Su tono era tan serio que Marta no supo qué decir. Nick suspiró y la besó con ternura en los labios. Al notar que volvía a relajarse, formuló de nuevo la pregunta—: ¿Confías en mí, Marta?

Ella subió y bajó la cabeza a modo de afirmación sin dejar de besarlo. Volvía a estar excitada.

—Bien. —Respiró aliviado—. Si te preocupa que alguien pueda ver esta grabación, olvídale: esto es entre nosotros. Jamás permitiría que nadie te viese desnuda. Es solo un juego, *Miss Zapatitos*. Luego la borraré si quieres.

—¿Y ese trozo de tela? —Dirigió su mirada hacia las manos de Nick.

—Para vendarte los ojos. Te ayudará a olvidarte de la cámara... Pero si no quieres que juguemos, lo dejamos aquí y no pasa nada.

Marta hizo un mohín de disgusto.

—¿Borrarás la grabación después? —volvió a insistirle.

—Si es lo que deseas, sí. Aunque estaría bien que luego la viéramos juntos.

La cara de Marta se puso al rojo vivo. Arrastró su mirada de Nick a la cámara, de la cámara a Nick y, suspirando, se sentó de espaldas a él y susurró:

—De acuerdo, puedes vendarme los ojos.

Nick le besó con dulzura el hombro izquierdo. Con sumo cuidado, posó la cinta de algodón sobre los ojos de ella y se la anudó en la parte de atrás de la cabeza. Luego, le apartó el cabello hacia un lado y comenzó a mordisquearle la nuca. Al sentir sus dientes, Marta contuvo el aliento y un escalofrío la recorrió desde la punta de los pies hasta las raíces del pelo. Nick, con extremada calma, acarició la piel erizada de su espalda, de sus brazos y, cuando sintió que ella se había relajado, le desabrochó el sujetador. Con la punta de los dedos retiró los dos tirantes de los hombros hasta que cayeron por los brazos y, por último, en su regazo. Todavía de espaldas a la cámara, volvió a morderla, esta vez en el cuello, succionándola con fuerza.

Marta se tensó al sentir la presión de sus labios, pero no pudo evitar que un gemido se escapara de su garganta. Aquello dio luz verde a Nick, que comenzó a masajearle los pechos presionándolos con las palmas de las manos. Con sus dedos índice y pulgar jugueteó con sus pezones, los pellizcó suavemente y Marta, sin poder resistirse más, giró la barbilla en busca de su boca. Él tiró de su cabello para acercarla a sus labios y, mientras la besaba, pasó sus dedos por encima de la tela de sus bragas. La respuesta de Marta fue inmediata: se retorció de placer entre sus manos y comenzó a gemir desahogada.

Nick no podía esperar más. Aquellos ruiditos tan eróticos que salían de su boca lo estaban volviendo loco. Con destreza, la volteó hacia él y la tumbó boca arriba. Marta estaba preciosa. Era una tentación verla allí sobre la cama, casi desnuda, jadeando y con una cinta negra cubriéndole los ojos. El rockero clavó la vista en la cámara y colocó sus dedos en el elástico de las braguitas fucsia. La sintió tensarse y decidió ir más despacio. Pasó su mano por su ingle y, poco a poco, deslizó el encaje hacia un lado. Introdujo uno de sus dedos dentro de ella y le complació saber que estaba muy húmeda. Empapada. Sin más dilación, introdujo un segundo dedo y comenzó a dibujar pequeños círculos dentro de su vagina. A Marta se le aceleró más la respiración y, cuando estaba a punto de llegar al clímax, sintió que Nick retiraba sus dedos de ella. Contuvo el aliento por unos segundos y, frustrada, dejó desplomarse sus caderas sobre el colchón. Nick, sin perder el tiempo, rasgó de un tirón las bragas de encaje y expuso a su chica frente a la cámara, sujetándole las piernas. Ella comenzó a jadear resistiéndose, pero las manos del guitarrista se aferraron con fuerza alrededor de sus rodillas.

—No te resistas, nena —le susurró él con voz cargada de lujuria—. Quiero que después veas lo hermosa que eres.

Escuchar sus palabras, o quizá el tono categórico en el que dijo aquello, derritió la voluntad de Marta. Este, al ver que ya no ponía ningún impedimento, se colocó sobre ella y pasó la lengua por su clítoris. Marta dio un respingo de placer y, poco a poco, se dejó llevar por la danza de aquella lengua que no cesaba de torturarla. Sus gemidos resonaban por toda la habitación, y entonces Nick sintió cómo agarraba su miembro con la mano y se lo llevaba a la boca. Equilibró su cuerpo sobre ella y ambos se

giraron de costado. Presionó su boca con más fuerza sobre su vagina y Marta respondió haciendo lo mismo sobre él. Ambos se balanceaban uno sobre otro, en un ritmo perfectamente sincronizado, saboreando su sexo, suspirando... Nick, que sentía aproximarse el orgasmo, hizo acopio del poco autocontrol que le quedaba y la apartó con delicadeza.

—Dios, ángel, no aguanto más y necesito grabarnos haciendo el amor —dijo jadeando mientras se sentaba sobre el colchón; esta vez, con él de espaldas a la cámara.

Marta, todavía con los ojos vendados, trató de incorporarse para buscarlo. Nick rápidamente le dio la mano y la sentó sobre su regazo. Así la cámara podría tomar perfectamente el rostro de la chica y su cuerpo quedaría escondido con el de él.

Le ahuecó las nalgas para después dejarla caer sobre su pene lentamente. Nada más sentirlo dentro de ella, Marta dio un grito de placer y se ensambló en el cuerpo de su amante con brazos y piernas. Los dedos del guitarrista acariciaron su espalda, se enredaron en su pelo y deshizo el nudo del trozo de tela que cubría sus ojos. La luz roja de la cámara no dejaba de parpadear, insistente. Marta, cohibida, escondió la cara en el cuello de Nick. Se quedó completamente inmóvil, arrebujaada en él, pero el fuego entre sus piernas era tan intenso que su cuerpo terminó por traicionarla. Sus caderas se elevaron unos centímetros y volvió a caer sobre él. Repitió aquel movimiento otra vez y, poco a poco, comenzó a cabalgarle; primero a un ritmo lento y acompasado, hasta que el deseo apremió y aceleró sus envites.

—Nick, ayúdame... No puedo más —le rogó viendo que sus fuerzas le flaqueaban.

Este colocó sus manos en su estrecha cintura y la instó a seguir sin descanso.

—Joder, ángel —gruñó Nick—. El sexo contigo es una sinfonía.

Marta sintió cómo las palabras del rockero desencadenaban en ella olas y olas de placer. Lo sentía tan inmenso, tan infinito, tan duro dentro de ella, que las paredes de su sexo se contrajeron rítmicamente acelerando su orgasmo. Marta chilló sin dejar de moverse sobre él y Nick no pudo resistir más ante la presión deliciosa de su vagina. Abandonó su control y se derramó en ella con fiereza.

Los dos se dejaron caer a la vez sobre las sábanas arrugadas. Estaban empapados en sudor y respiraban de forma agitada. Nick esperó unos minutos para poder recomponerse y que le bajara la erección. Después se levantó hacia el escritorio y paró la videocámara. Se la llevó hacia la cama y se tumbó triunfante, rodeando con su brazo a Marta. En cuanto pulsó la tecla de reproducción, Marta se llevó las manos a la cara, avergonzada.

Al rockero se le escapó el aire del pecho nada más contemplar aquellas imágenes. Sabía que los dos juntos eran increíbles, pero vistos desde fuera, en una pantalla, resultaban extraordinarios. El cabello rubio de ella enredándose con el suyo color chocolate; su piel de porcelana envuelta en los brazos tatuados de él; sus manos delicadas e inocentes posadas sobre la calavera amenazante en su espalda. Parecían

de otro mundo: el bien y el mal, un ángel dando cobijo a un demonio. Dos personas completamente opuestas, pero que a su vez formaban un todo y un solo uno. «Decididamente estoy volviéndome loco», se dijo Nick al darse cuenta de sus propios pensamientos.

Por un instante pudo retirar la vista de la pantalla para ver la reacción de Marta ante aquellas imágenes. Durante todo ese tiempo, no le había escuchado decir ni una palabra. Marta tenía la vista clavada en la pantalla de la cámara y su cara era todo un poema. Se debatía entre la vergüenza, el asombro y... la excitación.

—¿Qué opinas? ¿No crees que somos increíbles en la cama? —preguntó Nick con orgullo y una nota de humor.

—No parezco yo. Es como estar viendo a otra persona: una mujer segura de sí misma y a su vez descontrolada... —murmuró Marta.

—Pues esa eres tú cuando te olvidas de todo... Así eres cuando estás conmigo.

—Me veo incluso guapa. —Lo miró sonriendo, aunque sus ojos grises mostraran incredulidad.

—Eres guapa siempre, y todavía más cuando hacemos el amor.

—Entonces, habrá que hacer horas extras por el bien de mi cutis —bromeó, y lo acercó a sus labios para besarlos profundamente.

A Nick se le cayó la cámara de las manos. Se lanzó sobre ella presionándola con su cuerpo contra el colchón.

—¿Es que no piensas en otra cosa que no sea el sexo, *Mary Poppins*? —le preguntó con sorna mientras mordisqueaba sus labios.

—Déjame que haga memoria. Eeeeh... No —respondió esta imitándole.

—Joder, he creado un monstruo.

Y entre risas, bromas y susurros, esa tarde Nick y Marta volvieron a formar un todo... y un solo uno.

Nick siempre había creído que su vida se dividía en dos claras etapas, cuyo punto de inflexión era la muerte de su madre. Ahora sabía que no era verdad. Había estado completamente equivocado. En su vida solo habría un antes y un después de Marta. Antes de conocerla su mundo era oscuro y sombrío, con algún destello gris. Por ejemplo, gris fue aquella mañana en la que firmaron el contrato con la discográfica. Sin embargo, desde que se conocieron —o mejor dicho, colisionaron— había descubierto que los días podían teñirse de cualquier tonalidad del espectro de luz: de un dorado refulgente si ella rompía a reír con una de sus bromas; de un azul aguamarina al despertarse alrededor de sus brazos; de rojo fuego cuando discutían a gritos o de un vibrante magenta cada vez que se lo comía a besos susurrándole «te quiero, te quiero, te quiero»... «¡Qué ironía! —se decía Nick—: Un rockero que ve la vida de color rosa».

Por eso se sorprendió cuando aquel jueves, nada más aterrizar en Madrid,

contempló el cielo sobre su cabeza y solo vio negro. Algo malo iba a suceder. Aquellas nubes ceniza eran un mal presagio.

Instintivamente buscó con la mirada a Marta, que se había quedado rezagada por la terminal de llegadas del aeropuerto de Barajas. Ella caminaba todo lo rápido que sus tacones de quince centímetros le permitían mientras hablaba muy pizpireta por el móvil. Llevaba una blusa blanca transparente sin mangas, metida por debajo de una falda celeste hasta las rodillas y que se ajustaba perfectamente a su figura. Marta, que mientras hablaba no paraba de gesticular con la otra mano, no reparaba en las miradas de los hombres a su paso, pero fue consciente de cada una de ellas. «Les rompería la cara a todos», pensó en un ramalazo de ira.

Marta llegó hasta él y, sin separar el teléfono de la oreja, le sonrió con dulzura y le dio la mano. Nada más cruzar la puerta de salida del aeropuerto en dirección al aparcamiento, los *flashes* de las cámaras se dispararon. Al parecer, un grupo de fotógrafos esperaba su llegada o, quizá, la de cualquier otro cantante o actor que visitara España. Al encontrarse con Demonic Souls al completo, habían decidido aprovechar la ocasión para sacar un dinero extra. Seguro que alguna revista las compraría. Marta, nada más notar en los ojos el fogonazo de luz, soltó la mano de Nick y se acercó a Héctor, que se había encargado hasta ese momento de su pesado equipaje.

Durante el trayecto en taxi hacia el centro de la ciudad, a Nick le pareció extraño que ella no hiciera mención a los *paparazzi*, aunque conociéndola sabía que no se sentiría cómoda viéndose expuesta en una revista. Marta, aunque solía ser sociable y simpática, era tremendamente reservada y no acostumbraba a dejarse conocer. Además, era más insegura de lo que aparentaba, y sentirse observada por las miradas ajenas resultaría para ella toda una tragedia. Pero como ella obvió el tema de la prensa, no iba a ser Nick el que se lo mencionara. Además, tenía otras cosas más importantes que hacer, como aprovechar la intimidad del taxi para saborear sus labios y colar sus manos bajo esa falda tan sexi.

—¿Le digo al taxista que pare primero en tu casa y luego me lleve a la mía? —preguntó Marta entre beso y beso. A Nick le desconcertó que cayera en aquel detalle mientras él estaba tan excitado que podría abrir un agujero en el techo de aquel taxi.

—No, vamos a ir directos a la tuya, que tenemos que inaugurar tu cama —respondió, y deslizó de nuevo los dedos entre sus muslos.

—Nick... Tengo cosas que hacer hoy —le informó con tono lastimero.

—Y yo también tengo trabajo que hacer aquí. —Y la pellizcó sobre las bragas.

A Marta se le escapó un gemido y miró espantada hacia el conductor. Rápidamente, arrastró la mano de Nick fuera de su falda.

—Eres un perverso, ¿lo sabes? —le susurró abochornada—. Peor que Tony, y ya es decir. ¡Compórtate o me tiro del taxi!

Él se apartó muerto de risa y luego se lanzó a sus pies para robarle los zapatos.

—Pero ¿qué leches haces, Nick? ¿Has perdido un tornillo? —le regañó Marta,

que no daba crédito al comportamiento de su chico.

—O vamos a tu casa o no te devuelvo tus zapatitos, *Miss Luxury Shoes*.

Marta trató de quitárselos de las manos, pero este los lanzó a los pies del asiento del acompañante del conductor, que gracias a Dios estaba vacío.

El taxista emitió un suspiro exasperado.

—¿Estás loco? Podrías haber matado al conductor de un taconazo —le reprendió Marta. Luego se dirigió al taxista abochornadísima—: Perdónelo, señor: es lanzador de jabalina y se pasa la vida tirando cosas por los aires.

—Señorita, su amigo lo que tiene es un calentón de campeonato, pero no se preocupe por mí: he vivido cosas peores en este taxi.

Nick se echó a reír de nuevo al ver la cara de desconcierto de Marta.

—Bueno, ¿nos vamos a tu casa juntitos los dos o paramos en la mía primero y te vas sin tus *Manolitos*? —le dijo después con guasa.

Marta, bufando, se cruzó de brazos y piernas y asintió con la cabeza enfurruñada. Luego pareció acordarse de algo y en su cara se dibujó una sonrisa malévola.

Cuatro plantas. Noventa y seis escalones... Nick se quedó paralizado en la puerta del portal de Marta pensando cómo subiría su bolsa de viaje más las dos maletas tamaño *diplodocus* de ella. De pronto, cayó en la cuenta de algo.

—¿Y cómo conseguiste bajarlas tú sola el día que salimos de gira? —La miró perplejo.

—Sé a qué hora sale mi vecino de su casa para irse a trabajar, así que esperé detrás de mi puerta y fingí que nos encontrábamos en el descansillo. Él se ofreció a ayudarme porque es todo un caballero. No como otros...

—¿Y a qué hora dices que vuelve?

Marta se echó a reír y Nick entró en modo burbujita Freixenet: lo-veo-todo-en-destellos-dorados. Ella se quitó los zapatos para no matarse por la escalera y, descalza, tiró de una de sus maletas.

—Yo subo esta y tú la otra más tu bolsa de viaje —le propuso muerta de risa.

—Si me disloco un brazo y mañana no puedo tocar en el DCODE Fest, tendréis la culpa tú y los kilos de zapatos que llevas aquí dentro. Lo sabes, ¿verdad?

—Estoy segura de que Bruno Mars, que es superromántico, lo haría por su chica; lo sabes, ¿verdad?

—El moñas de Bruno Mars tiene el tamaño de tu maleta y como mucho te robaría los tacones; lo sabes, ¿verdad?

Marta se doblaba de la risa. Con lágrimas en los ojos comenzó a tirar de su maleta escalón a escalón. Nick fijó la vista en su trasero respingón y, suspirando, cargó con el equipaje tras ella.

Cuando llegaron a la cuarta planta, Marta tumbó su maleta en el descansillo y se desplomó sobre ella, exhausta. Él, resollando, llegó un minuto después y se dejó caer

todo lo largo que era en el suelo fingiendo un desmayo.

—¿Sigue en pie el plan de inaugurar mi cama, *Dios del rock*? —le preguntó socarrona.

—Dame un minuto, mujer —le suplicó Nick con toda la sangre en la cabeza.

Marta, entre carcajadas, abrió su bolso en busca de las llaves de su casa. Abrió la puerta y, con una reverencia, dejó pasar a su invitado:

—Bienvenido a mi caja de cerillas. Siéntete como si estuvieras en tu propio zulo...

Nick, sonriéndole, levantó sus cejas de forma intermitente y mientras caminaba hacia el interior de la vivienda comenzó a quitarse la camiseta por la cabeza. No pudo terminar de hacerlo. El grito de terror que se escuchó por todo el edificio casi lo mató del susto. Temiendo que a Marta le hubiera pasado algo, en una décima de segundo se bajó la camiseta de un tirón y se lanzó hacia ella, que seguía en la puerta de su casa, paralizada pero con cara de pánico. Tan pronto como reaccionó, lo echó hacia un lado y entró corriendo al salón. A un metro de Nick había una mujer menuda, con el rostro enrojecido y una bata de raso muy elegante. La mujer lo contempló y comenzó a gritar de nuevo.

—¿¡Mamá?! ¿Qué haces aquí? —Marta miró perpleja a la mujer y la mujer aterrorizada a Nick—. Mamá, tranquilízate. Él viene conmigo.

Doña Lucía, con el rostro desencajado, paseó su mirada de Marta a los tatuajes que cubrían los brazos del rockero. Luego clavó la vista en los ojos de su hija, diciéndole de todo menos bonita.

Entonces Nick recordó el mal palpito que había sentido nada más poner un pie en Madrid; y pudo comprender, por fin, por qué ese jueves era de un insípido color gris. Marta y él habían regresado a la realidad de sus vidas.

MIEDO

Nick estaba plantado en el centro de mi salón con su metro noventa, sus brazos tatuados, sus vaqueros ajustados y una camiseta caqui sin mangas. Ese día llevaba el cabello escondido bajo un gorro de lana gris y sus ojos color añil, enmarcados en esas pestañas negras y tupidas, parecían ocupar toda su cara. Estaba guapo a morir, pero dudaba mucho de que mi madre pensara lo mismo que yo. Definitivamente, no era el *dress code* para conocer a una suegra.

Con aquella pinta, probablemente mi señora madre se estaría preguntando de qué prisión de alta seguridad se había escapado ese chico. En fin, no había planeado que se conocieran de esta manera, pero ya no había vuelta de hoja: tendría que salir de aquella situación de la mejor manera posible, y solo esperaba que a mi cerebro se le encendiera la bombilla. Y rapidito.

—¿No nos vas a presentar, nena? —Nick me dirigió un gesto interrogante. «Piensa, Marta, piensa...».

—Sí, ¡perdonadme! Ella es Lucía, mi madre —dije con voz temblorosa—. Y..., mamá, él es Nick Mendoza, mi..., mi..., mi amigo. De hecho, es el cantante del grupo para el que trabajo.

Nick le ofreció la mano:

—Encantado, señora.

Mi madre observó horrorizada los tatuajes de Nick y, unos segundos después, le ofreció la suya.

—Lo mismo digo —susurró poco convencida.

La pobre mujer todavía se encontraba en estado de *shock*. No todos los días te levantas de la cama y te encuentras a un hombre con pinta de delincuente en el salón de tu hija.

Nick, que parecía ignorar el escrutinio al que lo tenía sometido mi madre, nos sonrió a las dos con chulería. Oh, oh. Ese gesto no pintaba nada bueno. Necesitaba un plan ¡ya!

—Bueeeeeeno, muchas gracias, Nick, por ayudarme con las maletas —improvisé sobre la marcha—. Y qué lástima que tengas que irte; si no, te invitaría a un café.

Él me sonrió con la misma falsedad y, sin bajar el tono de voz, para que mi madre lo escuchara bien, respondió:

—OK, pero recuerda que me debes esa propina que me prometiste, nena.

Mi madre al oír aquello salió de su estado de estupor y me miró escandalizada.

—¡Uy! Pero ¡qué dices, Nick! JA. JA. JA. —Y tras decir aquello, le arreé un

puntapié en la espinilla. Ya veía los titulares: «El cantante de Demonic Souls, encontrado muerto en un cuarto piso sin ascensor».

Nick me miró divertido y, en su habitual pose chulesca, caminó hacia la puerta.

—Nos vemos, señora —se despidió sin mirar hacia atrás.

—Adiós —contestó secamente mi madre, y luego se dirigió a mi habitación a cambiarse de ropa.

Seguí a Nick hacia el pasillo en silencio. Él estaba metiendo mis maletas dentro de casa. Con todo el alboroto nos las habíamos dejado en el descansillo.

—¿Por qué te comportas así? —le susurré algo indignada.

—¿A qué te refieres?

—Has actuado como un idiota, con esa altanería y ese pasotismo tan típicos de ti. —Y me puse a imitar su forma de caminar desganada y su mirada de «yo soy Dios y tú no vales una mierda».

Nick se echó a reír. Luego comenzó a justificarse:

—¡Ella empezó primero! ¿O no te diste cuenta de la forma en que me miraba? Como si yo fuera un violador que había secuestrado a su hija.

—Nick, baja la voz. Te puede oír —le reprendí—. Entiéndela: ella está en mi casa (y, por cierto, no sé qué hace aquí) cuando, de repente, entras tú desnudándote, con todos esos tatuajes, con el gorro, y es normal que piense que eres un ladrón o un...

—O un violador. Venga, dilo.

—No exageres. ¡Eso no lo ha pensado!

—¿Y tú qué, gallina? No te has atrevido a decirle que soy tu novio. ¿También te avergüenzas de mí?

Novio... ¿Nick se consideraba mi novio? ¿El rockero que odia las etiquetas y cree que el amor es una fantasía? ¿Él quería que lo presentase como mi novio? De repente, me entró la risa. Me miró sorprendido y, sin importarme un pimiento si nos veía mi madre o el Papa de Roma, me lancé a su cuello, tiré de su gorro y le besé con las cuatro letras, una detrás de otra: con AMOR. Nick me rodeó por la cintura y me estrechó entre sus brazos.

—¿Por qué no pasas de tu vieja y nos vamos a mi casa? —murmuró mientras mordisqueaba mis labios.

—Tengo que saber qué hace aquí —traté de explicarle cuando su lengua me lo permitía—. Y tengo que ir esta tarde a la oficina. Mmmm... Luego te llamo, ¿vale?

—Ni lo dudes... —Me miró con ojos de corderito y se separó de mí.

Me quedé allí parada en el descansillo, suspirando, mientras lo oía canturrear por las escaleras de mi edificio.

Me dirigí a mi habitación, donde supuse que mi madre estaba escondida. Cuando entré, tenía su maleta en mi cama y estaba guardando su ropa.

—¿Has estado viviendo aquí desde que te fuiste de tu casa?

—Sí; espero que no te importe, hija. Necesitaba soledad, pero ya me voy.

—No, no... Puedes quedarte, pero explícame antes: ¿qué está pasando entre Alfredo y tú?

La fuerte y segura de sí misma doña Lucía se derrumbó en mi cama.

—Necesito aclarar mis ideas. Últimamente tu padrastro y yo nos hemos distanciado y discutíamos a todas horas. No podíamos seguir así. Yo lo hacía infeliz y él a mí también, así que nos hemos dado un tiempo.

—Pero ¿por qué discutíais? Si siempre habéis sido una piña.

—Exacto, Marta. Siempre hemos estado muy unidos, pero a veces no solo basta con eso. Cuando llevas muchos años casada con alguien es muy fácil confundir el cariño con el amor, y dudo que entre Alfredo y yo siga habiendo algo de eso último.

—¿Me estás diciendo que ya no lo amas?

—Te estoy diciendo que no sé lo que siento, y él se ha cansado de esperar.

—¿Esperar a qué, mamá?

—A que yo sepa lo que quiero. —No entendía nada de lo que me estaba diciendo. Siempre pensé que a su manera lo amaba. Mi madre trató de explicarme—: Marta, todo es un poco complicado. Cuando me casé con tu padrastro lo quería, sí; pero no era como ese primer amor de la adolescencia: intenso y cegador. Yo buscaba en él un compañero de vida y me ilusionaba la idea de ser la esposa de un hombre de negocios con éxito. Sin embargo, al parecer eso no es suficiente para mantener una relación viva. Hemos sufrido muchas crisis y las hemos ido superando, pero ahora tengo la sensación de que se me escapa la vida y que esto no es lo que quiero. Atada a un hombre que está siempre fuera de casa, de reuniones... Vosotras ya habéis crecido y cada vez me necesitáis menos. Llegará un momento en el que estaré sola. Desde hace años ya me siento sola.

Al oír a mi madre decir aquello, todo cobró sentido. La fórmula de vida por la que ella había apostado había funcionado mientras Cristina y yo éramos pequeñas y formábamos una familia. Ahora tendría que reformularla al lado de su marido, y si no los unía ya casi nada...

—Por eso odié que te compraras esta casa y te alejaras de mí —continuó hablando—. Temí que volvieras a enfermarte y pudieras hacer otra tontería y que yo no estuviera cerca. Y cuando comprobé que tú sola salías adelante, también odié que fueras capaz de ser una mujer independiente. Y, por supuesto, tu nuevo trabajo me aterrorizaba... Y ahora que he conocido a tu amigo, todavía me aterroriza más. Claro que ahora tengo razones para asustarme.

—Mamá, no cambies de tema.

—No, hija, necesitamos hablarlo, o eso es lo que dice mi terapeuta.

—¿Tú vas a terapia? ¿Tú, que no soportabas reunirte con mi psicóloga?

—No me eches en cara el pasado, Marta. Aún no estoy preparada para hablar de ello —dijo apartando sus ojos de mí y doblando su camisón y su bata.

—Perdona, perdona...

—Asisto a una terapia de grupo que me recomendó mi amiga Conchi... Ya sabes, esa que se divorció porque pilló a su marido con la chica que asistía en su casa. —No tenía ni idea pero asentí—. Somos todas mujeres de entre cuarenta y sesenta años que o bien sufren una depresión por la dichosa menopausia o bien por un divorcio, la pérdida de su marido o, como yo, por lo que según mi terapeuta tengo: síndrome del nido vacío.

—¿Y qué va a opinar tu psicóloga cuando sepa que vives con tu pollito?

—No te preocupes, Marta, me iré de aquí. No quiero molestarte... —respondió, ofendida, y siguió doblando su ropa toda digna.

Salí a preparar café. Necesitaba analizar todo lo que me acababa de contar mi madre. Era la primera vez en muchos años que habíamos hablado durante más de quince minutos sin habernos gritado... Y estaba acudiendo a terapia. Eso sí que era nuevo. Mi madre, que se avergonzaba cuando me llevaba a la psicóloga años atrás. «La llevo a esa consulta porque lo dice su médico, pero las cosas de casa se barren en casa; eso ha sido así toda la vida y las familias han salido adelante», repetía una y otra vez a mi padrastro cada vez que volvíamos de ver a la doctora Angulo. Así que una de dos: o mi madre estaba harta de barrer o lo suficientemente mal para pedir ayuda a un profesional y sacar los trapos sucios de su vida. Además se la veía distinta: más... vulnerable. Más humana. Ella había sido siempre una mujer muy temperamental, pero a su vez muy fría y distante. Ahora parecía que estaba hecha de carne y hueso, y no solo por las arrugas y las bolsas en los ojos, prueba de su sufrimiento; también porque estos expresaban sentimientos cuando hablaba. Antes parecían estar siempre acuchillándome.

La oí entrar en la cocina y arrastrar el taburete de debajo de la barra de desayuno. Le ofrecí una taza y, respirando profundamente, dije aquello que cualquier hija en mi situación diría a una madre (aun sabiendo que me arrepentiría):

—Mamá, quédate. No te vayas. Al menos hasta que sepas qué vas a hacer con tu vida. —Ya estaba dicho. Iba a vivir con mamá otra vez y probablemente acabaríamos tirándonos de los pelos, pero en fin: era la mujer que me había dado la vida.

—Gracias, hija. Serán unas semanas hasta que encuentre algún apartamento cuco...

—No, tranquila. Tampoco tengas prisa: no voy a pasar mucho tiempo en casa. Entre el trabajo y... —Por suerte, cerré la boca a tiempo.

—Y el quinqui con el que tienes una aventura. Dilo, vamos. No soy tonta. —Allí estaba doña Lucía. ¿Ves? Ya me arrepentía de que viviera conmigo. ¿Cuánto tiempo había tardado? ¿Un minuto?

—Mamá, si vamos a vivir juntas, hazte a la idea de que somos compañeras de piso. Tú no te metes en mi vida y yo no me meto en la tuya.

—Pues como compañera de piso te pregunto: ¿en qué estabas pensando cuando conociste a ese barriobajero que va hecho un cuadro? Contéstame, Marta.

—No es ningún quinqui y su grupo tiene mucho éxito. Han publicado un disco y

van a sacar otro a la venta.

—¿Y cuando se pasen de moda?

Me quedé un instante callada y luego me atreví a decir (y digo atreverme porque estaba dando demasiadas cosas por hecho):

—Pues trabajaré en lo que sea. Él sabe buscarse la vida, es un luchador y no se le caerán los anillos para sacarse las castañas.

—No, desde luego: espero que no se le caigan los anillos, porque con todos los que lleva podría poner un puesto en el Rastro.

—¡Mamá! No lo juzgues sin conocerlo. Él, él... Me hace feliz, comprendeme. Jamás me he sentido así en toda mi vida, y si algún día lo nuestro se termina...

—¿Entonces qué, Marta? ¿Serás lo suficientemente fuerte para seguir adelante con tu vida? Te lo dice alguien que sabe de lo que está hablando, no lo olvides.

—Tu historia con mi padre biológico es distinta...

—¿Eso crees?

—No, realmente no lo sé porque nunca me la has contado. Me has dado pinceladas: que si te enamoraste de él ciegamente, que si eras una niña, que si lo dejaste todo por él para que luego te dejara tirada con un bebé. Pero, mamá, ¿cómo era él? ¿Era amable, divertido, serio? ¿A qué se dedicaba? ¿Cómo os conocisteis?

A doña Lucía se le llenaron los ojos de agua, pero no pudo contestar a ninguna de mis preguntas. Tan solo respondió:

—Algún día te hablaré de él, pero..., Marta, no estoy preparada todavía.

Se levantó de la silla sin terminar su café y se fue de casa. Cuando volvió, una hora y media después, parecía mucho más tranquila. Me pidió disculpas al pasar a mi lado y se dispuso a hacer la comida.

Alucinante... Mi madre me había pedido disculpas.

Aquella tarde acudí a Sound Music para reunirme con mi jefe, Daniel Aguado, y charlar de cómo había ido la gira y cuáles serían los planes que aguardaban en la discográfica para los chicos. Cuando caminaba por los pasillos de las oficinas me pareció que habían pasado mil años desde que acudí allí por primera vez a hacer la entrevista de selección. También fue el mismo día que me vi atropellada por el rockero del que ahora estaba perdidamente enamorada. Insisto: atropellada, porque Nick Mendoza había entrado en mi vida como un *Lamborghini* a toda velocidad, convirtiéndolo todo en un borrón a su paso. A pesar de que yo siempre había preferido la elegancia, el confort y las prestaciones de un buen Mercedes.

El señor Aguado, tan puntual como de costumbre, me estaba esperando esa tarde en su despacho. Sonreí nada más verlo: ese día el *hippy* desfasado llevaba una camisa de girasoles inspirada en el cuadro de Van Gogh. Después del pendiente de Nick, no había tenido tantas ganas de arrancarme las retinas.

—Buenas tardes, Marta. ¡Cuánto me alegro de verte! —Me ofreció su mano para

que se la estrechara—. Ya veo que has sobrevivido a los chicos estos meses.

—Sí, no ha sido tan difícil —dije con una sonrisa tímida. Si él supiera...

Me pidió que nos sentáramos pero antes me ofreció un café que tuve que rechazar. Eran las siete de la tarde y si tomaba cafeína no pegaría ojo esa noche..., aunque si iba a dormir en casa de Nick quizá no me vendría nada mal.

Y, como de costumbre, *el Dios del rock* estaba presente en mi mente.

Me di una colleja mental para centrarme en lo importante: en mi jefe.

—Solo quería felicitarte por tu excelente trabajo durante la gira —dijo el señor Aguado—. Los chicos están muy contentos contigo y nuestro equipo de comunicación también. Han hablado maravillas sobre tu organización, tu disponibilidad absoluta y tu buena predisposición ante los cambios de última hora.

—¡Oh! Gracias, para mí ha sido un placer trabajar con todos ellos. —«Especialmente con uno», pensé. Dios ¿qué me pasaba? ¿Estaba ovulando y tenía los estrógenos por las nubes?

—Creo que después del concierto de mañana deberías tomarte un par de semanas de vacaciones. —Me miró sonriente y añadió—: La banda estará dedicada en cuerpo y alma a grabar su segundo disco y puede prescindir de ti. Por nuestra parte, nos encantaría que siguieras con nosotros, pero tú decides si quieres renovar tu contrato por otros seis meses más.

—Sí, por supuesto.

Ser asistente no era el trabajo de mi vida, pero hasta que encontrara otro empleo quería seguir trabajando en Sound Music. Además, así podría ver a diario a Nick. ¡NOOOO! Otra vez pensando en él y no habían pasado ni seis horas desde la última vez que habíamos estado juntos. Ese hombre me había intoxicado el cerebro con sus feromonas.

—Perfecto. Pues nos vemos a finales de mes, con todo el *planning* de la promoción del segundo disco. —Alargó su brazo para estrecharme la mano.

—Me parece estupendo y también quería darle las gracias por darme esta oportunidad. —Sentí que me sonrojaba. Me daba vergüenza que pensase que estaba haciéndole la pelota, pero aquel hombre había confiado en mí y, sin que él lo supiera, me había ayudado más que nadie durante toda mi vida.

—Me las has dado haciendo un buen trabajo.

Salí del edificio de Sound Music con el pecho henchido de orgullo y más feliz que una perdiz. Era increíble que yo, una mujer derrotista por naturaleza, hubiera sido capaz de desempeñar un trabajo para el que no estaba preparada, lidiar con un grupo de rockeros, superar la ruptura con mi novio y arreglar mis problemas con Nick. Por supuesto, nada en la vida es perfecto y yo sabía que nuestra relación me daría más de un quebradero de cabeza. Especialmente si salía a la luz. En el aeropuerto, los fotógrafos estuvieron a punto de pillarnos in fraganti, así que había decidido ser yo la

que se lo dijera a mi jefe a la vuelta de mis vacaciones. Esta vez no iba a cometer el error de ocultarme de nada ni de nadie. Tampoco huiría como una cobarde. Si algo había aprendido con Nick era que uno tiene que vivir la vida y el momento: marcar sus propias reglas y no las que dicten los demás. Y yo en ese instante solo deseaba ir a cenar con mi rockero, pasar una noche inolvidable y planear mis dos semanas de merecidas vacaciones. A mi vuelta, ya afrontaría las consecuencias de haberme enamorado de una estrella del *rock*.

Llegamos al DCODE Fest tres horas antes de que los Demonic Souls actuasen. Durante ese tiempo, la banda había posado para la prensa, había sido entrevistada por varios medios y nos había dado tiempo para disfrutar de unas cervezas y de los primeros conciertos. Me alegré de llevar las botas que me había regalado Nick, porque desde que pisamos el recinto no me había sentado ni un momento. Además esa tarde había elegido vestir cómoda: llevaba unos *minishorts* étnicos y un top negro de tirantes con el logo de Demonic Souls en el pecho y la palabra *staff* en la espalda.

Los chicos estaban en su salsa, rodeados de buena música, al fresquito y con barra libre de cerveza a su disposición. Tony era el más feliz de todos, por verse además rodeado de cientos de chicas. Sin embargo, el que más atenciones recibía por parte de las féminas no era otro que Nick Mendoza. El vocalista y líder de la banda no había parado ni un minuto de firmar autógrafos y charlar con sus seguidoras.

Charlar. Quizá ese no fuera el término correcto para explicar la relación Nick-fans. Quizá «dejarse querer» era más acertado. Cada cinco minutos, un chorreo de chicas enloquecidas se acercaban a él y mi novio (sí, ¡mi novio!) las escuchaba con su sonrisa de suficiencia y con esa pose de «nena, soy tu Dios; estoy por encima de todo». Aquella chulería me sacaba de mis casillas y, como al resto de mis congéneres, también encendía mi libido.

En fin... Yo también me había convertido en una más de sus fans.

Ellas, por supuesto, no eran conscientes de que su ídolo apenas les dirigía dos palabras seguidas. Y no es que Nick las menospreciara: al contrario, les daba dos besos o les pasaba un brazo por encima para hacerse el *selfie* de rigor. Simplemente se mostraba como siempre que estaba rodeado de desconocidos: distante, hermético y, diría yo, hastiado. Alguien que no lo conociera podría pensar que el cantante estaba representando su papel de estrella del *rock*; pero yo sabía que no era ni más ni menos que una armadura para protegerse del mundo.

Lo que no tenía tan claro es que le funcionara con fans enfebrecidas y hambrientas de deseo. De hecho, a medida que pasaba la tarde y más chicas de todo tipo (altas, bajas, rubias, morenas, delgadas, curvilíneas, esculturales...) se acercaban a hablar con él, más me aproximaba yo a mi lado oscuro. Una parte de mí me decía que esa era la vida de Nick. Tendría que acostumbrarme a verlo rodeado de mujeres espectaculares. Pero cuando has tenido un historial amoroso como el mío no es nada

fácil confiar en la fidelidad de tu pareja. Al menos, para mí no lo era. Y mis dudas no se debían solo a que mi ex había llevado una doble vida mientras salíamos juntos; también provenían de mi propia experiencia. Yo, que me daba golpes en el pecho por ser fiel y honesta, había sucumbido a la tentación. ¿Cómo alguien puede confiar en su pareja cuando sabe lo fácil que es traicionar?

Así que no era de extrañar que la poca fe que tenía en mi nueva relación me abandonara aquella tarde. Concretamente, cuando una fan se levantó el vestido y puso su culo en pompa frente a la cara de mi novio para que le firmara las posaderas. Él ni parpadeó. Contempló el lienzo en blanco y, sin pensarlo dos veces, cogió el bolígrafo y le plantó su nombre allí. En todo el trasero. Para colmo, pude comprobar con mis propios ojos que le escribía una dedicatoria, ni más ni menos que de dos líneas. Doce malditas palabras.

No esperé a ver cómo le daba las gracias la chica o si esta le ofrecía su teléfono, como tantas fans habían hecho esa tarde. Simplemente me alejé de la zona vip, mostré mi pase especial al de seguridad y, corriendo por el *backstage*, me encerré en el camerino que la organización había asignado a los Demonic Souls. Me senté en una de las sillas y, sujetándome las rodillas, me hice una bolita. Necesitaba estar sola. Necesitaba calmarme. No podía tener un ataque de celos delante de Nick y arruinar un día tan importante para el grupo. Y lo más importante: me negaba a ser la mujer que fui con Xavier.

A los quince minutos sonó mi teléfono. Era Nick, pero no contesté. Los odiaba, a él y a esa fan, y me odiaba yo. A los diez minutos volvió a sonar. Tampoco respondí. Mi humor había mejorado, pero todavía me seguía sintiendo la mujer más imbécil del planeta. Me entró un *wasap*. Era él, de nuevo: «Marta, ¿dónde andas? ¿Estás bien?». Le respondí que estaba resolviendo unos problemas con alguien de la discográfica y que lo vería antes del concierto. Los chicos regresarían al camerino en menos de media hora y esperaba que para entonces se me hubiera pasado el cabreo.

A los pocos minutos alguien abrió la puerta de un golpe.

—¡Odio que me mientas! —Nick entró hecho un basilisco y cerró con otro portazo—. Todo el equipo de Sound Music estaba en la zona vip con nosotros, así que dime qué coño te pasa y por qué te has escondido aquí.

Me enderecé en la silla al ver aquel rostro, que minutos antes estaba sonriendo, convertido en Hannibal Lecter (pero en guapo).

—No me encontraba bien y...

—Marta, no te andes por las ramas y dime por qué te has escondido aquí. —Entrecerró los ojos y cruzó sus brazos esperando.

—Nick, estoy bien.

—Y una mierda. Te he tenido fichada toda la tarde y por la cara que tenías estabas molesta por algo. No me apetece andarme con preguntas y respuestas ni adivinanzas, nena. Nosotros ya hemos superado eso, así que habla de una vez.

Di un profundo suspiro y, mirándolo a los ojos, me sinceré con él. Solo esperaba

no perder los papeles.

—Las fans... Bueno, no todas —me corregí—. Algunas me molestan cuando se toman demasiadas confianzas. —Nick no dijo nada ni hizo ningún gesto. Su impavidez provocó que siguiera hablando—. Y no me ha gustado que le mirases a esa chica el trasero cuando...

—Yo no he mirado a nadie. A la única que no he perdido de vista en toda la tarde es a ti.

—Nick, no mientas: le has mirado el culo.

—Mujer, ¿qué querías? ¿Qué le firmara el autógrafo con los ojos cerrados? No seas ridícula...

—¿Me estás llamando ridícula? Aquí el único ridículo eres tú prestándote a eso. —Ahora la que estaba de mala leche era yo—. No me gusta, Nick, ¡lo siento! Y no creo que a ninguna mujer le apetezca contemplar cómo docenas de chicas le ponen el culo, las tetas y las manos encima a su novio.

—Marta, las fans forman parte de este mundillo, pero tú y yo estamos a otro nivel.

—Sí, ahora me dirás que soy diferente. Pues ¿sabes qué he recordado cuando le estabas escribiendo a esa en todo el pompis?

Nick supo al instante de lo que estaba hablando: yo, en la cama, tendida boca abajo, y él escribiendo versos en mi espalda. Lo supe porque perdió todo el color en su cara y sus ojos mostraron cierto entendimiento.

—No es lo mismo, ángel. Y deberías saberlo.

—Quizá el problema soy yo, Nick. No te creas que no lo he pensado. Soy tan insegura que no voy a ser capaz de verte siempre rodeado de mujeres... Probablemente esto nuestro no vaya a funcionar. —Se me truncó la voz antes de terminar de hablar.

Los ojos de Nick se crisparon por la ira. Dejó caer sus brazos al lado de su cuerpo y apretando los puños dio dos pasos hacia mí. En un suspiro, me agarró de los hombros, de la silla y me apoyó contra la pared. Para que no pudiera moverme, presionó su cuerpo contra el mío y comenzó a besarme con ansia. Con desesperación.

—No voy a permitir que te rindas tan fácilmente. No voy a perderte por una chorrada como la de esta tarde —me advirtió durante los breves segundos que separó sus labios de los míos.

Iba a responderle que lo sucedido en la zona vip no era ninguna tontería cuando, de pronto, sentí sus manos desabrochando mis *shorts*.

—¿Qué haces? ¡Los chicos llegarán en menos de diez minutos! —exclamé, tratando de alejar sus dedos del botón de mi pantalón.

Nick obvió mi pequeña resistencia y comenzó a besarme de nuevo desesperado.

—Seré rápido, nena —aseguró completamente excitado. Traté de resistirme una vez más, pero hizo esa cosa con su lengua en mi boca que me ponía a mil y... adiós, muy buenas. Aflojé mi resistencia y él comenzó a desabrocharme por completo los

pantalones.

—Nick —gimoteé en sus labios. Mi mente trataba de poner algo de sentido común a aquella situación—. Los problemas no se solucionan con sexo...

—En tu mundo, no. En el mío, sí. —Succionó mi lengua y luego, tras liberarla, me rogó—: Déjame demostrarte cuánto te deseo, por favor.

Acercó sus caderas a las mías por si tenía alguna duda de que estuviera mintiendo y sentí su excitación a través de nuestra ropa. Después comenzó a frotarse contra mí, mientras poco a poco iba tirando de mis pantaloncitos hacia los tobillos. Cuando se encontró con mis braguitas, le escuché hacer un chasquido con la lengua y me dijo con una sonrisa perversa:

—Uau, de leopardo... Demasiado *hardcore* para romperlas, ¿no?

No supe qué contestar. Todo apuntaba a que era una pregunta trampa, así que aguanté el tipo y me mantuve quieta mientras las arrastraba por mis piernas. Cuando cayeron también sobre mis tobillos, me ayudó a sacarlas. Se incorporó de nuevo y me pareció todavía más alto de lo que era. Entonces caí en la cuenta de que yo ese día no llevaba tacones y, lógicamente, mi cara quedaba a la altura de su pecho. Escuché que bajaba su cremallera y el ritmo de mi corazón se aceleró. Me sujeté con fuerza a sus hombros y lo besé profundamente. Noté sus manos por detrás de mis muslos y me preparé para lo que haría después: levantarme a la altura de sus caderas. Enredé mis piernas alrededor de él y, en el instante en que elevé mis ojos para admirar su magnífico rostro, se clavó en mí. Di un respingo contra la pared por el sobresalto y contuve el aliento unos segundos, mientras se hundía más y más adentro. Era doloroso y placentero a la vez.

Cerré los ojos para perderme en aquel mar de sensaciones: su respiración agitada sobre mi cabeza, su olor masculino e intoxicante, sus gemidos roncós, el ritmo incesante de sus caderas...

—Ahhh, sííí... —me oí suspirar de placer.

—¿Ves, Mary Pops? No hay color, entre miles de mujeres te elegiría siempre a ti.

Aquellas palabras calaron en lo más profundo de mi mente y mi cuerpo respondió fundiéndose en un calor abrasador. Nick empujó mucho más fuerte dentro de mí y siguió haciéndolo a un ritmo frenético, imparable... Al cabo de unos minutos estallé en un orgasmo intenso, magnífico, sublime... Casi tóxico.

A los pocos segundos, él emitió un gruñido de satisfacción como nunca antes le había oído y presionó sus caderas contra las mías deleitándose con su propio placer. Saboreando su clímax.

Nos quedamos allí, unidos contra aquella fría pared, sonriéndonos como dos bobos, hasta que los golpes de la puerta nos despertaron de aquel estado de estupor.

Nick gritó algo hacia la puerta y comenzó a recolocarse su bóxer y sus vaqueros. Cuando me agaché a coger mi ropa del suelo, se adelantó y me quitó las bragas de la mano de un tirón.

Me quedé con la boca abierta cuando se las guardó en el bolsillo.

—No pongas esa cara. Van a ser mi amuleto de la suerte esta noche en el escenario.

—¡Ni lo sueñes! No pienso ir toda la noche sin ropa interior.

—Nena, piensa que estás haciendo un bien al grupo cediéndomelas. —Y guiñándome un ojo se alejó hacia la puerta.

(Nota mental: comprar lencería amarilla a porrillo).

Me subí los *shorts* preguntándome por qué con aquel hombre siempre terminaba con las bragas bajadas.

O sin ellas.

Después de más de media hora de espera, por fin los Demonic Souls hicieron su aparición en el escenario. La hora prevista eran las nueve de la noche de aquel viernes, pero debido a «problemas de organización» los chicos se hicieron de rogar más de lo que a mí me habría gustado. Aquel contratiempo me supuso toneladas de paciencia para no asesinar al bajista del grupo. Desde que Tony entró en el camerino, tuve que soportar sus constantes pullas y bromas respecto a lo que su amigo y yo habíamos estado haciendo allí dentro. En cuanto Nick abrió la puerta, empezó con su clásica diatriba de «aquí huele a sexo». Lo volvía a repetir cada vez que pasaba a su lado y, por si no me sentía suficiente incómoda, fingía olisquearme como si fuera un perro. Al final se ganó un collejón por parte de Nick, poca cosa para el rodillazo que yo le habría dado en la entrepierna.

Ese fue el motivo por el que decidí no acompañarlos al escenario y buscarme un buen sitio en la zona vip para ver el concierto. Además, allí estaban esperándome Félix, mi hermana y un grupo de amigas de esta. Después de remover cielo y tierra, les había podido conseguir pases gratis para asistir al festival.

Tampoco fue nada fácil llegar hasta las primeras filas donde se encontraban mis invitados. Ellos querían tener un buen campo de visión del escenario, pero no pensaron que yo tendría que batallar con miles de personas para abrirme paso hasta ellos. Cuando conseguí localizarlos, estaba empapada en sudor y con los pies doloridos de recibir pisotones. En cuanto me vieron, Félix y el resto me hicieron un hueco y comenzamos a gritar hacia el escenario contagiados por el público. A los pocos minutos, el escenario se iluminó y los primeros acordes de «*Under the sheets*», el archiconocido tema de los Demonic Souls, retumbaron por los altavoces del recinto. El público estalló en aplausos y alaridos y un haz de luz se deslizó por el recinto iluminando a la multitud enfebrecida. La voz ronca y supersensual de Nick se abrió entre el estruendo y, como si fuera otra más de sus fervientes fans, rompí a chillar enloquecida. Sin dar crédito, Cris y Félix se unieron a mí y juntos coreamos la letra de la canción. Nick estaba soberbio sobre el escenario: destilaba esa seguridad de alguien que ha nacido para estar subido a las tablas y ese rollo inalcanzable de las superestrellas. Tras la entrada, gritó: «¡Buenas noches, Madrid!» y animó al público a

darlo todo. Hizo una señal a Edu, el batería, y volvió a sonar por los altavoces otro de sus grandes éxitos. La multitud cantaba junto a su ídolo las letras de aquel tema tan conocido, y pude contemplar con orgullo cómo todos los allí presentes no paraban de bailar. Como era habitual en su *show*, entre canción y canción Nick hacía comentarios simpáticos y subditos de tono para despertar los alaridos de las fans. Hubo un momento que incluso yo le lancé algún que otro piropo, aun sabiendo que a la distancia que estaba no me escucharía.

Una hora y cuarto después, llegaba el final del concierto. La luz del escenario se hizo más tenue y, después de dar un trago a su cerveza, el cantante anunció en primicia el título del próximo *single* de su segundo disco: «*Luxury shoes*».

Lo primero que pensé al escuchar aquellas dos palabras es que no podía ser cierto. Un rockero no iba a cantar sobre zapatos de lujo. Si yo había sido la culpable de que escribiera versos sobre accesorios de moda, Nick ya podía hacerse un cursillo en CEAC, porque su carrera como músico tenía los días contados.

El público se quedó en silencio, expectante, a excepción de algunos fans que no dejaban de silbar. Tony irrumpió en el escenario tocando un ritmo envolvente y repetitivo con su bajo. A los pocos segundos entró la batería y, en un golpe explosivo, Nick y Charlie se unieron con sus guitarras para dar forma a aquella melodía. La multitud comenzó a bailar (o más bien a saltar) para seguir aquel ritmo pegadizo, frenético y que se alejaba sutilmente del estilo al que nos tenían acostumbrados los Demonic Souls. De pronto, Nick se acercó al micrófono y, sosteniéndolo con sus dos manos, comenzó a cantar las primeras frases. Como el noventa por ciento de sus canciones, esta también era en inglés y, con todo el alboroto a mi alrededor, no me iba a ser fácil comprender la letra. Traté de concentrarme y, aunque había palabras que no entendía, mi cerebro pudo traducir alguno de sus versos; versos que desencadenaron una secuencia de *flashbacks*.

«Ella parece de otro mundo. Es intocable, altiva. Tiene miedo. Mira el mundo sobre sus zapatos de lujo...».

Primer *flashback*: Nick acercándose a mí en la terraza del Irish Bar y yo aterrorizada, pensando que iba a atracarme.

«La elevo hasta tocar el cielo. Quiero que vuele, que baile conmigo. Sobre mis hombros, sus zapatos de lujo...».

Nick y yo en el baño de aquel club de *striptease*. Con su boca entre mis muslos.

«La siento en mis venas. Me rompe, me desangra, me succiona. Siempre con sus zapatos de lujo...».

Aquella mañana, tumbados en la cama del hotel, cuando me habló por primera vez sobre la muerte de su madre. Yo tratando de calmar su dolor, amándolo con mi boca.

«Ella parece de otro mundo. Es intocable, altiva. Tiene miedo...».

Cuando Nick comenzó a repetir el estribillo, salí de aquella ensoñación. Mi cara estaba al rojo vivo. Estaba contando nuestra historia en cada verso de aquella

canción. Me dije que, salvo nosotros, nadie de los presentes podría intuir de qué estaba hablando o quién era la protagonista. Bueno, por la forma en que me miraba Cristina, quizá mi hermana se hacía alguna idea de qué iba todo aquello. Sin embargo, no hizo ningún comentario y siguió disfrutando del concierto. Yo seguía escuchándolo totalmente hipnotizada. Pude comprobar que la gente seguía el ritmo entusiasmada y, cuando finalizó la canción, estallaron en aplausos. Esa era una buena señal. «Luxury shoes» había tenido muy buena acogida.

Tras el *single* debut, los Demonic Souls tocaron dos canciones más y se despidieron del público. Antes de abandonar el escenario, los músicos tiraron sus púas; Edu, sus baquetas; y Nick mostró mis bragas de leopardo al público y, acercándose a los labios, las besó.

El público rompió a silbar y a aullar con frenesí. Yo apreté mis muslos y suspiré aliviada al comprobar que se las volvía a guardar en el bolsillo.

QÉDATE CONMIGO

Siempre he confiado en que la vida es una secuencia de acontecimientos que suceden por un motivo, y que tiene un sentido y un final. Prefiero pensar que todo tiene un porqué y que puedo controlar parte de mi destino a tener esa sensación constante de que voy a la deriva. Por eso llegué a creer que había sido bueno conocer a Xavier. Porque gracias a él había descubierto que la vida perfecta que yo tenía planificada jamás me habría hecho feliz; porque si no hubiéramos pasado por aquella crisis no habría cambiado de trabajo, tampoco habría ido a la entrevista en Sound Music y jamás habría chocado con Nick. Y si eso no hubiera sucedido, seguiría perdida. Nick y yo éramos necesarios en la vida del otro. Él podría devolverme las ganas de disfrutar el momento, de ser yo misma, de liberarme de todos mis miedos; y yo, a cambio, podría compensarle por la soledad que había experimentado en su vida.

Después de escuchar aquella canción inspirada en nosotros y delante de miles de personas, llegué a la conclusión de que yo había dejado huella en la vida de Nick; tanto como él en la mía. Podíamos ser buenos el uno para el otro. Nos necesitábamos para sobrevivir.

Sin embargo, horas después de haber llegado a aquella conclusión, el destino había vuelto a mover ficha y no era capaz de encontrarle sentido a todo lo que me había sucedido.

Tras la actuación de los Demonic Souls, subieron al escenario los tan esperados The Killers. Estuvieron magníficos, pero en mi caso quedaron eclipsados por un chico moreno de cabello ensortijado, lleno de tatuajes, con ojos azules y que había pisado ese mismo escenario minutos antes. Una vez que Brandon Flowers y su banda terminaron de actuar, fui a buscar a Nick y a los chicos a la zona de artistas donde sabía que estarían celebrando la buena acogida de su nuevo *single*. No hizo falta que Nick me preguntara si me había gustado o no «*Luxury shoes*», porque en cuanto lo divisé apoyado en la barra, salí corriendo y me lancé a sus brazos para comérmelo a besos. Exacto: me estaba saltando mis propias normas de no hacer pública nuestra relación.

La fiesta duró más de lo que teníamos pensado y cuando subimos al taxi que nos llevaría a casa, estaba amaneciendo. Nick no tuvo que gastar demasiada saliva para convencerme de que me quedara a dormir con él. Si soy sincera, ya lo tenía más que decidido cuando salí de mi casa aquella tarde. Al llegar, nos quitamos la ropa y caímos exhaustos en la cama. Había sido un día muy intenso y, viendo la hora que marcaba el reloj (las seis), también muy largo.

Cuando me desperté al día siguiente, ya era más de mediodía. Nick seguía profundamente dormido. Era impresionante verlo allí tumbado, con el cabello revuelto cubriéndole los párpados, las quijadas y sus pómulos perfectamente marcados y esos labios carnosos entreabiertos. Estaba desnudo: tan solo lo cubría una sábana que se arremolinaba de una manera muy sexi hasta sus caderas. Uno de sus brazos yacía por encima de su cabeza y el otro descansaba sobre su estómago, cubriendo parte de sus tatuajes. Sonreí porque, incluso dormido y relajado, su rostro no perdía ese toque de chico malo. Recordé la primera vez que lo contemplé desnudo y el horror que me causaron aquellos dibujos sobre su piel. Ahora, cada vez que lo miraba era como si se hubieran difuminado. No veía aquel galimatías de símbolos raros que cubrían sus brazos, ni las calaveras de un hombre y una mujer, ni el dragón con ojos de diablo. Solo veía al verdadero Nick.

Con todo el pesar de mi corazón, me levanté de la cama para darme una buena ducha y volver a mi casa. Si seguía contemplando aquel paisaje, terminaría colando mi mano bajo la sábana y estaba segura de que no saldría de la cama probablemente en todo el fin de semana.

Media hora después emergí del baño con el cabello todavía húmedo por la ducha y vestida como un auténtico fantoche. No tenía ropa allí, ni bragas, así que me había puesto bajo los *shorts* unos calzoncillos de Nick y una camiseta que me llegaba casi a las rodillas.

—¿Por qué te levantas tan pronto? ¿No se supone que hoy empiezas tus vacaciones? —dijo Nick con un ojo abierto y otro cerrado desde la cama.

—Necesito ir a casa y ponerme ropa limpia. Te recuerdo que alguien me robó mis braguitas.

—Nena, deberías saber ya que no es necesario que te gastes dinero en ese trocito de tela. Para lo poco que te duran puestas...

—Ja. Ja. Ja. Muy gracioso, pero la próxima vez que te vea cerca de ellas te voy a cortar las manitas, señor guitarrista.

—Tú amas mis manitas tanto como amas mi...

Antes de que terminara de decir aquella barbaridad, me lancé a la cama y le tapé la boca. Nick rompió a reír y agarrándome por la cintura me dio la vuelta sobre el colchón hasta quedar encima de mí.

—¿Por qué no te quedas?

—Me encantaría, Nick, pero ayer no vi a mi madre en todo el día y ahora me necesita.

—No; ¿por qué no te quedas conmigo... todos los días?

Aquella proposición me pilló en bragas. Corrijo: sin ellas. Quiero decir que me pilló desprevenida.

—¿Me estás diciendo que deseas que viva contigo? —Mi voz sonó rara. Más... aguda.

—Sí, eso he dicho; y no me gusta la cara de susto que has puesto.

—No es eso, cariño. —Lo miré con preocupación—. Es solo que no me lo esperaba y, además, ¿no te parece muy precipitado? Llevamos poco tiempo juntos.

—Hemos convivido durante tres meses; ¿cuál es la diferencia?

Pensé muy bien mi respuesta. Él tenía parte de razón: durante esos tres meses de gira apenas nos habíamos separado, pero eran otras circunstancias las que nos unían. Ambos estábamos obligados a trabajar juntos. Lo que me planteaba Nick era un proyecto como pareja, y no sé si estaba preparada para dar un giro completo a mi vida y de la noche a la mañana mudarme a casa de Nick.

—Cielo, no es normal que un hombre y una mujer que acaban de conocerse se vayan a vivir juntos. Podemos cansarnos el uno del otro antes de llegar a conocernos plenamente... No sé si me estoy explicando bien.

—Perfectamente. Y por si no te has dado cuenta, tú y yo no somos normales, así que esa teoría no me sirve. —Se retiró a un lado de la cama notablemente molesto.

En fin, volvía a tener razón. No necesitaba un amplio currículum de relaciones para saber que la intensidad de nuestros sentimientos, esa necesidad que ambos sentíamos por el otro, no era lo habitual. Eso sin tener en cuenta que él era un cantante de un grupo de *rock* cada vez más popular y con una vida bastante diferente a la que vivíamos el resto de los humanos de a pie. De ahí que no llegara a comprender la urgencia de que me mudara a su piso. Probablemente en un par de meses publicaría su segundo disco y tendría que dedicarse a fondo a promocionarlo: viajes, entrevistas, actuaciones, conciertos... Incluso en un futuro, la discográfica podría plantearse lanzar el trabajo de los DS al mercado internacional.

—¿Por qué tienes tanta prisa por que vivamos juntos, Nick? —Me giré hacia él y apoyé la cabeza en mi mano esperando su respuesta.

Mi rockero se mordió los labios y se cubrió la cara con su antebrazo antes de hablar.

—El lunes estaré metido en un estudio de grabación sin ver la luz del sol durante cuatro semanas ininterrumpidas. Ahora has vuelto a Madrid, a tu vida con tu familia, tus amigos..., y me da miedo que empieces a pensar demasiado, que decidas que esto que tenemos tú y yo no es lo que quieres para ti. —Resopló como si estuviera molesto consigo mismo por sentir aquello. Luego continuó—: Me gustaría pensar que cada noche, cuando vuelva a casa, me estarás esperando. Joder... Sueno a las letras de las canciones moñas que tú escuchas.

—¡Ja, ja, ja...! Un poco sí.

—Si me oyera Tony me llamaría «pollaboba»...

—No lo dudes. —Volví a reír.

En el fondo entendía perfectamente el argumento de Nick para que viviéramos juntos. Ninguno de los dos dábamos un duro por nuestra relación. En fin..., alguien tendría que dar el paso.

—De acuerdo. Me mudaré contigo. Será nuestra manera de demostrarnos que tenemos una especie de compromiso con el otro, que nos lo tomamos en serio.

—¿Has dicho que sí? —Asentí con la cabeza—. ¿Cuándo te mudas?

—Algún día de mis vacaciones. Tengo que llenar maletas y hacer cajas...

—Ni hablar. Mañana mismo empiezas a recoger tus cosas.

—Nick...

—Piénsalo, con todos los zapatos que tienes lo mejor es que empieces a guardarlos cuanto antes.

—Y bolsos. Tengo muchos bolsos.

—No es problema. Alquilaré el piso de al lado para que los guardes.

Solté una carcajada. Era un exagerado.

Nick me arrastró hacia él y comenzó a besarme el cuello, la mandíbula, la comisura de los labios... Cuando ya tenía bastante claro que no saldría de esa cama al menos en dos horas, alguien llamó a la puerta. Lo obviamos intencionadamente, pero el timbre volvió a sonar con urgencia.

—Ni caso al timbre, nena.

—No, tranquilo. Voy a ver quién es. Tú estás desnudo y yo, por ahora, sigo vestida. —Le guiñé un ojo con picardía.

—Tú lo has dicho. Por ahora.

Sonriendo, me levanté de la cama y me dirigí a la puerta. Probablemente era Charlie, que vivía una planta más abajo y pasaba más tiempo en el piso de Nick que en el suyo. Abrí la puerta a punto de decirle que estábamos muy ocupados cuando me encontré de cara con alguien que ni en mil millones de años podría imaginar que estuviera llamando a la casa de mi novio.

Era Xavier, mi ex.

—Menos mal que te encuentro, Marta. Necesito hablar contigo.

—¿Qué haces tú aquí?! —exclamé.

—Fui a tu casa y tu madre me dijo que estarías con él.

Mal, mal, mal. Mi madre no tenía ni idea de mi pasado con Xavier y había metido la pata hasta el fondo.

—Tienes que largarte ya. Te dije que no quería volver a verte más.

—Esto es importante, Marta. Tienes que escucharme.

Traté de cerrar la puerta, pero Xavier la atrancó con su pie. Fue entonces cuando me fijé en su rostro. Estaba completamente desencajado. Jamás lo había visto así.

—Por favor, vete —le supliqué—. No quiero problemas. Lo nuestro terminó.

—Marta, escucha. Ese tío es peligroso. Tienes que alejarte de él, cuanto antes.

—¿Qué estás diciendo?

—Cariño, hace años mató a un tío. Estuvo en el reformatorio... Es una bomba de relojería. Un trastornado.

—¿Qué dices? ¿A qué viene que me cuentes esa historia absurda?

—No es absurda, mira. —Sacó del bolsillo de su chaqueta unos papeles y me los entregó—. Un colega mío periodista lo ha investigado y tengo una copia de su historial de servicios sociales de la Comunidad de Madrid...

Aquello no podía ser. ¿Por qué Xavier hacía esto ahora? ¿Qué decían aquellos documentos? Sin saber muy bien qué hacer o qué pensar, los doblé y los guardé en mi bolsillo trasero.

—Vete, por favor —insistí, completamente desorientada. Xavier se había presentado de repente en casa de Nick con aquel cuento... Pero ¿por qué?

—Marta, no los rompas. Léelos, por tu bien. También te los he mandado al correo electrónico. Te digo que ese tío es un asesino. Tienes que creerme, por favor.

—¿Qué tiene que creer? —Escuché la voz de Nick a mi espalda. Estaba dos pasos detrás de mí en vaqueros y con el torso al descubierto. Tenía los puños cerrados en sus costados, cada músculo de su cuerpo en tensión, y llevaba la palabra «amenaza» escrita en sus ojos. Contemplantarlo de aquella manera me intimidaba incluso a mí.

—Nada, Nick. Ya se iba...

—¿Qué mierda de papeles te ha dado? —Su voz, ahora grave, destilaba tanta ira que me asusté.

—Una tontería...

—¡La puta verdad, cabrón! —intervino de repente Xavier—. ¿O le has contado lo que le hiciste al amante de tu madre? ¿Le has contado que le cosiste a navajazos con tan solo catorce años? Marta, este tío es un psicópata. Tienes que alejarte de él.

Exactamente no sé qué pasó después. No recuerdo si dije algo o fue Nick. Tan solo sentí que una fuerza me empujaba hacia un lado y que me golpeaba con el pomo de la puerta. Me mareé, pero segundos después pude levantarme del suelo. Lo siguiente que oí fue un golpe seco y el grito de Xavier. Nick lo tenía apresado contra la pared del descansillo, con el antebrazo apoyado con fuerza sobre el cuello de mi ex. Grité que lo soltara o algo parecido, pero él comenzó a golpearle en el estómago con saña. Xavier se dobló en dos, pero al instante arremetió contra Nick. Ambos cayeron al suelo, pero este consiguió voltearlo y, subido en el cuerpo de Xavi, comenzó a estampar sus puños a una velocidad escalofriante sobre su rostro. Una y otra vez, una y otra vez. Intenté detenerlo, pero era como tratar de mover una piedra. El rostro de Xavi comenzaba a hincharse y no dejaba de sangrar por la ceja, la nariz y la boca. Por una décima de segundo pude vislumbrar los ojos de Nick. Eran inhumanos, fríos y cargados de ira. Su rostro estaba contraído por la furia y recuerdo haber pensado: «Este hombre no es él».

Me asusté. Un miedo atroz me atravesaba de la cabeza a los pies. Necesitaba ayuda. Nick había perdido el control, no me escuchaba gritar que parara de golpearlo y yo no tenía la suficiente fuerza para detenerlo. Salí corriendo por el pasillo con el corazón a punto de salirseme por la boca. Bajé las escaleras en dirección al piso de Charlie. Cuando llegué a la puerta, apreté el timbre y la aporreé. A los pocos segundos oí que el guitarrista la abría. No me hizo falta decirle nada. En cuanto me vio la cara, salió corriendo escaleras arriba. Cuando llegamos, Nick estaba sentado en el suelo con la mirada perdida junto a Xavier. Este no se movía. Bajo su cabeza había un charco de sangre y su cara estaba llena de hematomas.

—¡Dios, Nick! ¿Qué diablos ha pasado? —gritó Charlie mientras tomaba el pulso al cuerpo inmóvil sobre el suelo—. Está vivo, Marta. Corre, llama al SAMUR y luego a Edu y Tony y diles que vengan.

Entré corriendo en la casa y cogí mi teléfono. Mientras hablaba con el servicio de urgencias, volví a salir al descansillo. Charlie estaba levantando del suelo a Nick, que parecía encontrarse en otra parte. Ido. Se echó su brazo alrededor del cuello y lo ayudó a caminar hacia el salón. Nick arrastraba los pies como si estuviera sufriendo el efecto rebote de la adrenalina.

Yo me lancé hacia Xavier, que seguía tirado en el suelo, para comprobar que todavía respiraba. Traté de parar la sangre que salía de su cabeza con mis manos mientras no dejaba de repetirle que aguantara por mí. Levanté la vista hacia el interior de la casa esperando a que Charlie viniera a ayudarme y a decirme qué podía hacer. Y fue entonces cuando me topé con la mirada de Nick. Él había girado su cabeza para observarme. Su mirada gélida e inexpresiva me puso la piel de gallina. Tan pronto como mis ojos se inundaron de lágrimas, los suyos se hundieron en dolor. Cerré los párpados para no seguir viéndolo y me centré en Xavier, que todavía seguía inconsciente. A los pocos minutos, Charlie, por fin, salió al descansillo y volvió a tomarle el pulso.

—Tienes que evitar que lo denuncie, Marta. ¿Me entiendes? Si esto sale a la luz, estamos acabados y Nick se meterá en problemas.

Lo miré atónita. Por una parte me molestaba que en aquellos momentos, con Xavier desangrándose por la cabeza, Charlie solo pensara en sus carreras; pero por otra entendía que lo hiciera.

—¿Iría a la cárcel? —pregunté ahora, más consciente de lo que sucedía.

—O al psiquiátrico. —Se quedó pensativo unos segundos y luego volvió a hablar—. Si te preguntan los médicos, di que Xavier se presentó así y que cuando abriste la puerta se desmayó y se golpeó la cabeza.

Asentí con la cabeza, muerta de miedo.

—¿Y si él quiere denunciarlo? —Hice un gesto a mi ex, que no parecía volver en sí.

—Trata de convencerlo como sea, Marta, y te prometo que haré lo que me pidas...

—¿Qué está haciendo él? —Miré hacia el interior de la casa.

—Está acostado. Le he dado dos calmantes y, después de lavarlo, lo he acostado. Joder... No se estaba tomando la medicación.

—¿Qué medicación?

Charlie me miró extrañado y luego, comprendiendo que su mejor amigo no me había hablado de ello, se echó las manos a la cabeza.

—Cuando todo esto pase, llámame, ¿de acuerdo, Marta? Creo que debemos hablar sobre Nick —añadió, apesadumbrado.

A los pocos minutos llegó una ambulancia y unos técnicos sanitarios se llevaron a Xavier en una camilla en dirección al hospital más cercano. Su estado era tan crítico que no permitían acompañantes, pero después de mucho rogar me dejaron subir con ellos. Durante el trayecto estuvieron comprobando sus constantes vitales y haciendo anotaciones en un cuadernillo. Nada más abrirse las puertas de la parte trasera de la ambulancia, un equipo de sanitarios acudió al vehículo y se hizo cargo del paciente. Rápidamente bajaron la camilla al asfalto y la empujaron hacia el fondo del pasillo. Cuando me disponía a seguirlos, un celador me detuvo y me informó de que mi amigo sería intervenido urgentemente y que podía esperarlo en la sala de los familiares. Una vez finalizada la intervención, me avisarían por megafonía y un cirujano se reuniría conmigo para contarme el estado del paciente.

Me senté en aquella salita gris y fría con el corazón bombeándome con fuerza y un terrible dolor de cabeza. La gente de mi alrededor miraba con gesto alarmante la sangre que cubría mis manos y parte de mi camiseta. No tenía fuerzas ni ganas de ir a lavarme: me aterrorizaba que me llamaran por megafonía y que nadie estuviera velando por Xavier. Con el fin de no manchar nada, me abracé las rodillas, me hice una bola en aquel incómodo asiento de plástico, y esperé.

Pasaron tres horas, las más largas de mi vida, hasta que un médico apareció en la salita preguntando por los familiares de Xavier Azcona. Mi cuerpo parecía entumecido, incapaz de moverse: entonces fui consciente de que no me había levantado de aquella silla desde que entré. Mi cabeza me estuvo torturando con mil posibles finales: desde que Xavier se quedara postrado en una silla de ruedas, en coma o que muriera... Y, por supuesto, que Nick terminara entre rejas. Preocuparme por su futuro cuando Xavi podría morir me hacía sentir todavía más culpable.

—¿Eres familia de Xavier Azcona? —me preguntó el cirujano al ver que me acercaba a él.

—No, soy una amiga... cercana. Sus padres viven en Barcelona.

—Bien. Deberías hablar con ellos o darnos un teléfono de contacto para informarles del estado de su hijo. —Dios mío, no había caído en que tendría que haber llamado a su familia.

—Les llamaré ahora mismo, pero, por favor, dígame cómo está.

—Por ahora se encuentra estable. Ha sufrido múltiples heridas en el rostro y hematomas en la zona abdominal y hombro derecho. Pero sin duda lo más grave ha sido el golpe en la cabeza. El paciente venía con un traumatismo craneoencefálico con hemorragia subaracnoidea y le hemos intervenido con un drenaje ventricular.

No entendía nada de lo que decía, pero no había que ser un experto para saber que un golpe en la cabeza podría dejarle lesiones.

—¿Puede el golpe haberle dañado el cerebro?

—No lo creo, pero no lo sabremos hasta dentro de cuarenta y ocho horas. Ahora mismo está sedado en la Unidad de Cuidados Intensivos y hasta que no despierte no podremos hacerle las pruebas pertinentes. Lo mejor es que el paciente descanse y que

su cerebro se vaya recuperando del impacto. Por cierto, necesitamos saber quién fue el responsable de esas lesiones y cómo sucedió todo para realizar el informe. ¿Usted sabe algo?

Ahí estaba la pregunta que tanto temía. Tragué saliva y, en un esfuerzo por parecer lo más natural posible, respondí que no tenía ni idea. Di la versión que Charlie me había recomendado: que estaba en casa de un amigo, que se presentó en ese estado y que, de repente, perdió el conocimiento y se desplomó.

Por la cara que puso el médico, dudaba de que me hubiera creído.

—De acuerdo, tendremos que esperar a que el paciente despierte para preguntarle. De todos modos, si averigua algo más, debería informarnos a nosotros o a la policía.

—¿Puedo entrar a verlo?

—Lo siento, hasta mañana es mejor que no reciba visitas. Le recomiendo que se vaya a casa a descansar.

Le di las gracias y me dirigí de nuevo a la sala de espera. No iba a alejarme de Xavier, al menos hasta que sus padres llegaran a Madrid. Tecleé su número y contestó su madre, a la que no conocía. Con voz temblorosa, le conté que su hijo estaba hospitalizado con lesiones graves. Emitió un grito ahogado y rompió a llorar. A los pocos minutos se puso su padre y le di los datos del hospital. Me aseguraron que tratarían de estar en Madrid esa misma noche o a la mañana siguiente. Después llamé a mi hermana llorando. Me escondí en un baño y susurrando le conté lo sucedido. Toda la verdad. Ella trató de calmarme y me dijo que vendría a acompañarme con ropa limpia para mí y un neceser. No habría pasado ni media hora cuando Cristina entraba en la sala de espera del hospital con una bolsa de viaje pequeña donde supuse que guardaba mis cosas. Me abracé a ella y rompí a llorar en sus brazos. Me acarició la espalda tratando de consolarme, pero con toda la tensión que había acumulado era imposible detener el torrente de lágrimas. Después de agotar todas sus reservas de pañuelos de papel, me convenció para ir a un baño y lavarme la cara. Un poco más calmada, me encerré en uno de los habitáculos y me cambié de ropa. Cuando salimos, Cristina consiguió que fuéramos a la cafetería del hospital a comer algo. Pedimos un café y yo, además, un pincho de tortilla que sabía a rayos.

—Cuéntame más despacio qué sucedió —me dijo, una vez que había terminado de comer aquella cosa asquerosa.

Me aclaré la voz y comencé a relatarle cómo sucedió todo, detalle a detalle.

—Sentí miedo, Cris. Estaba aterrorizada. No parecía él —le expliqué recordando la cara llena de furia de Nick—. Estaba cegado por la ira y totalmente fuera de control. Iba a matarlo... Lo pude ver en sus ojos. Xavier no mentía cuando dijo que era peligroso, que había matado a un hombre...

Mi hermana me miraba horrorizada. La verdad es que parecía que le estaba contando un *thriller* en lugar de la historia que había vivido en carne y hueso hacía unas horas.

—¿Y dónde están los papeles que Xavier te dio?

—No lo sé. Creo que los perdí cuando caí al suelo, pero no importa: los tengo en mi correo electrónico. Xavi me los envió antes de ir a casa de Nick.

—¿Vas a leerlos?

—Ahora mismo no puedo. He tenido suficiente...

—Pero, Marta, tienes que comprobar si son verdad o no. Estamos hablando del hombre con el que mantienes una relación. ¿No quieres saberlo?

—Después de lo que he visto, créeme cuando te digo que no necesito leerlos.

—¿Vas a dejarlo?

Guardé silencio. Todavía no había sido capaz de plantearme si quería seguir con Nick o no. En ese instante solo estaba segura de que no podría enfrentarme a él. No quería verlo. Era violento y estaba medicándose. Nick no me había dicho que estaba siguiendo un tratamiento...

—No creo que pudiera estar con un hombre así, Cristina. No quiero. Además, no ha sido completamente sincero conmigo. Para colmo, voy a ser su cómplice.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, ahora asustada.

Le expliqué la conversación que tuve con Charlie y cómo al final había decidido encubrir a Nick cuando hablé con el médico. Mi hermana trató de persuadirme para que dijera la verdad de los hechos. Xavier despertaría y denunciaría a Nick. Cuando descubrieran que yo había mentado, podría meterme en un buen lío.

—Trataré de convencer a Xavier para que no le denuncie. No sé cómo lo haré, pero tengo que intentarlo.

—No entiendo por qué te pones en peligro, Marta. ¿Es que tienes miedo de que Nick te haga algo?

—¡No! —exclamé. Jamás pensaría que Nick me pondría la mano encima, o en eso confiaba—. Tengo que ayudarlo. Me moriría si supiera que ha sido arrestado por mi culpa.

—Tú no has dado una paliza a nadie hasta casi matarlo, Martuca.

—Ya, pero soy responsable. En el fondo, volví con Xavier para no sentirme tentada por Nick. ¿Y de qué me sirvió? De nada. Lo compliqué todo. Traicioné a mi novio, además de mis principios, y ahora él se encuentra en un quirófano herido de gravedad por mi culpa.

Cris guardó silencio unos segundos. Luego, acariciando mi mano, me dijo con voz apesadumbrada:

—Marta, ¿cuándo te darás cuenta de que eres humana y de que los humanos no somos perfectos?

Mi hermana se marchó del hospital a última hora de la tarde. Recibí una llamada de los padres de Xavier para que les contara cómo evolucionaba su hijo. No tenía mucho de qué informarles; simplemente, que seguía estable, tal y como las enfermeras decían cada vez que preguntaba. Al final no consiguieron vuelo ni AVE para esa

tarde, así que llegarían en el primer avión de la mañana. Ellos querían haber viajado en taxi hasta Madrid, pero les aseguré que no era necesario: no podrían ver a su hijo y yo no me movería de la sala de espera hasta que ellos llegaran. Era lo mínimo que podía hacer por Xavier y su familia.

Así que me recosté en aquella silla de plástico, que ya se había convertido en parte de mi anatomía, y cerré los ojos. Era mejor tratar de dormir que pensar en qué estaría haciendo en ese momento Nick, qué habría en aquel documento sobre él o cómo convencería a Xavier para que mintiera a la policía. Eso contando con que mi ex superara el estado crítico en el que se encontraba.

Alguien me estaba zarandeando cuando abrí los ojos en la sala de espera del hospital. Mi cabeza reposaba sobre su hombro y mi mano izquierda estaba apoyada sobre una camisa tejana. Parpadeé varias veces hasta que pude enfocar su cara: un rostro redondo, con ojos negros, *piercing* en la ceja y cabello de Pikachu. Tony.

Había dormido con el mismísimo diablo. Me aparté.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté mientras me retiraba el cabello de la cara.

—El suficiente para saber que babeas cuando duermes. —Chasqueó la lengua y luego me sonrió—. Eres la Bella Durmiente babosa.

—Idiota —murmuré.

—¿Qué tal está tu amigo?

Suspiré y le conté el informe del médico. Tony palidecía mientras me escuchaba y su rostro se volvió inusualmente serio.

—Madre mía, esta vez Nick la ha hecho gorda —comentó para sí.

—¿Esta vez? ¿Ha habido más veces que...?

—¿Que se haya partido la cara con alguien? Sí. Pero nunca tan heavy, que yo sepa.

Entonces mi mente evocó recuerdos que prácticamente tenía olvidados: la noticia que leí en Internet sobre su incidente con un *paparazzi* en la puerta de un bar; su pelea en la discoteca de Valladolid con el comebabas de Óscar; la amenaza velada al chico que se me acercó en la discoteca de Barcelona; la reacción de alarma de Edu y Charlie cuando Nick se enfrentó a Tony en el bar de *striptease*; las miradas a cada hombre que se fijaba en mí, la violencia en su rostro cuando reconoció a Xavier en el *lobby* del hotel de Ibiza; la frialdad con la que hablaba de su madre...

Durante todo este tiempo a su lado, había estado jugando con fuego sin ser consciente.

Tony y yo nos quedamos en silencio unos minutos y luego me cubrí la cara con ambas manos.

—Esto no me puede estar pasando —dije ahogando mi llanto.

Tony pasó un brazo sobre mí y me acercó a su corpachón. Yo debía de estar muy

mal para dejarle que me tocara...

—Ey, Marta, no llores. Me vas a llenar la camisa de mocos —trató de hacerme reír sin éxito. Luego añadió—: Por favor, déjalo ya. No soporto ver a una mujer llorar. Me pone malo.

Al oír aquello no pude remediarlo y mi llanto se volvió más descontrolado. De verdad, no trataba de molestarlo. Mientras las lágrimas corrían por mi cara, le escuché decir:

—Es buen tío, te lo juro, Marta. Solo que de repente su cabeza hace clic y pierde el control. Es por esa mierda de su infancia y adolescencia, pero tiene buen corazón. Se parte el pecho por sus colegas y... por ti. —Lo miré sorprendida—. No pongas esa cara. El tipo está hasta las trancas. Jamás le había visto comportarse así con una tía.

Supongo que en el idioma de Tony significaba que Nick estaba enamorado de mí.

—No voy a poder vivir con él después de esto. —Fui sincera—. Por mucho que me quiera... Jamás olvidaré su cara cuando golpeaba a Xavier.

—Pero tú eres buena para él. Podrías cambiarle.

—¿Y él es bueno para mí? —Me miró dubitativo—. Si tuvieras una hermana, ¿qué opinarías si fuera la pareja de Nick?

No respondió a mi pregunta. Pasaron unos segundos, donde ambos guardamos silencio, y al final fue él quien habló:

—Vino la poli. Charlie habló con ellos. Quiere saber si has dado la versión que te pidió que dieras.

—Sí, y dile que esté tranquilo: trataré de convencer a Xavier para que no denuncie a Nick.

—Gracias, *Mary Poppins*.

Hice una mueca. No me gustaba que me llamara como lo hacía Nick.

—Él... ¿cómo está? —me atreví a preguntar.

—¿Nick? Creo que bien. No ha salido de la habitación. De todos modos, está un poco grogui por los tranquilizantes.

Asentí.

—Bueno, me tengo que ir. —Se levantó. Antes de marcharse pareció recordar algo—. ¿Necesitas alguna cosa? ¿Que te traiga algo de comer de la cafetería?

—Sí, necesito que le comuniques algo a Charlie. —Llené de aire mis pulmones y, sacando fuerzas de vete tú a saber dónde, le dije con voz firme—: Dile que yo he cumplido mi parte del trato. A cambio no quiero volver a ver a Nick.

Tony comprendió mi mensaje. Yo hablaría con Xavier a cambio de que el guitarrista se encargara de mantener alejado de mí a su amigo. Asintió, levantó una mano y se alejó de mí directo a los ascensores de salida.

A la mañana siguiente llegaron los padres de Xavier a Madrid. También les mentí a ellos cuando les juré que no sabía quién le había dado una paliza a su hijo. Minutos

después lo volví a hacer cuando la policía me interrogó en la sala de urgencias. Durante dos días y dos noches, no me alejé del hospital. La madre de Xavi supuso que él y yo teníamos algún tipo de relación, a pesar de que le insistí en que solo éramos excompañeros de trabajo. No supe nada de Nick; tampoco del resto de los Demonic Souls. Tan solo hablé un par de veces con mi madre y con mi hermana, que volvió a traerme ropa limpia.

El martes siguiente, justo antes del amanecer, una enfermera me informó de que Xavier se había despertado y que había preguntado por mí. Sacando fuerzas del último recodo de mi ser, entré en la UCI aterrorizada por cómo me encontraría a Xavier.

Llevo a mis espaldas horas y horas de series hospitalarias: *Urgencias*, *House*, *Hospital Central*, *Anatomía de Grey*... Creo que podría diagnosticar el lupus, hacer una traqueotomía o usar un desfibrilador con los ojos cerrados. Sin embargo, aquel máster en medicina televisiva no me había preparado para ver a Xavier enchufado a mil máquinas, con la cara deformada y amoratada, completamente hinchado y con media cabeza afeitada. Cuando me acerqué a él, se le veía algo somnoliento y desorientado. No dije nada hasta que no se percató de mi presencia. Entonces giró su cara hacia mí y me observó con uno de sus ojos: el otro era incapaz de abrirlo debido a la inflamación del párpado y la ceja.

—Marta. —Su voz sonaba ronca. Supuse que era normal después de llevar varios días sedado y sin hablar.

—Hola, ¿qué tal estás?

—Me duele todo.

Le agarré la mano concentrándome en su tacto y no en las lágrimas que se acumulaban en mis ojos pidiendo a gritos poder salir.

—¿Has leído los papeles que te di?

Me sorprendió que se acordara de aquel detalle cuando tendría mil y una preguntas que hacerme. Supongo que su último recuerdo antes de la pelea era haberme entregado aquellos documentos insistiendo en que los leyera.

—No, pero los leeré.

—Tienes que alejarte de él —dijo categórico.

—Lo sé.

—Promételo.

Guardé silencio. No quería seguir con Nick, pero Xavier no era quién para pedirme aquello. Entonces caí en la cuenta de algo que se me había pasado por alto durante aquellos días tan estresantes.

—¿Por qué le investigaste, Xavier? ¿Qué pretendías con eso?

—Demostrarte que él no es un buen hombre para ti. Pagarle con la misma moneda...

Venganza. Quería devolverle la jugada a mi costa. Yo volvía a ser el arma arrojada o el premio para ellos dos. Estaba harta de ser el juguete de ambos.

—No voy a mentirte. —Mi voz sonó fría de repente y le solté la mano—. Aunque rompa mi relación con él, jamás volveré contigo.

—Lo sé, te conozco. Pero si yo no gano, él tampoco.

Aquellas palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. Siempre pensé que Xavier se había arriesgado al ir a casa de Nick para protegerme. Pero su único objetivo era que Nick no quedara por encima de él. Yo había pecado de ingenua.

Aparté a un lado los sentimientos de dolor, furia y desengaño que me estaban asfixiando y aproveché aquella oportunidad para jugar mi órdago.

—Solo lo dejaré con una condición: que no le cuentes a nadie quién te hizo esto. Invéntate cualquier excusa, pero no se lo digas a la policía ni a tu familia ni a nadie. Si le denuncias, jamás romperé con él. Si va a la cárcel, lo esperaré. Si su carrera se va a la basura por esto que te ha hecho, estaré a su lado. Nunca me separaré de Nick. Tú eliges, Xavier.

Me miró espantado. Luego trató de recomponerse, pero por su expresión supe que mis palabras le habían hecho tanto daño o más que los puños de Nick.

—¿Por qué te arriesgarías a seguir al lado de un psicópata?

—Porque le quiero y porque me necesitaría más que nunca. Así que ese es el trato. ¿Aceptas o no?

Me retiró la mirada y reflexionó durante un rato. Me mantuve firme, con el rostro impassible. Allí, de pie, al lado de su camilla, sujetándome las manos para que no temblaran. Al cabo de unos minutos, respondió:

—De acuerdo, Marta. Acepto, pero no me rendiré hasta que vuelvas conmigo.

—Si te acercas a mí, yo seré la que te dejará postrado en esa cama por segunda vez.

Y tras escupirle aquellas duras palabras, me fui del hospital rezando por que cumpliera su palabra y no denunciara a Nick.

¿QUIÉN ERES? ¿QUIÉN SOY?

MARTA

Centro de salud mental General Ricardos, 127. Madrid. Unidad infanto-juvenil.

INFORME CLÍNICO

Datos del paciente:

Nicolás Mendoza Orellana (17)

Nacido en Nueva York (EE UU)

Madre: Julia Mendoza Orellana (fallecida el 12 de mayo de 2004).

Padre: desconocido.

En la actualidad vive bajo la tutela de su abuelo materno (José Mendoza Carrión).

Motivo de consulta: *Problemas de conducta en el ámbito escolar y familiar. Agresión y amenaza a un profesor del centro (caso derivado por el psicólogo del IES Azorín de Carabanchel y el equipo de dirección).*

Diagnóstico: *Trastorno disocial con cuadro de hiperactividad. Se adjuntan datos de evaluación y pruebas psicológicas (sospecha de consumo de cannabis y cocaína).*

Historial clínico: *El paciente vive durante su infancia y adolescencia en un ambiente social y económico desfavorable en uno de los distritos más pobres de la ciudad de Nueva York. Madre prostituta y drogodependiente. Causas de su muerte: sobredosis de heroína por vía intravenosa. El paciente sufre varias detenciones a lo largo de la niñez por pequeño hurto y agresión a compañeros. A los 14 años (en 2001) es detenido por el asesinato en defensa propia con arma blanca de un supuesto cliente de la madre. El juez lo sentencia a un año de condena en el centro de inserción social para menores del estado de Nueva York y dos horas semanales a trabajos comunitarios (se adjunta archivo judicial de las autoridades americanas). Tras el cumplimiento de la sentencia, el menor pasa seis meses bajo la tutela del Estado en un centro de acogida, hasta que una pareja afroamericana (los señores Calvin) se hace cargo de la custodia y manutención de Nicolás Mendoza (se adjunta informe de los servicios sociales del distrito de Queens de NYC). Durante los años 2002-2004, bajo la custodia de la familia Calvin, los informes sobre el paciente son favorables: mejoría en las calificaciones escolares, buena conducta y cumplimiento de sus trabajos comunitarios. De igual manera, la madre del paciente, Julia Mendoza, cumple con el régimen de visitas dispuesto por el juez de menores. El 12 de mayo de 2004 el señor Calvin informa al asistente social que lleva el caso de Nicolás de que la madre del paciente no ha hecho uso de su derecho a visitar a su hijo, y esa misma tarde se le comunica al paciente el fallecimiento de esta. Según el informe forense, Julia Mendoza llevaba más de cinco horas muerta por sobredosis de heroína en su apartamento cuando la policía la encontró. Veinticuatro horas después, el paciente, bajo requerimiento policial, tiene que personarse en la morgue del Memorial Hospital para reconocer el cadáver de su madre. Horas después, José Mendoza es informado del fallecimiento de su hija y acude a la ciudad neoyorquina para el funeral de esta. Hasta ese día el abuelo no tiene conocimiento de la existencia de su nieto. Julia Mendoza mantenía escasa comunicación con su familia y los últimos años había sido prácticamente nula. Tras el fallecimiento de su hija, José Mendoza solicita la repatriación de su nieto bajo su tutela y custodia. El 1 de septiembre es concedida por ambas naciones y Nicolás Mendoza se muda al país natural de su madre, donde viviría con su abuelo materno. Es matriculado en el Instituto de Educación Secundaria Azorín y a los dos meses se le sanciona con una semana de expulsión por agresión y amenaza a su profesor de Educación Física. Debido al expediente de Nicolás Mendoza, sus problemas con la autoridad y los múltiples episodios de absentismo escolar, el equipo del centro solicita la evaluación neuropsicológica del alumno.*

Tratamiento: *El 21 de noviembre de 2004 se le prescribe tratamiento farmacológico con litio y asistencia a terapia una hora a la semana, donde se trabajará control de ira e irritabilidad, problemas de conducta social y respeto a la autoridad.*

Evolución:

25 de junio de 2005. Buena predisposición a la terapia, aunque se mantiene hermético sobre el episodio con el amante de su madre y por el que fue detenido. Responde favorablemente al tratamiento con litio.

1 de diciembre de 2006. Abandona la terapia por voluntad propia, recurriendo a su derecho de libertad por mayoría de edad.

25 de enero de 2014. El sanatorio neuropsiquiátrico Dr. Núñez Díaz solicita el historial de Nicolás Mendoza con la autorización de dicho paciente. Tras la discusión con un periodista, a quien provocó heridas graves, el paciente ingresó en dicha entidad por voluntad propia para ser tratado por sus problemas de conducta.

FIRMADO: Dra. Irene Salinas.

(Licenciada en psicología. N° Colegiado: 1345)

Con fecha: 27 de enero de 2014

Después de leer varias veces aquel informe, apreté los párpados con fuerza. Era imbécil si creía que podría borrar el documento que mostraba la pantalla por el simple hecho de cerrar los ojos. Después de mucho discutir conmigo misma, decidí leerlo por si encontraba algún error o prueba de que aquel informe fuera falso. Sin embargo, no tenía pinta de ser una falsificación: incluía el sello de la Comunidad de Madrid, el nombre y apellido del profesional que lo había redactado y el número de colegiado del psicólogo. ¿Qué más evidencias necesitaba? Cada dato encajaba perfectamente con la historia que Nick me había contado y con el comportamiento violento que yo misma había visto con mis propios ojos días atrás.

Me mordí los labios porque lo mío rozaba el masoquismo y releí de nuevo el apartado «Diagnóstico»: Trastorno disocial con hiperactividad. Recordé que en el instituto una compañera de mi clase sufría déficit de atención con hiperactividad. Ella me había contado que tenía problemas de impulsividad y de concentración y que a veces se sentía incapaz de controlar su comportamiento. Al parecer era algo relacionado con un mal funcionamiento de una sustancia que produce el cerebro, pero la medicina desconocía la causa. Sobre el trastorno disocial era la primera vez que oía hablar de él. Abrí Google y tecleé aquellas dos palabras en el buscador. Había cientos de *links* al respecto, así que comencé a navegar de uno a otro hasta que me pude hacer una buena idea de en qué consistía dicha enfermedad.

Según aquellos artículos, el trastorno disocial solía estar asociado a situaciones familiares desfavorables, al consumo de alcohol y drogas y a otros trastornos como hiperactividad, déficit de atención o hipercinesia. Se caracterizaba por una serie de conductas repetitivas que violaban las normas sociales básicas, como peleas, agresiones, intimidaciones, crueldad, destrucción de objetos materiales, incendio, robos... Un paciente con TD durante la etapa escolar sufría serias dificultades para respetar la autoridad y se mostraba provocador y desafiante hacia sus profesores y padres. En cuanto a su perfil de personalidad, mostraba poca empatía hacia las situaciones ajenas, carencia de sentimientos de culpabilidad y, aunque su imagen fuera dura, sufría de baja autoestima. La actividad sexual de los enfermos de TD, según explicaba el artículo, era intensa, se iniciaba a edad temprana y en algunos

casos desembocaba en promiscuidad.

Al leer aquella última frase me desinflé como un globo. Necesitaba un par de minutos para procesar aquello. Siempre sospeché que la libido de Nick no estaba dentro de los parámetros de la normalidad, pero que fuera un síntoma clínico era algo muy diferente.

Estaba de acuerdo con todo lo que había leído excepto con el tema de la empatía: no me creía que Nick no tuviera la capacidad de ponerse en el lugar del otro. Cuando le relaté mi pasado, sintió mi dolor y se mostró comprensivo conmigo. ¿O estaba fingiendo? Las personas con los problemas de Nick estaban acostumbradas a mentir continuamente. Ahora lo sabía...

Una lágrima resbaló por mi mejilla. Me había enamorado de alguien a quien no conocía en absoluto. Mi historia con el cantante de Demonic Souls había sido una mentira.

NICK

El repiqueteo de la hoja del cuchillo al chocar contra el suelo lo sacó del trance en el que se encontraba. Apretó los ojos con fuerza y, cuando los abrió, necesitó parpadear varias veces para poder reconocer dónde se encontraba. «Por fin. Se acabó la pesadilla», susurró Nick para sí mismo.

Lanzó una rápida mirada hacia la vieja cama de su mohosa habitación. Un charco de sangre espesa se extendía lentamente por las sábanas, como la lava viscosa de un volcán en erupción. Debía huir cuanto antes de allí. Cogió su cazadora militar y se echó al hombro la funda con su guitarra. Cuando sujetaba con saña el pomo de la puerta, sintió la necesidad imperiosa de volver la vista y regodearse en su victoria. «No. Eso lo haría un demente», se advirtió Nick, y él no era un loco: tan solo su propio superhéroe.

Salió de la habitación y, justo al cerrar la puerta, observó espantado sus huellas con sangre sobre el pomo y la pared del pasillo. Como una exhalación, dio la vuelta a su abrigo y con el forro restregó las manchas. Era imposible: cuanto más se esforzaba por limpiarlas, más se agrandaban estas, emborronando toda la pared. «¿Cómo coño hacen los asesinos de las pelis para borrar sus huellas?», meditó. Después de unos minutos, decidió que no podía perder más el tiempo y, con paso acelerado, salió de su casa por la escalera de incendios. Corrió imparable por las calles frías y sucias de su barrio, evitando a la gente que se agolpaba junto a los bares y en los callejones, trapicheando. A la media hora, el cansancio, el hambre y la tensión de su cuerpo hicieron mella en Nick y fue dando un traspié tras otro hasta caer al suelo. Necesitaba dormir y reponer fuerzas. Se arrinconó en la puerta trasera de un restaurante de comida rápida junto a unos contenedores y, abrazado a su guitarra, se quedó dormido.

—¡Despierta, chico! ¡Despierta! —Una voz grave le gritaba al oído. Nick dio un

respingo y se encontró con la cara de un tío gigante uniformado—. ¿Eres Nicolás Mendoza?

El chico, todavía desorientado, asintió con la cabeza. Nada más confirmar su identidad, el policía arremetió contra él: le agarró por la nuca y le estampó la cara contra el suelo. Nick trató de zafarse pero el agente, con gran habilidad, lo sujetó por las muñecas y tiró de sus brazos hacia atrás, inmovilizándolo por completo. A los pocos segundos, escuchó el clic inconfundible de unas esposas.

—Estás detenido por ser el principal sospechoso del asesinato de Richard John Morgan. ¡Ponte en pie, desgraciado! ¡Nos vamos a comisaría! —le ordenó el agente.

Entonces, Nick recordó lo sucedido unas horas antes y por qué había amanecido en aquel callejón rodeado de basura. No sintió miedo en ese momento. Tampoco dijo nada en su defensa mientras el policía le leía sus derechos. Ni siquiera opuso resistencia. Tan solo escuchaba la voz monótona de su cabeza que no dejaba de repetirle: «Por fin ha acabado la pesadilla... Por fin ha acabado la pesadilla... Por fin ha acabado la pesadilla...».

Cuando llegó a comisaría, su madre estaba sentada frente al escritorio de otro agente. A pesar del abrigo de pelo sintético gris y el gorro de lana, observó que ella estaba tiritando y se arrancaba compulsivamente las costras de sus manos. Retiró su mirada asqueado y la clavó en sus botas, aún salpicadas de sangre.

—¿Esa yonqui que está allí es tu madre, chico? —preguntó el policía señalando hacia la mesa de su compañero.

Nick volvió a asentir con la cabeza.

—¡Oh, Nicolás! ¿Por qué lo has hecho? ¿Cómo has sido capaz de matar a una persona? —gritó ella mientras se dirigía con pasos temblorosos hacia su hijo.

Nick levantó la vista para encararla, para escupirle su ira y, de pronto, se encontró con dos grandes ojos grises con motitas doradas. Una melena del color del trigo que enmarcaba el rostro de una mujer hermosa y delicada.

—¿Por qué nos has hecho esto, Nick? —le preguntó Marta entre sollozos.

«¿Por qué nos has hecho esto, Nick?».

«¿Por qué nos has hecho esto, Nick?».

«¿Por qué... nos... has hecho...?».

Nick se despertó bañado en sudor. Instintivamente, alargó un brazo hacia el otro extremo de la cama buscando el cuerpo de Marta. Nada. El lado que ella solía ocupar estaba vacío y frío como aquel agujero que sentía en su alma. Entonces, la realidad lo golpeó con más violencia que las imágenes de aquel sueño. Ella por fin había descubierto quién era en realidad Nicolás Mendoza. Se había ido y no volvería jamás.

Alejó las sábanas de él, buscó un vaquero y una camiseta y se vistió. Se calzó sus Vans directamente sin calcetines y salió apresuradamente de la habitación. Charlie y Edu lo sorprendieron cuando entró en el salón.

—¡¿DÓNDE ESTÁ ELLA?! —bramó, pero sus amigos hicieron caso omiso a su

reacción.

—¿Cómo te encuentras, tío? —Charlie caminó hacia él.

—Bien, ¿has hablado con Marta? ¿Qué ha sucedido? ¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Por partes, Nick. Primero, siéntate y desayuna algo. —Charlie lo agarró para que se sentara en el sofá. Él se deshizo de sus manos y dio un paso hacia atrás.

—¡Joder! ¡Cuéntame qué mierda ha pasado!

—¿Recuerdas que pegaste a su amigo el fotógrafo? —Edu intervino en un tono mucho más calmado que sus amigos.

—Sí. Lo último que recuerdo es a él tirado en el suelo y a ella abrazándolo. —Se volvió a Charlie—. Necesito verla, amigo. Tengo que ir a su casa y hablar con ella.

—Nick, ¡detente! Has estado durmiendo más de dos días. El tío estuvo a punto de palmarla y Marta... Bueno... Ella te ha salvado el culo. No te ha denunciado a la policía y, al parecer, iba a convencer al tipo para que tampoco lo hiciera. No sé si lo conseguirá porque, hasta donde yo sé, él estaba inconsciente...

—Esa es mi chica... Necesito hablar con ella. —Miró alrededor de la sala en busca de su móvil, pero no lo encontró.

—No la molestes, Nick. De hecho, no puedes acercarte a ella.

—¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

—No... Simplemente ella me lo ha pedido expresamente. No quiere volver a verte.

—Eso es mentira.

—Es cierto, Nick, y deberías respetar su decisión. —Charlie se mordió los labios pero no pudo contener su rabia. Debía hacer entrar en razón a su mejor amigo—. ¡Ponte en su lugar, tronco! ¿Qué pensarías si tu novio se vuelve loco y casi mata a tu ex? ¿O si descubrieras que ella tiene antecedentes y no te lo ha contado? ¿O que está bajo tratamiento pero se lo ha saltado a la torera? ¿Tú que harías, Nick? ¿Prometerle amor eterno?

Los ojos de Nick se abrieron como platos con el agujón del dolor clavado en ellos. Su respiración sonaba acelerada en aquella habitación. Cerró los puños con fuerza y durante unos minutos se mantuvo en estricto silencio.

—De acuerdo. Si es lo que quiere, no la molestaré.

Con el rostro imperturbable salió del salón directo a la cocina para prepararse un café.

MARTA

No era posible que yo fuera esa mujer que reflejaba el espejo del cuarto de baño. Era mi albornoz, con mis iniciales grabadas y mi cara, pero no se parecía a mí en nada. Estaba tan pálida que se me transparentaban las venas de la frente y mis ojos se veían tan tristes y enrojecidos que juraría que se habían vuelto incluso más pequeños. Seguí

secándome el cabello con la toalla. No podía retrasarlo más. Necesitaba urgentemente un buen corte de pelo. ¿Qué diría mi madre si me rapara la cabeza? Sonreí hacia el espejo con una mueca de asco.

—Cariño, ¿quieres que te ayude a desenredarlo? —Mi madre entró al cuarto de baño sin avisar. Sabía por qué lo hacía. Estaba muy preocupada por mí. La palabra exacta era «aterrorizada».

—Sí, gracias.

Me senté en la taza del váter y mi madre comenzó, mechón a mechón, a peinarlo. De la misma manera que lo hacía cuando era niña. Primero desenredaba las puntas y luego, poco a poco, comenzaba por la raíz.

—Me parece estar tocando el cabello de tu padre —la escuché murmurar. Me sorprendió su comentario. Era la primera vez que hablaba del señor que me había fecundado.

—¿No me digas que te enamoraste de un melnudo con el pelo hasta la cintura? —bromeé, como si quisiera restarle interés a aquel dato.

—No, pero lo llevaba bastante largo. Recuerdo que siempre estaba soplando hacia arriba para quitarse los rizos de los ojos. —Intuí por su tono que estaba sonriendo. Vaya... Eso sí que era nuevo. Que hablase de mi padre sin torcer el gesto.

—¿Y cómo era él?

—Alto, muy delgado, y tenía los mismos ojos que tú. Quizá más pequeños, pero del mismo color gris pardo. Era guapo. Eso lo has heredado también de él...

—Tú también lo eres.

Mi madre se sonrojó y me miró con ternura. Como si ella supiera que la estaba mintiendo cuando le decía que era bella. Pero era completamente sincera. Doña Lucía siempre había sido una mujer muy atractiva y elegante. Sin embargo, últimamente yo la veía más guapa que nunca. Quizá se debía a que nuestra relación había cambiado en esos quince días que llevábamos conviviendo. Yo no había salido prácticamente de la cama. Tan solo me había levantado para comer e ir al baño. Y durante ese tiempo, mi madre no se había movido de mi lado. Se había mostrado comprensiva y atenta conmigo. Me había cuidado y, curiosamente, no me había preguntado a qué se debía mi bajo estado de ánimo. Cristina me confesó que ella le había contado, sin entrar en detalles, que Nick y yo habíamos roto. Se había inventado que yo no llevaba bien estar con alguien del mundillo de la música y que al final había decidido poner fin a mi relación. Le di las gracias por quitarme un peso de encima y que no tuviera que dar explicaciones. Además, sospechaba que mi pobre hermana era quien se encargaba de hacernos la compra, porque nuestra madre no quería perderme de vista ni un solo instante. Una mañana, cuando ellas creían que estaba dormida, las oí hablar. Al parecer, mi madre había alquilado un estudio en la calle de Alcalá, pero había decidido retrasar su mudanza hasta que yo me encontrara mejor. Le había dicho a Cristina que debía asegurarse de que me alimentaba y que no haría «ninguna tontería»... ¡Qué ironía! Llamaba tontería a mi intento de suicidio. Qué fácil nos

autoengañamos los humanos.

Pero no tenía por qué preocuparse. Me sentía tan entumecida, apática y desolada que no disponía de la suficiente voluntad como para quitarme la vida.

Ese lunes fue la primera vez que conseguía estar fuera de la cama más de dos horas. No podía retrasarlo más. Tenía que reunirme con Daniel Aguado en las oficinas de Sound Music y renunciar a mi puesto de trabajo. Era imposible que pudiera trabajar con Nick y, sinceramente, con mi estado de ánimo tampoco podría desenvolverme en ningún trabajo. Estaba derrotada, sin vida... Me había secado; no sé si de tanto llorar o porque, al igual que las flores, necesitaba la luz del sol. Y mi sol era él.

Encima me había vuelto más cursi que esas frases que circulan por Facebook.

Así que horas después me presenté en el despacho de mi jefe escondida bajo varias capas de base iluminadora con «efecto buena cara». Me había aplicado tanto producto que para desmaquillarme iba a necesitar un martillo neumático y una excavadora.

Tal y como había ensayado mentalmente, le expliqué a mi jefe que sentía mucho no poder seguir con ellos, pero que me habían ofrecido un trabajo más acorde con mi profesión de redactora. Una parte de mí se planteó la posibilidad de que el señor Aguado me contraofertara con una subida de sueldo, pero esas situaciones ya no se daban en este país. Con la crisis se habían convertido en leyendas urbanas. Así que no fue tan complicado ni traumático despedirme de Sound Music. Mi jefe me dio las gracias por hacer un trabajo tan fabuloso y me dijo eso de «Siempre tendrás las puertas abiertas aquí». Dos palmaditas, un apretón de manos y adiós muy buenas.

La vida era así. No se paraba porque una estuviera deprimida ni te esperaba el tiempo que hiciera falta hasta que volvieses con las pilas cargadas. La vida continuaba. Si la vivías a rastras, te pasaba por encima. Si te caías, te pisaba.

Y yo odiaba que me pisaran.

NICK

Hacía un mes que no veía a Marta. Cuatro duras semanas con sus largos días y con sus interminables noches. Nick había respetado su decisión de no molestarla. Comprendía que ella necesitara tiempo para procesar todo lo que había descubierto sobre él y lo sucedido con su exnovio.

Xavier. Odiaba que ese imbécil lo hubiera empujado a hacer lo que hizo, pero no pudo evitarlo. Aquel niño que había tenido de todo —dinero, posición, estudios, una buena familia— había tratado de arrebatarle lo único decente que a Nick le había regalado la vida: Marta. De hecho, una parte de él se arrepentía de haber perdido los papeles de aquella manera. Vio tanto terror en los ojos de Marta cuando le suplicaba que parase de golpearlo que en aquel instante supo que si terminaba con aquel hombre, también terminaría con ella.

Y ahora estaba allí, sentado en la escalera frente a la puerta de la casa de Marta, preguntándose si controlarse con Xavier habría servido de algo. Llevaba más de media hora esperándola. La había visto salir a correr desde la tienda de ultramarinos china donde se había escondido. Unos minutos antes había salido su madre de aquel edificio, así que esperaba que ella volviera pronto para que pudieran hablar a solas. Esa tarde, Daniel Aguado les había comunicado que tendrían un nuevo asistente, puesto que Marta García no había querido renovar su contrato con ellos. A Nick aquello le pilló absolutamente desprevenido. El resto de la banda, por sus caras, parecía darlo por hecho. Pero el cantante siempre tuvo la esperanza de que ella volvería a su trabajo y de que, una vez se vieran, le daría la oportunidad de explicarle las razones por las que tenía serios problemas con la ira. Nunca se imaginó que Marta iba en serio cuando le dijo a Tony que no quería volver a verlo más. Ella, que lo había aceptado tal y como era; ella, que le había dicho mil veces que le quería; ella, que había planeado vivir con él. No podía ser...

Nick primero oyó los pasos acelerados de alguien subiendo las escaleras. Luego una respiración femenina agitada y, por último, detectó su aroma: era Marta y olía exactamente igual que cuando tenían sexo salvaje. Apareció por la escalera empapada en sudor con unas mallas negras y un top rosa flúor. Llevaba el cabello recogido en una coleta y unos auriculares colgaban de sus orejas. Su pecho subía y bajaba con velocidad y Nick pudo comprobar que sus pezones estaban erectos bajo la fina *lycra*.

—Marta... —murmuró, tirando de uno de los auriculares. Esta dio un grito ahogado y se cubrió la boca a modo de sorpresa—. Marta, quiero hablar contigo.

—No tenemos que hablar de nada, Nick. Lo nuestro se terminó. —La voz le salía entrecortada y su cara, roja por el ejercicio, perdía color por minutos.

—Tienes que escucharme. Tengo derecho a defenderme de lo que él te haya contado.

—Entre nosotros está todo dicho. Tuviste mil oportunidades de contármelo cuando yo te hablé de mi pasado, pero preferiste ocultarlo. Ahora ya es tarde.

Marta se volvió hacia su puerta y, temblorosa, metió la llave en la cerradura. Nick agarró con suavidad su brazo y se quedó clavado en el sitio al encontrarse con la mirada de pánico de ella.

—¿No pensarás que yo podría hacerte daño? Marta, por favor, dime que sabes que nunca te pondría la mano encima. ¿Lo sabes, verdad?

—Ya no sé nada, Nick. No te conozco, no sé cómo funciona tu cabeza, si eres capaz de sentir o no...

Marta empujó la puerta aprovechando que él seguía atónito por escuchar aquellas palabras y la cerró de un golpetazo. Entonces oyó el sonido de un cerrojo y unas cadenas.

MARTA

—¡Martaaaaaaa, abre la puerta...!

Pum, pum, pum.

—Nena, sabes que jamás te haría nada. Eres mi vida. Abre, por favor. Lo nuestro no puede terminar así.

Pum, pum, pum.

—Marta, joder, no me hagas esto. Nosotros somos únicos juntos. Nos necesitamos. Tú me dijiste que me amabas, que me querías, ¿cómo es posible que ya no lo hagas? Tú me dijiste que el amor existía. Si es así, ¿por qué no quieres estar a mi lado?

Pum, pum, pum... Tenía que convencerlo para que dejara de montar aquel escándalo o los vecinos se quejarían.

—Por favor, deja de golpear la puerta y vete, Nick. Los vecinos van a llamar a la policía.

—No me iré hasta que hablemos. Necesito explicarte. Tuve que hacerlo, Marta. Tuve que matarlo porque él me mataba día a día. ¿Entiendes, Marta?

—Por favor, por favor, por favor... Dame tiempo, Nick.

—No. No puedo esperar más. ¡TE QUIERO, NENA!

No respondí. No podía responderle, aunque me muriese por dentro.

Pum, pum, pum...

—¡Te quiero, ángel! ¡Y tú sientes lo mismo!

En aquel momento, mi corazón se retorció de dolor pidiéndome a gritos que abriera la puerta. Necesitaba abrazarlo, consolarlo y decirle la verdad: que le seguía queriendo. Pero entonces mi conciencia me recordó la promesa que le hice a Xavier. Si no la cumplía, probablemente Nick acabaría detenido por mi culpa.

—Nick, lo siento, pero no te puedo querer.

Silencio.

El descansillo quedó en silencio. Escuché que sus pasos se iban alejando hasta desaparecer por la escalera.

Me dejé caer en el suelo junto a la puerta y rompí a llorar tan desconsoladamente que pensé que jamás sería capaz de levantarme. Definitivamente, la vida me estaba pasando por encima.

NICK

Algo se revolvía bajo las sábanas cuando Nick trató de cambiar de postura en el centro de la cama. El calor era asfixiante en aquella habitación y el martilleo en su cerebro, mucho peor. No recordaba nada de la noche anterior, pero el ardor de su estómago, la sequedad de su boca y el dolor de cabeza eran suficientes pistas para saber que había desfasado bastante. Trató de abrir los ojos y sintió que mil agujas se le clavaban en la frente: todavía no estaba preparado para levantarse. Dio varios

golpecitos a la almohada y buscó una postura más cómoda. Se giró de medio lado y abrazó el cuerpo suave y cálido que yacía a su lado de espaldas a él. Necesitaba descansar un poco más para recuperarse de aquella infernal resaca y, mientras ella siguiera dormida junto a él, no le importaba pasar todo el día metido en la cama. «A la mierda el ensayo, a la mierda la grabación del disco, a la mierda con todo. Necesito un descanso». Nick se dejó arrastrar por el sueño hasta que sintió un par de manos recorriendo persistentemente su espalda.

Algo no encajaba.

Era imposible que esas dos manos pertenecieran a la misma mujer que dormía plácidamente con la espalda apoyada en su pecho y el trasero pegado a sus caderas.

Además, su chica jamás se habría prestado a compartirlo con otra, y mucho menos en la cama. Eso solo podía significar una cosa: la mujer que estaba entre sus brazos no era Marta.

Ignorando la punzada de dolor en su cabeza, abrió los ojos y se encontró de cara con un cabello castaño y enmarañado asomando entre las sábanas. Se apartó de ella y se topó con dos grandes senos apuntando a su espalda. Cuando se giró para mirar a la segunda inquilina, esta lo observaba con picardía mientras colaba la mano en su entrepierna.

—Buenos días —le susurró en un tono sexi y provocador. La «desconocida dos» era rubia, tenía unos ojos verdes que ocupaban toda su cara y unos labios tan gruesos que parecían dos salchichas de Frankfurt.

A Nick le pareció horrorosa; sin embargo, aquella mujer podría hacerle cambiar de opinión si seguía acariciándole de la manera que lo estaba haciendo. Trató de hacer memoria pero era incapaz de recordar en qué momento de la noche había conocido a esas dos mujeres ni cuándo había decidido llevarlas a su casa. ¡Y qué más daba! Tampoco iba a estar toda la vida guardando luto a Marta, se dijo a sí mismo. Llevaba semanas sin fijarse en una mujer, y eso no era normal en él. Tenía que volver a ser el Nick de siempre o definitivamente perdería por completo la cordura. El cantante cerró los ojos y decidió concentrarse en los dedos juguetones de su acompañante. Mientras, comenzó a acariciar los pechos de la «desconocida uno», la chica del pelo castaño que yacía al otro lado. Esta tardó poco en despertar y, cuando vio a qué estaban jugando su amiga y él, se apuntó a participar de inmediato. Reptó hacia el objetivo que sacudía arriba y abajo la otra chica con sus manos y comenzó a lamerlo. Ambas siguieron estimulando a Nick con movimientos en perfecta sincronía: mientras la morena succionaba con fuerza su pene, la otra lo sostenía por la base, ayudándole a introducirse más en la boca.

Cinco minutos después el pene de Nick seguía en coma profundo.

—Parad, parad —las increpó el rockero, en un tono más arisco del que pretendía.

—Amor, no te preocupes. Estas cosas pasan. Déjame intentarlo a mí —le propuso la rubia de los labios gruesos.

Con una sonrisa traviesa, apartó a su amiga y asumió el mando. Sin duda, la

«desconocida dos» era una hábil experta y puso todos sus esfuerzos y mimos en lo que estaba haciendo. Sin embargo, dos minutos después, la cosa seguía sin levantarse.

—Basta, dejadlo ya. —Nick las apartó de él más molesto consigo mismo que con las chicas—. Está claro que anoche tuve suficiente con vosotras.

—Perdona, guapetón, pero anoche no pasó nada. Caíste muerto en la cama. —Se echó a reír la morena.

Nick le lanzó una mirada asesina y, enfurecido, les gritó que se marcharan.

Cuando se aseguró de que las dos extrañas se habían largado de su casa, se puso unos calzoncillos y se fue a la cocina en busca de un analgésico y jugo de tomate.

Estaba de un humor de perros cuando llamaron al timbre. Nick emitió un bufido desesperado: no hacía ni dos minutos que se habían ido y ya tenía a las dos pesadas otra vez en su puerta. Fue refunfuñando a abrir y se encontró con los rostros de Charlie, Edu y Tony. Hartos de esperarlo en la calle para ir a ensayar, habían decidido subir a buscarle.

—Tííííí, qué careto tienes. Estás verde —comentó el bajista mientras se abría paso para entrar en casa de Nick. El resto le siguió.

—Vete al cuerno, majadero —contestó Nick, sin muchas ganas de hablar con nadie.

—Oye, ¿y esas dos monadas que salían de tu casa? —Le dio unas palmaditas de orgullo en la espalda—. Me alegro de que hayas vuelto a ser el mismo, tío, porque ya pensábamos que te habías pasado a la otra acera.

Bien por la palmada que le había dado en la espalda o bien por el comentario, a Nick se le escapó el vaso de jugo de tomate de entre los dedos y este se estampó contra el suelo. Cuando vio los cristales y el líquido rojo desparramado, salió echando chispas hacia la nevera, agarró otra de las botellas y la lanzó furioso contra los azulejos. De nuevo, los cristales estallaron y el líquido rojo salpicó toda la cocina. Charlie, que intuía el siguiente paso de su amigo, salió corriendo hacia Nick y le sujetó los brazos antes de que alcanzara la puerta del frigorífico de nuevo.

—Colega, ¿has perdido el juicio o qué? —exclamó Charlie.

—Solo era una broma —se disculpó Tony, desconcertado por la reacción de su amigo.

Nick se dejó caer en la silla de la mesa de la cocina y se llevó las manos a la cara. Durante unos minutos se quedó allí quieto, sin decir nada y ocultando el rostro a sus amigos. Una vez estuvo más tranquilo, levantó la cabeza, echó un vistazo al desastre que había provocado y estalló en carcajadas. Siguió riéndose como un loco mientras sus amigos lo observaban pasmados. Al rato, se contagiaron de Nick y comenzaron a reírse también.

—No me he vuelto marica, pero la tía esta me ha dejado castrado de por vida —dijo, ahora mucho más calmado.

Los chicos dejaron de reír al instante. Sabían perfectamente que Nick estaba

hablando de cierta chica menuda, de cabello rubio largo y rizado; aunque hacía semanas que no había pronunciado su nombre ni una sola vez.

—Va, no exageres. Se te pasará. —Edu trató de restarle importancia al asunto—. Y si no, míralo por el lado bueno. Ahora podrás cantar en falsete.

—Muy gracioso —respondió Nick con amargura.

Charlie se sentó al lado de su líder y, echándole el brazo por encima de los hombros, intentó tranquilizarle.

—No te obsesiones con ese tema, que es peor. Además, todos tenemos nuestras temporadas bajas.

—Habla por ti, capullo —se defendió Tony, totalmente ofendido.

Charlie puso los ojos en blanco y suspiró profundamente.

—Perdón —se corrigió—: todos excepto Tony, que es más animal que humano. Una especie única. El auténtico semental.

Sus amigos rompieron a reír.

—En serio, no se me ha vuelto a levantar con una mujer desde que me dejó —afirmó Nick, que ahora cogía un kilo de papeles de cocina para limpiar el estropicio.

—Pero... le sigues dando a la zambomba, ¿no? —preguntó el bajista, realmente preocupado.

—Sí, pesado, no se me ha gangrenado el pito.

Lo que no se atrevió a confesar fue que solo era capaz de hacerlo cuando fantaseaba con el cuerpo de su antigua asistente.

EL MIEMBRO FANTASMA

Siempre he envidiado a la gente que se cree sus propias mentiras; a esas personas que hacen campaña sobre su vida perfecta y terminan creyéndoselo ellas mismas. No sé si es una especie de mecanismo de defensa que uno desarrolla para sobrevivir a una miserable vida o si tienes que nacer con el don para distorsionar la realidad. Sea lo que sea, yo no poseía ese talento.

Habían pasado cuatro meses desde que había roto con Nick. Tenía un nuevo trabajo que me apasionaba, salía de vez en cuando con amigos e incluso había conocido a Fran, un profesor de yoga muy majo al que le hacía tilín. Sí. Tenía derecho a decir que mi vida era perfecta, pero ¿para qué? Si ni yo me lo creía...

Podía quedar a tomar unas copas con Félix y mi hermana, ir de compras con mi madre, bromear, arreglarme para salir; pero el agujero negro que tenía en el centro del pecho no desaparecía. Cada mañana necesitaba repetirme a mí misma cada paso que debía dar para levantarme de la cama y enfrentarme al nuevo día: retira la sábana, apoya los pies en la alfombra, ve al baño a darte una ducha, desayuna, sal a correr, ve a terapia, ahora sonrío, que te está mirando tu madre, ríete del chiste de Cristina... Era una especie de robot programado que necesita recibir las órdenes pertinentes para poder seguir adelante con su vida. Pero lo que más me atormentaba era la sensación de pérdida permanente que me acompañaba día tras día. Me faltaba algo. Me sentía incompleta: como la doctora Robbins, de *Anatomía de Grey*, cuando le amputaron la pierna en la novena temporada. La cirujana acusaba un fuerte dolor: curiosamente, en la extremidad ausente. Lo llamaron síndrome del miembro fantasma. Pues bien, Nick era mi miembro fantasma. No estaba a mi lado, pero me seguía doliendo como el primer día que me lo amputaron.

Todavía me parece increíble que, tullida emocionalmente como estaba, pudiera reconstruir de nuevo mi vida. Recuerdo el día en el que coloqué la primera piedra. Mi madre había desaparecido por primera vez en semanas para acudir a una de sus reuniones de maduritas en crisis. Era última hora de la tarde y yo llevaba todo el día metida en la cama. La sensación de ansiedad y angustia era insoportable. Estaba mareada, me faltaba el aire y mi corazón palpitaba aceleradamente. Sabía muy bien que estaba teniendo una crisis de ansiedad y, al ser consciente de que solo yo era la culpable de encontrarme tan mal, empecé a reprocharme mi falta de fortaleza: «Soy patética, no valgo para nada, nunca cambiaré...».

Me dije que necesitaba frenar todos aquellos pensamientos o poco a poco me desmoronaría por dentro.

Con mucho esfuerzo logré levantarme de la cama y fui a la cocina. Abrí la puerta de la nevera y, desesperada, angustiada y en pleno ataque de pánico, pasé mis ojos por cada una de las bandejas evaluando qué podía comer de forma compulsiva y que aliviara aquel malestar. Entonces, en mi mente se reprodujo una imagen clara y nítida de mí sentada en el suelo del cuarto de baño, con la cabeza metida en el retrete y vomitando sin cesar. Era un recordatorio. Mi cerebro me estaba avisando de lo que sucedería después de atiborrarme de comida.

Alarmada, cerré de un golpe la puerta del frigorífico y apresuradamente volví a mi habitación. Me puse unos *leggings* negros, un top y una sudadera y me calcé mis deportivas. Cogí las llaves de casa y, sin más, salí a correr. Estuve fuera cerca de una hora. Cuando volví a casa estaba tan agotada que creí que me caería redonda en el suelo de la cocina, me golpearía con la esquina de la encimera y moriría. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. Cuando terminé de beberme un gran vaso de agua, fui consciente de que toda la ansiedad y la angustia habían desaparecido. Después de aquel episodio, decidí salir a correr cada día y acudir de nuevo a mi terapeuta, la doctora Angulo.

Como años atrás, la terapia me ayudó a reestructurar de nuevo mi cabeza, organizar mi vida, controlar mis pensamientos autodestructivos y devolverme parte de la seguridad en mí misma. No fue agradable tener que enfrentarme de nuevo a mis fantasmas del pasado, y mucho menos contar mi última relación sentimental. Sentí vergüenza cuando reconocí que había traicionado a mi anterior pareja con Nick, que el rockero había despertado una parte de mi sexualidad que desconocía y la necesidad casi enfermiza que sentía día a día por volver con él. La doctora Angulo, como siempre, iba tomando nota mientras yo hablaba y luego me ayudaba a racionalizar cada uno de mis pensamientos.

—Marta, hoy vamos a analizar las razones por las que rompiste con Nick —anunció nada más comenzar la sesión.

—Ya te he explicado el motivo muchas veces.

—Sí, pero sospecho que tuviste más razones para decidir aquello y quiero que lo averigüemos juntas, así que trata de hacer una lista.

Me recosté sobre el sillón de cuero buscando en mi cabeza algo que decir que no fuera lo de siempre: que me había ocultado parte de su pasado deliberadamente.

—Si quieres te echo una mano. —Me sonrió con amabilidad—. Bien, la última vez que hablamos dijiste que no podías seguir al lado de un hombre que te había ocultado su pasado y sus problemas de ira. Si te paras a analizarlo, a cualquier persona en tu situación realmente le preocuparía más estar vinculada a alguien con los antecedentes de Nick; incluso pensaría que su vida podría estar en peligro con alguien como él. Sin embargo, tal y como te expresaste, parece que a ti te molestó mucho más que te mintiera. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. La verdad es que me dolió mucho el engaño. Pero también estaba asustada. Él me dio miedo.

—Es normal que te asuste mantener una relación con un hombre que ha sido condenado por asesinato.

La miré sorprendida. Cualquiera persona normal estaría aterrorizada por descubrir algo así; sin embargo, mi cerebro, de alguna manera, rechazaba la idea de que Nick fuera un asesino.

—Vas a pensar que soy una insensata, pero creo que no soy quien para juzgarlo por su pasado. Él era un niño cuando mató a un hombre y, según el informe que leí, fue en defensa propia. Yo traté de acabar conmigo para defenderme de mí... ¿Qué diferencia hay? He cambiado y me parecería injusto que alguien siguiera juzgándome por lo que hice o que pensara que soy una suicida.

—Entonces, ¿qué te asustaba de Nick? ¿Su violencia? ¿Tenías miedo de que en un futuro te pudiera agredir?

—¡No! —espeté—. Nick jamás me haría daño, al menos físico. Él me quiere, eso lo sé. Lo he visto en sus ojos. Cuando está rodeado de gente, incluso con sus amigos, su mirada es fría y distante, pero basta con que yo pase a su lado o le diga algo para que se vuelvan brillantes y cálidos. Además, dice que yo le tranquilizo, que soy su paz... A lo mejor no es cierto, pero prefiero pensar que decía la verdad.

—Es posible que fuera verdad, pero, como no lo sabemos, nos olvidamos de ese punto. —Hizo algunas anotaciones en su libreta roja—. Sigamos con nuestro listado. Has reconocido que él también te asustaba, aunque no fuera en el plano físico; por lo tanto, supongo que te refieres al plano emocional.

—Sí...

—¿Y bien?

—Me daba miedo la forma en que me hacía sentir. Con él sentía que era yo misma y, a la vez, no era yo. —La doctora levantó las cejas animándome a que me explicara mejor—. A su lado, el resto del mundo perdía interés para mí. Era como si mis problemas, mi familia o mi futuro ya no me importaran tanto. Además, me volvía más desinhibida... y no solo en la cama. Me refiero a que con él perdía el control sobre mí misma: era capaz de confiarle secretos de mi vida o de perder los papeles cuando discutíamos. Es extraño, pero de alguna manera me hacía sentir viva y eso, por una parte, me gustaba pero a la vez me hacía sentir vulnerable.

—De acuerdo, ese sería otro motivo en la lista para dejar a Nick. ¿Alguno más?

Asentí con la cabeza. En las sesiones con la doctora Angulo siempre me sucedía lo mismo: al principio me negaba a contar nada profundo sobre mí y al cabo de un rato era imposible hacerme callar.

—Sí, tenía otro problema. —La psicóloga levantó la vista hacia mí—. Me aterrorizaba que algún día se cansara de mí y me dejara.

—¿Y no podría ser al contrario y que fueras tú la que se cansara de él?

—Cabía esa posibilidad, pero creo que a Nick le sucedería antes que a mí. Yo no

soy salvaje, ni rebelde, ni me gusta salir cada noche a clubes, como a las chicas que suelen rodear a los grupos de *rock*. Tarde o temprano se daría cuenta de que no encajo en su mundo, que solo soy una chica normal y corriente que busca una vida tranquila.

—A ver si lo entiendo ahora. —Se quitó las gafas y fijó sus ojos en mí—. Los motivos por los que rompiste fueron tres: primero, porque te ocultó información; segundo, no te gustaba sentirte vulnerable con él porque te podría hacer daño; y tercero, dabas por hecho que te iba a abandonar. Como hizo tu padre biológico con tu madre, ¿verdad?

Aquella psicóloga me cobraba una pasta pero, desde luego, la mujer valía su peso en oro. Había conseguido llevar mi discurso al punto que ella estaba buscando desde el principio de la sesión. Tenía que admitirlo: la doctora Angulo era buena en su trabajo.

—Sí, posiblemente tienes razón. Me da miedo que me suceda lo mismo que a mi madre. Además, recuerdo que de adolescente me dijo que mi padre y ella eran de mundos diferentes, así que tiene su lógica...

Mi psicóloga me miró pensativa unos momentos y se puso a buscar antiguas anotaciones en mi historial. Una vez que encontró lo que buscaba retomó la sesión.

—Si mal no recuerdo, cuando sufriste de anorexia estuvimos trabajando esa obsesión tuya por encajar en tu grupo de amigos, en el prototipo de hija que quería tu madre, en tu clase de *ballet*, aunque eso supusiera matarte de hambre... Acuérdate de que al final aprendiste que en la mayoría de las ocasiones eras tú la que se autoimponía ser una persona que no era, que los demás no te estaban exigiendo que cambiases. —Hizo una pequeña pausa antes de continuar con su explicación—. Con Nick quizá te haya sucedido lo mismo. Probablemente él nunca te ha pedido que seas ese tipo de chica, ¿cómo has dicho?, ah, sí: de esas que rodean a los rockeros. Cabe la posibilidad de que le gustases porque eres distinta. Y fíjate que tampoco creo que seas una mujer aburrida, controlada ni tan mojigata como te describes a ti misma. Al menos, ya no lo eres —lo dijo tan convencida que no me atreví a llevarle la contraria. La doctora echó un vistazo rápido al reloj: era su forma de avisarme de que nuestra sesión estaba llegando a su fin—. Para la próxima sesión quiero que escribas cómo crees que ha afectado el abandono de tu padre a tu forma de relacionarte con los demás, especialmente con los hombres.

—De acuerdo —acepté mientras me levantaba para marcharme—. Hasta el próximo miércoles, doctora.

—Marta, solo una cosa. Estás haciendo muchos progresos y eso es muy buena señal. Por eso quiero advertirte de que en un par de sesiones vamos a hablar de un tema que te incomoda. —Me puse del color de las amapolas. Sabía a lo que se estaba refiriendo—. Analizaremos cómo vives tus relaciones sexuales.

Resoplé de agobio. Verbalizar el sexo con Nick no iba a ser nada fácil para mí.

Al final no me resultó tan traumático hablar sobre mi vida íntima con una extraña. La doctora Angulo no me exigió que le relatara, con pelos y señales, qué habíamos hecho Nick y yo en la cama. Tan solo se limitó a preguntarme sobre mis sensaciones, emociones y pensamientos durante nuestros encuentros. Me alivió saber tras aquellas sesiones que no me había convertido en una adicta al sexo con Nick ni él era un obseso; simplemente lo utilizábamos como una forma más de conocernos, confiar el uno en el otro y, por supuesto, de comunicarnos. Ambos sentíamos una tensión sexual muy fuerte debido a que nos negábamos, por una parte, a aceptar nuestros sentimientos y, por otra, a expresarlos verbalmente. Por eso el sexo se había convertido en nuestro catalizador. También fue positivo, según la doctora, que me sintiera cómoda con mi desnudo, dados mis antecedentes y el rechazo que sentía a mi propio cuerpo. Con Xavier tenía problemas para dejarme llevar por mi sexualidad; incluso evitaba mantener relaciones sexuales a plena luz. Sin embargo, junto a Nick me había sentido sexi, segura de mí misma y más responsable de mi propio placer. Mi terapeuta aseguraba que esto era un buen pronóstico para mis futuras relaciones de pareja. No quise llevarle la contraria, sería como ofenderla, pero dudaba mucho de que yo pudiera plantearme algún día volver a salir con un hombre. Por ahora, estaban vetados.

Y así pasaron las semanas. Poco a poco fui sintiéndome mucho mejor. No volví a sufrir ningún ataque de pánico y, gracias a mis sesiones de terapia y al ejercicio físico, tuve controlada mi ansiedad. Sin embargo, los días se hacían muy largos, especialmente al estar en paro. Mi madre, poco a poco y sin que yo le dijera nada, fue dándome más independencia en mi propia casa; hasta que una noche, mientras cenábamos, me informó de que se mudaba al apartamento que tenía alquilado desde hacía meses y al que «que por unas cosas o por otras» todavía no se había trasladado. Esas «cosas» eran yo y mi vida de mierda. También me dio la buena noticia de que entre ella y mi padrastro había habido un acercamiento. Habían quedado varias veces para tomar un café y se habían planteado que cenáramos todos juntos en Navidad. Cuando le pregunté si iban a volver, mi madre se mostró bastante reticente a responder. Al final me confesó que iban a intentarlo, pero que irían despacio. De verdad, seguía sin entender qué había pasado entre ellos: me costaba creer que mi madre hubiera tirado por la borda media vida por una simple crisis de edad. Pero bueno, al menos me alegraba de que una de las dos estuviera solucionando sus problemas de pareja.

En cuanto a mí, los hombres, como ya he dicho, estaban vetados. Excepto Patrick Dempsey y su pelazo, el resto de su género no me interesaba lo más mínimo. Solo con detectar las miradas de algún chico me entraba un repelucos insoportable. Mi

hermana me decía que a mi edad, porque para ella mis veinticinco eran sinónimo de vejestorio, me iba a quedar para vestir santos. Y volvió al dichoso tema de la repostería: siempre estaba con ese rollo de que terminaría cocinando noche tras noche galletitas absurdas.

—Y después de tu historia con Nick, solo te van a salir galletas en forma de falo —me aseguraba Cristina, totalmente convencida.

Yo le restaba importancia a mi desencanto con el género masculino, bromeando con que había cerrado el quiosco a cal y canto y que había tirado la llave al fondo del mar. Pero fíjate cómo son las cosas: incluso en aquello me equivocaba.

A principios de enero, justo después de Navidad, conocí a Fran. Él era mi nuevo compañero de trabajo. Sí, lo sé, no aprendo la lección, pero he llegado a la conclusión de que no tengo remedio. Aunque en mi defensa debo decir que existía una notable diferencia con mis dos anteriores relaciones. En esta ocasión, no sentía nada por Fran: ni la más mínima atracción. Me parecía un chico mono, me hacía sentir a gusto, pero despertaba en mí los mismos sentimientos que un Furby.

A Fran lo conocí el primer día que empecé a trabajar como profesora de *ballet* clásico infantil en la Escuela de Danza Rosa Duque. Aquel centro pertenecía a una compañera de mi madre, de su grupo de maduritas en crisis. En cuanto quedó libre una vacante para cubrir las clases de los más pequeños, la señora Duque le ofreció a mi madre hacerme una entrevista y una prueba. Eso me hizo pensar que ella había hablado de mi vida en aquella terapia, algo comprensible pero que sin duda me incomodaba. Cuando mi madre me llamó por teléfono para pasarme los datos de la escuela e insistió repetidamente en que hiciera la prueba, me quedé estupefacta. Primero, porque nunca me había planteado volver al mundillo del *ballet*; y en segundo lugar, porque estamos hablando de que era mi señora madre, que tanto se opuso a que me dedicara al baile, la que ahora trataba de convencerme de que aceptara ese empleo. Surrealista. Con tal de no dejarla mal decidí intentarlo, aunque nunca creí que pasaría la prueba. Yo llevaba años sin bailar: tan solo practicaba de vez en cuando las posturas básicas y hacía mis ejercicios de estiramientos para no perder la flexibilidad. Pero ni siquiera había sido constante esos años. Sin embargo, la directora quedó encantada conmigo y no solo con mi técnica, sino también con mi manera de relacionarme con los niños. Bastó mi primera clase para darme cuenta de que, sin duda, ese era el mejor trabajo que había tenido hasta el momento.

En uno de mis descansos, mientras explicaba a la directora del centro lo contenta que había salido de mi primera experiencia con los pequeñines, apareció Fran. Él era el profesor de yoga para adultos. Cuando los padres dejaban a sus pequeños en mi clase, ellos acudían a la clase de Fran. Desde el primer momento en que nos presentamos, congeniamos a la perfección. No era difícil llevarse bien con aquel chico. Era encantador, amable y de esas personas a las que con mirarlas a los ojos te das cuenta de que también son buenas de corazón. Estaba segura de que hacía suspirar a más de una mamá de las que asistían a su clase. No sería de extrañar: Fran

tenía veintiséis años, un cuerpo bien formado por el deporte y siempre llevaba la sonrisa en los labios. Creo que su simpatía y transparencia fueron las responsables de que bajara mis defensas y me permitiera entablar amistad con alguien del género opuesto. Eso... y que no se parecía en nada a los dos hombres que habían ocupado mi corazón. Él no poseía un rostro de anuncio ni la ambición de Xavier por llegar a lo más alto. Tampoco tenía una belleza salvaje ni el carisma ni el magnetismo de Nick. Simplemente era un chico mono, con su cabello castaño corto, unos ojos preciosos color chocolate y una mirada sincera. El vecinito que a toda chica le gustaría tener. Era como Ross de *Friends*, pero con pantalón turco y haciendo la postura de la flor de loto.

Con Fran las cosas también iban despacio, con calma y... como debe ser. Nos fuimos conociendo poco a poco: en los descansos entre clase y clase, a la salida del trabajo mientras caminábamos hacia el metro o compartiendo un café. Las citas vinieron después; una tarde quedamos para ir al cine; otra noche salimos a cenar..., pero siempre en plan de amigos. Nada de ir a una fiesta, emborracharnos y acabar enrollándonos en la cama de a saber quién.

Reconozco que los primeros encuentros fuera de la escuela me hicieron sentir un tanto incómoda. Yo detectaba que él sentía algo por mí: lo había pillado varias veces mirándome cuando creía que no lo veía o se buscaba una excusa para esperarme si me retrasaba en mis clases. Pero como Fran jamás se salía de los límites de nuestra amistad, comencé a relajarme con él. Probablemente mi nuevo amigo sospechaba que yo no estaba muy interesada en una relación, porque siempre que salía el tema de nuestras parejas anteriores o de conocer a alguien especial, me hacía la escurridiza y trataba de no dar muchos detalles. En esos momentos me sentía culpable, porque me encantaba pasar el tiempo con Fran y no le podía ofrecer nada más que amistad; pero en otros, cuando me hacía reír tratando de imitar mis pasos de *ballet*, tenía la esperanza de que una mañana me despertaría con la certeza de que mi nuevo amigo era mi «alguien especial».

No tuve que esperar mucho tiempo para darme cuenta de que eso no iba a suceder jamás. El destino la tenía tomada conmigo y era absurdo que hiciera planes de futuro o alimentara falsas esperanzas: al menos, en el terreno sentimental.

Habían pasado ya dos meses desde que había comenzado mi nueva aventura como profesora de *ballet* y mi amistad con Fran. Aunque no habíamos rebasado los límites de nuestra relación casta y pura, llevábamos un par de semanas arriesgándonos en el potencialmente peligroso juego del flirteo. Como cada tarde después de terminar nuestras clases, él me esperaba en la puerta para caminar juntos hasta el metro. Ese día me interceptó antes de que entrara a los vestuarios a cambiarme para decirme que no me esperaba. Era el cumpleaños de su madre y tenía que ir a comprarle un libro porque si aparecía en la cena sin nada en las manos, probablemente esta no le volvería a regalar un túper de comida casera en su pobre vida de soltero.

—¡Uff! Vete, corre. Con la comida de una madre no se juega —bromeé al ver su cara de preocupación.

—Podrías acompañarme a comprarle el regalo. Estamos a diez minutos del centro.

—Tengo que cambiarme de ropa y al final llegarías tarde.

—Venga, Marta, mira cómo voy yo —señaló sus pantalones de yoga—. Ponte otro calzado y el abrigo y nadie sabrá que vas medio desnuda... excepto yo. —Me puso ojitos de gatito de Shrek y me eché a reír.

—Vale, espera un momento, pero como me pille una gripe será por tu culpa.

—Tranquila, yo iría a cuidarte.

Entré en los vestuarios, me quité las puntas y me calcé mis manoletas color *nude* con tachuelas. Me miré al espejo y negué con la cabeza: no podía salir en *maillot* por la calle, por más que Miley Cyrus lo hubiera puesto de moda. Saqué una minifalda de vuelo negra de gasa de mi taquilla y me la puse sobre el *maillot*. Después agarré mi bolsa, me coloqué el abrigo y salí en busca de Fran. Tal y como dijo, en diez minutos estábamos frente a la Fnac de la calle Preciados. Menos mal que iba agarrada a su brazo cuando entramos al inmenso *hall* porque, si no hubiera sido así, creo que me habría caído de bruces contra el suelo. Toda la entrada de la tienda estaba forrada con carteles de Demonic Souls. Pero lo más inquietante fue el *display* de cartón tamaño real de Nick Mendoza a un metro de mí. Era tan impresionante que, al primer golpe de vista, pensé que era él de verdad: el cantante en carne y hueso. Casi dos metros de hombre, enfundado en sus pantalones de cuero, su camisa negra con los puños doblados luciendo los tatuajes de sus manos y brazos... El mismo cabello negro ondulado cayendo sobre sus ojos azules, su sonrisa ladeada de canalla, sus pómulos marcados, esos hoyuelos... Dios, aquel Nick de cartón parecía que iba a salir caminando hacia mí. Solo de imaginármelo mi corazón comenzó a bombear a un ritmo frenético.

—Marta, ¿tienes frío? Estás temblando. —Fran interrumpió mi embobamiento.

Parpadeé varias veces como si de repente no supiera quién era el chico que me hablaba y al que agarraba del brazo. Ahí estaba otra vez el efecto nebuloso de Nick. Era tan patética que incluso su versión en papel me nublaban el cerebro.

—Eh, sí. Supongo que me he quedado fría después del ejercicio —mentí.

Fran comenzó a pasarme las manos por los brazos para darme calor y, de pronto, sentí a todos los Nicks repartidos por el *hall* observándome atentamente con sus increíbles ojos azules.

—¡No me toques! —exclamé. A mi amigo le sorprendió mi reacción. Estaba segura de que mis palabras y el tono de mi voz le habían herido—. Perdona, no me encuentro muy bien —traté de excusarme—. ¿Por qué no entras tú a comprar el libro y yo te espero fuera? Necesito un poco de aire.

—Estás pálida. Si quieres me quedo contigo hasta que se te pase. —Por el gesto de su cara, parecía muy preocupado.

—Solo ha sido un pequeño mareo. Se me pasará con el aire de la calle. Pero date prisa y así nos podremos ir pronto a casa —lo apremié.

Fran, no muy convencido, se alejó de mí hacia las escaleras mecánicas sin quitarme la vista de encima. Una vez lo vi desaparecer, paseé mi mirada por todas aquellas imágenes de la banda. Debían de pertenecer a la carátula del disco, pero tampoco lo sabía a ciencia cierta. Durante los últimos seis meses aproximadamente me había mantenido alejada de todo lo que estuviera relacionado con Nick. Sabía por mi hermana que el segundo disco había sido todo un éxito, pero cuando le grité enfurecida que no quería saber nada de él ni de la banda, no volvió a mencionarlos. Por mi parte, desarrollé un programa de desintoxicación de Nick Mendoza que llevaba a rajatabla. No ponía la radio por si sonaba una canción suya, y si hablaban del grupo en la televisión, cambiaba de canal. En las cafeterías y restaurantes me sentaba de espaldas a la televisión por si la imagen del cantante aparecía por sorpresa. Tampoco compraba revistas de cotilleos ni se me ocurría googlearlo en Internet. ¿Y de qué me había servido? De nada. Me había esforzado por olvidarlo y allí estaba, plantada ante su foto y ahogándome en mi propia piscina de babas. Si hasta se me había pasado por la mente robar aquel Nick de cartón y llevármelo a mi casa. ¡Qué vergüenza! *#Lerda* debía ser mi nuevo *hashtag*.

Me repetí una y otra vez que tenía que salir de allí a la velocidad de la luz. Pero entonces, sin comerlo ni beberlo, me encontré leyendo el texto impreso bajo uno de los carteles:

Demonic Souls.

Luxury shoes.

Firma de discos: 26 de febrero. 18.30 h.

Forum Fnac Callao (Madrid).

Incluso antes de que recordara qué fecha marcaba el calendario, mis pies comenzaron a caminar hacia el salón de actos de la Fnac. Quería gritarles que pararan de moverse, que giraran hacia la puerta y me sacaran a la calle. Pero mi cerebro parecía incapaz de dar aquella orden a mis extremidades. Mi mente no hacía otra cosa que repetirme que Nick y yo estábamos en el mismo edificio y que solo unos metros lo separaban de mí. Hechizada con la idea de que podría verlo, perdí todo el sentido común y me dirigí a la puerta del Forum.

La sala estaba abarrotada de gente. Según mi reloj eran las siete y media; por lo tanto, la banda llevaba una hora firmando discos. Entre el calor que hacía y los gritos de las chicas, el ambiente era sofocante. Me quité el abrigo y me puse de puntillas para tratar de ver el escenario. Imposible. Miles de cabezas tapaban por completo mi campo de visión. Esa era la típica situación en la que odiaba mi estatura y no llevar puestos mis tacones de quince centímetros. Como si fuera un ninja, comencé a adentrarme en el tumulto. Sabía lo violentas que podrían ponerse las fans si detectaban que me estaba colando para ver a sus ídolos, así que traté de escurrirme

silenciosamente entre los pequeños huecos que dejaban entre unas y otras. Cuando llegué al centro de la sala, pude observar por un instante, entre un camino libre de cabezas, a Nick y al resto de los chicos. No era suficiente. Lancé mi bolsa de deporte al suelo, coloqué encima mi abrigo doblado en un paquetito y me subí sobre él. Por fin pude verlo. Estaba en el centro de la mesa, absolutamente concentrado en lo que hacía. Cada vez que una chica se acercaba, le daba dos besos y le firmaba la carátula de su CD. A veces les preguntaba algo y les sonreía; otras, se dejaba fotografiar. Estaba tan guapo y sexi como de costumbre. Eso me decepcionó un poco, porque egoístamente me habría gustado verlo ojeroso y demacrado. Pero tenía que ser realista: habían pasado cerca de seis meses y en una vida como la suya eso era un siglo. Seguramente, durante ese tiempo habría conocido a tantas chicas que lo nuestro ya era historia.

«Probablemente no se acuerde ni de mi nombre». Aquel pensamiento me entristeció por completo, sobre todo cuando se levantó de la silla, abrazó a una de sus seguidoras y, sonriendo, se hizo un *selfie* con la chica. Contemplé la imagen un instante y, con el alma en el dedo gordo del pie, me bajé de mi escalón improvisado, recogí mi abrigo y mi bolsa y traté de salir de allí. No hice más que dar unos pasos sorteando a dos chicos que estaban en mi camino cuando le oí gritar.

—¡Marta! ¡Marta! —Era su voz y me estaba llamando a mí. Leñe, me había visto y me había reconocido. Parecía ser que Nick tenía buena memoria.

Miré hacia el escenario y entonces *el Dios del rock* saltó por encima de la mesa dirigiéndose hacia el público, que guardaba su turno para conocerle. El equipo de seguridad se lanzó tras él, las fans empezaron a gritar y entonces caí en la cuenta de lo que él pretendía... Ese hombre estaba mal de la cabeza y yo debía salir de allí a la voz de YA.

Con el corazón desbocado, me abrí paso entre la gente empujón a empujón y pidiendo disculpas. Sin embargo, la multitud del fondo de la sala formó una especie de barrera haciendo presión para poder ver a su ídolo de cerca, que ya no estaba en el escenario sino en mitad de aquel gentío, tratando de alcanzarme. Aquello era como luchar contra una corriente humana y comencé a agobiarme. Daba dos pasos hacia delante y una marea de personas me arrastraba tres pasos para atrás. Luché encarecidamente por salir de allí: esquivé codazos, otros me los llevé en el cuerpo, sentí pisotones y, al final, volví a retroceder debido a los empujones de la gente.

—¡Marta! ¡Espera! —le escuché decir entre el bullicio. Su voz sonaba mucho más cerca.

Sin atreverme a mirar atrás, empujé con mi hombro entre dos chicos para que me dejaran pasar. Cuando ya daba por hecho que no los desplazaría ni un centímetro, sucedió algo inesperado. Los chicos dieron un paso hacia atrás y se me quedaron mirando con los ojos como platos. Los miré sorprendida y entonces fui consciente de que no me miraban a mí, sino al hombre que estaba justo detrás. Nick.

—¡Marta! ¡No te vayas! —«Ni que pudiera hacerlo», pensé. Me echó un brazo

por el hombro en un gesto protector y los de seguridad apartaron a la gente que amenazaba con tirarse sobre nosotros.

—Lo siento, tengo que salir de aquí —dije con voz temblorosa. O escapaba de aquel gentío o me iba a dar un ataque de pánico. Me costaba respirar.

—Tranquila, los chicos te ayudarán —contestó refiriéndose al equipo de seguridad.

Nick les hizo un gesto para que nos facilitaran el camino de salida y, sin soltarme, me guio para que los siguiéramos. Cuando conseguimos escapar de la muchedumbre, Héctor abrió la puerta contigua al salón de actos. Con todo aquel jaleo, no había reconocido al guardaespaldas hasta ese momento.

Nick, sin perder tiempo, tiró de mi mano para que entrara a la pequeña sala. La puerta se cerró de golpe y Nick y yo nos quedamos solos frente a frente, en silencio. Únicamente se oía el ruido de nuestras respiraciones aceleradas y el griterío del público a lo lejos.

—¿Qué haces aquí? —Nick parecía sorprendido de verme. Retiré la mirada de sus ojos buscando una excusa creíble.

—Estaba comprando y... Bueno, he visto que estabais aquí firmando discos...

—No tenías ninguna intención de saludarme, ¿verdad? —Su voz sonaba dolida y, de pronto, me sentí mal por él.

—Nick... Había tanta gente...

—No te disculpes, no pasa nada. —Suspiró resignado. Luego clavó sus ojos en mis cinco pulseras viejas y preguntó preocupado—: ¿Qué tal te encuentras? Has adelgazado...

Sus ojos repasaron mi cuerpo de arriba abajo y mis mejillas se incendiaron. Por una parte me halagaba que todavía se preocupara por mí; por otra, me resultaba incómodo que recordara mi secreto más vergonzoso. Pero él no era un extraño: era Nick. El único hombre con el que había desnudado mi alma.

—Peso exactamente lo mismo que siempre, pero hago más ejercicio físico. Ahora imparto clases de danza clásica a niños de entre seis y once años.

Me miró ladeando la cabeza y al sonreír se le marcaron esos dos hoyuelos tan *cuquis*. Dios, estaba buenísimo. Llevaba el cabello un poco más largo y revuelto. Sus rizos se habían convertido en ondas que ahora caían desordenadas por sus ojos azul intenso. También llevaba una barbita de dos días que le daba un aire más maduro y sexi. Tenía que dejar de mirarlo o terminaría comiéndomelo a besos...

—Mola tu nuevo trabajo. —Clavó sus ojos en mi *maillot* y en mi falda de *ballet*. O mejor dicho: en mis piernas. Las crucé tímidamente, como si con aquella postura pudiera ocultarlas.

—A mí también me gusta.

—Todo ese pelo tuyo ¿está ahí dentro? —Señaló mi moño con cara de granuja y dio un paso hacia mí.

—Sí... —Me reí tratando de disimular mis nervios—. Y tú... vas de blanco.

Era extraño verlo vestido de un color que no fuera negro o gris, aunque, sinceramente, aquella camiseta básica le sentaba de miedo. Resaltaba mucho más el color dorado de su piel y la tinta negra de sus brazos. Me esforcé en mirarle a la cara antes de que mi mente decidiera recrear su torso completamente desnudo en exclusiva para mí. Él seguía observándome y se mordía el labio inferior, como siempre hacía cuando estaba nervioso o... excitado. Sus ojos se habían estrechado en casi dos ranuras, dándole un toque peligroso a su perfecto rostro. Reconocía esa mirada y sabía perfectamente qué se le estaba cruzando por la mente. Mi corazón se aceleró advirtiéndome de que en pocos minutos entraría en estado de combustión. Tres, dos, uno...

Di un paso hacia atrás.

Odiaba mi cuerpo y su facilidad para reaccionar ante Nick.

—Estás preciosa. —Y también odiaba que él me dijera palabras bonitas. Y aborrecía a cada una de las mil mariposas que revoloteaban agitadamente en mi estómago.

—Gracias, pero me tengo que marchar. Se me está haciendo tarde y tus fans te están esperando...

—Cena esta noche conmigo —dijo atropelladamente—. Si me esperas media hora podemos irnos de aquí directamente.

Aquello iba de mal en peor. O me marchaba rápido o terminaría aceptando y... ¡Fran! Me había olvidado por completo de él.

Otra vez estaba bajo el efecto nebulosa de Nick.

Con los nervios a flor de piel dije lo primero que se me pasó por la cabeza y, para mi desgracia, no fue otra cosa que la pura verdad.

—No puedo, lo siento. Tengo que ir a casa. He salido de trabajar y ni me he duchado... —Me tapé la boca abochornada. Ahora pensaría que era una marrana.

—Mmmm... Siempre me ha gustado verte sudorosa. —La frasecita escondía tanta picardía como la sonrisa que me lanzó.

Automáticamente se me secó la boca, mi *maillot* echó a arder y una nítida imagen de Nick y yo empapados en sudor en la cama se instaló en mi mente.

Tenía que huir. Darme a la fuga.

Sin decir media palabra, me giré hacia la puerta y la abrí.

—Espera, Marta. No te marches. —Sentí su mano en el hombro y, con un movimiento brusco, lo retiré.

Héctor, que estaba franqueando la entrada, me ofreció mi bolsa y mi abrigo negro cruzado. Con la sorpresa de ver a Nick no me había dado cuenta de que los había perdido mientras huía de la firma de discos.

—Vamos, Marta, mírame. Tenemos que vernos otra vez —insistió de nuevo. Su tono era ahora más serio.

Me giré hacia él mientras me abrochaba el abrigo.

—No, Nick. Lo siento. Las cosas no han cambiado desde la última vez que

hablamos —le expliqué. Su rostro se mantuvo impasible durante unos instantes, como si no me hubiera escuchado o no quisiera comprender lo que estaba diciéndole.

—¡Marta! ¡Marta! Dios, llevo un rato buscándote y llamándote al móvil. ¡Estaba preocupado! —Miré sorprendida a Fran, que venía corriendo hacia mí. Se le veía agitado y lleno de preocupación. Suspiró aliviado y luego me besó con ternura la cabeza.

—Estoy bien. Me encontré con alguien.

Fran, que hasta entonces no se había dado cuenta de la presencia del hombre que estaba a mi lado, miró a Nick. Abrió la boca y los ojos de par en par como si no pudiera creer a quién tenía enfrente.

—¿Tú no eres el cantante de Demonic Souls?

—Sí —respondió este escuetamente, y volvió a clavar sus ojos en mí. Yo resoplé. Me sentía completamente incómoda en aquella situación. No quería que creyera que Fran era mi novio o algo así, «aunque por otra parte quizá sería lo mejor», pensé.

—Tío, me flipa vuestra música. Sois lo mejor que he oído en mucho tiempo — exclamó Fran completamente emocionado—. ¿Le conoces, Marta?

Antes de que pudiera responder, Nick se me adelantó.

—Sí, nos conocemos muy bien, pero mejor que ella te cuente la historia. Lo siento, me tengo que ir.

Y con gesto hosco y ese caminar chulesco y engréido, *el Dios del rock* se alejó sin decirme adiós.

Llegué esa tarde a mi casa con la sensación de que había estado en la batalla de Pearl Harbor. O en el primer día de rebajas del Corte Inglés. Cené lo primero que tenía a mano (es decir, un vaso de leche con galletas) y me metí en la cama. Malditas galletas... A medianoche, mientras seguía repasando mentalmente lo que había sucedido aquella tarde, mi móvil vibró. Tenía un mensaje de un número desconocido.

«Me da igual que salgas con un tipo que lleva pantalones de payaso. Vi el brillo de tus ojos cuando me tenías enfrente. No eres feliz sin mí, ni yo sin ti. Voy a recuperarte».

No necesité leerlo más veces para saber quién me había escrito. Quería responderle que no perdiera el tiempo, que se alejara de mí, pero sus palabras escondían tanta verdad que no fui capaz de negarlo. Y lo peor de todo: me gustaron.

Suspiré con alivio: Nick no me había olvidado.

Borré el mensaje, apagué el móvil y no paré de llorar hasta que, por fin, logré quedarme profundamente dormida.

RECAÍDA

Sabía que encontrarme con Nick aquella tarde de finales de febrero me traería consecuencias, de la misma manera que le ocurre a un exalcohólico cuando comete el error de tomarse una copa. El rockero era mi droga y sufriría una recaída en mi adicción. Aunque no abandoné la terapia ni mis responsabilidades en el trabajo, volví a encerrarme en mi cascarón. Dejé de quedar con Félix, Cristina y su panda y puse distancia entre Fran y yo. Los primeros días se le veía abatido, me miraba preocupado, e incluso me preguntaba una y otra vez si estaba enfadada con él. Siempre lo negaba. Pero como seguía insistiendo para que quedáramos, me inventé que estaba viendo a alguien. Era mejor quitarle todo tipo de esperanza o terminaría haciéndole más daño.

Lo sé. Fui cruel con él.

A mi familia, especialmente a mi madre, no le pasó por alto que había tenido una regresión en mi estado de ánimo. Me habría gustado explicarles cuál había sido el desencadenante, pero se me encogía el alma solo de pensar en ello. Temía que si lo verbalizaba, me sentiría mucho peor. Sería como revivir esos momentos de Nick a mi lado, mirándome con deseo, diciéndome que era preciosa, que quería recuperarme... Y yo rechazando sus sentimientos cuando en el fondo moría por estar con él.

Después de dos semanas sin recibir noticias tuyas, me dije que al final había hecho lo correcto no aceptando su invitación a cenar ni respondiendo a su mensaje de texto. No debía de tener demasiado interés en mí como me quiso hacer creer. Si me había propuesto una cita había sido porque, al verme tan inesperadamente, le había entrado el gusanillo de echarme un polvo y demostrarse a sí mismo que me volvía a tener comiendo de su mano. Esa era la única explicación lógica que podía darle a que no hubiera vuelto a contactar conmigo. Obviamente, cuando dijo que quería recuperarme estaba jugando su última carta para ver si yo cedía, pero como no fue así, me olvidó con la facilidad de alguien que tiene a su disposición un regimiento de mujeres.

Sin embargo, yo era incapaz de olvidarme de él después de haber inhalado su aroma a lavanda y a limpio, de perderme en el azul de sus ojos, en su sonrisa canalla y en cada uno de los tatuajes que se transparentaban bajo su camiseta blanca. Fue como si aquella dosis de Nick hubiera evocado todo el deseo reprimido durante meses. De repente, me desperté un día con un hambre voraz de volver a verlo y utilicé la única ventana abierta a su mundo: Internet. Fue una decisión imprudente, tanto o más que haber entrado a la firma de discos. Cada foto que veía de él sobre el

escenario, tan guapo y sexi, me dolía; si salía de una discoteca rodeado de chicas, el dolor se multiplicaba por diez, y si aparecía feliz riéndose solo con una, por un millón.

También descubrí que, tal y como me informó mi hermana, su último disco había cosechado tanto o más éxito que el primero. Los Demonic Souls se habían ganado el absoluto respeto de sus fans y, según la prensa, con su nuevo trabajo se habían consolidado como el mejor grupo de *rock* alternativo del panorama musical nacional. La discográfica iba a apostar por ellos lanzando su disco a nivel internacional, inicialmente en el mercado latinoamericano. Fue entonces cuando comprendí la avalancha de seguidores en la firma de discos y el despliegue de seguridad. Nick y los chicos habían pasado de ser un grupo popular entre una minoría aficionada al *rock* oscuro a convertirse en un grupo famoso de culto. Si durante nuestra relación tenía mis reservas sobre aquel mundillo, después de leer aquello no me cabía duda de que yo nunca habría encajado en la vida de Nick.

Una mujer con dos dedos de frente y con algo de dignidad habría dejado de flagelarse con aquellas imágenes que pululaban por la Red. Pero como yo siempre he tenido un lado masoquista ultradesarrollado y el instinto de conservación de una hormiga, seguí torturándome día a día mientras navegaba por Internet. Aquella obsesión poco a poco se fue convirtiendo en una rutina: volvía a casa del trabajo, me hacía la cena y, antes de acostarme, revisaba en mi ordenador las últimas noticias sobre Nick y Demonic Souls. En aquellos momentos me habría gustado decirle al inventor de las alertas de Google cuatro cositas. Entre las más suaves, que había creado un arma de destrucción masiva para mujeres locas como yo.

A mi favor solo puedo admitir que logré resistirme a escuchar las canciones de su nuevo disco, *Luxury shoes*. Me aterraba el efecto que tendría escuchar su voz a través de los altavoces de mi salón. Además, el segundo LP se había engendrado mientras estábamos juntos, y durante nuestros encuentros más íntimos. Cada acorde y cada verso formaban parte de nosotros, y no podía arriesgarme a que sus letras despertaran en mí recuerdos y situaciones que me hicieran sufrir todavía más. Fuera como fuese, debía mantenerme alejada de su música. Claro que a esas alturas debía haber intuido que el destino no me iba a facilitar las cosas.

Era sábado por la noche. Mi madre nos había invitado a cenar a su nuevo apartamento en la calle de Alcalá. Era una casa preciosa, en un primer piso y con una terraza de setenta metros cuadrados, ideal para tomar el sol en verano. Como era de esperar, la había decorado con muchísimo gusto, inspirándose en el estilo inglés que tanto le gustaba. Para doña Lucía, todo lo que tuviera aire británico era un ejemplo de estilo y sofisticación. Muchas veces me había preguntado si tomaba té con leche porque le gustaba realmente o en memoria de su admirada *Lady Di*.

De hecho, esa noche nos había preparado, según dijo, una cena ligera. Luego resultó ser un asado de ternera con pudín de Yorkshire y patatas. Ligera... si ibas a estar una semana haciendo el Camino de Santiago con un cuscurro de pan en el

hatillo y una bota de vino.

Estaba preparando en la cocina con ella unos entrantes ibéricos (no fuera a ser que Cristina y yo nos quedáramos con hambre «solo» con medio kilo de carne para cada una) cuando mi hermana me llamó a gritos desde el salón.

—¡AAAAAH, MARTA! ¡Qué fuerte! ¡Corre, ven!

Mi madre y yo salimos disparadas de la cocina. Cuando Cristina se ponía tan nerviosa viendo la tele era porque dos concursantes de *Gran Hermano* estaban haciendo *edredonning*. O *duching*, la última modalidad de magreo televisivo.

—Un día me matas de un infarto con tus gritos. —Mi madre echaba fuego por las orejas. Sin embargo, mi hermana seguía mirando la tele con la boca abierta y los ojos vueltos del revés.

—Pero ¿estáis ciegas? ¡Qué es Marta! ¿Es que no lo veis? —Apuntó mi hermana con un dedo tembloroso hacia la pantalla del televisor.

Fijamos nuestras miradas donde nos indicaba Cristina y, tras unos segundos, mi madre gritó.

—Pero, pero... ¡Marta! ¡Si eres tú!

Pestañeeé de nuevo hacia la pantalla. Cris, a su vez, subió el volumen de la televisión. Secuencias de imágenes se iban solapando unas con otras mientras la voz inconfundible de Nick Mendoza cantaba. Me pude ver a mí misma medio desnuda, durmiendo boca abajo sobre la cama y con la piel de mi espalda cubierta de letras de canción en lápiz negro. Yo, riéndome mientras hablaba con Charlie; leyendo en el autobús; mirando a la cámara con una sonrisa en los labios; haciendo ejercicios de estiramientos matutinos en bragas y sujetador; sacando la lengua a Nick mientras me tomaba la foto; maquillándome frente al espejo; mordiéndome los labios mientras me pintaba las uñas de los pies; la silueta de mi cuerpo a través de la mampara de la ducha de algún hotel; mi cara de puro éxtasis mientras hacía el amor con Nick frente a una cámara de vídeo.

¡Aaaaaaah! ¡Qué horror!... No tenía ni idea de que Nick me hubiera hecho todas esas fotos. Muerta de vergüenza, me tapé la boca y miré a mi madre. La expresión de su cara era indefinible. No sabía si iba a morir de un infarto al corazón, si se echaría a llorar por tener a una cualquiera como hija o si me soltaría un bofetón.

—*Jooooer* —dije antes de caer en el sillón en estado de *shock*.

Nick seguía cantando en la pantalla. Ahora aparecía él tocando su guitarra junto a los Demonic Souls en un desierto y, de fondo, el cielo seguía mostrando repetidamente las mismas fotos. La cámara de vez en cuando enfocaba a los músicos, y en la mayoría de las ocasiones se detenía especialmente en el rostro del cantante. Este parecía atormentado y dolido. Sus dedos rasgaban la guitarra con saña, pero sus ojos, cuando los enfocaba la cámara, destilaban desolación. Me dije que estaba representando el papel de hombre herido, con el corazón roto por una mujer..., pero no podía creer que esa mujer fuera yo. Si no, ¿por qué aparecían mi rostro y mi cuerpo en cada nube de aquel cielo azul?

Presté algo de atención a lo que cantaba. La letra parecía hablar del destino, cómo te arrancaba lo que era tuyo, cómo tenías que ver que toda tu vida te la robaban otros...

La cámara enfocó de nuevo mi rostro proyectado en aquel escenario y fue diluyéndose poco a poco. Las nubes de aquel cielo se fueron tornando oscuras y tenebrosas, anunciando una inminente tormenta. Se levantó un fuerte viento, amenazador y violento, y comenzó a llover. Los músicos siguieron tocando a pesar del aire y la lluvia y la cámara giró alrededor de ellos como si también fuera arrastrada por la fuerza del tornado. A los pocos segundos, se detuvo en seco y congeló la imagen del rostro de Nick.

Mientras este cantaba las últimas notas de la canción, varias gotas de lluvia se deslizaban por los rizos de su cabello azabache recorriendo sus ojos azul intenso, sus perfectos pómulos y su marcado mentón. Las gotas cayeron a cámara lenta golpeando sobre el suelo y la canción llegó a su fin.

Cuando el clip terminó, mi hermana, mi madre y yo nos quedamos en silencio. De fondo solo se oía al locutor, que no escatimaba en halagos sobre el último *single* de Demonic Souls. Lo comparaba con el sonido de los Foo Fighters, Pearl Jam o Arctic Monkeys. A mí, como si el locutor me estuviera hablando en chino. No sabía quiénes eran esos grupos de música y en aquel momento mi única preocupación era que Nick había utilizado fotos íntimas para su vídeo musical. No me había pedido permiso ni me había avisado, y muchas de ellas ni siquiera sabía que me las había tomado. Y mi madre..., ¿qué pensaría ella de mí?

La miré de reojo, preocupada. Era extraño que no se hubiera desmayado o me estuviera montando el pollo de mi vida. En ninguna de las fotos que Demonic Souls había utilizado para la realización del vídeo se me veía completamente desnuda, pero dejaban bastante poco a la imaginación. Y la captura de mí haciendo el amor con Nick... Dios, esa imagen pertenecía a nuestra grabación. Dijo que la borraría... Cabrón...

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó entonces Cristina al ver su cara teñida de un bonito color amarillo diarrea. La mía no debía de estar mucho mejor.

—Ahora no, Cris —respondió ella cubriéndose el rostro con las manos. Me sentía fatal por mi madre. Solo esperaba que ninguna de sus amigas ni conocidas fueran fans de Demonic Souls... Ni los padres de mis alumnos...

Esta vez Nick me había metido en un buen lío.

—Y a ti, Marta, ya te vale. —Mi hermana me miró molesta—. Mira que no decirnos que habías hecho de modelo para uno de sus videoclips...

—Yo no he grabado ningún vídeo. ¡Esas fotos me las hizo él y las ha utilizado sin mi consentimiento! ¿No pensaréis que fui capaz de desnudarme ante una cámara? —pregunté indignada. Ellas me conocían perfectamente y sabían que jamás me

expondría medio en cueros en un plató.

—¡No me digas que tú no sabías nada! —A Cristina se le desencajó la mandíbula—. La leche... Te puedes forrar, tía. Mételes un puro por derechos de imagen y esas cosas por las que denuncian los famosos. De ahí, varias entrevistas al *Sálvame*, al *Hola*... y tienes la vida solucionada. ¡Qué suerte tienes, *jodía*!

—Te juro, Cristina, que un día te pongo guindilla en la lengua. ¡Cuida tu boca, señorita, que pareces un camionero! —Al parecer, el léxico de mi hermana había hecho reaccionar a mi pobre madre, que durante todo ese tiempo no hacía más que llevarse las manos a la cabeza.

—Por favor, no discutáis vosotras —supliqué—. ¿No veis el lío en el que estoy metida? Tengo que hacer algo para que no vuelvan a emitirlo... —Mi madre me miraba completamente lívida—. Mamá, di algo... ¿No pensarás que yo consentí esas fotografías? —gimoteé.

—No, claro que no, pero ahora mismo no sé qué decir. Por una parte, me entran ganas de ir a casa de ese sinvergüenza y darle el bofetón que su madre no le dio en su día y, después, echarle encima a los abogados de tu padrastro, pero... —Entonces rompió a llorar.

Cris se acercó a ella y le dio un abrazo. Yo no sabía dónde meterme. Por una vez en su vida, mi madre tenía motivos para estar enfadada. A nadie le gusta ver en la tele a su hija en paños menores pelando la pava con su novio rockero.

—Mamá, perdóname. Lo siento. Hablaré con la discográfica y les pediré que detengan la emisión del vídeo. —Comencé a llorar yo también.

—Tú no tienes la culpa, Marta. Ni siquiera lloro por eso —puntualizó. Mi hermana y yo nos miramos sorprendidas: esa señora no era nuestra madre. Por favor, que alguien nos la devolviera. O mejor no.

—Y entonces ¿por qué lloras, mamá? —se atrevió a preguntar Cris, que, por su cara, estaba tan perdida como yo.

Entonces doña Lucía soltó un grito ahogado como las actrices de telenovela y siguió llorando y llorando. Tratamos de calmarla. Yo le llevé un vaso de agua. Cristina le pasaba la mano por la espalda y le retiraba el cabello de la cara para que no se le estropeará su perfecto alisado con las lágrimas. Al cabo de unos minutos parecía un poco más tranquila, aunque seguía llorando de forma ininterrumpida.

—Cristina, hija, no hace falta que me limpies los mocos como si tuviera tres años —la regañó entre lágrimas cuando mi hermana, con cara de asco, trataba de sonarle la nariz.

—Vete acostumbrando a que en menos que canta un gallo te estaremos limpiando la baba y poniéndote el pañal —bromeó Cris. Le encantaba meterse con mi madre y decirle en plan de guasa que se vengaría de ella cuando fuera una pobre anciana en silla de ruedas.

Hice un gesto con los ojos a mi hermana para que cerrara la boca y luego me dirigí a mi madre.

—Mamá, entonces ¿por qué lloras?

Ella había dicho que había algo que le había molestado más que verme en paños menores en un vídeo que se emitiría una y otra vez a nivel nacional. O me había perdido algo o mi madre no había caído en la cuenta de que lo verían miles de personas.

—Por ti, hija... Al verte en la pantalla sonriendo y llena de vida, no me lo podía creer. —Las lágrimas volvieron a bañarle la cara—. Desde que eras niña no había vuelto a ver ese brillo de felicidad en tus ojos... Lo siento tanto, Marta... Siento haber sido yo la responsable de borrar ese brillo de tu mirada, la ilusión por vivir, la alegría... Fui yo la culpable, tu madre, y no me lo perdonaré.

No sé por qué me daba que ya no hablábamos del vídeo de Nick. Su angustia era otra. O quizá era la misma que le había acompañado desde mis diecisiete años, cuando descubrió que yo no era como las hijas de sus amigas. La suya tenía anorexia y había perdido las ganas de vivir.

—Mamá, tú no tienes la culpa de mis problemas psicológicos. Yo podría haber pedido ayuda cuando comencé a sentir que algo no funcionaba bien en mí, pero te mentí y lo oculté.

—No, hija; fui yo la única responsable de que enfermaras. —Sus ojos estaban nublados por las lágrimas y temblaba tanto que comencé a asustarme—. Te criaste con una mujer amargada, resentida con la vida, y te exigí siempre demasiado.

—Mamá, tampoco fue fácil para ti criarme sola y aceptar que él te había abandonado.

—Marta, te equivocas. Él no nos abandonó. Fui yo la que lo abandonó a él.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¡No, no y no!

Ella siempre me había contado que mi padre se había marchado sin dar ninguna explicación cuando yo apenas tenía un año de edad. Después de aquello, había vuelto a casa de mis abuelos. Un año después, consiguió un trabajo y nos fuimos a vivir solas. ¿Por qué me decía ahora que fue ella quién lo dejó? ¿Y por qué lo hizo?

Salté del sofá y me puse de pie, dispuesta a coger mi abrigo y marcharme. Todo el mundo al que quería me mentía. Primero fue Xavier, luego Nick y ahora mi madre. Mi vida era un sinsentido. ¿Qué iba a descubrir el año siguiente? ¿Que mi padrastro era un extraterrestre? Me había pasado media vida culpándome por haberle arruinado la vida después de mi intento de suicidio y ella nunca tuvo el valor de decirme que mi padre sí me quería.

—¡Eres una egoísta y una cobarde! ¿Cómo me has podido ocultar algo así? —Lancé aquellas palabras con toda mi furia contra mi madre. Mi voz había sonado tan dura que no parecía que estuviera hablando yo.

—Marta, cariño, no fue tan fácil como piensas —se excusó.

—¡Mi vida tampoco ha sido fácil, joder! —Di un puñetazo en la mesa.

—No hables así a mamá —me advirtió Cristina, asustada por mi reacción.

—Tú no te metas, Cris.

—Sí me meto. Escúchala antes de tirarte a su cuello como una loba. Siempre te quejas de que mamá te está juzgando ¡y tú haces lo mismo con ella! —La miré asombrada. ¿Se estaba poniendo del lado de nuestra madre?—. Marta, no me mires así. ¿Crees que para mí también ha sido sencillo convivir con vosotras odiándoos y con una hermana que decidió intentar matarse sin pensar en el daño que me hacía? Tú también te has comportado como una egoísta y una cobarde.

Me quedé congelada. Aquella no era la típica reacción que habría esperado de mi hermana pequeña. Ella habría bromeado con alguna tontería de las suyas para aligerar el ambiente entre mi madre y yo. Sin embargo, esa noche, en el salón de mi madre, no bromeó. Nos hizo saber que llevaba años resentida con mi madre y conmigo. Una hermana mayor es una superheroína y ¿qué basura de modelo había sido yo para ella? Lancé mis brazos alrededor de Cristina y, entre lágrimas, le supliqué que me perdonara una y mil veces.

—Te perdoné hace mucho, Martuca —me sonrió con ternura—, pero quiero que ahora te sientes en ese sillón y escuches la historia de mamá. No podemos seguir viviendo así.

Hice caso a mi hermana, que, a pesar de su edad, parecía ser la única mujer coherente de las tres. Me senté despacio en el sofá y, armándome de valor, pedí a mi madre que siguiera contándome su historia.

—Dime qué ocurrió, pero esta vez no me ocultes nada.

—No tengo intención, Marta. Pero entiende que es doloroso para mí. —Asentí con la cabeza—. ¿Recuerdas que los abuelos tenían un apartamento en la playa?

—Sí, en ese pueblo de Málaga que era tan famoso porque rodaron una serie de chavales cuando tú eras joven —comentó mi hermana.

—Se llama Nerja. Bueno... Como tantas veces os he contado, allí pasaba mis veranos y vacaciones. También fue en aquel pueblecito donde conocí a tu padre, Marta. Yo tendría dieciséis años y él veinte. Era inglés, y sus padres tenían una casa para pasar los veranos. Janik amaba nuestro país, especialmente ese lugar con tanto encanto.

—¿Se llamaba Janik? —pregunté sorprendida. Me resultaba extraño que mi padre tuviera nombre. Hasta ese día había sido una especie de ente para mí.

—Sí, Janik Miller. Nos conocimos un atardecer en la playa. Yo estaba tomando el sol con mis amigas; él, unos pasos detrás, pintando en su bloc. Cuando me acerqué a preguntarle qué pintaba, me dijo que a mí. Y así fue: no me había dado cuenta, pero Janik se había pasado la tarde haciéndome retratos mientras yo jugaba a las palas con mi pandilla, me bañaba en el mar... Desde ese día, comenzamos a quedar, y supongo que también a enamorarnos. Cuando el verano llegó a su fin, nos juramos amor eterno. Durante ese invierno, Janik y yo nos escribimos casi a diario y hablábamos dos veces al mes por teléfono.

—Qué pena que entonces no existiera el WhatsApp, madre —lamentó Cristina—. Lo que habría ahorrado la abuela en sellos y facturas de teléfono...

Mi madre sonrió. Solo Cris podía bromear con un tema tan serio como el que estábamos tratando esa noche.

—Efectivamente. Tuve más de un problema con tu abuela a final de mes, igual que lo tengo yo contigo cada vez que te veo enganchada al iPad hasta las tres de la madrugada en lugar de estar estudiando. —Cristina puso los ojos en blanco. Mi madre la ignoró y siguió narrando su historia—: Nuestro segundo verano fue incluso todavía más romántico que el primero. El invierno no había enfriado nuestros sentimientos; al contrario, la distancia los había intensificado. Estábamos locamente enamorados y nuestra relación se hizo mucho más... íntima, ya me entendéis. Entonces, sin haberlo buscado ni planeado, sucedió lo último que me podía imaginar.

—Yo.

—Sí. Me quedé embarazada de ti, Marta. Pero no lo supe hasta que volví a Madrid. Cuando descubrí lo que había pasado y que llevaba en mi vientre un bebé, llamé a tu padre asustada. Él no se lo tomó muy bien al principio y yo me ofendí tanto que dejé de escribirle y de contestar sus llamadas. Al final, sin decirme nada, cogió un vuelo y se presentó en casa de los abuelos. Ellos todavía no sabían nada, pero Janik quería que no estuviera sola cuando les diera la noticia. Imaginaos cómo se lo tomaron ellos. La abuela no paraba de llorar y el abuelo ni me miraba a la cara. Ninguno se atrevía a decir en voz alta que abortara, pero sus ojos me lo gritaban a diario. Al final, Janik y yo decidimos no poner fin a la vida de nuestro bebé. Él me propuso que intentáramos criarlo juntos. Sus padres nos cedían su casa de Nerja para que viviéramos allí y algo de dinero para ir tirando. Luego Janik se buscaría un trabajo con el que pudiéramos mantenernos los tres hasta que yo comenzara a trabajar. Esa decisión suponía cambiar todos mis planes y no ir a la universidad. Janik, por su parte, tampoco podría continuar sus estudios de arte. Cuando les comunicamos a los abuelos nuestra decisión pusieron el grito en el cielo, pero yo no podía vivir bajo su mismo techo con sus continuos reproches. Además, amaba a Janik. Así que un mes después abandoné Madrid y nos fuimos a vivir a la casita de la playa. Al principio fue todo muy idílico. Janik encontró un trabajo de pintor...

—¿Pintaba cuadros? —Estaba sorprendida. Mi padre debía de tener mucho talento.

—No, hija: él era un artista, pero si queríamos vivir, tenía que pintar fachadas.

—Marta ya está alucinando —interrumpió Cristina—. Se imagina que su padre es una especie de Picasso.

Le lancé una mirada asesina.

—No te burles de tu hermana —la reprendió mi madre—. Además, Janik tenía un talento excepcional y eso también supuso parte de nuestros problemas. Su carácter se iba marchitando día tras día con aquel trabajo de brocha gorda, y yo era una niña; estaba tan asustada con la que se me venía encima que no sabía cómo animarlo. Cuando naciste tú, la situación empeoró. Mis padres no vinieron a verte: era como si estuviera muerta para ellos, y a mí la maternidad me quedaba muy grande. No sabía

cuidar de un bebé que lloraba día y noche. Al cabo de un año me sentía agotada, sin fuerzas y absolutamente derrotada. Janik y yo no dejábamos de discutir y un buen día hice las maletas y me marché a Madrid. Le escribí una nota diciéndole que no podíamos seguir así, que nos estábamos haciendo infelices el uno al otro y que eso no era bueno para nosotros ni para ti. Los abuelos me recibieron al principio a regañadientes, pero la abuela, nada más verte, se enamoró de su nieta y al final me dejaron quedarme con ellos una temporada.

—¿Y él no fue a buscarte? ¿Se rindió tan fácilmente...?

—No, claro que no. Janik era un hombre de palabra. Se presentó en casa de los abuelos; suplicó que volviera a su lado, pero yo no lo quería volver a ver. Si me hubiera reunido con él habría vuelto a su lado y a los pocos meses habríamos estado en la misma situación: odiándonos el uno al otro. Al cabo de una semana, dejó de presentarse en casa de los abuelos y se volvió a Londres. No supe más de él. Tan solo unos meses antes de casarme con Alfredo, cuando le pedí la autorización para cambiar tus apellidos y ponerte los de tu padre. Esa fue la última vez que hablamos.

La habitación se quedó en un incómodo silencio. Tan solo unos minutos después me surgió una pregunta.

—¿Tienes una foto de él?

—Sí. Solo guardé una en la que estáis tú y él, jugando en la arena de la playa. ¿Quieres verla?

Dudé un instante si quería saber cómo era el rostro de mi padre. Él no había intentado ponerse en contacto conmigo durante esos años. ¿Cómo podía vivir sabiendo dónde estaba y sin querer saber de mí? Sin embargo, ahora que conocía su nombre y apellido y que no era un ente extraño en mi vida, necesitaba ponerle cara.

—Sí, me gustaría ver cómo es.

Mi madre, que parecía de repente mucho más vieja, caminó hacia su habitación. Cris me miraba preocupada, como si quisiera averiguar mis pensamientos y emociones.

—Toma, aquí está. Tú tenías seis meses.

Mis dedos temblaban cuando cogí la foto y fijé la vista en el hombre que me sostenía en su regazo mientras yo clavaba una pala en la arena. Su cabello fue lo primero que captó mi atención: era dorado y ondulado y le caía sobre los hombros. Sus ojos eran rasgados y se debatían entre el gris y el verde. Nariz pequeña, cara pecosa y mentón afilado. Mi padre y yo éramos como dos gotas de agua. Incluso se le veía delgado y con la piel tan blanca como la leche.

—¡Jo, mamá, qué buen gusto! —No me había dado cuenta de que Cris observaba la foto por encima de mi hombro—. Os parecéis un montón, Marta.

Sentí dos lágrimas que caían lentamente por mis pómulos. ¿Por qué nunca quiso conocerme? Mi madre, como si hubiera leído mi mente, respondió a mi pregunta.

—Supongo que los abuelos lograron convencerlo de que éramos muy jóvenes y no podíamos darte la vida y la estabilidad que una niña necesitaba. Además, ellos se

comprometieron a llamarlo en el caso de que tú necesitaras algo, pero yo me encargué de que eso no sucediera nunca. Me esforcé por sacarte adelante y darte una buena vida. Cuando conocí a Alfredo, él era todo lo que necesitábamos: un hombre honrado, trabajador, educado, tranquilo, maduro...

Mi hermana la miró con desconfianza antes de interrumpirla.

—¿Acaso no estabas enamorada de papá? Dime que no te casaste solo por tener una vida mejor. —Noté en su tono tanto dolor como el que podía sentir yo. Cristina también sufría las consecuencias de las decisiones de mi madre.

—Cristina, si te soy sincera, no sé qué sentía por él en aquel momento. —Mi madre se tomó un minuto para ordenar sus ideas—. Quería a tu padre, pero no lo amaba de aquella manera.

—No lo amabas como al padre de Marta. ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—Sí y no. Era un amor distinto. No tan pasional, pero sin duda era amor. He pasado toda una vida creyendo que no le quería; de ahí que nos separáramos hace unos meses, pero ahora...

—¿Ahora qué? —inquirió Cristina.

—Sé que lo amo y que no puedo vivir sin él, pero tu padre necesita tiempo. Necesita que se lo demuestre, y eso es justo lo que estoy haciendo.

—Qué fuerte, Oprah Winfrey mataría por conocer a esta familia —murmuró Cris. No podía entender cómo mi hermana podía pasar del enfado al humor en dos segundos y medio. Quizá era su mecanismo de defensa para sobrevivir a una familia de locos.

Dejé la foto de mi padre en la mesa y me enjuagué las lágrimas con la servilleta bordada del ajuar de mi madre. No sabía cómo lidiar con toda la información que me había dado. De repente, era una mujer con una historia nueva. En aquel momento me pregunté si mi vida habría cambiado en algo en el caso de que doña Lucía me hubiera contado la historia de ella y Janik la primera vez que le pregunté sobre la identidad de mi padre. ¿Habría sido una Marta distinta? Supongo que no. ¿Qué diferencia hay entre creer que has sido abandonada por tu padre cuando eras un bebé o saber que él no se había puesto en contacto contigo durante todos estos años? Ninguna.

—¿Y qué quieres que haga yo ahora que sé quién es él? ¿Por qué me lo cuentas ahora? —me dirigí a mi madre intrigada. No sabía si estar enfadada con ella o agradecida...

—Cariño, no pretendo nada. Si quieres conocerlo, perfecto: lo entenderé. Y si no, estás en tu derecho.

¿Quería conocer a mi padre? No. Ya no lo necesitaba. Me habría gustado conocerlo cuando con seis años mi profesora me pidió que dibujara mi árbol genealógico; o en cada uno de mis cumpleaños, cuando tenía que soplar las velas y mi deseo era que un día se presentara en mi puerta y me dijera que era la niña más bonita del mundo. Después de veinticinco años, ya me había percatado de que nunca le había importado y no le importaría.

—No. Lo cierto es que no me interesa tener un padre ahora —contesté con desdén—. Pero no me has respondido a mi segunda pregunta. ¿Por qué has decidido hoy contarme la verdad? ¿No crees que es demasiado tarde?

Mi madre desdobló y volvió a doblar una de las servilletas antes de hablar. Estaba nerviosa. Por su mirada, sospechaba que todavía no tenía muy claro si debía responder a aquella pregunta. Al final, pareció inclinarse por seguir sincerándose con nosotras. No sé si me gustaba esta nueva versión honesta de mi madre.

—Nunca es tarde, Marta. Eso lo aprendí hace poco, y ¿por qué te lo cuento ahora? Han pasado más de seis meses desde que rompiste con ese cantante y todavía sigues deprimida. No quiero que te conviertas en lo que he sido yo: en una mujer que se ha pasado media vida preguntándose si dejando al hombre que quería había hecho lo mejor o no. Yo no lo intenté lo suficiente. Tiré la toalla demasiado rápido y odiaría que tú hicieras lo mismo.

Ella desconocía los verdaderos motivos por los que rompí con Nick. Si se los hubiera contado, ahora mismo yo estaría encerrada en un convento de monjas de clausura.

—Mamá, mi situación es mucho más complicada de lo que parece...

—A veces somos los humanos los que complicamos las cosas ignorando a nuestro corazón y guiándonos por lo que se debe hacer o lo que se espera de nosotros. —Aquello tenía pinta de haberlo leído en un libro de autoayuda, pero sonaba bien—. Te lo vuelvo a repetir, Marta: en ese vídeo estabas resplandeciente. Con menos ropa de la que a mí me gustaría, pero eras feliz. Jamás te había visto así, y ¿has oído la letra de su canción? Por lo poco que he podido entender, ese chico está loco por ti.

La verdad es que apenas había prestado atención a la letra. Llámame superficial, pero estaba más preocupada de que no se me viera copulando como los protas de *Naturaleza salvaje*.

—Un hombre que ama a una mujer no saca sus fotografías íntimas y las expone en un videoclip sin pararse a pensar en las consecuencias que puede tener en su vida —les recordé.

—Era una declaración de amor, Marta. ¿No lo ves? —apostilló Cristina.

—Pero ¡si hace un momento me estabas convenciendo para que lo denunciara!

—Ya, bueno, pero no sabía que con él eras más feliz que Dora la Exploradora.

Mi madre se echó a reír por la ocurrencia de mi hermana pequeña.

Entonces fui consciente de algo en lo que no me había parado a pensar: que doña Lucía había colgado sus hábitos de madre por primera vez en su vida y me estaba hablando de mujer a mujer. No me estaba juzgando, ni reprendiendo, ni ordenando; simplemente quería mostrarme que ella un día también fue como yo: se enamoró, se equivocó, cometió errores y sufrió. Me estaba ofreciendo su experiencia y su consejo. Y, ante todo, estaba respetando mi decisión.

—Gracias, mamá. Lo pensaré. —Fue lo único que pude decir antes de ofrecerle un abrazo de oso. Escondí mi cara en su regazo, como cuando era niña y me daba

vergüenza hablar con extraños.

Sus manos dudaron unos instantes antes de acariciar mi cabello y mi espalda con esa ternura que solo puede ofrecer una madre a su hija. Mi gesto la había pillado por sorpresa. Yo nunca había sido demasiado cariñosa con ella. Ese galardón se lo llevaba Cristina. De hecho, mi hermana pequeña no tardó en unirse a nosotras y rodearnos entre sus brazos.

—Eres una pelusona —bromeé con ella.

—Y tú una *pelo chichi*.

—Como te oiga pronunciar otra vulgaridad más, te juro que te corto la línea del móvil —sentenció mi madre.

Cris la miró horrorizada y fingió cerrar sus labios con llave y candado. Mi madre y yo nos sonreímos al ver su cara: mi hermana tenía veinte años, pero seguía siendo la misma payasa de siempre. Mis ojos volvieron a inundarse de lágrimas, pero en esta ocasión eran de esperanza. Por fin mi madre, mi hermana y yo parecíamos una familia unida.

LOCURA

Nada más terminar de cenar, me despedí de mi madre y mi hermana y me fui a casa. Cristina decidió quedarse un rato más y ayudar a mi madre a recoger. A mí la tensión que me había generado la historia de mis padres me estaba pasando factura y necesitaba la soledad y el silencio de mi hogar para ordenar la cabeza. Acababa de descubrir quién era mi padre y que no me había abandonado; y, por supuesto, estaba lo del videoclip. No podía pasar por alto que Nick me había expuesto ante todo su público sin mi autorización. Él no tenía derecho a jugar con mi vida.

Y luego estaban las palabras de mi madre: «Ese chico está loco por ti». Claro que estaba loco. Una persona en su sano juicio jamás habría hecho algo así. Especialmente él, que conocía mi reticencia a mostrarme ante los demás.

Siguiendo en mi línea masoquista, en cuanto llegué a casa encendí mi portátil y busqué el vídeo en YouTube. La canción se titulaba «*Fickle as hell*» («Caprichosa como el infierno»). Se me pusieron los pelos de punta al comprobar que lo habían subido hacía tres horas y ya lo habían visto mil doscientas personas. Le di al *play* y lo reproduce a pantalla completa. Traté de prestar atención a la letra de la canción y no rayarme con las imágenes que salían proyectadas en aquel cielo azul.

Cuando terminé de escucharla, esta vez con todos mis sentidos puestos en ella, supe que mi hermana tenía razón: aquella canción era una declaración de amor. No contenía palabras bonitas ni versos románticos. Al contrario, era tormentosa, ruda y directa. Era Nick. Hablaba de soledad, amargura e impotencia. En definitiva, de cómo se sentía el cantante sin mí.

«... El destino te lo da todo y al instante te lo quita, veo cómo otros me roban la vida, tú me subiste a la cima, yo pierdo, tú pierdes... Estás muerto aunque respiras. Eres una sombra, una tormenta... Caminas por el precipicio, agarra mi muñeca... La vida es caprichosa como el infierno, ¿lo sabías, ángel?...».

Yo le había contado cuánto me aterrorizaba caer de nuevo en el precipicio, la alusión a la cicatriz de mi muñeca... No había duda: aquella canción hablaba de mí. De mi historia, de mi pasado... Y probablemente también de él. Yo le prometí darle todo, irme a vivir con él, compartir una vida... y se lo había quitado de golpe.

No sé cuántas veces pulsé el botón de reproducir. ¿Ocho? ¿Diez? ¡A saber! Perdí la cuenta. Solo cuando fui capaz de tomar una decisión definitiva respecto a Nick, conseguí apagar el ordenador e irme a dormir. Hacía meses que no me sentía tan en paz conmigo misma. Sabía que esa calma no duraría mucho. Solo esperaba no perder mi determinación cuando saliera el sol a la mañana siguiente.

Como sospechaba, la paz que sentí la noche anterior antes de irme a dormir se fue por la taza del váter en cuanto puse un pie fuera de la cama. Tenía los nervios a flor de piel y no hacía más que dar vueltas por mi casa con el móvil en la mano, repitiéndome a mí misma que iba a hacer lo correcto. Dicen que la vida es de los valientes y yo quería agarrarme a ella, así que tenía que echarle agallas y ver a Nick. Después de darle vueltas y vueltas al consejo de mi madre, había decidido hacerle caso y ofrecerle una oportunidad. O pedírsela yo. A esas alturas, ya no sabía cuál de los dos tendría que pedir perdón: él por ocultarme su pasado y darle una paliza a mi exnovio o yo por no haberle permitido que se explicase. Me había escudado en sus problemas de ira para dejarlo, cuando el verdadero motivo era que me aterrorizaba enamorarme perdidamente de él y arriesgarlo todo, especialmente mi corazón. Ese era mi problema: estaba atada al miedo. Miedo a que me hicieran daño. Miedo al abandono.

Este era mi reto personal. Mi oportunidad para enfrentarme a mis fobias. De aquella batalla podía salir escaldada. Había muchas probabilidades de que Nick ya no sintiera lo mismo por mí: había pasado bastante tiempo y, por mucho que me expusiera en aquel vídeo, ¿quién decía que no lo hubiera grabado hacía meses? O que se estuviera vengando de mí porque me había visto con Fran en la Fnac. ¿Quién sabía? A lo mejor se partía de risa en mi cara.

Una cosa estaba clara: tenía que ir con cuidado, porque... no tenía la autoestima para muchos trotes.

Después de echarlo tres veces a pito pito gorgorito y que todos los resultados fueran afirmativos, no me quedó otra que hacer la dichosa llamada. Recordé que había borrado el número del móvil de Nick y su último mensaje, así que no tenía manera de contactar con él. Podía llamar a los chicos de la banda, pero no creo que me dieran su número. Solo me quedaba un comodín: Daniel Aguado.

Mientras marcaba el número de mi antiguo jefe me preguntaba qué camisa llevaría ese día y, sobre todo, qué narices le iba a decir para que me diera el número de teléfono de Nick Mendoza.

—Daniel Aguado, dígame.

—Señor Aguado, no sé si se acuerda de mí. Soy Marta García, la antigua asistente de...

—¡Mujer! Pues claro que me acuerdo. ¿Qué tal te trata la vida? —Girasoles: llevaba la camisa de girasoles, seguro.

—Bien, gracias. ¿Y qué tal van las cosas por la discográfica?

—Como siempre... Mucho lío con el éxito del segundo disco de los chicos, pero contentos con los resultados. Por cierto —se aclaró la garganta—, ¿te ha gustado cómo ha quedado el clip de «*Fickle as hell*»?

Leches, no había caído en que el señor Aguado habría visto aquel vídeo musical. Uf, no sabía qué decir.

—Bueno... Digamos que me ha sorprendido.

—A mí también me llamó la atención que nos hubieras cedido esas fotos, pero me confirmaron en el departamento legal que Nick les había pasado los documentos con tu derecho de cesión.

Perfecto. Nick Mendoza había pasado unos documentos falsos a la discográfica que le tenía contratado. Dios, ¿por qué me había enamorado de un tipo tan pirata?

—De eso mismo quería hablar. He perdido el móvil y no tengo el número de Nick. Quería hablar con él y los chicos para decirles que me había gustado mucho el vídeo.

—Por supuesto. Espera un segundo que lo busque... Anota.

Apunté el número en una servilleta de papel y antes de despedirme prometí pasarme por Sound Music y hacerle una visita.

Miré el reloj. Eran las once de la mañana y probablemente estaría durmiendo. Si no había perdido memoria, los rockeros no estaban operativos antes de las doce. «¡Qué se jorobe!», dije para mí, y marqué su número.

Piiiiiiii, piiiiiiii, piiiiiiii... Nada. Colgué antes de que me saltara el buzón de voz. Al instante pulsé la tecla de rellamada.

Piiiiii, piiiiii, piiiiii... Tampoco respondió.

Me lo imaginé despatarrado en su cama después de una noche de excesos y abrazado a alguna golfa... o dos. Ya puestos a torturarme, me lo imaginé con tres. Antes de que mi determinación se tambaleara y me diera cuenta de que estaba perdiendo el tiempo con él, volví a intentarlo por última vez. Tuve tanto éxito como las veces anteriores. Más deprimida que nunca, bloqueé el móvil y lo lancé contra el sofá.

En el instante en el que cayó sobre el cojín, comenzó a vibrar y la voz desgarradora de Sia cantando «*Chandelier*» inundó mi salón. Curiosamente, aquella canción sobre el alcoholismo de la cantante me recordaba mi relación tóxica con Nick:

«Voy a vivir como si el mañana no existiera...».

Antes de que saltara mi buzón de voz me tiré en plancha al sofá, golpeándome el dedo gordo del pie con la pata de madera maciza de la mesa de centro.

—¡Aaaauch! —grité mientras pulsaba el botón de descolgar.

—¿Marta? ¿Eres tú? —Suspiré. Era Nick. Le oí aclararse la garganta un par de veces—. ¿Estás... bien?

—Sí, solo me he dado un pequeño golpe cuando iba a coger el teléfono, pero estoy bien.

Silencio...

—Me has llamado, *Mary Poppins*. ¿A qué se debe ese honor? —Ahí estaba el Nick de siempre y sus maneras petulantes. Bufé.

—Tenemos que hablar de vuestro último videoclip.

Otra vez el maldito silencio.

—Lo has visto y quieres cobrar los derechos de imagen, ¿no es así? Dime cuánto pides y pásame un número de cuenta. Mañana te hacen el ingreso...

¿Ein? ¿Pensaba que quería sacarle la pasta? ¿Por quién me había tomado?

—Nick, ¡no necesito tu maldito dinero! —respondí, ofendidísima—. Solo quiero que ese vídeo no se vuelva a emitir y se retire de Internet.

—Nena, eso no va a poder ser.

—¿Cómo? —«Pero ¿quién coño se creía?»—. Nick, has mostrado unas fotos mías sin mi autorización, por no decir que la mayoría de ellas no sabía ni que las habías hecho. Podría denunciarte por eso.

—Pero no lo vas a hacer —añadió con suficiencia.

—No me tientes, Nick. —Odiaba que me conociera tan bien y, sobre todo, que me hablara con aquel tono de *Dios del rock* que podía hacer lo que le saliera del pito.

—Ven a mi casa y lo discutimos —propuso con firmeza.

—Ah, no, no. Eso ni lo sueñes. Elige un territorio neutral para vernos.

Le oí chasquear la lengua contra el paladar. ¿Le había roto sus planes? ¡Que le dieran!

—¿Recuerdas el Irish Bar? Fue el *pub* donde quedamos la primera vez.

«Capullo, manipulador».

—Busca otro sitio. No quiero quedar ahí. —No iba a dar mi brazo a torcer.

—En el Irish Bar a las tres y no hay más que hablar. O lo tomas o lo dejas.

Mierda, me estaba haciendo el mismo chantaje que la primera vez que quedamos para que me devolviera el teléfono.

Conté hasta diez. Nick era un cabezota y, por su tono, hablaba en serio... Grrrrr... Se me iba a saltar un empaste de apretar los dientes...

—De acuerdo. No sé qué pretendes quedando allí, pero no olvides que no soy la misma chica de hace un año.

—Precisamente ahora me la estás recordando mucho, *Mary Poppins*.

—Vete al cuerno, Nick. Nos vemos en el maldito Irish Bar.

Colgué más mosqueada que una mona. ¿Qué narices había pasado? Yo lo había llamado con la intención de arreglar nuestros problemas y ¿con qué me encontré? Con un Nick crecido, endiosado y tonto del culo. Por eso tuve que echarle en cara el dichoso videoclip. Era cierto que quería que lo retirara, pero mi intención nunca había sido amenazarle con una denuncia. Prefería convencerlo por las buenas, pero con Nick o sacaba las uñas o me comía viva. ¿Y por qué había dado por hecho que yo buscaba dinero? ¿El éxito y la fama se le habían subido a la cabeza? Pues lo que le faltaba. Si cuando le conocí se lo tenía creído, ahora se pasaría los días oliendo sus propias ventosidades.

Me fui al baño, todavía ofuscada, a darme una ducha. Faltaban tres horas para que nos viéramos, pero necesitaba relajarme y solo lo conseguiría bajo agua hirviendo. Y ¿por qué no admitirlo...? Necesitaba tiempo suficiente para arreglarme y elegir qué me iba a poner para nuestra cita. O mejor dicho: para nuestro combate de boxeo. La

última vez que nos vimos, aquella tarde en la firma de discos, yo iba hecha un verdadero desastre. Esta vez quería demostrarle que estaba mejor que nunca, que nuestra separación me había sentado mejor que un tratamiento en Natura Bissé.

Entonces me di cuenta de algo en lo que no había caído. Se suponía que yo quería volver con él y, por la línea de pensamientos que estaba teniendo, parecía que me estaba preparando para ir a la guerra y descuartizar al enemigo. Uf... ¿Por qué todo era tan complicado con Nick?

Un momento después, mientras me escaldaba la piel bajo la ducha, me dije a mí misma que ni muerta le serviría mi corazón en bandeja de plata. Aquel bruto se lo merendaría como si fuera un vulgar pepito de ternera.

Llegué diez minutos tarde al Irish Bar. Lo reconozco: me retrasé adrede. No quería que pensase que me tenía comiendo de su mano y, ¿por qué no decirlo?, también era una especie de prueba. Si cuando llegase no se había marchado, era que estaba interesado en verme.

Lo sé. Sueno a protagonista de serie *teen*. Pero con Nick dejaba de comportarme como una mujer madura y me convertía en un saco de hormonas.

Una prueba de que había sufrido una regresión a los quince fue mi momento de elegir ropa. Estuve más de una hora revolviendo el armario sin saber qué ponerme, y estoy hablando de mi armario, que es la versión de unos grandes almacenes en rebajas: montoneras de camisetas, faldas, zapatos unos encima de otros... Para escarbar en él tenía que ponerme un casco de obra: si tiraba de un vestido colgado en una percha, era probable que se desplomaran sobre mí cinco bolsos cargados de zapatos de plataforma. Y la verdad sea dicha: tampoco sabía por qué me estaba jugando la vida haciendo espeleología en mi ropero. Iba a comer con un tío que lo más elegante que se había puesto en su vida era una camiseta con una flecha apuntando a su bragueta donde decía: «Esto es un control rutinario de alcoholemia, por favor, sople aquí». Así que podría haber salido con unos pitillos vaqueros, mi camiseta de Dolores Promesas de «No tengo desperdicio» y mis Converse rosas. Cómoda, casual y... Nick no pensaría que quería impresionarle.

Sin embargo, en el último minuto me dije que esa no era yo. Jamás salía a la calle sin mis tacones. Por ridículo que pareciera, ir subida en un andamio me daba seguridad. Me hacía sentir poderosa (o esa era la justificación que yo me había dado, porque siempre odié ser tamaño llavero). El caso es que justo antes de salir de casa recordé que me había dejado una pasta en terapia para descubrir que no tenía que empeñarme en gustar siempre a los demás. No debía obsesionarme por encajar con Nick como si fuera una miserable pieza de un puzle 3D.

Me quité la ropa a la velocidad del rayo y me adentré en la cueva (mi armario) para rescatar una falda lápiz de cuero negra, con una abertura en el centro muy femenina, y una blusa blanca romántica de encaje algo monacal, pero que a mí me

encantaba. Con un poquito de curvas y unos pechos decentes habría estado cañón; claro que de donde no hay, poco se puede sacar. Del fondo de las profundidades pesqué unos zapatos de Valentino con talón descubierto, con la punta en *nude* y tiras con tachuelas. Fueron un regalo de Navidades de mi madre y se lo agradecí porque con mi sueldo de profesora no podría haber pagado ni la pegatina antirrobo de la suela.

Cuando me volví a mirar en el espejo, sonreí. Esa sí era yo: ni guapa, ni fea, ni sexi, ni exuberante, ni Gisele Bündchen ni Miranda Kerr. Era simplemente Marta. Una chica normal y corriente, tirando a mona. Frente al espejo, me maquillé en tonos suaves, me perfilé discretamente los ojos, me di dos capas de máscara de pestañas y, como toque de color, cubrí mis labios de rojo. Siempre rojo. Cuando comprobé que cada uno de mis rizos estaban perfectamente marcados y no parecían un manojito de algas despeluchadas, cogí mi bolso maletín cereza y salí por la puerta con la firme convicción de que, pasara lo que pasase aquella tarde con Nick, Marta García no volvería a su casa hundida en la miseria.

En cuanto escuché el sonido de la puerta del Irish Bar cerrándose tras de mí, me sentí como una prisionera cuando oye los cerrojos de su celda. Al parecer, mi coraje y mi determinación se habían quedado en el autobús que me había llevado a la zona centro de Madrid. Ya no había vuelta atrás. Si Nick no se había cansado de esperar, tendría que enfrentarme a él y aceptar lo que me estuviera guardando el destino.

Me quité las gafas de sol y las guardé en el bolso. Parpadeé varias veces para adaptarme a la escasa luz de aquel local y comencé a caminar entre las mesas. El Irish Bar estaba tal y como recordaba: los mismos camareros, la decoración retro irlandesa, antiguos carteles publicitarios de distintas cervezas... No me hizo falta buscar a Nick entre las mesas porque sabía dónde me estaría esperando: en la más apartada, al fondo, escondida tras una columna. La misma donde nos sentamos hacía ya casi un año.

Y no me equivoqué. Allí estaba él. Tan guapo como siempre y con la vista clavada en su cerveza, mientras sus dedos jugueteaban a arrancar la etiqueta de la botella. Extrañamente, llevaba una camiseta blanca otra vez y encima una camisa vaquera con los puños doblados hasta los codos. Sus antebrazos estaban en tensión, porque desde aquella distancia podía ver sus venas perfilándose entre los dibujos de sus tatuajes. El rockero seguía siendo sexi hasta decir basta y tenía el cabello más estupendo que un hombre podía poseer. Le caía, negro como la noche, en torno al rostro, y cuando levantó su cara hacia mí hizo ese gesto tan mono de soplar uno de sus mechones para apartárselo de los ojos. Por Dios. Ese hombre era glorioso.

—Estás aquí. —Creo que fue lo que dijo, porque me quedé absorta mirando su boca. O paraba de observarlo o estaba perdida.

—Perdón por el retraso —me excusé falsamente. Entonces, la mesa se tambaleó

un poco y vi que se levantaba de la silla. Aproveché para quitarme la chaqueta de punto gris que llevaba encima y sentí que su rostro se acercaba al mío lentamente. Al principio pensé que buscaba mi boca, pero luego posó sus labios sobre mi mejilla. Labios carnosos y suaves, por cierto. Recordé que esa boca era la bomba y yo a ese paso parecería el perro de Pavlov salivando.

—¿Has comido? —Negué con la cabeza—. Yo tampoco. Las hamburguesas aquí son alucinantes. Yo pensaba pedirme una, ¿quieres tú otra?

—Prefiero una ensalada mediterránea y una Coronita, por favor.

Nick frunció el ceño, pero no dijo nada. Al verlo caminar hacia la barra me quedé embobada con él. ¿Por qué de repente me parecía más alto, más guapo, más sexi y más todo? Tenía un cuerpo espectacular y unos ojos maravillosos. Y cómo se le ajustaba a los pectorales esa camiseta... Quién fuera camiseta...

Al rato volvió a la mesa con mi cerveza y otra para él.

—¿Cómo te va la vida? —preguntó como si fuéramos dos amigos que llevan años sin verse. Dio un trago a su botella sin dejar de mirarme. Dios, esos labios otra vez.

—Bien. Como siempre. —Carraspeé. Recordé entonces la conversación con mi madre—. Bueno, he descubierto algo...

—¿El qué? —Parecía interesado en lo que le pudiera contar. Eso era buena señal, ¿verdad?

—Al parecer, mi padre nunca nos abandonó a mi madre y a mí. Fue ella quien lo dejó —le comenté en un falso tono casual.

—¿Y eso cambia las cosas? —Sus ojos estudiaron mi cara.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué iba a cambiarlas?

—Pensé que quizá querías conocerlo.

—No, en absoluto. Nunca ha tenido intención de verme, así que tampoco es que yo le importe demasiado.

—Ya... Te entiendo.

Por la forma en la que pronunció aquellas palabras me asaltó la curiosidad.

—¿Tu padre se ha puesto en contacto contigo alguna vez?

—No, jamás. —De nuevo me congeló la frialdad de su tono y de su mirada. Nick seguía convirtiéndose en hielo cuando hablaba de su pasado. Ains... Su pasado.

La camarera llegó con nuestros platos. Cuando dejó el mío sobre la mesa miré interrogante a Nick. Yo no había pedido una hamburguesa.

—Has adelgazado, Marta. No te va a pasar nada porque metas algo de grasa en ese cuerpo diminuto.

—¿Desde cuándo eres mi madre? —Por la mueca que puso, no le hizo mucha gracia la comparación, y a mí tampoco me la hacía estar justificando siempre mi peso.

—Solo estaba preocupado por ti, pero si te va a causar un trauma te pido tu ensalada. —Oh, oh... Se estaba enfadando.

—No te molestes, me la como; pero no vuelvas a pedir por mí. —Y le di un

bocado con toda la mala leche del mundo a la hamburguesa, que, por cierto, sabía a gloria bendita.

Comimos en silencio durante unos minutos, hasta que *el Dios del rock* tuvo que abrir de nuevo la boca.

—¿Y qué tal te va con el *hippy* de los pantalones de payaso? —No sé si me molestaba más que se dirigiese despectivamente a mi amigo o el retintín con que lo dijo.

—Fran es solo un compañero de trabajo. Así que no tienes de qué preocuparte. —Nada más soltar aquello fui consciente de mi metedura de pata. Se haría el durito y me respondería con alguna fresca por haber dado a entender que yo le importaba.

—No me preocupa ni lo más mínimo —contestó con chulería—. Si conseguí meterme en tus bragas cuando salías con el melenitas, ¿por qué no lo iba a hacer ahora?

¿Ves? Si ya lo conocía yo...

—No te meterás en mis bragas porque no las llevo, listo. —¿Eso lo había dicho yo? Parecía ser que sí.

Nick se echó a reír con arrogancia.

—Mejor, así no tengo que pelearme con todos esos encajes y lacitos que llevas siempre.

—Hablemos de lo que nos interesa: el vídeo —dije con brusquedad. Necesitaba cambiar de tema o terminaría soltándole una bofetada.

—No lo vamos a retirar te pongas como te pongas, *Mary Poppins*.

—Eres un irresponsable y un irrespetuoso. —Levanté mi dedo índice amenazante—. No te has parado a pensar en la imagen que has dado de mí. Tengo una vida. Trabajo con niños. Imagina qué pensarán sus padres si un día me ven medio en cueros y orgasmizada en el televisor de su casa. Por cierto, me prometiste que borrarías el vídeo que me grabaste mientras teníamos sexo.

—Pues mira, no lo borré y me alegro, porque me ha dado mucho juego en estos últimos meses. Serías una buena actriz porno, *Mary Poppins*. —Y comenzó a parodiarme como en el videoclip.

—Deja de hacer esos gestos. Yo no pongo cara de perversa como haces tú.

—Uy, sí, sí que la pones... Y cada vez que veo la grabación me pongo a cien, para que lo sepas. —Y se pasó la lengua por los labios como un depravado. Luego rompió a reír.

—Si sigues haciendo obscenidades, me voy —le advertí.

—Venga, Marta, no exageres con el tema del vídeo. —Su tono parecía ahora más serio—. La gente pensará que hiciste de modelo para el clip y nada más. No tienes que hacer una montaña de un grano de arena.

—¿Y Xavier qué? Puede creer que estamos juntos.

Nick frunció el ceño de repente.

—¿Qué tiene que ver ese imbécil? ¿Ha intentado ponerse en contacto contigo?

Ostras, recordé que él no sabía nada de mi última charla con mi ex.

—No, pero para que te enteres, me dio su palabra de no denunciarte si yo no volvía contigo. Ahora dará por hecho que seguimos juntos y se vengará.

—Hijo-de-puta —espetó, parándose en cada una de las palabras. El tono de su voz sonó amenazador, pero lo que más me asustó fue su mirada cargada de ira. Cerró los ojos unos segundos y se agarró el puente de la nariz con sus dedos pulgar e índice. Solo volvió a hablar cuando estuvo más calmado—. Por ese imbécil no te preocupes. Está controlado.

—¿A qué te refieres con que está controlado? —Algo me decía que no quería oír la respuesta.

—A ver, *Mary Poppins*. ¿Eres tan inocente que pensabas que él no iba a tratar de chantajearme? Pues te equivocaste. Al final, tuve que darle pasta para que cerrara la boca y, de paso, para que se mantuviera alejado de ti. Siento decírtelo yo, *Zapatitos*, pero te puso precio y tuvimos que negociar largo y tendido...

Sentí cómo la sangre abandonaba mi cuerpo. ¿Había pagado por mí? ¿Qué se creían aquellos dos? ¿Que estaban pujando por una muñeca hinchable en un programa de subastas?

—No puedo creer lo que estoy oyendo —murmuré sin dar crédito.

—Si te sirve de consuelo, me saliste bastante cara, pero tú lo vales todo, *Zapatitos*. Eso sí, tendrías que haberle visto temblando cuando un colega mío le explicó cómo le dejaría la cara si se acercaba a nosotros.

¿Había contratado a un matón para amenazar a Xavier? ¿Y me lo contaba así de fresco? ¿Dónde narices me estaba metiendo yo? ¿En la mafia? ¡Virgen santa! Y pensar que horas antes estaba casi decidida a pedirle una segunda oportunidad...

—No me mires así, Marta. Todo lo he hecho por ti. Deberías darme las gracias.

—Pero ¿te estás oyendo? —Levanté la voz. Me importaba un bledo si alguien me escuchaba—. La gente normal no va pagando a sicarios. La gente honrada no trata con esa gentuza. ¿Es que eres El Padrino?

—Quizá yo no soy gente normal porque no he tenido una vida normal, ¿no lo has pensado? Pero en tu mundo de zapatitos de lujo también hay gentuza, ¿o cómo definirías a tu exnovio?

—No puedo más. —Lancé mi servilleta sobre el plato, cogí la chaqueta y el bolso y me levanté de la silla.

—¿Dónde vas? —Sentí que Nick me agarraba de la muñeca con fuerza.

—Lejos de ti. Al Polo Norte si hace falta, ¡y suéltame, leches!

Traté de desasirme, pero él no me lo permitió. Me iba a cortar la circulación.

Se levantó de la silla a la vez que yo y dejó caer varios billetes del bolsillo sobre la mesa. Luego tiró de mí hacia la calle, importándole un pimiento que el resto de clientes estuviera mirándonos con la boca abierta. Me moría de la vergüenza. ¿Qué pensaría aquella gente de nosotros? ¿Qué éramos de esas parejas que se molían a palos? Puse cara de que no pasaba nada y que aquel troglodita no me estaba

arrastrando por todo el local, mientras le clavaba la punta de mis zapatos fabulosos en la espinilla.

—Suéltame o me pongo a gritar hasta que alguien llame a la policía —amenacé una vez que salimos a la calle.

—Inténtalo si te atreves —respondió con chulería.

—¿Me estás amenazando? —Le clavé el dedo en el pecho. Jamás me había sentido tan fuera de mis cabales—. A mí no me das miedo, *Dios del rock*. Me da igual que te hayas cargado a un tío o estés medio trastornado...

Me quedé paralizada. ¿Esas palabras habían salido de mi boca? Por la cara que puso Nick, la respuesta era: sí. Y por el dolor y la confusión en sus ojos, me dije que me había pasado tres pueblos y medio echándole en cara su pasado. Él soltó mi brazo y dio un paso atrás alejándose de mí. No, no y no. Era la primera vez que veía en su mirada auténtico dolor. Nick jamás se mostraba vulnerable ante nadie. Si algo le molestaba, sus ojos se volvían fríos, amenazantes y respondía con ira o con esa arrogancia que a mí me sacaba de quicio. Pero ¿tristeza y sufrimiento? Esos dos adjetivos no encajaban con el hombre que yo conocía. Y la responsable de su dolor había sido yo.

—¡Maldita sea! —gruñí.

Sin pensarlo dos veces, tiré al suelo mi bolso y mi chaqueta y di un paso hacia él. Parecía confuso cuando apoyé mis manos en su nuca y le obligué a bajar su cabeza hacia mí. Pegué mi cuerpo al suyo y, de puntillas, fui desperdigando pequeños besos sobre su boca.

—Lo siento. Perdóname... —Besos—. No quise decir eso... —Más besos—. No me importa tu pasado... —Media docena más de besos.

Esperé a que reaccionara, pero él seguía completamente inmóvil, con sus brazos caídos a lo largo de su cuerpo. Cuando pensé que Nick me apartaría, sentí sus manos en torno a mi cintura y cómo mis pies dejaban poco a poco de tocar el suelo. Una vez que me tuvo a su altura, sus labios se entreabrieron y presionaron con fuerza mi boca. En cuanto sentí la punta de su lengua tratando de abrirse camino, le di la bienvenida con una sonrisa. Nuestras bocas comenzaron a devorarse con desesperación. Me agarré con fuerza a su cuello, aunque por la forma en que me sostenía sabía que no me dejaría caer. Ya no parecía que estuviéramos comiéndonos a besos en una de las calles más transitadas del centro de Madrid. Desapareció la gente de alrededor, dejé de escuchar el tráfico de coches, la sirena de la policía que un segundo antes sonaba de fondo... Éramos él y yo recordándonos, necesitándonos, sintiéndonos...

No sé si fueron las risillas de un grupito de adolescentes o el carraspeo de una abuela lo que nos hizo separarnos. Con la respiración acelerada, Nick me volvió a dejar en el suelo. Como yo seguía en estado hipnótico, él se agachó a recoger mis cosas, que (gracias a Dios) seguían tiradas a mis pies. No me habría enterado de que me robaban el bolso aunque el ladrón nos hubiera cantado una canción de Malú.

Mientras me ponía la chaqueta de punto, le miré esperando a que me sonriera. O

que me soltara alguna cochinada de tipo sexual a las que me tenía acostumbrada. Cualquier cosa, excepto aquel silencio tan incómodo. Eso no me lo esperaba. ¿Se arrepentía de haberme besado?

—Di algo —susurré algo avergonzada.

—No sé qué decir... —Se pasó los dedos por el pelo mirando al suelo y luego levantó la vista hacia mí—. No sé qué pretendes, Marta. Me estás volviendo loco. Tan pronto me quieres como me odias; tan pronto me gritas como me estás besando. No podemos estar juntos, pero tampoco separados. Creo que debemos tomar una decisión y, sea cual sea, aceptarla por parte de ambos. Pero..., Marta, no podemos seguir así.

Tampoco me esperaba que esa fuera su reacción después de habernos besado de aquella manera. Reflexioné sobre sus palabras y no pude llegar a otra conclusión que no fuera la misma que la suya: no podíamos seguir así. Funcionábamos bajo una dinámica que solo nos provocaba más y más dolor.

—Tienes razón —acepté—, tenemos que hablar y tomar una decisión respecto a nosotros.

De repente, un miedo inesperado se apoderó de mí. ¿Sería el final de Marta y Nick? Esperaba que no. ¿O sería mejor poner fin definitivamente a lo nuestro? Lo nuestro. ¿Qué era lo nuestro?

Estaba hecha un lío. Exactamente igual que el día en que le conocí.

Nick me propuso que fuéramos a su casa para tener nuestra conversación: estaba a diez minutos andando desde el Irish Bar y allí no correría el riesgo de que lo reconociera algún fan. Al principio pensé que estaba exagerando, pero cuando dimos diez pasos y un jovencito de trece años se acercó a pedirle un autógrafo, me di cuenta de que, efectivamente, no podríamos estar en un lugar que no fuera privado. «La vida de Nick en estos seis meses se ha complicado», me dije. Ahora tenía que decidir si yo quería complicármela también.

Nos dirigimos hacia su ático de la Gran Vía, uno al lado del otro, en completo silencio. Nick caminaba sumido en sus pensamientos, con los pulgares en los bolsillos y escondido bajo sus gafas de sol. No podía descifrar qué estaba pensando. Supuse que en su fuero interno se debatía sobre cómo decirme que su vida era muy complicada como para añadirle otro problema más. Y el problema era yo.

Cuando abrió la puerta, resultó inevitable que no recordara las últimas horas que pasé en aquella casa. Nick y yo haciendo el amor, pidiéndome que me fuera a vivir con él, Xavier llamando a su puerta, el ruido que hizo su cabeza cuando él se la estrelló contra la pared... Todo estaba exactamente igual a como lo recordaba. Las paredes grises haciendo juego con el suelo, las puertas blancas, las fotos de músicos colgadas formando un mosaico geométrico en el recibidor.

—¿Pasas? —me preguntó algo tenso. No me había dado cuenta de que me había quedado plantada en la entrada como un pasmarote.

Di un par de pasos y esperé a que cerrara la puerta. Luego le seguí hasta la cocina

y dejé el bolso y la chaqueta sobre la barra negra lacada.

—Ponte cómoda y dime qué quieres tomar.

—Una Coca-Cola Zero.

—*Mary Poppins*, creo que nos convendría a los dos tomarnos algo más fuerte. — Ni me molesté en replicarle. Sacó dos vasos de tubo, puso hielo y extrajo de uno de los muebles inferiores una botella de *whisky*.

Cuando me dejó la bebida en la mesa no pude evitar mirar el reloj. Eran las cuatro y media de la tarde. Nunca había bebido tan pronto. Al parecer, Nick sí. Se bebió de un trago su vaso sin esperar a que el hielo se deshiciera un poco y, al momento, se sirvió otro. Se sentó a mi lado en la barra americana y levantó la vista del vaso hacia mí.

—Bueno, dime qué vamos a hacer.

«Si me sigues mirando así, yo lo tengo claro: comerte a besos», pensé.

—Mmmm... No sé.

—Tenemos tres opciones: acostarnos y no volver a vernos jamás, dejarlo aquí o retomararlo donde lo habíamos dejado. Elige.

«¿Puedo pedirme el comodín del público?».

—Elige tú —respondí. «Bravo, Marta. A eso se le llama poder de decisión».

Nick suspiró resignado y bebió de su vaso. Yo el mío ni lo había tocado. Sabía cómo terminaba la combinación Nick, alcohol y yo.

—Yo ya te he dicho mil veces qué quiero de ti, pero ¡no pareces escucharme! — Su voz sonó tan grave que di un respingo del susto. Por si no había pillado todavía que estaba molesto, soltó un puñetazo en la mesa—. ¡Joder! Te lo dije cuando terminó la gira; cuando fui a tu casa para arreglar nuestros problemas y no te dignaste hablar conmigo, y en un mensaje de móvil al que no respondiste. ¡Y te lo digo en cada una de las canciones que he escrito! Ahora solo quiero oír de tu boca qué quieres tú. ¡Y piensa muy bien qué vas a responder porque lo que decidas será para siempre!

Dios, jamás lo había visto tan enfadado conmigo. No podía disimular lo hastiado y harto que estaba por la situación que nos rodeaba. Y encima, si no lo había entendido mal, me estaba dando un ultimátum. O le elegía o le perdía definitivamente.

De pronto, sentí que me ponía muy, pero que muy nerviosa. Tenía la boca seca y en mi estómago se había formado un nudo que no me permitía casi respirar. Pensé, pensé... Tenía que pensar y decidir algo. Mi cabeza me decía que éramos completamente diferentes y a su vez tan sumamente complicados que nos haríamos daño. Nick era sinónimo de problemas. Con él, la vida sería una montaña rusa y yo me mareaba solo con montarme en un tiovivo. Pero entonces mi otro yo me recordó que nunca me había sentido tan feliz, tan segura y tan viva como con Nick; con él era una persona nueva y sin él tenía la chispa de un *walking dead*. Razón... Corazón... Razón... Corazón... Razón...

«Corazón».

—Te elijo a ti para siempre —susurré.

—Dímelo otra vez, pero mirándome a los ojos.

Levanté el rostro hacia él, inspiré con fuerza y volví a pronunciar las mismas palabras.

—He dicho que me quedo contigo para siempre.

Nick expulsó todo el aire de sus pulmones, ¿o fui yo? Ni idea. Estaba tan alterada por haberle confesado mis sentimientos que no era capaz de procesar nada de lo que pasaba a mi alrededor. Ni siquiera podía centrarme en los pensamientos que danzaban por mi cabeza en tropel: ¿me rechazará? ¿Se reirá de mí?

—¿Estás segura, Marta? —Me estaba mirando como si yo me hubiera vuelto loca y entonces comenzó a decir—: Me crié con una drogadicta, maté a un hombre y ya has visto en qué me convierto cuando pierdo el control. Podría hacerte la vida muy difícil.

Ahora era yo la que le miraba como si el loco fuera él. Me estaba tratando de convencer de que él no era una buena elección. Pero ¿en qué quedábamos? ¿Me quería o no? Dios, luego dicen que las mujeres somos complicadas.

—No entiendo a qué viene que me digas esto. ¡Nick Mendoza, me da igual tu pasado o que tengas problemas emocionales! Sé que tú no me harías daño —sentencié. Me estaba lanzando a la piscina y esperaba que nadie hubiera tirado del tapón del desagüe.

—Claro que no, nena. Jamás te pondría una mano encima, eso lo sabes. Ya te lo dije una vez: tú me devuelves la paz. —Se mordió los labios antes de seguir hablando—. Lo que me preocupa es hacerte daño de otras formas, y sé que la voy a cagar una y mil veces.

Se me agotó la paciencia. Aquella conversación era de tontos.

—¡No intentes convencerme de que cambie de decisión! ¿Qué pretendes? Si no me quieres, lo dices y ya está. Pero deja de dar rodeos. —Mis ojos se cubrieron de lágrimas de pena o crispación.

—Pues claro que te quiero: por eso me da miedo no hacerte feliz.

—Da igual, porque sin ti tampoco lo soy. Me dijiste que yo te hago ser mejor persona, ¿no? Pues juntos podemos ser lo mejor el uno para el otro. Solo tenemos que intentarlo. —Y, por fin, me eché a llorar. Y digo «por fin» porque controlarme me estaba matando por dentro.

—Marta, no llores, no me hagas esto... ¿No lo entiendes? Jamás voy a ser capaz de contarte todo mi pasado y mis monstruos se van a interponer siempre entre nosotros.

—Cuéntamelo todo. Yo no te voy a juzgar; cómo podría hacerlo. —Mi llanto era tan desesperado que apenas podía hablar.

Nick sacudió la cabeza y se acercó a mí. Enmarcó mi rostro entre sus manos y clavó su mirada en la mía. Con lo guapo que estaba, y lo veía borroso por culpa de las

lágrimas...

—No puedo hablarte de ello —me dijo con voz atormentada—. Me gustaría poder explicártelo, pero no puedo. No estoy preparado... —Limpió con sus pulgares mis mejillas antes de continuar—. Si me quieres, tendrás que aceptarme como soy.

Sopesé sus palabras. No podía obligarle a revivir algo que evidentemente le hacía daño. Tendría que asumirlo y esperar a que un día tuviese la suficiente confianza para confesar su secreto. ¿Seguiría queriéndole cuando se sincerara conmigo? ¿Por muy espeluznante que fuera su historia?

Sí. Claro que le querría. Porque yo amaba al Nick que tenía enfrente; y al rebelde y arrogante; al irreverente; al comprensivo; al sexi y peligroso; al dulce y tierno. Al reservado, al cariñoso, al descarado y al obscuro. Los amaba a todos ellos. Al niño torturado del pasado, al rockero del presente y, probablemente, al hombre que sería en el futuro.

—Esperaré el tiempo que haga falta, porque sé que un día me lo contarás todo.

Nick no se esperaba aquella respuesta. Sus cejas se elevaron expresando sorpresa y sus ojos se debatían entre creerme y no hacerlo. Como si al final hubiera llegado a una resolución respecto a nosotros, acercó sus labios a los míos y, apenas a dos milímetros de mi cara, susurró:

—No te merezco. No sé si el destino me está compensando por la mierda de vida que he tenido o tú eres la última oportunidad que me está dando, pero eres un regalo, *Mary Poppins*.

Y tras decir aquello me besó con locura, con devoción y con esa necesidad que siempre escondían sus besos. Mi boca se fundió con él compartiendo esa hambre voraz que me había atormentado durante meses. No me separaría jamás de él mientras me quisiera a su lado. Aquello que sentíamos el uno por el otro no podía ser malo. Porque era amor. El suyo se alimentaba del mío y el mío del suyo.

Sonreí, porque, de la misma manera que la primera noche que nos conocimos, me llevó a la habitación en volandas con mis piernas enroscadas en su cintura. Me tumbó con cuidado en su cama de sábanas de raso negras y comenzó a desvestirse sin alejar un milímetro la mirada de mí.

—Fuera ropa —me ordenó con una sonrisa canalla, y juro que visualicé cómo mis partes íntimas comenzaron a aplaudir emocionadas. Ups...

Me desabroché los botones de la blusa, pero antes de quitármela me asaltó una duda. Si íbamos a empezar de cero, tal vez deberíamos actuar como una pareja normal: tener varias citas antes de irnos a la cama. ¿No?

—Nick, espera. Creo que esta vez deberíamos ir más despacio —me atreví a decir mientras él se quitaba los vaqueros por los pies. Me pareció oír a mi vagina gritándome: «¡Cierra la boca, insensata!».

—Estás de broma, ¿verdad? —Se quedó paralizado justo cuando iba a liberarse de su bóxer Calvin Klein. Que era monísimo, por cierto.

—Solo digo que las parejas normales antes de tener sexo quedan para cenar, van

al cine, se ponen al día de sus vidas...

—Pues eso es lo que vamos a hacer, bobita mía: ponernos al día.

—Nick, no seas marrano. Hablo en serio...

—¿Marrano? En estos meses me lo he montado más conmigo mismo que durante mi adolescencia. ¿No te doy pena? —Me eché a reír. Estaba muy gracioso poniendo ojos de cachorrito—. No tiene gracia. Y lo peor de todo es que me voy a ir más rápido que un mirlo.

Estallé en carcajadas. No podía parar de reír. Él siempre había sido muy divertido y un caradura. Nick frunció el ceño fingiendo que estaba molesto y se lanzó sobre mí. La risa se me cortó de repente. Con cara perversa, arrastró mi blusa hacia arriba hasta que consiguió quitármela con un solo movimiento. Luego coló sus manos por mi trasero y bajó la cremallera de mi falda. Fingí resistirme, pero de nuevo me entró la risa y con ella la flojera.

—No te resistas, que sabes que eso me pone más cachondo —bromeó, y tiró de mi falda hacia mis pies. Después se lanzó a por el elástico de mis bragas.

En cuanto sentí sus dedos sobre mi pelvis, dejé caer mis brazos sobre el colchón y me di por vencida.

—Los zapatos te los dejás puestos, nena —me advirtió, y poco a poco me fue bajando la ropa interior por las piernas. La lanzó por los aires y se colocó de rodillas frente a mí.

Lo miré con picardía y, con cuidado, apoyé mis tacones en cada uno de sus hombros. Sonrió para sí y agarró mi tobillo derecho. Lo lamió con la punta de la lengua, provocando un suave cosquilleo por mi piel. Apoyó sus labios húmedos y fue dibujando un reguero de besos ascendentes por mi pantorrilla, el interior de mi muslo...

—Aaaaaah... —jadeé cuando sentí sus dientes clavándose en mi piel. Succionó con intensidad, dejándome probablemente un moratón en el muslo.

Siguió avanzando con su lengua húmeda hasta que llegó a mi ingle, recorrió mi monte de Venus y la apoyó sobre mi clítoris. Me estremecí por completo y coloqué mis manos en su cabeza presionándolo contra mí. Se deleitó unos minutos sobre mi sexo y, cuando comencé a retorcerme de placer, introdujo uno de sus dedos dentro de mí.

—Estás lista, cariño, y no puedo esperar más... —me susurró mientras dibujaba círculos dentro de mí.

Tiré de sus hombros para que se colocara sobre mí y abrí todavía más las piernas anunciándole que yo también lo necesitaba.

—Prometo que después te haré todo lo que quieras y cuantas veces lo desees —me dijo al oído con voz ronca mientras alineaba sus caderas sobre las mías.

Conociendo a Nick, no dudaba de que cumpliría su promesa. Además, entendía su urgencia, porque la mía era exactamente la misma. Habían sido tantos días y tantas noches separados que un minuto de espera equivalía a una eternidad. Levanté mi

pierna sobre su trasero para facilitarle la entrada y sentí su glande perfectamente dispuesto en mi entrada.

—Diooooo, me encanta —murmuró con voz ronca, y justo en ese momento me penetró con fuerza.

Al principio sentí una punzada de dolor. Era soportable, pero no la esperaba. Supongo que era normal, después de tantos meses sin hacerlo. Nick pareció notar mi incomodidad y se quedó completamente quieto en mi interior.

—Te quiero —dijo con los ojos vidriosos de deseo.

—Yo siempre te he querido —le respondí con la voz entrecortada.

A los pocos segundos comencé a relajarme y aquella molestia desapareció. Moví las caderas, alentándolo para que comenzara a moverse.

—Sigue, por favor —gemí, completamente excitada.

Nick se alejó unos segundos y arremetió de nuevo con sus caderas contra las mías. Repitió el mismo movimiento deteniéndose unos segundos entre una embestida y otra y poco a poco fue acelerando el ritmo.

—¿Ves qué bien nos estamos poniendo al día? —Me miró socarrón mientras mis gemidos se intensificaban con cada empujón de su cadera. Sonreí ladina y contraje los músculos de mi vagina.

—Ooooooh... Joder, qué gusto... Hazlo otra vez —ronroneó de placer.

Me abracé a su cuello, arqueé la espalda y, columpiando mi cuerpo, comencé a contraer y relajar, contraer y relajar, sin perder el compás de sus caderas. Un remolino de sensaciones se instauró en mi centro y poco a poco sentí que se acercaba el momento de mi clímax.

—Sí, nena, mécete. No aguantaré mucho más. —Su respiración era acelerada. Su ritmo, frenético. Sentía su miembro más duro y más grande por momentos.

Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Mi cuerpo seguía bamboleándose en torno a él, contrayéndome intermitentemente, absorbiéndolo con todas mis fuerzas.

—Te quiero, ángel... Cada vez que hacemos el amor, mi música y yo renacemos en ti...

Al oír aquella declaración, mis ojos se llenaron de lágrimas de felicidad absoluta. Aceleré el movimiento de mis caderas y un estallido de placer se abrió paso como una llamarada de fuego recorriéndome de la cabeza a los pies.

Nick se enderezó al sentir mi culminación y, asiendo mis caderas contra el colchón, se clavó hasta lo más profundo de mi ser.

—Marta, nena..., no te muevas. Necesito sentirte hasta el fondo —gruñó, y con un solo envite más se dejó arrastrar por su propio orgasmo.

Pudo ser la emoción del reencuentro. O porque nunca antes un hombre me había llenado por completo. O porque creía que me moría de amor por él. No sabría decir el motivo, pero la intensidad de aquel momento desató en mí un segundo orgasmo aún más demoledor. Nick, postrado aún en mí y sin moverse, jugó con sus dedos en mi

clítoris. Los golpes de placer se hicieron tan intensos que sentí una pequeña explosión en mi interior y, segundos después, un líquido húmedo bañando mis piernas. Era caliente, extraño. Nunca había experimentado algo así. Tampoco pude detenerme en pensar en ello, porque me vi atropellada por una nueva cadena de picos intermitentes de placer. A los pocos minutos, fueron perdiendo intensidad y solo entonces mis brazos se aflojaron y colisioné contra el colchón. La sensación de deleite no la podría explicar. Me sentía completa, relajada, extasiada... Todo a la vez. Estaba paladeando la locura. El delirio. La paz...

—¡Uau, Marta! Has tenido un *squirting* —exclamó Nick con sorpresa.

—¿Qué significa eso? —pregunté adormecida. Estaba tan relajada que no tenía fuerzas para hablar y menos para adivinanzas.

—Significa que has eyaculado.

Lo miré atónita y a él le entró la risa. ¿Eso le podía pasar a una mujer? Pero por la cara que tenía Nick y la humedad de mis piernas y las suyas, parecía que sí.

—Te juro que esto no me había sucedido nunca —susurré abochornada. Había pasado de ser una mujer que veía los orgasmos de refilón a convertirme en una diosa del sexo con sistema de aspersión.

—No te sonrojes, cariño. Ha sido alucinante. —Me besó con dulzura mientras me limpiaba con una toalla. Luego sonrió con orgullo—. Nena, estás con el amo del sexo.

Puse los ojos en blanco y me eché a reír.

—No tienes remedio.

—Pero me quieres, *Zapatitos*.

—Sí, todavía no entiendo por qué, pero te quiero más que a nadie en este mundo.

Me contempló feliz y vi en sus ojos amor sincero.

—Y también amas a mi *Martillo de Thor* —bromeó de nuevo. —Venga, dile que le quieres y verás qué contento se pone otra vez.

—Anda, vete por ahí. No pienso hablarle a tus genitales —dije entre risas.

—Ay, *Mary Poppins*. Nunca me cansaré de escandalizarte. —Se tumbó de medio lado, con la cabeza apoyada en el brazo, mirándome—. Si vieras lo guapa que te pones cuando te salen chapetas... No te lo vas a creer, pero yo te dibujaba de pequeño.

Con Nick la vida iba a ser una locura y, de paso, me iba a ahorrar una pasta en colorete. Suspiré de amor y le besé suavemente los labios.

—Dile a tu *Martillo de Thor* que también le quiero.

Y POR FIN... NICK

(Nota de la autora: No ha sido fácil convencer a Nick Mendoza para que contara este capítulo de su vida en primera persona. Espero que lo disfrutes).

—¡Ayyyyyyyy! ¡Nick! ¡No lo soporto! ¡Cómo duele! ¡Ayyyyyyy!

Marta se retorció de dolor mientras apretaba mi mano con todas sus fuerzas.

—Tranquila, nena. Respira profundamente conmigo. —Le hice una demostración. Lo había visto en las pelis y se suponía que funcionaba—: Inspira, espira... Inspira, espira...

Ella frunció el ceño y dejé de sentir mi mano derecha. O me volvía zurdo o ya podía olvidarme de tocar la guitarra.

—¡Guárdate tus malditos consejos para otro día, Nick Mendoza! —gritó un pelín enfadada—. ¿Y decías que no me iba a doler, mentiroso? ¡Esto es peor que arrancarse los pelos de la cabeza!

—Venga, nena, piensa en otra cosa: en una playa paradisíaca, en nosotros juntos, cuando te doy esos golpecitos con mi lengua en tu...

—¡Cierra la boca o te juro que te tengo a pan y agua un mes! —Odiaba que me amenazara con lo más sagrado en esta vida. Le iba a contestar una burrada de las mías, pero entonces se puso a gritar desconsolada—. ¡Ay, ay, ay! Dile que pare, Nick, por favor. ¡Dile que pareeeeeee!

Apreté los labios para que no se me escapara la risa. Era muy divertido verla allí, tumbada en la camilla, con su vestidito vaporoso de dibujos de gatitos, gimoteando como un bebé y soltando tacos como una camionera.

—No te rías o te juro que... ¡Aaaahhhhh! ¡Hossssssstias! ¡Nick! ¡Está empezando a doler en serio! Dime que te conformas con las iniciales, por favor, por favor... ¡Te lo suplico!

Cuando Marta me dijo que si le hablaba de mi pasado se tatuaría mi nombre sobre la cicatriz de su muñeca, no me imaginé que para ella supondría someterse a una de las peores torturas de su vida. ¡Quién me iba a decir que a ella, con su historia, le iba a dar miedo una simple aguja! Si algo tenía claro es que a esa mujer no había dios que la entendiera.

—Puedo dejarte una pelota antiestrés para que te ayude a soportar el dolor —le ofreció Roberto, tatuador y colega mío. El tipo debía de estar tan preocupado como yo por si se me gangrenaba la mano derecha.

—Te lo agradezco, pero prefiero apretar sus gónadas —contestó Marta señalándome con su dedo. Roberto soltó una carcajada y siguió dibujando una «k» gótica sobre la piel de mi chica.

La pobrecilla apretaba los ojos y rechinaba los dientes cada vez que mi amigo accionaba la pistola de tatuar. Cuando este le limpiaba los restos de sangre con un pañuelo, se volvía blanca como la tiza y relinchaba como un caballo.

—¡Auch! ¡Sopla, Nick, sopla! ¡Que escuece!

¿Escocer? A Marta se le estaba yendo la olla. Los tatuajes no escuecen, caramba.

—Venga, nena. No seas ñoña. Podría haberme llamado James Douglas Morrison Clarke y entonces sí estarías jodida.

—O podrías haberte llamado memo y nunca habría accedido a esta locura. — Roberto y yo soltamos una sonora carcajada y no pude evitar imaginarme a Marta pariendo a un hijo mío. Sacaría un bazoca y nos freiría a todos los que estuviéramos allí en el quirófano.

¿Yo me estaba imaginando a Marta teniendo un hijo mío? MAL.

Jamás en mi jodida vida me había planteado ser padre. ¡Venga ya! No me veía siendo el viejo de nadie ni aunque pasaran cien años. Y, de repente, me encapricho con una tía y me imagino rodeado de pañales. Aquella brujita me había convertido en el *top one* de los moñas.

Ahora lo sabía. Ese era su plan desde un principio: hacer de mí lo que le diera la gana...

Había pasado un mes desde que nos reencontramos en el Irish Bar y nos fuimos a mi casa a «hacer las paces». Tras aquel polvo glorioso de reconciliación le hice el amor de todas las formas posibles y en cada uno de los rincones de mi casa: en la cama, en la ducha, empapados en el suelo del cuarto de baño, en la encimera de la cocina y, por último, sobre la lavadora. ¡Aquello fue la caña! La máquina se puso a centrifugar y en mi vida había sentido una cosa igual. Te digo que casi se me para la patata. Y mira que he tenido sexo en mis veintiocho años; pero sentir a *Zapatitos* vibrando alrededor de mí fue... sublime. Todo un concierto de heavy metal.

Cuando ya no nos quedaban fuerzas para caminar, cenamos y le propuse lo que llevaba rondándome la cabeza desde que entró al Irish Bar con esa falda de cuero de mujer fatal y esa blusa tan recatada.

—Quiero que empecemos donde lo dejamos y te vengas a vivir conmigo. —Le solté la bomba más ancho que largo y le di un trago a mi birra.

Marta me miró arqueando una ceja mientras se comía un Häagen-Dazs de dulce de leche que había encontrado en mi nevera. A saber desde cuándo estaba ese helado allí.

—Deberíamos tomarnos las cosas con calma, Nick —me recordó.

—Ya te dije que ni de coña. Hemos perdido un montón de tiempo, ángel. —Y le arrebaté una cucharada de helado. Si moríamos envenenados, lo haríamos los dos.

Me miró pensativa unos segundos y se pasó la lengua por los labios para limpiar los restos de caramelo.

—Si vuelves a hacer eso otra vez —dije señalando su boca— me va a dar un trombo, nena. Hasta yo tengo un límite.

Con aquellas palabras conseguí lo que quería: ponerla roja como un tomate y hacerla reír. Amo su risa.

—Venga, ¿qué dices? ¿Te mudas a mi cueva, hembra? —insistí.

—Eeeeh... De acuerdo. Me vendré a vivir contigo.

Al oír que aceptaba, me acerqué a su rostro y le di un mordisco en los labios.

—Nena, no te vas a arrepentir —le dije mientras chupaba sus labios dulces y fríos por el helado.

—Nick, solo hay una condición. —Apoyó su mano en mi pecho separándose un poco de mí. «Ya decía yo que había sido muy fácil convencerla», pensé entonces.

—Tendremos sexo a diario, si es lo que te preocupa —le dije con absoluta sinceridad. No quería que se agobiara pensando que a lo mejor nos convertíamos en esas parejas aburridas que se pasan la vida frente al televisor.

—No me refiero a eso, bobo. —Y me dio un manotazo en mi mano más caprichosa, la que siempre terminaba rondándole un pecho o una pierna... Acto seguido me dijo la condición—: Me vendré a vivir contigo si vienes a terapia conmigo.

—¿QUÉ HAS DICHO? —Era imposible que me estuviera pidiendo ir a un loquero. ¿De qué iba?—. Decías que me aceptabas tal y como soy.

—Y así es, pero creo que debemos pedir ayuda para que nuestra relación funcione. Yo tengo muchas inseguridades respecto a esta relación y, Nick, tú tienes problemas afectivos.

—¿Desde cuándo eres psicóloga?

—No lo soy, pero cuando rompimos tuve una especie de recaída y empecé a asistir a las sesiones de nuevo. La doctora Angulo nos puede ayudar. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí. Por nosotros.

De sus palabras, lo que más me aterró fue escuchar que ella había empeorado por mi culpa. Desde que me dejó no me había planteado ni una sola vez que Marta pudiera enfermarse de nuevo: solo me obsesionaba que ya no fuera mía o que pudiera enamorarse de otro tío. ¿Y si hubiera hecho una locura por haberla engañado? Ella era frágil. Había tenido problemas psicológicos y yo era un desgraciado egoísta.

—Vale. Pide cita con la loquera y acudiré donde sea —acepté, sin pensar en las consecuencias de tener que volver a hablar sobre mi vida.

Marta saltó de la silla y me abrazó con fuerza. Sus ojos brillaban con lágrimas de agradecimiento. Agradecerme ¿el qué? Yo tendría que ser el agradecido por tener a la mujer más hermosa en cuerpo y alma que habitaba en el planeta Tierra.

Y, señoras y señores, ese fue el primero de los chantajes de *Mary Poppins* al que accedí. Iba a terapia con ella todas las semanas y me plantaba allí, a contestar las preguntas de una extraña que no paraba de garabatear en su libreta.

Su loquera me cayó bien desde el principio. Se notaba que adoraba a mi chica. Pero ¿quién no se encariñaría con alguien como ella? Era una buena tía, inteligente, educada, dulce, divertida... Era perfecta. Todo lo contrario a mí.

Marta tuvo razón cuando dijo que la doctora Angulo nos ayudaría a entendernos mejor. Por ejemplo, gracias a la doctora comprendí por qué a *Zapatitos* le daba tanto miedo creer en nuestra relación. Estaba obsesionada con que algún día la abandonaría porque no sería suficiente para mí.

—No sé por qué tenemos que pagar un pastizal a esta tipa para que te diga lo mismo que te he dicho yo mil veces. —Esas fueron mis palabras en plena sesión terapéutica—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y te quiero en ella para siempre.

Marta miró avergonzada a la psicóloga y, disimuladamente, me dio una patada en la espinilla con sus zapatos de castigadora. Le había mosqueado que mencionara los honorarios de su doctora y menospreciara su trabajo. Para evitar movidas, pedí disculpas a la terapeuta, aunque no parecía especialmente molesta. Incluso me pareció verla sonreír.

Y sorpresa, sorpresa. Mi inocente *Mary Poppins*, mi pequeña puritana, la misma que se sonroja con oír la palabra «pene»..., ¡había hablado de nuestras aventuras sexuales con su psicóloga! Me la podía imaginar perfectamente sentada en el diván, con la cara como una bombilla y contando lo bien que se lo pasaba entre mis manos. Ja, ja, ja... *Zapatitos* tuvo que sufrir de lo lindo confesando. Igual que ese día en el que, durante nuestras sesiones de pareja, la doctora Angulo comenzó a analizar nuestra «conducta sexual».

En aquella sesión nos dio la chapa con que debíamos tratar de solucionar nuestros conflictos verbalmente antes de ponernos al lío (esas no fueron sus palabras exactas, pero venían a decir lo mismo). Fingí darle la razón, pero yo sabía que en el fondo esa mujer nos tenía una envidia que se moría. Además, con tanto hablar de sexo se me disparó la imaginación y tuve que canturrear mentalmente «*Whole lotta love*» de Led Zeppelin. Casi fue peor.

En fin... Reconozco que las sesiones en pareja no las llevaba mal del todo. Sin embargo, odiaba profundamente en las que debía reunirme con la doctora Angulo a solas. Mira que les advertí, tanto a Marta como a la psicóloga, que no iba a contar nada de mi vida. No era la primera vez que acudía a un psiquiatra y no me había servido de nada. Con el tiempo yo solo había aprendido a controlar mi carácter (con alguna excepción), y no me apetecía aguantar las charlas de nadie una hora a la semana. Pero al decir aquello Marta se pilló un rebote de tres pares de narices y estuvo durmiendo en el sofá dos noches. Conclusión: agaché las orejas.

Durante las primeras sesiones, solo conté chorradas que se me iban pasando por la cabeza y aportaban la mínima información sobre mí. Ya tenía experiencia con los *batasblancas* y sabía cómo marearlos hasta que se aburrieran. Sin embargo, la doctora Angulo no parecía rendirse nunca y me propuso que probáramos con una sesión de hipnosis. Nunca me había descojonado tanto de un médico. Ni de niño me he tragado esos programas donde un mentalista le dice a alguien del público que es un canguro y el imbécil se pone a saltar sobre las butacas. Así que le dije a la

psicóloga: «Adelante, inténtelo; pero no va a funcionar conmigo».

Y me equivoqué. Menudo merluzo estaba hecho yo. Según me confirmó la doctora Angulo (Patri, para los amigos), en menos de veinte minutos estaba sobando como un bendito.

Al parecer, en aquellas sesiones solo le hablé de Marta: cómo la conocí, qué pensé de ella, la música que escuchaba en mi mente cada vez que teníamos sexo... Para mi vergüenza, yo también salí bien escaldado de todo aquel análisis de mi inconsciente, subconsciente o como se llame. Quedé ante su psicóloga como un psicópata obsesionado con mi novia.

—Nicolás, en la última sesión dijiste estas palabras textuales: «Jamás permitiré que Marta se vuelva a alejar de mí» —leyó la doctora en su libreta. Luego, lentamente, levantó la vista hacia mí y, sin mostrar la más mínima emoción en su rostro, esperó mi respuesta.

—Bah, ni caso, Patri, es una forma de hablar —contesté algo... incómodo.

¿Qué le iba a decir? ¿Que nunca antes había sido tan sincero? Entonces convencería a Marta para que abandonase el país, y eso no podía darse de ninguna de las maneras. Yo jamás le había importado a nadie, ni a mi propia madre; y de pronto apareció ella dándome todo lo que siempre había deseado... ¿Iba a permitir que me la arrebataran? ¿O que me dejase? Ni muerto.

Pero no era un tonto y sabía que no me sería fácil mantenerla a mi lado mientras no fuera capaz de confesarle mi pasado. Tenía que demostrarle que confiaba en ella.

La doctora Angulo me había insistido sobre ello también. Especialmente, después de haber relatado bajo hipnosis una de mis peores pesadillas. Cuando abrí los ojos no hizo falta que me dijera de qué había hablado durante la sesión. Lo supe al ver su expresión de horror, tristeza y alivio...

Alivio por no haber sufrido una infancia como la mía.

—Si crees que vamos a hablar sobre ello, puedes esperar sentada —le advertí de muy malas maneras a la psicóloga.

—No te preocupes, Nicolás. Me considero una mujer paciente. Lo que no tengo tan claro es si Marta va a poder esperar —dejó caer la muy astuta.

—Ella me acepta y lo comprende...

—Querido. —Hizo una pausa y me miró. Puaj, odiaba ese tonito de marisabidilla—. Déjame decirte que ninguna relación de pareja perdura en el tiempo cuando hay secretos capaces de marcar al completo la vida de ambos. Marta se preguntará algún día si no la quieres lo suficiente como para confiar en ella o si le guardas más secretos... Te diré más: probablemente en alguna de vuestras discusiones te echará en cara que no seas capaz de enfrentarte a tus propios miedos.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé cómo funciona la psique humana, querido. —Y dale con llamarme «querido»—. Mientras sigas encerrado en el rencor y el dolor no serás plenamente feliz, y tampoco la harás feliz a ella. Cada día que pasa sin que te enfrentes a tus

miedos es un empujón que le estás dando para que se aleje. No te estoy diciendo que te abras a ella hoy mismo; solo quiero que comprendas que algún día debes hacerlo.

—¿Y si le doy asco? —Aquel era el peor de mis miedos.

—Tendrás que arriesgarte, pero recuerda: si no lo haces dentro de un mes, un año o diez, estarás en el mismo punto que estás ahora.

No esperé a que terminara la sesión. Me levanté del apestoso sillón y me largué de la consulta hecho una furia. Durante los días siguientes, aquella conversación no dejaba de reproducirse en mi cabeza, como esas cancioncillas de verano horribles y pegadizas. La doctora tenía razón: Marta me dejaría por no ser capaz de confiar en ella.

Una mañana sentí que me iba a estallar la cabeza. No había dejado de darle vueltas al asunto durante toda la semana y Marta no hacía más que preguntar si me ocurría algo: creía que mi carácter hosco se debía a que estaba molesto con ella. Decidí que era el momento de contárselo todo; sin embargo, antes de hacerlo, necesitaba mostrarle algo.

—Vuelve a la cama conmigo. —Golpeé el colchón para que se acercara. Ella acababa de darse una ducha; estaba envuelta en una toalla y se desenredaba el pelo frente al espejo de mi habitación.

—¿No puedes pensar en otra cosa? —preguntó divertida.

Chasqueé la lengua contra el paladar y le sonreí con picardía.

—En serio, Marta. Túmbate a mi lado y escucha una canción que he compuesto hace poco.

Descolgué mi guitarra de la pared y cuando me volví a sentar en la cama, Marta me esperaba boca abajo, con la cabeza apoyada en los brazos y mirándome con esos ojos grisáceos que iban a ser mi perdición algún día.

Rasgué varias veces la guitarra. Ajusté las cuerdas y con la púa comencé a entonar «*Love song*». Aquella canción lenta la había compuesto expresamente para ella. Nadie más la escucharía. Sería solamente suya y mía.

Me centré en las notas y ajusté mi voz un tono por debajo de lo que yo solía estar acostumbrado. No la miré hasta que toqué la última nota y entoné a capela el último verso.

—Es..., es preciosa —dijo entonces. Se limpiaba los ojos con el dorso de la mano. Aparté su mano y enjuagué sus últimas lágrimas con mis dedos. Se había emocionado.

—Es tuya. Te la regalo. Pero no se lo cuentes a nadie... —Le guiñé un ojo mientras dejaba la guitarra sobre mi regazo.

—Tranquilo, tu reputación está a salvo conmigo —bromeó, y me sonrió con ternura. Esa era una de mis sonrisas favoritas de Marta.

—Me vas a convertir en uno de esos rockeros de los ochenta que cantaban baladas. En un Bon Jovi o algo así.

Marta soltó una carcajada.

—¿Y por qué me has escrito esa canción, chico duro? —Sonreía de oreja a oreja. Uf..., estaba preciosa. Quería recordarla siempre así de feliz.

—Porque te quiero. Y porque sé que si no te hablo de mi pasado me vas a dejar, y quiero que te lleves este regalo.

—Inténtalo al menos, Nick. Digas lo que digas no va a cambiar las cosas entre nosotros.

«Qué fácil decirlo», pensé. Dejé la guitarra a un lado, apoyada en la mesilla de noche, y me froté la cara con las manos. No sabía por dónde empezar.

—No puedo, nena... Quiero hacerlo, pero no puedo...

Marta guardó silencio durante unos segundos que a mí me parecieron horas. Después suspiró profundamente y me dijo algo imposible de creer:

—¿Te acuerdas de aquella vez que me propusiste tatuarme tu nombre para cubrir la cicatriz de mi muñeca? —Asentí sin saber a qué venía aquello—. Pues si me hablas de tu pasado, yo me tatúo «Nick Mendoza».

La miré perplejo.

—¿Y no te volverás a poner esas pulseras de pellejo de vaca?

—No, no... Jamás. Imagina tu sello en mi piel, resplandeciente... Marcada de por vida como si fuera una oveja. —Marta frunció el ceño.

—Ya veo la ilusión que te hace tatuarte mi nombre...

—No me mata la idea, pero lo haría por ti. —Me guiñó un ojo y me mostró la muñeca, todavía cubierta por las dichas tiras de cuero.

Dios, qué manía les tenía... Me recordaban que podría haber muerto. Además, odiaba que las contara y girara de forma compulsiva cuando estaba nerviosa o asustada. Esas pulseras la hacían sentir débil y ella era valiente.

—Trato hecho —respondí, y me escupí la mano ofreciéndosela. Al ver que me miraba de forma rara, le insistí—: Venga, ¿a qué esperas? Escupe en la tuya.

Por la expresión de su rostro, parecía que la había llamado «perra judía». Echó una gota de saliva en su mano y luego estrechó la mía con cara de asco. Nada más soltarse, la muy repipi se limpió los restos de baba en mi brazo. Me troncho con ella.

Y ese fue el segundo chantaje al que accedí. Me senté frente a ella en la cama, con las piernas dobladas como los indios, y, tras respirar hondo, le dije la cruda verdad.

—Él era su amante y, a veces, hacía de chulo. Le traía otros hombres y luego se repartían los beneficios. Supongo que esos tíos eran compañeros o amigos de aquel cerdo. Él estaba casado y tenía un buen curro, en un banco o algo así, pero le molaba irse de putas y, al parecer, la cogió fuerte con mi madre. Nunca entendí por qué. Como te dije, ella era una drogadicta y a veces se ponía tan hasta arriba que no era capaz ni de tenerse en pie. Esas noches... —Me quedé en silencio tratando de ordenar mis ideas, pero era complicado y así se lo hice saber—. Marta, no recuerdo todos los detalles porque siempre que me dejo llevar por la ira es como si mi mente se nublara...

—Nick, no quiero los detalles morbosos. Tan solo necesito saber el motivo por el que lo hiciste —me aclaró mientras sus ojos revoloteaban sobre mi rostro.

Me mordí la uña del pulgar, algo que no hacía desde niño, y permití a mi mente abrir la caja de los truenos.

—Recuerdo que me metí en la cama completamente vestido, apagué la luz y traté con todas mis fuerzas de mantenerme despierto, al menos hasta pasada la medianoche. Entonces él se marcharía de mi casa y podría conciliar el sueño. Conocía perfectamente su rutina: llegaba en torno a las nueve, se emborrachaba con mi madre, se la tiraba y cuando la alarma de su móvil sonaba, se largaba y no le volvíamos a ver hasta como mínimo tres días después. Pero esa noche ella estaba tan puesta que sería como estar con una muerta, así que... sabía que vendría a visitarme. Por eso guardé un cuchillo bajo mi almohada...

»Desde mi habitación escuché el ruido de los vidrios al abrir la puerta de la nevera, así como el cajón de la cocina, el sonido de la chapa de la cerveza cayendo al suelo y los cinco pasos que había hasta el cuarto de baño. Lo imaginé subiendo la tapa del váter, sujetándose la polla con una mano y descargando su mierda amarilla en el inodoro de casa. A los tres minutos supe que estaba frente a mi puerta. Cerré los ojos y controlé la respiración para que sonara tranquila. Cuando entró le oí decir algo y, después, cómo se bajaba la cremallera de los pantalones. La cama se venció un poco por su peso y agarré con fuerza el mango del cuchillo. Le recuerdo diciéndome con su voz de borracho que colaborara... Entonces, perdí el control: me giré violentamente y, sin temblarme el pulso, le clavé la hoja del cuchillo en uno de sus costados.

—¡Oh, Dios, Nick! —Marta soltó un grito ahogado. Luego se lanzó a abrazarme, pero la retiré antes de que lo hiciera. Necesitaba respirar.

—Espera, Marta. Ahora no te acerques... —Cuando recordaba a ese cerdo no soportaba que nadie me tocara.

—¿Durante cuánto tiempo abusó de ti? —Interpreté miedo en su tono de voz.

—Dos años —murmuré, todavía sin atreverme a mirarla a los ojos.

—¿Cómo no le denunciaste, Nick? —Cuando me formuló la pregunta detecté que Marta había empezado a llorar. Odiaba que me tuviera pena, pero eso era mejor que darle tanto asco como yo me daba a mí mismo.

—Ángel, no era tan sencillo. ¿Quién me iba a creer? Y, además, si comíamos era gracias a él. Siempre le dejaba dinero. Así que... no me quedó otra que callar. De todos modos, no era todos los días. Sucedió a veces. En muchas ocasiones me iba a dormir a casa de un amigo o deambulaba por la calle hasta que él se marchaba de casa. Pero estaba harto de tener que vivir así. Y una noche decidí poner fin a aquello de una maldita vez. Mi primera intención no era otra que asustarlo para que no se volviera a meter en mi cama; sin embargo, me cegaron el odio y la ira. No fue una puñalada ni dos, Marta... Es necesario que lo sepas. Me cebé con él aun sabiendo que ya estaba muerto. Lo único que recuerdo después de aquello es salir corriendo de mi

casa y a un policía arrestándome antes del amanecer. Fui tan gilipollas que me quedé dormido y empapado en sangre en la puerta de un restaurante a menos de una hora de mi casa. Y el resto de la historia supongo que ya te la sabes...

La habitación se quedó en completo silencio. Tan solo se escuchaba un ligero llanto de Marta. Cuando conseguí mirarla a los ojos, solo encontré ternura y compasión. No vislumbré un atisbo de horror, miedo o rechazo...

—No me arrepiento. También quiero que lo sepas. Si puedes vivir con ello...

Marta pestañeó varias veces como si no entendiera qué le estaba diciendo. Ella tendría que asumir que yo era un asesino con todas las de la ley. Había cumplido mi condena pero me alegraba de haberle quitado la vida a ese cerdo. De hecho, lo volvería a hacer una y otra vez.

—Por supuesto que puedo vivir con ello —se apresuró a decir—, y te ayudaré a curar todo el daño que ese enfermo te hizo. Pero ahora déjame abrazarte, lo necesito.

Me derrumbé sobre ella: escondí mi cara en su vientre y la rodeé por la cintura con toda mi fuerza. Ella era paz. Ella era la cura. Con Marta desaparecían mi odio y mi ira, aunque fuera por unos momentos. Desde que estábamos juntos no había necesitado tomarme ni una sola pastilla.

No podía comprender cómo una mujer tan frágil podía ser lo suficientemente fuerte como para estar con un hombre como yo. No tenía miedo de quererme. Cogí una bocanada de aire; si no, acabaría llorando como un niño.

—¿Crees que soy un asesino? —susurré todavía en su regazo.

—No, claro que no. Eras un niño, Nick. Te defendiste como pudiste.

—*Mary Poppins*, eres un regalo.

Me sonrió mientras acariciaba una y otra vez mi cabello con sus pequeñas manos.

Habían pasado dos días desde que confesé toda mi historia a Marta y, por fin, había accedido a ir al estudio de tatuajes de mi colega. Prácticamente la tuve que llevar a rastras.

En la camilla había gritado, blasfemado y hasta tuve que abanicarla con una revista porque se había mareado. El sacrificio mereció la pena: Marta lucía un bonito símbolo tribal que rodeaba su muñeca y se unía a mi nombre y apellido en letras góticas.

—Terminamos, guapa. Dime si te gusta y te lo cubro con film transparente —anunció Roberto.

Marta seguía apretando los párpados con fuerza.

—No quiero ver sangre —me informó con un hilito de voz. Pobre, seguro que la historia del tatuaje le estaba trayendo malos recuerdos.

—No, cariño, la piel solo está un poco irritada. —La abracé para tranquilizarla.

Abrió los ojos y miró con cautela el tatuaje. Lo inspeccionó de cerca y luego sonrió.

—Impresionante. No se ve la cicatriz. —Sonrió y volvió a contemplarlo desde diferentes ángulos.

—Te lo dije, nena. Rober es tan feo que da miedo, pero es el mago de la tinta.

Marta soltó una carcajada porque el capullo de mi colega me respondió con un pescozón.

Después de cubrirle el tatuaje con una gasa, nos despedimos de Roberto y pagué el *tattoo* en recepción. Marta parecía haber recuperado el color cuando salimos del estudio. Sin embargo, se mantenía callada mientras caminábamos hacia mi otra *Nena*: mi espectacular Harley Davidson. Cogí el casco de Marta para ayudarla a ponérselo y percibí que su rostro volvía a ser el de un fantasma.

—Marta, ¿estás bien? ¿Te has vuelto a marear? —Me tenía agobiado.

—No es nada, solo que... —Dejó de hablar y su semblante parecía el doble de pálido.

—Entonces ¿qué te sucede?

«No digas que estás embarazada, ni lo pronuncies, por favor, no, no...».

—Estoy preocupada porque...

«¿Porque no te ha venido la regla? Por favor, Dios: que no sea eso».

—¡Dilo de una vez! —exclamé atacado de los nervios—. Si la hemos pifiado, cuanto antes me lo digas, mejor.

—¿Eh? ¿De qué hablas? —Me miró confundida.

—No. Dime de qué hablas tú.

—De mi madre. Cuando descubra que me he tatuado tu nombre, va a mutar en Lisbeth Salander y te va a rociar en gasolina.

—Buf, menos mal. Se me había puesto el cuerpo del revés, nena. —Respiré aliviado—. Pensé que te pasaba otra cosa. Perdón: que *nos* pasaba otra cosa —rectifiqué.

—Y ¿qué nos iba a pasar, Nick?

—Tonterías. Pensé que podrías estar... Ya sabes. —Dibujé con mi mano una gran barriga.

—¿Eso creías? —Marta se mondaba de la risa—. Tranquilo, bobo. Tengo un retraso de cinco días, pero seguro que es por el estrés de la mudanza...

¿Un retraso de cinco días? Comencé a sentir un hormigueo extraño en el estómago, Marta se volvió borrosa frente a mí y la acera desaparecía y aparecía intermitentemente bajo mis pies.

—Marta, ¡agárrame, que me está dando un chungo!

Me sentó en el bordillo y comenzó a darme aire con las manos.

—Cariño, que estaba de broma... No tengo ningún retraso.

Me dejé pasmado. La muy pérfida se había burlado de mí y no paraba de reírse.

—Vaya susto. ¿Y a qué ha venido que me mientas?

—Te la debía por decirme que los tatuajes apenas dolían.

La leche. Podía ser un ángel y a la vez una muñeca maligna...

—*Mary Poppins*, me estás dando mucho miedo. Te estás pasando a las tinieblas.

—Pero te gusto.

—Claro que me gustas, y cuando llegemos a casa te lo voy a demostrar. —La agarré de la cintura y tiré de ella para acercarla a mi cuerpo—. Ven, que te voy a contar al oído todo lo que te voy a hacer esta tarde y esta noche...

Marta no me falló. En cuanto empecé a susurrarle cochinadas, sus mejillas comenzaron a arder y sentí cómo su pulso se aceleraba. Y, para ser sincero, en mi cabeza ya estaba resonando mi Fender Jaguar a cien decibelios.

Os lo juro, chicas, pura delicia para los oídos.

EXTRAS

Desde que Marta conoció al cantante de Demonic Souls ha ido guardando en su iPod canciones que le recuerdan los mejores y los peores momentos que ha vivido a su lado. Por supuesto, Nick no tiene conocimiento de la existencia de dicha lista; si no, la habría titulado *Basura comercial* o algo parecido. Jamás entenderá los gustos musicales tan variopintos de su chica.

Quizá algún día se dé cuenta de que el eclecticismo es una de las virtudes de Marta.

Playlist: MZL^[2]

1. «Human», The Killers (capítulo 1. Cuando Marta colisiona con Nick).
2. «Running Up that Hill», Placebo (capítulo 6. Marta y Nick besándose en la cocina durante la fiesta de Charlie).
3. «Bring Me to Life», Evanescence (capítulo 7. Marta y Nick tienen sexo en la fiesta de Charlie).
4. «The Monster», Eminem ft Rihanna (capítulo 14. Nick y Marta charlando en el autobús de la gira).
5. «Glory Box», Portishead (capítulo 17. Escena en el baño. Marta observa los tatuajes de Nick).
6. «Diamonds», Rihanna (capítulo 18. Marta y Nick en el club de *striptease*).
7. «Chandelier», Sia (capítulo 20. Cuando Nick llega borracho al hotel en Ibiza).
8. «Wrecking Ball», Miley Cyrus (capítulo 21. Marta y Nick discuten después de ver las fotos de Xavier).
9. «Use Somebody», Kings of Leon (capítulo 22. Nick se declara y...).
10. «Up in the Air», Thirty Seconds to Mars (capítulo 23. Nick y Marta se graban en vídeo).
11. «Animals», Maroon 5 (capítulo 24. Nick y Marta en el camerino del DCODE Fest).
12. «Impossible», James Arthur (capítulo 26. Nick aporreando la puerta de la casa de Marta).
13. «Every You Every Me», Placebo (capítulo 27. Marta en la firma de discos de Demonic Souls en la Fnac de Madrid).
14. «Madness», Muse (capítulo 29. Nick y Marta en la cama).



ANA CANTARERO (Madrid, 1974) es licenciada en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid. Durante diez años escribió artículos de sexualidad para la revista *Bravo*. Decidió dar un giro a su carrera y convenció a la buena de su directora para que le diera la oportunidad de escribir sobre otro mundo que le apasionaba: la moda y la belleza. Fue feliz rodeada de estilistas, maquilladores, modelos, zapatos, pintalabios y sombras de ojos. A partir de ese momento, colaboró con publicaciones como *Quo*, *Especiales Mía* y *CuoreStilo*. En la actualidad combina su trabajo como periodista con la escritura y la maravillosa labor de ser madre.

Notas

[1] Es el título de la 2ª temporada de la serie *American Horror Story* ambientada en un psiquiátrico. <<

[2] Miss Zapatos de Lujo. <<